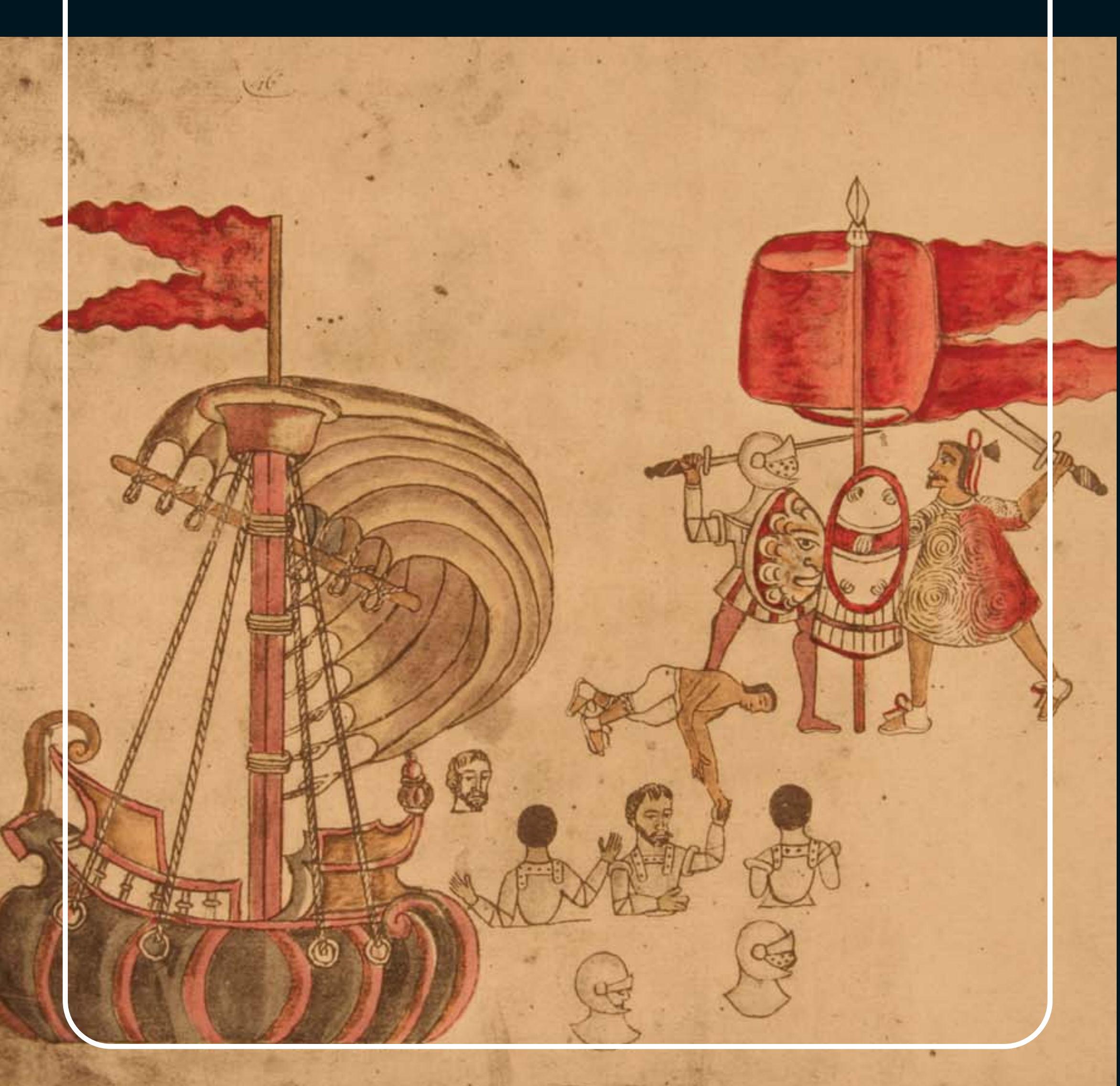
Francisco López de Gómara

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO



BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana. Creada en 1974 como homenaje a la batalla que en 1824 significó la emancipación política de nuestra América, ha estado desde su nacimiento promoviendo la necesidad de establecer una relación dinámica y constante entre lo contemporáneo y el pasado americano, a fin de revalorarlo críticamente y con la perspectiva de nuestros días.

El resultado es una nueva forma de enciclopedia que hemos denominado Colección Clásica, la cual mantiene vivo el legado cultural de nuestro continente, como conjunto apto para la transformación social, política y cultural.

Las ediciones de la Colección Clásica, algunas anotadas, con prólogos confiados a especialistas y con el apoyo de cronologías y bibliografías, hacen posible que los autores y textos fundamentales, comprendidos en un lapso que abarca desde la época prehispánica hasta el presente, estén al alcance de las nuevas generaciones de lectores y especialistas en las diferentes temáticas latinoamericanas y caribeñas, como medios de conocimiento y disfrute que proporcionan sólidos fundamentos para nuestra integración.


República Bolivariana de Venezuela
Fundación
Biblioteca Ayacucho

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

MINISTERIO DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA

Francisco Sesto Novás
Ministro

Héctor Enrique Soto
Viceministro de Identidad y Diversidad Cultural
Emma Elinor Cesín Centeno
Viceministra para el Fomento de la Economía Cultural
Iván Padilla Bravo
Viceministro de Cultura para el Desarrollo Humano

FUNDACIÓN BIBLIOTECA AYACUCHO
CONSEJO DIRECTIVO

Humberto Mata
Presidente (E)

Luis Britto García
Freddy Castillo Castellanos
Luis Alberto Crespo
Roberto Hernández Montoya
Gustavo Pereira
Manuel Quintana Castillo

Francisco López de Gómara

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

65

PRÓLOGO Y BIBLIOGRAFÍA
Jorge Gurría Lacroix

ACTUALIZACIÓN, CRONOLOGÍA Y BIBLIOGRAFÍA
Mirla Alcibíades



© Fundación Biblioteca Ayacucho, 2007
Colección Clásica, Nº 65
Primera Edición Biblioteca Ayacucho, 1979
Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal lf50120073003959 (rústica)
Depósito Legal lf50120073004087 (empastada)
ISBN 978-980-276-460-0 (rústica)
ISBN 978-980-276-460-0 (empastada)
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Dirección Editorial: Edgar Páez
Coordinadora Editorial: Gladys García-Riera
Jefa Departamento Editorial: Clara Rey de Guido
Asistentes Editoriales: Shirley Fernández y Yely Soler
Edición al cuidado de Mirla Alcibíades
Jefa Departamento Producción: Elizabeth Coronado
Asistente de Producción: Jesús David León
Coordinador de Correctores: Henry Arrayago
Correctores: Marijosé Pérez Lezama y Giuliano Salvatore

Concepto gráfico de colección: Juan Fresán
Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla
Diagramación: Ediplus producción
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

PRÓLOGO
HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

"LA HISTORIA de la conquista de México" constituye la parte segunda de la *Historia general de Indias*, como ya hemos indicado[1]. Podemos pensar que la idea primaria de Francisco López de Gómara fue escribir sólo sobre la conquista de México, pero para ubicarla en el contexto americano, decidió referirse primero a todo lo acontecido en América. Decimos tal cosa porque los dos textos los escribió durante su residencia en la casa de Hernán Cortés y por supuesto que de sus pláticas con él, y de informaciones recabadas de otros conquistadores, le nació el deseo de escribir y dar a conocer todo lo relativo a la actuación del extremeño en tierras mexicanas.

Para nosotros el plan de la obra tuvo un diseño muy sencillo. Se trataba de referir la actuación de Hernán Cortés durante la conquista de México y, a la vez, dar a conocer quiénes eran las gentes que habitaban estas tierras, así como las costumbres y formas de vida de que eran poseedores. Éste fue el programa que desarrolló López de Gómara al escribir su *Historia de la conquista de México*, como tendremos oportunidad de comprobar en el curso de este estudio.

SU CONCEPTO DE LA HISTORIA

Qué mejor que el propio Gómara nos transmita cuál es su pensamiento acerca de la historia, y método que siguió para escribirla; así nos dice: "Toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita. Por ende, no hay que

1. Jorge Gurría Lacroix se refiere al "Prólogo" del v. 64 de Biblioteca Ayacucho, de su autoría (N. de la E.).

recomendar la nuestra, sino avisar cómo es tan apacible cuanto nueva por su variedad de cosas, y tan notable como deleitosa por sus muchas extrañezas"[2]. Aquí en parte se está curando en salud por si acaso no gusta, pero al mismo tiempo asegura que será muy deleitosa por sus muchas extrañezas.

En cuanto al método expresa:

> He trabajado por decir las cosas como pasan. Si algún error o falta hubiere, suplidlo vos por cortesía, y si aspereza o blandura, disimulad, considerando las reglas de la historia; que os certifico no ser por malicia. Contar cuándo, dónde y quién hizo una cosa, bien se acierta, empero, decir cómo es dificultoso; y así, siempre suele haber en esto diferencia.[3]

Párrafos abajo escribe: "Por lo cual he tenido en esta mi obra dos estilos, soy breve en la historia (de las Indias) y prolijo en la conquista de México"[4].

Acerca de la manera cómo ve nuestro autor la historia, hay otro ángulo que es su concepción providencialista de la historia.

Nos parece inaudito que López de Gómara, que pasara diez años en Italia y que estuviera al tanto de las corrientes renacentistas que privaban en esa península, permaneciera dentro de las normas de la concepción cristiana de la historia, por tanto del medievalismo imperante en España. Es decir, de la historiografía medieval que reconoce la mano de la Providencia en la historia; pero la reconoce de tal manera que al hombre ya nada le queda por hacer, según expresa Collingwood.

Esta manera de concebir la historiografía cristiana, por naturaleza providencialista, la describe Croce como sigue:

> La divinidad vuelve a descender y a mezclarse antropomórficamente en los asuntos humanos, como personaje preponderante o poderosísimo entre los menos poderosos; y los dioses son ahora los santos y San Pedro y San Pablo intervienen a favor de éste o aquél pueblo; y San Marcos y San Jorge, San An-

2. Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943, t. I, pp. 1 y 2.
3. *Ibid.*, t. I, p. 1.
4. *Ibid.*, t. I, p. 1.

drés o San Juanario guían los batallones de combatientes, uno en competencia con otro…[5]

Por tanto, el hombre no hace sino cumplir con los designios de la Providencia Divina, convirtiéndose así en un simple ejecutor de sus mandatos. Esta tesis la sustenta Gómara en sus escritos, como comprobaremos a continuación. Así, en la batalla entre Cortés y los de Tabasco, cuando los españoles están a punto de ser vencidos, apareció Francisco de Morla en un caballo rucio picado, lo que hizo retraerse a los indios. A poco toman nuevos ímpetus y tornó el caballo una segunda y tercera ocasión. Llegado Cortés:

> Dijéronle lo que habían visto hacer a uno de a caballo, y preguntaron si era de su compañía, y como dijo que no, porque ninguno de ellos había podido venir antes, creyeron que era el apóstol Santiago, patrón de España. Entonces dijo Cortés: adelante, compañeros, que Dios es con nosotros y el glorioso San Pedro. No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbres de indios, con quien habían peleado, a nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar; y todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y que era Santiago nuestro patrón.[6]

Tenemos aquí un caso típico de reminiscencias épicas, que podemos parangonar con la actuación de los dioses paganos en los poemas homéricos, pero siempre y cuando tomen en cuenta lo expresado por Croce.

> En ésta –la nueva religión cristiana– las fábulas que se fueron formando y los milagros en que se creyó, se espiritualizaron, cesaron de ser supersticiones, o sea algo extraño o discordante respecto de la concepción humanística general, y se pusieron en armonía con la nueva concepción supranaturalista y trascendente a la cual acompañaban. Así el mito y el milagro intensificándose en

5. Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Editorial Escuela, 1955, p. 166.
6. Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, México, Robredo, 1943, cap. XX.

> el cristianismo, se hacían a la vez distintos de los mitos y los milagros de los antiguos.[7]

Ratificamos el acervado providencialismo del clérigo de Cortés en los siguientes párrafos:

> que andaban peleando por los españoles Santa María y Santiago en un caballo blanco, y decían los indios que el caballo hería y mataba tantos con la boca y con los pies y manos como el caballero con la espada, y que la mujer del altar les echaba polvo por las caras y los cegaba; y así, no viendo al pelear, se iban a sus casas pensando estar ciegos, y allá se hallaron buenos (...) que sus dioses eran vanos y su religión falsa, y la nuestra cierta y buena; nuestro Dios justo, verdadero criador de todas las cosas, y la mujer que peleaba era madre de Cristo, dios de los cristianos, y el del caballo blanco era apóstol del mismo Cristo, venido del cielo a defender aquellos poquitos españoles y a matar tantos indios.[8]

Podemos concluir diciendo que en tratándose de Gómara estamos en presencia del más acrecido caso de providencialismo, y que en algunos aspectos denota gran ingenuidad.

Por otra parte, Ramón Iglesia, que tanto y tan bien escudriñara en la obra de nuestro autor, piensa que "Para Gómara, en una palabra, la historia es esencialmente la biografía de los grandes hombres"[9]. Y nos proporciona párrafos del mismo que comprueban fehacientemente su aserto, como aquel que dice: "Si la historia lo sufriese todos los conquistadores se habían de nombrar; mas, pues no puede ser, hágalo cada uno en su casa". En este pensamiento está implícito que Gómara sólo mencionaría en su *Historia de la conquista…* al hacedor de la misma. Seguramente esto llenó de irritación a Bernal Díaz, porque sólo se ocupaba de Hernán Cortés y pasaba por alto las actuaciones de la tropa que había participado en la conquista[10].

Iglesia saca a colación otros pasajes de las obras de Gómara que ratifi-

7. Benedetto Croce, *op. cit.*, p. 166.
8. Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista…*, cap. CV.
9. Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México*, México, El Colegio de México, 1942, p. 100.
10. Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista…*, cap. CLXVII.

can su dicho y que aparecen en la *Crónica de los Barbarrojas* y en los *Anales del emperador Carlos V*, escritos que no son otra cosa sino biografías de esos personajes, por lo que concluye:

> Debemos tener muy presente esta claridad de visión de Gómara, este deseo suyo de caracterizar plenamente a sus personajes, con bondades y defectos, dentro de la mayor sobriedad posible. Y de acuerdo con su idea del papel decisivo que las grandes individualidades juegan en la historia. Si se olvida esto se prescinde de un punto de vista esencial, del que hay que partir para la comprensión de la obra de Gómara, y especialmente de la *Conquista de México.* Gómara está plenamente dentro de la ideología del Renacimiento al tener un concepto individualista, aristocrático y heroico de la historia. La biografía fue uno de los géneros que más desarrollo alcanzaron [sic] en la época renacentista, época que Burkhardt caracterizó como descubridora del individuo.[11]

SUS FUENTES

Ya hemos hecho mención [v. 64 de Biblioteca Ayacucho] de que en la contraportada de la primera edición de la *Historia general de las Indias* y de la *Conquista de México*, López de Gómara habla acerca de las fuentes por él utilizadas para confeccionar su obra, citando al respecto a Pedro Mártir de Anglería, Hernando Cortés, Gonzalo Fernández de Oviedo y otros más, sin decir los nombres, que han hecho relaciones sobre lo realizado por ellos en América. Todas estas obras hacen referencias a la conquista de México, pero, por supuesto, la que más en particular se refiere a México es la de Hernán Cortés, en sus *Cartas de relación.*

Por otra parte el propio Gómara hace mención a una información que le transmitió Andrés de Tapia sobre el Tzompantli. "Estos palos hacían muchas aspas por las vigas, y cada tercio de aspa o palo tenía cinco cabezas ensartadas por las sienes. Andrés de Tapia que me lo dijo, y Gonzalo de Umbría, las contaron un día, y hallaron ciento treinta y seis mil calaveras en las vigas y gradas"[12].

11. Ramón Iglesia, op. *cit.*, p. 103.
12. Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista…*, cap. LXXXII.

Lo anterior muestra que Andrés de Tapia le proporcionó esta noticia, pero lo que calla es que no sólo fue esa, sino que ya sea por medio de charlas, o porque tuviera a la vista el manuscrito de la *Relación* de este conquistador, los primeros CI capítulos de la *Historia de la conquista…*, están inspirados o son transcripciones de Tapia, como hemos tenido oportunidad de comprobar en un artículo publicado en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*[13]. En ese pequeño trabajo consideramos haber demostrado nuestro aserto al hacer el cotejo de los textos de Gómara y de Tapia, como en los párrafos que transcribimos:

Tapia dice: "Éste es como nuestros dioses, que todo lo saben, no hay para qué negárselo"[14]. Gómara escribe: "Éste es como nuestros dioses, que todo lo sabe; no hay para qué negárselo"[15]. La única diferencia es el "saben" por el "sabe", y hay que hacer notar que hasta la puntuación es idéntica.

En otros párrafos Tapia expresa: "Si el capitán quisiere ser loco e irse donde lo maten, váyase solo; e no lo sigamos"[16]. Gómara dice: "Si el capitán quiere ser loco e irse donde lo maten, váyase solo; no lo sigamos"[17].

Creemos que es obvio seguir comparando los textos de Tapia y Gómara, pues los citados son lo suficientemente explícitos para demostrar que, el segundo, aprovechó ya sea las informaciones verbales o los escritos del primero para escribir su *Historia de la conquista…*, sin hacer la correspondiente referencia o cita de los mismos.

Sin embargo, no descartamos la posibilidad de que en alguno de esos capítulos pudiera haber usado otra fuente además de Tapia.

Ramón Iglesia y Joaquín Ramírez Cabañas señalan en sus escritos que Francisco López de Gómara se sirvió de la obra de fray Toribio de Motolinía para redactar su *Historia de la conquista de México.* El primero hizo un cotejo de textos de Gómara y Motolinía, principalmente en la parte relativa

13. Jorge Gurría Lacroix, "Andrés de Tapia y la *Historia de la conquista de México* escrita por Francisco López de Gómara", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* (México), Nº 4 (octubre-diciembre 1969), t. XVIII.
14. Andrés de Tapia, "Relación", *Colección de documentos para la historia de México* (publicada por Joaquín García Icazbalceta), México, Portal de Agustinos, 1866, t. II, p. 576.
15. Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista…*, cap. LX.
16. Andrés de Tapia, *op. cit.*, p. 571.
17. Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista…*, cap. LI.

al Mundo Indígena, que no deja lugar a dudas acerca de la utilización que hizo el clérigo de Cortés de los escritos del franciscano, pero expresa que "Gómara hizo una valiosa labor de ordenación y selección de los datos suministrados por el franciscano"[18].

Por su parte Ramírez Cabañas, en su "Introducción", y en notas a pie de plana atribuye a Motolinía algunos datos y textos de la obra de Gómara[19].

El maestro Edmundo O'Gorman en su estudio sobre Motolinía expresa: "El autor [Gómara] no cita expresamente el libro de Motolinía, pero es indubitable que lo utilizó en la parte relativa a la conquista de México. Cf. capítulos 24, 67-82, 200-246. Así, sabemos que Gómara conoció el libro de Motolinía en su compilación definitiva, puesto que hace referencia a capítulos finales de la cuarta y última parte de la obra"[20].

A este respecto hay que advertir que hemos dicho en párrafos anteriores que los CI primeros capítulos de la obra de Gómara son transcripciones o están inspirados en la *Relación* de Andrés de Tapia y que en el caso del capítulo XXIV, Ramírez Cabañas dice que lo único que hizo nuestro autor fue tomar las grafías de los nombres indígenas de la obra de Motolinía. En cuanto al capítulo LXXXII es obvio que pertenece a la *Relación* de Tapia, ya que el propio Gómara cita a Tapia como su informante acerca del osario o Tzompantli. Respecto a los capítulos 200 a 246, sí es notorio que fueron utilizados por el clérigo de Cortés.

Ahora bien, ¿cómo pudo Gómara haber consultado el manuscrito de Motolinía? Edmundo O'Gorman piensa que fue después de 1543 cuando fray Toribio terminó su libro y que entre 1544 o 1545 estaría en España, en donde lo pudo utilizar Gómara, para componer su *Historia,* la que apareció en 1552[21].

Puede uno pensar que dada la influencia que Hernán Cortés ejercía sobre los franciscanos y aun sobre Motolinía, tuviera oportunidad de que le

18. Ramón Iglesia, *op. cit.*, p. 187 y ss.
19. Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista…*, p. 18, 100, 213, etcétera.
20. Edmundo O'Gorman, "Estudio analítico de los escritos históricos de Motolinía", Fray Toribio de Motolinía, *Memoriales*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971, p. LX.
21. Edmundo O'Gorman, *op. cit.*, p. XLIX y L.

facilitaran el manuscrito y aun tenerlo en su casa, lugar en donde pudo haberlo consultado Gómara.

De todas las obras anteriormente citadas obtuvo datos Gómara para redactar su *Historia*, pero no debemos olvidar que en los años 1522, 1523, 1524, 1525, 1526, 1532 y 1550, aparecieron impresas las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, y que, de 1540 a 1547 fue su confesor y vivió en su casa, ya en Valladolid, ya en Castilleja de la Cuesta.

Por tanto, dicho clérigo debió estar mejor enterado que nadie de los escritos de Cortés, y que éste, a cada momento hacía mención de ellos para comprobar lo que le refería en sus continuas charlas.

Uno puede imaginar que el ambiente de la residencia del conquistador estaba impregnado de la historia de la conquista, y que éste, a cada paso hacía reminiscencias de todo lo acaecido, tanto de sus victorias como de sus descalabros, y que estos últimos le hacían saltar las lágrimas, por sus compañeros muertos.

Además Gómara no sólo aprovechó los escritos de Cortés sino que durante su permanencia de largos siete años, en su casa, tuvo la oportunidad de enterarse por boca del propio conquistador de todo lo acaecido en la campaña de México.

No hace falta gran imaginación para poder reconstruir una escena muy común en la residencia del extremeño. En ella estarían representados éste y su confesor, los dos sentados cómodamente, mas el primero, en el calor de la charla se levantaba, alzaba la voz y gesticulaba, al emocionarse, al hacer el relato de los sucedidos más interesantes de la conquista. Gómara estaba seguramente provisto de pluma y papel para ir tomando algunas notas. En otras ocasiones, Cortés le dictaba al pie de la letra, no pudo esto ser de otra manera, ya que en la obra del clérigo de Soria aparecen alocuciones del conquistador de distintas dimensiones, y, en algunos casos hasta entrecomillados, lo que indica que éste fue el procedimiento seguido. De ello, daremos varios ejemplos:

> *Oración de Cortés a los soldados.*
> Señores y amigos: Yo os escogí por mis compañeros, y vosotros a mí por vuestro capitán, y todo para en servicio de Dios y acrecentamiento de su santa fe, y

para servir también a nuestro rey, y aun pensando hacer de nuestro provecho. Yo, como habéis visto, no os he faltado ni enojado, ni por cierto vosotros a mí hasta aquí: más empero ahora siento flaqueza en algunos, y poca gana de acabar la guerra que traemos entre manos; y si a Dios place, acabada es ya, a lo menos entendido hasta do llega el daño que nos puede hacer. El bien que de ella conseguiremos, en parte lo habéis visto, aunque lo que tenéis de ver y haber es sin comparación mucho más, y excede su grandeza a nuestro pensamiento y palabras.[22]

La plática que hizo Cortés a los de México sobre los ídolos.
Todos los hombres del mundo, muy soberano rey, y nobles caballeros y religiosos, ora vosotros aquí, ora nosotros allá en España, ora en cualquier parte, que vivan de él, tienen un mismo principio y fin de vida, y traen su comienzo y linaje de Dios, casi con el mismo Dios. Todos somos hechos de una manera de cuerpo, de una igualdad de ánima y de sentidos; y así, todos somos, no sólo semejantes en el cuerpo y alma, más aún también parientes en sangre; empero acontece, por la providencia de aquel mismo Dios, que unos nazcan hermosos y otros feos; unos sean sabios y discretos, otros necios, sin entendimiento, sin juicio ni virtud; por donde es justo, santo y muy conforme a razón y a la voluntad de Dios, que los prudentes y virtuosos enseñen y doctrinen a los ignorantes, y guíen a los ciegos y que andan errados, y los metan en el camino de salvación por la vereda de la verdadera religión.[23]

Oración de Cortés después de la Noche Triste.
Yo, señores, haría lo que me rogáis y mandáis, si os cumpliese, porque no hay ninguno de vosotros, cuanto más todos juntos, por quien no ponga mi hacienda y vida si lo ha menester, pues a ello me obligan cosas que, si no soy ingrato, jamás las olvidaré. Y no penséis que no haciendo esto que ahincadamente pedís, disminuyo o desprecio vuestra autoridad, pues muy cierto es que con hacer al contrario la engrandezco y le doy mayor reputación; porque yéndonos se acabaría, y quedando, no sólo se conserva, mas se acrecienta. ¿Qué nación de las que mandaron el mundo no fue vencida alguna vez? ¿Qué capitán, de los famosos digo, se volvió a su casa porque perdiese una batalla o le echasen

22. Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista…*, cap. LII.
23. *Ibid.*, cap. LXXXVI.

de algún lugar? Ninguno ciertamente; que si no perseverara, no saliera vencedor ni triunfara.[24]

Consideramos que las transcripciones hechas de los discursos que nuestro autor hace decir a Hernán Cortés, demuestran plenamente nuestro aserto en el sentido de que parte del texto de su *Historia de la conquista de México* le fue proporcionado directamente por el conquistador.

LA CONTROVERSIA BERNAL DÍAZ-GÓMARA

En 1540 Bernal Díaz del Castillo partió de la Nueva-España rumbo a la metrópoli, bien pertrechado con toda clase de recomendaciones y con su información de méritos y servicios. Después de penosos reveses e intemperancias de parte de los funcionarios del Real Consejo, se le extendió una cédula favorable a sus designios.

En 1541 llega Bernal a Guatemala, pero no se establece en ella hasta 1549.

Es llamado de España en 1550, participando en la Junta de Valladolid, con el carácter de “conquistador más antiguo de la Nueva-España”. Mas su estancia en la península fue breve, enterándonos por una carta que dirige a Carlos V, que el 22 de febrero de 1552, ya se encontraba en Santiago de Guatemala. Este documento echó por tierra nuestra esperanza de que en ese viaje hubiere podido adquirir la *Historia de las Indias y Conquista de México*, de Francisco López de Gómara, pues según reza en el colofón, apareció en “víspera de Navidad de mil quinientos cincuenta y dos”[25].

No fue sino ya en Guatemala cuando Díaz del Castillo tuvo oportunidad de conocer la *Historia* de Gómara, y, así nos dice:

“Estando escribiendo en esta mi crónica, por acaso vi lo que escriben Gómara e Illescas y Jovio en las conquistas de México y Nueva-España, y desde que las leí y entendí y vi de su policía y éstas mis palabras tan groseras y sin primor, dejé de escribir en ella, y estando presentes tan buenas historias”[26].

---

24. *Ibid.*, cap. CXIV.
25. *Cartas de Indias*, Madrid, Manuel G. Hernández, 1877, t. I, p. 38.
26. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva-España*, México, Robredo, 1944, cap. XVIII.

Es decir, consideró que estaban tan bien escritas que lo suyo desmerecería y paró su redacción. Pero más tarde tornó a leerlas y, como contenían tan gran número de inexactitudes y exageraciones,

> torné a proseguir mi relación, porque la verdadera policía y agraciado componer es decir verdad en lo que he escrito. Y mirando esto acordé de seguir mi intento con el ornato y pláticas que verán, para que salga a luz, y hallarán las conquistas de la Nueva-España claramente como se han de ver. Quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda, descubriendo bajos por la mar adelante, cuando siente que los hay; así haré yo en decir los borrones de los cronistas; mas no será todo, porque si parte por parte se hubiesen de escribir sería más la costa de recoger la rebusca que en las verdaderas vendimias.[27]

En otras palabras, la falta de veracidad en los cronistas y en especial de Gómara, es el incentivo que tuvo Bernal Díaz para continuar su *Relación*, aunque dudamos que la hubiese iniciado antes de que cayera en sus manos el libro del clérigo de Cortés, o sea que si escribió fue porque le indignó que toda o gran parte de la gloria sobre la conquista la hiciera recaer sobre Hernán Cortés. Sobre todo le debió molestar aquella frase de Gómara: “Si la historia lo sufriese todos los conquistadores se habían de nombrar; mas, pues no puede ser, hágalo cada uno en su casa”[28].

Este desatentado párrafo debió llenar de cólera y rabia a Bernal Díaz, porque entre otras cosas iba en contra de su ego, pues para nada se hace mención de su nombre y actuación en la Conquista.

Lo que no confiesa Díaz del Castillo es que gracias a nuestro autor pudo tener a la vista todo un grandioso panorama de la conquista de México, y todo ello organizado cronológicamente, utilizando un armazón lógico y sistemático que sólo es factible cuando el autor es poseedor de una disciplina universitaria y la correspondiente cultura, como es el caso de Francisco López de Gómara. Por tanto podemos asegurar que si no hubiera existido el Gómara, Bernal Díaz tal vez nunca hubiera logrado escribir su *Historia*

27. *Ibid.*, cap. XVIII.
28. Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista…*, cap. CLXVII.

verdadera. Por otra parte hay que tomar en cuenta que también le sirvió para refrescarle la memoria de algunos hechos ya confusos, ya olvidados.

En ocasiones la envidia y maledicencia de Bernal llega al grado de:

> más bien se parece que Gómara fue aficionado a hablar tan loablemente del valeroso Cortés, y tenemos por cierto que le untaron las manos, pues que a su hijo, el marqués que ahora es, le eligió su crónica, teniendo a nuestro rey y señor, que con derecho se le había de elegir y encomendar. Y habían de mandar borrar los señores del Real Consejo de Indias los borrones que en sus libros van escritos.[29]

La agresividad del conquistador de Medina del Campo, llega aquí hasta pedir que sea proscripto el libro de Gómara.

Rebate al de Soria, cuando asegura que en la batalla de Tabasco se aparecieron los apóstoles Santiago o señor San Pedro y termina diciendo que "y yo como pecador, no fuese digno de verlo".

Demuestra su intemperancia cuando expresa: "Esto es lo que pasó en este pueblo de Cempoal, y no otra cosa que sobre ello hayan escrito Gómara ni los demás cronistas, que todo es burla y trampas"[30].

Quejas y sinsabores contiene el siguiente trozo de la *Historia verdadera*:

> que he visto que el cronista Gómara no escribe en su historia ni hace mención si nos mataban o estábamos heridos, ni pasábamos trabajo, ni adolecíamos, sino todo lo que escribe es como quiere va a bodas, y los hallábamos hecho. ¡Oh cuán mal le informaron los que tal le aconsejaron que lo pusiese así en su historia! Y a todos los conquistadores nos ha dado qué pensar, en lo que ha escrito, no siendo así, y debía considerar que desde que viésemos su historia habíamos de decir la verdad.[31]

Tan ingenua como falsa afirmación es desmentida a cada paso en los escritos del clérigo de Cortés, como cuando expresa: "Quedaron este día en el un reencuentro y en el otro muchos indios muertos y heridos, y de los es-

29. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, cap. XVIII.
30. *Ibid.*, cap. LII.
31. *Ibid.*, cap. LXVI.

pañoles fueron algunos heridos, pero ninguno muerto, y todos dieron gracias a Dios, que los libró de tanta multitud de enemigos"[32].

Y en otro lugar: "Y pelearon con ellos los indios reciamente, y los mataron cuatro españoles, hirieron a muchos otros de los nuestros, y no murieron de ellos sino pocos"[33].

Es también interesante advertir, que en el mencionado párrafo de Bernal se contiene una reprimenda contra los que le informaron a nuestro cronista, o sea contra Cortés, cuando escribe: "¡Oh cuán mal le informaron los que tal le aconsejaron que lo pusiese así en su historia!"[34].

Tropezamos de nuevo con las murmuraciones de Bernal Díaz, al asentar "y en esto que escribe es por sublimar a Cortés y abatir a nosotros los que con él pasamos, y sepan que hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos que esto vemos escrito, que le debieron dar oro a Gómara y otras dádivas porque lo escribiese de esta manera porque en todas las batallas o reencuentros éramos los que sostenían a Cortés, y ahora nos aniquila en lo que dice este cronista"[35].

Pedro Bernal demuestra tal indignación y odio en contra de Gómara, que asegura que dos personas que habían leído su *Historia* se mostraron tan descontentas con las falsedades que contenía que "juraron que habían de romper el libro e historia de Gómara que tenían en su poder, pues tantas cosas dice fuera de lo que pasó que no son verdad"[36].

En su afán de contrariar el dicho del cronista ni se da cuenta de la figura alegórica que se representa en esta transcripción: "Y aquí dice el cronista Gómara en su historia que, por venir el río tinto en sangre, los nuestros pasaron sed, por causa de la sangre"[37]. A nadie escapa que se trata de pura ficción.

Continúa Bernal con sus lloriqueos y vuelve a la carga diciendo:

> Lo que veo en estos escritos –de Gómara e Illescas– y en sus crónicas solamente es alabanza de Cortés, y callan y encubren nuestras ilustres y famosas haza-

32. Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista*, cap. XLVI.
33. *Ibid.*, cap. CVI.
34. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, cap. LXVI.
35. *Ibid.*, cap. CXXIX.
36. *Ibid.*, cap. CXLI.
37. *Ibid.*, cap. CXLII.

> ñas, con las cuales ensalzamos al mismo capitán en ser marqués y tener la mucha renta y fama y nombradía que tiene, y éstos que escribieron es quien no se hallaron presentes en la Nueva-España; y sin tener verdadera relación ¿cómo lo podían escribir, sino del sabor de su paladar, sin ir errados, salvo que en las pláticas que tomaron del mismo marqués?[38]

Su resentimiento es tan acendrado que osa acusar a Cortés de mal informar a Gómara, razón por la cual éste dijo cosas no ciertas.

Ramón Iglesia, nuestro admirado investigador de los textos de la Conquista, nos proporciona una valiosa conclusión sobre la disputa bernaldina:

> Me remito a todo el estudio que vengo haciendo, en especial al de las críticas de Bernal Díaz y al análisis mismo del libro de Gómara que viene a continuación. El escepticismo y el espíritu crítico, llevados a la exageración, tienen grandes fallas en el terreno de los estudios históricos. Bien está que se confronten textos y se aquilaten testimonios; pero que se llegue al extremo de rechazar un libro porque utiliza los datos de la conquista suministrados por el propio Cortés es un caso monstruoso de la deformación a que puede llevar el cientifismo histórico. Se reúnen ávidamente noticias de toda índole, se desentierran documentos y crónicas menudas, se coleccionan puntos de vista diversos para lograr una visión de conjunto más cabal, y se da de lado al biógrafo más inmediato de Cortés. ¿Es que no era éste un hombre que pudiera inspirar admiración y entusiasmo? ¿Es que no denota una alta calidad humana la adhesión de Gómara al conquistador en momentos que lo más cómodo y lo más lucrativo hubiera sido atacarle y rebajar sus méritos? ¿Habrá que buscar el origen de la devoción de Gómara en los quinientos ducados que recibió por escribir el libro?[39]

LA CONQUISTA DE MÉXICO EN GÓMARA

La grande y profunda veneración que sentía Francisco López de Gómara por el conquistador de México, dio motivo a que su *Historia de la conquista*

38. *Ibid.*, cap. CCXII.
39. Ramón Iglesia, *op. cit.*, p. 153.

de México, la dedicara al muy ilustre señor don Martín Cortés marqués del Valle, a quien le expresa que:

> A ninguno debo intitular, muy ilustre señor, la *Conquista de México*, sino a vuestra señoría, que es hijo del que lo conquistó. Para que así como heredó el mayorazgo herede también la historia. En lo uno consiste la riqueza, y en lo otro la fama. De manera que andarán juntos honra y provecho.

Se ha pensado que el haber dedicado su obra al hijo de Cortés y no al monarca español, unido a los innumerables elogios que vierte sobre este conquistador, fueron la causal que determinó la prohibición que se descargó en 1553 en contra de la *Historia general de las Indias y Conquista de México*, que continuara aún después de 1572.

Pasando adelante coincidimos con Iglesia que "Gómara tiene de la historia un concepto individualista, aristocrático y heroico. Que para él la historia es en esencia una colección de semblanzas de grandes personajes. Según esta concepción, el relato de la Conquista de México será la biografía de Hernán Cortés"[40].

> La perspectiva es amplia; pero el punto de origen es la vida de un hombre. Dentro de sus límites caben los hechos más variados, más ricos en consecuencias.[41]

En efecto la *Historia de la conquista*, se inicia con el nacimiento de Cortés y termina con su fallecimiento.

No podía faltar en un escrito de tal índole un retrato físico moral del personaje estudiado y así aparece:

> Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenía gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fue travieso cuando muchacho, y cuando hombre fue asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en la paz también. Fue muy dado a

40. *Ibid.*, p. 158.
41. *Ibid.*, p. 138.

mujeres, y diose siempre. Lo mismo hizo al juego, y jugaba dados a maravilla bien y alegremente. Fue muy gran comedor, y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufría mucho la hambre con necesidad (...). Era recio porfiando, y así tuvo más pleitos que convenía a su estado (...). Tratábase como señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecía nuevo (...). Era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; condición de putañeros. Era devoto rezador (...)[42]

Esta pintura que hace Gómara del extremeño no puede ser considerada como un panegírico, no es sino la realidad misma, en que se sacan a colación las grandes virtudes y los grandes defectos de su personalidad, y nadie mejor que él para ejecutarlo, dado que convivió con Hernán Cortés durante siete años.

No escatima elogios a Cortés cuando habla acerca de su poder de organización y de su habilidad como militar.

Este fue el aparato que Cortés hizo para su jornada. Con tan poco caudal ganó tan gran reino. Tal y no mayor ni menor, fue la flota que llevó a tierras extrañas que aún no sabía. Con tan poca compañía venció innumerables indios. Nunca jamás hizo capitán con tan chico ejército tales hazañas, ni alcanzó tantas victorias ni sujetó tamaño imperio. Ningún dinero llevó para pagar aquella gente, antes fue muy adeudado.[43]

Concede especial importancia al episodio relativo a Jerónimo de Aguilar, quien facilitó enormemente el entendimiento con los indígenas, pues durante su estancia en Yucatán aprendió la lengua maya, gracias a lo cual don Hernando tomó contacto con la cultura maya y pudo así entenderse con sus habitantes[44].

Respecto a la Malinche consigna una información errónea, en la que hace decir a esta indígena que era nativa de Viluta, Jalisco, siendo que lo era de Painalla, una localidad de la Provincia de Coatzacoalcos. Lo que pre-

42. Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista…*, cap. CCLII.
43. *Ibid.*, cap. VIII.
44. *Ibid.*, cap. XII.

ocupa es que conociendo Cortés tan bien a Marina, Gómara asentara que era de Jalisco[45].

En la batalla de Cintla o de Tabasco, es en donde Gómara da las más fervientes muestras de su acendrado providencialismo, al hacer consistir la victoria obtenida por Cortés, en la aparición del apóstol Santiago, patrón de España[46].

Relata la impresión que causó a los indígenas el desembarco de los españoles en los arenales de Chalchiucueyehcan: "Los indios contemplaron mucho el traje, gesto y barbas de los españoles. Maravillábanse de ver comer y correr a los caballos. Temían del resplandor de las espadas. Caíanse en el suelo del golpe y estruendo que hacía la artillería, y pensaban que se hundía el cielo a truenos, y rayos; y de las naos decían que venía el dios Quetzalcóatl con sus templos a cuestas; que era dios del aire, que se había ido y lo esperaban"[47].

Nos informa de cómo los totonacos enteran al capitán de que existían bandos en la tierra y gran descontento en contra de Moteczuma[48].

Con gran suavidad y sin hacer mención de las maniobras poco limpias de Cortés, nos dibuja todo lo concerniente a la fundación del Ayuntamiento de la Villa Rica de la Veracruz, por medio del cual se desligó de la autoridad de Diego Velázquez[49].

En relación con las pláticas entre el capitán y los caciques de Zempoala y Quiahuiztlan refiere su comportamiento político-diplomático en estos términos:

"Hizo prender a los alguaciles; soltolos; congraciose de nuevo con Moteczuma, alteró aquel pueblo y la comarca; ofreciószeles a la defensa, y dejolos rebelados para que tuviesen necesidad de él"[50].

Transcribe la larga lista de los obsequios que remitió a Carlos V, en la nao capitana, en la que iban Francisco de Montejo, Alonso Hernández

45. *Ibid.*, cap. XXVI.
46. *Ibid.*, cap. XX.
47. *Ibid.*, cap. XXVI.
48. *Ibid.*, cap. XXVIII.
49. *Ibid.*, cap. XXX y XXXI.
50. *Ibid.*, cap. XXXVI.

Puerto Carrero y Antón de Alaminos. Junto con esos regalos envió cartas, dando relación de lo hasta entonces acontecido[51].

Cuando los Velazquiztas se amotinan contra Cortés, nos dice Gómara que sufrió gran enojo, lo que se convirtió en proceso en contra de los inculpados, los que confesos fueron sentenciados, unos a muerte y otros a azotes[52].

El famoso capítulo de la destrucción de las naves, lo maneja como sigue:

> Y para que le siguiesen todos aunque no quisiesen, acordó quebrar los navíos; cosa recia y peligrosa y de gran pérdida; a cuya causa tuvo bien que pensar, y no porque le doliesen los navíos, sino porque no se lo estorbasen los compañeros; porque sin duda se lo estorbaran y aun se amotinaran de veras si lo entendieran. Determinado pues de quebrantos, negoció con algunos maestros que secretamente barrenasen sus navíos, de suerte que se hundiesen, sin los poder agotar ni atrapar; y rogó a otros pilotos que echasen fama cómo los navíos no estaban más para navegar de cascados y roídos de broma.[53]

Por supuesto que primero fueron desmantelados y después se aprovechó también la tablazón para la construcción de las casas de la Villa Rica de Quiahuiztlan. Como corolario expresa: "Pocos ejemplos de éstos hay, y aquellos son de grandes hombres, como fue Omich Barbarroja, del brazo cortado, que pocos años antes de esto quebró siete galeones, y fustas por tomar a Bujía, según yo largamente lo escribo en las batallas de mar de nuestros tiempos"[54].

Describe la entrada de los españoles a México-Tenochtitlan, la fastuosidad del gobernante mexica y su grandeza, siendo lo más trascendente el discurso que Moteczuma dirige al capitán, que da a conocer inveteradas tradiciones que habían de facilitar en un alto porcentaje la conquista del imperio tenochca. Transcribiremos la parte más significativa:

51. *Ibid.*, cap. XXXIX.
52. *Ibid.*, cap. XLI.
53. *Ibid.*, cap. XLII.
54. *Ibid.*, cap. XLIII.

> Señor y caballeros míos, mucho huelgo de tener tales hombres como vosotros en mi casa y reino, para les poder hacer alguna cortesía y bien, según vuestro merecimiento y mi estado; y si hasta aquí os rogaba que no entrásedes acá, era porque los míos tenían grandísimo miedo de veros; porque espantabais a la gente con estas vuestras barbas fieras, y que traíais unos animales que tragaban los hombres, y que como veníais del cielo, abajabais de allá rayos, relámpagos y truenos, con que hacíais temblar la tierra, y heríais al que os enojaba o al que os antojaba; mas como ya ahora conozco que sois hombres mortales, honrados, y no hacéis daño alguno, y he visto los caballos, que son como ciervos, y los tiros, que parecen cerbatanas, tengo por burla y mentira lo que me decían, y aun a vosotros por parientes, porque según mi padre me dijo, que lo oyó también al suyo, nuestros pasados y reyes de quien yo desciendo no fueron naturales de esta tierra, sino advenedizos, los cuales vinieron con un gran señor, y que de allí a poco se fue a su naturaleza; y que al cabo de muchos años tornó por ellos; mas no quisieron ir, por haber poblado aquí, y tener ya hijos y mujeres y mucho mando en la tierra. Él se volvió muy descontento de ellos, y les dijo a la partida que enviaría sus hijos a que los gobernasen y mantuviesen en paz y justicia, y en las antiguas leyes y religión de sus padres. A esta causa pues hemos siempre esperado y creído que algún día vendrían los de aquellas partes a nos sujetar y mandar, y pienso yo que sois vosotros, según de donde venís, y la noticia que decís que ese vuestro gran rey emperador que os envía, ya de nos tenía. Así que, señor capitán, sed cierto que os obedeceremos, si ya no traéis algún engaño o cautela, y partiremos con vos y los vuestros lo que tuviéremos.[55]

Vierte gran alabanza sobre el de Medellín a propósito de la victoria que obtuviere en Otumba. “No ha sabido más notable hazaña ni victoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear este día a Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él, ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró a todos”[56].

Hace resaltar la lealtad de la nación tlaxcalteca, cuando Xicoténcatl el Mozo, aconseja a su pueblo se combata contra los españoles, siendo inculpado por Maxizcatzin y arrojado gradas abajo del templo[57].

55. *Ibid.*, cap. LXVI.
56. *Ibid.*, cap. CXI.
57. *Ibid.*, cap. CXII.

Estando los españoles en Tlaxcala, restableciéndose de la derrota de la "Noche Triste", Cortés redacta unas ordenanzas que son indicadoras de su talento legislativo[58].

El lanzamiento de los bergantines en el lago de Tetzcoco debió ser un espectáculo maravilloso, que dejó atónitos a los mexicas.

Cortés con gran emoción se dirigió a su tropa en esta forma:

> Hermanos y compañeros míos, ya veis acabados y puestos a punto aquellos bergantines, y bien sabéis cuánto trabajo nos cuesta, y cuánta costa y sudor a nuestros amigos hasta haberlos puesto allí; muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve a México está en ellos; porque con ellos, o quemaremos presto todas las barcas de la ciudad, o las acorralaremos allá dentro en las calles, con lo cual haremos tanto daño a los enemigos cuanto con el ejército de tierra, que menos pueden vivir sin ellas que sin comer; cien mil amigos tengo para sitiar a México, que son, según ya conocéis, los más diestros y valientes hombres de estas partes; para que no os falte la comida está proveído cumplidísimamente. Lo que a vosotros toca es pelear como soléis, y rogar a Dios por salud y victoria, pues es suya la guerra.[59]

Desesperados los mexicanos de no poder defender su ciudad y del desastre que se cernía sobre la nación, imploraban la muerte, llorando lastimosamente: "¡Ah capitán Cortés! pues eres hijo del Sol, ¿por qué no acabas con el que nos acabe? ¡Oh Sol! que puedes dar vuelta al mundo en tan breve espacio de tiempo como es un día con su noche, mátanos ya, y sácanos de tanto y tan largo penar; que deseamos la muerte por ir a descansar con Quetzalcóatl, que nos está esperando. Tras esto lloraban y llamaban sus dioses a grandes voces"[60].

La guerra termina con el apresamiento de Cuauhtémoc, quien al ser presentado ante el capitán español le dice:

> Ya yo he hecho todo mi poder para me defender a mí y a los míos, y lo que obligado era para no venir a tal estado y lugar como estoy; y pues vos podéis

58. *Ibid.*, cap. CXX.
59. *Ibid.*, cap. CXXX.
60. *Ibid.*, cap. CXLII.

agora hacer de mí lo que quisiéredes, matadme, que es lo mejor. Cortés lo consoló y le dio buenas palabras y esperanza de vida y señorío. Subiole a una azotea y rogó mandase a los suyos que se diesen; él lo hizo, y ellos, que serían obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.[61]

ESFUERZO EVANGELIZADOR DE CORTÉS

En las llamadas Bulas Alejandrinas de 1493, por medio de las cuales el papado donaba la tierra americana a los monarcas españoles, se estableció la obligación de evangelizar a los habitantes de las tierras recién descubiertas.

Por ello en las instrucciones que se daban a conquistadores y colonizadores, se les exigía cumplir con lo convenido en las Bulas de referencia. Así, a Hernán Cortés, en las instrucciones que le diera Diego Velázquez en 23 de octubre de 1518, se le exigía en la cláusula número catorce "Y cuidad mucho de doctrinarlos en la verdadera fe, pues ésta es la causa principal porque sus altezas permiten estos descubrimientos".

El capitán español fue un gran cumplidor de los deseos de los monarcas españoles para catequizar a los naturales, cosa que comprobaremos con las informaciones que nos proporciona Gómara.

Ésta su labor la inicia apenas llegado a Cozumel, les quitó y destruyó los ídolos poniendo en su lugar cruces e imágenes de la virgen, la cual según el confesor de Cortés la adoraron con tanta devoción, que salían después con ella a los navíos españoles que tocaban en la isla diciendo: "Cortés, Cortés", y cantando "María, María"[62].

Consigna Gómara la siguiente prédica evangelizadora en Tabasco que atribuye a Cortés:

Y en cuanto a lo que tocaba a la religión, les dijo la ceguedad y vanidad grandísima que tenían en adorar muchos dioses, en hacerles sacrificios de sangre humana, en pensar que aquellas estatuas les hacían el bien o mal que les venía, siendo mudas, sin ánima, y hechura de sus mismas manos. Dioles a entender un Dios, criador del cielo y de la tierra y de los hombres, que los cristianos ado-

61. *Ibid.*, cap. CXLIII.
62. *Ibid.*, cap. XI y XIII.

raban y servían, y que todos lo debían adorar y servir. En fin, tanto les predicó, que quebraron sus ídolos y recibieron la cruz, habiéndoles declarado primero los grandes misterios que en ella hizo y pasó el Hijo del mismo Dios.[63]

Después de la batalla de Centla organiza una procesión el domingo de Ramos y oficia en una misa el padre Juan Díaz[64].

En Tlaxcala continúa sus trabajos evangelizadores, que Gómara nos da a conocer, así como la opinión de los indígenas al respecto:

Viendo pues que guardaban justicia y vivían en religión, aunque diabólica, siempre que Cortés les hablaba, les predicaba con los farautes rogándoles que dejasen los ídolos y aquella cruel vanidad que tenían matando y comiendo hombres sacrificados, pues ninguno de todos ellos quería ser muerto ni así comido, por más religioso ni santo que fuese; y que tomasen y creyesen el verdadero Dios de cristianos que los españoles adoraban, que era el criador del cielo y de la tierra, y el que llovía y criaba todas las cosas que la tierra produce, para sólo uso y provecho de los mortales.[65]

Más adelante nos da la versión de un discurso del extremeño en el que encontramos la síntesis de su pensamiento sobre la tarea evangelizadora:

La causa principal a que venimos a estas partes es por ensalzar y predicar la fe en Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco. Derrocamos los ídolos, estorbamos que no sacrificasen ni comiesen hombres, y comenzamos a convertir indios aquellos pocos días que estuvimos en México. No es razón que dejemos tanto bien comenzado, sino que vamos a do nos llama la fe y los pecados de nuestros enemigos, que merecen un gran azote y castigo; que si bien os acordáis, los de aquella ciudad, no contentos de matar infinidad de hombres, mujeres y niños delante las estatuas en sus sacrificios por honra de sus dioses, y mejor hablando, diablos, se los comen sacrificados; cosa inhumana y que mucho Dios aborrece y castiga, y que todos los hombres de bien, especialmente cristianos, abominan, de-

63. *Ibid.*, cap. XXIII.
64. *Ibid.*, cap. XXIII.
65. *Ibid.*, cap. LVI.

fienden y castigan. Allende de esto, cometen sin pena ni vergüenza el maldito pecado por que fueron quedadas y asoladas aquellas cinco ciudades con Sodoma. Pues ¿qué mayor ni mejor premio desearía nadie acá en el suelo que arrancar estos males y plantar entre estos crueles hombres la fe, publicando el santo Evangelio?[66]

Hernán Cortés, consideró, según Gómara que para poder cumplir con la labor de evangelización, los encomenderos debieran tener en cada pueblo un clérigo o un fraile para enseñar la doctrina y entender en la conversión porque muchos pedían el bautismo[67].

Hay que recordar que el conquistador en todas sus cartas pedía al monarca español el envío de gente del clero regular para proceder a la conversión de los indígenas, cumpliéndose con esto en el año de 1524 en que arribaron a México los primeros doce franciscanos, capitaneados por fray Martín de Valencia. Cortés los recibió con gran acatamiento, se quitaba la gorra cada vez que les hablaba, ponía la rodilla en tierra y les besaba su raído hábito; todo ello para dar ejemplo ante los indios que se habían de volver cristianos. Tal proceder de Cortés los maravillaba, por tratarse de un capitán tan poderoso y tomaban su ejemplo.

Es así como nuestro autor ve los trabajos evangelizadores que Hernán Cortés desarrolló en la conquista y colonización de la Nueva-España.

EL MUNDO INDÍGENA EN GÓMARA

El descubrimiento de México por los castellanos trajo consigo el choque de dos mundos: europeo e indígena. El primero cristiano-monoteísta; el segundo pagano-politeísta. Era natural que el europeo del siglo XVI considerara como un horror las prácticas religiosas de los indígenas y que se quedara estupefacto ante los sacrificios humanos y la antropofagia, ésta de carácter ritual. Por otra parte, inveteradas tradiciones sostenían la creencia del regreso de Quetzalcóatl, por lo que al arribar individuos con caracterís-

66 *Ibid.*, cap. CXX.
67 *Ibid.*, cap. CLXVII.

ticas físicas que se tuvieran por semejantes a las atribuidas al sacerdote tolteca, se estableció la confusión pensándose que Cortés era Quetzalcóatl y teules todos sus acompañantes.

Las primeras impresiones sobre las formas de vida de los indígenas fueron recogidas desde muy temprano por un clérigo, los soldados cronistas y miembros del clero regular que se interesaron por dar a conocer, no sólo lo que ellos estaban presenciando en ese momento sino también la historia de sus antigüedades.

Por supuesto que al analizar estas fuentes se hace indispensable tomar muy en cuenta que estos europeos no estaban en aptitud de poder captar e interpretar la vida e instituciones políticas, sociales y religiosas de este original y esotérico mundo, con el que tan poca afinidad tenían, máxime que en tan corto tiempo de entrar en su conocimiento, no era viable entenderlo, en tratándose de hombres que tenían una tan distinta concepción de la vida y del universo. Pero esto no debe ser tomado sino en forma general, pues en el caso de los individuos de las órdenes religiosas, que empezaron por aprender las lenguas indígenas, sí tuvieron elementos para profundizar en las culturas prehispánicas.

Así, las primeras *relaciones* son, en muchos casos, de gran riqueza para enterarnos del mundo indígena en todos sus aspectos y han sido el origen de muchas crónicas e historias posteriores.

En el caso de López de Gómara, obtuvo su información sobre el Mundo Indígena, de las *Cartas de relación* de Cortés y de los *Memoriales* de fray Toribio de Motolinía, pero a pesar de ello no deja de tener importancia lo que consigna al respecto, porque todo ello pasa por su tamiz interpretativo.

Jorge Gurría Lacroix

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Presentamos en este volumen de la Colección Clásica de Biblioteca Ayacucho al cronista español, el clérigo de Soria, Francisco López de Gómara. Su obra está constituida por los siguientes títulos: *Historia general de las Indias*, *Historia de la conquista de México*, *Vida de Hernán Cortés*, *Crónica de los Barbarrojas* y *Anales de Carlos V.* Por tratarse de una colección dedicada a América Latina hemos escogido para su publicación los tres primeros libros reseñados.

La *Historia general de las Indias* (v. 64 de esta Colección) y la *Historia de la conquista de México*, se imprimieron por vez primera en 1552. La *Vida de Hernán Cortés*, aparecida en latín con el título de *Rebus gestis Ferdinandi Cortesii*, corrió por mucho tiempo como de autor anónimo, hasta que Ramón Iglesia demostró que Gómara era su autor.

Por lo que hace a las dos Historias, utilizamos en esta edición la impresión de 1552. Para la *Vida de Hernán Cortés* (también en el v. 64) nos valemos de la traducción de Joaquín García Icazbalceta.

En las tres obras se ha actualizado gran parte de la ortografía pero no se ha intervenido la toponimia, con sus variaciones, y demás vocablos indígenas. La vacilación en la escritura de los nombres de personajes indígenas y títulos de las obras, se debe principalmente a la inseguridad en la aplicación de las normas ortográficas por los primitivos transcriptores de los textos. Se acude a los corchetes para introducir ajustes sintácticos o explicaciones que demanda el escrito. En las Historias se suprimieron las notas a pie de página, porque consideramos que de ninguna utilidad sería aclarar una que otra cosa, quedando sin hacerlo en muchísimas otras; por el contrario, en la *Vida de Cortés*, hemos conservado esas notas.

B.A.



COLOR



COLOR

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

AL MUY ILUSTRE SEÑOR
DON MARTÍN CORTÉS, MARQUÉS DEL VALLE

A ninguno debo intitular, muy ilustre Señor, la Conquista de México*, sino a vuestra señoría, que es hijo del que lo conquistó, para que, así como heredó el mayorazgo, herede también la historia. En lo uno consiste la riqueza, y en lo otro la fama; de manera que andarán juntos honra y provecho. Mas empero esta herencia os obliga a seguir mucho lo que vuestro padre Fernando Cortés hizo, como a gastar bien lo que os dejó. No es menor loa ni virtud, ni quizá trabajo, guardar lo ganado, que ganar de nuevo, pues así se conserva la hacienda, que sostiene la honra, para conservación y perpetuidad de lo cual se inventaron los mayorazgos; porque es cierto que con las muchas particiones se disminuyen las haciendas, y con la disminución de ellas se apoca y aun acaba la nobleza y memoria; aunque también se han de acabar tarde o temprano los mayorazgos y reinos, como cosa que tuvo principio, o por falta de casta o por caso de guerra, donde siempre suele haber mudanza de señoríos. La historia dura mucho más que la hacienda, porque nunca le faltan amigos que la renueven, ni le empecen guerras, y cuanto más se añeja, más se precia. Acabáronse los reinos y linajes de Niño, Darío y Ciro, que comenzaron los imperios de asirios, medos y persianos; mas duran sus nombres y fama en las historias. Los reyes godos de nuestra España, con Rodrigo fenecieron, mas sus gloriosos hechos en las crónicas viven. No deberíamos poner en esta cuenta los reyes de los judíos, cuyas vidas y mudanza contienen grandes misterios; empero no permanecieron mucho en el estado de David, varón según el corazón de Dios. Son de Dios los reinos y señoríos: él los muda, quita y da a quien y como le place; que así lo dijo él mismo por el Profeta; y también quiere que se escriban las guerras, hechos y vidas de reyes y capitanes, para memoria, aviso y ejemplo de*

los otros mortales; y así lo hicieron Moisés*, Esdras y otros santos. La conquista de México y conversión de los de la Nueva-España, justamente se puede y debe poner entre las historias del mundo, así porque fue bien hecha, como porque fue muy grande. Por ser buena la escribo aparte de las otras, para muestra de todas. Fue grande, no en el tiempo, sino en el hecho, que se conquistaron muchos y grandes reinos con poco daño y sangre de los naturales; y se bautizaron muchos millones de personas, las cuales viven, a Dios gracias, cristianamente. Dejaron los hombres muchas mujeres que tenían, casando con una sola; perdieron la sodomía, enseñados cuán sucio pecado y contra natura era; desecharon sus infinitísimos ídolos, creyendo en nuestro Señor Dios; olvidaron el sacrificio de hombres vivos, aborrecieron la comida de carne humana, soliendo matar y comer hombres cada día, porque estaban tan cautivos del diablo, que sacrificaban y comían mil hombres algún día en sólo México, y otros tantos en Tlaxcallan; y por consiguiente en cada gran ciudad cabeza de provincia, crueldad jamás oída y que desatina el entendimiento. Permanezca pues el nombre y memoria de quien conquistó tanta tierra, convirtió tantas personas, derribó tantos dioses, excusó tanto sacrificio y comida de hombres. No encubra el olvido la prisión de Moteczuma, rey poderosísimo; la toma de México, ciudad fortísima, ni su reedificación, que fue grandísima. Esto basta por memorial de la conquista: no parezca loar mi propia obra si todo lo trato, pues quien la considerare, sentirá más de lo que yo pueda encarecer en una carta. Solamente digo que vuestra señoría, cuya vida y estado nuestro Señor prospere, se puede preciar tanto de los hechos de su padre como de los bienes, pues tan cristiana y honradamente los ganó.*

A LOS LEYENTES

Toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita. Por ende no hay que recomendar la nuestra, sino avisar cómo es tan apacible cuanto nueva por la variedad de cosas, y tan notable como deleitosa por sus muchas extrañezas. El romance que lleva es llano y cual ahora usan, la orden concertada e igual, los capítulos cortos para ahorrar palabras, las sentencias claras aunque breves. He trabajado por decir las cosas como pasan. Si algún error o falta hubiere, suplidlo vosotros por cortesía, y si aspereza o blandura, disimulad, considerando las reglas de la historia; que os certifico no ser por malicia. Contar cuándo, dónde y quién hizo una cosa, bien se acierta; empero decir cómo, es dificultoso, y así, siempre suele haber en esto diferencia. Por tanto, se debe contentar quien lee historias de saber lo que desea en suma y verdadero, teniendo por cierto que particularizar las cosas es engañoso y aun muy odioso; lo general ofende poco si es público, aunque toque a cualquiera; la brevedad a todos place; solamente descontenta a los curiosos, que son pocos, y a los ociosos, que son pesados. Por lo cual he tenido en esta mi obra dos estilos, porque soy breve en la historia y prolijo en la conquista de México. Cuanto a las entradas y conquistas que muchos han hecho a grandes gastos, y yo no trato de ellas, digo que dejo algunas por ser de poca importancia, y porque las más de ellas son de una misma manera, y algunas por no las saber, que sabiéndolas no las dejaría. En lo demás, ningún historiador humano contenta jamás a todos, porque si uno merece alguna loa, no se contenta con ninguna, y la paga con ingratitud; y el que hizo lo que no querría oír, luego lo reprehende todo, con que se condena de veras.

CAPÍTULO I
NACIMIENTO DE FERNANDO CORTÉS

AÑO DE 1485, siendo reyes de Castilla y Aragón los católicos don Fernando y doña Isabel, nació Fernando Cortés en Medellín. Su padre se llamó Martín Cortés de Monroy, y su madre doña Catalina Pizarro Altamirano: entrambos eran hidalgos, que todos estos cuatro linajes Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano son muy antiguos, nobles y honrados. Tenían poca hacienda, empero mucha honra, que raras veces acontece sino en personas de buena vida, y no solamente los honraban sus vecinos por la bondad y cristiandad que conocían en ellos, mas aun ellos mismos se preciaban de ser honrados en todas sus palabras y obras, por donde vinieron a ser muy bienquistos y amados de todos. Ella fue muy honesta, religiosa, recia y escasa; él fue devoto y caritativo. Siguió la guerra cuando mancebo, siendo teniente de una compañía de jinetes por su pariente Alonso de Hermosa, capitán de Alonso de Monroy, clavero de Alcántara; el cual se quiso hacer maestre de su orden contra la voluntad de la reina, a cuya causa le hizo guerra don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago.

Criose tan enfermo Fernando Cortés, que llegó muchas veces a punto de muerte; mas con una devoción que le hizo María de Esteban, su ama de leche, vecina de Oliva, sanó. La devoción fue echar en suerte los doce apóstoles, y darle por abogado el postrero que saliese, y salió San Pedro, en cuyo nombre se dijeron ciertas misas y oraciones, con las cuales plugo a Dios que sanase. De allí tuvo siempre Cortés por su especial abogado y devoto al glo-

rioso apóstol de Jesucristo, San Pedro, y regocijaba cada un año su día en la iglesia y en su casa, donde quiera que se hallase.

A los catorce años de su edad lo enviaron sus padres a estudiar a Salamanca, do estuvo dos años, aprendiendo gramática en casa de Francisco Núñez de Valera, que estaba casado con Inés de Paz, hermana de su padre. Volviose a Medellín harto o arrepentido de estudiar, o quizá falto de dineros. Mucho pesó a los padres con su venida, y se enojaron con él porque dejaba el estudio; porque deseaban que aprendiese leyes, facultad rica y de honra entre todas las otras, pues era muy buen ingenio y hábil para toda cosa.

Daba y tomaba enojos y ruido en casa de sus padres, que era bullicioso, altivo, travieso, amigo de armas; por lo cual determinó irse a probar ventura. Ofrecíanseles dos caminos a la sazón harto a su propósito y a su inclinación: uno era a Nápoles con Gonzalo Hernández de Córdoba, que llamaron el Gran Capitán; el otro a las Indias con Nicolás de Ovando, comendador de Lárez, que iba por gobernador. Pensó cuál de los dos viajes le estaría mejor, y al cabo acordó de pasar a Indias, porque le conocía Ovando y lo llevaría encargado, y porque también se le codiciaba aquel viaje más que el de Nápoles, a causa del mucho oro que de allá traían. Mas entretanto que Ovando aderezaba su partida y se aprestaba la flota que tenía de llevar, entró Fernando Cortés una noche a una casa por hablar a una mujer, y andando por una pared de un trascorral mal cimentada, cayó con ella. Al ruido que hizo la pared y las armas y broquel que llevaba, salió un recién casado, que, como le vio caído cerca de su puerta, lo quiso matar, sospechando algo de su mujer; empero una vieja, suegra suya, se lo estorbó. Quedó malo de la caída, recreciéronle cuartanas, que le duraron mucho tiempo; y así, no pudo ir con el gobernador Ovando. Cuando fue sano, determinó de pasar a Italia, según ya lo había primero pensado, y para ir allá echó camino de Valencia; mas no pasó a Italia, sino andúvose a la flor del berro, aunque no sin trabajos y necesidades, cerca de un año. Tornóse a Medellín con determinación de pasar a las Indias: diéronle sus padres la bendición y dineros para ir.

CAPÍTULO II
LA EDAD QUE TENÍA CORTÉS CUANDO PASÓ A LAS INDIAS

Tenía Fernando Cortés diez y nueve años cuando el año de 1504 que Cristo nació, pasó a las Indias; y de tan poca edad se atrevió a ir por sí tan lejos. Hizo su flete y matalotaje en una nao de Alonso Quintero, vecino de Palos de Moguer, que iba en conserva de otras cuatro, con mercadería; las cuales tuvieron próspera navegación de San Lúcar de Barrameda hasta la Gomera, isla de Canarias, donde se proveyeron de refresco y comida suficiente a tan largo camino como llevaban. Alonso Quintero se partió, de codicioso, una noche sin hablar a los compañeros, por llegar antes a Santo Domingo y vender más presto o más caro sus mercaderías que ellos; pero luego que hizo vela, cargó tanto el tiempo, que le quebró el mástil de la nave; por lo cual le fue forzado tornar a la Gomera, y rogar a los otros lo esperasen, que aún no eran partidos, mientras él adobaba su mástil. Ellos lo esperaron, y se partieron todos juntos, y caminaron a vista unas de otras gran pedazo de mar.

Quintero, que vio el tiempo hecho, se adelantó otra vez de la compañía, poniendo, como de primero, la esperanza de la ganancia en la presteza del camino; y como Francisco Niño de Guelva, que era el piloto, no sabía guiar la nao, llegaron a cabo y a tiempo que no sabían de sí, cuanto más dónde estaban. Maravillábanse los marineros, estaba triste el piloto, lloraban los pasajeros, y ni sabían el camino hecho ni por hacer. El patrón echaba la culpa al piloto, y el piloto al patrón, que según pareció, iban reñidos. Ya en esto se apocaban las viandas y faltaba el agua, porque no bebían sino de la que llovía, y todos se confesaron. Unos maldecían su ventura, otros pedían misericordia, esperando la muerte, que algunos tenían tragada, o ir a tierra de caribes, donde se comen los hombres. Estando pues en esta tribulación, vino a la nao una paloma el Viernes Santo, ya que se quería poner el Sol, y sentose en la gavia. Todos la tuvieron por buena señal; y como les pareciese milagro, lloraban de placer: unos decían que venía a consolarlos, otros que la tierra estaba cerca; y así, daban gracias a Dios, y enderezaban la nao hacia donde volaba el ave. Desapareció la paloma, y entristecieron mucho; pero

no perdieron esperanza de ver presto tierra; y así, luego la misma Pascua descubrieron la isla Española; y Cristóbal Zorzo, que guardaba, dijo: "Tierra, tierra"; voz que alegra y consuela los mareantes. Miró el piloto y conoció ser la punta de Samana, y de allí a tres o cuatro días entraron en Santo Domingo, que tan deseado tenían; donde ya estaban muchos días había las otras cuatro naos.

CAPÍTULO III
EL TIEMPO QUE RESIDIÓ CORTÉS EN SANTO DOMINGO

No estaba el gobernador Ovando en la ciudad cuando llegó Cortés a Santo Domingo; mas un secretario suyo, que se llamaba Medina, lo hospedó, e informó del estado de la isla y de lo que debía hacer. Aconsejole que avecindase allí y que le darían una caballería, que es un solar para casa, y ciertas tierras para labrar. Cortés, que pensaba llegar y cargar de oro, tuvo en poco aquello, diciendo que más quería ir a coger oro. Medina le dijo que lo pensase mejor, que el hallar oro era dicha y trabajo. Volvió el gobernador, y fue Cortés a besarle las manos y a darle cuenta de su venida y de las cosas de Extremadura, y quedose allí por lo que Ovando le dijo; y de allí a poco se fue a la guerra que hacía Diego Velázquez en Aniguaiagua, Buacaiarina y otras provincias que aún no estaban pacíficas, con el alzamiento de Anacoana, una viuda, grande señora.

Diole Ovando ciertos indios en tierra del Daiguao, y la escribanía del ayuntamiento de Azúa, una villa que fundara, donde vivió Cortés cinco o seis años, y se dio a granjerías. Quiso en este medio tiempo pasar a Veragua, que tenía fama de riquísima, con Diego de Nicuesa, y no pudo, por una postema que se le hizo en la corva derecha, la cual le dio la vida, o a lo menos le quitó de muchos trabajos y peligros que pasaron los que allá fueron, según en la historia contamos.

CAPÍTULO IV
ALGUNAS COSAS QUE ACONTECIERON EN CUBA A FERNANDO CORTÉS

Envió el almirante don Diego Colón, que gobernaba las Indias, a Diego Velázquez que conquistase a Cuba, el año de II, y diole la gente, armas y cosas necesarias. Fernando Cortés fue a la conquista por oficial del tesorero Miguel de Pasamonte, para tener cuenta con los quintos y hacienda del rey; y aun el mismo Diego Velázquez se lo rogó, por ser hábil y diligente. En la repartición que hizo Diego Velázquez después de conquistada la isla, dio a Cortés los indios de Manicarao, en compañía de su cuñado Juan Xuárez.

Vivió Cortés en Santiago de Barucoa, que fue la primera población de aquella isla. Crió vacas, ovejas y yeguas; y así, fue el primero que allí tuvo hato y cabaña. Sacó gran cantidad de oro con sus indios, y en breve llegó a ser rico, y puso dos mil castellanos en compañía de Andrés de Duero, que trataba. Tuvo gracia y autoridad con Diego Velázquez para despachar negocios y entender en edificios, como fueron la casa de la fundación y un hospital. Llevó a Cuba Juan Xuárez, natural de Granada, tres o cuatro hermanas suyas y a su madre, que habían ido a Santo Domingo con la virreina doña María de Toledo, el año de 9, con pensamiento de casarse allá con hombres ricos, porque ellas eran pobres; y aun la una de ellas, que había por nombre Catalina, solía decir muy de veras cómo tenía de ser gran señora, o que lo soñase, o que se lo dijese algún astrólogo, aunque diz que su madre sabía muchas cosas. Eran las Xuárez bonicas; por lo cual, y por haber allí pocas españolas, las festejaban muchos, y Cortés a la Catalina, y en fin se casó con ella, aunque primero tuvo sobre ello algunas pendencias y estuvo preso, que no la quería él por mujer y ella le demandaba la palabra. Diego Velázquez favorecíala por amor de otra su hermana, que tenía ruin fama, y aun él era demasiado mujeril. Acusábanle Baltasar Bermúdez, Juan Xuárez, dos Antonios Velázquez y un Villegas para que se casase con ella; y como le querían mal, dijeron muchos males de él a Diego Velázquez acerca de los negocios que le encargaba, y que trataba con algunas personas cosas nuevas en secreto. Lo cual, aunque no era verdad, llevaba color de ello; porque muchos iban a su casa, y se quejaban del Diego Velázquez, porque o no

les daba repartimiento de indios, o se lo diera pequeño. Diego Velázquez creyó esto, con el enojo que de él tenía porque no se casaba con la Catalina Xuárez, y le trató mal de palabras en presencia de muchos, y aun lo echó preso. Cortés, que se vio en el cepo, temió algún proceso con testigos falsos, como suele acontecer en aquellas partes. Quebró el pestillo del candado del cepo, tomó la espada y rodela del alcaide, abrió una ventana, descolgose por ella, y fuese a la iglesia.

Diego Velázquez riñó a Cristóbal de Lagos, diciendo que soltara a Cortés por dineros y soborno, y procuró de sacarlo por engaño de sagrado, y aun por fuerza; mas Cortés entendía las palabras y resistía la fuerza; empero descuidose un día, y cogiéronle paseando delante la puerta de la iglesia, Juan Escudero, alguacil, y otros, y metiéronle en una nave so sota. Entonces favorecían muchos a Cortés, sintiendo pasión en el gobernador. Cortés, como se vio en la nave, desconfió de su libertad, y tuvo por cierto que lo enviarían a Santo Domingo o a España. Probó muchas veces a sacar el pie de la cadena, y tanto hizo, que lo sacó aunque con grandísimo dolor. Trocó luego aquella misma noche sus vestidos con el mozo que lo servía; salió por la bomba sin ser sentido; colose de presto por un lado del navío al esquife, y fuese con él; mas porque no le siguiesen, soltó el barco de otro navío que allí junto estaba. Era tanta la corriente de Macaguanigua, río de Barucoa, que no pudo entrar con el esquife, como remaba solo y cansado, ni aún supo tomar tierra, temiendo ahogarse si trabucaba el barco. Desnudose, y atose con un tocador sobre la cabeza ciertas escripturas que tenía, como escribano de ayuntamiento y oficial del tesorero, y que hacían contra Diego Velázquez; echose a la mar, y salió nadando a tierra. Fue a su casa, habló a Juan Xuárez, y metiose otra vez en la iglesia con armas.

Diego Velázquez envió a decir entonces a Cortés que lo pasado fuese pasado, y fuesen amigos como primero, para ir sobre ciertos isleños que andaban alzados. Cortés se casó con la Catalina Xuárez, porque lo había prometido y por vivir en paz, y no quiso hablar a Diego Velázquez en muchos días. Salió Diego Velázquez con mucha gente contra los alzados, y dijo Cortés a su cuñado Juan Xuárez que le sacase fuera de la ciudad una lanza y ballesta, y él salió de la iglesia en anocheciendo, y tomando la ballesta, se fue con el cuñado a una granja do estaba Diego Velázquez con solos sus cria-

dos, que los demás estaban aposentados en un lugar allí cerca, y aún no habían venido todos, como era la primera jornada. Llegó tarde, y a tiempo que miraba Diego Velázquez el libro de la despensa; llamó a la puerta, que abierta estaba, y dijo al que respondió cómo era Cortés, que quería hablar al señor gobernador, y tras esto entrose dentro. Diego Velázquez temió, por verle armado y a tal hora; rogole que cenase y descansase sin recelo. Él dijo que no venía sino a saber las quejas que de él tenía, y a satisfacerle y a ser su amigo y servidor. Tocáronse las manos por amigos, y después de muchas pláticas se acostaron juntos en una cama; donde los halló a la mañana Diego de Orellana, que fue a ver al gobernador y a decirle cómo se había ido Cortés. De esta manera tornó Cortés a la amistad que primero con Diego Velázquez, y se fue con él a la guerra, y después que volvió se pensó ahogar en la mar, porque viniendo de las bocas de Bani, de ver unos pastores e indios que traía en las minas a Barucoa, donde vivía, se le trastornó la canoa de noche a media legua de tierra y con tempestad; mas salió a nado, y a tino de una lumbre de pastores que cenaban junto a la mar: por semejantes peligros y rodeos corren su camino los muy excelentes varones, hasta llegar do les está guardada su buena dicha.

CAPÍTULO V
DESCUBRIMIENTO DE LA NUEVA-ESPAÑA

Francisco Hernández de Córdoba descubrió Yucatán, según ya contamos en la otra parte, yendo por indios o a rescatar, en tres navíos que armaron él y Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caicedo, el año de 17. El cual, aunque no trujo sino heridas del descubrimiento, trajo relación cómo aquella tierra era rica de oro y plata, y la gente vestida. Diego Velázquez, que gobernaba la isla de Cuba, envió luego el año siguiente a Juan de Grijalva, su sobrino, con doscientos españoles en cuatro navíos, pensando ganar mucha plata y oro, para las cosas de rescate que enviaba, donde Francisco Hernández decía. Fue pues Juan de Grijalva a Yucatán, peleó con los de Champotón, y salió herido. Entró en el río de Tabasco, que nombran por eso Grijalva, en el cual rescató por cosas de poco valor mucho oro, ropa de algodón y lindas cosas de pluma.

Estuvo en San Juan de Ulúa, tomó posesión de aquella tierra por el rey en nombre de Diego Velázquez, y trocó su mercadería por piezas de oro, mantas de algodón y plumajes; y si conocieran su buena dicha, poblara en tan rica tierra, como le rogaban sus compañeros, y fuera lo que fue Cortés; mas no era tanto bien para quien no lo conocía, aunque se excusaba él que no iba a poblar, sino a rescatar y descubrir si aquella tierra de Yucatán era isla. También lo dejó por miedo de la mucha gente y gran tierra, viendo que no era isla, que entonces huían de entrar en Tierra-Firme. Había eso mismo muchos que deseaban a Cuba, como era Pedro de Alvarado, que se perdía por una isleña; y así procuró de volver con la relación de lo hasta allí sucedido, a Diego Velázquez. Corrió la costa Juan de Grijalva hasta Pánuco, y tornose a Cuba, rescatando con los naturales, oro, pluma y algodón, a pesar de todos los más, y aun lloraba porque no querían tornar con él: tan de poco era. Tardó cinco meses desde que salió hasta que tornó a la misma isla, y ocho desde que salió de Santiago hasta que volvió a la ciudad, y cuando llegó no lo quiso ver Diego Velázquez; que fue su merecido.

CAPÍTULO VI
EL RESCATE QUE HUBO JUAN DE GRIJALVA

Rescató Juan de Grijalva con los indios de Potonchán, de San Juan de Ulúa y de otros lugares de aquella costa tantas y tales cosas, que amaran los de su compañía de quedarse allí, y por tan poco precio, que holgaran de feriar con ellos cuanto llevaban. Valía más la obra de muchas de ellas que no el material. Hubo, en fin, lo siguiente:

Un idolico de oro, hueco.

Otro idolejo de lo mismo, con cuernos y cabellera, que tenía un sartal al cuello, un moscador en la mano, y una piedrecica por ombligo.

Una como patena de oro delgada, y con algunas piedras engastadas.

Un casquete de oro, con dos cuernos y cabellera negra.

Veintidós arrancadas de oro, con cada tres pinjantes de lo mismo.

Otras tantas arrancadas de oro, más chicas.

Cuatro ajorcas de oro muy anchas.

Un escarcelón delgado de oro.

Una sarta de cuentas de oro huecas, y con una rana de ello bien hecha.

Otra sarta de lo mismo con un leoncico de oro.

Un par de cercillos de oro grandes.

Dos aguilicas de oro bien vaciadas.

Un salerillo de oro.

Dos cercillos de oro y turquesas, con cada ocho pinjantes.

Una gargantilla para mujer, de doce piezas, con veinticuatro pinjantes de piedras.

Un collar de oro grande.

Seis collaricos de oro delgados.

Otros siete collares de oro con piedras.

Cuatro cercillos de hoja de oro.

Veinte anzuelos de oro, con que pescaban.

Doce granos de oro, que pesaron cincuenta ducados.

Una trenza de oro.

Planchuelas delgadas de oro.

Una olla de oro.

Un ídolo de oro, hueco y delgado.

Algunas bronchas delgadas de oro.

Nueve cuentas de oro huecas, con su extremo.

Dos sartas de cuentas doradas.

Otra sarta de palo dorado, con cañutillos de oro.

Una tacica de oro, con ocho piedras moradas y veintitrés de otras colores.

Un espejo de dos haces, guarnecido de oro.

Cuatro cascabeles de oro.

Una salerilla delgada de oro.

Un botecico de oro.

Ciertos collarejos de oro, que valían poco, y algunas arrancadillas de oro pobres.

Una como manzana de oro hueca.

Cuarenta hachas de oro con mezcla de cobre, que valían hasta dos mil y quinientos ducados.

Todas las piezas que son menester para armar un hombre, de oro delgado.

Una armadura de palo, con hoja de oro y piedrecicas negras.

Un penachudo de cuero y oro.

Cuatro armaduras de palo para las rodillas, cubiertas de hoja de oro.

Dos escarcelones de madera, con hojas de oro.

Dos rodelas, cubiertas de plumas de muchos y finos colores.

Otras rodelas de oro y pluma.

Un plumaje grande de colores, con una avecica en medio al natural.

Un ventalle de oro y pluma.

Dos moscadores de pluma.

Dos cantarillos de alabastro, llenos de diversas piedras algo finas, y entre ellas una que valió dos mil ducados.

Ciertas cuentas de estaño.

Cinco sartas de cuentas de barro, redondas y cubiertas de hoja de oro muy delgada.

Ciento treinta cuentas huecas de oro.

Otros muchos sartales de palo y barro dorado.

Otras muchas cuentas doradas.

Unas tijeras de palo dorado.

Dos máscaras doradas.

Una máscara de mosaico con oro.

Cuatro máscaras de madera doradas, de las cuales una tenía dos bandas derechas de mosaico, con turquesillas, y otra las orejas de lo mismo, aunque con más oro.

Otra era mosaico de lo mismo de la nariz arriba, y la otra de los ojos arriba.

Cuatro platos de palo, cubiertos de hoja de oro.

Una cabeza de perro, cubierta de piedrecicas.

Otra cabeza de animal y de piedra, guarnecida de oro, con su corona y cresta y dos pinjantes, que todo era de oro, más delgado.

Cinco pares de zapatos como esparteñas.

Tres cueros colorados.

Siete navajas de pedernal, para sacrificar.

Dos escudillas pintadas de palo, y un jarro.

Una ropeta con medias mangas de pluma de colores, muy gentil.

Uno como peinador, de algodón fino.

Una manta de pluma grande y fina.

Muchas mantas de algodón delgadas.

Otras muchas mantas de algodón groseras.

Dos tocas o almaizales de buen algodón.

Muchos pebetes de suave olor.

Mucho ají y otras frutas.

Trujo sin esto una mujer que le dieron, y ciertos hombres que tomó; por uno de los cuales le daban lo que pesase de oro, y no lo quiso dar.

Trujo también nuevas que había amazonas en ciertas islas, y muchos lo creyeron, espantados de las cosas que traía rescatadas por vilísimo precio; que no le habían costado todas ellas sino seis camisas de lienzo basto.

Cinco tocadores.

Tres zaragüelles.

Cinco servillas de mujer.

Cinco cintas anchas de cuero, labradas de hiladizo de colores, con sus bolsas y esqueros.

Muchas bolsillas de badana.

Muchas agujetas de un herrete y de dos.

Seis espejos doradillos.

Cuatro medallas de vidrio.

Dos mil cuentas verdes de vidrio, que tuvieron por finas.

Cien sartas de cuentas de muchos colores.

Veinte peines, que preciaron mucho.

Seis tijeras, que les agradaron.

Quince cuchillos, grandes y chicos.

Mil agujas de coser y dos mil alfileres.

Ocho alpargatas.

Unas tenazas y martillo.

Siete caperuzas de color.

Tres sayos de colores gironados.

Un sayo de frisa con su caperuza.

Un sayo de terciopelo verde traído, con una gorra negra de terciopelo.

CAPÍTULO VII
LA DILIGENCIA Y GASTO QUE HIZO CORTÉS EN ARMAR LA FLOTA

Como tardaba Juan de Grijalva más que tardó Francisco Hernández a volver, o enviar aviso de lo que hacía, despachó Diego Velázquez a Cristóbal de Olid en una carabela, en socorro y a saber de él, encargándole que tornase luego con cartas de Grijalva; empero el Cristóbal de Olid anduvo poco por Yucatán, y sin hallar a Juan de Grijalva se volvió a Cuba, que fue un gran daño para Diego Velázquez y para Grijalva; porque si fuera a San Juan de Ulúa o más adelante, hiciera por ventura poblar allí a Grijalva; mas él dijo que le convino dar la vuelta por haber perdido las áncoras.

Llegó Pedro de Alvarado, después de partido Cristóbal de Olid, con la relación del descubrimiento y con muchas cosas de oro y pluma y algodón, que se habían rescatado; con las cuales, y con lo que dijo de palabra, se holgó y maravilló Diego Velázquez con todos los españoles de Cuba; mas temió la vuelta de Grijalva, porque le decían los enfermos que de allá vinieron, cómo no tenía gana de poblar, y que la tierra y gente era mucha y guerrera, y aun porque desconfiaba de la prudencia y ánimo de su pariente. Así que determinó enviar allá algunas naos con gente y armas y mucha quincallería, pensando enriquecer por rescates y poblar por fuerza. Rogó a Baltasar Bermúdez que fuese; y como le pidió tres mil ducados para ir bien armado y proveído, dejole, diciendo que sería más el gasto, de aquella manera, que no el provecho. Tenía poco estómago para gastar, siendo codicioso, y quería enviar armada a costa ajena, que así había hecho casi la de Grijalva; porque Francisco de Montejo puso un navío y mucho bastimento. Y Alonso Hernández Portocarrero, Alonso de Ávila, Diego de Ordaz y otros muchos fueron a su costa con Juan de Grijalva.

Habló a Fernando Cortés para que armasen ambos a medias; porque tenía dos mil castellanos de oro en compañía de Andrés de Duero, mercader; y porque era hombre diligente, discreto y esforzado, rogole que fuese con la flota, encareciendo el viaje y negocio. Fernando Cortés, que tenía grande ánimo y deseos, aceptó la compañía y el gasto y la ida, creyendo que no sería mucho la costa; así que se concertaron presto. Enviaron a Juan de

Saucedo, que había venido con Alvarado, a sacar una licencia de los frailes Jerónimos, que gobernaban entonces, de poder ir a rescatar para los gastos, y a buscar a Juan de Grijalva, que sin ella no podía nadie rescatar, que es feriar mercería por oro y plata. Fray Luis de Figueroa, fray Alonso de Santo Domingo y fray Bernardino Manzanedo, que eran los gobernadores, dieron la licencia para Fernando Cortés, como capitán y armador, con Diego Velázquez, mandando que fuesen con él un tesorero y un veedor para procurar y tener el quinto del rey, como era de costumbre. Entretanto que venía la licencia de los gobernadores, comenzó Fernando Cortés de aderezarse para la jornada. Habló a sus amigos y a otros muchos para ver si querían ir con él; y como halló trescientos que fuesen, compró una carabela y un bergantín para con la carabela que trajo Pedro de Alvarado y otro bergantín de Diego Velázquez, y proveyolos de armas, artillería y munición. Compró vino, aceite, habas, garbanzos y otras cosillas. Tomó fiada de Diego Sanz, tendero, una tienda de buhonería, en setecientos pesos de oro. Diego Velázquez le dio mil castellanos de la hacienda de Pánfilo de Narváez, que tenía en su poder por su ausencia, diciendo que no tenía blanca suya; y dio a muchos soldados que iban en la flota dineros, con obligación de mancomún o fianzas. Y capitularon ambos lo que cada uno había de hacer, ante Alonso de Escalante, escribano público y real, a 23 días de octubre del año de 18.

Volvió a Cuba Juan de Grijalva en aquella misma sazón, y hubo con su venida mudanza en Diego Velázquez, que ni quiso gastar más en la flota que armaba Cortés, ni siquiera que acabara de armar. Las causas porque lo hizo, fueron querer enviar por sí solas aquellas mismas naos de Grijalva; ver el gasto de Cortés y el ánimo con que gastaba; pensar que se le alzaría, como había él hecho al almirante don Diego; oír y creer a Bermúdez y a los Velázquez, que le decían no fiase de él, que era extremeño, mañoso, altivo, amador de honras y hombre que se vengaría en aquello de lo pasado. El Bermúdez estaba muy arrepentido por no haber tomado aquella empresa cuando le rogaron, sabiendo entonces el grande y hermoso rescate que Grijalva traía, y cuán rica tierra era la nuevamente descubierta. Los Velázquez quisieran, como parientes, ser los capitanes y cabezas de la armada, aunque no eran para ello, según dicen. Pensó también Diego Velázquez

que aflojando él, cesaría Cortés; y como procedía en el negocio, echole a Amador de Lárez, persona muy principal, para que dejase la ida, pues Grijalva era vuelto, y que le pagarían lo gastado.

Cortés, entendiendo los pensamientos de Diego Velázquez dijo a Lárez que no dejaría de ir, siquiera por la vergüenza, ni apartaría compañía. Y si Diego Velázquez quería enviar a otro, armado por sí, que lo hiciese, que él ya tenía licencia de los padres gobernadores; y así, habló con sus amigos y personas principales, que se aparejaban para la jornada, a ver si le seguirían y favorecerían. Y como sintiese toda amistad y ayuda en ellos, comenzó a buscar dineros; y tomó fiados cuatro mil pesos de oro de Andrés de Duero, Pedro de Jerez, Antonio de Santa Clara, mercaderes, y de otros; con los cuales compró dos naos, seis caballos y muchos vestidos. Socorrió a muchos, tomó casa, hizo mesa, y comenzó a ir con armas y mucha compañía, de que muchos murmuraban, diciendo que tenía estado sin señorío.

Llegó en esto a Santiago Juan de Grijalva, y no le quiso ver Diego Velázquez, porque se vino de aquella rica tierra; y pesábale que Cortés fuese allá tan pujante; mas no le pudo estorbar la ida, porque todos le seguían, los que allí estaban, como los que venían con Grijalva; que si lo tentara con rigor, hubiera revuelta en la ciudad, y aun muertes; y como no era parte, disimuló. Todavía mandó que no le diesen vituallas, según muchos dicen.

Cortés procuró de salir luego de allí. Publicó que iba por sí, pues era vuelto Grijalva, diciendo a los soldados que no habían de tener qué hacer con Diego Velázquez. Díjoles que se embarcasen con la comida que pudiesen. Tomó a Fernando Alfonso los puercos y carneros que tenía para pesar otro día en la carnicería, dándole una cadena de oro, hechura de abrojos, en pago y para la pena de no dar carne a la ciudad. Y partióse de Santiago de Barucoa a 18 de noviembre, con más de trescientos españoles, en seis navíos.

CAPÍTULO VIII
LOS HOMBRES Y NAVÍOS QUE CORTÉS LLEVÓ A LA CONQUISTA

Salió Cortés de Santiago con muy poco bastimento para los muchos que llevaba y para la navegación, que aún era incierta; y envió luego en saliendo a

Pedro Xuárez Gallinato de Porra, natural de Sevilla, en una carabela por bastimentos a Jamaica, mandándole ir con los que comprase al cabo de Corrientes o punta de San Antón, que es lo postrero de la isla hacia poniente; y él fuese con los demás a Macaca. Compró allí trescientas cargas de pan y algunos puercos a Tamayo, que tenía la hacienda del rey. Fue a la Trinidad y compró un navío de Alonso Guillén, y de particulares tres caballos y quinientas cargas de grano. Estando allí tuvo aviso que Juan Núñez Sedeño pasaba con un navío cargado de vituallas de vender a unas minas. Envió a Diego de Ordaz en una carabela bien armada, para que lo tomase y llevase a la punta de San Antón. Ordaz fue a él y lo tomó en la canal de Jardines, y llevó a do le fue mandado. Y Sedeño y otros se vinieron a la Trinidad con el registro de lo que llevaban, que era cuatro mil arrobas de pan, mil y quinientos tocinos y muchas gallinas. Cortés les dio unas lazadas y otras piezas de oro en pago, y un reconocimiento, por el cual fue Sedeño a la conquista. Recogió Cortés en la Trinidad cerca de doscientos hombres de los de Grijalva, que estaban y vivían allí y en Matanzas, Carenas y otros lugares.

Y enviando los navíos delante, se fue con la gente por tierra a la Habana, que estaba poblada entonces a la parte del sur en la boca del río Onicaxinal. No le quisieron vender allí ningún mantenimiento, por amor de Diego Velázquez, los vecinos; mas Cristóbal de Quesada, que recaudaba los diezmos del Obispo, y un receptor de bulas, le vendieron dos mil tocinos y otras tantas cargas de maíz, yuca y ajís. Basteció con esto la flota razonablemente, y comenzó a repartir la gente y comida por los navíos.

Llegaron entonces con una carabela Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, Francisco de Montejo y otros muchos de la compañía de Grijalva, que fueran a hablar con Diego Velázquez. Iba entre ellos un Garnica, con cartas de Diego Velázquez para Cortés, en que le rogaba esperase un poco, que o iría él o enviaría a comunicarle algunas cosas que convenían a entrambos; y otras para Diego de Ordaz y para otros, donde les rogaba que prendiesen a Cortés. Ordaz convidó a Cortés a un banquete en la carabela que llevaba en cargo, pensando llevarle con ella a Santiago; mas Cortés, entendida la trama, fingió al tiempo de la comida que le dolía el estómago y no fue al convite; y porque no aconteciese algún motín, se entró en su nao. Hizo señal de recoger, como es de costumbre. Mandó que todos

fuesen tras él a San Antón, donde todos llegaron presto y con bien. Hizo luego Cortés alarde en Guaniguanigo, y halló quinientos y cincuenta españoles; de los cuales eran marineros los cincuenta. Repartiolos en once compañías, y diolas a los capitanes Alonso de Ávila, Alonso Fernández Portocarrero, Diego de Ordaz, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Salceda, Juan de Escalante, Juan Velásquez de León, Cristóbal de Olid y un Escobar. Él, como general, tomó también una. Hizo tantos capitanes, porque los navíos eran otros once, para que tuviese cada uno de ellos cargo de la gente y del navío. Nombró también por piloto mayor a Antón de Alaminos, que había ido con Francisco Hernández de Córdoba y con Juan de Grijalva. Había también doscientos isleños de Cuba para carga y servicio, ciertos negros y algunas indias, y dieciséis caballos y yeguas. Halló eso mismo cinco mil tocinos y seis mil cargas de maíz, yucas y ajís. Es cada carga dos arrobas, peso que lleva un indio caminando. Muchas gallinas, azúcar, vino, aceite, garbanzos y otras legumbres; gran cantidad de quincallería como decir cascabeles, espejos, sartales y cuentas de vidrio, agujas, alfileres, bolsas, agujetas, cintas, corchetes, hebillas, cuchillos, tijeras, tenazas, martillos, hachas de hierro, camisas, tocadores, cofias, gorgueras, zaragüelles y pañizuelos de lienzo; sayos, capotes, calzones, caperuzas de paño; todo lo cual repartió en las naos.

Era la nao capitana de cien toneles; otras tres de ochenta a setenta; las demás pequeñas y sin cubierta, y bergantines. La bandera que puso y llevó Cortés a esta jornada era de fuegos blancos y azules con una cruz colorada en medio, y alrededor un letrero en latín, que romanzado dice: "Amigos, sigamos la cruz; y nos, si fe tuviéremos en esta señal, venceremos". Este fue el aparato que Cortés hizo para su jornada. Con tan poco caudal ganó tan gran reino. Tal, y no mayor ni mejor, fue la flota que llevó a tierras extrañas que aún no sabía. Con tan poca compañía venció innumerables indios. Nunca jamás hizo capitán con tan chico ejército tales hazañas, ni alcanzó tantas victorias ni sujetó tamaño imperio. Ningún dinero llevó para pagar aquella gente, antes fue muy adeudado. Y no es menester paga para los españoles que andan en la guerra y conquista de Indias; que si por el sueldo lo hubiesen, a otras partes más cerca irían. En las Indias cada uno pretende un estado o grandes riquezas.

Concertada pues y repartida (como habéis oído) toda la armada, hizo Cortés una breve plática a su gente, que fue de la substancia siguiente.

CAPÍTULO IX
ORACIÓN DE CORTÉS A LOS SOLDADOS

"Cierto está, amigos y compañeros míos, que todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por propias obras con los excelentes varones de su tiempo y aun de los pasados. Así es que yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa; porque el corazón me da que tenemos de ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes. Y cierto, más se extiende el deseo de gloria, que alcanza la vida mortal; al cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos uno ni pocos reinos. Aparejado he naves, armas, caballos y los demás pertrechos de guerra; y sin esto hartas vituallas y todo lo otro que suele ser necesario y provechoso en las conquistas. Grandes gastos he yo hecho, en que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Mas paréceme que cuanto de ella tengo menos, he acrecentado en honra. Hanse de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrecen. Mucho mayor provecho, según en Dios espero, vendrá a nuestro rey y nación de esta nuestra armada que de todas las de otros. Callo cuán agradable será a Dios nuestro Señor, por cuyo amor he de muy buena gana puesto el trabajo y los dineros. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creáis que pretendo de ella tanto la ganancia cuanto el honor; que los buenos más quieren honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fe se hace, nos dará victoria; y el tiempo traerá al fin que de continuo sigue a todo lo que se hace y guía con razón y consejo. Por tanto, otra forma, otro discurso, otra maña hemos de tener que Córdoba y Grijalva; de la cual no quiero disputar por la estrechura del tiempo, que nos da priesa. Empero allá haremos así como viéremos; y aquí yo os propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos. Pero la virtud no quiere ociosidad; por tanto, si quisiéredes llevar la esperanza por virtud o la virtud por esperanza; y si no me dejáis, como no dejaré yo a vosotros ni a la ocasión, yo os haré en muy breve espa-

cio de tiempo los más ricos hombres de cuantos jamás acá pasaron, ni cuantos en estas partidas siguieron la guerra. Pocos sois, ya lo veo; mas tales de ánimo, que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos; que experiencia tenemos cómo siempre Dios ha favorecido en estas tierras a la nación española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id contentos y alegres, y haced igual el suceso que el comienzo".

CAPÍTULO X
LA ENTRADA DE CORTÉS EN ACUZAMIL

Con este razonamiento puso Fernando Cortés en sus compañeros gran esperanza de cosas y admiración de su persona. Y tanta gana les tomó de pasar con él a aquellas tierras apenas vistas, que les parecía ir, no a guerra, sino a victoria y presa cierta. Holgó mucho Cortés de ver la gente tan contenta y ganosa de ir con él en aquella jornada; y así, entró luego en su nao capitana, y mandó que todos se embarcasen de presto; y como vio tiempo, hízose a la vela, habiendo primero oído misa y rogado a Dios le guiase, aquella mañana, que fue a 18 días del mes de febrero del año de 1519 de la navidad de Jesucristo, redentor del mundo. Estando en la mar, dio nombre a todos los capitanes y pilotos, como se usa; el cual fue de San Pedro apóstol, su abogado. Avisoles que siempre tuviesen ojo a la capitana en que él iba; porque llevaba en ella un gran farol para señal y guía del camino que tenían que hacer; el cual era casi este-oeste de la punta de San Antón, que es lo postrero de Cuba, para el cabo de Catoche, que es la primera punta de Yucatán, donde habían de ir a dar derechos, para después seguir la tierra costa a costa entre norte y poniente.

La primera noche que se partió Fernando Cortés y que comenzó de atravesar el golfo que hay de Cuba a Yucatán, y que tendría pocas más de sesenta leguas, se levantó nordeste con recio temporal; el cual desrotó la flota; y así, se derramaron los navíos y corrió cada uno como mejor pudo. Y por la instrucción que llevaban los pilotos de la vía que habían de hacer, navegaron y fueron todos, salvo uno, a la isla de Acuzamil, aunque no fueron juntos ni a un tiempo. Las que más tardaron fueron la capitana y otra en que iba por capitán Francisco de Morla, que o por descuido y flojedad del

timonero, o por la fuerza del agua mezclada con viento, se llevó un golpe de mar el gobernalle al navío de Morla; el cual, para dar a entender su necesidad, izó un farol desparramado. Cortés, como lo vio, arribó sobre él con la capitana; y entendida la necesidad y peligro, amainó y esperó hasta ser de día, para conhortar los de aquel navío y para remediar la falta. Quiso Dios que cuando amaneció, ya la mar abonanzaba y no andaba tan brava como la noche; y en siendo de día miraron por el gobernalle, que andaba alrededor entre las dos naves. El capitán Morla se echó a la mar atado de una soga, y a nado tomó el timón, y lo subieron y asentaron en su lugar como había de estar; y luego alzaron velas.

Navegaron aquel día y otro sin llegar a tierra ni sin ver vela ninguna de la flota; mas luego a otro día llegaron a la punta de las Mujeres, donde hallaron algunos navíos. Mandoles Cortés que le siguiesen, y él enderezó la proa de su nao capitana a buscar los navíos que le faltaban hacia do el tiempo y viento los había podido echar y así, fue a dar en Acuzamil. Halló allí los navíos que le faltaban, excepto uno, del cual no supieron en muchos días. Los de la isla hubieron miedo; alzaron su hatillo y metiéronse al monte. Cortés hizo salir en tierra, a un pueblo que estaba cerca de donde habían surgido, cierto número de españoles; los cuales fueron al lugar, que era de cantería y buenos edificios, y no hallaron persona alguna en él; mas hallaron en algunas casas ropas de algodón y ciertas joyas de oro. Entraron asimismo en una torre alta y de piedra, y junto a la mar, pensando que hallarían dentro hombres y hacienda; mas ella no tenía sino dioses de barro y canto. Vueltos que fueron, dijeron a Cortés cómo habían visto muchos maizales y praderías, grandes colmenares y arboledas y frutales; y diéronle aquellas cosillas de oro y algodón que traían.

Alegrose Cortés con aquellas nuevas, aunque por otra parte se maravilló que hubiesen huido los de aquel pueblo, pues no lo habían hecho cuando allí vino Juan de Grijalva, y sospechó que por ser más sus navíos que los del otro tendrían más miedo. Temió también no fuese ardid para tomarle en alguna zalagarda; y mandó sacar a tierra los caballos a dos efectos: para descubrir el campo con ellos, y pelear, si necesario fuese; y si no, para que paciesen y se refrescasen, pues había donde. También hizo desembarcar la gente, y envió muchos a buscar la isla; y ciertos de ellos hallaron en lo muy espeso

de un monte cuatro o cinco mujeres con tres criaturas, que le trajeron. No entendía ni las entendían; pero por los ademanes y cosas que hacían conocieron cómo la una de ellas era señora de las otras, y madre de los niños. Cortés la halagó entonces; que lloraba su cautiverio y el de sus hijos. Vistiola, como mejor pudo, a la manera de acá; dio a las criadas espejos y tijeras, y a los niños sendos dijes con que se holgasen. En lo demás tratola honestamente. Tras esto, ya que quería enviar una de aquellas mozas a llamar al marido y señor para hablarle y que viese cuán bien tratados estaban sus hijos y mujer, llegaron ciertos isleños a ver lo que pasaba, por mandato del *calachuni*, y a saber de la mujer. Dioles Cortés algunas cosillas de rescate para sí, y otras para el *calachuni*, su señor. Tornolos a enviar para que le rogasen de su parte y de la mujer que viniese a verse con aquella gente, de quien sin causa huía; que él le prometía que ni persona ni casa de la isla recibiría daño ni enojo de aquellos sus compañeros. El *calachuni*, como entendió esto, y con el amor de los hijos y mujer, se vino luego otro día con todos los hombres del lugar, en el cual estaban ya muchos españoles aposentados; mas no consintió que se saliesen de las casas, antes mandó que los repartiesen entre sí, y los proveyesen muy bien de allí adelante de mucho pescado, pan, miel y frutas. El *calachuni* habló a Cortés con grande humildad y ceremonias; y así fue muy bien recibido y amorosamente tratado; y no sólo le mostró Cortés por señas y palabras la buena obra que españoles le querían hacer, más aún por dádivas; y así, le dio a él y a otros muchos de aquellos suyos cosas de rescate; las cuales, aunque entre nosotros son de poco valor, ellos las estiman mucho y tienen en más que el oro, tras que todos andaban.

Allende de esto, mandó Cortés que todo el oro y ropa que se había tomado en el pueblo lo trujesen ante sí; y allí conoció cada isleño lo que suyo era, y se lo volvió; de que no poco quedaron contentos y maravillados. Aquellos indios fueron, muy alegres y ricos con las cosillas de España, por toda la isla a mostrarlas a los otros, y a mandarles de parte del *calachuni* que se tornasen a sus casas con sus hijos y mujeres seguramente y sin miedo, por cuanto aquella gente extranjera era buena y amorosa. Con estas nuevas y mandamiento se volvió cada uno a su casa y pueblo, que también otros se habían ido como los de éste, y poco a poco perdieron el miedo que a los españoles tenían. Y por esta manera estuvieron seguros y amigos, y proveye-

ron abundantemente nuestro ejército todo el tiempo que en la isla estuvo, de miel y cera, de pan, pescado y fruta.

CAPÍTULO XI
QUE LOS DE ACUZAMIL DIERON NUEVAS A CORTÉS DE JERÓNIMO DE AGUILAR

Como Cortés vio que estaban asegurados de su venida, y muy domésticos y serviciales, acordó de quitarles los ídolos, y darles la cruz de Jesucristo nuestro Señor, y la imagen de su gloriosa Madre y virgen santa María; y para esto habloles un día por la lengua que llevaba, la cual era un Melchor que llevara Francisco Hernández de Córdoba. Mas como era pescador, era rudo, o más de veras simple, y parecía que no sabía hablar ni responder. Todavía les dijo que les quería dar mejor ley y Dios de los que tenían. Respondieron que mucho enhorabuena. Y así los llamó al templo, hizo decir misa, quebró los dioses, y puso cruces e imágenes de nuestra Señora, lo cual adoraron con devoción; y mientras allí estuvo no sacrificaron como solían.

No se hartaban de mirar aquellos isleños nuestros caballos ni naos; y así, nunca paraban, sino ir y venir; y aun tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros, que llegaban a tentarlos, y hacían señas con las manos hacia Yucatán, que estaban allá cinco o seis hombres barbudos, muchos soles había. Fernando Cortés, considerando cuánto le importaría tener buen faraute para entender y ser entendido, rogó al *calachuni* le diese alguno que llevase una carta a los barbudos que decían. Mas él no halló quien quisiese ir allá con semejante recado, de miedo del que los tenía, que era gran señor y cruel; y tal, que sabiendo la embajada, mandaría matar y comer al que la llevase. Viendo esto Cortés, halagó tres isleños que andaban muy serviciales en su posada. Dioles algunas cosillas, y rogoles que fuesen con la carta. Los indios se excusaron mucho de ello, que tenían por cierto que los matarían. Mas en fin, tanto pudieron ruegos y dádivas, que prometieron de ir. Y así, escribió luego una carta que en suma decía:

"Nobles señores: yo partí de Cuba con once navíos de armada y con quinientos y cincuenta españoles, y llegué aquí a Acuzamil, de donde os escribo esta carta. Los de esta isla me han certificado que hay en esa tierra cin-

co o seis hombres barbudos y en todo a nosotros muy semejables. No me saben dar ni decir otras señas; mas por éstas conjeturo y tengo por cierto que sois españoles. Yo y estos hidalgos que conmigo vienen a descubrir y poblar estas tierras, os rogamos mucho que dentro de seis días que recibiéredes ésta, os vengáis para nosotros, sin poner otra dilación ni excusa. Si viniéredes todos, conoceremos y gratificaremos la buena obra que de vosotros recibirá esta armada. Un bergantín envío para en que vengáis, y dos naos para seguridad.–Fernando Cortés".

Escrita ya la carta, hallose otro inconveniente para que no la llevasen; y era, que no sabían cómo llevarla encubiertamente para no ser vistos ni barruntados por espías, de que los indios temían. Entonces Cortés acordose que iría bien, envuelta en los cabellos de uno; y así, tomó al que parecía más avisado y para más que los otros, y atole la carta entre los cabellos, que de costumbre los traen largos, a la manera que se los atan ellos en la guerra o fiestas, que es como trenzado a la frente. Del bergantín en que fueron estos indios iba capitán Juan de Escalante; de las naves Diego de Ordaz, con cincuenta hombres para si menester fuese. Fueron estos navíos, y Escalante echó los indios en tierra en la parte que le dijeron. Esperaron ocho días, aunque les avisaron que no los esperarían sino seis, y como tardaban, cuidaron que los habrían muerto o cautivado, y tornáronse a Acuzamil sin ellos; de que mucho pesó a todos los españoles, en especial a Cortés, creyendo que no era verdad aquello de los de las barbas, y que tendrían falta de lengua. Entre tanto que todas estas cosas pasaban, se repararon los navíos del daño que habían recibido con el temporal pasado, y se pusieron a pique; y así, se partió la flota en llegando el bergantín y las dos naos.

CAPÍTULO XII
VENIDA DE JERÓNIMO DE AGUILAR A FERNANDO CORTÉS

Mucho les pesaba, a lo que mostraron, la partida de los cristianos a los isleños, especial al *calachuni*; y cierto a ellos se les hizo buen tratamiento y amistad. De Acuzamil fue la flota a tomar la costa de Yucatán, a do es la punta de las Mujeres, con buen tiempo, y surgió allí Cortés para ver la dis-

posición de la tierra y la manera de la gente. Mas no le contentó. Otro día siguiente, que fue Carnestolendas, oyeron misa en tierra, hablaron a los que vinieron a verlos, y embarcados, quisieron doblar la punta para ir a Cotoche, y tentar qué cosa era. Pero antes de que la doblasen, tiró la nao en que iba el capitán Pedro de Alvarado, en señal de que corría peligro. Acudieron allá todos a ver qué cosa era; y como Cortés entendió que era un agua que con dos bombas no podían agotar, y que si no fuese tomando puerto, que no se podía remediar, tornose a Acuzamil con toda la armada. Los de la isla acudieron luego a la mar muy alegres a saber qué querían o qué se habían olvidado; y los nuestros les contaron su necesidad, y se desembarcaron, y remediaron el navío.

El sábado luego siguiente se embarcó la gente toda, salvo Fernando Cortés y otros cincuenta. Revolvió entonces el tiempo con grande viento y contrario; y así, no se partieron aquel día. Duró aquella noche la furia del aire; mas amansó con el Sol, y quedó la mar para poder embarcar y navegar; pero por ser el primer domingo de Cuaresma, acordaron de oír misa y comer primero. Estando Cortés comiendo, le dijeron cómo atravesaba una canoa a la vela, de Yucatán para la isla, y que venía derecha hacia do las naves estaban surtas. Salió él a mirar adonde iba; y como vio que se desviaba algo de la flota, dijo a Andrés de Tapia que fuese con algunos compañeros a ella, orilla del agua, encubiertos, hasta ver si salían los hombres a tierra; y si saliesen, que se los trajesen. La canoa tomó tierra tras una punta o abrigo, y salieron de ella cuatro hombres desnudos en carnes, sino era sus vergüenzas, los cabellos trenzados y enroscados sobre la frente como mujeres, y con muchas flechas y arcos en las manos; tres de los cuales hubieron miedo cuando vieron cerca de sí a los españoles, que habían arremetido a ellos para tomarlos, las espadas sacadas; y querían huir a la canoa. El otro se adelantó, hablando a sus compañeros en lengua que los españoles no entendieron, que no huyesen ni temiesen; y dijo luego en castellano: “Señores, ¿sois cristianos?”. Respondieron que sí y que eran españoles. Alegrose tanto con tal respuesta, que lloró de placer. Preguntó si era miércoles, porque tenía unas horas en que rezaba cada día. Rogoles que diesen gracias a Dios; y él hincose de rodillas en el suelo, alzó las manos y ojos al cielo, y con muchas lágrimas hizo oración a Dios, dándole gracias infinitas por la merced que le

hacía en sacarlo de entre infieles y hombres infernales, y ponerle entre cristianos y hombres de su nación.

Andrés de Tapia se allegó a él y le ayudó a levantar, y le abrazó, y lo mismo hicieron los otros españoles. Él dijo a los tres indios que le siguiesen, y vínose con aquellos españoles hablando y preguntando cosas hasta donde Cortés estaba; el cual le recibió muy bien, y le hizo vestir luego y dar lo que hubo menester; y con placer de tenerle en su poder, le preguntó su desdicha y cómo se llamaba. Él respondió alegremente delante de todos: "Señor, yo me llamo Jerónimo de Aguilar, y soy de Ecija, y perdíme de esta manera: Que estando en la guerra del Darién, y en las pasiones y desventuras de Diego de Nicuesa y Vasco Núñez Balboa, acompañé a Valdivia, que vino en una pequeña carabela a Santo Domingo, a dar cuenta de lo que allí pasaba, al almirante y gobernador, y por gente y vitualla y a traer veinte mil ducados del rey, el año de 1511, y ya que llegamos a Jamaica se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras, y con dificultad entramos en el batel hasta veinte hombres, sin vela, sin agua, sin pan y con ruin aparejo de remos; y así anduvimos trece o catorce días y al cabo echonos la corriente, que allí es muy grande y recia, y siempre va tras el Sol a esta tierra, a una provincia que dicen Maya. En el camino se murieron de hambre siete, y aun creo que ocho. A Valdivia y otros cuatro sacrificó a sus ídolos un malvado cacique, a cuyo poder venimos, y después se los comió, haciendo fiesta y plato de ellos a otros indios. Yo y otros seis quedamos en caponera a engordar para otro banquete y ofrenda; y por huir de tan abominable muerte, rompimos la prisión y echamos a huir por unos montes; y quiso Dios que topamos con otro cacique enemigo de aquél, y hombre humano, que se dice Aquincuz, señor de Xamanzana; el cual nos amparó y dejó las vidas con servidumbre, y no tardó a morirse. Después acá he yo estado con Taxmar, que le sucedió. Poco a poco se murieron los otros cinco españoles nuestros compañeros, y no hay sino yo y un Gonzalo Guerrero, marinero, que está con Nachancán, señor de Chetemal, el cual se casó con una rica señora de aquella tierra, en quien tiene hijos, y es capitán de Nachancán, y muy estimado por las victorias que le gana en las guerras que tiene con sus comarcanos. Yo le envié la carta de vuestra merced, y a rogar que se viniese, pues había tan buena coyuntura y aparejo. Mas él no quiso, creo que de

vergüenza, por tener horadadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos a fuer de aquella tierra y gente, o por vicio de la mujer y amor de los hijos”.

Gran temor y admiración puso en los oyentes este cuento de Jerónimo de Aguilar, con decir que allí en aquella tierra comían y sacrificaban hombres, y por la desventura que él y sus compañeros habían pasado; pero daban gracias a Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara, y por tenerle por faraute cierto y verdadero. Y certísimo les pareció milagro haber hecho agua la nao de Alvarado, para que con aquella necesidad tornasen a la isla, donde, sobreviniendo contrario viento, fuesen constreñidos a estar hasta que este Aguilar viniese; que sin duda él fue la lengua y medio para hablar, entender y tener cierta noticia de la tierra por do entró y fue Fernando Cortés. Y por tanto, he yo querido ser tan largo en contar de la manera que se hubo, como punto notable de esta historia. No dejaré de decir cómo enloqueció su madre de Jerónimo de Aguilar, cuando oyó que su hijo estaba cautivo en poder de gente que comían hombres; y siempre de allí adelante daba voces en viendo carne asada o espetada, gritando: “¡Desventurada de mí! éste es mi hijo y mi bien”.

CAPÍTULO XIII
CÓMO DERRIBÓ CORTÉS LOS ÍDOLOS EN ACUZAMIL

Luego a otro día que Aguilar fue venido, tornó Cortés a hablar a los acuzamilanos para informarse mejor de las cosas de la isla, pues serían bien entendidas con tan fiel intérprete; y para confirmarlos en la veneración de la cruz y apartarlos de la de los ídolos, considerando que aquel era el verdadero camino para más pronto dejar la gentilidad y tornarse cristianos; y a la verdad, la guerra y la gente con armas es para quitar a estos indios los ídolos, los ritos bestiales y sacrificios abominables que tienen de sangre y comida de hombres, que derechamente es contra Dios y natura; porque con esto más fácilmente y más presto y mejor reciben, oyen y creen a los predicadores, y toman el Evangelio y el bautismo de su propio grado y voluntad; en que consiste la cristiandad y la fe.

Así que Jerónimo de Aguilar les predicó aconsejándoles su salvación;

y con lo que les dijo, o porque ya ellos habían comenzado, holgaron que les acabasen de derribar sus ídolos y dioses, y aun ellos mismos ayudaron a ello, quebrando y desmenuzando lo que poco antes adoraban. Y de presto no dejaron ídolo sano ni en pie nuestros españoles, y en cada capilla y altar ponían una cruz o la imagen de nuestra Señora, a quien todos aquellos isleños adoraban con gran devoción y oraciones, y ponían su incienso, y ofrecían codornices y maíz y frutas, y las otras cosas que solían traer al templo por ofrenda. Y tanta devoción tomaron con la imagen de nuestra Señora santa María, que salían después con ella a los navíos españoles que tocaban en la isla, diciendo: "Cortés, Cortés", y cantando "María, María"; como hicieron a Alonso de Parada y a Pánfilo de Narváez y a Cristóbal de Olid cuando pasaron por allí. Y aun allende de esto, rogaron a Cortés que les dejase quien les enseñase cómo habían de creer y servir al Dios de los cristianos. Mas él no osó, de miedo no los matasen, y porque llevaba pocos clérigos y frailes; en lo cual no acertó, pues de tan buena gana lo querían y pedían.

CAPÍTULO XIV
ACUZAMIL, ISLA

Llaman los naturales Acuzamil, y corruptamente Cozumel. Juan de Grijalva, que fue el primer español que entró en ella, la nombró Santa Cruz, porque a 3 de mayo la vio. Tiene hasta diez leguas en largo y tres en ancho, aunque hay quien diga más y quien diga menos. Está en veinte grados a esta parte de la Equinoccial, o poco menos, y cinco o seis leguas de la punta de las Mujeres. Tiene hasta dos mil hombres en tres lugares que hay. Las casas son de piedra y ladrillo, con la cubierta de paja o rama, y aun alguna de lanchas de piedra. Los templos y torres de cal y canto, muy bien edificados. Tienen poca agua, y aquélla de pozos y llovediza.

Calachuni es como decir cacique o rey. Son morenos, andan desnudos. Si algún vestido traen, es de algodón y para tapar lo vergonzoso. Crían largo cabello, y trénzanselo muy bien sobre la frente. Son grandes pescadores; y así, el pescado es casi su principal manjar; bien que tienen mucho maíz para pan, y muchas frutas y buenas. Tienen también mucha miel, aunque agra un

poco, y colmenares de a mil y más colmenas, algo chicas. No sabían alumbrarse con la cera. Mostráronselo los nuestros, y quedaron espantados y contentos. Hay unos perros, rostro de raposo, que castran y ceban para comer; no ladran. Con pocos de ellos hacen casta las hembras. Como hay sierras, y en lo bajo montes y pastos, críanse muchos venados, puercos monteses, conejos y liebres, aunque pequeñas; de lo cual todo mataron en cantidad nuestros españoles con ballestas y escopetas, y con los perros y lebreles que llevaban; y sin la que comieron fresca, cecinaron y curaron al sol mucha carne. Retájanse, son idólatras, sacrifican niños, mas pocos, y muchas veces perros en su lugar. En lo demás, gente pobre es, pero caritativa y muy religiosa en aquella su falsa creencia.

CAPÍTULO XV
LA RELIGIÓN DE ACUZAMIL

El templo es como torre cuadrada, ancha del pie y con gradas al derredor; derecha de medio arriba, y en lo alto hueca y cubierta de paja, con cuatro puertas o ventanas con sus antepechos o corredores. En aquel hueco que parece capilla, asientan o pintan sus dioses. Tal era el que estaba a la marina, en el cual había un extraño ídolo y muy diverso de los demás; aunque ellos son muchos y muy diferentes. Era el bulto de aquel ídolo grande, hueco, hecho de barro y cocido, pegado a la pared con cal, a las espaldas de la cual había una como sacristía, donde estaba el servicio del templo, del ídolo y de sus ministros. Los sacerdotes tenían una puerta secreta y chica, hecha en la pared en par del ídolo. Por allí entraba uno de ellos, envestíase en el bulto, hablaba y respondía a los que venían en devoción y con demandas. Con este engaño creían los simples hombres cuanto su dios les decía; al cual honraban mucho más que a los otros, con sahumerios muy buenos, hechos como pebetes o de copal, que es como incienso; con ofrendas de pan y frutas, con sacrificios de sangre de codornices y otras aves, y de perros, y aun a las veces de hombres. A causa de este oráculo e ídolo, acudían a esta isla de Acuzamil muchos peregrinos y gente devota y agorera, de lejos tierras, y por eso había tantos templos y capillas.

Al pie de aquella misma torre estaba un cercado de piedra y cal, muy

bien lucido y almenado, en medio del cual había una cruz de cal tan alta como diez palmos, a la cual tenían y adoraban por dios de la lluvia, porque cuando no llovía y había falta de agua, iban a ella en procesión y muy devotos; ofrecían codornices sacrificadas por aplacarle la ira y enojo que con ellos tenía o mostraba tener, con la sangre de aquella simple avecica. Quemaban también cierta resina a manera de incienso, y rociábanla con agua. Tras esto tenían por cierto que luego llovía. Tal era la religión de estos acuzamilanos, y no se pudo saber dónde ni cómo tomaron devoción con aquel dios de cruz; porque no hay rastro ni señal en aquella isla, ni aun en otra ninguna parte de Indias, que se haya predicado en ella el Evangelio, como más largamente se dirá en otro lugar, hasta nuestros tiempos y nuestros españoles. Estos de Acuzamil acataron mucho de allí en adelante la cruz, como quien estaba hecho a tal señal.

CAPÍTULO XVI
DEL PEZ TIBURÓN

Mes y medio gastó Cortés en lo que tenemos dicho hasta ahora, después que dejó a Cuba. Partiose Cortés de esta isla, dejando a los naturales de ella muy amigos de españoles; y tomando mucha cera y miel que le dieron, pasó a Yucatán, y fuese pegado a tierra para buscar el navío que le faltaba, y cuando llegó a la punta de las Mujeres calmó el tiempo, y estúvose allí dos días esperando viento; en los cuales tomaron sal, que hay allí muchas salinas, y un tiburón con anzuelo y lazos. No le pudieron subir al navío porque daba mucho lado, que era chico y el pez muy grande. Desde el batel le mataron en el agua y le hicieron pedazos, y así le metieron dentro en el batel, y de allí en el navío, con los aparejos de guindar. Halláronle dentro más de quinientas raciones de tocino, en que, a lo que dicen, había diez tocinos que estaban a desalar colgados alrededor de los navíos; y como el tiburón es tragón, que por eso algunos le llaman ligurón y como halló aquel aparejo, pudo engullir a su placer. También se halló dentro de su buche un plato de estaño que cayó de la nao de Pedro Alvarado, y tres zapatos desechados, y más un queso.

Eso afirman de aquel tiburón; y cierto él traga tan desaforadamente,

que parece increíble; porque yo he oído jurar a personas de bien, que han visto muchas veces estos tiburones muertos y abiertos, que se han hallado dentro de ellos cosas, que si no las vieran, las tuvieran por imposibles: como decir que un tiburón se traga uno, y dos, y más pellejos de carneros con la cabeza y cuernos enteros, como los arrojan a la mar, por no pelarlos. Es el tiburón un pez largo y gordo, y alguno de ocho palmos de cinta y doce pies en luengo. Muchos de ellos tienen dos órdenes de dientes, una junto a la otra, que parecen sierra o almenas; la boca es a proporción del cuerpo, el buche disforme de grande. Tiene el cuero como tollo. El macho tiene dos miembros para engendrar, y la hembra no más de uno, la cual pare de una vez veinte y treinta tiburoncillos, y aun cuarenta. Es pescado que acomete a una vaca y a un caballo cuando pace o bebe a orillas de los ríos, y se come un hombre, como quiso hacer uno al *calachuni* de Acuzamil, que le cortó los dedos de un pie cuando no lo pudo llevar entero, como le socorriesen. Es tan goloso, que se va tras una nao, por comer lo que de ella echan y cae, quinientas y aun mil leguas; y es tan ligero, que anda más que ella aunque lleve más próspero tiempo, y dicen que tres tantos más, porque al mayor correr de la nave le da él dos y tres vueltas alrededor, y tan somero, que se parece y ve cómo lo anda. No es muy bueno de comer por ser duro y desabrido, aunque abastece mucho un navío hecho tasajo en sal o al aire.

Cuentan aquellos de la armada de Cortés que comieron del tocino que sacaron al tiburón del cuerpo, que sabía mejor que lo otro, y que muchos conocieron sus raciones por las ataduras y cuerdas.

CAPÍTULO XVII
QUE LA MAR CRECE MUCHO EN CAMPECHE, NO CRECIENDO POR ALLÍ CERCA

Con el buen tiempo que hizo luego se partió de allí la flota en busca del navío perdido, y hacía Cortés entrar con los bergantines y barcas de naos en los ríos y calas a buscarlo, y aun estando en par de Campeche surtos los navíos en la playa, atendiendo a los bergantines y barcos que andaban entre ciertas caletas a descubrir el que faltaba, presto se quedaron en seco, aun-

que estaban casi una legua dentro en mar: tanta es la menguante y creciente que nace allí. No crece sino allí la mar, del Labrador a Paria; nadie sabe la causa de ello, aunque dan muchas, pero ninguna satisface; y dicen que si no fuera por esto, que saltaran en tierra a vengar a Francisco Hernández de Córdoba del daño que allí recibió.

Navegando pues apegados siempre a tierra, emparejaron con una gran cala que ahora llaman Puerto-Escondido, en la cual se hacen algunas isletas, y en una de ellas estaba el navío que buscaban. Cortés y todos holgaron infinito de hallarle sano, y a toda la gente salva y buena, y otro tanto hicieron ellos por ser hallados; que tenían temor de sí por estar solos y no bien proveídos, y que la flota no fuese perdida o adelante pasada; y sin duda no se hubieran podido sufrir allí de hambre tanto tiempo, si no fuera por una lebrela; mas como ella los proveía, y era por allí la derrota y camino de la armada, esperaron el capitán, y aun con harto miedo no le hubiese acontecido algo como a Grijalva o a Francisco Hernández de Córdoba. Como surgieron todos allí donde aquel navío estaba, y se holgaron unos con otros, como era razón, preguntados de qué tenían por las jarcias tantos pellejos de liebres y conejos y de venados, dijeron cómo luego que allí llegaron vieran andar por la costa un perro ladrando y escarbando de cara al navío, y que el capitán y otros salieron en tierra y hallaron una lebrela de buen talle que se vino para ellos. Halagolos con la cola saltando de uno en otro con las manos, y luego fuese al monte que estaba cerca, y de allí a poco volvió cargada de liebres y conejos. El otro día de adelante hizo lo mismo, y así conocieron que había mucha caza por aquella tierra, y comenzaron a irse tras ella no sé cuántas ballestas que venían en el navío, y diéronse tan buena diligencia a cazar, que no solamente se habían mantenido de carne fresca los días que allí habían estado, aunque era cuaresma, pero que se habían también bastecido de cecina de venados y conejos para largos días, y en memoria de aquello pegaban por la jarcia las pellejas de los conejos y liebres, y tendían al Sol los cueros de los ciervos para secarlos. No supieron si la lebrela fue de Córdoba o de Grijalva.

CAPÍTULO XVIII
COMBATE Y TOMA DE POTONCHÁN

No se detuvo allí la flota; antes se partió luego, y muy alegres todos en haber hallado los que tenían por perdidos, y sin parar, fueron hasta el río de Grijalva, que en aquella lengua se dice Tabasco. No entraron dentro, porque pareció ser la barra muy baja para los navíos mayores; y así echaron áncoras a la boca. Acudieron luego a mirar los navíos y gente muchos indios, y algunos con armas y plumajes, que a lo que desde la mar parecía, eran hombres lucidos y de buen parecer, y no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalva entró por aquel mismo río. A Cortés le pareció bien la manera de aquella gente y el asiento de la tierra, y dejando buena guarda de los navíos grandes, metió la demás gente española en los bergantines y bateles que venían por popa de las naos, y ciertas piezas de artillería, y entrose con ello el río arriba contra la corriente, que era muy grande.

A poco más de media legua que subían por él, vieron un gran pueblo con las casas de adobes y los tejados de paja, el cual estaba cercado de madera de bien gruesa pared y almenas, y troneras para flechar y tirar piedras y varas. Antes un poco que los nuestros llegasen al lugar, salieron a ellos muchos barquillos, que allí llaman *tahucup*, llenos de hombres armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear. Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Jerónimo de Aguilar, rogándoles los recibiesen bien, pues no venían a hacerles mal, sino a tomar agua dulce y a comprar de comer, como hombres que andando por la mar tenían necesidad de ello; por tanto que se lo diesen, que ellos lo pagarían muy cortésmente. Los de las barquillas dijeron que irían con aquel mensaje al pueblo y les traerían respuesta y comida. Fueron, tornaron luego y trajeron en cinco o seis barquillos, pan, fruta y ocho gallipavos, y diéronselo todo dado. Cortés les mandó decir que aquella era muy poca provisión para la necesidad grande que traían y para tantas personas como venían en aquellos grandes bajeles, que ellos aún no habían visto, por estar cerrados, y que les rogaba mucho le trajesen harto, o le consintiesen entrar en el pueblo a abastecerse. Los indios pidieron aquella noche de término para hacer lo uno o lo otro de aquello

que les rogaba, y con esto se fueron al lugar, y Cortés a una islica que el río hace, a esperar la respuesta para otro día de mañana.

Cada uno de ellos pensó de engañar al otro; porque los indios tomaron aquel plazo para tener espacio de alzar aquella noche su ropilla, y poner en cobro sus hijos y mujeres por los montes y espesuras, y llamar gente a la defensa del pueblo; y Cortés mandó salir luego a la isleta todos los escopeteros y ballesteros, y otros muchos españoles que aún estaban en los navíos, e hizo ir el río arriba a buscar vado. Entrambas cosas se hicieron aquella noche, sin que los contrarios, ocupados en sólo sus casas, las sintiesen; porque todos los de las naos vinieron a do Cortés estaba, y los que fueron a buscar vado anduvieron tanto la ribera arriba tentando las corrientes, que a menos de media legua hallaron por do pasar, aunque hasta la cinta, y aun también hallaron tanta espesura y tan cubiertos los montes por una y otra ribera, que pudieron llegar hasta el lugar sin ser sentidos ni vistos. Con estas nuevas señaló Cortés dos capitanes con cada ciento cincuenta españoles, que fueron Alonso de Ávila y Pedro de Alvarado, y envió esa misma noche con guía a meterse en aquellos bosques que estaban entre el río y el lugar, por dos efectos: uno, porque los indios viesen que no había más gente en la isleta que el día antes; y otro, para que oyendo la señal que concertó, diesen en el lugar por la otra parte de tierra.

Como fue de día, luego vinieron con el Sol hasta ocho barcas de indios armados más que primero, a do los nuestros estaban. Trajeron alguna poca comida, y dijeron que no podían haber más, como los vecinos del pueblo habían echado a huir, de miedo de ellos y de sus disformes navíos; por tanto, que les rogaban mucho tomasen aquello y se tornasen a la mar, y no curasen de desasosegar la gente de la tierra ni alborotarla más. A esto respondió la lengua, diciendo que era inhumanidad dejarlos perecer de hambre, y que si le escuchasen la razón por qué habían venido allí, que verían cuánto bien y provecho se les seguiría de ello. Replicaron los indios que no querían consejo de gente que no conocían, ni menos acogerlos en sus casas, porque les parecían hombres terribles y mandones, y que si agua querían, que la cogiesen del río o hiciesen pozos en tierra; que así hacían ellos cuando menester la tenían.

Entonces Cortés, viendo que eran por demás palabras, díjoles que en ninguna manera él podía dejar de entrar en el lugar y ver aquella tierra,

para tomar y dar relación de ella al mayor señor del mundo, que allí le enviaba; por eso, que lo tuviesen por bueno, pues él lo deseaba hacer por bien, y si no, que se encomendaría a su Dios y a sus manos y a las de sus compañeros. Los indios no decían más de que se fuesen, y no curasen de bravear en tierra ajena, porque en ninguna manera le consentirían salir a ella ni entrar en su pueblo; antes le avisaban que si luego no se iba de allí, que le matarían a él y cuantos con él iban. Quiso Cortés hacer con aquellos bárbaros todo cumplimiento, según razón, y conforme a lo que los reyes de Castilla mandan en sus instrucciones, que es requerir una y dos y muchas veces con la paz a los indios antes de hacerles guerra ni entrar por fuerza en sus tierras y lugares; y así, les tornó a requerir con la paz y buena amistad, prometiéndoles buen tratamiento y libertad, y ofreciéndoles la noticia de cosas tan provechosas para sus cuerpos y almas, que se tendrían por bienaventurados después de sabidas, y que si todavía porfiaban en no acogerle ni admitirle, que los apercibía y emplazaba para la tarde antes del Sol puesto, porque pensaba, con ayuda de su Dios, dormir en el pueblo aquella noche, a pesar y daño de los moradores, que rehusaban su buena amistad y conversación y la paz. De esto se rieron mucho, y mofando se fueron al lugar a contar las soberbias y locuras que les parecía haber oído. En yéndose los indios, comieron los españoles, y de allí a poco se armaron y se metieron en las barcas y bergantines, y aguardaron así a ver si los indios tornaban con alguna buena respuesta; pero como declinaba ya el Sol y no venían, avisó Cortés a los españoles, que estaban puestos en celada, y él embrazó su rodela; y llamando a Dios y a Santiago y a San Pedro, su abogado, arremetió al lugar con los españoles que allí estaban, que serían obra de doscientos, y en llegando a la cerca que tocaba en agua, y los bergantines en tierra, soltaron los tiros y saltaron al agua hasta el muslo todos, y comenzaron a combatir la cerca y baluartes, y a pelear con los enemigos, que había rato que les tiraban saetas y varas y piedras con hondas y a manos, y que entonces, viendo cabe sí los enemigos, peleaban reciamente de las almenas a lanzadas, y flechando muy a menudo por las saeteras y traviesas del muro, en que hirieron cuasi veinte españoles; y aunque el humo y fuego y trueno de los tiros los espantó, embarazó y derribó en el suelo, de temor en oír y ver cosa tan temerosa y por ellos jamás vista, no desampararon

la cerca ni la defensa sino los muertos; antes resistían gentilmente la fuerza y golpes de sus contrarios, y no les dejaran por allí entrar si por detrás no fueran salteados.

Mas como los trescientos españoles oyeron la artillería allá do estaban emboscados, que era la señal para cometer ellos también, arremetieron al pueblo; y como toda la gente del estaba intenta y embebecida peleando con los que tenían delante, y les querían entrar por el río, halláronlo solo y sin resistencia por aquella parte que ellos habían de entrar, y entraron con grandes voces, hiriendo al que topaban. Entonces los del lugar conocieron su descuido, y quisieron socorrer aquel peligro; y así, aflojaron por do Cortés estaba peleando. Con esto pudo entrar por allí él y los que a par de él combatían, sin otro peligro ni contradicción; y así, unos por una parte y los otros por otra, llegaron a un tiempo a la plaza, yendo siempre peleando con los vecinos, de los cuales no quedó ninguno en el pueblo, sino los muertos y presos; que los otros que fueron pocos desampararonlo, y fuéronse a meter al monte que cerca estaba, con las mujeres, que ya estaban allá.

Los españoles escudriñaron las casas, y no hallaron sino maíz y gallipavos y algunas cosas de algodón, y poco rastro de oro, que no estaban dentro más de cuatrocientos hombres de guerra a defender el lugar. Derramose mucha sangre de indios en la toma de este lugar, por pelear desnudos; heridos fueron muchos, y cautivos quedaron pocos; no se contaron los muertos. Cortés se aposentó en el templo de los ídolos con todos los españoles, y cupieron muy a placer, porque tiene un patio y unas salas muy buenas y grandes. Durmieron allí aquella noche a buena guarda, como en casa de enemigos; mas los indios no osaron nada. De esta manera se tomó Potonchán, que fue la primera ciudad que Fernando Cortés ganó por fuerza en lo que descubrió y conquistó.

CAPÍTULO XIX
DEMANDAS Y RESPUESTAS ENTRE CORTÉS Y LOS POTONCHANOS

Otro día de mañana hizo Cortés venir ante sí los indios heridos y presos, y mandoles por su faraute ir a donde estaba el señor con los demás vecinos del

lugar, a decirles que del daño hecho, ellos se tenían la culpa, y no los cristianos, que les habían rogado con la paz tantas veces; y que si querían volver a sus casas y pueblo, que lo podían hacer seguramente; que él les prometía por su Dios que no les sería hecho el menor enojo de esta vida, sino todo placer y buen tratamiento; y al señor, que si no se confiaba de la palabra y fe que le daba, que le daría rehenes; porque deseaba mucho hablarle y conocerle, e informarse de él de algunas cosas que le cumplían mucho saber, y aun darle noticia de otras con que muy mucho se holgase y aprovechase; y que si no quería venir, que supiese por cierto que él lo iría a buscar, y a proveerse de bastimentos por sus dineros. Despidiolos con esto, y enviolos contentos y libres, que ellos no pensaban. Los indios fueron bien alegres, y dijeron a los otros sus vecinos lo que les fue mandado. Pero no vino hombre de ellos; antes se juntaron para dar en los nuestros de sobresalto, creyendo tomarlos descuidados y encerrados, do les pudiesen pegar fuego, si de otra manera no pudiesen vengarse.

Envió también sin estos indios a ciertos españoles por tres caminos que parecían, y que todos iban a dar, según después pareció, a las labranzas y maizales del pueblo; y así, los llevó el camino donde estaban muchos indios; con los cuales escaramuzaron, por traer alguno al capitán que lo examinase en el lugar, y ellos dijeron cómo todos los de aquella tierra y sus comarcas se andaban llegando para pelear con todo su poder y fuerzas, y dar batalla a aquellos pocos hombres forasteros, y matarlos y comérselos, como a enemigos y salteadores. Dijeron más, que tenían concertado entre sí que si fuesen vencidos a mala dicha suya, de servir en adelante como esclavos a señores. Cortés los envió libres como a los otros, y a decir a la junta y capitanes que no se pusiesen en aquello, que era locura y por demás pensar vencer ni matar a aquellos pocos hombres que allí veían; y que si no peleaban y dejaban las armas, él les prometía tenerlos y tratarlos como a hermanos y buenos amigos; y si perseveraban en la enemiga y guerra, que él los castigaría de tal manera, que de allí en adelante jamás tomasen armas para semejante gente que él y los sus españoles.

Con lo que estos mensajeros dijeron allá, o por espiar algo, vinieron luego otro día veinte personas de autoridad y principales entre los suyos, al pueblo. Tocaron la tierra con los dedos, y alzáronlos al cielo, que es salva y

reverencia que acostumbran hacer; y dijeron al capitán Cortés que el señor de aquel pueblo y otros señores vecinos y amigos suyos le enviaban a rogar que no quemase el lugar, y que le traerían mantenimientos. Cortés les dijo que no eran hombres los suyos que se enojaban con las paredes, ni aun tampoco con los otros hombres, sino con muy grande y justa razón; ni eran allí venidos para hacer mal, sino para hacer bien; y que si su señor viniese, conocería presto cuánta verdad le decía en todo aquello, y cuán en breve él y todos ellos sabrían grandes misterios y secretos de cosas jamás llegadas a su noticia, con que mucho se holgasen. Con esto se volvieron aquellos veinte embajadores o espías, diciendo que tornarían con la respuesta; y así lo hicieron; porque a otro día trujeron algunas vituallas, y excusáronse que no traían más a causa de estar la gente derramada y emboscada de temor; por las cuales no quisieron paga, sino ciertos cascabeles y otras bujerías. Dijeron asimismo que su señor en ninguna manera vendría, porque se había ido, de miedo y vergüenza, a un lugar fuerte y lejos de allí; mas que enviaría personas de crédito y confianza con quien pudiese comunicar lo que quisiese; y que en cuanto a las cosas de comer, que él enviase enhorabuena a buscarlas y comprar.

Cortés holgó mucho con esta respuesta, por tener ocasión y justa causa de entrar por la tierra y saber el secreto de ella. Despidiolos pues, y avisolos que otro día iría con su gente por bastimentos para su ejército; por eso, que lo publicasen entre los naturales, para que tuviesen todo recaudo de comida, pues habían de ser bien pagados. Lo uno y lo otro era cautela; porque Cortés no lo hacía tanto por el comer cuanto por descubrir oro, que hasta allí había visto poco; y los indios andaban temporizando, hasta haberse juntado todos con muchas armas. Luego otro día por la mañana ordenó Cortés tres compañías, de a ochenta españoles cada una, y dioles por capitanes a Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila y Gonzalo de Sandoval, y algunos indios de Cuba para servicio y carga, si hallasen maíz o aves que traer. Enviolos por diferentes caminos, y mandó que no tomasen nada sin pagar ni por fuerza, y que no pasasen adelante de legua y media, o cuando mucho, dos, porque con tiempo pudiesen tornarse al pueblo a dormir; y él quedose con los otros españoles a guardar el lugar y la artillería.

El un capitán de aquellos acertó a ir con su bandera a una aldea do etaban infinitos tabascanos en armas, guardando sus maizales. Rogoles que le diesen o trocasen a cosas de rescate, de aquel maíz. Ellos dijeron que no querían; que para sí lo habían menester. Sobre esto echaron mano a las armas los unos y los otros, y comenzaron una brava cuestión; pero como los indios eran muchos más que los españoles, y descargaban en ellos innumerables saetas, con que malamente los herían, retrajéronlos a una casa. Allí se defendieron los nuestros muy bien, aunque con manifiesto temor y peligro de fuego. Y cierto perecieran allí todos o los más, si los otros caminos por do echaron las otras dos compañías no respondieran allí a aquellas rozas y labranzas. Pero plugo a Dios que llegaron casi a una los otros dos capitanes a la misma aldea, al mayor hervor y grita que los indios tenían en combatir la casa donde estaban cercados los ochenta españoles, y con su venida dejaron los indios el combate, y arremolináronse a una parte; y así los cercados salieron, y se juntaron con los otros españoles, y echaron hacia el lugar, escaramuzando todavía con los enemigos, que los venían flechando. Cortés iba ya con cien compañeros y con la artillería a socorrerlos, porque dos indios de Cuba vinieron a decirle el peligro en que quedaban aquellos ochenta españoles. Topolos a una milla del pueblo, y porque aún venían los enemigos, dañando en los traseros, hízoles tirar dos falconetes, con que se quedaron y no pasaron de allí, y él se metió con todos los suyos en el pueblo. Murieron en este día algunos indios, y fueron heridos muchos españoles malamente.

CAPÍTULO XX
LA BATALLA DE CINTLA

No se durmió aquella noche Cortés; antes hizo llevar a las naos todos los heridos y ropa y otros embarazados, y sacar los que guardaban la flota, y trece caballos; lo cual se hizo antes que amaneciese, mas no sin lo sentir los tabascanos. Cuando el Sol salió, ya había oído misa, y tenía en el campo cerca de quinientos españoles, trece caballos y seis tiros de fuego. Estos caballos fueron los primeros que entraron en aquella tierra que ahora llaman Nueva-España. Ordenó la gente, puso en concierto la artillería, y caminó hacia

Cintla, donde el día antes fue la riña, creyendo que allí hallaría los indios. También ellos, cuando los nuestros llegaron, comenzaron a entrar en camino muy en ordenanza, y venían en cinco escuadrones de ocho mil cada uno; y como donde se toparon era barbechos y tierra labrada, y entre muchas acequias y ríos hondos y malos de pasar, embarazáronse los nuestros y desordenáronse; y Fernando Cortés se fue con los de caballo a buscar mejor paso sobre la mano izquierda, y a encubrirse con unos árboles, y dar por allí, como de emboscada, en los enemigos por las espaldas o lado. Los de pie siguieron su camino derecho, pasando a cada paso acequias, y escudándose, que los contrarios les tiraban; y así, entraron en unas grandes rozas labradas y de mucha agua, donde los indios, como hombres que sabían los pasos, que estaban diestros y sueltos en saltar las acequias, llegaban a flechar, y aun a tirar varas y piedras con honda. De manera que, aunque los nuestros hacían daño en ellos y mataban algunos con ballestas y escopetas y con la artillería, cuando podía jugar, no los podían desechar de sobre sí, porque tenían amparo en árboles y valladares, y si de industria los de Potonchán esperaron en aquel mal lugar, como es de creer, no eran bárbaros ni mal entendidos en guerra.

Salieron, pues, de aquel mal paso, y entraron en otro algo mejor, porque era espacioso y llano y con menos ríos y allí aprovecháronse más de las armas de tiro, que daban siempre en lleno, y de las espadas, que llegaban a pelear cuerpo a cuerpo. Pero como eran infinitos los indios, cargaron tanto sobre ellos, que los arremolinaron en tan poco estrecho de tierra, que les fue forzado, para defenderse, pelear vueltas las espaldas unos a otros, y aun así, estaban en muy grande aprieto y peligro, porque ni tenían lugar de tirar su artillería, ni gente de caballo que les apartase los enemigos. Estando pues así caídos y para huir, apareció Francisco Morla en un caballo rucio picado, que arremetió a los indios e hízoles arredrar algún tanto. Entonces los españoles, pensando que era Cortés, y con tener espacio, arremetieron a los enemigos, y mataron algunos de ellos. Con esto el de caballo no pareció más, y con su ausencia volvieron los indios sobre los españoles, y pusiéronlos en el estrecho que antes. Tornó luego el de caballo, púsose cabe los nuestros, corrió a los enemigos e hízoles dar espacio. Entonces ellos, sintiendo favor de hombre a caballo, van con ímpetu a los indios y matan y

hieren muchos de ellos; pero al mejor tiempo los dejó el caballero, y no le pudieron ver. Como los indios no vieron tampoco al de caballo, de cuyo miedo y espanto huían, pensando que era centauro, revuelven sobre los cristianos con gentil denuedo, y tratanlos peor que antes. Tornó entonces el de caballo tercera vez, e hizo huir a los indios con daño y miedo, y los peones arremetieron asimismo, hiriendo y matando. A esta sazón llegó Cortés con los otros compañeros a caballo, harto de rodear, y de pasar arroyos y montes, que no había otra cosa por todo aquello. Dijéronle lo que habían visto hacer a uno de caballo, y preguntaron si era de su compañía, y como dijo que no, porque ninguno de ellos había podido venir antes, creyeron que era el apóstol Santiago, patrón de España. Entonces dijo Cortés: "Adelante compañeros, que Dios es con nosotros y el glorioso San Pedro". Y en diciendo esto, arremetió a más correr con los de caballo por medio de los enemigos, y lanzolos fuera de las acequias, aparte que muy a su talante los pudo alancear, y alanceando, desbaratar. Los indios dejaron luego el campo raso, y se metieron por los bosques y espesuras, no parando hombre con hombre. Acudieron luego los de pie, y siguieron el alcance; en el cual mataron bien más de trescientos indios, sin otros muchos que hirieron de escopeta y de ballesta.

Quedaron heridos en este día más de setenta españoles de flechas y aun de pedradas. Con el trabajo de la batalla, o con el gran calor y excesivo que allí hace, o por las aguas que bebieron nuestros españoles por aquellos arroyos y balsas, le dio un dolor súbito de lomos, que cayeron en tierra más de ciento de ellos, a los cuales fue menester llevar a cuestas o arrimados; pero quiso Dios que se les quitó del todo aquella noche, y a la mañana ya estaban todos buenos. No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbre de indios, con quien habían peleado, a nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar; y todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y que era Santiago, nuestro patrón. Fernando Cortés más quería que fuese San Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que de ellos fue, se tuvo a milagro, como de veras pareció, porque no solamente lo vieron los españoles, mas aun también los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacía cada vez que arremetía a

su escuadrón, y porque les parecía que los cegaba y entorpecía. De los prisioneros que se tomaron se supo esto.

CAPÍTULO XXI
TABASCO SE DA POR AMIGO DE CRISTIANOS

Cortés soltó algunos, y envió a decir con ellos al señor y a todos los otros, que le pesaba del daño hecho a entrambas partes por culpa y dureza suya, de ellos, que de su inocencia y comedimiento Dios le era buen testigo. Mas no obstante todo esto, él los perdonaba de su error si venían luego o dentro de dos días a dar justo descargo y satisfacción de su malicia, y a tratar con él paz y amistad, y los otros misterios que le quería declarar; apercibiéndolos que si dentro de aquel plazo no viniesen, de entrar por su tierra dentro, destruyéndola, quemándola, talando y matando cuantos hombres topase, chicos y grandes, armados y sin armas. Despachados aquellos hombres con este mensaje, se fue con todos sus españoles al pueblo a descansar y a curar todos los heridos.

Los mensajeros hicieron bien su oficio; y así, otro día vinieron más de cincuenta indios honrados a pedir perdón de lo pasado, licencia para enterrar a los muertos y salvoconducto para venir los señores y personas principales al pueblo seguramente. Cortés les concedió lo que pedían; y les dijo que no le engañasen ni mintiesen más, ni hiciesen otra junta, que sería para mayor mal suyo y de la tierra; y que si el señor del lugar y los otros sus amigos y vecinos no viniesen en persona, que no los oiría más por terceros. Con tan bravo y riguroso mandamiento y protesto como este y el pasado, por sentirse de flacas fuerzas y de armas desiguales para pelear ni resistir aquellos pocos españoles, que tenían por invencibles, acordaron los señores y personas más principales de ir a ver y hablar a aquella gente y a su capitán. Así que, pasado el término que llevaron, vino a Cortés el señor de aquel pueblo y otros cuatro o cinco, sus comarcanos, con buena compañía de indios, y le trujeron pan, gallipavos, frutas y cosas así de bastimento para el real, y hasta cuatrocientos pesos de oro en joyuelas, y ciertas piedras turquesas de poco valor, y hasta veinte mujeres de sus esclavas para que les cociesen pan y guisasen de comer al ejército; con las cuales pensaban hacer-

le gran servicio, como los veían sin mujeres, y porque cada día es menester moler y cocer el pan de maíz, en que se ocupan mucho tiempo las mujeres. Demandaron perdón de todo lo pasado. Rogaron que los recibiese por amigos, y entregáronse en su poder y de los españoles, ofreciéndoles tierra, la hacienda y las personas. Cortés los recibió y trató muy bien, y les dio cosas de rescate, con que se holgaron mucho, y repartió aquellas veinte mujeres esclavas entre los españoles por camaradas. Relinchaban los caballos y yeguas que tenían atados en el patio del templo do pasaban, a unos árboles que había. Preguntaron los indios qué decían. Respondiéronles que reñían porque no los castigaban por haber peleado. Ellos entonces dábanles rosas y gallipavos que comiesen, rogándoles que los perdonasen.

CAPÍTULO XXII
PREGUNTAS QUE CORTÉS HIZO A TABASCO

Muchas cosas pasaron entre los nuestros y estos indios, que como no se entendían, eran mucho para reír. Y luego que conversaron y vieron que no les hacían mal, trajeron al lugar sus hijos y mujeres; que no fue así chiquito número, ni más aseado que de gitanos. Entre lo que Fernando Cortés trató y platicó con Tabasco por lengua y medio de Jerónimo de Aguilar, fueron cinco cosas. La primera, si había minas en aquella tierra de oro y plata, y cómo tenían y de dónde aquello poco que traían. La segunda, qué fue la causa porque le negaron su amistad, y no al otro capitán que vino allí el año antes con armada. La tercera, por qué razón, siendo ellos tantos, huían de tan poquitos. La cuarta, para darles a entender la grandeza y poderío del emperador y rey de Castilla. Y la otra fue una predicación y declaración de la fe de Cristo.

Cuanto a lo del oro y riquezas de la tierra, le respondió que ellos no curaban mucho de vivir ricos, sino contentos y a placer; y que por eso no sabía decir qué cosa era mina, ni buscaban oro más de lo que se hallaban, y aquello era poco; pero que en la tierra más adentro, y hacia donde el sol se cubría, se hallaba mucho de ello; y los de allá se daban más a ello que no ellos. A lo del capitán pasado, dijo que como eran aquellos hombres que traía, y los navíos, los primeros que de aquel talle y forma habían aportado a su tie-

rra, que les habló y preguntó qué querían; y como le dijeron que trocar oro, y no más, que lo hicieron de grado; empero que ahora viendo más y mayores naos, que pensó que tornaban a le tomar lo que les quedaba, y aun también porque estaba afrentado de que nadie le hubiese burlado así, lo que no había hecho a otros menos señores que él. En lo demás que tocaba a la guerra, dijo que ellos se tenían por esforzados, y para con los de cabe su tierra valientes, porque nadie les llevaba su ropa por fuerza, ni las mujeres, ni aun los hijos para sacrificar; y que así pensó de aquellos pocos extranjeros; pero que se había hallado engañado en su corazón después que se habían probado con ellos, pues ninguno pudieron matar. Y que los cegaba el resplandor de las espadas, cuyo golpe y herida era grande y mortal y sin cura; y que el estruendo y fuego de la artillería los asombraba más que los truenos y relámpagos ni que los rayos del cielo, por el destrozo y muertes que hacía donde daba; y que los caballos les pusieron grande admiración y miedo, así con la boca, que parecía que los iba a tragar, como con la presteza que los alcanzaba, siendo ellos ligeros y corredores; y que como era animal que nunca ellos vieron, les había puesto grandísimo temor el primero que con ellos peleó, aunque no era sino uno; y como de allí a poco rato eran muchos, no pudieron sufrir el espanto ni la fuerza ni furia de su correr, y pensábamos que hombre y caballo todo era uno.

CAPÍTULO XXIII
CÓMO LOS DE POTONCHÁN QUEBRARON SUS ÍDOLOS Y ADORARON LA CRUZ

Con esta relación vio Cortés que no era tierra aquella para los españoles, ni le cumplía asentar allí, no habiendo oro ni plata ni otra riqueza; y así, propuso de pasar adelante para descubrir mejor dónde era aquella tierra hacia poniente que tenía oro. Pero primero les dijo cómo el señor en cuyo nombre iban él y aquellos sus compañeros, era rey de España, emperador de cristianos, y el mayor príncipe del mundo, a quien más reinos y provincias servían y obedecían que a otro vasallos, y cuyo mando y gobernación de justicia era de Dios, justo, santo, pacífico, suave, y a quien le pertenecía la monarquía del universo; por lo cual ellos debían darse por sus vasallos y cono-

cidos; y que si lo hacían así, se les seguirían muchos y muy grandes provechos de leyes y policía y en costumbres. Y en cuanto a lo que tocaba a la religión, les dijo la ceguedad y vanidad grandísima que tenían en adorar muchos dioses, en hacerles sacrificios de sangre humana, en pensar que aquellas estatuas les hacían el bien o mal que les venía, siendo mudas, sin ánima, y hechura de sus mismas manos. Dioles a entender un Dios, criador del cielo y de la tierra y de los hombres, que los cristianos adoraban y servían, y que todos lo debían adorar y servir. En fin, tanto les predicó, que quebraron sus ídolos y recibieron la cruz, habiéndoles declarado primero los grandes misterios que en ella hizo y pasó el Hijo del mismo Dios.

Y así, con gran devoción y concurso de indios, y con muchas lágrimas de españoles, se puso una cruz en el templo mayor de Potonchán, y de rodillas la besaron y adoraron los nuestros primero, y tras ellos los indios. Despidiolos así y fuéronse todos a comer. Rogoles Cortés que viniesen de allí a dos días a ver la fiesta de ramos. Ellos como hombres religiosos y que podían venir seguramente, no sólo vinieron los vecinos, más aún los comarcanos del lugar, en tanta multitud, que puso admiración de donde tan presto se pudo juntar allí tanto millar de millares de hombres y mujeres, los cuales todos juntos dieron la obediencia y vasallaje al rey de España en manos de Fernando Cortés, y se declararon por amigos de españoles; y éstos fueron los primeros vasallos que el emperador tuvo en la Nueva-España.

Luego que fue hora el domingo, mandó Cortés cortar muchos ramos y ponerlos en un rimero, como en mesa, mas en el campo, por la mucha gente, y decir el oficio con los mejores ornamentos que había, al cual se hallaron los indios, y estuvieron atentos a las ceremonias y pompa con que se anduvo la procesión, y se celebró la misa y fiesta; con que los indios quedaron contentos, y los nuestros se embarcaron con los ramos en las manos. No menor alabanza mereció en esto Cortés que en la victoria, porque en todo se hubo cuerda y esforzadamente. Dejó aquellos indios a su devoción, y al pueblo libre y sin daño. No tomó esclavos ni saqueó, ni tampoco rescató, aunque estuvo allí más de veinte días. Al pueblo llaman los vecinos Potonchán, que quiere decir lugar que hiede, y los nuestros la Victoria. El señor se decía Tabasco; y Juan de Grijalva le nombró como a sí, que no se perderá su apellido ni memoria con esto tan presto; y así habían de hacer los que descu-

bren y pueblan, perpetuar sus nombres. Es gran pueblo, mas no tiene veinticinco mil casas, como algunos dicen; aunque, como cada casa está por sí como isla, parece más de lo que es. Son las casas grandes, buenas, de cal y ladrillo o piedra; otras hay de adobes y palos, mas la cubierta es paja o plancha. La vivienda en alto, por la niebla y humedad del río. Por el fuego tienen apartadas las casas. Mejores edificios tienen fuera que dentro del lugar, para su recreación. Son morenos, andan casi desnudos, y comen carne humana de la sacrificada. Las armas que tienen son arco, flecha, honda, vara, lanza. Las otras con que se defienden son rodelas, cascos y unos como escarcelones: todo esto de palo o corteza, y alguno de oro, pero muy delgado. Traen también cierta manera de corazas, que son unos listones estofados de algodón, revueltos a lo hueco del cuerpo.

CAPÍTULO XXIV
DEL RÍO DE ALVARADO, QUE LOS INDIOS LLAMAN PAPALOAPAN

Después que salió Cortés de Potonchán, entró en un río que llaman de Alvarado, por haber entrado primero que todos en él aquel capitán. Mas los que moran en sus riberas le dicen Papaloapan y nace en Aticpan, cerca de la sierra de Culhuacán. La fuente mana al pie de unos serrejones. Tiene encima un hermoso peñol redondo, ahusado, y alto cien estados, y cubierto de árboles, donde hacían los indios muchos sacrificios de sangre. Es muy honda, clara, llena de buenos peces, ancha más de cien pasadas. Entran en este río Quiyotepec, Uicilla, Chimantlán, Cuauhcuezpaltepec, Tuztlán, Teyuciyocán, y otros menores ríos, que todos llevan oro. Cae a la mar por tres canales, uno de arena, otro de lama, otro de peña. Corre por buena tierra, tiene gentil ribera, y hace grandes esteros con sus muchas y ordinarias crecidas. Uno de ellos está entre Otlatitlán y Cuauhcuezpaltepec, dos buenos pueblos. Bulle de peces aquel estero o laguna. Hay muchos sábalos del tamaño de toñinas, muchos sierpes, que llaman en las islas iguanas, y en esta tierra *cuauhcuezpaltepec*. Parece lagarto de los muy pintados, tiene la cabeza chica y redonda, el cuerpo gordo, el cerro erizado con cerdas, la cola larga, delgada, y que la tuerce y arrolla como galgo;

cuatro pedezuelos de a cuatro dedos, y con uñas de ave; los dientes agudos, mas no muerde, aunque hace ruido con ellos; el color es pardo, sufre mucho la hambre, pone huevos como gallina, que tienen yema y clara y cáscara; son pequeños y redondos, y buenos de comer. La carne sabe a conejo, y es mejor. Cómenla en cuaresma por pescado, y en carnal por carne, diciendo ser de dos elementos, y por consiguiente, de entrambos tiempos. Es dañosa para bubosos. Salen estos animales del agua y suben a los árboles y andan por tierra. Asombran a quien los mira, aunque los conozca: tan fiera catadura tienen. Engordan mucho fregándoles la barriga con arena, que es nuevo secreto.

Hay también manatís, tortugas, y otros peces muy grandes que acá no conocemos; tiburones y lobos marinos, que salen a tierra a dormir y roncan muy recio. Paren las hembras cada dos lobos y críanlos con leche, que tienen dos tetas al pecho entre los brazos. Hay perpetua enemiga entre los tiburones y lobos marinos, y pelean reciamente, el tiburón por comer y el lobo por no ser comido. Empero siempre son muchos tiburones para un lobo. Hay muchas aves pequeñas y grandes, de nuevo color y talle para nosotros. Patos negros con alas blancas, que se precian mucho para pluma, y que se vende cada uno, en la tierra donde no los hay, por un esclavo. Otras aves que llaman *teuquechul* o avediós, como gallos, de que hacen ricas cosas con oro; y si la obra de esta pluma fuese durable, no había más que pedir. Hay unas aves como torcazas, blancas y pardas, que parecen ánades en el pico, y que tienen un pie de pata y otro de uñas como gavilán; y así, pescan nadando y cazan volando. Andan también por allí muchas aves de rapiña, como decir gavilanes, azores y halcones de diversas maneras, que se ceban y mantienen de las mansas. Cuervos marinos que pescan a maravilla, y unas que parecen cigüeñas en el cuello y pico, sino que lo tienen mucho más largo y extraño. Hay muchos alcatraces y de muchos colores, que se sustentan de peces: son como ansarones en el tamaño, y en el pico, que será dos palmos; y no mandan el de arriba, sino el bajero. Tienen un papo desde el pico al pecho, en que meten y engullen diez libras de peces y un cántaro de agua. Tornan fácilmente lo que comen. Oí decir que se tragó uno de estos pájaros un negrillo de pocos meses de nacido; mas no pudo volar con él; y así, lo tomaron. Alrededor de aquella laguna se crían infinitas liebres, conejos, monillos

o gatillos de muchos tamaños; puercos, venados, leones y tigres, y un animal dicho *aiotochtli*, no mayor que el gato; el cual tiene rostro de anadón, pies de puerco espín o erizo, y cola larga. Está cubierto de conchas, que se encogen como escarcelas, donde se mete como galápago, y que parecen mucho cubiertas de caballo. Tiene cubierta la cola de conchezuelas, y la cabeza de una testera de lo mismo, quedando fuera las orejas. Es en fin, ni más ni menos que caballo encubertado, y por eso lo llaman españoles el encubertado o el armado, y los indios *aiotochtli*, que suena conejo de calabaza.

CAPÍTULO XXV
EL BUEN ACOGIMIENTO QUE CORTÉS HALLÓ EN SAN JUAN DE ULÚA

Embarcados que fueron, hicieron vela y navegaron al poniente lo más junto a tierra que pudieron; tanto, que veían muy bien la gente que andaba por la costa; la cual, como es sin puertos, no hallaron dónde poder surgir seguramente con navíos gruesos hasta el jueves Santo, que llegaron a San Juan de Ulúa, que les pareció puerto, al cual los naturales de allí llaman Chalchicoeca. Allí paró la flota y echó anclas. Apenas fueron surtos, cuando luego vinieron dos *acalles*, que son como las canoas, en busca del capitán de aquellos navíos; y como vieron las banderas y estandarte de la nao capitana, siguieron a ella. Preguntaron por el capitán, y como les fue mostrado, hicieron su reverencia, y dijeron que Teudilli, gobernador de aquella provincia, enviaba a saber qué gente y de dónde era, a qué venía, qué buscaba, si quería parar allí o pasar adelante. Cortés, aunque Aguilar no los entendió bien, les hizo entrar en la nao, agradecioles su trabajo y venida, dioles colación con vino y conservas, y díjoles que luego al otro día saldría a tierra a ver y hablar al gobernador; al cual rogaba no se alborotase de su salida, que ningún daño haría con ella, sino mucho provecho y placer.

Aquellos hombres tomaron ciertas cosillas de rescate, comieron y bebieron con tiento, sospechando mal, aunque les supo bien el vino; y por eso pidieron de ello y de las conservas para el gobernador; y con tanto, se volvieron. Otro día, que fue viernes Santo, saltó Cortés en tierra con los bateles llenos de españoles, y luego hizo sacar la artillería y caballos, y poco a poco

toda la gente de guerra y de servicio, que eran hasta doscientos hombres de Cuba. Tomó el mejor sitio que le pareció entre aquellos arenales de la marina; y así, asentó real y se hizo fuerte; y los de Cuba, como hay por allí muchos árboles, hicieron de presto las chozas que menester fueron para todos, de rama. Luego vinieron muchos indios de un lugarejo allí cerca y de otros, al real de los españoles, a ver lo que nunca vieron, y traían oro para trocar por semejantes cosillas como las que habían llevado los de los *acalles*, y mucho pan y viandas guisadas a su modo con ají, para dar o vender a los nuestros; por lo cual les dieron los españoles contezuelas de vidrio, espejos, tijeras, cuchillos, alfileres y otras cosas tales; con que no poco alegres, se tornaron a sus casas y las mostraron a sus vecinos. Fue tanto el gozo y contento que todos aquellos simples hombres tomaron con aquellas cosillas que de rescate llevaron y vieron, que también volvieron luego al otro día, ellos y otros muchos, cargados de joyas de oro, de gallipavos, de pan, de fruta, de comida guisada, que abastecieron todo el ejército español; y llevaron por todo ello no muchos sartales ni agujas ni cintas; pero quedaron con ello tan pagados y ricos, que no se veían de placer y regocijo, y aun creían que habían engañado a los forasteros pensando que era el vidrio piedras finas.

Visto por Cortés la mucha cantidad de oro que aquella gente traía y trocaba tan bobamente por dijes y niñerías, mandó pregonar en el real que ninguno tomase oro, so graves penas, sino que todos hiciesen que no lo conocían o que no lo querían, porque no pareciese que era codicia, ni su intención y venida a sólo aquella encaminada; y así, disimulaba para ver qué cosa era aquella gran muestra de oro, y si lo hacían aquellos indios por probar si lo habían por ello.

El domingo de Pascua luego por la mañana vino al real Teudilli, o Quintalour, como dicen algunos, de Cotasta, ocho leguas de allí, donde residía. Trajo consigo bien más de cuatro mil hombres sin armas, empero los más bien vestidos, y algunos con ropas de algodón, ricas a su costumbre; los otros casi desnudos, y cargados de cosas de comer, que fue una abundancia grande y extraña. Hizo su acatamiento al capitán Cortés, como ellos usan, quemando incienso y pajuelas tocadas en sangre de su mismo cuerpo. Presentole aquellas vituallas, dioles ciertas joyas de oro, ricas y bien labradas, y otras cosas hechas de pluma, que no eran de menor artificio y extrañeza.

Cortés lo abrazó y recibió muy alegremente; y saludando a los demás, le dio un sayo de seda, una medalla y un collar de vidrio, muchos sartales, espejos, tijeras, agujetas, ceñideros, camisas y tocadores, y otras quinquillerías de cuero, lana y hierro, que son entre nosotros de muy poco valor, pero estímanlo aquéllos en mucho.

CAPÍTULO XXVI
LO QUE HABLÓ CORTÉS A TEUDILLI, CRIADO DE MOTECZUMA

Todo esto se había hecho sin lengua, porque Jerónimo de Aguilar no entendía a estos indios, que eran de otro muy diverso lenguaje que no el que sabía; de lo cual Cortés estaba con cuidado y pena, por faltarle faraute para entenderse con aquel gobernador y saber las cosas de aquella tierra; pero luego salió de ella, porque una de aquellas veinte mujeres que le dieron en Potonchán, hablaba con los de aquel gobernador y los entendía muy bien, como a hombres de su propia lengua; así que Cortés la tomó aparte con Aguilar, y le prometió más que libertad si le trataba verdad entre él y aquellos de su tierra, pues los entendía, y él la quería tener por su faraute y secretaria; y allende de esto, le preguntó quién era y de dónde. Marina, que así se llamaba después de cristiana, dijo que era de Xalisco, de un lugar dicho Viluta, hija de ricos padres, y parientes del señor de aquella tierra; y que siendo muchacha la habían hurtado ciertos mercaderes en tiempos de guerra, y traído a vender a la feria de Xicalanco, que es un gran pueblo sobre Coazacualco, no muy aparte de Tabasco; y de allí era venida a poder del señor de Potonchán. Esta Marina y sus compañeras fueron los primeros cristianos bautizados de toda la Nueva-España, y ella sola, con Aguilar, el verdadero intérprete entre los nuestros y los de aquella tierra.

Certificado Cortés que tenía cierto y leal faraute en aquella esclava con Aguilar, oyó misa en el campo, puso cabe sí a Teudilli, y después comieron juntos; y en comiendo quedáronse entrambos en su tienda con las lenguas y otros muchos españoles e indios; y díjole Cortés cómo era vasallo de don Carlos de Austria, emperador de cristianos, rey de España y señor de la mayor parte del mundo, a quien muchos y muy grandes reyes y señores servían

y obedecían, y los demás príncipes holgaban de ser sus amigos, por su bondad y poderío; el cual, teniendo noticia de aquella tierra y del señor de ella, lo enviaba allí para visitarle de su parte, y decirle algunas cosas en secreto, que traía por escrito, y que holgaría de saber; por eso que lo hiciese saber luego a su señor, para ver dónde mandaba oír la embajada. Respondió Teudilli que holgaba mucho de oír la grandeza y bondad del señor emperador; pero que le hacía saber cómo su señor Moteczuma no era menor rey ni menos bueno; antes se maravillaba que hubiese otro tan gran príncipe en el mundo; y que pues así era, él se lo haría saber para entender qué mandaba hacer del embajador y su embajada; porque él confiaba en la clemencia de su señor, que no sólo holgaría con aquellas nuevas, mas que aun haría mercedes al que las traía.

Tras esta plática hizo Cortés que los españoles saliesen con sus armas en ordenanza al paso y son del pífano y a tambor y escaramuzasen, y que los de caballo corriesen, y se tirase la artillería; y todo a fin que aquel gobernador lo dijese a su rey. Los indios contemplaron mucho el traje, gesto y barbas de los españoles. Maravillábanse de ver comer y correr a los caballos. Temían del resplandor de las espadas. Caíanse en el suelo del golpe y estruendo que hacía la artillería, y pensaban que se hundía el cielo a truenos y rayos; y de las naos decían que venía el dios Quezalcouatl con sus templos a cuestas; que era dios del aire, que se había ido, y le esperaban. Hecho que fue todo esto, Teudilli despachó a México a Moteczuma con lo que había visto y oído, y pidiéndole oro para dar al capitán de aquella gente, y era porque Cortés le preguntó si Moteczuma tenía oro. Y como respondió que sí, "envíeme, dice, de ello, que tenemos yo y mis compañeros mal de corazón, enfermedad que sana con ello". Estas mensajerías fueron en un día y una noche del real de Cortés a México, que hay setenta leguas y más de camino, y llevaron pintada la hechura de los caballos y del caballo y hombre encima, la manera de las armas, qué y cuántos eran los tiros de fuego, y qué número había de hombres barbudos. De los navíos ya avisó así como los vio, diciendo qué tanto, y qué tan grandes eran. Todo esto hizo Teudilli pintar al natural en algodón tejido para que Moteczuma lo viese. Llegó tan presto esta mensajería tan lejos, porque estaban puestos de trecho a trecho hombres, como postas de caballos, que de mano en mano daba uno a otro el lienzo y el

recado, y así volaba el aviso. Más se corre así que por la posta de caballos, y es más antigua costumbre que la de los caballos. También envió este gobernador a Moteczuma los vestidos y muchas de las otras cosas que Cortés le dio, las cuales se hallaron después en su recámara.

CAPÍTULO XXVII
EL PRESENTE Y RESPUESTA QUE MOTECZUMA ENVIÓ A CORTÉS

Despachados que fueron los mensajeros y prometida la respuesta dentro de pocos días, se despidió Teudilli, y a dos o tres tiros de ballesta del real de nuestros españoles hizo hacer más de mil chozas de rama. Dejó allí dos hombres principales, como capitanes, con hasta dos mil personas, entre mujeres y hombres, de servicio; y fuese a Cotasta, lugar de su residencia y morada. Aquellos dos capitanes tenían cargo de proveer a los españoles. Las mujeres amasaban y molían pan de *centli*, que es maíz. Guisaban frisóles, carne, pescado y otras cosas de comer. Los hombres traían la comida al real, y ni más ni menos la leña y agua que era menester, y cuanta yerba podían comer los caballos, de la cual por toda aquella tierra están llenos los campos a todo tiempo del año. Y estos indios iban la tierra adentro a los pueblos vecinos y traían tantos bastimentos para todos, que era cosa de ver.

Así pasaron siete y ocho días con muchas visitas de indios, y esperando al gobernador, y la respuesta de aquel tan gran señor como todos decían; el cual luego vino con un presente muy gentil y rico, que era de muchas mantas y ropetas de algodón blancas y de color y labradas, como ellos usan; muchos penachos y otras lindas plumas, y algunas cosas hechas de oro y pluma, rica y primamente obradas; cantidad de joyas y piezas de plata y oro, y dos ruedas delgadas, una de plata, que pesaba cincuenta y dos marcos, con la figura de la luna, y otra de oro, que pesaba cien marcos, hecha como sol, y con muchos follajes y animales de relieve; obra primísima. Tienen en aquella tierra a estas dos cosas por dioses, y danles el color de los metales que les semejan. Cada una de ellas tenía hasta diez palmos de ancho y treinta de ruedo. Podía valer este presente veinte mil ducados o poco más; el cual presente tenían para dar a Grijalva si no se fuera, según decían los indios.

Díjole por respuesta que Moteczumacín, su señor, holgaba mucho de saber y ser amigo de tan poderoso príncipe como le decían que era el rey de España, y que en su tiempo aportasen a su tierra gentes nuevas, buenas, extrañas y nunca vistas, para hacerles todo placer y honra. Por tanto, que viese lo que había menester, el tiempo que allí pensaba estar, para sí y para su enfermedad, y para su gente y navíos; que lo mandaría proveer todo muy cumplidamente; y aun si en su tierra había alguna cosa que le agradase para llevar a aquel su gran emperador de cristianos, que se le daría de muy buena voluntad; y que en cuanto a que se viesen y hablasen, que lo hallaba por imposible, a causa que como él estaba doliente, no podía venir a la mar, y que pensar de ir adonde él estaba era muy difícil y trabajosísimo, así por las muchas y ásperas sierras que había en el camino, como por los despoblados grandes y estériles que tenía que pasar, donde forzado le era padecer hambre, sed y otras necesidades de éstas. Y allende de esto, mucha parte de la tierra por do había de pasar era de enemigos suyos, gente cruel y mala, que lo matarían sabiendo que iba como su amigo.

Todos estos inconvenientes o excusas le ponían, Moteczuma y su gobernador, a Cortés para que no fuese adelante con su gente, pensando engañarle así y estorbarle el viaje, y espantarle con tales y tantas dificultades y peligros, o esperando algún mal tiempo para la flota, que le constriñese a irse de allí. Pero cuanto más le contradecían, más gana le ponían de ver a Moteczuma, que tan gran rey era en aquella tierra, y descubrir por entero la riqueza que imaginaba; y así como recibió el presente y respuesta, dio a Teudilli un vestido entero de su persona y otras muchas cosas de las mejores que llevaba para rescatar, que enviase al señor Moteczuma, de cuya liberalidad y magnificencia tan grandes loores le decía. Y díjole que aun por solamente ver un tan bueno y poderoso rey era justo ir a do estaba, cuanto más que le era forzado por hacer la embajada que llevaba del emperador de cristianos, que era el mayor rey del mundo. Y si no iba, no hacía bien su oficio ni lo que era obligado a la ley de bondad y caballería, e incurriría en desgracia y odio de su rey y señor. Por tanto, que le rogaba mucho avisase de nuevo esta determinación que tenía, porque supiese Moteczuma que no la mudaría por aquellos inconvenientes que le ponían, ni por otros muy mayores

que le pudiesen recrecer. Que quien venía por agua dos mil leguas, bien podía ir por tierra setenta.

Importunábale con esto que enviase luego, para que volviesen presto los mensajeros, pues veía que tenía mucha gente de mantener, y poco que darle a comer, y los navíos a peligro, y el tiempo se pasaba en palabras. Teudilli decía que ya despachaba cada día a Moteczuma con lo que se ofrecía, y que entre tanto no se congojase, sino que holgase y hubiese placer; que no tardaría el despacho y resolución a venir de México, bien que estaba lejos. Y que del comer no tuviese cuidado, que allí le proveerían abundantísimamente; y con esto le rogó mucho que, pues estaba mal aposentado en el campo y arenales, se fuese con él a unos lugares seis o siete leguas de allí. Y como Cortés no quiso ir, fuese él, y estuvo allá diez días esperando lo que Moteczuma mandaba.

CAPÍTULO XXVIII
DE CÓMO SUPO CORTÉS QUE HABÍA BANDOS EN AQUELLA TIERRA

En este comedio andaban ciertos hombres en un cerrillo o médano de arena, de los cuales hay allí alrededor muchos; y como no se juntaban ni hablaban con los que estaban sirviendo a los españoles, preguntó Cortés qué gente era aquella, que se extrañaba de llegar donde él y ellos estaban. Aquellos dos capitanes le dijeron que eran algunos labradores que se paraban a mirar. No satisfecho de la respuesta, sospechó Cortés que le mentían, porque le pareció que traían gana de llegar a los españoles, y que no osaban por aquellos del gobernador, y era ello así; que como toda la costa y aun la tierra dentro hasta México estaba llena de las nuevas y extrañezas y cosas que los nuestros habían hecho en Potonchán, todos deseaban verlos y hablarles; mas no se atrevían, por miedo de los de Culúa, que son los de Moteczuma. Así que envió a ellos cinco españoles que, haciendo señas de paz, los llamasen, o por fuerza tomasen alguno y se le trajesen al real. Aquellos hombres, que serían cerca de veinte, holgaron de ver ir para ellos a los cinco extranjeros; y ganosos de mirar tan nueva y extraña gente y navíos, se vinieron al ejército y a la tienda del capitán muy de grado.

Eran estos indios muy diferentes de cuantos hasta allí habían visto; porque eran más altos de cuerpo que los otros, y porque traían las ternillas de entre las narices tan abiertas, que casi llegaban a la boca, donde colgaban unas sortijas de azabache o ámbar cuajado o de otra cosa así preciada. Traían asimismo horadados los labios bajeros, y en los agujeros unos sortijones de oro con muchas turquesas no finas; mas pesaban tanto, que derribaban los bezos sobre las barbillas y dejaban los dientes de fuera; lo cual, aunque ellos lo hacían por gentileza y bien parecer, los afeaba mucho en ojos de nuestros españoles, que nunca habían visto semejante fealdad, aunque los de Moteczuma también traían agujereados los bezos y las orejas, pero de chicos agujeros y con pequeñas rodezuelas. Algunos no tenían hendidas las narices, sino con grandes agujeros; mas empero todos tenían hechos tan grandes agujeros en las orejas, que podía muy bien caber por ellos cualquier dedo de la mano, y de allí prendían cercillos de oro y piedras. Esta fealdad y diferencia de rostro puso admiración a los nuestros.

Cortés les hizo hablar con Marina, y ellos dijeron que eran de Cempoallan, una ciudad lejos de allí casi un sol: así cuentan ellos sus jornadas. Y que el término de su tierra estaba a medio camino en un gran río que parte mojones con tierras del señor Moteczumacín; y que su cacique los había enviado a ver qué gente o dioses venían en aquellos *teucallis*, que es como decir templos, y que no habían osado venir antes ni solos, no sabiendo a qué gente iban. Cortés les hizo buena cara y trató halagüeñamente, porque le parecieron bestiales, mostrando que se había holgado mucho en verlos, y en oírles la buena voluntad de su señor. Dioles algunas cosillas de rescate que llevasen, y mostroles las armas y caballos; cosa que nunca ellos vieron ni oyeron, y así, se andaban por el real hechos bobos mirando unas y otras cosas; y en todo esto no se trataban ni comunicaban ellos ni los otros indios. Y preguntada la india que servía de faraute, dijo a Cortés que no solamente eran de lenguaje diferente, mas que también eran de otro señor, no sujeto a Moteczuma sino en cierta manera y por fuerza. Mucho le plugo a Cortés con tal nueva, que ya él barruntaba por las pláticas de Teudilli que Moteczuma tenía por allí guerra y contrarios; y así, apartó luego en su tienda tres o cuatro de aquellos que más entendidos o principales le parecieron, y preguntoles con Marina por los señores que había por aquella tierra.

Ellos respondieron que todo era del gran señor Moteczuma, aunque en cada provincia o ciudad había señor por sí, pero que todos ellos le pechaban y servían como vasallos y aun como esclavos, mas que muchos de ellos, de poco tiempo a esta parte, le reconocían por fuerza de armas, y daban parias y tributo, que antes no solían, como era el suyo de Cempoallan y otros sus comarcanos; los cuales siempre andaban en guerras con él por librarse de su tiranía; pero no podían, que eran sus huestes grandes y de muy esforzada gente. Cortés, muy alegre de hallar en aquella tierra unos señores enemigos de otros y con guerra, para poder efectuar mejor su propósito y pensamientos, les agradeció la noticia que le daban del estado y ser de la tierra. Ofrecioles su amistad y ayuda, rogoles que viniesen muchas veces a su ejército, y despidiolos con muchas encomiendas y dones para su señor, y que presto le iría a ver y servir.

CAPÍTULO XXIX
CÓMO ENTRÓ CORTÉS A VER LA TIERRA CON CUATROCIENTOS COMPAÑEROS

Volvió Teudilli al cabo de diez días, y trajo mucha ropa de algodón, y ciertas cosas de pluma bien hechas, en cambio de lo que enviara a México, y dijo que se fuese Cortés con su armada, porque era excusado por entonces verse con Moteczuma, y que mirase qué era lo que quería de la tierra, que se le daría; y que siempre que por allí pasase harían lo mismo. Cortés le dijo que no haría tal, y que no se iría sin hablar a Moteczuma. El gobernador replicó que no porfiase más en ello, y con tanto se despidió; y luego aquella noche se fue con todos sus indios e indias que servían y proveían el real; y cuando amaneció estaban las chozas vacías.

Cortés se receló de aquello, y se apercibió a batalla; como no vino gente, atendió a proveer de puerto para sus naos, y a buscar buen asiento para poblar; porque su intento era permanecer allí y conquistar aquella tierra, pues había visto grandes muestras de oro y plata y otras riquezas en ella; mas no halló aparejo ninguno en una gran legua a la redonda, por ser todo aquello arenales, que con el tiempo se mudan a una parte y otra, y tierra anegadiza y húmeda, y por consiguiente de mala vivienda. Por lo cual despachó a Fran-

cisco de Montejo en dos bergantines, con cincuenta compañeros y con Antón de Alaminos, piloto, a que siguiese la costa, hasta topar con algún razonable puerto y buen sitio de poblar. Montejo corrió la costa sin hallar puerto hasta Pánuco, si no fue el abrigo de un peñol que estaba salido en mar. Volviose al cabo de tres semanas, que gastó en aquel poco camino, huyendo de tan mala mar como había navegado, porque dio en unas corrientes tan temibles que, yendo a vela y remo, tornaba atrás los bergantines; pero dijo cómo le salían los de la costa, y se sacaban sangre, y se la ofrecían en pajuelas por amistad o deidad; cosa amigable. Harto le pesó a Cortés la poca relación de Montejo; pero todavía propuso de ir al abrigo que decía, por estar cerca de él dos buenos ríos para agua y trato, y grandes montes para leña y madera, muchas piedras para edificar, y muchos pastos y tierra llana para labranzas. Aunque no era bastante puerto para poner en ella contratación y escala de las naves, si poblaban, por estar muy descubierto y travesía del norte, que es el viento que por allí más corre y daña.

De manera pues que como se fueron Teudilli y los otros de Moteczuma, dejándolo en blanco, no quiso que, o le faltasen vituallas allí, o diese las naos al través; y así, hizo meter en los navíos toda su ropa, y él con hasta cuatrocientos y con todos los caballos, siguió por donde iban y venían aquellos que le proveían; y a tres leguas que anduvo, llegó a un muy hermoso río, aunque no muy hondo, porque se pudo vadear a pie. Halló luego, en pasando el río, una aldea despoblada, que la gente con miedo de su ida había echado a huir. Entró en una casa grande, que debía ser del señor, hecha de adobes y maderos, los suelos sacados a mano más de un estado encima de la tierra, los tejados cubiertos de paja, mas de hermosa y extraña manera de por debajo; tenía muchas y grandes piezas, unas llenas de cántaros de miel, de *centli*, frijoles y otras semillas, que comen, y guardan para provisión de todo el año; y otras llenas de ropa de algodón y plumajes, con oro y plata en ellos. Mucho desto se halló en las otras casas, que también eran casi de aquella misma hechura. Cortés mandó con público pregón que nadie tocase cosa ninguna de aquéllas, so pena de muerte, excepto a los bastimentos, por cobrar buena fama y gracia con los de la tierra.

Había en aquella aldea un templo, que parecía casa en los aposentos, y tenía una torrecilla maciza con una como capilla en lo alto, adonde subían

por veinte gradas, y donde estaban algunos ídolos de bulto. Halláronse allí muchos papeles, del que ellos usan, ensangrentados, y mucha otra sangre de hombres sacrificados, a lo que Marina dijo, y también se hallaron el tajón sobre que ponían los del sacrificio, y los navajones de pedernal con que los abrían por los pechos y les sacaban los corazones en vida, y los arrojaban al cielo como en ofrenda, con cuya sangre untaban los ídolos y papeles que ofrecían y quemaban. Grandísima compasión y aun espanto puso aquella vista a nuestros españoles. De este lugarejo fue a otros tres o cuatro, que ninguno pasaba de doscientas casas, y todos los halló desiertos, aunque poblados de bastimentos y sangre como el primero. Tornose de allí, porque no hacía fruto ninguno, y porque era tiempo de descargar los navíos y de enviarlos por más gente, y porque deseaba asentar ya; detúvose en esto obra de diez días.

CAPÍTULO XXX
CÓMO DEJÓ CORTÉS EL CARGO QUE LLEVABA

Como Cortés fue vuelto adonde los navíos estaban con los demás españoles, hablolos a todos juntos, diciendo que ya veían cuánta merced Dios les había hecho en guiarlos y traerlos sanos y con bien a una tierra tan buena y tan rica, según las muestras y apariencias habían visto en así breve espacio de tiempo, y cuán abundosa comida, poblada de gente, más vestida, más pulida y de razón, y que mejores edificios y labranzas tenían de cuantas hasta entonces se habían visto ni descubierto en Indias; y que era de creer ser mucho más lo que no veían que lo que parecía, por tanto que debían dar gracias a Dios y poblar allí, y entrar la tierra adentro a gozar la gracia y mercedes del Señor; y que para lo poder mejor hacer, le parecía asentar al presente allí, o en el mejor sitio y puerto que hallar pudiesen, y hacerse muy bien fuertes con cerca y fortaleza para defenderse de aquellas gentes de la tierra, que no holgaban mucho con su venida y estada; y aun también para desde allí poder con más facilidad tener amistad y contratación con algunos indios y pueblos comarcanos, como era Cempoallan y otros que había contrarios y enemigos de la gente de Moteczuma; y que asentando y poblando, podían descargar los navíos, y enviarlos luego a Cuba, Santo Do-

mingo, Jamaica, Boriquen y otras islas, o a España por más gente, armas y caballos, y por más vestidos y bastimentos; y además de esto, era razón de enviar relación y noticia de lo que pasaba a España, al emperador y rey, su señor, con la muestra de oro y plata y cosas ricas de pluma que tenían; y para que todo esto se hiciese con mayor autoridad y consejo, él quería, como su capitán, nombrar cabildo, sacar alcaldes y regidores, y señalar todos los otros oficiales que eran menester para el regimiento y buena gobernación de la villa que habían de hacer; los cuales rigiesen, vedasen y mandasen hasta tanto que el emperador proveyese y mandase lo que más a su servicio conviniese.

Y tras esto, tomó la posesión de toda aquella tierra con la demás por descubrir, en nombre del emperador don Carlos, rey de Castilla. Hizo los otros autos y diligencias que en tal caso se requerían, y pidiolo así por testimonio a Francisco Fernández, escribano real, que presente estaba. Todos respondieron que les parecía muy bien lo que había dicho, y loaban y aprobaban lo que quería hacer; por tanto, que lo hiciese así como lo decía pues ellos habían venido con él para le seguir y obedecer. Cortés entonces nombró alcaldes, regidores, procurador, alguacil, escribano y todos los demás oficios a cumplimiento del cabildo entero, en nombre del emperador, su natural señor; y les entregó luego allí las varas, y puso nombre al concejo la Villa Rica de la Veracruz, porque el viernes de la Cruz habían entrado en aquella tierra. Tras estos autos, hizo luego Cortés otro ante el mismo escribano y ante los alcaldes nuevos, que eran Alonso Fernández Portocarrero y Francisco de Montejo, en que dejó, desistió y cedió en manos y poder de ellos, y como justicia real y ordinaria, el mando y cargo de capitán y descubridor que le dieron los frailes Jerónimos, que residían y gobernaban en la isla Española por su majestad; y que no quería usar el poder que tenía de Diego Velázquez, lugarteniente de gobernador en Cuba por el almirante de las Indias, para rescatar y descubrir, buscando a Juan de Grijalva, por cuanto ninguno de todos ellos tenía mando ni jurisdicción en aquella tierra, que él y ellos acababan de descubrir, y comenzaban a poblar en nombre del rey de Castilla, como sus naturales y leales vasallos; y así lo pidió por testimonio, y se lo dieron.

CAPÍTULO XXXI
CÓMO LOS SOLDADOS HICIERON A CORTÉS CAPITÁN Y ALCALDE MAYOR

Los alcaldes y oficiales nuevos tomaron las varas y posesión de sus oficios, y se juntaron luego a cabildo, según y como en las villas y lugares de Castilla se suele y acostumbra juntar el concejo, y hablaron y trataron en él muchas cosas tocantes al pro común y bien de la república, y al regimiento de la nueva villa y población que hacían; y entre ellos acordaron hacer su capitán y justicia mayor al mismo Fernando Cortés, y darle poder y autoridad para lo que tocase a la guerra y conquista, entre tanto que el emperador otra cosa acordase y mandase; y así, que con este acuerdo, voluntad y determinación, fueron luego otro día a Cortés, todo junto el regimiento y concejo, y le dijeron cómo ellos tenían necesidad, entre tanto que el emperador otra cosa proveía o mandaba, de tener un caudillo para la guerra, y que siguiese la conquista y entrada por aquella tierra, y que fuese su capitán, su cabeza, su justicia mayor, a quien acudiesen en las cosas arduas y dificultosas, y en las diferencias que ocurriesen; y que pues esto era necesario y cumplidero, así al pueblo como al ejército, que mucho le rogaban y encargaban que lo fuese él, pues en él concurrían más partes y calidades que en otro ninguno, para los regir y mandar y gobernar, por la noticia y experiencia que tenía de las cosas, después y antes que le conociesen en aquella jornada y flota; y que así lo requerían, y si menester era, se lo mandaban, porque tenían por muy cierto que Dios y el rey serían muy bien servidos que él aceptase y tuviese aquel cargo y mando; y ellos recibirían buena obra, y quedarían contentos y satisfechos que serían regidos con justicia, tratados con humildad, acaudillados con diligencia y esfuerzo, y que para ello todos ellos le elegían, nombraban y tomaban por su capitán general y justicia mayor, dándole la autoridad posible y necesaria, y sometiéndose debajo de su mano, jurisdicción y amparo.

Cortés aceptó el cargo de capitán general y justicia mayor a pocos ruegos, porque no deseaba otra cosa más por entonces. Elegido pues que fue Cortés por capitán, le dijo el cabildo que bien sabía como hasta estar de asiento y conocidos en la tierra, no tenían de qué se mantener sino de los

bastimentos que él traía en los navíos; que tomase para sí y para sus criados lo que hubiese menester o le pareciese, y lo demás se tasase en justo precio; y se lo mandase entregar para repartir entre la gente, que a la paga todos se obligarían, o la sacarían de montón, después de quitado el quinto rey; y aun también le rogaron que se apreciasen los navíos con su artillería en un honesto valor, para que de común se pagasen, y de común sirviesen en acarrear de las islas pan, vino, vestidos, armas, caballos y las otras cosas que fuesen menester para el ejército y para la villa; porque así les saldría más barato que trayéndolo mercaderes, que siempre quieren llevar demasiados y excesivos precios; y si esto hacía, les haría muy gran placer y buena obra. Cortés les respondió que cuando en Cuba hizo su matalotaje y basteció la flota de comida, que no lo había hecho para revendérselo, como acostumbran otros, sino para dárselo, aunque en ello había gastado su hacienda y empeñádose; por tanto, que lo tomasen luego todo; que él mandaría y mandaba a los maestros y escribanos de las naos que acudiesen con todos los bastimentos que en ellas había, al cabildo; y que el regimiento lo repartiese igualmente por cabezas a raciones, sin mejorar ni aun a él mismo; porque en semejante tiempo y de tal comida, que no es para más de sustentar las vidas, tanto ha menester el chico como el grande, el viejo como el mozo. De manera que, aunque debía más de siete mil ducados, se lo daba gracioso; y cuanto a lo de los navíos, dijo que se haría lo que más conviniese a todos, porque no dispondría de ellos sin primero hacérselo saber. Todo esto hacía Cortés por ganarles siempre más las voluntades y bocas, que había muchos que no le querían bien; aunque a la verdad, él era de suyo largo en estos gastos de guerra con sus compañeros.

CAPÍTULO XXXII
EL RECIBIMIENTO QUE HICIERON A CORTÉS EN CEMPOALLAN

No les pareciendo buen asiento aquel donde estaban, para fundar la villa, acordaron de pasarse a Quiahuiztlan, que era al abrigo del peñón que decía Montejo; y así, mandó luego Cortés meter en los navíos gente que los guardase, y la artillería y lo demás todo que estaba en tierra, y que se fuesen

allá, y él que iría por tierra aquellas ocho o diez leguas que había del un cabo al otro, con los caballos, y con cuatrocientos compañeros, y dos medios falconetes, y algunos indios de Cuba. Los navíos se fueron costa a costa, y él echó hacia do le habían dicho que estaba Cempoallan, que era derecho a do el Sol se pone, aunque rodeaba algo para ir al peñol; y a tres leguas andadas, llegó al río que parte término por tierras de Moteczuma. No halló paso, y bajose a la mar por vadearle mejor en la reventazón que hace al entrar en ella, y aun allí tuvo trabajo, porque pasaron a volapié. Pasados, siguieron la orilla del río arriba, porque no pudieron la del mar, por ser tierra anegadiza. Toparon cabañas de pescadores y casillas pobres, y algunas labranzas pequeñuelas; mas a legua y media salieron de aquellos lagunajos, y entraron en unas muy buenas y muy hermosas vegas, y por ellas andaban muchos venados.

Prosiguieron siempre su camino por el río, y creyendo hallar a la ribera de él algún buen pueblo, vieron en un cerrito hasta veinte personas. Cortés entonces envió allá cuatro de caballo, y mandoles que si haciéndoles señal de paz, huyesen, corriesen tras ellos, y le trujesen los que pudiesen, porque era menester para lengua, y para guía del camino y pueblo; que iban ciegos y a tino, sin saber por do echar a poblado. Los de caballo fueron, y ya que llegaban junto al cerrillo, y los voceaban y señalaban que iban de paz, huyeron aquellos hombres, medrosos y espantados de ver cosa tan grande y alta, que les parecía monstruo, y que caballo y hombre era todo una cosa; mas como la tierra era llana y sin árboles, luego los alcanzaron, y ellos se rindieron como no traían armas; y así, los trajeron todos a Cortés. Tenían las orejas, narices y rostros con así grandes y feos agujeros y cercillos, como los otros que dijeron ser de Cempoallan; y así lo dijeron ellos, y que estaba cerca la ciudad. Preguntados a qué venían, respondieron que a mirar; y por qué huían, que de miedo de gente no conocida. Cortés los aseguró entonces, y les dijo cómo él iba con aquellos pocos compañeros a su lugar, a ver y hablar a su señor como amigos, con mucho deseo de conocerle, pues no había querido venir, ni salir del pueblo; por eso que le guiasen. Los indios dijeron que ya era tarde para llegar a Cempoallan; mas que le llevarían a una aldea que estaba en la otra parte del río y se parecía, donde, aunque era pequeña, tendría buena posada y comida por aquella noche para toda su compañía.

Cuando llegaron allá, algunos de aquellos veinte indios se fueron, con licencia de Cortés, a decir a su señor cómo quedaban en aquel lugarejo, y que otro día tornarían con la respuesta. Los demás se quedaron allí para servir y proveer los españoles y nuevos huéspedes; y así, los hospedaron y dieron bien de cenar. Cortés se recogió aquella noche lo mejor y más fuerte que pudo. La mañana siguiente, bien de mañana, vinieron a él hasta cien hombres, todos cargados de gallinas como pavos, y le dijeron que su señor se había holgado mucho con su venida, y que por ser muy gordo y pesado para caminar no venía; mas que le quedaba esperando en la ciudad. Cortés almorzó aquellas aves con sus españoles, y se fue luego por do le guiaron muy puesto en ordenanza y con los dos tirillos a punto, por si algo aconteciese. Desde que pasaron aquel río hasta llegar a otro caminaron por muy gentil camino; pasáronle también a vado, y luego vinieron a Cempoallan, que estaría lejos una milla, toda de jardines y frescura y muy buenas huertas de regadío. Salieron de la ciudad muchos hombres y mujeres, como en recibimiento, a ver aquellos nuevos y más que hombres. Y dábanles con alegre semblante muchas flores y frutas muy diversas de las que los nuestros conocían; y aun entraban sin miedo entre la ordenanza del escuadrón; y de esta manera, y con regocijo y fiesta, entraron en la ciudad, que toda era un vergel, y con tan grandes y altos árboles, que apenas se parecían las casas. A la puerta salieron muchas personas de lustre, a manera de cabildo, a los recebir, hablar y ofrecer. Seis españoles de caballo, que iban adelante un buen pedazo, como descubridores, tornaron atrás muy maravillados, ya que el escuadrón entraba por la puerta de la ciudad, y dijeron a Cortés que habían visto un patio de una gran casa chapado todo de plata. Él les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen. Toda la calle por donde iban estaba llena de gente, abobada de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una muy gran plaza, vieron a mano derecha un gran cercado de cal y canto, con sus almenas, y muy blanqueado de yeso de espejuelo y muy bien bruñido; que con el sol relucía mucho y parecía plata; y esto era lo que aquellos españoles pensaron que era plata chapada por las paredes. Creo que con la imaginación que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucía. Y a la verdad, como ello fue imaginación, así fue imagen sin el cuerpo y alma que deseaban ellos. Había dentro de

aquel patio o cercado una buena hilera de aposentos, y al otro lado seis o siete torres, por sí cada una, la una de ellas mucho más alta que las otras.

Pasaron pues allí callando muy disimulados, aunque engañados, y sin preguntar nada, siguiendo todavía a los que guiaban, hasta llegar a las casas y palacio del señor. El cual entonces salió muy acompañado de personas ancianas y mejor ataviadas que los demás, y a par de sí dos caballeros, según su hábito y manera, que le traían del brazo. Como se juntaron él y Cortés, hizo cada uno su mesura y cortesía al otro, a fuer de su tierra, y con los farautes se saludaron en breves palabras; y así, se tornó luego a entrar en palacio, y señaló personas de aquellas principales que aposentasen y acompañasen al capitán y a la gente; los cuales llevaron a Cortés al patio cercado que estaba en la plaza; donde cupieron todos los españoles, por ser de grandes aposentos y buenos. Como fueron dentro se desengañaron, y aun se corrieron los que pensaron que las paredes estaban cubiertas de plata.

Cortés hizo repartir las salas, curar los caballos, asentar los tiros a la puerta, y en fin, fortalecerse allí como en real y cabe los enemigos, y mandó que ninguno saliese fuera, so pena de muerte. Los criados del señor y oficiales del regimiento proveyeron largamente de cena y camas a su usanza.

CAPÍTULO XXXIII
LO QUE DIJO A CORTÉS EL SEÑOR DE CEMPOALLAN

Otro día por la mañana vino el señor a ver a Cortés con una honrada compañía, y trájole muchas mantas de algodón que ellos visten y añudan al hombro, como las que cubren y traen las gitanas, y ciertas joyas de oro que podían valer dos mil ducados. Díjole que descansase y tomase placer él y los suyos, que por eso no quería darle pesadumbre ni hablarle en negocios; y así, se despidió entonces como había hecho el día antes, diciendo que pidiesen lo que hubiese menester o quisiesen. Como él se fue, entraron con mucha comida guisada más indios que españoles eran, y con grande abundancia de frutas y ramilletes; y de esta manera estuvieron allí quince días, proveídos abundantísimamente.

Otro día envió Cortés al señor algunas ropas y vestidos de España, y muchas cosillas de rescate, y a rogarle que le dejase ir a su casa a le ver y ha-

blar allá, pues era mala crianza sufrir que su merced viniese, y él que no le fuese a visitar. Respondió que le placía y que holgaba de ello, y con esto tomó hasta cincuenta españoles con sus armas que le acompañasen, y dejando a los demás en el patio y aposento con un capitán, y apercibidos muy bien, se fue a palacio. El señor salió a la calle, y entráronse en una sala baja; que allí, como tierra calurosa, no fabrican en alto, más de que por sanidad levantan a tierra llena y maciza el suelo obra de un estado, a do suben por escalones, y sobre aquello arman la casa y cimentan las paredes, que o son de piedra o adobes, pero lucidas de yeso o con cal, y la cubierta es de paja u hoja tan bien y extrañamente puesta, que hermosea, y defiende las lluvias como si fuese teja. Sentáronse en unos banquillos como tajoncillos, labrados y hechos de una pieza pies y todo. El señor mandó a los suyos que se desviasen o se fuesen, y luego comenzaron a hablar de negocios por intérprete; y estuvieron muy gran rato en demandas y respuestas, porque Cortés deseaba mucho informarse muy bien de las cosas de aquella tierra y de aquel gran rey Moteczuma, y el señor no era nada recio, aunque gordo, en demandar puntos y preguntas.

La suma del razonamiento de Cortés fue darle cuenta y razón de su venida, y de quién y a qué le enviaba, según y cómo la había dado en Tabasco y a Teudilli y a otros. Aquel cacique, después de haber oído con atención a Cortés, comenzó muy de raíz una luenga plática, diciendo cómo sus antepasados habían vivido en gran quietud, paz y libertad; mas que de algunos años acá estaba aquel su pueblo y tierra tiranizado y perdido, porque los señores de México, Tenuchtitlán, con su gente de Culúa, habían usurpado no solamente aquella ciudad, pero aun toda la tierra, por fuerza de armas, sin que nadie se lo hubiese podido estorbar ni defender, mayormente que a los principios entraban por vía de religión, con la cual juntaban después las armas; y así, se apoderaban de todo antes que se catasen de ello; y ahora, que han caído en tan gran error, no pueden prevalecer contra ellos ni desechar el yugo de su servidumbre y tiranía, por más que lo han intentado tomando armas; antes cuanto más las toman, tanto mayores daños les vienen, porque a los que se les ofrecen y dan, con ponerles cierto tributo o pecho, o reconociéndoles por señores algunas parias, los reciben y amparándolos, tienen como amigos y aliados; mas empero si les contradicen o resisten y toman

armas contra ellos, o se rebelan después de una vez sujetos y entregados, castíganlos terriblemente, matando muchos, y comiéndoselos después de haberlos sacrificado a sus dioses de la guerra Tezcatlipuca y Uitcilopuchtli, y sirviéndose de los demás que quieren por esclavos, haciendo trabajar al padre y al hijo y a la mujer, desde que el Sol sale hasta que se pone; y sin esto, les toman y tienen por suyo todo lo que a la sazón poseen; y aun allende de todos estos vituperios y males, les enviaban a casa los alguaciles y recaudadores, y les llevaban lo que hallaban, sin haber misericordia ni compasión de dejarlos morir de hambre; siendo pues, dijo, de esta manera tratados de Moteczuma, que hoy reina en México, ¿quién no holgará ser vasallo, cuanto más amigo de tan bueno y justo príncipe, como le decían que era el emperador, siquiera por salir de estas vejaciones, robos, agravios y fuerzas de cada día, aunque no fuese por recibir ni gozar otras mercedes y beneficios, que un tan gran señor querrá y podrá hacer?

Paró aquí, enterneciéndosele los ojos y corazón; mas tornando en sí, encareció la fortaleza y asiento de México sobre agua, y engrandeció las riquezas, corte, grandeza, huestes y poderío de Moteczuma. Dijo asimismo cómo Tlaxcallán, Huexocinco y otras provincias por allí, con más la serranía de los totonaques, eran de opinión contraria a mexicanos, y tenían ya alguna noticia de lo que había pasado en Tabasco; que si Cortés quería, que trataría con ellos una liga de todos que no bastase Moteczuma contra ella.

Cortés, holgándose con lo que oyera, que hacía mucho a su propósito, dijo que le pesaba de aquel ruin tratamiento que se le hacía en sus tierras y súbditos, mas que tuviese por cierto que él se lo quitaría y aun se lo vengaría, porque no venía sino a deshacer agravios y favorecer los presos, ayudar a los mezquinos y quitar tiranías, y fuera de esto, él y los suyos habían recibido en su casa tan buen recogimiento y obras, que quedaba en obligación de hacerle todo placer y espaldas contra sus enemigos, y lo mismo haría con aquellos sus amigos; y que les dijese aquello a que venía, y que por ser de su parcialidad sería su amigo y les ayudaría en lo que mandasen. Despidiose con tanto Cortés, diciendo que había muchos días estado allí, y tenía necesidad de ver la otra su gente y navíos que le aguardaban en Quiahuiztlan, donde pensaba tomar asiento por algún tiempo, y donde se podrían comunicar.

El señor de Cempoallan dijo que si quería estar allí, mucho en buena hora, y si no, que cerca estaban los navíos para tratar sin mucho trabajo ni tiempo lo que acordasen. Hizo llamar ocho doncellas muy bien vestidas a su manera y que parecían moriscas, una de las cuales traía mejores ropas de algodón y más labradas, y algunas piezas y joyas de oro encima; y dijo que todas aquellas mujeres eran ricas y nobles, y que la del oro era señora de vasallos y sobrina suya; la cual dio a Cortés, con las demás, para que la tomase por mujer, y las diese a los caballeros de su compañía que mandase, en prenda de amor y amistad perpetua y verdadera. Cortés recibió el don con mucho contentamiento, por no enojar al dador, y así, se partió, y con él aquellas mujeres en andas de hombres, con muchas otras que las sirviesen, y otros muchos indios que le acompañasen a él y le guiasen hasta la mar, y le proveyesen de lo necesario.

CAPÍTULO XXXIV
LO QUE AVINO A CORTÉS EN QUIAHUIZTLAN

El día que partieron de Cempoallan llegaron a Quiahuiztlan, y aún no eran los navíos llegados, de que mucho se maravilló Cortés, por haber tardado tanto tiempo en tan poco camino. Estaba un lugar a tiro de arcabuz o poco más del peñón en un repecho que se llama Quiahuiztlan; y como Cortés estaba ocioso, fue allá con los suyos en orden y con los de Cempoallan, que le dijeron que era de un señor de los opresos de Moteczuma. Llegó al pie del cerro sin ver hombre del pueblo, sino dos, que no los entendió Marina. Comenzaron a subir por aquella cuesta arriba, y los de caballo quisiéranse apear, por que la subida era muy agra y áspera; Cortés les mandó que no, porque los indios no sintiesen que había ni podía haber lugar, por alto y malo que fuese, donde el caballo no subiese; mas subieron poco a poco y llegaron hasta las casas, y como no vieron a nadie, temían algún engaño; mas por no mostrar flaqueza entraron por el pueblo, hasta que toparon una docena de hombres honrados que traían un faraute que sabía la lengua de Culúa y la de allí, que es la que se usa y habla en toda aquella serranía, que llaman Totonac; los cuales dijeron que gente de tal forma como los españoles, ellos no habían visto jamás, ni oído que hubiesen venido por aquellas

partes, y que por eso se escondían; pero que como el señor de Cempoallan les había hecho saber quién eran, y certificado ser gente pacífica, buena, y no dañosa, se habían asegurado y perdido el miedo que cobraran viéndolos ir hacia su pueblo; y así, venían a recibirlos de parte de su señor y a guiarlos adonde habían de ser aposentados.

Cortés los siguió hasta una plaza donde estaba el señor del lugar, muy acompañado; el cual hizo gran muestra de placer en ver aquellos extranjeros con tan luengas barbas. Tomó un braserillo de barro con ascuas, echó una cierta resina que parece anime blanco y que huele a incienso, y saludó a Cortés incensando, que es ceremonia que usan con los señores y con los dioses. Cortés y aquel señor se sentaron debajo unos portales de aquella plaza, y entre tanto que aposentaban la gente, le dio cuenta Cortés de su venida en aquella tierra, como hizo a todos los demás por donde había pasado. El señor le dijo casi lo mismo que el de Cempoallan, y aun con harto temor de Moteczuma, no se enojase por le haber recibido y hospedado sin su licencia y mandado.

Estando en esto, asomaron veinte hombres por la otra parte frontera de la plaza, con unas varas en las manos, como alguaciles, gordas y cortas, y con sendos moscadores grandes de pluma. El señor y los otros suyos temblaban de miedo en verlos. Cortés preguntó el porqué, y dijéronle que porque venían aquellos recaudadores de las rentas de Moteczuma, y temían que dijesen cómo habían hallado allí aquellos españoles, y que fuesen castigados por ello y maltratados. Cortés les esforzó, diciendo que Moteczuma era su amigo, y haría con él que no les dijese ni hiciese mal ninguno por aquello, y aun que holgaría que le hubiesen recibido en su tierra; donde no, que él los defendería, porque cada uno de los que consigo traía, bastaba para pelear con mil de México, como ya muy bien sabía el mismo Moteczuma por la guerra de Potonchán. No se aseguraban nada el señor ni los suyos por lo que Cortés les decía; antes se quería levantar para recibir y aposentarlos: tanto era el miedo que a Moteczuma tenían. Cortés detuvo al señor, y díjole: “Por que veáis lo que podemos yo y los míos, mandad a los vuestros que prendan y tengan a buen recaudo aquellos cogedores de México; que yo estaré aquí con vos, y no bastará Moteczuma a os enojar, ni aun él querrá, por mi respeto”. Con el ánimo que de estas palabras cobró,

hizo prender aquellos mexicanos, y porque se defendían les dieron buenos palos. Pusieron a cada uno por sí en prisión en un pie-de-amigo, que es un palo largo en que les atan los pies al un cabo y la garganta al otro y las manos en medio, y han por fuerza de estar tendidos en el suelo. Como los tuvieron atados, preguntaron si los matarían; Cortés les rogó que no, sino que los tuviesen así y los velasen no se les fuesen. Ellos los metieron en una sala del aposento de los nuestros, en medio de la cual encendieron un gran fuego, y pusiéronlos a la redonda también con muchas guardas. Cortés puso ciertos españoles también por guardia a la puerta de la sala, y fuese a cenar a su aposento, donde tuvo harto para sí y para todos los suyos de lo que el señor les envió.

CAPÍTULO XXXV
MENSAJERÍA DE CORTÉS A MOTECZUMA

Cuando le pareció tiempo que ya reposaban los indios, por ser muy noche, envió a decir a los españoles que guardaban los presos que procurasen de soltar un par de ellos, sin que las otras guardas lo sintiesen, y se los trajesen. Los españoles se dieron tal maña, que, sin ser sentidos, cortaron las cuerdas, que eran cierta suerte de mimbres, y soltaron dos de ellos, y los trajeron a la cámara do Cortés estaba; el cual hizo como que no los conocía, y preguntoles con Aguilar y Marina que le dijesen quién eran, qué querían y por qué estaban presos. Ellos dijeron que eran vasallos de Moteczumacín, y que tenían cargo de cobrar ciertos tributos que los de aquel pueblo y provincia pagaban a su señor, y que no sabían la causa por que los habían prendido y maltratado; antes se maravillaban de ver aquella novedad y desatino, porque los salían otras veces a recibir al camino con no poco acatamiento, y hacer todo servicio y placer; mas que creían que por estar él allí con los otros compañeros, que dicen que son inmortales, se les habían atrevido aquellos serranos, y aun que temían no matasen a los que presos quedaban, según eran aquellos de allí bárbara gente, antes que Moteczuma lo supiese; contra el cual holgarían de rebelarse, por darle costa y enojo, si hallasen aparejo; que otras veces lo solían hacer. Por tanto, que le suplicaban hiciese cómo ellos y los otros sus compañeros no muriesen ni quedasen en manos de

aquellos sus enemigos; que recibiría Moteczuma, su señor, mucho pesar si aquellos sus criados viejos y honrados padecían mal por servirle bien.

Cortés les dijo que le pesaba mucho que el señor Moteczuma fuese deservido, siendo su amigo, donde él estaba, ni sus criados maltratados; que había de mirar por ellos como por los suyos; pero que diesen gracias a Dios del cielo, y a él, que los mandó soltar en gracia y amistad de Moteczuma, para los despachar luego a México con cierto recado. Por eso, que comiesen y se esforzasen a caminar, encomendándose a sus pies; no los cogiesen otra vez, que sería peor que la pasada. Ellos comieron presto, que no se les cocía el pan, por irse de allí. Cortés les despidió luego, y los hizo sacar del pueblo por do ellos guiaron, y darles algo que llevasen de comer; y les encargó, por la libertad y buena obra que de él habían recibido, que dijesen a Moteczuma, su señor, cómo él lo tenía por amigo y deseaba hacerle todo servicio, después que oyó su fama, bondad y poder; y que había holgado hallarse allí a tal tiempo, para mostrar esta voluntad, soltándolos a ellos, y pugnando por guardar y conservar la honra y autoridad de tan gran príncipe como él era, y por favorecer y amparar los suyos, y mirar su alteza no arrostraba a su amistad ni a la de los españoles, según lo mostró Teudilli, dejándole sin decir adiós, ausentándole la gente de la costa de sus tierras, no dejaría él de servirle siempre que hubiesen ocasión, y procurar por todas las vías a él posibles y manifiestas, su gracia, su favor y amistad; y que bien creído tenía, pues no había razón para ello, sino antes toda buena obra y señal de amor de una parte a otra, que su alteza no huía ni rehusaba la amistad, ni mandaba que nadie de los suyos le viese ni hablase, ni proveyese por sus dineros de lo que necesario era a la sustentación de la vida, como que sus vasallos lo hacían pensando servirle; mas que por acertar, erraban, no conociendo que Dios los venía a ver en topar con criados del emperador, de quien podían él y ellos todos recibir beneficios grandísimos y saber secretos y cosas santísimas; y que si por él quedaba, que fuese a su culpa; pero que confiaba en su prudencia que, mirándolo bien, holgaría de verle y hablarle y de ser amigo y hermano del rey de España, en cuyo felicísimo nombre eran allí venidos él y los otros sus compañeros; y en cuanto a sus criados que quedaban presos, que él tendría tal forma, que no peligrasen; y así, prometía de los librar y libertar, por solo su servicio, y que luego lo hiciera, como a los dos que enviaba con este mensaje, sino por

no enojar a los de aquel lugar, que le habían hospedado y hecho mucha cortesía y todo buen tratamiento, y no pareciese que se lo pagaba ni agradecía mal en irles a la mano en cosa que hacían en su casa. Los mexicanos se fueron muy alegres, y prometieron de hacer lealmente lo que les mandaba.

CAPÍTULO XXXVI
REBELIÓN Y LIGA CONTRA MOTECZUMA POR INDUSTRIA DE CORTÉS

Cuando otro día amaneció y echaron menos los dos presos, riñó el señor a las guardas, y quiso matar los que guardaban; sino que con el rumor que hubo, y con estar esperando qué dirían o harían los del pueblo, salió Cortés y rogó que no los matasen, pues eran mandados de su señor, y personas públicas, que, según derecho natural, ni merecían pena ni tenían culpa de lo que hacían sirviendo a su rey; mas, porque no se les fuesen aquéllos, como habían hecho los otros, que se los confiasen y entregasen a él, y a su cargo si se le soltasen. Diéronselos, y enviolos a las naos amenazándolos y diciendo que les echasen cadenas.

Tras esto juntáronse a consejo con el señor, ciscados todos de miedo, y platicaron lo que harían sobre aquel caso, pues estaba cierto que los huidos habían de decir en México la afrenta y mal tratamiento que les fuera hecho. Unos decían que era bien y cumplidero a todos enviar el pecho a Moteczuma y otros dones, con embajadores, para aplacarle la ira y enojo, y a disculparse, culpando los españoles, que los mandaron prender, y suplicarle les perdonase aquel yerro y dislate que habían hecho, como locos y atrevidos, en desacato de la majestad mexicana. Otros decían que muy mejor era desechar el yugo que tenían de esclavos, y no reconocer más a los de México, que eran malos y tiranos, pues tenían en su favor aquellos medio dioses e invencibles caballeros españoles, y tendrían otros muchos vecinos que les ayudarían. Resolviéronse a la postre que se rebelasen y no perdiesen aquella ocasión, y rogaron a Fernando Cortés que lo tuviese por bien, y que fuese su capitán y defensor, pues por él se habían puesto en aquello; que, o enviase Moteczuma o no ejército sobre ellos, estaban ya determinados romper con él y hacerle guerra. Dios sabe cuánto Cortés se holgaba con

aquellas cosas, que le parecía que por allí iban allá. Respondioles que mirasen muy bien lo que hacían; que Moteczuma, a lo que tenía entendido, era poderosísimo rey; mas que si así lo querían, que él los capitanearía y defendería seguramente; que más quería su amistad que la del otro, que le despreciaba; pero que con todo eso quería saber qué tanta gente podrían juntar. Ellos dijeron que cien mil hombres entre toda la liga que se haría. Cortés entonces dijo que enviasen luego a todos los de su parcialidad y enemigos de Moteczuma a los avisar y apercibir de aquello, y a certificarles de la ayuda que tenían de los españoles. No porque él tuviese necesidad de ellos ni de sus huestes, que él solo con los suyos bastaba para todos los de Culúa, y aunque fuesen otros tantos, sino porque estuviesen a recado y sobre aviso, no recibiesen daño si por caso Moteczuma enviase ejército sobre algunas tierras de los confederados, tomándolos a sobresalto y descuido; y porque también si tuviesen necesidad de socorro y gente de aquella suya que los defendiese, se la enviase con tiempo.

Con esta esperanza y ánimo que Cortés les ponía, y con ser ellos de suyo orgullosos y no bien considerados, despacharon luego sus mensajeros por todos aquellos pueblos que les pareció, a les hacer saber lo que tenían acordado, poniendo los españoles encima las nubes. Por aquellos ruegos y medios se rebelaron muchos lugares y señores y aquella serranía entera, y no dejaron cogedor de México en parte ninguna de todo aquello, publicando guerra abierta contra Moteczuma. Quiso Cortés revolver a éstos, para ganar las voluntades a todos y aun las tierras, viendo que de otra guisa mal podía. Hizo prender los alguaciles; soltolos; congraciose de nuevo con Moteczuma, alteró aquel pueblo y la comarca; ofreciόseles a la defensa, y dejolos rebelados para que tuviesen necesidad de él.

CAPÍTULO XXXVII
FUNDACIÓN DE LA VILLA RICA DE LA VERACRUZ

Ya los navíos a esta sazón estaban detrás del peñol; fue a verlos Cortés, y llevó muchos indios de aquel pueblo rebelado y de otro allí cerca, y los que traía consigo de Cempoallan, con los cuales se cortó mucha rama y madera, y se trajo, con alguna piedra, para hacer casas en el lugar que trazó, a quien

llamó la Villa Rica de la Veracruz, como habían acordado cuando se nombró el cabildo de San Juan de Ulúa. Repartiéronse los solares a los vecinos y regimiento, y señaláronse la iglesia, la plaza, las casas de cabildo, cárcel, atarazanas, descargadero, carnicería, y otros lugares públicos y necesarios al buen gobierno y policía de la villa. Trazose asimismo una fortaleza sobre el puerto, en sitio que pareció conveniente, y comenzose luego ella y los demás edificios a labrar de tapiería, que es la tierra de allí buena para ello.

Estando muy metidos en fabricar, vinieron de México dos mancebos, sobrinos de Moteczuma, con cuatro hombres ancianos, bien tratados, por consejeros, y muchos otros por criados y para servicio de sus personas. Llegaron a Cortés como embajadores, y presentáronle mucha ropa de algodón, bien llana y tejida, y algunos plumajes gentiles y extrañamente obrados, y ciertas piezas de oro y plata bien labradas, y un casquete de oro menudo sin fundir, sino en grano, como lo sacan de la tierra. Pesó todo esto dos mil y noventa castellanos, y dijéronle que Moteczuma, su señor, le enviaba el oro de aquel casco para su dolencia, y que le hiciese saber de ella. Diéronle las gracias de haber soltado aquellos dos criados de su casa, y defendido que no matasen a los otros; que fuese cierto que lo mismo haría él en cosas suyas, y que le rogaba hiciese soltar los que aún estaban presos, y que perdonaba el castigo de aquel desacato y atrevimiento, porque le quería bien, y por los servicios y acogimiento bueno que le habían hecho en su casa y pueblo; pero que ellos eran tales, que presto harían otro exceso y delito, por donde lo pagasen todo junto, como el perro los palos. En cuanto a lo demás, dijeron que como estaba malo, y ocupado en otras guerras y negocios importantísimos, no podía declararse al presente dónde o cómo se viesen; mas que andando el tiempo no faltaría manera.

Cortés los recibió muy alegremente, y los aposentó lo mejor que pudo, ribera del río, en chozas y en unas tendezuelas de campo, y envió luego a llamar al señor de aquel pueblo rebelado, dicho Quiahuiztlan. Vino, y díjole cuanta verdad le había tratado, y cómo Moteczuma no osaría enviar ejército ni hacer enojo donde él estuviese. Por tanto, que él y todos los confederados podían de allí en adelante quedar libres y exentos de la servidumbre mexicana, y no acudir con los tributos que solían; mas que le rogaba no le tuviese a malo si soltaba los presos y los daba a los embajadores. Él le respondió que

hiciese a su voluntad, que, pues de ella colgaban, no excederían un punto de lo que mandase. Bien podía Cortés tener estos tratos entre gente que no entendía por do iba el hilo de la trama.

Tornose aquel señor a su pueblo, y los embajadores a México, y todos muy contentos; porque él esparció luego aquellas nuevas y el miedo que Moteczuma tenía a los españoles, por toda la sierra de los Totonaques, e hizo tomar armas a todos, y quitar a México los tributos y obediencia; y ellos tomaron sus presos y muchas cosas que les dio Cortés, de lino, lana, cuero, vidrio y hierro; y fuéronse maravillados de ver los españoles y todas sus cosas.

CAPÍTULO XXXVIII
CÓMO TOMÓ CORTÉS A TIZAPANCINCA POR FUERZA

No mucho después que pasó todo esto, enviaron los de Cempoallan a pedir a Cortés españoles y ayuda para contra la gente de guarnición de Culúa, que tenía Moteczuma en Tizapancinca, que les hacía muchos daños, quemas y talas en sus tierras y labranzas, prendiendo y matando los que las labraban. Confina Tizapancinca con los Totonaques y tierras de Cempoallan, y es un buen lugar fuerte, porque tiene su asiento a par de un río, y la fortaleza de un peñasco alto; y por ser así fuerte, y estar entre aquellos que a cada paso se le rebelan, tenía Moteczuma puesta allí gran copia de hombres de guarnición; los cuales, como vieron revueltos y con armas a los rebeldes, y que se les venían a guarecer allí huyendo los recaudadores y tesoreros de aquellas comarcas, salían a remediar la rebelión, y en castigo quemaban y destruían cuanto hallaban, y aun habían prendido muchas personas. Cortés fue a Cempoallan, y de allí en dos jornadas, con un gran ejército de aquellos sus indios amigos, a Tizapancinca, que estaba ocho leguas o más de la ciudad.

Salieron al campo los de Culúa, pensando de lo haber con solos los cempoallanes; mas como vieron los de a caballo y a los barbudos, pasmaron y echaron a huir a más correr. Estaban cerca de la guarida, y acogiéronse presto; quisieron meterse en la fortaleza, mas no pudieron tan presto, que

los de caballo no llegasen con ellos hasta el lugar; y como no podían subir al peñasco, apeáronse Cortés y otros cuatro, y entráronse dentro de la fuerza a revueltas de los del pueblo, sin contraste. Entrados, tuvieron la puerta hasta que llegaron los demás españoles y otros muchos de los amigos, a los cuales entregó la fortaleza y el pueblo, y rogó que no hiciesen mal a los vecinos, y que dejasen ir libres, mas sin armas ni banderas, a los soldados que lo guardaban, y fue cosa nueva para los indios. Ellos lo hicieron así, y él volviose a la mar por el camino que fue. Con este hecho y victoria, que fue la primera que Cortés hubo de la gente de Moteczuma, quedó aquella serranía libre del miedo y vejaciones de los de México, y los nuestros en grandísima fama y reputación para con amigos y no amigos. Tanto, que después, cuando algo se les ofrecía, enviaban a pedir a Cortés un español de aquellos de su compañía, diciendo que aquel solo bastaba para capitán y seguridad. No era malo este principio para lo que Cortés pretendía. Cuando Cortés llegó a la Veracruz, muy ufanos los suyos por aquella victoria, halló que era ya venido Francisco de Salceda, con la carabela que él había comprado a Alonso Caballero, vecino de Santiago de Cuba, y que la había dejado dando carena; el cual traía setenta españoles y nueve caballos y yeguas, que no poco esfuerzo y alegría le pusieron.

CAPÍTULO XXXIX
EL PRESENTE QUE CORTÉS ENVIÓ AL EMPERADOR POR SU QUINTO

Daba priesa Cortés que trabajasen en las casas de la Veracruz y en la fortaleza, para que tuviesen los vecinos y soldados comodidad de vivienda y resistencia alguna contra las lluvias y enemigos, porque entendía él irse presto la tierra adelante, camino de México, en demanda de Moteczuma, y por dejarlo todo asentado y como debía estar, para llevar menos cuidado. Comenzó a dar orden y concierto en muchas cosas tocantes así a la guerra como a la paz. Mandó sacar a tierra todas las armas y pertrechos de guerra, y cosas de rescate de los navíos, y las vituallas y provisiones que había; y entregóselas al cabildo, como lo tenía prometido.

Habló asimismo a todos, diciendo que ya era bien y tiempo de enviar al

rey la relación de lo sucedido y hecho en aquella tierra hasta entonces, con las nuevas y muestras de oro, plata y riquezas que hay en ella; y que para eso era necesario repartir lo que habían habido por cabezas, como era costumbre en la guerra de aquellas partes, y sacar de allí primero el quinto; y porque mejor se hiciese, él nombraba, y nombró por tesorero del rey, a Alonso de Ávila, y del ejército a Gonzalo Mejía. Los alcaldes y regimiento, con todos los demás, dijeron que les parecía bien todo lo que había dicho, y que se hiciese luego; y que no sólo holgaban que aquéllos fuesen tesoreros, mas que ellos los confirmaban, y rogaban que lo quisiesen ser. Hizo luego, tras esto, sacar y traer a la plaza, que todos lo viesen, la ropa de algodón que tenían allegada, las cosas de pluma, que eran mucho de ver, y todo el oro y plata que había, y que pesó veintisiete mil ducados; y entregose así por peso y cuenta a los tesoreros, y dijo al cabildo que lo repartiesen ellos.

Empero todos dijeron y respondieron que no tenían que repartir, porque sacando el quinto que al rey pertenecía, era lo demás menester para pagarle a él los bastimentos que les daba, y la artillería y navíos que servían de común a todos. Por eso, que se lo tomase todo, y enviase al rey sus derechos muy cumplidamente y lo mejor. Cortés les dijo que tiempo había para tomar él aquello que le daban para sus muchos gastos y deudas, y que de presente no quería más parte de lo que le tocaba como a su capitán general, y lo demás fuese para que aquellos hidalgos comenzasen a pagar las deudillas que traían por venir con él en esta empresa; y porque lo que él tenía ojo a enviar al rey, valía más que lo que le venía del quinto, rogoles no se lo tuviesen a mal, pues era lo primero que enviaban, y cosas que no se sufrían partir ni fundir, si excediese de lo acostumbrado, no curando de quintar a peso ni suertes; y como halló en todos ellos buena voluntad, apartó del montón lo siguiente:

Las dos ruedas de oro y plata que dio Teudilli de parte de Moteczuma.

Un collar de oro de ocho piezas, en que había ciento ochenta y tres esmeraldas pequeñas engastadas, y doscientas treinta y dos pedrezuelas, como rubíes, de no mucho valor; colgaban de él veintisiete como campanillas de oro y unas cabezas de perlas o berruecos.

Otro collar de cuatro trozos torcidos, con ciento y dos rubinejos, y con ciento setenta y dos esmeraldas; diez perlas buenas no mal engastadas, y por

orla veintiséis campanillas de oro. Entrambos collares eran de ver, y tenían otras cosas primas sin las dichas.

Muchos granos de oro, ninguno mayor que garbanzo, así como se hallan en el suelo.

Un casquete de granos de oro sin fundir, sino así groseros, llano y no cargado.

Un morrión de madera chapada de oro, y por fuera de mucha pedrería, y por bebederos veinticinco campanillas de oro, y por cimera un ave verde, con los ojos, pico y pies de oro.

Un capacete de planchuelas de oro y campanillas alrededor, y por la cubierta piedras.

Un brazalete de oro muy delgado.

Una vara, como cetro real, con dos anillos de oro por remates, y guarnecidos de perlas.

Cuatro arrejaques de tres ganchos, cubiertos de pluma de muchos colores, y las puntas de berrueco atado con hilo de oro.

Muchos zapatos como esparteñas, de venado, cosidas con hilo de oro, que tenían la suela de cierta piedra blanco y azul, y muy delgada y transparente.

Otros seis pares de zapatos de cuero de diverso color, guarnecidos de oro o plata o perlas.

Una rodela de palo y cuero, y a la redonda campanillas de latón morisco, y la copa de una plancha de oro, esculpida en ella Vitcilopuchtli, dios de las batallas, y en aspa cuatro cabezas con su pluma o pelo, al vivo y desollado, que eran de león, de tigre, de águila, y de un buarro.

Muchos cueros de aves y animales, adobados con su misma pluma y pelo.

Veinticuatro rodelas de oro y pluma y alfójar, vistosas y de mucho primor.

Cinco rodelas de pluma y plata.

Cuatro peces de oro, dos ánades y otras aves, huecas y vaciadas de oro.

Dos grandes caracoles de oro, que acá no los hay, y un espantoso cocodrilo, con muchos hilos de oro gordo alrededor.

Una barra de latón, y de lo mismo ciertas hachas y unas como azadas.

Un espejo grande guarnecido de oro, y otros chicos.

Muchas mitras y coronas de pluma y oro labradas, y con mil colores y perlas y piedras.

Muchas plumas muy gentiles y de todas colores, no teñidas, sino naturales.

Muchos plumajes y penachos, grandes, lindos y ricos, con argentería de oro y alfójar.

Muchos ventalles y moscadores de oro y pluma, y de pluma sola, chicos y grandes y de toda suerte; pero todos muy hermosos.

Una manta, como capa de algodón tejido, de muchas colores y de pluma, con una rueda negra en medio, con sus rayos, y por de dentro rasa.

Muchos sobrepellices y vestimentas de sacerdotes, palios, frontales y ornamentos de templos y altares.

Muchas otras de estas mantas de algodón, o blancas solamente, o blancas y negras escacadas, o coloradas, verdes, amarillas, azules, y otros colores así. Mas del envés sin pelo ni color, y de fuera vellosas como felpa.

Muchas camisetas, jaquetas, tocadores de algodón; cosas de hombre.

Muchas mantas de cama, paramentos y alfombras de algodón.

Eran estas cosas más lindas que ricas; aunque las ruedas cosa rica era, y valía más la obra que las mismas cosas, porque los colores del lienzo de algodón eran finísimos, y los de pluma naturales. Las obras de vaciadizo excedían el juicio de nuestros plateros; de los cuales hablaremos después en conveniente lugar. Pusieron también con estas cosas algunos libros de figuras por letras, que usan los mexicanos, cogidos como paños, escritos de todas partes. Unos eran de algodón y engrudo, y otros de hojas de metl, que sirven de papel; cosa harto de ver. Pero como no los entendieron, no les estimaron.

Tenían a la sazón los dos Cempoallan muchos hombres para sacrificar. Pidióselos Cortés para enviar al emperador con el presente, porque no los sacrificasen. Mas ellos no quisieron, diciendo que se enojarían sus dioses y les quitarían el maíz, los hijos y la vida, si se los daban. Todavía les tomó cuatro de ellos y dos mujeres, los cuales eran mancebos dispuestos. Andaban muy emplumados, y bailando por la ciudad, y pidiendo limosna para su sacrificio y muerte. Era cosa grande cuanto les ofrecían y miraban. Traían en

las orejas arracadas de oro con turquesas, y unos gordos sortijones de lo mismo a los bezos bajeros, que les descubrían los dientes, cosa fea para España, mas hermosa para aquella tierra.

CAPÍTULO XL
CARTAS DEL CABILDO Y EJÉRCITO PARA EL EMPERADOR PIDIENDO LA GOBERNACIÓN PARA CORTÉS

Como el presente y quinto para el rey estuviese apartado, dijo Cortés al cabildo que nombrasen dos procuradores que lo llevasen; que a los mismos daría él también su poder y su nao capitana para llevarlo. En regimiento señalaron a Alonso Hernández Portocarrero, y a Francisco de Montejo, alcaldes, y Cortés holgó de ello; y dioles por piloto a Antón de Alaminos; y como iban en nombre de todos, tomaron del montón tanto oro que les pareció bastar para venir y negociar y volverse. Y lo mismo fue del matalotaje para la mar. Cortés les dio su poder para sus negocios muy cumplido y llenero, y una instrucción de lo que habían de pedir en su nombre, y hacer en corte y en Sevilla y en su tierra; que era dar a su padre Martín Cortés y a su madre ciertos castellanos, y las nuevas de prosperidad. Envió con ellos la relación y autos que tenía de lo pasado, y escribió una muy larga carta al emperador; (llamolo así, aunque allá no sabían); en la cual le daba cuenta y razón sumariamente de todo lo sucedido hasta allí desde que salió de Santiago de Cuba; de las pasiones y diferencias entre él y Diego Velázquez; de las cosquillas que andaban en el real, de los trabajos que todos habían padecido, de la voluntad que tenían a su real servicio, de la grandeza y riquezas de aquella tierra, de la esperanza que tenía de sujetarla a su corona real de Castilla; y ofreciose a ganarle a México; y a haber a las manos al gran rey Moteczuma vivo o muerto; y al fin de todo le suplicaba se acordase de hacerle mercedes en los cargos y provisiones que había de enviar en aquella nueva tierra, descubierta a costa suya, para remuneración de los trabajos y gastos hechos.

El cabildo de la Veracruz escribió asimismo al emperador dos letras. Una en razón de lo que hasta entonces habían hecho en su real servicio

aquellos pocos hidalgos españoles por aquella tierra nuevamente descubierta; y en ella no firmaron sino alcaldes y regidores. La otra fue acordada y firmada del cabildo y de todos los más principales que había en el ejército. La cual en sustancia contenía cómo todos ellos tendrían y guardarían aquella villa y tierra, en su real nombre ganada; o morirían por ello y sobre ello, si otra cosa su majestad no mandase. Y suplicáronle humildemente diese la gobernación de ello y de lo que más conquistasen a Fernando Cortés, su caudillo y capitán general, y justicia mayor por ellos propios electo, que era merecedor de todo; y que más había hecho y gastado que todos en aquella flota y jornada, confirmándolo en el cargo que ellos mismos le dieron de su propia voluntad, para mejoría y seguridad suya, en nombre empero de su majestad; y si por ventura había ya dado y hecho merced de aquel cargo y gobernación a otra persona, que lo revocase, por cuanto así convenía a su servicio, y al bien y acrecentamiento de ellos y de aquellas partes, y también por evitar ruidos, escándalos, peligros y muertes, que se seguirían si otro los gobernase y mandase, y entrase por su capitán. Allende de esto, le suplicaron por respuesta con brevedad y buen despacho de los procuradores de aquella su villa, en cosas que tocaban al concejo de ella.

Partieron Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo y Antón de Alaminos, de Quiahuiztlan y Villarrica, en una razonable nave, a 26 días del mes de julio de 1519, con poderes de Fernando Cortés y del concejo de la villa de la Veracruz, y con las cartas, autos, testimonios y relación que dicho tengo. Tocaron de camino en el Marién de Cuba; y diciendo que iban a la Habana, pasaron sin detenerse por el canal de Bahama, y navegaron con harto próspero tiempo hasta llegar a España. Escribieron esta carta los de aquel concejo y ejército, recelándose de Diego Velázquez, que tenía muchísimo favor en la corte y Consejo de Indias; y porque andaba ya la nueva en el real, con la venida de Francisco de Salceda, que Diego Velázquez había habido la merced de la gobernación de aquella tierra del emperador, con la ida a España de Benito Martín. Lo cual, aunque ellos no lo sabían de cierto, era muy gran verdad, según en otra parte se dice.

CAPÍTULO XLI
EL MOTÍN QUE HUBO CONTRA CORTÉS, Y EL CASTIGO

Hubo muchos en el real que murmuraron de la elección de Cortés, porque con ella excluían de aquella tierra a Diego Velázquez, cuyas partes tenían, unos como criados, otros como deudores y algunos como amigos; y decían que había sido por astucia, halagos y soborno; y que la disimulación de Cortés en hacerse de rogar que aceptase aquel cargo, fue fingida, y que no pudo ser hecha ni debía valer la tal elección de capitán y alcalde mayor, sin autoridad de los frailes Jerónimos que gobernaban las Indias, y de Diego Velázquez, que ya tenía la gobernación de aquella tierra de Yucatán, según fama. Cortés entendió esto; informose quién levantaba la murmuración; prendió [a] los principales y metiolos en una nao; mas luego los soltó por complacer a todos, que fue causa de peor, por cuanto aquellos mismos quisieron después alzarse con un bergantín, matando al maestre, e irse a Cuba con él, a avisar a Diego Velázquez de lo que pasaba, y del gran presente que Cortés enviaba al emperador, para que se lo quitase a los procuradores al pasar por la Habana, juntamente con las cartas y relación, porque no las viese el emperador, y se tuviese por bien servido de Cortés y de todos los demás. Cortés entonces se enojó de veras. Prendió muchos de ellos; tomoles por sus dichos, en que confesaron ser verdad aquello. Por lo cual condenó los más culpados, según el proceso y tiempo; ahorcó a Juan Escudero y a Diego Cermeño, piloto; azotó a Gonzalo de Umbría, que también era piloto, y a Alonso Peñate. A los demás no tocó. Con este castigo se hizo Cortés temer y tener en más que hasta allí; y a la verdad, si fuera blando, nunca los señoreara, y si se descuidara, se perdía; porque aquéllos avisaran con tiempo a Diego Velázquez, y él tomara la nao con el presente, cartas y relaciones; que aun después la procuró tomar, enviando tras ella una carabela armada, porque no pasaron tan secretos Montejo y Portocarrero por la isla de Cuba que no entendiese Diego Velázquez a lo que iban.

CAPÍTULO XLII
CORTÉS DA CON LOS NAVÍOS AL TRAVÉS

Propuso Cortés de ir a México, y encubríalo a los soldados, porque no rehusasen la ida con los inconvenientes que Teudilli con otros ponía, especialmente por estar sobre agua, que lo imaginaban por fortísimo, como en efecto lo era. Y para que le siguiesen todos aunque no quisiesen, acordó quebrar los navíos; cosa recia y peligrosa y de gran pérdida; a cuya causa tuvo bien que pensar, y no porque le doliesen los navíos; sino porque no se lo estorbasen los compañeros; porque sin duda se lo estorbaran y aun se amotinaran de veras si lo entendieran. Determinado pues de quebrarlos, negoció con algunos maestros que secretamente barrenasen sus navíos, de suerte que se hundiesen, sin los poder agotar ni atapar; y rogó a otros pilotos que echasen fama cómo los navíos no estaban para más navegar de cascados y roídos de broma, y que llegasen todos a él, estando con muchos, a se lo decir así, como que le daban cuenta de ello, para que después no les echasen culpa. Ellos lo hicieron así como él ordenó, y le dijeron delante de todos cómo los navíos no podían más navegar por hacer mucha agua y estar muy abromados; por eso, que viese lo que mandaba. Todos lo creyeron, por haber estado allí más de tres meses, tiempo para estar comidos de la broma. Y después de haber platicado mucho en ello, mandó Cortés que aprovechasen de ellos lo que más pudiesen, y los dejasen hundir o dar al través, haciendo sentimiento de tanta pérdida y falta.

Y así dieron luego al través en la costa con los mejores cinco navíos, sacando primero los tiros, armas, vituallas, velas, sogas, áncoras, y todas las otras jarcias que podían aprovechar. De allí a poco quebraron otros cuatro; pero ya entonces se hizo con alguna dificultad, porque la gente entendió el trato y el propósito de Cortés, y decían que los quería meter en el matadero. Él los aplacó diciendo que los que no quisiesen seguir la guerra en tan rica tierra ni su compañía, se podían volver a Cuba en el navío que para eso quedaba; lo cual fue para saber cuántos y cuáles eran los cobardes y contrarios, y no les confiar ni confiarse de ellos. Muchos le pidieron licencia descaradamente para tornarse a Cuba; mas eran marineros los medios, y querían antes marinear que guerrear. Otros muchos hubo con el

mismo deseo, viendo la grandeza de la tierra y muchedumbre de la gente; pero tuvieron vergüenza de mostrar cobardía en público. Cortés, que supo esto, mandó quebrar aquel navío, y así quedaron todos sin esperanza de salir de allí por entonces, ensalzando mucho a Cortés por tal hecho; hazaña por cierto necesaria para el tiempo, y hecha con juicio de animoso capitán, pero de muy confiado, y cual convenía para su propósito, aunque perdía mucho en los navíos, y quedaba sin la fuerza y servicio de mar. Pocos ejemplos de éstos hay, y aquéllos son de grandes hombres, como fue Omich Barbarroja, del brazo cortado, que pocos años antes de esto quebró siete galeotas y fustas por tomar a Bujía, según largamente yo lo escribo en las batallas de mar de nuestros tiempos.

CAPÍTULO XLIII
QUE LOS DE CEMPOALLAN DERROCARON SUS ÍDOLOS POR AMONESTACIÓN DE CORTÉS

No veía Cortés la hora de ser con Moteczuma. Publicó su partida; sacó del cuerpo del ejército ciento y cincuenta españoles, que le parecieron bastaban para vecindad y guarda de aquella villa y fortaleza, que ya estaba casi acabada. Dioles por capitán a Pedro de Hircio, y dejolos en ella con dos caballos y otros dos mosquetes, y con hartos indios que los sirviesen, y con cincuenta pueblos a la redonda, amigos y aliados, de los cuales podían sacar cincuenta mil combatientes y más, siempre que algo se les recreciese y los hubiesen menester; y él fuese con los demás españoles a Cempoallan, que está cuatro leguas de allí, donde apenas había llegado, cuando le fueron a decir que andaban por la costa cuatro navíos de Francisco de Garay. Tornose luego, por aquellas nuevas, con cien españoles a la Veracruz, sospechando mal de aquellos navíos. Como llegó, supo que Pedro de Hircio había ido a ellos a informarse quiénes eran y qué querían, y a convidarlos a su pueblo para si algo habían menester. Supo asimismo que estaban surtos tres leguas de allí, y fue allá con Pedro de Hircio y con una escuadra de su compañía, a ver si alguno de aquellos navíos salía a tierra para tomar lengua, e informarse qué buscaban, temiendo mal de ellos pues no habían querido surgir allí cerca ni entrar en el puerto y lugar, pues los convidaban

a ello. Y ya que había andado hasta una legua, encontró tres españoles de los navíos, de los cuales uno dijo ser escribano, y los dos testigos, que venían a le notificar ciertas escrituras que no mostraron, y a hacerle requerimiento que partiese con el capitán Garay, de aquella tierra, echando mojones por parte conveniente, por cuanto pretendía también él aquella conquista por primero descubridor, y porque quería asentar y poblar en aquella costa, veinte leguas de allí, hacia poniente, cerca de Nahutlan, que ahora se dice Almería.

Cortés les dijo que tornasen primero a los navíos, a decir a su capitán que viniese a la Veracruz con su armada, y que allí hablarían, y se sabría de qué manera venía; y si traía alguna necesidad, que se la remediaría como mejor pudiese; y si venía, como ellos decían, en servicio del rey, que no deseaba él cosa más que guiar y favorecer a los semejantes, pues estaba allí por su alteza, y eran todos españoles. Ellos respondieron que por ninguna manera el capitán Garay ni hombre de los suyos saldría a tierra ni vendría donde estaba. Cortés, vista la respuesta, entendió el negocio. Prendiolos y púsose tras un médano de arena alto, y frontero de las naos, ya que casi era de noche, donde cenó y durmió, y estuvo hasta bien tarde del día siguiente, esperando si el Garay o algún piloto, o cualquiera otra persona saltaría en tierra, para tomarlos e informarse de lo que habían navegado, y del daño que dejaban hecho, que por lo uno los enviara presos a España, y por lo otro supiera si habían hablado con gente de Moteczuma. Conociendo, en fin, que se recelaban mucho, creyó que por algún mal recaudo o despacho; hizo a tres de los suyos que trocasen vestidos con aquellos mensajeros, y que llegasen a la lengua del agua, llamando y capeando a los de las naos; de las cuales, o porque conocieron los vestidos, o porque los llamaban, vinieron hasta una docena de hombres en un esquife con ballestas y escopetas. Los de Cortés, que tenían los vestidos ajenos, se apartaron a unas matas como que a la sombra, que hacía recio Sol y era mediodía, por no ser conocidos, y los del esquife echaron en tierra dos escopeteros y dos ballesteros y un indio, los cuales caminaron derecho a las matas, pensando que los que estaban debajo eran sus compañeros. Arremetió luego Cortés con otros muchos, y tomáronlos antes que pudiesen meterse en el barco, aunque también se quisieron defender; y el uno de ellos que era piloto y traía esco-

peta encaró al capitán Hircio, y si trajera buena mecha y pólvora le matara. Como los de las naves vieron el engaño y burla, no aguardaron más, e hicieron vela antes que su esquife llegase.

De estos siete que hubo a las manos se informó Cortés cómo Garay había corrido mucha costa en demanda de la Florida, y tocado en un río y tierra cuyo rey se llamaba Pánuco, donde vieron oro, aunque poco, y que sin salir de las naves habían rescatado hasta tres mil pesos de oro, y habido mucha comida a trueco de cosillas de rescate; pero que nada de lo andado ni visto había contentado al Francisco de Garay, por descubrir poco oro y no bueno. Tornose Cortés sin otra relación ni recaudo a Cempoallan con los mismos cien españoles que trajera, y primero que de allí saliese, acabó con los de la ciudad que derribasen los ídolos y sepulcros de los caciques, que también reverenciaban como a dioses, y adorasen a Dios del cielo, y a la cruz que les dejaba, e hizo amistad y confederación con ellos y con otros lugares vecinos, contra Moteczuma, y ellos le dieron rehenes para que estuviese más cierto y seguro que le serían siempre leales y no faltarían de la fe y palabra dada, y que abastecerían los españoles que dejaba de guarnición en la Veracruz, y ofreciéronles cuanta gente mandase de guerra y servicio. Cortés tomó los rehenes, que fueron hartos, mas los principales eran Mamexi, Teuch y Tamalli, y para el servicio al ejército de agua y leña y para carga pidió mil *tamemes*. *Tamemes* son bastajes, hombres de carga y recua, que llevan a cuestas dos arrobas de peso por do quiera que los traen. Estos tiraban la artillería y llevaban el hato y comida.

CAPÍTULO XLIV
EL ENCARECIMIENTO QUE OLINTLEC HIZO DEL PODERÍO DE MOTECZUMA

Partió pues Cortés de Cempoallan, que llamó Sevilla para México, a 16 días de agosto del mismo año, con cuatrocientos españoles, con quince caballos y con seis tirillos y con mil trescientos indios entre todos, así nobles y de guerra como *tamemes*, en que cuento los de Cuba. Ya cuando Cortés partió de Cempoallan no había vasallo de Moteczuma en su ejército que los guiasen camino derecho de México; que todos eran idos, o por miedo, como

vieron la liga, o por mandado de sus pueblos y señores, y aquellos de Cempoallan no lo sabían bien. Las tres primeras jornadas que el ejército caminó por tierras de aquellos sus amigos, fue muy bien recibido y hospedado, en especial en Xalapan. El cuarto día llegó a Sicuchimatl, que es un fuerte lugar, puesto ladera de una muy agra sierra, y tiene hechos a manos dos pasos como escaleras para entrar en él, y si los vecinos quisieran defenderles la entrada, con dificultad subieran por allí los peones, cuanto más los caballeros. Pero, según después pareció, tenían mandado de Moteczuma que hospedasen, honrasen y proveyesen a los españoles, y aun dijeron que pues iban a ver a su señor Moteczuma, que supiesen de cierto que les era amigo.

Este pueblo tiene muchas y buenas aldeas y alquerías en lo llano. Sacaba de allí Moteczuma, cuando había menester, cinco mil hombres de pelea. Cortés agradeció mucho al señor el hospedaje y buen tratamiento, y la buena voluntad de Moteczuma; y despedido de él, fue a pasar una sierra bien alta por el puerto que llamó del Nombre de Dios, por ser el primero que pasaba; el cual es tan sin camino, tan áspero y alto, que no lo hay tal en España, porque tiene tres leguas de subida. Hay en ella muchas parras con uvas, y árboles con miel; en bajando aquel puerto, entró en Theuhixuacán, que es otra fortaleza y villa, amiga de Moteczuma, donde acogieron a los nuestros como en el pueblo atrás. Desde allí anduvo tres días por tierra despoblada, inhabitable, salitral. Pasaron alguna necesidad de hambre, y mucha más sed, a causa de ser toda el agua que toparon salada, y muchos españoles que a falta de agua dulce bebieron de ella, enfermaron. Sobrevínoles asimismo un turbión de piedra, y con ella un frío que los puso en harto trabajo y aprieto, porque los españoles pasaron muy mala noche de frío sobre la indisposición que llevaban, y los indios cuidaron perecer; y así, murieron algunos de los de Cuba que iban mal arropados, y no hechos a semejante frialdad como la de aquellas montañas.

A la cuarta jornada de mala tierra tornaron a subir otra sierra no muy agra, y porque hallaron en la cumbre de ella mil carretadas, a lo que juzgaron, de leña cortada y compuesta, junto de una torrecilla, en que había algunos ídolos, le llamaron el puerto de la Leña. Dos leguas pasado el puerto, era la tierra estéril y pobre, mas luego dio el ejército en un lugar que dijeron Castilblanco, por las casas del señor, que eran de piedra, nuevas, blancas, y

las mejores que hasta entonces habían visto en aquella tierra, y muy bien labradas; de que no poco se maravillaron todos. Llámase en su lengua Zacotlan, aquel lugar, y el valle Zacatami y el señor Olintlec; el cual recibió a Cortés muy bien, y aposentó y proveyó a toda su gente muy cumplidamente, porque tenía mandamiento de Moteczuma que lo honrase, según después él mismo dijo, y aun por aquella nueva y mandamiento o favor sacrificó cincuenta hombres por alegrías, cuya sangre vieron fresca y limpia, y muchos hubo del pueblo que llevaron a los españoles en hombros y hamacas, que es casi en andas.

Cortés les habló con sus farautes, que eran Marina y Aguilar, y les dijo la causa de su ida por aquellas partes, y lo demás que a los de hasta allí decía siempre, y al cabo le preguntó si conocía o reconocía a Moteczuma. Él, como maravillado de la pregunta, respondió. "Pues, ¿quién hay que no sea esclavo o vasallo de Moteczumacín?". Entonces Cortés le dijo quién era el emperador, rey de España, y le rogó que fuese su amigo, y servidor de aquel tan grandísimo rey que le decía, y si tenía oro, que le diese un poco para enviarle. A esto respondió que no saldría de la voluntad de Moteczuma, su señor, ni daría, sin que él se lo mandase, oro ninguno, aunque tenía harto. Cortés calló a esto y disimuló, que le pareció hombre de corazón, y los suyos gente de manera y de guerra; pero rogole que le dijese la grandeza de aquel su rey Moteczuma, y respondió que era señor del mundo; que tenía treinta vasallos con cada cien mil combatientes; que sacrificaba veinte mil personas cada año; que residía en la más linda y fuerte ciudad de todo lo poblado; que su casa y corte era grandísima, noble, generosa; su riqueza increíble, su gasto excesivo; y por cierto que él dijo la verdad en todo, salvo que se alargó en lo del sacrificio, aunque a la verdad era grandísima carnicería la suya de hombres muertos en sacrificios por cada templo, y algunos españoles dicen que sacrificaban, años había, cincuenta mil. Estando así en estas pláticas, llegaron dos señores en el mismo valle a ver los españoles, y presentaron a Cortés cada cuatro esclavas, y sendos collares de oro de no mucha valía.

Olintlec, aunque tributario de Moteczuma, era gran señor y de veinte mil vasallos. Tenía treinta mujeres todas juntas y en su propia casa, con más de cien otras que las servían. Tenía dos mil criados para su servicio y guarda; el pueblo era grande, y había en él trece templos, con muchos ídolos de pie-

dra y diferentes, ante quien sacrificaban hombres, palomas, codornices y otras cosas, con sahumerios y mucha veneración. Aquí, y por su territorio, tenía Moteczuma cinco mil soldados en guarnición y frontera, y postas de hombres en parada hasta México. Nunca Cortés hasta aquí había entendido tan entera y particularmente la riqueza y poderío de Moteczuma; y aunque se le representaban delante muchos inconvenientes, dificultades, temores y cosas otras en su ida a México, oyendo aquello, que a muchos valientes por ventura desmayara, no mostró punto de cobardía, sino que cuantas más maravillas le decían de aquel gran señor, tanto mayores espuelas le ponían de ir a verlo; y porque tenía que pasar para ir allá por Tlaxcallan, que todos le afirmaban ser grande ciudad aquella, y de mucha fuerza y belicosísima generación, despachó cuatro cempoallaneses para los señores y capitanes de allí, que de su parte y de la de Cempoallan y confederados, les ofreciesen su amistad y paz y les hiciesen saber cómo iban a su pueblo aquellos pocos españoles a los ver y servir; por tanto, que les rogasen lo tuviesen por bueno. Pensaba Cortés que los de Tlaxcallan harían otro tanto con él, como los de Cempoallan, que eran buenos y leales, y que como hasta allí le habían siempre dicho verdad, que también entonces los podría creer; que aquellos tlaxcaltecas eran sus amigos, y holgarían serlo asimismo de él y de sus compañeros, pues eran inimicísimos de Moteczuma, y aun que irían de buena gana con él a México, si hubiese de haber guerra, por el deseo que tenían de librarse y vengarse de las injurias y daños que habían recibido, de muchos años a esta parte, de la gente de Culúa.

Holgó Cortés en Zacotlan cinco días, que tiene fresca ribera y es apacible gente. Puso muchas cruces en los templos, derrocando los ídolos, como lo hacía en cada lugar que llegaba y por los caminos. Dejó muy contento a Olintlec, y fuese a un lugar que está dos leguas río arriba, y que era de Iztacmixtlitán, uno de aquellos señores que le dieron las esclavas y collares. Este pueblo tiene en lo llano y ribera, dos leguas a la redonda, tantas caserías, que casi toca una con otra, a lo menos por do pasó nuestro ejército; y él será de más de cinco mil vecinos, y puesto en un cerro alto, y a una parte de él está la casa del señor con la mejor fortaleza de aquellas partes, y tan buena como en España, cercada de muy buena piedra con barbacanas y honda cava. Reposó allí tres días para repararse del camino y tra-

bajo pasado, y por esperar los cuatro mensajeros que envió de Zaclotan, a ver qué respuesta traerían.

CAPÍTULO XLV
EL PRIMER REENCUENTRO QUE CORTÉS HUBO CON LOS DE TLAXCALLAN

Como tardaban los mensajeros, se partió Cortés de Zacotlan sin otra inteligencia de Tlaxcallan. No anduvo mucho nuestro campo después que salió de aquel lugar, cuando a la salida del valle por donde iba, topó una gran cerca de piedra seca, y de estado y medio alta, y ancha veinte pies, y con un pretil de dos palmos por toda ella para pelear de encima, la cual atravesaba todo aquel valle de una sierra a la otra, y no tenía más de una sola entrada de diez pasos, y en aquélla doblaba la una cerca sobre la otra a manera de rebellín, por trecho y estrecho de cuarenta pasos, de suerte que era fuerte y mala de pasar habiendo quien la defendiese. Preguntando Cortés la causa de estar allí aquella cerca, y quién la había hecho, le dijo Iztacmixtlitán, que le acompañó hasta ella, que estaba para atajar, como mojón, sus tierras de las de Tlaxcallan, y que sus antecesores la habían hecho para impedir la entrada a los tlaxcaltecas en tiempo de guerra, que venían a los robar y matar por amigos y vasallos de Moteczuma. Grandeza les pareció a nuestros españoles aquella pared allí tan costosa y panfarrona, mas inútil y superflua, pues había cerca otros pasos para llegar al lugar, arrodeando un poco, pero no dejaron con todo eso de sospechar que los de Tlaxcallan debían ser bravos y valientes guerreros, pues tales amparos les ponían delante.

Como el ejército paró para mirar aquella magnífica obra, pensó Iztacmixtlitán que ciaba y temía de ir adelante, y dijo y rogó al capitán que no fuese por allí, pues era su amigo e iba a ver a su señor, ni curase de atravesar por tierra de los de Tlaxcallan, que por ventura por quedar su amigo, le harían algún daño y le serían malos, como con otros solían, y que él le guiaría y llevaría siempre por tierras de Moteczuma, donde sería bien recibido y proveído, hasta llegar a México. Mamexi y los otros de Cempoallan le decían que tomase su consejo, y en ninguna manera fuese por do Iztacmixtlitán le quería encaminar, que era por le desviar de la amistad de aquella provincia,

cuya gente era honrada, buena y valiente, y no quería que se juntase con él para contra Moteczuma, y que no le creyese; que eran él y los suyos, unos malos, traidores y falsos, y le meterían donde no pudiese salir, y allí los comerían y matarían. Cortés estuvo suspenso una pieza con lo que unos y otros le decían; pero a la postre arrimóse al consejo de Mamexi, porque tenía más concepto de los de Cempoallan y aliados, que no de los otros, y por no mostrar miedo; y así, prosiguió el camino de Tlaxcallan, que comenzó.

Despidiose de Iztacmixtlitán, tomó de él trescientos soldados, y entró por aquella puerta de la cerca, y luego con mucha orden y buen recaudo en todo, caminó, llevando a punto los tiros, y siempre yendo él de los primeros que se adelantaban media y una legua a descubrir el campo, para si algo hubiese, que con tiempo volviese a concertar su gente, y a escoger buen lugar para batalla o para real; así que, andadas más de tres leguas desde la cerca, mandó decir a la infantería que caminase apriesa, que era tarde, y él fuese con los de caballos cuasi una legua adelante, donde en encumbrando una cuesta, dieron los dos de caballo que iban delanteros en unos quince hombres con espadas y rodelas, y con unos penachos que acostumbran traer en la guerra; los cuales eran escuchas, y como vieron los de caballo, echaron a huir de miedo o por dar aviso. Llegó Cortés entonces con otros tres compañeros a caballo, y por más que voceó ni señas hizo, no quisieron esperar; y porque no se les fuesen sin tomar lengua, corrió tras ellos con seis caballos, y alcanzolos ya que estaban juntos y remolinados con determinación de morir antes que rendirse; y señalándoles que estuviesen quedos, se juntó a ellos, pensando tomarlos a manos y a vida; pero ellos no curaron sino de esgrimir; y así, hubieron de pelear con ellos. Defendiéronse tan bien un rato de los seis, que hirieron dos ellos, y les mataron dos caballos de dos cuchilladas, y según algunos que lo vieron, cortaron cercén de un golpe cada pescuezo con riendas y todo. En esto llegaron otros cuatro de caballo, y luego los demás, con uno de los cuales envió Cortés a llamar corriendo la infantería, porque allegaban ya bien cinco mil indios en un ordenado escuadrón, a socorrer y remediar los suyos, que los habían visto pelear; mas llegaron tarde para ello, porque ya eran todos muertos y alanceados, con enojo que mataron aquellos dos caballos, y no se quisieron rendir. Todavía pelearon con los de caballo, de muy gentil ánimo y denuedo, hasta que vieron cerca

los peones y artillería y el otro cuerpo del ejército contrario, y retiráronse entonces, dejando el campo a los nuestros. Los de caballo salían y entraban en los enemigos, arremetiendo a su salvo por más que eran, sin recibir daño, y mataron hasta setenta de ellos.

Luego que se fueron, enviaron a nuestro ejército a decir al capitán con dos de los mensajeros que allá tenían días había, y con otros suyos, cómo los de Tlaxcallan decían que ellos no sabían de lo que habían hecho aquéllos, que eran de otras comunidades y sin su licencia; pero que les pesaba, y que pagarían los caballos por ser en su tierra, y que fuesen mucho enhorabuena a su pueblo, que holgarían de acogerlos y ser sus amigos, porque les parecían valientes hombres. Todo era recado falso. Cortés se lo creyó, y les agradeció su buen comedimiento y voluntad, diciendo que iría, como ellos querían, a ser su amigo, y que no tenía necesidad de paga por sus caballos, porque presto le vendrían muchos de ellos. Mas Dios sabe cuánto le pesaba de la falta que le hacían, y de que supiesen los indios que los caballos morían y se podían matar. Pasó Cortés casi una legua más adelante de do fue la muerte de los caballos, aunque era casi puesta del Sol, y venía su gente cansada de haber caminado mucho aquel día, por poner su real en lugar fuerte y de agua; y así, lo asentó cabe un arroyo, donde estuvo esta noche con miedo y con recado de centinelas a pie y a caballo, mas ningún sobresalto le dieron los enemigos; y así, pudieron los suyos reposar más descansados que pensaban.

CAPÍTULO XLVI
QUE SE JUNTARON CIENTO Y CUARENTA MIL HOMBRES CONTRA CORTÉS

Otro día con el sol partió Cortés de allí con su escuadrón bien concertado, y en medio del fardaje y artillería, y ya que llegaban a un pequeño pueblo allí cerquita, toparon con los otros dos mensajeros de Cempoallan que fueron de Zaclotan, que venían llorando, y dijeron cómo los capitanes del ejército de Tlaxcallan los habían atado y guardado, mas que se habían ellos soltado y escapado aquella noche, porque los querían sacrificar luego en siendo de día, al dios de la victoria, y comérselos para dar buen comienzo a la guerra, y

en señal que así tenían de hacer a los barbudos y a cuantos venían con ellos. Apenas acabaron de contar esto, cuando a menos de tiro de ballesta asomaron por detrás un cerrillo hasta mil indios muy bien armados, y llegaron con un alarido que subía hasta el cielo, a tirar dardos, piedras y saetas a los nuestros. Cortés les hizo muchas señas de paz para que no peleasen, y les habló con los farautes, rogando y requiriéndoselo en forma por ante escribano y testigos, como si hubiera de aprovechar o entendieran lo que era; y como cuanto más les decían, tanta más prisa ellos se daban a combatir, pensando desbaratarlos, o meterlos en juego para que los siguiesen hasta llevarlos a una celada de más de ochenta mil hombres, que les tenían parada entre unas grandes quebradas de arroyos que atravesaban el camino y hacían mal paso. Tomaron los nuestros las armas y dejaron las palabras; trabose una gentil contienda, porque aquellos mil eran tantos como los que de nuestra parte combatían, y diestros y valientes hombres, y en mejor lugar puestos para pelear. Duró muchas horas la batalla, y al cabo, o por cansados, o por meter los enemigos en el garlito do pensaban tomarlos a bragas enjutas, comenzaron de aflojar y a retirarse hacia los suyos, no desbaratados, sino cogidos. Los nuestros, encendidos en la pelea y matanza, que no fue chica, siguiéronlos con toda la gente y fardaje, y cuando menos se cataron, entraban en las acequias y quebradas, y entre infinitísimos indios armados que los aguardaban en ellas. No se pararon por no desordenarse, y pasáronlos con harto temor y trabajo, por la mucha prisa y guerra que los contrarios les daban; de los cuales hubo muchos que arremetieron a los de a caballo en aquellos malos pasos a les quitar las lanzas; tan osados eran. Muchos españoles quedaron allí perdidos si no les ayudaran los indios amigos. Ayudolos también mucho el esfuerzo y consuelo de Cortés, que aunque iba en la delantera con los caballos peleando y haciendo lugar, volvía de cuando en cuando a concertar el escuadrón y animar su gente. Salieron en fin de aquellas quebradas a campo llano y raso, donde pudieron correr los caballos y jugar la artillería; dos cosas que hicieron harto daño en los enemigos, y que mucho los maravilló por su novedad; y así, luego huyeron todos.

Quedaron este día en el un rencuentro y en el otro muchos indios muertos y heridos, y de los españoles fueron algunos heridos, pero ninguno muerto, y todos dieron gracias a Dios, que los libró de tanta multitud de

enemigos; y muy alegres con la victoria, se subieron a poner real en Teocacinco, aldea de pocas casas, que tenía una torrecilla y templo, donde se hicieron fuertes, y muchas chozas de paja y rama, que trajeron después los *tamemes*. Hiciéronlo tan bien aquellos indios que iban en nuestro ejército de los de Cempoallan y de Iztacmixtlitan, que les dio Cortés muy cumplidas gracias, ora fuese por miedo de ser comidos, ora por vergüenza y amistad.

Durmieron aquella noche, que fue la primera de setiembre, los nuestros mal sueño, con recelo no les sobresalteasen los enemigos; pero ellos no vinieron, que no acostumbran pelear de noche; y luego en siendo día envió Cortés a rogar y requerir a los capitanes de Tlaxcallan con la paz y amistad, y a que le dejasen pasar por su tierra a México; que no iba a les hacer enojo ni mal ninguno. Dejó doscientos españoles y la artillería y *tamemes* en el real, tomó otros doscientos, y los trescientos de Iztacmixtlitan y hasta cuatrocientos cempoallaneses, y salió a correr el campo con ellos y con los caballos antes que los de la tierra se pudiesen juntar. Fue, quemó cinco o seis lugares, y volviose con hasta cuatrocientas personas presas, sin recibir daño, aunque le siguieron peleando hasta la torre y real, donde halló la respuesta de los capitanes contrarios, la cual era que otro día vendrían a verle y a responderle, como vería. Cortés estuvo aquella noche muy a recaudo, porque le pareció brava respuesta y determinada para hacer lo que decían, mayormente que le certificaban los prisioneros que se juntaban ciento y cincuenta mil hombres para venir sobre él otro día, y tragarse vivos los españoles, a quien querían muy mal, creyendo ser muy grandes amigos de Moteczuma, al cual deseaban la muerte y todo mal; y era así verdad, porque los de Tlaxcallan juntaron toda la gente posible para tomar [a] los españoles, y hacer de ellos los más solemnes sacrificios y ofrendas a sus dioses que jamás se hubiesen hecho, y un banquete general de aquella carne, que llamaban celestial.

Repártese Tlaxcallan en cuatro cuarteles o apellidos, que son Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlán, Cuyahuiztlán, que es como decir en romance los Serranos, los del Pinar, los del Yeso, los del Agua. Cada apellido de estos tiene su cabeza y señor, a quien todos acuden y obedecen, y éstos así juntos hacen el cuerpo de la república y ciudad. Mandan y gobiernan en paz, y en guerra también; y así, aquí en ésta hubo cuatro capitanes, de cada cuartel el

suyo, mas el general de todo el ejército fue uno de ellos mismos que se llamaba Xicotencatl, y era de los del Yeso, y llevaba el estandarte de la ciudad, que es una grúa de oro con las alas tendidas y muchos esmaltes y argentería. Traíala detrás de toda la gente, como es su costumbre estando en guerra; que si no, delante va. El segundo capitán era Maxixcacín. El número de todo el ejército era casi ciento y cincuenta mil combatientes. Tanta junta y aparato hicieron contra cuatrocientos españoles, y al cabo fueron vencidos y rendidos, aunque después amigos grandísimos. Vinieron pues estos cuatro capitanes con todo su ejército, que cubría el campo, a ponerse cerca de los españoles, una gran barranca no más en medio, el otro día siguiente, como prometieron, y antes que amaneciese.

Era gente muy lucida y bien armada, según ellos usan, aunque venían pintados con *bija* y *jagua*, que mirados al gesto parecían demonios. Traían grandes penachos, y campeaban a maravilla; traían hondas, varas, lanzas, espadas, que acá llaman bisarmas; arcos y flechas sin yerbas; traían asimismo cascos, brazaletes y grebas de madera, mas doradas o cubiertas de pluma o cuero. Las corazas eran de algodón, las rodelas y broqueles muy galanos, y no mal fuertes, porque eran de recio palo y cuero, y con latón y pluma, las espadas de palo y pedernal engastado en él, que cortan bien y hacen mala herida. El campo estaba repartido por sus escuadrones, y con cada muchas bocinas, caracoles y atabales; que cierto era bien de mirar, y nunca españoles vieron junto mejor ni mayor ejército en Indias después que las descubrieron.

CAPÍTULO XLVII
LOS FIEROS QUE HACÍAN A NUESTROS ESPAÑOLES AQUELLOS DE TLAXCALLAN

Estaban feroces aquéllos y habladores, y diciendo entre sí mismos: "¿Qué gente poca y loca es ésta que nos amenaza sin conocernos, y se atreve a entrar en nuestra tierra sin licencia y contra nuestra voluntad? No vamos a ellos tan presto; dejémoslos descansar, que tiempo tenemos de los tomar y atar. Enviémosles de comer, que vienen hambrientos, no digan después que los tomamos por hambre y de cansados". Y así, les enviaron luego tres-

cientos gallipavos y doscientas cestas de bollos *centli*, que es su pan ordinario, que pesaban más de cien arrobas; lo cual fue gran refrigerio y socorro para la necesidad que tenían. De allí a poco dijeron: "Vamos a ellos que ya habrán comido y comerémonoslos, pagárannos nuestros gallipavos y nuestras tortas, y sabremos quién les mandó entrar acá; y si es Moteczuma, venga y líbrelos; y si es su atrevimiento, lleven el pago".

Estos y semejantes fieros y liviandades hablaban entre sí unos con otros, viendo tan poquitos españoles delante, y no conociendo aún sus fuerzas y coraje. Aquellos cuatro capitanes enviaron luego hasta dos mil de sus muy esforzados hombres y soldados viejos al real, a tomar los españoles sin hacerles mal; y si armas tomasen y se les defendiesen, que los atasen y trajesen por fuerza, o los matasen; mas ellos no quisieran, diciendo que ganarían poca honra en tomarse todos con tan poca gente. Los dos mil pasaron la barranca, y llegaron a la torre osadamente. Salieron los de caballo, y tras ellos los de pie; y a la primera arremetida les hicieron conocer cuánto cortaban las espadas de hierro; a la segunda les mostraron para cuánto eran aquellos pocos españoles que poco antes ultrajaban; y a la otra les hicieron huir gentilmente los que ellos venían a prender. No escapó hombre de ellos, sino los que acertaron el paso de la barranca.

Corrió entonces la demás gente con grandísima gritería hasta llegar al real de los nuestros, y sin que les pudiesen resistir, entraron dentro muchos de ellos, y anduvieron a las cuchilladas y brazos con los españoles; los cuales tardaron un buen rato a matar y echar fuera aquellos que entraron, saltando el valladar; y, estuvieron peleando más de cuatro horas con los enemigos; antes que pudiesen hacer plaza entre el valladar y los que lo combatían, y al cabo de aquel tiempo aflojaron reciamente, viendo los muchos muertos de su parte y las grandes heridas, y que no mataban a nadie de los contrarios; aunque no dejaron de hacer algunas arremetidas hasta que fue tarde y se retiraron; de lo que mucho plugo a Cortés y a los suyos, que tenían los brazos cansados de matar indios. Más alegría tuvieron aquella noche los nuestros que miedo, por saber que con lo oscuro no pelean los indios; y así, descansaron y durmieron más a placer que hasta allí aunque con buen recaudo en las estancias, y muchas velas y escuchas por todo. Los indios, aunque echaron menos muchos de los suyos, no se tuvieron por vencidos, según lo que

después mostraron. No se pudo saber cuántos fueron los muertos; que ni los nuestros tuvieron ese vagar, ni los indios cuenta.

El otro día por la mañana salió Cortés a talar el campo, como la otra vez, dejando los medios de los suyos a guardar el real; y por no ser sentido primero que hiciese el daño, partió antes del día. Quemó más de diez pueblos, y saqueó uno de tres mil casas, en el cual había poca gente de pelea, como estaban en la junta. Todavía pelearon los que dentro estaban, y mató muchos de ellos. Púsole fuego, y tornose a su fuerte sin mucho daño y con mucha prisa, a mediodía, cuando ya los enemigos cargaban a más andar para despojarle y dar en el real; los cuales luego vinieron como el día antes, trayendo comida y braveando. Pero, aunque combatieron el real y pelearon cinco horas, no pudieron matar español, muriendo de los suyos infinitos, que como estaban apretados, hacía riza en ellos la artillería. Quedó por ellos el pelear, y por los nuestros la victoria. Pensaban que eran encantados, pues no les empecían sus flechas.

Luego al otro día enviaron aquellos señores y capitanes tres suertes de cosas en presente a Cortés; y los que la trajeron le decían: "Señor, veis aquí cinco esclavos: si sois dios bravo, que coméis carne y sangre, comeos éstos y traeremos más; si sois dios bueno, he aquí incienso y pluma; si sois hombres, tomad aves y pan y cerezas". Cortés les dijo cómo él y sus compañeros eran hombres mortales, ni más ni menos que ellos; y que pues siempre les decía verdad, que por qué trataban con él mentiras y lisonjas; y que deseaba ser su amigo; y que no fuesen locos, ni porfiados en pelear, que recibirían siempre muy gran daño, y que ya veían cuántos mataban de ellos sin morir ninguno de los españoles. Con esto les despidió; mas no por eso dejaron de venir luego más de treinta mil a tentar las corazas a los nuestros a su propio real, como los días antes; pero tornáronse descalabrados como siempre.

Es aquí de saber que aunque llegaron el primer día todos los de aquel gran ejército a combatir nuestro real y a pelear juntos, que los otros siguientes no llegaron así sino cada cuartel por sí, para repartir mejor el trabajo y mal por todos, y porque no se embarazasen unos a otros con tanta multitud, pues no habían de pelear sino pocos y en lugar pequeño, y aun por esto eran más recios los combates y batallas; que cada apellido de aquellos pugnaba por hacerlo más valientemente, para ganar más honra si matasen o prendie-

sen algún español; porque les parecía que todo su mal y vergüenza recompensaba la muerte o prisión de un solo español; y también es de considerar sus convites y peleas, porque no sólo estos días hasta aquí, pero ordinariamente todos los quince o más días que estuvieron allí los españoles, ora peleasen, ora no, les llevaban unas tortillas de pan, gallipavos y cerezas; mas empero no lo hacían por darles de comer, sino por haber qué daño habían ellos hecho, y qué ánimo tenían los nuestros o qué miedo; y esto no entendían los españoles, y siempre decían que los de Tlaxcallan, cuyos ellos eran, no peleaban, sino ciertos bellacos otomíes que andaban por allí desmandados, que no reconocían superior, por ser de unas behetrías que estaban detrás de las sierras, que mostraban con el dedo.

CAPÍTULO XLVIII
CÓMO CORTÉS CORTÓ LAS MANOS A CINCUENTA ESPÍAS

Al día siguiente, tras los presentes como a dioses, que fue el 6 de setiembre, vinieron al real hasta cincuenta indios de los de Tlaxcallan, honrados según su manera, y dieron a Cortés mucho pan, cerezas y gallipavos, que traían de comida ordinaria; y preguntáronle cómo estaban los españoles, y qué querían hacer, y si habían menester alguna cosa; y tras esto anduviéronse por el real, mirando los vestidos y armas de España, y los caballos y artillería, y hacían de los bobos y maravillados; aunque a la verdad también se maravillaban de veras; pero todo su motivo era andar espiando. Entonces llegó a Cortés Teuch, de Cempoallan, hombre experto y criado de niño en la guerra, y díjole que no le parecían bien aquellos tlaxcaltecas, porque miraban mucho las entradas y salidas y lo flaco y fuerte del real. Por eso, que supiese si eran espías aquellos bellacos. Cortés le agradeció el buen aviso, y se maravilló cómo él ni español ninguno no habían dado en aquello, en tantos días que entraban y salían indios de los enemigos en su real con comida, y había caído en ello aquel cempoallanés; y no fue por ser aquel indio más agudo y sabio que los españoles, sino porque vio y oyó a los otros cómo andaban y hablaban con los de Iztacmixtlitan, para sacar de ellos por puntillos lo que querían saber.

Así que Cortés conoció cómo no venían por hacerle bien, sino a espiar; y luego mandó tomar al que más a mano y apartado estaba de la compañía, y meter secretamente donde no le viesen; y allí lo examinó con Marina y Aguilar; el cual a la hora confesó cómo era espión, y que venía a ver y notar los pasos y cabos por do mejor le pudiesen dañar y ofender, y quemar aquellas sus chozuelas; y que por cuanto ellos habían probado la fortuna a todas las horas del día, y no les sucedía nada a su propósito, ni a la fama y antigua gloria que de guerreros tenían, acordaban venir de noche, y quizá tendrían mejor ventura; y aun también porque no temiesen los suyos de noche y con la oscuridad a los caballos, ni las cuchilladas y estrago de los tiros de fuego; y que Xicotencatl, su capitán general, estaba ya para tal efecto con muchos millares de soldados detrás de ciertos cerros, en un valle frontero y cerca del real. Como Cortés vio la confesión de éste, hizo luego tomar a otros cuatro o cinco, cada uno aparte, y confesaron asimismo cómo ellos y todos los que en su compañía venían, eran espías, y dijeron lo mismo que el primero, casi por los mismos términos. Así que por los dichos de éstos los prendió a todos cincuenta, y allí luego les hizo cortar a todos las manos, y enviolos a su ejército, amenazando que otro tanto haría a todos los espiones que tomase; y que dijesen a quien los envió que, de día y de noche, y cada y cuando que viniesen, verían quién eran los españoles.

Grandísimo pavor tomaron los indios de ver cortadas las manos a sus espías, cosa nueva para ellos; y creían que tenían los nuestros algún familiar que les decía lo que ellos tenían allá en su pensamiento; y así, se fueron todos, cada uno por do mejor pudo, porque no les cortasen las suyas, y alejaron las vituallas que traían para la hueste, porque no se aprovechasen de ellas los adversarios.

CAPÍTULO XLIX
A EMBAJADA QUE MOTECZUMA ENVIÓ A CORTÉS

En yéndose los espías, vieron de nuestro real cómo atravesaba por un cerro grandísima muchedumbre de gente, y era la que traía Xicotencatl; y como era ya casi noche, determinó Cortés salir a ellos, y no aguardarlos que llegasen, porque del primer ímpetu no pegasen fuego, como tenían pensado, a

las chozas, que si lo hicieran, pudiera ser no escapar español del fuego o a manos de los enemigos, y aun también porque temiesen más las heridas viéndolas, que sintiéndolas solamente. Así que luego puso casi toda su gente en orden, y mandó que echasen a los caballos pretales de cascabeles, y fuese hacia do habían visto pasar los enemigos. Mas ellos no osaron esperarle, con haber visto cortadas las manos de los suyos, y con el nuevo ruido de los cascabeles. Los nuestros los siguieron dos horas de noche por entre muchas sembraduras de *centli*, y mataron hartos en el alcance, y volviéronse a su real muy victoriosos.

A esta sazón eran venidos al real seis señores mexicanos, personas muy principales, con hasta doscientos hombres de servicio, a traer a Cortés un presente, en que había mil ropas de algodón, algunas piezas de pluma y mil castellanos de oro; y a decirle de parte de Moteczuma cómo él quería ser amigo del emperador y suyo y de los españoles, y que viese cuánto quería de tributo cada un año, en oro, plata, perlas, piedras o esclavos, y ropa y cosas de las que en sus reinos había, y que lo daría sin falta y pagaría siempre, con tanto que aquellos que allí estaban con él no fuesen a México; y que esto era, no tanto porque no entrasen en su tierra, cuanto porque ella era muy estéril y fragosa; y les pesaría que hombres tan valientes y honrados padeciesen trabajo y necesidad en su señorío, y que él no lo pudiese remediar.

Cortés les agradeció su venida y el ofrecimiento para el emperador y rey de Castilla, y con ruegos los detuvo que no se partiesen hasta ver el fin de aquella guerra, para que llevasen a México la nueva de la victoria y matanza que él y sus compañeros harían de aquellos mortales enemigos de su señor Moteczuma. Luego tuvo Cortés unas calenturas, por las cuales no salía a correr al campo ni a hacer talas, quemas y otros daños a los enemigos. Solamente proveía que guardasen su fuerte de algunos montones y tropeles de indios que llegaban a gritar y a escaramuzar; que tan ordinario era como las cerezas y comida que cada día traían, excusándose siempre que los de Tlaxcallan no les daban enojo, sino ciertos bellacos otomíes, que no querían hacer lo que les rogaban ellos; pero ni las escaramuzas ni la furia de los indios era tanta como al principio. Quiso Cortés purgarse con una masa de píldoras que sacó de Cuba; partió cinco pedazos y tragolos a la hora, que de noche se suelen tomar, y acaeció que luego el otro día, antes

que obrase, vinieron tres muy grandes escuadrones a dar en el real, o porque sabían cómo estaba malo, o pensando que de miedo no había osado a salir aquellos días. Dijéronselo a Cortés, y él, sin mirar que estaba purgado, cabalgó y salió con los suyos al encuentro, y peleó con los enemigos todo el día hasta la tarde. Retrújolos un grandísimo trecho, y tornose al real, y al otro día purgó como si entonces tomara la purga. No lo cuento por milagro, sino por decir lo que pasó, y que Cortés era muy sufridor de trabajos y males, y siempre el primero que se hallaba a los encuentros con los enemigos; y no solamente era, que raro acontece, buen hombre por las manos, pero aun tenía gran consejo en lo que hacía. Habiendo pues purgado y descansado aquellos días, velaba de noche el tiempo que le cabía, como cualquier compañero, y como siempre acostumbraba; y no era peor por eso, ni menos amado de los que con él andaban.

CAPÍTULO L
CÓMO GANÓ CORTÉS A CIMPANCINCO, CIUDAD MUY GRANDE

Subió Cortés una noche encima de la torre, y mirando a una parte y a otra, vio a cuatro leguas de allí, cabe unos peñascos de la sierra y entre un monte, cantidad de humos, y creyó estar mucha gente por allí. No dio parte a nadie; mandó que le siguiesen doscientos españoles y algunos amigos indios, y los demás que guardasen el real, y a tres o cuatro horas de la noche caminó hacia la sierra a tino, que hacía muy oscuro. No hubo andado una legua, cuando dio de súbito a los caballos una manera de torozón que los derribaba en el suelo sin que se pudiesen menear.

Como cayó el primero, y se lo dijesen, respondió: “Pues vuélvase con él al real”. Cayó luego otro, y dijo lo mismo. Como cayeron tres o cuatro, comenzaron los compañeros a ciar, y dijéronle que mirase que era mala señal aquella, y que era mejor que se volviesen, o esperar que amaneciese para ver a do, o por do iban. Él decíales que no mirasen en agüeros, y que Dios, cuya causa trataban, era sobre natura, y que no dejaría aquella jornada, que se le figuraba que de ella se les había de seguir mucho bien aquella noche, y que era el diablo, que por lo estorbar ponía delante aquellos inconvenientes; y

diciendo esto se cayó el suyo. Entonces hicieron alto, y consultáronlo mejor; y fue que tornasen aquellos caballos caídos al real, y que los demás llevasen de diestro, y prosiguiesen su camino. Presto estuvieron buenos los caballos, mas no se supo de qué cayeron.

Anduvieron pues hasta perder el tino de las peñas. Dieron en unos pedregales y barrancos, que aína nunca salieran de allí. Al cabo, después de haber pasado mal rato, con los cabellos erizados de miedo, vieron una lumbrecilla; fueron a tiento hacia ella, y estaba en una casa, do hallaron dos mujeres, las cuales, y otros dos hombres que acaso toparon luego, los guiaron y llevaron a las peñas donde habían visto los humos, y antes que amaneciese dieron en unos lugarejos. Mataron mucha gente, pero no los quemaron por no ser sentidos con el fuego, y por no detenerse; que le decían cómo estaban allí junto grandes poblaciones. De allí entró luego en Cimpancinco, un lugar de veinte mil casas, según después pareció por la visitación que de ellas hizo Cortés; y como estaban descuidados de cosa semejante, y los tomaron de sobresalto y antes que se levantasen, salían en carnes por las calles, a ver qué eran tan grandes llantos. Murieron muchos de ellos al principio; mas, porque no hacían resistencia, mandó Cortés que no los matasen, ni tomasen mujeres ni ropa ninguna. Era tanto el miedo de los vecinos, que huían a más no poder, sin curar el padre del hijo ni el marido de la mujer ni casa ni hacienda. Hiciéronles señas de paz, y que no huyesen, y dijéronles que no temiesen; y así, cesó la huida y el mal.

Salido ya el sol y pacificado el pueblo, se puso Cortés en un alto a descubrir tierra, y vio una grandísima población, que preguntando cuya era, le dijeron que Tlaxcallan con sus aldeas. Llamó entonces a los españoles, y dijo: “Ved qué hiciera al caso matar los de aquí, habiendo tantos enemigos allí”. Y con esto, sin hacer otro daño en el pueblo, se salió fuera a una gentil fuente que tenía; y allí vinieron los principales y que gobernaban el pueblo, y otros más de cuatro mil, sin armas y con mucha comida. Rogaron a Cortés que no les hiciesen más mal, y que le agradecían el poco que había hecho, y que querían servirle, obedecerle y ser sus amigos, y no solamente guardar de allí adelante muy bien su amistad, mas trabajar también con los señores de Tlaxcallan y con otros, que hiciesen otro tanto. Él les dijo cómo era cierto que ellos habían peleado con él muchas veces, aunque entonces

le traían de comer; pero que los perdonaba, y recibía en su amistad y al servicio del emperador. Con tanto, los dejó, y se volvió a su real muy alegre con tan buen suceso, de tan mal principio como fue la de los caballos diciendo: "No digáis mal del día hasta que sea pasado"; y llevando una cierta confianza que aquellos de Cimpancinco harían con los de Tlaxcallan que dejasen las armas y fuesen sus amigos, y por eso mandó que de allí en adelante nadie hiciese mal ni enojo a indios ninguno; y aun dijo a los suyos que creía, con ayuda de Dios, que habían acabado aquel día la guerra de aquella provincia.

CAPÍTULO LI
EL DESEO QUE ALGUNOS ESPAÑOLES TENÍAN DE DEJAR LA GUERRA

Cuando Cortés llegó al real tan alegre como dije, halló a sus compañeros algo despavoridos por lo de los caballos que les enviara, pensando que no le hubiese acontecido algún desastre. Pero como lo vieron venir bueno y victorioso, no cabían de placer; bien sea verdad que muchos de la compañía andaban mustios y de mala gana, y que deseaban volverse a la costa, como ya se lo tenían rogado algunos muchas veces; pero mucho más quisieran ir de allí viendo tan gran tierra muy poblada, muy cuajada de gente, y toda con muchas armas y ánimo de no consentirlos en ella, y hallándose tan pocos, tan dentro en ella, tan sin esperanza de socorro; cosas ciertamente para temer cualquiera, y por eso platicaban algunos entre ellos mismos, que sería bueno y necesario hablar a Cortés, y aun requerírselo, que no pasase más adelante, sino que se tornase a la Veracruz, de donde poco a poco se tendría inteligencia con los indios, y harían según el tiempo dijese, y podría llamar y recoger más españoles y caballos, que eran los que hacían la guerra. No curaba mucho de ello Cortés, aunque algunos se lo decían en secreto para que proveyese y remediase aquello que pasaba, hasta que una noche saliendo de la torre donde posaban, a requerir velas, oyó hablar recio en una de las chozas que alrededor estaban, y púsose a escuchar lo que hablaban; y era que ciertos compañeros decían: "Si el capitán quiere ser loco e irse donde lo maten, váyase solo; no le sigamos". Entonces llamó a

dos amigos suyos, como por testigos, y díjoles que mirasen lo que estaban aquellos hablando; que quien lo osaba decir, lo osaría hacer; y asimismo oyó decir a otros por los corrales y corrillos, que había de ser lo de Pedro Carbonerote, que por entrar a tierra de moros a hacer salto, se había quedado allá muerto con todos los que con él fueron; por eso, que no le siguiesen, sino que se volviesen con tiempo. Mucho sentía Cortés oír estas cosas, y quisiera reprender y aun castigar a los que las trataban; pero viendo que no estaba en tiempo, acordó de llevarlos por bien, y hablóles a todos juntos de la manera siguiente:

CAPÍTULO LII
ORACIÓN DE CORTÉS A LOS SOLDADOS

"Señores y amigos: Yo os escogí por mis compañeros, y vosotros a mí por vuestro capitán, y todo para en servicio de Dios y acrecentamiento de su santa fe, y para servir también a nuestro rey, y aun pensando hacer de nuestro provecho. Yo, como habéis visto, no os he faltado ni enojado, ni por cierto vosotros a mí hasta aquí: más empero ahora siento flaqueza en algunos, y poca gana de acabar la guerra que traemos entre manos; y si a Dios place, acabada es ya, a lo menos entendido hasta do llega el daño que nos puede hacer. El bien que de ella conseguiremos, en parte lo habéis visto, aunque lo que tenéis de ver y haber es sin comparación mucho más, y excede su grandeza a nuestro pensamiento y palabras. No temáis, mis compañeros, de ir y estar conmigo, pues ni españoles jamás temieron en estas nuevas tierras, que por su propia virtud, esfuerzo e industria han conquistado y descubierto, ni tal concepto de vosotros tengo. Nunca Dios quiera que ni yo piense, ni nadie diga que miedo caiga en mis españoles, ni desobediencia a su capitán. No hay que volver la cara al enemigo, que no parezca huida; no hay huida, o si la queréis colorar, retirada, que no cause a quien la hace infinitos males: vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y armas, y la muerte, que es lo peor, aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia. Si dejamos esta tierra, esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos, como alguno desea, ¿hemos por ventura de estar jugando ociosos y perdidos? No por cierto, diréis; que nuestra

nación española no es de esa condición cuando hay guerra y va la honra. Pues ¿adonde irá el buey que no are? ¿Pensáis quizá que habéis de hallar en otra parte menos gente, peor armada, no tan lejos del mar? Yo os certifico que andáis buscando cinco pies al gato, y que no vamos a cabo ninguno, que no hallemos tres leguas de mal camino, como dicen, peor mucho que este que llevamos; porque, a Dios gracias, nunca después que en esta tierra entramos nos ha faltado el comer, ni amigos, ni dinero ni honra, que ya veis que os tienen por más que hombres los de aquí, y por inmortales y aun por dioses, si decirse puede, pues siendo ellos tantos, que ellos mismos no se pueden contar, y tan armados, como vosotros decís, no has podido matar siquiera uno de nosotros; y en cuanto a las armas, ¿qué mayor bien queréis de ellas que no traer yerba, como los de Cartagena, Veragua, los caribes, y otros que han muerto con ella muy muchos españoles rabiando? Pues aun por sólo esto, no deberíais buscar otros con quien guerrear. La mar aparte está, yo lo confieso, y ningún español hasta nosotros se alejó de ella tanto en Indias; porque la dejamos atrás cincuenta leguas; pero tampoco ninguno ha hecho ni merecido tanto como vosotros. Hasta México, donde reside Moteczuma, de quien tantas riquezas y mensajerías habéis oído, no hay más de veinte leguas; lo más, andado está, como veis, para llegar allá. Si llegamos, como espero en Dios nuestro Señor, no sólo ganaremos para nuestro emperador y rey natural rica tierra, grandes reinos, infinitos vasallos, más aún también para nosotros propios muchas riquezas, oro, plata, piedras, perlas y otros haberes; y sin esto, la mayor honra y prez que hasta nuestros tiempos, no digo nuestra nación, mas ninguna otra ganó; porque cuanto mayor rey es este tras que andamos, cuanto más ancha tierra, cuanto más enemigos, tanto es más gloria nuestra, y ¿no habéis oído decir que cuanto más moros, más ganancia? Allende de todo esto, somos obligados a ensalzar y ensanchar nuestra santa fe católica, como comenzamos y como buenos cristianos, desarraigando la idolatría, blasfemia tan grande de nuestro Dios; quitando los sacrificios y comida de carne de hombres, tan contra natura y tan usada, excusando otros pecados, que por su torpedad no los nombro. Así que pues, ni temáis ni dudéis de la victoria; que lo más hecho está ya. Vencisteis los de Tabasco y ciento y cincuenta mil el otro día de aquestos de Tlaxcallan, que tienen fama de descarrilla-leones; venceréis

también, con ayuda de Dios y con vuestro esfuerzo, los que de éstos más quedan, que no pueden ser muchos, y los de Culúa, que no son mejores, si no desmayáis y si me seguís".

Todos quedaron contentos del razonamiento de Cortés. Los que flaqueaban, esforzaron; los esforzados cobraron doblado ánimo; los que algún mal le querían, comenzaron a honrarlo; y en conclusión, él fue de allí adelante muy amado de todos aquellos españoles de su compañía. No fue poco necesario tantas palabras en este caso; porque, según algunos andaban ganosos de dar la vuelta, movieran un motín que le forzara tornar a la mar; y fuera tanto como nada cuanto habían hecho hasta entonces.

CAPÍTULO LIII
CÓMO VINO XICOTENCATL POR EMBAJADOR DE TLAXCALLAN AL REAL DE CORTÉS

No habían bien acabado de despartirse platicando sobre lo arriba tratado, que entró por el real Xicotencatl, capitán general de aquella guerra, con cincuenta personas principales y honradas que le acompañaban. Llegó a Cortés, y saludáronse cada uno a fuer de su tierra; y sentados, le dijo cómo venía de su parte y de la de Maxixca, que es el otro señor más principal de toda aquella provincia, y de otros muchos que nombró, y en fin, por toda la república de Tlaxcallan, a rogarle los admitiese a su amistad, y a darse a su rey, y a que les perdonase por haber tomado armas y peleado contra él y sus compañeros, no sabiendo quién fuesen ni qué buscasen en sus tierras; y que si le habían defendido la entrada, era como a extranjeros y hombres de otra fación muy diferentes de la suya, y tal, que jamás vieron su igual; y temiendo no fuesen de Moteczuma, antiguo y perpetuo enemigo suyo, pues venían con él sus criados y vasallos; o fuesen personas que quisiesen enojarlos y usurparles su libertad, que de tiempo inmemorial tenían y guardaban; y que por conservarla, como habían hecho todos sus antepasados, tenían derramada mucha sangre, perdida mucha gente y hacienda y padecido muchos males y desventuras, en especial desnudez, porque como aquella su tierra era fría, no llevaba algodón; y así, les era forzado andarse como nacieron, o vestir de hojas de *metl*; y asimismo no comían sal, cosa sin la cual ningún

manjar tiene gusto ni buen sabor, como allí no se hacía; y que de estas dos cosas, sal y algodón, tan necesarias a la vida humana, carecían, y las tenían Moteczuma y otros enemigos suyos de que estaban cercados; y como no alcanzaban oro ni piedras, ni las otras cosas preciadas a que trocarlas, tenían necesidad muchas veces de venderse para comprarlas. Las cuales faltas no tendrían si quisiesen ser sujetos y vasallos de Moteczuma; pero que antes morirían todos que cometer tal deshonra y maldad, pues eran tan buenos para defenderse de su poderío, como habían sido sus padres y abuelos defendiéndose del suyo y de su abuelo, que fueron tan grandes señores como él, y los que sojuzgaron y tiranizaron toda la tierra; y que también ahora quisieran defenderse de los españoles, mas que no podían; aunque habían probado y echado todas sus fuerzas y gente, así de noche como de día, y hallábanlos fuertes e invencibles, y ninguna dicha contra ellos.

Por tanto, pues que su suerte era tal, querían antes estar sujetos a ellos que a otro ninguno; porque, según les decían los de Cempoallan, eran buenos, poderosos, y no venían a mal hacer; y según ellos habían conocido, en la guerra y batallas eran valentísimos y venturosos. Por las cuales dos razones confiaban de ellos que su libertad sería menos quebrada, sus personas, sus mujeres más miradas y no destruidas sus casas ni labranza; y si alguno los quisiese ofender, defendidos. Al cabo, en fin, de todo, le rogó mucho, y aun con los ojos arrasados, que mirase cómo nunca jamás Tlaxcallan reconoció rey ni tuvo señor, ni entró hombre nacido en ella a mandar, sino el que le llamaban y rogaban.

No se podría decir cuánto se holgó Cortés con tal embajador y embajada; porque, allende de tanta honra como venir a su tienda tan gran capitán y señor a humillarse, era grandísimo negocio para su demanda, tener amiga y sujeta aquella ciudad y provincia, y haber acabado la guerra a mucho contentamiento de los suyos, y con gran fama y reputación para con los indios. Así que le respondió alegre y graciosamente, aunque cargándole la culpa del daño que había recibido su tierra y ejército, por lo no querer escuchar ni dejar entrar en paz, como se lo rogaba y requería con los mensajeros de Cempoallan, que les envió de Zaclotan; pero que él les perdonaba dos caballos que le mataron, el saltear que hicieron, las mentiras que le dijeron, peleando ellos y echando la culpa a otros; el haberle llamado a su pueblo para

matarle en el camino sobre seguro y en celada, y no desafiándole primero, de valientes hombres como eran. Recibió el ofrecimiento que le hizo al servicio y sujeción del emperador y despidiole con que presto sería con él en Tlaxcallan, y que no iba luego por amor de aquellos criados de Moteczuma.

CAPÍTULO LIV
EL RECIBIMIENTO Y SERVICIO QUE HICIERON EN TLAXCALLAN A LOS NUESTROS

Mucho pesó en grande manera a los embajadores mexicanos la venida de Xicotencatl al real de los españoles, y el ofrecimiento que a Cortés hizo para su rey de las personas, pueblo y hacienda. Y dijéronle que no creyese nada de aquello, ni se confiase en palabras; que todo era fingido, mentira y traición, para cogerlo en la ciudad a puerta cerrada y a su salvo. Cortés les decía que aunque todo aquello fuese verdad, determinaba ir allá, porque menos los temía en poblado que en el campo. Ellos, como vieron esta respuesta y determinación, rogáronle que diese licencia a uno de ellos para ir a México a decir a Moteczuma lo que pasaba, y la respuesta de su principal recado, que dentro de seis días tornaría sin falta ninguna; y que hasta tanto no se partiese del real. Él se la dio, y esperó allí a ver qué traería de nuevo, y porque a la verdad no se osaba fiar de aquéllos sin mayor certinidad.

En este medio tiempo iban y venían al real muchos de Tlaxcallan, unos con gallipavos, otros con pan, cuál con cerezas, cuál con ají, y todos lo daban de balde y con alegre semblante, rogando que se fuesen con ellos a sus casas. Vino pues el mexicano, como prometió, al sexto día, y trajo a Cortés diez piezas y joyas de oro muy bien labradas y ricas, y mil y quinientas ropas de algodón, hechas a mil maravillas y muy mejores que las otras mil primeras. Y rogole muy ahincadamente de parte de Moteczuma que no se pusiese en aquel peligro, confiándose de aquellos de Tlaxcallan, que eran pobres, y le robarían lo que él había enviado, y le matarían por sólo saber que trataba con él.

Vinieron asimismo todas las cabezas y señores de Tlaxcallan a rogarle les hiciese tanto placer de irse con ellos a la ciudad, donde sería servido, proveído y aposentado, que era vergüenza suya que tales personas estu-

viesen en tan ruines chozas; y que si no se fiaba de ellos, que viese cualquiera otra seguridad o rehenes, y se las darían; pero que le prometían y juraban que podía ir y estar segurísimamente en su pueblo, porque no quebrantarían su juramento, ni faltarían la fe de la república, ni la palabra de tantos señores y capitanes, por todo el mundo. Así que, viendo Cortés tanta voluntad en aquellos caballeros y nuevos amigos, y que los de Cempoallan, de quien tenía muy buen crédito, le importunaban y aseguraban que fuese, hizo cargar su fardaje a los bastajes, y llevar la artillería y partiose para Tlaxcallan, que estaba a seis leguas, con tanto orden y recado como para una batalla. Dejó en la torre y real, y donde había vencido, cruces y mojones de piedra.

Salió tanta gente a recibirle al camino y por las calles, que no cabían de pies. Entró en Tlaxcallan a 18 de setiembre; aposentose en el templo mayor, que tenía muchos y buenos aposentos para todos los españoles, y puso en otros a los indios amigos que iban con él; puso también ciertos límites y señales para hasta do saliesen los de su compañía, y no pasasen de allí, so graves penas, y mandó que no tomasen sino lo que les diesen; lo cual muy bien cumplieron, porque aun para ir a un arroyo, tiro de piedra del templo, le pedían licencia. Mil placeres hacían aquellos señores a los españoles, y mucha cortesía a Cortés; y les proveían de cuanto menester habían para su comida, y muchos les dieron sus hijas en señal de verdadera amistad, y porque naciesen hombres esforzados de tan valientes varones, y les quedase casta para la guerra; o quizá se las daban por ser su costumbre o por complacerlos.

Parecioles bien a los nuestros aquel lugar y la conversación de la gente, y holgáronse allí veinte días, en los cuales procuraron saber particularidades de la república y secretos de la tierra, y tomaron la mejor información y noticia que pudieron del hecho de Moteczuma.

CAPÍTULO LV
DE TLAXCALLAN

Tlaxcallan quiere decir pan cocido o casa de pan, porque se coge allí más *centli* que por los alrededores. De la ciudad se nombra la provincia, o al re-

vés. Dicen que primero se nombró Texcallan, que quiere decir casa de barranco: es grandísimo pueblo; está a orillas de un río que nace en Atlancatepec y que riega mucha parte de aquella provincia, y después entra en el Mar del Sur por Zacatullan. Tiene cuatro barrios, que se llaman Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlán, Quiyahuiztlán. El primero está en un cerro alto, y lejos del río más de media legua; y porque está en sierra se dice Tepeticpac, que es Somosierra; el cual fue la primera población que allí hubo, y fue en alto a causa de las guerras. El otro está aquella ladera abajo hasta el río; y porque allí había pinos cuando se pobló, lo llamaron Ocotelulco, que es pinar. Era la mejor y más poblada parte de la ciudad; en donde estaba la plaza mayor, en que hacían su mercado, que llaman *tianquiztli*, y do tiene sus casas Maxixcacín. El río arriba en lo llano estaba otra puebla, que dicen Tizatlán por haber allí mucho yeso, en la cual residía Xicotencatl, capitán general de la república. El otro barrio está también en llano, mas río abajo, que por ser aguazal se dijo Quiyahuiztlán. Después que españoles la tienen, se ha desvuelto casi toda y hecha de nuevo, y con muy mejores calles, y casas de piedra, y en llano a par del río.

Es república como Venecia, que gobiernan los nobles y ricos. Mas no hay uno solo que mande, porque huyen de ello como de tiranía. En la guerra hay, según arriba dije, cuatro capitanes o coroneles, uno por cada barrio de aquellos cuatro; de los cuales sacan el general. Otros señores hay que también son capitanes, pero de menor cuantía. En la guerra el pendón va detrás. Acabada la batalla o alcance, híncanle donde todos lo vean. Al que no se recoge, pénanle. Tiene dos saetas, como reliquias de los primeros fundadores, que llevan a la guerra dos principales capitanes, valientes soldados, en las cuales agüeran la victoria o la pérdida; porque tiran una de ellas a los enemigos que primero topan: si mata o hiere, es señal que vencerán, y si no, que perderán. Así lo decían ellos; y por ninguna manera dejan de cobrarla.

Tiene esta provincia veintiocho lugares, en que hay ciento cincuenta mil vecinos. Son bien dispuestos, muy guerreros, que no tienen par. Son pobres, que no tienen otra riqueza ni granjería sino *centli*, que es su pan; del cual, allende de lo que comen, sacan para vestidos y tributos y para las otras necesidades de la vida. Tienen muchos cabos para mercados; pero el mayor,

y que muchas veces en semana se hace, y en la plaza de Ocotelulco, es tal que se llegan en él treinta mil personas y más en un día a vender y comprar, o por mejor decir, a trocar; que no saben qué cosa es moneda batida de metal ninguno. Véndese en él, como acá, lo que han menester para vestir, calzar, comer, beber y fabricar. Hay toda manera de buena policía en él; porque hay plateros, plumarejos, barberos y baños; y olleros, que hacen vasos muy buenos, y es tan buena loza y barro como lo hay en España.

Es la tierra muy grasa para pan, para frutas y de pastos, que en los pinares nace tanta y tal yerba, que ya los nuestros apacientan en ellos su ganado y herbajan sus ovejas; lo que acá no pueden. A dos leguas de la ciudad está una sierra redonda, que tiene de subida otras dos, y de cerco quince. Suele cuajar en ella la nieve. Llámase ahora de San Bartolomé, y antes de Matlalcueye, que era su diosa del agua. También tenían dios del vino, que llamaban Ometochtli, por sus muchas borracheras a su usanza. El ídolo mayor, y Dios principal suyo, es Comaxle o por otro nombre Mixcouatl; cuyo templo estaba en el barrio Ocotelulco; en el cual sacrificaban año había ochocientos y más hombres. Hablan en Tlaxcallan tres lenguas, *nahuatl*, que es la cortesana, y la mayor de toda tierra de México; la otra es de *otomís*, y ésta más se usa fuera que dentro de la ciudad. Un solo barrio hay que habla *pinomex*, y es grosera.

Había cárcel pública, donde estaban los malhechores con prisiones. Castigaban lo que tenían por pecado. Avino entonces que un vecino hurtó a un español un poco de oro. Cortés lo dijo a Maxixca, el cual hizo su información y pesquisa con tanta diligencia, que le fueron a hallar a Chololla, que es otra ciudad cinco leguas de allí, y le trajeron preso y lo entregaron con el mismo oro, para que Cortés hiciese justicia de él como en España. Pero él no quiso, sino agradecioles la diligencia. Y ellos con pregón público que manifestaba su delito le pasaron por ciertas calles, y en el mercado, en uno como teatro, lo descocotaron con una porra; de que no poco se maravillaron los españoles.

CAPÍTULO LVI
A RESPUESTA QUE DIERON A CORTÉS LOS DE TLAXCALLAN SOBRE SUS ÍDOLOS

Viendo pues que guardaban justicia y vivían en religión, aunque diabólica, siempre que Cortés les hablaba, les predicaba con los farautes, rogándoles que dejasen los ídolos y aquella cruel vanidad que tenían matando y comiendo hombres sacrificados, pues ninguno de todos ellos quería ser muerto ni así comido, por más religioso ni santo que fuese; y que tomasen y creyesen el verdadero Dios de cristianos que los españoles adoraban, que era el criador del cielo y de la tierra, y el que llovía y criaba todas las cosas que la tierra produce, para sólo uso y provecho de los mortales. Unos le respondían que de grado lo hicieran, siquiera por complacerle, sino que temían ser apedreados del pueblo. Otros, que era recio descreer lo que ellos y sus antepasados tantos siglos habían creído, y sería condenarlos a todos y a sí mismos. Otros, que podría ser que andando el tiempo lo harían, viendo la manera de su religión, entendiendo bien las razones para que debían hacerse cristianos, y conociendo mejor y por entero el vivir de los españoles, las leyes, las costumbres y las condiciones; porque cuanto a la guerra, ya tenían conocido que eran invencibles hombres, y que su dios les ayudaba bien. Cortés a esto les prometió que presto les daría quien les enseñase y doctrinase, y entonces verían la mejoría, y el grandísimo fruto y gozo que sentirían si tomasen su consejo, que como amigo les daba; y pues al presente no podía hacerlo, por la prisa de llegar a México, que tuviesen por bueno que en aquel templo donde tenía su aposento, hiciese iglesia para en que él y [los] suyos orasen, e hiciesen sus devociones y sacrificio, y que podían también ellos venir a verlo. Diéronle la licencia, y aun vinieron muchos a oír misa que se decía cada día de los que allí estuvo, y a ver las cruces y otras imágenes que se pusieron allí y en otros templos y torres. Hubo asimismo algunos que se vinieron a vivir con los españoles, y todos los de Tlaxcallan les mostraban amistad; pero el que más de veras y como señor se mostró ser amigo, fue Maxixca, que no se partía de Cortés, ni se hartaba de ver ni oír a los españoles.

CAPÍTULO LVII
LA ENEMISTAD ENTRE MEXICANOS Y TLAXCALTECAS

Conociendo pues cuán de buena gana hablaban y conversaban, les preguntaron por Moteczuma, y cuán gran rico y señor era. Ellos lo encarecieron grandemente y como hombres que lo habían probado, y que, según afirmaban, había noventa o cien años que tenían guerra con él y con su padre Axayaca y con otros sus tíos y abuelo; y decían que el oro y plata y las otras riquezas y tesoros que aquel rey tenía eran más que ellos podían decir, según todos contaban. El señorío que tenía era de toda la tierra que ellos sabían. La gente innumerable, que juntaban doscientos y trescientos mil hombres para una batalla; y si quisiese, que juntaría doblados; y que de eso eran ellos buenos testigos, por haber muchas veces peleado con ellos. Engrandecían tanto las cosas de Moteczuma, especialmente Maxixcacín, que deseaba que no se metiesen en peligro entre los de Culúa, que no acababan, y que muchos españoles sospechaban mal.

Cortés les dijo que estaba determinado, con todo aquello que oía, de llegar a México a ver a Moteczuma; por tanto, que viesen lo que mandaban que negociase con él de su parte y provecho, que lo haría, como les era en obligación, porque tenía por cierto que Moteczuma haría por él lo que le rogase. Ellos le rogaron por licencia para sacar algodón y sal, que había que no la comían a derechas aquellos años que las guerras duraran, sino era alguno de ellos, que o la compraba a escondidas o de algunos vecinos amigos, a peso de oro; porque Moteczuma mataba al que la vendía y sacaba fuera de sus reinos para se la vender a ellos. Preguntando qué fuese la causa de aquellas guerras y ruin vecindad que Moteczuma les hacía, dijeron que enemistades viejas y amor de la libertad y exención. Mas según los embajadores afirmaban, y a lo que después Moteczuma dijo, y otros muchos en México, no era así, sino por otras razones muy diversas, si ya no decimos que cada uno alegaba de su derecho, justificando su partido; y eran las razones, porque los mancebos mexicanos y de Culúa ejercitasen las personas en la guerra allí cerca, sin ir lejos a Pánuco y Tecoantepec, que eran fronteras muy aparte; y también por tener allí siempre gente que sacrificar a sus dioses, to-

mada en guerra; y así, para hacer fiesta y sacrificio enviaba luego a Tlaxcallan ejército a cautivar hombres cuantos había menester para aquel año; que averiguado está que si Moteczuma quisiera, en un día los sujetara y matara todos, haciendo la guerra de veras; pero como no quería sino cazar hombres para sus dioses y bocas, no enviaba sobre ellos sino pocos; y así, algunas veces los vencían los de Tlaxcallan. Gran placer tomaba Cortés en ver la discordia, las guerras y contradicción tan grande entre aquellos sus nuevos amigos y Moteczuma, que era muy a su propósito, creyendo por aquella vía sojuzgar más fácilmente a todos; y así, trataba con los unos y con los otros en secreto, por llevar el negocio bien de raíz. A todas estas cosas estaban muchos de Huexocinco que habían sido en la guerra con los nuestros. Iban y venían a su ciudad, que asimismo es república, a la manera de Tlaxcallan, y tan amiga y unida con ella, que son una misma cosa para contra Moteczuma, que los tenía opresos también, y para las carnicerías de sus templos de México; y diéronse a Cortés para el servicio y vasallaje del emperador.

CAPÍTULO LVIII
EL SOLEMNE RECIBIMIENTO QUE HICIERON A LOS ESPAÑOLES EN CHOLOLLA

Los embajadores de Moteczuma dijeron a Cortés que pues todavía determinaba ir a México, que se fuese por Chololla, cinco leguas de Tlaxcallan; que eran los de aquella ciudad amigos suyos, y allí esperaría mejor la resolución de la voluntad del señor, si era que entrase en México o no; lo cual decían por sacarle de allí, que certísimamente pesaba mucho a Moteczuma ver la paz y amistad tan grande entre los tlaxcaltecas y españoles, temiendo que de allí había de resurtir cualquier mal golpe que lo lastimase; y para que lo hiciese dábanle siempre alguna cosa; que era cebarlo para ir más presto allá. Los de Tlaxcallan deshacíanse de enojo, viendo que quería ir a Chololla, y diciendo que Moteczuma era un engañador, tirano, fementido, y Chololla amiga suya, aunque desleal; y que podría ser que le enojasen cuando allá dentro lo tuviesen, y le hiciesen guerra. Por eso, que lo mirase bien; y que si acordaba de ir, que le daría cincuenta mil personas que le acompañasen. Aquellas mujeres que dieron a los españoles cuando entraron, entendieron

una trama que se hacía para matarlos en Chololla con medio de uno de aquellos cuatro capitanes; una hermana del cual lo descubrió a Pedro de Alvarado, que la tenía. Cortés luego habló con aquel capitán, y con palabras le sacó fuera de su casa, y le hizo ahogar sin ser sentido, ni sin otra alteración ni movimiento; y así no hubo escándalo ninguno, y se atajó la trama. Fue maravilla no revolverse Tlaxcallan siendo muerto así aquel tan principal caballero en la república. Pesquisose la cosa después, y averiguose que era verdad cómo había enviado a Chololla Moteczuma más de treinta mil soldados, y que estaban a dos leguas en guarnición para el efecto, y que tenían tapadas las calles, en las azoteas muchas piedras, el camino real cerrado, y hecho otro de nuevo con grandes hoyos, y por él hincados muchos palos agudos en que se mancasen los caballos y no pudiesen correr; y que los tenían cubiertos de arena porque no los viesen aunque fuesen a descubrir delante. Creyolo también porque no habían venido ni enviado los de allí a verle ni a ofrecerse a nada, como habían hecho los de Huexocinco, que allí cerca estaban. Entonces, a consejo de los de Tlaxcallan, envió a Chololla ciertos mensajeros a llamar a los señores y capitanes. Mas no vinieron, sino enviaron tres o cuatro a excusarse por estar enfermos, y a ver lo que quería. Los de Tlaxcallan dijeron cómo aquéllos eran hombres de poca suerte, y tal parecían ellos; y que no se partiese sin que primero viniesen allí los capitanes. Tornó a enviar los mismos mensajeros con mandamiento por escrito que si no venían dentro de tercero día, que los tendría por rebeldes y enemigos, y como a tales los castigaría rigurosamente. A otro día vinieron muchos señores y capitanes de Chololla a disculparse, por ser los de Tlaxcallan sus enemigos, y no poder estar seguros en su pueblo y porque sabían el mal que de ellos le habían dicho; pero que no los creyese, que eran unos falsos y crueles; y que se fuesen con ellos a su lugar, y vería cuán burla era todo lo que le decían aquéllos, y ellos cuán buenos y leales. Y tras esto, diéronsele para servirle y contribuir como súbditos. Y todo esto hizo Cortés que pasase por ante escribano e intérpretes.

Despidiose Cortés de los de Tlaxcallan. Lloraba Maxixca de verlo ir. Salieron con él cien mil hombres de guerra. Fueron también con él muchos mercaderes a rescatar sal y mantas. Mandó Cortés que siempre fuesen aquellos cien mil por sí, aparte de los suyos. No llegó aquel día a Chololla, sino

quedose en un arroyo, donde vinieron muchas personas de la ciudad a rogarle con mucha instancia que no consintiese a los de Tlaxcallan hacerles daño en su tierra ni mal en las personas. Y por esto Cortés les hizo volver a sus casas a todos, sino fueron cinco o seis mil, aunque muy contra su voluntad; y avisándole que se guardase de aquella mala gente, que no era de guerra, sino mercaderes y hombres que mostraban un corazón y tenían otro; y que no le quisieran dejar en peligro, pues ya se le dieron por amigos.

Otro día por la mañana llegaron nuestros españoles a Chololla. Saliéronlos a recibir en escuadrones más de diez mil ciudadanos, muchos de los cuales traían pan, aves o rosas. Llegaba cada escuadrón, como venía a dar a Cortés la enhorabuena de la venida, apartábase para que llegase otro. Entrando por la ciudad, salió la demás gente saludando a los españoles, como iban en hila, maravillados de ver tal figura de hombres y de caballos. Tras éstos salieron luego todos los religiosos, sacerdotes y ministros de los ídolos, que eran muchos y de ver, vestidos de blanco como con sobrepellices, y algunas cerradas por delante, los brazos de fuera, y por orlas madejas de algodón hilado. Unos traían cornetas, otros huesos, otros atabales; quién traía braseros con fuego, quién ídolos cubiertos, y todos cantando a su manera. Llegaron a Cortés y a los otros españoles; echaban cierta resina y *copalli*, que huele como incienso, e incensábanlos con ello. Con esta pompa y solemnidad, que por cierto fue grande, los metieron en la ciudad, y los aposentaron en una casa, do cupieron a placer, y les dieron aquella noche a cada uno un gallipavo, y a los de Tlaxcallan, Cempoallan, Iztacmixtlitan pusieron por su cabo y proveyeron.

CAPÍTULO LIX
CÓMO LOS DE CHOLOLLA TRATARON DE MATAR A LOS ESPAÑOLES

Pasó la noche Cortés muy sobre aviso y a recaudo, porque por el camino y en el pueblo hallaron algunas señales de lo que en Tlaxcallan le dijeran y más que, aunque la primera noche los proveyeron a gallina por barba, los otros tres días siguientes no les dieron casi nada de comida, y muy pocas veces venían aquellos capitanes a ver los españoles; de que tomaba mala es-

pina. En aquel tiempo le hablaron no sé cuántas veces aquellos embajadores de Moteczuma para estorbarle la ida a México; unas veces diciendo que no fuese allá, que el gran señor se moriría de miedo si le viese, otras que no había camino para ir, otras a qué iba, pues no tenía de qué mantenerse; y aun también, como viesen que a todo esto les satisfacía con buenas palabras y razones, echáronle de manga a los del pueblo, que le dijesen cómo do Moteczuma estaba había lagartos, tigres, leones y otras muy bravas fieras. Que siempre que el señor las soltase, bastaban para despedazar y comerse a los españoles, que eran poquitos. Y visto que tampoco esto aprovechaba nada con él, tramaron con los capitanes y principales de matar los cristianos. Y porque lo hiciesen prometiéronles grandes partidos por Moteczuma. Y dieron al capitán general un atambor de oro, y que traerían los treinta mil soldados que a dos leguas estaban. Los chololIanos prometieron de atarlos y entregárselos. Pero no consintieron que entrasen aquellos soldados de Culúa en su pueblo, temiendo que con aquel achaque no se alzasen con él, que solían ser mañas de mexicanos; y dicen que pensaban de un tiro matar dos pájaros, porque tenían creído tomar durmiendo a los españoles y quedarse con Chololla; y que si no pudiesen atarlos dentro de la ciudad, que los llevasen por otro camino, que no el real para México, sobre la mano izquierda; en el cual había muchos malos pasos, que se hacían en él por ser tierra arenisca, y que tenía tal barranco comido de las aguas que era de veinte y de treinta y aún de más estados en hondo, y que allí los atajarían y llevarían atados a Moteczuma. Concluido pues el concierto, comienzan de alzar el hato, y sacar fuera a la sierra los hijos y mujeres.

Estando ya los nuestros para partirse de allí, por el ruin tratamiento que les hacían y mal talante que les mostraban, avino que una mujer de un principal, que de piadosa, o por parecerle bien aquellos barbudos, dijo a Marina de Viluta que se quedase allí con ella, que la quería mucho, y le pesaría que la matasen con sus amos. Ella disimuló la mala nueva, y sacole quién y cómo la tramaban. Corrió luego a buscar a Jerónimo de Aguilar, y juntos dijéronselo a Cortés. Él no se durmió, sino hizo de presto tomar un par de vecinos, que examinados, le confesaron la verdad de lo que pasaba, como aquella señora dijera. Difirió por esto la partida dos días para enfriar el negocio y para desviar a los de allí de aquel mal propósito, o castigarlos. Llamó a los

que gobernaban, y díjoles que no estaba satisfecho de ellos; y rogoles que ni mintiesen ni anduviesen con él en mañas, que le pesaba de ello mucho más que si le desafiasen para batalla; porque de hombres de bien era pelear, y no mentir. Ellos respondieron que eran sus amigos y servidores, y que lo serían siempre; y que ni le mentían ni mentirían, sino que antes les dijese cuándo quería partir, para irle a servir y acompañar armados. Él les dijo que otro día, y que no quería más de algunos esclavos para llevar el fardaje, que venían ya cansados sus *tamemes*, y alguna cosa de comer. De esto postrero se sonreían, diciendo entre dientes: "¿Para qué quieren comer éstos, pues presto les tienen de comer a ellos en ají cocidos, y si Moteczuma no se enojase, que los quiere para su plato, aquí los habríamos comido ya?".

CAPÍTULO LX
EL CASTIGO QUE SE HIZO EN LOS DE CHOLOLLA POR SU TRAICIÓN

Así que, otro día de mañana, y muy alegres, pensando que tenían bien entablado su juego, hicieron venir muchos para llevar el hato, y otros con hamacas para llevar los españoles, como en andas, creyendo tomarlos en ellas. Vinieron a eso mismo cantidad de hombres armados, de los muy valientes, para matar al que se rebullese; y los sacerdotes sacrificaron a su Quezalcouatl diez niños de a tres años, las cinco hembras; costumbre que tenían comenzando alguna guerra. Los capitanes se pusieron disimuladamente a las cuatro puertas del patio y aposento de los españoles, con algunos que traían armas. Cortés muy calladamente apercibió de mañanica a los de Tlaxcallan y Cempoallan y los otros amigos. Hizo estar a caballo los suyos, y dijo a los demás españoles que meneasen las manos sintiendo una escopeta, que les iba la vida en ello; y como vio que los del pueblo se iban llegando, mandó que llamasen a su cámara los capitanes y señores, que se quería despedir de ellos.

Vinieron muchos, pero no dejó entrar sino hasta treinta, que le pareció, por lo que antes había visto, ser los principales, y díjoles que siempre les había dicho verdad, y que ellos a él mentira, con habérselo rogado y avisado; y que porque le rogaron, aunque con dañada intención, que no entra-

sen los de Tlaxcallan en su pueblo, lo hiciera de grado, y aun también mandara a los de su compañía que no les hiciesen mal ninguno, y maguer que no le habían dado de comer, como razón fuera, no había consentido que los suyos les tomasen ni aun una gallina, y que en pago de aquellas buenas obras tenían concertado de matarle con todos los suyos. Y ya que dentro en casa no podían, allá fuera en el camino, a los malos pasos por do le querían guiar, ayudándose de los treinta mil hombres de las guarniciones de Moteczuma, que estaban a dos leguas. Pues por esta maldad, dijo, moriréis todos; y en señal de traidores, se asolaría la ciudad, a no quedar memoria; y pues ya lo sabía, no tenían para qué negarle la verdad. Ellos se maravillaron terriblemente: mirábanse unos a otros, más encendidos que las brasas, y decían: "Éste es como nuestros dioses, que todo lo sabe; no hay para qué negárselo". Y así confesaron luego que era verdad delante los embajadores, que estaban también allí. Apartó sin esto cuatro o cinco por sí, que no los oyesen aquellos mexicanos, y contaron todo el hecho de la traición desde su principio, y entonces dijo a los embajadores cómo aquellos de Chololla le querían matar, a inducimiento suyo, por parte de Moteczuma; mas que no lo creía, porque Moteczuma era su amigo y gran señor, y los grandes señores no solían mentir ni hacer traiciones, y que quería castigar aquellos bellacos traidores y fementidos. Pero que ellos no temiesen, que eran inviolables, como personas públicas y enviados de rey, a quien tenía de servir, y no enojar; y que era tal y tan bueno, que no mandaría así fea e infame cosa. Todo esto decía por no descompadrar con él hasta verse dentro de México.

Mandó matar algunos de aquellos capitanes, y los demás dejó atados. Hizo disparar la escopeta, que era la seña, y arremetieron con gran ímpetu y enojo todos los españoles y sus amigos a los del pueblo. Hicieron como en el estrecho en que estaban, y en dos horas mataron seis mil y más. Mandó Cortés que no matasen niños ni mujeres. Pelearon cinco horas, porque, como estaban armados los del pueblo y las calles con barreras, tuvieron defensa. Quemaron todas las casas y torres que hacían resistencia. Echaron fuera toda la vecindad; quedaron tintos en sangre. No pisaban sino cuerpos muertos. Subiéronse a la torre mayor, que tiene ciento veinte gradas, hasta veinte caballeros, con muchos sacerdotes del mismo templo; los cuales con flechas y cantos hicieron mucho daño; fueron requeridos, y no rendidos; y

así, se quemaron con el fuego que les pusieron, quejándose de sus dioses cuán mal lo hacían en no ayudarlos, ni defendiendo su ciudad y santuario. Saqueose la ciudad. Los nuestros tomaron el despojo de oro, plata y pluma, y los indios amigos mucha ropa y sal, que era lo que más deseaban, y destruyeron cuando posible les fue, hasta que Cortés mandó que cesasen.

Aquellos capitanes que presos estaban, viendo la destrucción y matanza de su ciudad, vecinos y parientes, rogaron con muchas lágrimas a Cortés que soltase algunos de ellos para ver qué habían hecho sus dioses de la gente menuda; y que perdonase a los que vivos quedaban, para tornarse a sus casas, pues no tenían tanta culpa de su daño cuanta Moteczuma, que los sobornó. Él soltó dos, y al otro siguiente día estaba la ciudad que no parecía que faltara hombre; y luego, a ruegos de los de Tlaxcallan, que tomaron por intercesores, los perdonó a todos y soltó los presos, y dijo que otro tal castigo y daño haría donde le mostrasen mala voluntad, y le mintiesen y urdiesen aquellas traiciones; de que no pequeño miedo les quedó a todos. Hizo amigos a estos de Chololla, con los de Tlaxcallan, como ya en tiempo pasado solían ser, sino que Moteczuma y los otros reyes antes de él los habían enemistado con dádivas y palabras, y aun por miedo. Los de la ciudad, como era muerto su general, criaron otro de licencia de Cortés.

CAPÍTULO LXI
CHOLOLLA, SANTUARIO DE INDIOS

Es Chololla república como Tlaxcallan, y tiene uno que es capitán general o gobernador, que todos eligen. Es lugar de veinte mil casas dentro de los muros, y fuera, por los arrabales, de otras tantas. Por defuera es de las más hermosas que puedan ser a la vista. Muy torreada, porque hay tantos templos, a lo que dicen, como días en el año; y cada uno tiene su torre, y algunos más; y así, contaron cuatrocientas torres. Hombres y mujeres son de gentil disposición y gestos, y muy ingeniosos; ellas grandes plateras, entalladoras y cosas así; ellos, muy sueltos, belicosos y buenos maestros de cualquier cosa. Andan mejor vestidos que los de hasta allí, porque traen, sobre otras ropas, unos como albornoces moriscos, sino que tienen maneras. El término que alcanzan en llano es graso y de gentiles labranzas,

que se riegan, y tan lleno de gente, que no hay un palmo vacío; a cuya causa hay pobres que piden por las puertas, que no lo habían visto hasta entonces por aquella tierra.

El pueblo de mayor religión de todas aquellas comarcas es Chololla, y el santuario de los indios, donde todos iban en romería y a devociones, y así tenía tantos templos. El principal era el mejor y más alto de toda la Nueva-España, que subían a la capilla por ciento veinte gradas. El ídolo mayor de sus dioses llaman Quezalcouatl, dios del aire, que fue fundador de la ciudad; virgen, como ellos dicen, y de grandísima penitencia; instituidor del ayuno, del sacar sangre de lengua y orejas, y de que no sacrificasen sino codornices, palomas y cosas de caza. Nunca se vistió sino una ropa de algodón blanca, estrecha y larga, encima una manta sembrada de cruces coloradas. Tienen ciertas piedras verdes, que fueron suyas, como por reliquias. Una de ellas es una cabeza de mona muy al propio. Esto se puede entender en poco más de veinte días que allí estuvieron nuestros españoles. Iban y venían en este tiempo tantos a contratar, que ponían admiración, y una de las cosas de ver que en los mercados había, era la loza, hecha de mil maneras y colores.

CAPÍTULO LXII
DEL MONTE QUE LLAMAN POPOCATEPEC

Está un monte ocho leguas de Chololla, que llaman Popocatepec, que quiere decir sierra de humo, porque rebosa muchas veces humo y fuego. Cortés envió allá diez españoles, con muchos vecinos que los guiasen y llevasen de comer. Era la subida áspera y embarazosa. Llegaron hasta oír el ruido; mas no osaron subir a lo alto a verlo, porque temblaba la tierra, y había tanta ceniza, que impedía el camino; y así, se querían tornar. Pero los dos que debían ser más animosos o curiosos, determinaron de ver el cabo y misterio de tan admirable y espantoso fuego, y poder dar alguna razón a quien los enviaba, no los tuviese por medrosos y ruines; y así, aunque los demás no quisieran, y las guías los atemorizaban, diciendo que nunca jamás lo habían hollado pies ni visto ojos humanos, subieron allá por medio de la ceniza y llegaron a lo postrero por debajo de un espeso humo. Mira-

ron un rato y figuróseles que tenía media legua de boca aquella concavidad, en que retumbaba el ruido, que estremecía la sierra, y poco hondo, mas como un horno de vidrio cuando más hierve. Era tanto el calor y humo, que se tornaron presto por las mismas pisadas que fueron, por no perder el rastro y perderse.

Apenas se hubieron desviado y andado un pedazo, que comenzó a lanzar ceniza y llama, y luego ascuas; y al cabo muy grandes piedras de fuego ardientes; y si no hallaran do meterse debajo de una peña, perecieran allí abrasados; y como trajeron buenas señas, y volvieron vivos y sanos, vinieron muchos indios a besarles la ropa y a verlos, como por milagro o como a dioses, dándoles muchos presentillos: tanto se maravillaron de aquel hecho. Piensan aquellos simples que es una boca de infierno, adonde los señores que mal gobiernan o tiranizan van, después de muertos, a purgar sus pecados, y de allí al descanso.

Esta sierra, que llaman Vulcán, por la semejanza que tiene con el de Sicilia, es alta y redonda, y que jamás le falta nieve. Parece de muy lejos, las noches, que echa llama. Hay cerca de él muchas ciudades, pero la más cercana es Huexocinco. Estuvo diez años y más que no echó humo, y el año de 1540 tornó como primero, y antes trajo tanto ruido que puso espanto a los vecinos que estaban a cuatro leguas y más aparte. Salió mucho humo y tan espeso, que no se acordaban su igual; lanzó tanto y tan recio fuego, que llegó la ceniza a Huexocinco, Quetlaxcoapán, Tepeacac, Cuauhquecholla, Chololla y Tlaxcallan, que está a diez leguas; y aun dicen que llegó a quince. Cubrió el campo, y quemó la hortaliza y los árboles, y aun los vestidos.

CAPÍTULO LXIII
LA CONSULTA QUE MOTECZUMA TUVO PARA DEJAR A CORTÉS IR A MÉXICO

No quisiera Cortés reñir con Moteczuma antes de entrar en México; mas tampoco quería tantas palabras, excusas y niñerías como le decían. Quejose reciamente a sus embajadores que un tan gran príncipe, y que con tantos y tales caballeros le había dicho que era su amigo, buscase maneras de matarles o dañar con mano ajena, por excusarse si no le sucedía; y pues no guarda-

ba su palabra ni mantenía verdad, que, como quería ir antes amigo y de paz, determinaba ya ir como enemigo y de guerra; que o sería con bien o con mal. Ellos dijeron sus disculpas, y rogaron que perdiese la saña y enojo, y que diese licencia a uno para ir a México, y volver con respuesta presto, pues había poco camino. Él dijo que fuese mucho enhorabuena.

Fue uno, y a los seis días tornó con otro compañero que fuera poco antes, y trajéronle diez platos de oro, mil y quinientas mantas de algodón, mucha suma de gallipavos, de pan y cacao, y cierto vino que ellos confeccionan de aquellos cacaos y *centli*, y negaron que no había entrado en la conjuración de Cholollla, ni había sido por su mandado ni consejo, sino que aquella gente de guarnición que allí estaba era de Acacinco y Azacan, dos provincias suyas, y vecinas de Cholollla, con quien tenían alianza y comparanzas de vecindad; los cuales, a inducimiento de aquellos bellacos, urdirían aquella maldad: y que adelante sería buen amigo, como vería, y como lo había sido; y que fuese que en México le esperaría, palabra que plugo mucho a Cortés.

Moteczuma hubo temor cuando supo la matanza y quema de Cholollla, y dijo: "Ésta es la gente que nuestro dios me dijo que había de venir y señorear esta tierra"; y fuese luego a visitar los templos, y encerrose en uno, donde estuvo en oración y ayuno ocho días. Sacrificó muchos hombres para aplacar la ira de sus dioses, que estarían enojados. Allí le habló el diablo, y esforzándose que no temiese los españoles, que eran pocos, y que venidos haría de ellos a su voluntad, y que no cesase en los sacrificios, no le aconteciese algún desastre; y tuviese favorables a Uitzciloputchtli y Tezcatlipuca para guardarle; porque Quetzalcouatl, dios de Cholollla, estaba enojado porque le sacrificaban pocos y mal, y no fue contra los españoles. Por lo cual y porque Cortés le había enviado a decir que iría de guerra, pues de paz no quería, otorgó que fuese a México a verle.

Ya Cortés cuando llegó a Cholollla iba grande y poderoso; pero allí se hizo mucho más, porque luego voló la nueva fama por toda aquella tierra y señorío del rey Moteczuma, y de como hasta entonces se maravillaban comenzaron de allí en adelante a temerle; y así, de miedo, más que por amor, le abrían las puertas a do quiera que llegase. Quería Moteczuma al principio hacer con Cortés que no fuese a México poniéndole muchos temores y es-

pantos; porque pensaba que temería los peligros del camino, la fortaleza de México, la muchedumbre de hombres y su voluntad, que era más fuerte cosa, pues cuantos señores había en aquella tierra la temían y obedecían, y para esto tuvo gran negociación; mas viendo que no aprovechaba, lo quiso vencer con dádivas, pues pedía y tomaba oro. Empero como siempre porfiaba a verle y llegar a México, preguntó al diablo lo que hacer debía sobre tal caso, después de haber tomado consejo con sus capitanes y sacerdotes, que no le pareció de hacerle guerra, que le sería deshonra tomarse con tan pocos extranjeros, y que decían ser embajadores, y por no incitar la gente contra sí, que es lo más cierto; pues estaba claro que luego serían con él los otomíes y tlaxtelcas, y otras muchas gentes, para destruir los mexicanos. Así que se declaró a dejarlo entrar en México llanamente, creyendo poder hacer de los españoles, que tan pocos eran, lo que quisiese, y almorzárselos una mañana, si lo enojasen.

CAPÍTULO LXIV
LO QUE AVINO A CORTÉS, DE CHOLOLLA HASTA LLEGAR A MÉXICO

Habida tan buena respuesta como le dieron los embajadores de México, dio Cortés licencia a los indios amigos que se quisiesen volver a sus casas, y partiose de Chololla con algunos vecinos que seguirle quisieron, y no quiso echar por el camino que le mostraban los de Moteczuma, porque era malo y peligroso, según lo vieron los españoles que fueron al volcán, y porque le querían saltear en él a lo que chololl anos decían; sino por otro más llano y más cerca. Reprendidos por ello, respondieron que lo guiaban por allí, aunque no era buen camino, porque no pasase por tierra de Huexocinco, que eran sus enemigos.

No caminó aquel día sino cuatro leguas, por dormir en unas aldeas de Huexocinco, donde fue bien recibido y mantenido, y aun le dieron algunos esclavos, ropa y oro, aunque poco; que poco tienen y son pobres, a causa de tenerlos acorralados Moteczuma, por ser de la parcialidad de Tlaxcallan. Otro día, antes de comer, subió un puerto entre dos sierras nevadas, de dos leguas de subida. Donde, si los treinta mil soldados que habían venido para

tomar los españoles en Chololla esperaran, los tomaban a manos, según la nieve y frío les hizo en el camino.

Desde aquel puerto se descubría tierra de México, y la laguna con sus pueblos alrededor, que es la mejor vista del mundo. Cuando Cortés holgó de verla, tanto temieron algunos de sus compañeros, y aun hubo entre ellos diversos pareceres si llegarían allá o no, y dieron muestra de motín; pero él, por su prudencia y disimulación, se los deshizo, y con esfuerzo, esperanza y buenas palabras que les dio, y con ver que era el primero en los trabajos y peligros, temieron menos lo que imaginaban. En bajando a lo llano, de la otra parte halló una casa de placer en el campo, harto grande y buena, y tal, que cupieron todos los españoles holgadamente, y hasta seis mil indios que llevaba de Cempoallan, Tlaxcallan, Huexocinco y Chololla, aunque para los *tamemes* hicieron los de Moteczuma chozas de paja. Tuvieron buena cena y grandes fuegos para todos, que criados de Moteczuma proveían copiosamente, y aun les tenían mujeres.

Allí le vinieron a hablar muchos principales señores de México, y entre ellos un pariente de Moteczuma. Dieron a Cortés tres mil pesos de oro, y rogáronle que se volviese por la pobreza, hambre y ruin camino, que se anda por barquillos, y que allende del peligro de se ahogar, no tendría qué comer, y que le daría mucho, y más el tributo que le pareciese para el emperador que le enviaba, puesto cada un año en la mar o do quisiese. Cortés los recibió como era razón, y les dio cosillas de España, especial al pariente del gran señor; y díjoles que de buena gana holgaría servir a tan poderoso príncipe, si pudiera sin enojar a su rey, y que de su ida no le vendría sino mucho bien y honra; y que pues no había de hacer más de hablarle y volverse, que de lo que tenían para sí, habría para todos qué comer, y que aquella agua no era nada en comparación de dos mil leguas que había venido por mar para solamente verlo y comunicarle ciertos negocios de mucha importancia.

Con todas estas pláticas, si lo hallaran descuidado, lo acometieran, que venían muchos para tal efecto, como dicen algunos. Pero él hizo saber a los capitanes y embajadores cómo los españoles no dormían de noche, ni se desnudaban armas ni vestidos; y que si alguno veían en pie o andar entre ellos, le mataban luego, y él no se los resistía; por tanto, que lo dijesen así a sus hombres, para que se guardasen; que le pesaría si alguno de ellos murie-

se allí; y con esto pasó la noche. En amaneciendo otro día se partió, y fue a Amaquemecan, dos leguas, que cae en la provincia de Chalco; lugar que, con las aldeas, tiene veinte mil vecinos. El señor de allí le dio cuarenta esclavas, tres mil pesos de oro, y de comer dos días abundantemente, y aun de secreto muchas quejas de Moteczuma. De Amaquemecan fue cuatro leguas otro día a un pequeño lugar, poblado la mitad en agua de la laguna y la otra mitad en tierra, al pie de una sierra áspera y pedregosa.

Acompañáronle muy muchos de Moteczuma, que le proveyeron; los cuales con los del pueblo quisieron pegar con los españoles, y enviaron sus espías a ver qué hacían la noche. Pero las que Cortés puso, que eran españoles, mataron de ellas hasta veinte, y allí paró la cosa, y cesaron los tratos de matar los españoles; y es cosa para reír que a cada triquete quisiesen y tentasen matarlos, y no fuesen para ello.

Luego a otro día, bien de mañana, ya que se partía el ejército, llegaron allí doce señores mexicanos; pero el principal era Cacamacín, sobrino de Moteczuma, señor de Tezcuco, mancebo de veinticinco años, a quien todos acataban mucho. Venía en andas a hombros, y como le abajaron de ellas, le limpiaban las piedras y pajas del suelo que pisaba. Éstos venían a irse compañando a Cortés, y disculparon a Moteczuma, que por enfermo no venía él mismo a le recibir allí. Todavía porfiaron que se tornasen los españoles y no llegasen a México, y dieron a entender que les ofenderían allá, y aun defenderían el paso y entrada: cosa que facilísimamente podían hacer; mas empero andaban ciegos, o no se atrevían a quebrar la calzada. Cortés les habló y trató como quien eran, y aun les dio cosas de rescate. Salió de aquel lugar muy acompañado de personas de cuenta, a quien seguían infinitísimos otros, que no cabían por los caminos, y también venían muchos de aquellos mexicanos a ver hombres tan nuevos, tan afamados; y maravillados de las barbas, vestidos, armas, caballos y tiros, decían: “Éstos son dioses”. Cortés les avisaba siempre que no atravesasen por entre los españoles ni caballos, si no querían ser muertos. Lo uno, porque no se desvergonzasen con las armas a pelear, y lo otro, porque dejasen abierto camino para ir adelante, que los traían rodeados.

Así pues fue a un lugar de dos mil fuegos, fundado todo dentro en agua, y que hasta llegar a él anduvo más de una legua por una muy gentil calzada,

y ancha más de veinte pies. Tenía muy buenas casas y muchas torres. El señor de él recibió muy bien a los españoles, y los proveyó honradamente, y rogó que se quedasen a dormir allí, y tan secretamente se quejó a Cortés de Moteczuma por muchos agravios y pechos no debidos, y le certificó que había camino, y bueno, hasta México, aunque por calzada como la que pasara. Con esto descansó Cortés, que iba con determinación de parar allí y no hacer barcas o fustas; mas todavía quedó con miedo no le rompiesen las calzadas, y por eso llevó grandísima advertencia. Cacama y los otros señores le importunaron que no se quedase allí, sino que se fuese a Iztacpalapan, que no estaba sino dos leguas adelante, y era de otro sobrino del gran señor. Él hubo de hacer lo que tanto le rogaban aquellos señores, y porque no le quedaban sino dos leguas de allí a México, que podría entrar al otro día con tiempo y a su placer. Fue pues a dormir a Iztacpalapan, y allende que de dos en dos horas iban y venían mensajeros de Moteczuma, le salieron a recibir buen trecho Cuetlauac, señor de Iztacpalapan, y el señor de Culuacán, también pariente suyo. Presentáronle esclavas, ropa, plumajes y hasta cuatro mil pesos de oro.

Cuetlauac hospedó todos los españoles en su casa, que son unos grandísimos palacios, de cantería todos y carpintería, y muy bien labrados, con patios y cuatro bajos y altos, y todo servicio muy cumplido. En los aposentos muchos paramentos de algodón, ricos a su manera. Tenían frescos jardines de flores y árboles olorosos, con muchos andenes de red de cañas, cubiertas de rosas y yerbecitas, y con estanques de agua dulce. Tenían también una huerta muy hermosa de frutales y hortaliza, con una grande alberca de cal y canto, que era de cuatrocientos pasos en cuadro, y mil y seiscientos en torno, y sus escalones hasta el agua, y aun hasta el suelo, por muchas partes; en la cual había de todas suertes de peces; y acuden a ella muchas garcetas, labancos, gaviotas y otras aves, que cubren en veces el agua. Es Iztacpalapan de hasta diez mil casas, y está en la laguna salada, medio en agua, medio en tierra.

CAPÍTULO LXV
CÓMO SALIÓ MOTECZUMA A RECIBIR A CORTÉS

De Iztacpalapan a México hay dos leguas por una calzada muy ancha, que holgadamente van ocho caballos por ella a la par, y tan derecha como hecha por nivel, y quien buena vista tenía, alcanzaba a ver las puertas de México. A los lados de ella están Mexicalcinco, que es de cerca de cuatro mil casas, toda dentro en agua; Coyoacán, de seis mil, y Uicilopuchtli, de cinco. Tienen estas ciudades muchos templos, con tantas torres, que las hermosean, y gran trato de sal, porque allí la hacen y venden, o llevan fuera a ferias y mercados. Sacan agua de la laguna, que es salada, por arroyuelos a hoyos de tierra, y en ellos se cuaja; y así, hacen pelotas y panes de sal, y también la cuecen, y es mejor, pero más embarazosa; era gran renta para Moteczuma. En esta calzada hay, de trecho a trecho, puentes levadizos sobre los ojos por do corre la agua de la una laguna a la otra. Por esta calzada fue Cortés con sus cuatrocientos compañeros, y otros seis mil indios amigos, de los pueblos que atrás pacificó. Apenas podía andar, con la apretura de la mucha gente que a ver los españoles salía.

Llegó cerca de la ciudad, donde se junta otra calzada con ésta y donde está un baluarte fuerte y grande, de piedra, dos estados alto, con dos torres a los lados, y en medio un petril almenado y dos puertas; fuerza harto fuerte. Aquí salieron cuatro mil caballeros cortesanos a recibirle, vestidos ricamente a su usanza, y todos de una misma manera. Cada uno, como Cortés llegaba, tocaba su mano derecha en tierra, besábala, humillábase y pasaba delante por la orden que venían. Tardaron una hora en esto, y fue cosa de mucho mirar. Desde el baluarte sigue todavía la calzada, y tiene, antes de entrar en la calle, una puente de madera levadiza y diez pasos ancha, por el ojo de la cual corre agua y entra de la una en la otra.

Hasta esta puente salió Moteczuma a recibir a Cortés, debajo de un palio de pluma verde y oro, con mucha argentería colgando, que lo llevaban cuatro señores sobre sus cabezas. Traíanle de los brazos Cueltlauac y Cacama, sobrinos suyos y grandes príncipes. Venían todos tres a una manera riquísimamente ataviados, salvo que el señor traía unos zapatos de oro y piedras engastadas que solamente eran las suelas prendidas con correas, como

se pintan a lo antiguo. Andaban criados suyos de dos en dos, poniendo y quitando mantas por el suelo, no pisase en la tierra. Seguían luego doscientos señores como en procesión, todos descalzos, y con ropas de otra más rica librea que los tres mil primeros. Moteczuma venía por medio de la calle, y éstos detrás y arrimados cuanto podían a las paredes, los ojos en tierra, por no mirarle a la cara, que es desacato. Cortés se apeó del caballo, y como se juntaron, fuele a abrazar a nuestra costumbre. Los que le traían de brazo le detuvieron, que no llegase a él, que era pecado tocarle; saludáronse empero, y Cortés le echó entonces al cuello un collar de margaritas y diamantes y otras piedras de vidrio. Moteczuma se fue delante con el un sobrino, y mandó al otro que llevase por la mano a Cortés luego tras él y por medio de la calle. En comenzando a ir, llegaron los de la librea uno a uno a hablar y darle el parabién de su llegada, y tocando la tierra con la mano, pasaban, y tornábanse a su orden y lugar. No acabaran aquel día si todos los de la ciudad hubieran, como querían, de saludarle; mas como el rey iba delante, volvían todos las caras a la pared, y no osaban llegar a Cortés.

A Moteczuma plugo el collar de vidrio, y por no tomar sin dar mejor, como gran príncipe, mandó luego traer dos collares de camarones colorados, gruesos como caracoles, y que allí estiman en mucho, y que de cada uno de ellos colgaban ocho camarones de oro, de labor perfectísima, y de a jeme cada uno; y púsoselos al pescuezo con sus propias manos, que lo tuvieron a favor grandísimo, y se maravillaron de ello.

Ya en esto acababan de pasar la calle, que es un tercio de legua, ancha, derecha y muy hermosa, y llena de casas por entrambas aceras; en cuyas puertas, ventanas y azoteas había tanta gente para ver los españoles, que no sé quién se maravillase más, o los nuestros de tanta muchedumbre de hombres y mujeres que aquella ciudad tenía, o ellos de la artillería, caballos, barbas y traje de hombres que nunca vieran. Llegaron pues a un patio grande, recámara de ídolos, que fue casa de Axayaca. A la puerta tomó Moteczuma de la mano a Cortés, y metiolo dentro a una gran sala; púsose en un rico estrado, y díjole: "En vuestra casa estáis; comed, descansad, y habed placer; que luego torno". Tal como habéis oído fue el recibimiento que a Fernando Cortés hizo Moteczumacín, rey poderosísimo, en su gran ciudad de México, a 8 días del mes de noviembre, año de 1519 que Cristo nació.

CAPÍTULO LXVI
LA ORACIÓN DE MOTECZUMA A LOS ESPAÑOLES

Era esta casa en que los españoles estaban aposentados muy grande y muy hermosa, con salas asaz largas y otras muchas cámaras, donde muy bien cupieron ellos y todos casi los indios amigos que los servían y acompañaban armados; y estaba toda ella muy limpia, lucida, esterada y entapizada con paramentos de algodón y pluma de muchos colores, que había bien que mirar en todo. Como Moteczuma se fue, repartió Cortés el aposento, y puso la artillería de cara a la puerta, y luego comieron una buena comida; en fin, como de tan gran rey a tal capitán.

Moteczuma, luego que comió y supo que los españoles habían comido y reposado, volvió a Cortés, saludole, sentose junto en otro estrado que le pusieron, diole muchas y diversas joyas de oro, plata, pluma, y seis mil ropas de algodón ricas, labradas y tejidas de maravillosos colores; cosa que manifestó su grandeza, y confirmó lo que traían imaginado por los presentes pasados. Todo esto hizo con mucha gravedad, y con la misma dijo, según Marina y Aguilar declaraban: “Señor y caballeros míos, mucho huelgo de tener tales hombres como vosotros en mi casa y reino, para les poder hacer alguna cortesía y bien, según vuestro merecimiento y mi estado; y si hasta aquí os rogaba que no entrásedes acá, era porque los míos tenían grandísimo miedo de veros; porque espantabais a la gente con estas vuestras barbas fieras, y que traíais unos animales que tragaban los hombres, y que como veníais del cielo, abajabais de allá rayos, relámpagos y truenos, con que hacíais temblar la tierra, y heríais al que os enojaba o al que os antojaba; mas como ya ahora conozco que sois hombres mortales, honrados, y no hacéis daño alguno, y he visto los caballos, que son como ciervos, y los tiros, que parecen cerbatanas, tengo por burla y mentira lo que me decían, y aun a vosotros por parientes, porque según mi padre me dijo, que lo oyó también al suyo, nuestros pasados y reyes de quien yo desciendo no fueron naturales de esta tierra, sino advenedizos, los cuales vinieron con un gran señor, y que de allí a poco se fue a su naturaleza; y que al cabo de muchos años tornó por ellos; mas no quisieron ir, por haber poblado aquí, y tener ya hijos y mujeres y mucho mando en la tierra. Él se

volvió muy descontento de ellos, y les dijo a la partida que enviaría sus hijos a que los gobernasen y mantuviesen en paz y justicia, y en las antiguas leyes y religión de sus padres. A esta causa pues hemos siempre esperado y creído que algún día vendrían los de aquellas partes a nos sujetar y mandar, y pienso yo que sois vosotros, según de donde venís, y la noticia que decís que ese vuestro gran rey emperador que os envía, ya de nos tenía. Así que, señor capitán, sed cierto que os obedeceremos, si ya no traéis algún engaño o cautela, y partiremos con vos y los vuestros lo que tuviéremos. Y ya que esto que digo no fuese, por sola vuestra virtud, fama y obras de esforzados caballeros, lo haría muy de buena gana; que bien sé lo que hicisteis en Tabasco, Teoacacinco y Chololla y otras partes, venciendo tan pocos a tantos. Y si traéis creído que soy dios, y que las paredes y tejados de mi casa, con todo el demás servicio, son de oro fino, como sé que os han informado los de Cempoallan, Tlaxcallan y Huexocinco y otros, os quiero desengañar, aunque os tengo por gente que no lo creéis, y conocéis que con vuestra venida se me han rebelado, y de vasallos tornado enemigos mortales; pero esas alas yo se las quebraré. Tocad pues mi cuerpo, que carne y hueso es; hombre soy como los otros, mortal, no dios, no; bien que, como rey, me tengo en más por la dignidad y preeminencia. Las casas ya las veis, son de barro y palo, y cuando mucho de canto: ¿veis cómo os mintieron? En cuanto a los demás, es verdad que tengo plata, oro, pluma, armas y otras joyas y riquezas en el tesoro de mis padres y abuelos, guardados de grandes tiempos a esta parte, como es costumbre de reyes. Lo cual todo vos y vuestros compañeros tendréis siempre que lo quisiereis; entre tanto holgad, que vendréis cansados".

Cortés le hizo una gran mesura, y con alegre semblante, porque le saltaban algunas lágrimas, le respondió que, confiado de su clemencia y bondad, había insistido en verle y hablarle, y que conocía ser todo mentira y maldad lo que de él le habían dicho aquellos que le deseaban mal, como él también veía por sus mismos ojos las burlerías y consejas que de los españoles le contaran; y que tuviese por certísimo que el emperador, rey de España, era aquel su natural señor a quien esperaba, cabeza del mundo y mayorazgo del linaje y tierra de sus antepasados; y en lo que tocaba al tesoro, que se lo tenía en muy gran merced. Tras esto preguntó

Moteczuma a Cortés si aquellos de las barbas eran todos vasallos o esclavos suyos, para tratar a cada uno como quien era. Él le dijo que todos eran sus hermanos, amigos y compañeros, sino algunos que eran criados; y con tanto, se fue a Tecpan, que es palacio, y allá se informó particularmente de las lenguas, cuáles eran o no caballeros, y según le informaron así les envió el don; si era hidalgo y buen soldado, bueno y con mayordomo, y si no, y marinero, no tal y con lacayo.

CAPÍTULO LXVII
DE LA LIMPIEZA Y MAJESTAD CON QUE SE SERVÍA A MOTECZUMA

Era Moteczuma hombre mediano, de pocas carnes, de color muy bazo, como loro, según son todos los indios. Traía cabello largo, tenía hasta seis pelillos de barba, negros, largos de un jeme. Era bien acondicionado, aunque justiciero, afable, bien hablado, gracioso, pero cuerdo y grave, que se hacía temer y acatar. Moteczuma quiere decir hombre sañudo y grave. A los nombres propios de reyes, de señores y mujeres, añaden esta sílaba *cin*, que es por cortesía o dignidad, como nosotros el don, turcos sultán, y moros mulei; y así, dicen Moteczumacín. Tenía con los suyos tanta majestad, que no les dejaba sentar delante de sí, ni traer zapatos ni mirarle a la cara, sino era a poquísimos y grandes señores. Con los españoles, que se holgaba de su conversación, o porque los tenía en mucho, no los consentía estar en pie. Trocaba con ellos sus vestidos si le parecían bien los de España; mudaba cuatro vestidos al día, y ninguno tornaba a vestir segunda vez. Estas ropas se guardaban para dar albricias, para hacer presentes, para dar a criados y mensajeros, y a soldados que pelean y prenden algún enemigo, que es gran merced y como un privilegio; y de éstas eran aquellas muchas y lindas mantas que por tantas veces envió a Fernando Cortés.

Andaba Moteczuma muy pulido y limpio a maravilla; y así, se bañaba dos veces cada día; pocas veces salía fuera de la cámara, si no era a comer; comía siempre solo, mas solemnemente y en grandísima abundancia; la mesa era una almohada o un par de cueros de color, la silla un banquillo bajo; de cuatro pies, hecho de una pieza, cavado el asiento, labrado muy

bien y pintado; los manteles, pañizuelos y toallas de algodón, muy blancas, nuevas, flamantes, que no se le ponían más de una vez. Traían la comida cuatrocientos pajes, caballeros, hijos de señores, y poníanla toda junta en la sala; salía él, miraba las viandas, y señalaba las que más le agradaban. Luego ponían debajo de ellas braseros con ascuas, porque ni se enfriasen ni perdiesen el sabor; y pocas veces comía de otras, si no fuese algún buen guisado que le loasen los mayordomos. Antes que se sentase venían hasta veinte mujeres suyas de las más hermosas o favorecidas o semaneras, y servíanle las fuentes con gran humildad; tras esto se sentaba, y luego llegaba el maestresala, y echaba una red de palo, que atajaba la gente, que no cargase encima; y él solo ponía y quitaba los platos; que los pajes no llegaban a la mesa ni hablaban palabra, ni aun hombre de cuantos allí estaban, entre tanto que el señor comía, sino fuese truhán, o alguno que le preguntase algo, y todos estaban y servían descalzos. El beber no era con tanta ceremonia ni pompa; asistían a la cantina al lado del rey, aunque algo desviados, seis señores ancianos, a los cuales daba algunos platos del manjar que le sabía bien. Ellos los tomaban con gran reverencia, y los comían luego allí con mayor respeto, sin le mirar a la cara, que era la mayor humildad que podían mostrar delante de él. Tenía música, comiendo, de zampoña, flauta, caracol, hueso y atabales y otros instrumentos así; que mejores no los alcanzan, ni voces, digo, que no sabían canto, ni eran buenas. Había siempre al tiempo de la comida enanos, jibados, contrahechos y otros así, y todos por grandeza o por risa; a los cuales daban de comer con los truhanes y chocarreros al cabo de la sala, de los relieves. Lo demás que sobraba comían tres mil de guardia ordinaria, que estaban en los patios y plaza; y por esto dicen que se traían siempre tres mil platos de manjar y tres mil jarros de bebida y vino que ellos usan, y que nunca se cerraba la botillería ni despensa, que era cosa de ver lo que en ellas había. No dejaban de guisar ni tener cada día de cuanto en la plaza se vendía, que era, según después diremos, infinito, y más lo que traían cazadores, renteros y tributarios.

Los platos, escudillas, tazas, jarros, ollas y el demás servicio era todo de barro y muy bueno, si lo hay en España, y no servía al rey más de una comida. También tenía vajilla de oro y plata grandísima, pero poco se servía de ella: dicen que por no servirse dos veces con ella, que parecía bajeza. Lo

que algunos cuentan, que guisaban niños y los comía Moteczuma, era solamente de hombres sacrificados, que de otra manera no comía carne humana; y esto no era de ordinario. Alzados los manteles, llegaban aquellas mujeres, que aún todavía se estaban en pie, como los hombres, a darle otra vez agua-manos con el acatamiento que primero, e íbanse a su aposento a comer con las demás; y así hacían todos, salvo los caballeros y pajes que les tocaba la guarda.

CAPÍTULO LXVIII
DE LOS JUGADORES DE PIES

Quitada la mesa, ida la gente, y estándose aún Moteczuma sentado, entraban los negociantes descalzos, que todos se descalzaban para entrar en palacio los que traían zapatos, si no eran los muy grandes señores, como los de Tezcuco y Tlacopan, y otros pocos sus parientes y amigos. Venían pobremente vestidos; si eran señores o ricoshombres, y hacía frío, poníanse mantas viejas o groseras y ruines sobre las finas y nuevas; pero todos hacían tres o cuatro reverencias. No le miraban al rostro, hablaban humillados y andaban para atrás. Él les respondía muy mesurado, muy bajo y en poquitas palabras, y aun no todas veces ni a todos; que otros sus secretarios o consejeros, que para esto estaban allí respondían; y con tanto se tornaban a salir sin volver las espaldas al rey.

Tras esto tomaba algún pasatiempo, oyendo música y romances, o truhanes, de que mucho holgaba, o mirando unos jugadores que hay allá de pies, como acá de manos; los cuales traen con los pies un palo como un cuartón, rollizo, parejo y liso, que arrojan en alto y lo recogen, y le dan dos mil vueltas en el aire tan bien y presto que apenas se ve cómo; y hacen otros juegos, monerías y gentilezas por gentil concierto y arte, que pone admiración. A España vinieron después algunos con Cortés que jugaban así de pies, y muchos los vieron en corte. También hacían matachines, que se subían tres hombres uno sobre otro de pies llanos en los hombros, y el postrero hacía maravillas. Algunas veces miraba Moteczuma cómo jugaban al *patoliztli*, que parece mucho al juego de las tabas, y que se juega con habas o frijoles rajados, como dados de harinillas, que dicen *patollí*; los cuales me-

nean entrambas manos, y los echan sobre una estera o en el suelo, donde hay ciertas rayas como alquerque, en que señalan con piedras el punto que cayó arriba, quitando o poniendo china. A esto juegan cuanto tienen, y aun muchas veces los cuerpos para esclavos, los tahúres y hombres bajos.

CAPÍTULO LXIX
DEL JUEGO DE LA PELOTA

Otras veces iba Moteczuma al *tlachtli*, que es trinquete para pelota. A la pelota llaman *ullamaliztli*; la cual se hace de la goma de *ulli*, que es un árbol que nace en tierras calientes, y que punzado llora unas gotas gordas y muy blancas y que muy presto son cuajadas; las cuales juntas, mezcladas y tratadas, se vuelven negras más que la pez, y no tiznan. De aquella redondean y hacen pelotas, que, aunque pesadas, y por consiguiente duras para la mano, botan y saltan muy bien, y mejor que nuestras pelotas de viento. No juegan a chazas, sino al vencer, como al balón o a la chueca, que es dar con la pelota en la pared que los contrarios tienen en el puesto, o pasarla por encima. Pueden darle con cualquier parte del cuerpo que mejor les viene, pero hay postura que pierde el que lo toca sino con la nalga o cuadril, que es la gentileza, y por eso se ponen un cuero sobre las nalgas; mas puédele dar siempre que haga bote, y hace muchos, uno en pos de otro. Juegan en partida, tantos a tantos y a tantas rayas, una carga de mantas, a más o menos, como quien son los jugadores. También juegan cosas de oro y pluma, y aun veces hay a sí mismos, como hacen el *patollí*, que les es permitido, como el venderse.

Es este *tlachtli* o *tlachco*, una sala baja, larga, estrecha y alta, pero más ancha de arriba que abajo, y más alta a los lados que a las fronteras; que así lo hacen de industria, para su jugar. Tiénenlo siempre muy encalado y liso; ponen en las paredes de los lados unas piedras como de molino, con su agujero en medio que pasa a la otra parte, por do a mala vez cabe la pelota. El que emboca por allí la pelota, que por maravilla acontece, porque aun con la mano hay bien que hacer, gana el juego y son suyas, por costumbre antigua y ley entre jugadores, las capas de cuantos miran cómo juegan en aquella pared por cuya piedra y agujero entró la pelota, y en otra, que se-

rían las capas de los medios, que presentes estaban. Mas era obligado hacer ciertos sacrificios al ídolo del trinquete y piedra por cuyo agujero metió la pelota. Decían los miradores que aquel tal debía ser ladrón o adúltero, o que moriría presto.

Cada trinquete es templo, porque ponían dos imágenes del dios del juego de la pelota encima de las dos paredes más bajas, a la media noche de un día de buen signo, con ciertas ceremonias y hechicerías, y enmedio del suelo hacían otras tales, cantando romances y canciones que para ello tenían, y luego venía un sacerdote del templo mayor, con otros religiosos, a lo bendecir. Decía ciertas palabras, echaba cuatro veces la pelota por el juego, y con tanto quedaba consagrado, y podían jugar en él que hasta entonces no en ninguna manera; y aun el dueño del trinquete, que siempre era señor, no jugara pelota sin hacer primero no sé qué ceremonias y ofrendas al ídolo: tanto eran supersticiosos. A este juego llevaba Moteczuma a los españoles, y mostraba holgarse mucho en verlo jugar, y ni más ni menos de mirarlos a ellos jugar a los naipes y dados.

CAPÍTULO LXX
LOS BAILES DE MÉXICO

Otro pasatiempo tenía Moteczuma que regocijaba a los de palacio y aun a toda la ciudad, porque es muy bueno y largo, y público, el cual, o lo mandaba él hacer o venían los del pueblo a le hacer en palacio aquel servicio o solaz, y era de esta manera: que sobre la comida comenzaban un baile, que llaman *netoteliztli*, danza de regocijo y placer. Mucho antes de comenzarlo, tendían una gran estera en el patio de palacio, y encima de ella ponían dos atabales; uno chico que llaman *teponaztli*, y que es todo de una pieza, de palo muy bien labrado por defuera, hueco, y sin cuero ni pergamino; mas táñese con palillos como los nuestros. El otro es muy grande, alto, redondo y grueso como un atambor de los de acá, hueco, entallado por fuera, y pintado. Sobre la boca ponen un parche de venado curtido y bien estirado, y que apretado sube y flojo baja el tono. Táñese con las manos, sin palos, y es contrabajo. Estos dos atabales concertados con voces, aunque allá no las hay buenas, suenan mucho, y no mal; cantan cantares alegres, regocijados y

graciosos, o algún romance en loor de los reyes pasados, recontando en ellos guerras, victorias, hazañas, y cosas tales; y esto va todo en copla por sus consonantes, que suenan bien y aplacen. Cuando ya es tiempo de comenzar, silban ocho o diez hombres muy recio, y luego tocan los atabales muy bajo, y no tardan a venir los bailadores con ricas mantas blancas, coloradas, verdes, amarillas, y tejidas de diversísimos colores; y traen en las manos ramilletes de rosas, o ventalles de pluma, o pluma y oro; y muchos vienen con sus guirnaldas de flores, que huelen por excelencia, y muchos con papahígos de pluma o carátulas, hechas como cabezas de águila, tigre, caimán y animales fieros.

Júntanse a este baile mil bailadores muchas veces, y cuando menos cuatrocientos, y son todos personas principales, nobles y aun señores; y cuanto mayor y mejor es cada uno, tanto más junto anda a los atabales. Bailan en corro trabados de las manos, una orden tras otra; guían dos que son sueltos y diestros danzantes; todos hacen y dicen lo que aquellos dos guiadores; que si cantan ellos, responde todo el corro, unas veces mucho, otras veces poco, según el cantar o romance requiere; que así es acá y donde quiera. El compás que los dos llevan, siguen todos, sino los de las postreras rengles, que por estar lejos y ser muchos, hacen dos entre tanto que ellos uno, y cúmpleles meter más obra; pero a un mismo punto alzan o abajan los brazos o el cuerpo, o la cabeza sola, y todo con no poca gracia, y con tanto concierto y sentido, que no discrepa uno de otro; tanto, que se embebecen allí los hombres. A los principios cantan romances y van despacio; tañen, cantan y bailan quedo, que parece todo gravedad; mas cuando se encienden, cantan villancicos y cantares alegres; avívase la danza, y andan recio y aprisa; y como dura mucho, beben, que escancianos están allí con tazas y jarros. También algunas veces andan sobresalientes unos truhanes, contrahaciendo a otras naciones en traje y en lenguaje, y haciendo del borracho, loco o vieja, que hacen reír y placer a la gente.

Todos los que han visto este baile, dicen que es cosa mucho para ver, y mejor que la zambra de los moros, que es la mejor danza que por acá sabemos; y si mujeres la hacen, es muy mejor que la de hombres. Mas en México no bailaban ellas tal baile públicamente.

CAPÍTULO LXXI
LAS MUCHAS MUJERES QUE TENÍA MOTECZUMA EN PALACIO

Moteczuma tenía muchas casas dentro y fuera de México, así como para recreación y grandeza, como para morada: no diremos de todas, que será muy largo. Donde él moraba y residía a la continua, llaman *Tepac*, que es como decir palacio; el cual tenía veinte puertas que responden a la plaza y calles públicas. Tres patios muy grandes, y en el uno una muy hermosa fuente; había en él muchas salas, cien aposentos de a veinticinco y treinta pies de largo y hueco; cien baños. El edificio, aunque sin clavazón, todo muy bueno; las paredes de canto, mármol, jaspe, pórfido, piedra negra, con unas vetas coloradas como rubí, piedra blanca, y otra que se trasluce; los techos de madera bien labrada y entallada de cedros, palmas, cipreses, pinos y otros muchos árboles; las cámaras pintadas, esteradas, y muchas con paramentos de algodón, de pelo de conejo, de pluma; las camas pobres y malas; porque, o eran de mantas sobre esteras o sobre heno, o esteras solas. Pocos hombres dormían dentro de esas casas; mas había mil mujeres, y algunos afirman que tres mil entre señoras y criadas y esclavas; de las señoras, hijas de señores, que eran muy muchas, tomaba para sí Moteczuma las que bien le parecía; las otras daba por mujeres a sus criados y a otros caballeros y señores; y así, dicen que hubo vez que tuvo ciento y cincuenta preñadas a un tiempo; las cuales, a persuasión del diablo, movían, tomando cosas para lanzar las criaturas, o quizá porque sus hijos no habían de heredar. Tenían estas mujeres muchas viejas por guarda, que ni aun mirarlas no dejaban a hombre; querían los reyes toda honestidad en palacio.

El escudo de armas que estaba por las puertas de palacio, y que traen las banderas de Moteczuma y las de sus antecesores, es una águila abatida a un tigre, las manos y uñas puestas como para hacer presa. Algunos dicen que es grifo, y no águila, afirmando que en las sierras de Teoacán hay grifos, y que despoblaron el valle de Auacatlán, comiéndose los hombres, y traen por argumento que se llaman aquellas sierras Cuitlachtepetl, de *cuitlachtli*, que es grifo como león. Ahora creo que no los hay, porque no los han españoles aún visto. Los indios muestran estos grifos, que llaman

quezalcuitlactli, por sus antiguas figuras, y tienen vello y no pluma, y dicen que quebraban con las uñas y dientes los huesos de hombres y venados; tiran mucho a león, y parecen águila, porque los pintan con cuatro pies, con dientes y con vello, que más aína es lana que pluma; con pico, con uñas, y alas con que vuela; y en todas estas cosas responde la pintura a nuestras escrituras y pinturas; de manera que ni bien es ave ni bien bestia. Plinio, por mentira tiene esto de los grifos, aunque hay muchos cuentos de ellos. También hay otros señores que tienen por armas este grifo, que va volando con un ciervo en las uñas.

CAPÍTULO LXXII
CASA DE AVES PARA PLUMA

Tiene Moteczuma otra casa de muchos y buenos aposentos, y con unos gentiles corredores levantados sobre pilares de jaspe, todos de una pieza, que cae a una muy grande huerta, en la cual hay diez estanques o más, unos de agua salada para las aves de mar, y otros de dulce para las de río y laguna, que muchas veces vacían e hinchen por la limpieza de la pluma. Andan en ellos tantas de aves, que ni caben dentro ni fuera; y de tan diversas maneras, plumas y hechura, que ponían admiración a los españoles mirándolas, que las más de ellas no conocían ni habían visto hasta entonces.

A cada suerte de aves daban el cebo y pasto con que se mantenían en el campo; si con yerbas, dábanles yerba; si con grano, dábanles *centli*, frijoles, habas y otras simientes; si con pescado, peces, de los cuales era el ordinario de cada día diez arrobas, que pescaban y tomaban en las lagunas de México; y aun a algunas daban moscas y tales sabandijas, que era su comida. Había para servicio de estas aves trescientas personas: unos limpian los estanques, otros pescan, otros les dan de comer; unos son para espulgarlas, otros para guardar los huevos, otros para echarlas cuando encloquecen, otros las curan enfermando, otros las pelan, que esto era lo principal, por la pluma, de que hacen ricas mantas, tapices, rodelas, plumajes, moscadores y otras muchas cosas, con oro y plata; obra perfectísima.

CAPÍTULO LXXIII
CASA DE AVES PARA CAZA

Tiene otra casa con muy cumplidos cuartos y aposento, que llaman casa de aves, no porque haya en ella más que en la otra, sino porque las hay mayores, o porque, con ser para caza y de rapiña, las tienen por mejores y más nobles. Hay en estas casas muchas salas altas, en que están hombres, mujeres y niños, blancos de nacimiento por todo su cuerpo y pelo, que pocas veces nacen así, y aquellos los tienen como por milagro. Había también enanos, corcovados, quebrados, contrahechos y monstruos en gran cantidad, que los tenían por pasatiempo, aun dicen que de niños los quebraban y enjibaban, como por una grandeza de rey. Cada manera de estos hombrecillos estaba por sí en su sala y cuarto.

Había en las salas bajas muchas jaulas de vigas recias; en unas estaban leones, en otras tigres, en otras onzas, en otras lobos; en fin, no había fiera ni animal de cuatro pies que allí no estuviese, a solo efecto de decir que los tenía en su casa el gran señor Moteczumacín, aunque más bravos eran. Dábanles de comer por raciones, gallipavos, venados, perros, y cosas de caza. Había asimismo en otras piezas, en grandes tinajas, cántaros y semejantes vasijas con agua o con tierra, culebras como el muslo, víboras, cocodrilos, que llaman caimanes o lagartos de agua; lagartos de estos otros, lagartijas, y otras tales sabandijas y serpientes de tierra y agua, así bravas, ponzoñosas, y que espantan con sola la vista y su mala catadura; había también a otro cuarto, y por el patio, en jaulas de palos rollizos y alcándaras, toda suerte y ralea de aves de rapiña; alcotanes, gavilanes, milanos, buitres, azores, nueve o diez maneras de halcones, muchos géneros de águilas, entre las cuales había cincuenta mayores harto que las nuestras caudales, y que de un pasto se come una de ellas un gallipavo de aquellos de allá, que son mayores que nuestros pavones; de cada ralea había muchas, y estaban por su cabo, y tenía de ración para cada día quinientos gallipavos y trescientos hombres de servicio, sin los cazadores, que son infinitos. Otras muchas aves estaban allí que los españoles no conocieron; pero decíanles ser todas muy buenas para caza, y así lo mostraban ellas en el semblante, talle, uñas y presa que tenían. Daban a las culebras y a sus compañeras la sangre de personas muertas en

sacrificio, que chupasen y lamiesen; y aun, como algunos cuentan, les echaban de la carne, que muy gentilmente la comen los unos lagartos y los otros.

Los españoles no vieron esto, mas vieron el suelo cuajado de sangre como en matadero, que hedía terriblemente, y que temblaba si metían un palo; era mucho de ver el bullicio de los hombres que entraban y salían en esta casa, y que andaban curando de las aves, animales y sierpes, y nuestros españoles se holgaban de mirar tanta diversidad de aves, tanta braveza de bestias fieras, y el enconamiento de las ponzoñosas serpientes; mas empero no podían oír de buena gana los espantosos silbos de las culebras, los temerosos bramidos de los leones, los aullidos tristes del lobo, ni los fieros gañidos de las onzas y tigres, ni los gemidos de los otros animales, que daban teniendo hambre o acordándose que estaban acorralados, y no libres para ejecutar su saña. Y certísimamente era de noche un traslado del infierno y morada del diablo; y así era ello, porque en una sala de ciento cincuenta pies larga, y ancha cincuenta, estaba una capilla chapada de oro y plata de gruesas planchas, con muchísima cantidad de perlas y piedras, ágatas, cornerinas, esmeraldas, rubíes, topacios, y otras así; adonde Moteczuma entraba en oración muchas noches, y el diablo venía a hablarle, y se le aparecía, y aconsejaba según la petición y ruegos que oía.

Tenía casa para solamente graneros, y donde poner la pluma y mantas de las rentas y tributos, que era cosa mucho de ver. Sobre las puertas tenían por armas o señal un conejo. Aquí moraban los mayordomos, tesoreros, contadores, receptores, y todos los que tenían cargo y oficios en la hacienda real. Y no había casa de éstas del rey donde no hubiese capillas y oratorios del demonio, que adoraban por amor de lo que allí estaba; y por tanto, todas eran grandes y de mucha gente.

CAPÍTULO LXXIV
CASAS DE ARMAS

Moteczuma tenía algunas casas de armas, cuyo blasón es un arco y dos aljabas por cada puerta. De toda suerte de armas que ellos usan había muchas, y eran arcos, flechas, hondas, lanzas, lanzones, dardos, porras y espadas; broqueles y rodelas más galanas que fuertes; cascos, grebas y brazalates,

pero no en tanta abundancia, y de palo dorado o cubierto de cuero. El palo de que hacen estas armas es muy recio. Tuéstanlo, y a las puntas hincan pedernal o huesos del pez libiza, que es enconado, o de otros huesos, que como se quedan en la herida, la hacen casi incurable y enconan.

Las espadas son de palo, con agudos pedernales engeridos en él y encolados. El engrudo es de cierta raíz, que llaman *zacotl*, y de *texualli*, que es una arena recia y como de vena de diamantes, que mezclan y amasan con sangre de murciélagos y no sé qué otras aves; el cual pega, traba y dura por extremo; tanto, que dando grandes golpes no se deshace. De esto mismo hacen punzones, que barrenan cualquier madera y piedra, aunque sea un diamante. Y las espadas cortan lanzas y un pescuezo de caballo a cercén; y aun entran en el hierro y mellan, que parece imposible. En la ciudad nadie trae armas; solamente las llevan a la guerra o a la caza o en la guarda.

CAPÍTULO LXXV
JARDINES DE MOTECZUMA

Sin las ya dichas casas, tenían también otras muchas de placer, con muy buenos jardines de solas yerbas medicinales y olorosas, de flores, de rosas, de árboles de olor, que son infinitos. Era para alabar al Criador tanta diversidad, tanta frescura y olores. El artificio y delicadeza con que están hechos mil personajes de hojas y flores. No consentía Moteczuma que en estos vergeles hubiese hortaliza ni fruta, diciendo que no era de reyes tener granjerías ni provechos en lugares de sus deleites; que las huertas eran para esclavos o mercaderes, aunque con todo esto, tenía huertos con frutales, pero lejos, y donde poquitas veces iba. Tenía asimismo fuera de México casas en bosques de gran circuito y cercados de agua, dentro de las cuales había fuentes, ríos, albercas con peces, conejeras, vivares, riscos y peñoles, en que andaban ciervos, corzos, liebres, zorras, lobos y otros semejantes animales para caza, en que mucho y a menudo se ejercitaban los señores mexicanos. Tantas y tales eran las casas de Moteczumacín, en que pocos reyes se le igualaban.

CAPÍTULO LXXVI
CORTE Y GUARDA DE MOTECZUMA

Tenía cada día seiscientos señores y caballeros a hacer guarda a Moteczuma, con cada tres o cuatro criados con armas; y alguno traía veinte o más, según era y lo que tenía; y así, eran tres mil hombres, y aun dicen que muchos más, los que estaban en palacio guardando al rey. Y todos comían allí de lo que sobraba del plato, como ya dije, o sus raciones. Los criados ni subían arriba, ni se iban hasta la noche después de haber cenado. Eran tantos los de la guarda, que aunque eran grandes los patios y plazas y calles, lo henchían todo. Pudo ser que entonces por amor de los españoles pusiesen tanta guarda e hiciesen aquella apariencia y majestad, y que la ordinaria fuese menos; aunque a la verdad es certísimo que todos los señores que están debajo el imperio mexicano, que, como dicen, son treinta de a cien mil vasallos, residían en México por obligación y reconocimiento, en la corte del gran señor Moteczumacín, cierto tiempo del año. Y cuando iban fuera a sus tierras y señoríos, era con licencia y voluntad del rey. Y dejaban algún hijo o hermano por seguridad y porque no se alzasen; y a esta causa tenían todos casas en la ciudad de México Tenuchtlitán. Tanto fue el estado y casa de Moteczuma; su corte tan grande, tan generosa, tan noble.

CAPÍTULO LXXVII
QUE TODOS PECHAN AL REY DE MÉXICO

No hay quien no peche algo al señor de México en todos sus reinos y señoríos; porque los señores y nobles pechan con tributo personal; los labradores, que llaman *maceualtín*, con persona y bienes; y esto en dos maneras: o son renteros o herederos. Los que tienen heredades propias pagan por año uno de tres que cogen o crían. Perros, gallinas, aves de pluma, conejos, oro, plata, piedras, sal, cera y miel, mantas, plumajes, algodón, cacao, *centli*, ají, *camotli*, habas, frijoles y todas frutas, hortaliza y semillas de que principalmente se mantienen. Los renteros pagan por meses o por años lo que se obligan; y porque es mucho, los llaman esclavos; que aun cuando comen huevos, les parece que el rey les hace merced. Oí decir que les tasaban lo que

habían de comer, y lo demás les tomaban. Visten a esta causa pobrísimamente. Y en fin, no alcanzan ni tienen sino una olla para cocer yerbas, y una piedra o un par para moler su trigo, y una estera para dormir. Y no solamente daban este pecho los renteros y los herederos, pero aun servían con las personas todas las veces que el gran señor quería, aunque no quería sino en tiempos de guerras y caza.

Era tanto el señorío que los reyes de México tenían sobre ellos, que callaban aunque les tomasen las hijas para lo que quisiesen, y los hijos; y por esto dicen algunos que de tres hijos que cada labrador y no labrador tenía, daba uno para sacrificar, lo cual es falso; que si así fuera, no parara hombre en la tierra, y no estuviera tan poblada como estaba, y porque los señores no comían hombres sino de los sacrificados, y los sacrificados, por maravilla eran personas libres, sino esclavos y presos en guerra. Crueles carniceros eran, y mataban entre año muchos hombres y mujeres y algunos niños; empero no tantos como dicen, y los que eran después los contaremos por días y cabezas.

Todas estas rentas traían a México a cuestas los que no podían en barcas, a lo menos las que menester eran para mantener la casa de Moteczuma. Las demás gastaban con soldados o trocábanse a oro, plata, piedras, joyas y otras cosas ricas, que los reyes estiman y guardan en sus recámaras y tesoros. En México había trojes, graneros, y, como dije, casas en que encerrar el pan, y un mayordomo mayor con otros menores, que lo recibían y gastaban por concierto y cuenta en libros de pintura; y en cada pueblo estaba su cogedor, que eran como alguaciles, y traían varas y ventalles en las manos; los cuales acudían, y daban cuenta con paga de la cogida y gente, por padrón que tenían del lugar y provincia de su partido, a los de México. Si erraban o engañaban, morían por ello, y aun penaban a los de su linaje, como parientes de traidor al rey. A los labradores, cuando no pagan, prenden; y si están pobres por enfermedades, espéranlos; si por holgazanes, aprémianlos. En fin, si no cumplen y pagan a ciertos plazos que les dan, pueden a los unos y a los otros tomar por esclavos y venderlos para la deuda y tributos, o sacrificarlos.

También tenía muchas provincias que le tributaban cierta cantidad y reconocían en algunas cosas de mayoría; pero esto más era honra que pro-

vecho. De suerte pues que por esta vía tenía Moteczuma, y aún le sobraba, para mantener su casa y gente de guerra, y para tener tanta riqueza y aparato, tanta corte y servicio; y más, que de todo esto no gastaba nada en labrar cuantas casas quería, porque ya de gran tiempo están diputados muchos pueblos allí cerca, que no pechan ni contribuyen en otra cosa más de en hacerle casas, repararlas y tenerlas siempre en pie a costa suya propia; que ponían su trabajo, pagaban los oficiales y traían a cuestas o arrastrando el canto, la cal, la madera y agua y todos los otros materiales necesarios a las obras. Y ni más ni menos proveían, y muy abastadamente, de cuanta leña se quemaba en las cocinas, cámaras y braseros de palacio, que eran muchos, y habían menester, a lo que cuentan, quinientas cargas de *tamemes*, que son mil arrobas; y muchos días de invierno, aunque no es recio, muchas más. Y para los braseros y chimeneas del rey traían cortezas de encina y otros árboles, porque era mejor fuego, o por diferenciar la lumbre, que son grandes aduladores, o porque más fatiga pasasen.

Tenía Moteczuma cien ciudades grandes con sus provincias, de las cuales llevaba las rentas, tributos, parias y vasallaje que dije, y donde tenía fuerzas, guarnición y tesoreros del servicio y pechos, a que eran obligadas. Extendíase su señorío y mando de la Mar del Norte a la del Sur, y doscientas leguas por la tierra adentro; bien es verdad que había en medio algunas provincias y grandes pueblos, como Tlaxcallan, Mechuacán, Pánuco, Tecoantepec, que eran sus enemigos, y no le pagaban pecho ni servicio; mas valíale mucho el rescate y trueque que había con ellos cuando quería. Había asimismo otros muchos señores y reyes como los de Tezcuco y Tlacopan, que no le debían nada, sino la obediencia y homenaje; los cuales eran de su mismo linaje, y con quien casaban los reyes de México sus hijas.

CAPÍTULO LXXVIII
DE MÉXICO A TENUCHTITLÁN

Era México cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas. Las del rey y de los señores y cortesanos son grandes y buenas. Las de los otros chicas y ruines, sin puertas, sin ventanas; mas por pequeñas que son, pocas veces dejan de tener dos, tres y diez moradores; y así, hay en ella infinitísima gente.

Todo el cuerpo de la ciudad está en agua. Tiene tres maneras de calles anchas y gentiles. Las unas son de agua sola, con muchísimas puentes; las otras de sola tierra, y las otras de tierra y agua, digo, la mitad de tierra, por donde andan los hombres a pie, y la mitad agua, por do andan los barcos. Las calles de agua, de suyo son limpias; las de tierra barren a menudo.

Casi todas las casas tienen dos puertas, una sobre la calzada y otra sobre el agua, por donde se mandan con las barcas; y aunque está sobre agua edificada, no se aprovecha de ella para beber, sino que traen una fuente desde Chapultepec, que está una legua de allí, de una serrezuela, al pie de la cual están dos estatuas de bulto entalladas en la peña, con sus rodelas y lanzas, de Moteczuma y Axayaca, su padre, según dicen. Tráenla por dos caños tan gordos como un buey cada uno. Cuando está el uno sucio, échanla por el otro hasta que se ensucia. De esta fuente se bastece la ciudad y se proveen los estanques y fuentes que hay por muchas casas, y en canoas van vendiendo de aquella agua, de que pagan ciertos derechos.

Está la ciudad repartida en dos barrios: al uno llaman Tlatelulco, que quiere decir isleta; y al otro México, donde mora Moteczuma, que quiere decir manadero, y es el más principal, por ser mayor barrio y morar en él los reyes: se quedó la ciudad con este nombre, aunque su propio y antiguo nombre es Tenuchtitlán, que significa fruta de piedra, porque está compuesto de *tetl*, que es piedra, y de *nuchtli*, que es la fruta que en Cuba y Haití llaman tunas. El árbol, o más propiamente cardo, que lleva esta fruta *nuchtli* se llama entre los indios de Culúa, mexicanos, nopal; el cual es casi todo hojas algo redondas, un palmo anchas, un pie largas, un dedo gordas y dos, o más o menos, según donde nacen. Tiene muchas espinas dañosas y enconadas. El color de la hoja es verde, el de la espina pardo. Plántase, y va creciendo de una hoja en otra, y engordando tanto por el pie que viene a ser como árbol. Y no solamente produce una hoja a otra por la punta, mas echa también otras por los lados; mas pues acá los hay, no hay qué decir.

En algunas partes, como de los teuchichimecas, donde es tierra estéril y falta de aguas, beben el zumo de estas hojas de nopal. La fruta *nuchtli* es a manera de higos, que así tiene los granillos y el hollejo delgado. Pero son más largos y coronados, como níspolas. Es de muchos colores. Hay *nuchtli* verde por fuera que dentro es escamada, y sabe bien; hay *nuchtli* que es ama-

rilla, otra que es blanca, y otra que llaman picadilla, por la mezcla que de colores tiene. Buenas son las picadillas, mejores las amarillas, pero las perfectas y sabrosas son las blancas, de las cuales a su tiempo hay muchas. Unas saben a peras, otras a uvas; son muy frescas; y así, las comen en verano por camino y con calor los españoles, que se dan más por ellas que los indios. Cuando esta fruta es más cultivada es mejor; y así, ninguno, si no es muy pobre, come de las que llaman montesinas o magrillas. Hay también otra suerte de *nuchtli*, que es colorada, la cual no es preciada, aunque gustosa. Si algunos la comen, es porque vienen temprano y las primeras de todas las tunas. No las dejan de comer por ser malas ni desabridas, sino porque tiñen mucho los dedos y labios y los vestidos, y es muy mala de quitar la mancha, y sin esto, porque tiñen la orina en tanta manera que parece pura sangre. Muchos españoles nuevos en la tierra han desmayado por comer de estos higos colorados, pensando que con la orina se les iba toda la sangre del cuerpo, en que hacían reír los compañeros. Asimismo han picado muchos médicos recién llegados de acá, viendo las orinas de quien había comido esta fruta colorada; porque engañados por el color, y no sabiendo el secreto, daban remedios para restañar la sangre del hombre sano, a gran risa de los oyentes y sabedores de la burla. De aquella fruta *nuchtli*, y de *tetl*, que es piedra, se compone el nombre de Tenuchtitlán, y cuando se comenzó a poblar fue cerca de una piedra que estaba dentro de la laguna; de la cual nacía un nopal muy grande, y por eso tiene México por armas y divisa un pie de nopal nacido entre una piedra, que es muy conforme al nombre.

También dicen algunos que tuvo esta ciudad nombre de su primer fundador, que fue Tenuch, hijo segundo de Iztacmixcoatl, cuyos hijos y descendientes poblaron, como después diré, esta tierra de Anauac, que ahora se dice Nueva-España. Tampoco falta quien piense que se dijo de la grana, que llaman *nuchiztli*, la cual sale del mismo cardón nopal y fruta *nuchtli*, de que toma el nombre. Los españoles la llaman carmesí por ser color muy subido, y es de mucho precio. Como quiera pues que ello fue, es cierto que el lugar y sitio se llama Tenuchtitlán, y el natural y vecino *tenuchca*. México, según ya dije arriba, no es toda la ciudad, sino la media y un barrio, aunque bien suelen decir los indios México Tenuchtitlán todo junto. Y creo que lo intitulan así en las provisiones reales. Quiere México decir manadero o

fuente, según la propiedad del vocablo y lengua; y así, dicen que hay alrededor de él muchas fuentecillas y ojos de agua, de donde le nombraron los que primero poblaron allí. También afirman otros que se llama México de los primeros fundadores, que se dijeron *mexiti*; que aún ahora se nombran *mexica* los de aquel barrio y población; los cuales *mexiti* tomaron nombre de su principal dios e ídolo, dicho Mexitli, que es el mismo que Uitcilopuchtli. Primero que se poblase este barrio México, estaba ya poblado el de Tlatelulco, que por comenzarlo en una parte alta y enjuta de la laguna le llamaron así, que quiere decir isleta, y viene de *tlatelli*, que es isla.

Está México Tenuchtitlán todo cercado de agua dulce, como está en la laguna. No tiene más de tres entradas por tres calzadas: la una viene de poniente trecho de media legua, la otra del norte por espacio de una legua. Hacia levante no hay calzada, sino barcas para entrar. Al mediodía está la otra calzada dos leguas larga, por la cual entraron Cortés y sus compañeros, según ya dije. La laguna en que está México asentada, aunque parece toda una, es dos, y muy diferente una de otra; porque la una es de agua salitral, amarga, pestífera, y que no consiente ninguna suerte de peces, y la otra de agua dulce y buena, y que cría peces, aunque pequeños. La salada crece y mengua; mas según el aire que corre, corre ella. La dulce está más alta; y así, cae la agua buena en la mala, y no al revés, como algunos pensaron, por seis o siete ojos bien grandes que tiene la calzada, que las ataja por medio, sobre los cuales hay puentes de madera muy gentiles. Tiene cinco leguas de ancho la laguna salada, y ocho o diez de largo, y más de quince de ruedo. Otro tanto tendrá la dulce en cada cosa; y así, bojará toda la laguna más de treinta leguas, y tendrá dentro y a la orilla más de cincuenta pueblos, y muchos de ellos de a cinco mil casas, algunos de diez mil, y pueblo, que es Tezcuco, tan grande como México. La agua que se recoge a esto hondo que llaman laguna, viene de una corona de sierras que están a vista de la ciudad y a la redonda de la laguna, la cual para en tierra salitral, y por eso es salada; que el suelo y sitio lo causan, y no otra cosa, como piensan muchos. Hácese en ella mucha sal, de que hay gran trato.

Andan en estas lagunas doscientas mil barquillas, que los naturales llaman *acalles*, que quiere decir casas de agua; *atl* es agua, y *calli* casa, de que está el vocablo compuesto. Los españoles las dicen canoas, avezados a la

lengua de Cuba y Santo Domingo. Son a manera de artesa, y de una pieza hechas, grandes o chicas, según el tronco del árbol. Antes me acorto que alargo en el número de estas *acalles* para según lo que otros dicen, que en sólo México hay ordinariamente cincuenta mil de ellas para acarrear bastimentos y portear gente; y así, las calles están cubiertas de ellas, y muy gran trecho alrededor de la ciudad, especial[mente en] día de mercado.

CAPÍTULO LXXIX
LOS MERCADOS DE MÉXICO

Llaman *tianquiztli* al mercado. Cada barrio y parroquia tiene su plaza para contratar el mercado. Mas México y Tlatelulco, que son los mayores, las tienen grandísimas. Especial lo es una de ellas, donde se hace mercado los más días de la semana, pero de cinco en cinco días es lo ordinario, y creo que la orden y costumbre de todo el reino y tierras de Moteczuma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando; porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun lejos. Y más todos los pueblos de la laguna, a cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aún más.

Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado, que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poca policía; y porque tanta gente y mercaderías no caben en la plaza grande, repártenla por las calles más cerca[nas]; principalmente las cosas engorrosas y de embarazo, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificio, tosca y labrada. Esteras finas, groseras y de muchas maneras; carbón, leña y hornija; loza y toda suerte de barro pintado, vidriado y muy lindo, de que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros; cueros de venados, crudos y curtidos, con su pelo y sin él, y de muchos colores teñidos, para zapatos, broqueles, rodelas, cueras, aforros de armas de palo. Y con esto tenían cueros de otros animales, y aves con su pluma, adobados y llenos de yerba, unas grandes, otras chicas; cosa para mirar, por los colores y extrañeza.

La más rica mercadería es sal y mantas de algodón, blancas, negras y de todos colores, unas grandes, otras pequeñas; unas para dama, otras para

capa, otras para colgar, para bragas, camisas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas. También hay mantas de hoja de *metl* y de palma y de pelo de conejos, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelos de conejo, telas de algodón, hilaza y madejas blancas y teñidas. La cosa más de ver es la volatería que viene al mercado, que allende que de estas aves comen la carne, visten la pluma y cazan a otras con ellas, son tantas, que no tienen número, y de tantas raleas y colores que no lo sé decir; mansas, bravas, de rapiña, de aire, de agua, de tierra. Lo más lindo de la plaza es las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color; son los indios tan oficiales de esto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas tan al propio, que parece lo mismo que o está vivo o está natural. Y acontéceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma y mirando a una parte y a otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre, por ver si dice mejor a pelo o contrapelo o al través, de la haz o del envés; y en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera, como en la nuestra.

El oficio más primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y fundidas con fuego. Un plato ochavado, el un cuarto de oro, y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundición pegado; una calderica, que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pez con una escama de plata y otra de oro, aunque tenga muchas. Vacían un papagayo que se le ande la lengua, que se le menee la cabeza y las alas. Funden una mona que juegue pies y cabeza y tenga en las manos un huso, que parezca que hila, o una manzana, que parezca que come. Esto tuvieron a mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan asimismo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujeran perlas; pero no tan bien como por acá.

Pues tornando al mercado, hay en él mucha pluma, que vale mucho; oro, plata, cobre, plomo, latón y estaño, aunque de los tres metales postreros es poco; perlas y piedras, muchas. Mil maneras de conchas y caracoles pequeños y grandes. Huesos, chinas, esponjas y menudencias otras. Y cierto que son muchas y muy diferentes y para reír las bujerías, los melindres y dijes de estos indios de México. Hay que mirar en las yerbas y raíces, hojas y

simientes que se venden, así para comida como para medicina, que los hombres y mujeres y niños conocen mucho en yerbas, porque con la pobreza y necesidad las buscan para comer y guarecer de sus dolencias, que poco gastan en médicos, aunque los hay, y muchos boticarios, que sacan a la plaza ungüentos, jarabes, aguas y otras cosillas de enfermos. Casi todos sus males curan con yerbas; que aun hasta para matar los piojos tienen yerba propia y conocida. Las cosas que para comer venden no tienen cuento. Pocas cosas vivas dejan de comer. Culebras sin cola ni cabeza, perrillos que no gañen, castrados y cebados; topos, lirones, ratones, lombrices, piojos y aun tierra; porque con redes de malla muy menuda barren en cierto tiempo del año una cosa molida que se cría sobre la agua de las lagunas de México, y se cuaja, que ni es yerba ni tierra, sino como cieno. Hay de ello mucho y cogen mucho; y en eras, como quien hace sal, los vacían, y allí se cuaja y seca. Hácenlo tortas como ladrillos, y no sólo las venden en el mercado, mas llévanlas también a otros fuera de la ciudad y lejos. Comen esto como nosotros el queso, y así tiene un saborcillo de sal, que con *chilmolli* es sabroso. Y dicen que a este cebo vienen tantas aves a la laguna, que muchas veces por invierno la cubren por algunas partes.

Venden venados enteros y a cuartos; gamos, liebres, conejos, tuzas, que son menores que no ellos; perros, y otros que gañen como ellos y que llaman *cuzatli*. En fin, muchos animales de estos así, que crían y cazan. Hay tanto bodegón y casillas de mal cocinado, que espanta dónde se hunde y gasta tanta comida guisada y por guisar como había en ellas. Carne y pescado asado, cocido en pan, pasteles, tortillas de huevos de diferentísimas aves. No hay número en el mucho pan cocido y en grano y espiga que se vende, juntamente con habas, frijoles y otras muchas legumbres. No se pueden contar las muchas y diferentes frutas de las nuestras que aquí se venden cada mercado, verdes y secas. Pero la más principal y que sirve de moneda son unas como almendras, que ellos llaman *cacauatl*, y los nuestros cacao, como en las islas [de] Cuba y Haití. No es de olvidar la mucha cantidad y diferencias que venden de colores que acá tenemos, y de otros muchos y buenos que carecemos, y ellos hacen de hojas de rosas, flores, frutas, raíces, cortezas, piedras, madera y otras cosas que no se pueden tener en la memoria. Hay miel de abejas, de *centli*, que es su trigo, de *metl* y otros árboles y

cosas, que vale más que arrope. Hay aceite de *chian* simiente que unos la comparan a mostaza, y otros a zaragatona, con que untan las pinturas porque no las dañe el agua. También lo hacen de otras cosas. Guisan con él y untan, aunque más usan manteca, sain y sebo. Las muchas maneras que de vino hacen y venden, en otro cabo se dirán.

No acabaría si hubiese de contar todas las cosas que tienen para vender, y los oficiales que hay en el mercado, como son estuferos, barberos, cuchilleros y otros, que muchos piensan que no los había entre estos hombres de nueva manera. Todas estas cosas que digo, y muchas que no sé, y otras que callo, se venden en cada mercado de estos de México. Los que venden, pagan algo del asiento al rey, o por alcabala o porque los guarden de ladrones; y así, andan siempre por la plaza y entre la gente unos como alguaciles. Y en una casa que todos los ven, están doce hombres ancianos, como en judicatura, librando pleitos. La venta y compra es trocando una cosa por otra; ésta da un gallipavo por un haz de maíz; el otro da mantas por sal o dinero, que es almendras de *cacauatl*, y que corre por tal por toda la tierra; y de esta guisa pasa la baratería. Tienen cuenta, porque por una manta o gallina dan tantos cacaos. Tienen medida de cuerda para cosas como *centli* y pluma, y de barro para otras como miel y vino. Si las falsan, penan al falsario y quiebran las medidas.

CAPÍTULO LXXX
EL TEMPLO DE MÉXICO

Al templo llaman *teucalli*, que quiere decir casa de Dios, y está compuesto de *teutl*, que es Dios, y de *calli*, que es casa; vocablo harto propio, si fuera Dios verdadero. Los españoles que no saben esta lengua llaman cúes a los templos, y a Uitcilopuchtli Uchilobos. Muchos templos hay en México, por sus parroquias y barrios, con torres, en que hay capillas con altares, donde están los ídolos e imágenes de sus dioses; las cuales sirven de enterramientos para los señores cuyas son, que los demás en el suelo se entierran alrededor y en los patios. Todos son de una hechura, o casi; y por tanto, con decir del mayor bastará para entenderse; y así como es general en toda esta tierra, así es nueva manera de templos, y creo que ni vista ni oída sino aquí.

Tiene este templo su sitio cuadrado. De esquina a esquina hay un tiro de ballesta. La cerca de piedra con cuatro puertas, que responden a las calles principales que vienen por las tres calzadas que dije, y por otra parte de la ciudad que no tiene calzada, sino muy buena calle. En medio de este espacio está una cepa de tierra y piedra maciza, esquinada como el patio, ancha de un cantón a otro cincuenta brazas. Como sale de tierra y comienza a crecer el montón, tiene unos grandes relejes. Cuanto más la obra crece, tanto más se estrecha la cepa y disminuyen los relejes; de manera que parece pirámide como las de Egipto, sino que no se remata en punta, sino en llano y en cuadro de hasta ocho o diez brazas. Por la parte de hacia poniente no lleva relejes, sino gradas para subir arriba a lo alto, que cada una de ellas alza la subida un buen palmo. Y eran todas ellas ciento trece o ciento catorce gradas, que como eran muchas y altas y de gentil piedra, parecía muy bien. Y era cosa de mirar ver subir y bajar por allí los sacerdotes con alguna ceremonia o con algún hombre para sacrificar.

En aquello alto hay dos muy grandes altares, desviados uno de otro, y tan juntos a la orilla y borde de la pared, que no quedaba más espacio de cuanto un hombre pudiese holgadamente andar por detrás. El uno de estos altares está a la mano derecha, y el otro a la izquierda. No eran más altos que cinco palmos. Cada uno de ellos tenía sus paredes de piedra por sí pintadas de cosas feas y monstruosas. Y su capilla muy linda y bien labrada de masonería de madera. Y tenía cada capilla tres sobrados, uno encima de otro, y cada cual bien alto y hecho de artesones; a cuya causa se empinaba mucho el edificio sobre la pirámide, y quedaba hecha una muy grande torre y muy vistosa, que se parecía de muy lejos. Y de ella se miraba y contemplaba muy a placer toda la ciudad y laguna con sus pueblos, que era la mejor y más hermosa vista del mundo. Y por que la viesen Cortés y los otros españoles, los subió arriba Moteczuma cuando les mostró el templo. Del remate de las gradas hasta los altares quedaba una placeta, que hacía anchura harta a los sacerdotes para celebrar los oficios muy a placer y sin embarazo.

Todo el pueblo miraba y oraba hacia do sale el sol, que por eso hacen sus templos mayores así. Y en cada altar de aquellos dos había un ídolo muy grande. Sin esta torre que se hace con las capillas sobre la pirámide,

había otras cuarenta o más torres pequeñas y grandes en otros *teucallis* chicos, que están en el mismo circuito del mayor; los cuales, aunque eran de la misma hechura, no miran al oriente, sino a otras partes del cielo, por diferenciar al templo mayor. Unos eran mayores que otros, y cada uno de diferente dios. Y entre ellos había uno redondo, dedicado al dios del aire, dicho Quezalcouatl; porque así como el aire anda alrededor del cielo, así le hacían el templo redondo; la entrada del cual era por una puerta hecha como boca de serpiente, y pintada endiabladamente. Tenía los colmillos y dientes de bulto relevados, que asombraba a los que allá entraban, en especial a los cristianos, que se les representaba el infierno en verla delante. Otros *teucallis* o *cúes* había en la ciudad, que tenían las gradas y subida por tres partes, y algunos que tenían otros pequeños en cada esquina. Todos estos templos tenían casas por sí, con todo servicio, y sacerdotes aparte, y particulares dioses.

A cada puerta de las cuatro del patio del templo mayor hay una sala grande con sus buenos aposentos alrededor, altos y bajos. Estaban llenos de armas, porque eran casas públicas y comunes; que las fortalezas y fuerzas de cada pueblo son los templos, y por eso tienen en ellos la munición y almacén. Había otras tres salas a la par con sus azoteas encima, altas, grandes, las paredes de piedras pintadas, el teguillo de madera e imaginería, con muchas capillas o cámaras de muy chicas puertas y oscuras allá dentro, donde están infinitísimos ídolos grandes y pequeños, y de muchos metales y materiales. Están todos bañados en sangre y negros, de como los untan y rocían con ella cuando sacrifican algún hombre. Y aun las paredes tienen una costra de sangre dos dedos en alto, y los suelos un palmo. Hieden pestilencialmente, y con todo esto entran en ellas cada día los sacerdotes; y no dejan entrar allá sino a grandes personas, y aun han de ofrecer algún hombre que maten allí. Para lavarse los sayones y ministros del demonio de la sangre de los sacrificios, y para regar y para servicio de las cocinas y gallinas, hay un gran estanque, el cual se hinche de un caño que viene de la fuente principal que beben.

Todo lo demás del sitio grande y cuadrado, que está vacío y descubierto, es corrales para criar aves, y jardines de yerbas, árboles olorosos, rosales y flores para los altares. Tal y tan grande y tan extraño templo como dicho es

era éste de México, que para sus falsos dioses tenían los engañados hombres. Residen en él a la continua cinco mil personas, y todas duermen dentro, y comen a su costa de él, que es riquísimo; porque tiene muchos pueblos para su fábrica y reparos, que son obligados a tenerlo siempre en pie; y que de consejo, cogen y mantienen toda esta gente de pan y frutas y de carne y pescado, y de leña cuanta es menester, y es menester mucha y harta más que en palacio. Y aun con toda esta carga, vivían más descansados, y en fin, como vasallos de los dioses, según ellos decían.

Moteczuma llevó a Cortés a este templo para que los españoles lo viesen, y por mostrarles su religión y santidad, de la cual hablaremos en otra parte muy largo, que es la más extraña y cruel que jamás oísteis.

CAPÍTULO LXXXI
DE LOS ÍDOLOS DE MÉXICO

Los dioses de México eran dos mil, a lo que dicen. Pero los principalísimos se llaman Uitcilopuchtli y Tezcatlipuca; cuyos ídolos estaban en lo alto del *teucalli* sobre los dos altares. Eran de piedra, y del gordor, altura y tamaño de gigante. Estaban cubiertos de nácar, y encima muchas perlas, piedras y piezas de oro engastadas con engrudo de *zacotl*, y aves, sierpes, animales, peces y flores, hechas a lo mosaico, de turquesas, esmeraldas, calcedonias, amatistas y otras piedrecicas finas que hacían gentiles labores, descubriendo el nácar. Tenían por cinta sendas culebras de oro gordas, y por collares cada diez corazones de hombres de oro, y sendas máscaras de oro con ojos de espejo, y al colodrillo gestos de muerto; todo lo cual tenía sus consideraciones y entendimiento. Ambos eran hermanos: Tezcatlipuca, dios de la providencia, y Uitcilopuchtli, de la guerra, que era más adorado y tenido que todos los otros.

Otro ídolo grandísimo estaba sobre la capilla de aquellos ídolos susodichos, que, según algunos dicen, era el mayor y mejor de sus dioses, y era hecho de cuantos géneros de semillas se hallan en la tierra, y que se comen y aprovechan de algo, molidas y amasadas con sangre de niños inocentes y de niñas vírgenes sacrificadas, y abiertas por los pechos para ofrecer los corazones por primicia al ídolo. Consagrábanlo con grandísima pompa y cere-

monias los sacerdotes y ministros del templo. Toda la ciudad y tierra se hallaba presente a la consagración, con regocijo y devoción increíble, y muchas personas devotas llegaban a tocar el ídolo después de bendecido con la mano, y a meter en la masa piedras preciosas, tejuelos de oro y otras joyas y arreos de sus cuerpos. Después de esto ningún seglar podía, ni aun le dejaban tocar, ni entrar a su capilla, ni tampoco los religiosos, si no eran *tlamacaztli*, que es sacerdote. Renovábanlo de tiempo a tiempo, y desmenuzaban el viejo; y beato el que podía haber un pedazo de él para reliquias y devociones, especial soldados. También bendecían entonces, juntamente con el ídolo, cierta vasija de agua con otras muchas ceremonias y palabras y guardábanla al pie del altar muy religiosamente para consagrar al rey cuando se coronaba, y para bendecir al capitán general cuando elegían para alguna guerra, dándole a beber de ella.

CAPÍTULO LXXXII
EL OSARIO QUE LOS MEXICANOS TENÍAN PARA REMEMBRANZA DE LA MUERTE

Fuera del templo y en frente de la puerta principal, aunque más de un grande tiro de piedra, estaba un osar de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados a cuchillo; el cual era a manera de teatro, más largo que ancho, de cal y canto, con sus gradas, en que están engeridas entre piedra y piedra calaveras con los dientes hacia fuera. A la cabeza y pie del teatro había dos torres hechas solamente de cal y cabezas los dientes afuera; que como no llevaban piedra ni otra materia, a lo menos que se viese, estaban las paredes extrañas y vistosas. En lo alto del teatro había setenta o más vigas altas, apartadas unas de otras cuatro palmos o cinco, y llenas de palos cuanto cabían de alto a bajo, dejando cierto espacio entre palo y palo. Estos palos hacían muchas aspas por las vigas, y cada tercio de aspa o palo tenía cinco cabezas ensartadas por las sienes. Andrés de Tapia, que me lo dijo, y Gonzalo de Umbría, las contaron un día, y hallaron ciento treinta y seis mil calaveras en las vigas y gradas. Las de las torres no pudieron contar. Cruel costumbre, por ser de cabezas de hombres degollados en sacrificio, aunque tiene apariencia de humanidad por la memoria que pone de la muerte. También hay

personas diputadas para que, en cayéndose una calavera, pongan otra en su lugar, y así nunca faltase aquel número.

CAPÍTULO LXXXIII
PRISIÓN DE MOTECZUMA

Seis días que Fernando Cortés y los españoles estuvieron mirando la ciudad y los secretos de ella, y cosas notables que dicho habemos, y otras que después diremos, fueron muy visitados de Moteczuma y de su corte y caballería, y otras gentes, y muy cumplidamente proveídos, como el primer día, y ni más ni menos los indios compañeros y los caballos, que les daban alcacer y yerba fresca, que la hay todo el año; harina, grano, rosas, y cuanto más sus dueños pedían; y aun les hacían las camas de flores. Mas empero, aunque eran así regalados y se tenían por muy ufanos con estar en tan rica tierra, donde podían henchir las manos, no estaban contentos ni alegres todos, sino algunos con miedo y muy cuidadosos. Especial Cortés, a quien, como a caudillo y cabeza, tocaba velar y guardar sus compañeros; el cual andaba muy pensativo, viendo el sitio, gente y grandeza de México y algunas congojas de muchos españoles que le venían con nuevas de la fortaleza y red en que metidos estaban, pareciéndoles ser imposible escapar hombre de ellos el día que Moteczuma se le antojase, o se revolviese la ciudad, con no más tirarles cada vecino su piedra, o rompiendo las puentes de la calzada, o no dándoles de comer; cosas harto fáciles para los indios.

Así que, pues con el cuidado que tenía de guardar sus españoles, de remediar aquellos peligros y atajar inconvenientes para sus deseos, acordó prender a Moteczuma y hacer cuatro fustas, para sojuzgar la laguna y barcas, si algo fuese, como ya traía pensado, a lo que yo creo, antes de entrar, considerando que los hombres en agua son como peces en tierra, y que sin prender al rey no tomarían el reino, y bien quisiera hacer luego las fustas, que era fácil cosa; mas por no alargar la prisión, que era lo principal y el toque del negocio todo, las dejó para después; y determinó, sin dar parte a nadie, prenderlo luego. La ocasión o achaque que para ello tuvo fue la muerte de nueve españoles que Cualpopoca mató, y la osadía, haber escrito al emperador que lo prendería, y querer apoderarse de México y de su im-

perio. Tomó pues las cartas de Pedro de Hircio, que contaban la culpa de Cualpopoca en la muerte de los nueve españoles, para las mostrar a Moteczuma. Leyolas, y metióselas en la faltriquera, y paseose un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendía, y que aun a él mismo le parecía temerario, pero necesario para su intento.

Andando así paseando, vio una pared de la sala más blanca que las otras; llegose a ella, y conoció que estaba recién encalada, y que era una puerta de poco tiempo con piedra y cal cerrada. Llamó dos criados, que los demás ya, como era gran noche, dormían. Hízola abrir, entró, halló muchas cámaras, y en algunas mucha cantidad de ídolos, plumajes, joyas, piedras, plata, y tanto oro que lo espantó, y tantas gentilezas que se maravilló. Cerró la puerta lo mejor que pudo, y fuese sin tocar a cosa ninguna de todo ello, por no escandalizar a Moteczuma, no se estorbase por eso su prisión, y porque aquello en casa se estaba.

Otro día por la mañana vinieron a él ciertos españoles, con muchos indios de Tlaxcallan, a decirle cómo los de la ciudad tramaban de los matar, y querían quebrar las puentes de las calzadas para mejor hacerlo. Así que con estas nuevas, falsas o verdaderas, deja para recaudo y guarda de su aposento la mitad de los españoles, pone por las encrucijadas de las calles muchos otros, y a los demás dice que de dos en dos, y tres a cuatro, o como mejor les pareciere, se vayan a palacio muy disimuladamente, que requiere hablar a Moteczuma sobre cosas que les va las vidas.

Ellos lo hicieron así, y él fuese derecho a Moteczuma con armas secretas, que así iban los que las tenían. Moteczuma lo salió a recibir, y metiolo en una sala donde tenía su estrado. Entraron con él allá hasta treinta españoles; los demás quedaron a la puerta y en el patio. Saludole Cortés según acostumbraba, y luego comenzó a burlar y tener palacio, como otras veces solía. Moteczuma, que muy descuidado, y sin pensamiento de lo que fortuna ordenado tenía, estaba, y muy alegre y contento de aquella conversación, dio a Cortés muchas joyas de oro y una hija suya, y otras hijas de señores para otros españoles. Él las tomó por no descontentarle, que le fuera afrenta a Moteczuma si no lo hiciera así; mas díjole que era casado y no la podía tomar por mujer; porque su ley de cristianos no permitía que nadie tuviese más de una mujer, so pena de infamia y señal en la frente por ello.

Después de todo esto, mostrole las cartas de Pedro de Hircio, que llevaba, e hízoselas declarar, quejándose de Cualpopoca, que había muerto tantos españoles, y de él mismo, que lo había mandado, y de que los suyos publicasen que querían matar los españoles y romper las puentes. Moteczuma se disculpó de lo uno y de lo otro, diciendo que era mentira lo de sus vasallos, y falsedad muy grande que aquel malo de Cualpopoca le levantaba; y porque viese que era así, llamó luego a la hora, con la saña que tenía, ciertos criados suyos, mandoles que fuesen a llamar a Cualpopoca, y dioles una piedra, como sello, que traía al brazo y que tenía la figura de Uitcilopuchtli. Los mensajeros se partieron luego al momento, y Cortés le dijo: "Mi señor, conviene que vuestra alteza se vaya conmigo a mi aposento, y esté allá hasta que los mensajeros tornen y traigan a Cualpopoca y la claridad de la muerte de mis españoles; que allá seréis tratado y servido y mandaréis como aquí. No tengáis pena; que yo miraré por vuestra honra y persona como por la propia mía o por la de mi rey; y perdonadme que lo haga así, que no puedo hacer otra cosa, que si disimulase con vos, estos que conmigo vienen se enojarían de mí, que no los amparo y defiendo. Así que mandad a los vuestros que no se alteren ni rebullan, y sabed que cualquiera mal que nos viniere lo pagará vuestra persona con la vida, pues está en vuestra boca ir callando y sin alborotar la gente".

Mucho se turbó Moteczuma, y dijo con toda gravedad: "No es persona la mía para estar presa, y ya que lo quisiese yo, no lo sufrirían los míos". Cortés replicó, y él también, y así estuvieron ambos más de cuatro horas sobre esto, y al cabo dijo que iría, pues había de mandar y gobernar. Mandó que le aderezasen muy bien un cuarto en el patio y casa de los españoles, y fuese allá con Cortés. Vinieron muchos señores, quitáronse las ropas, pusiéronlas so el brazo, y descalzos y llorando lo llevaron en unas ricas andas. Como se dijo por la ciudad que el rey iba preso en poder de los españoles, comenzose de alborotar toda. Mas él consoló a los que lloraban, y mandó a los otros cesar, diciendo que no estaba preso ni contra su voluntad, sino muy a su placer.

Cortés le puso guarda española con un capitán, que la quitaba y ponía cada día, y nunca faltaban de con él españoles que lo entretenían y regocijaban, y él se holgaba mucho de aquella conversación, y les daba siempre algo.

Era servido allí, como en palacio, de los suyos mismos, y de los españoles también, que no veían placer que no le diesen, ni Cortés regalo que no le hiciese, suplicándole de continuo no tuviese pena, y dejándole librar pleitos, despachar negocios y entender en la gobernación de sus reinos como antes, y hablar pública y secretamente con todos cuantos querían de los suyos; que era cebo con que picasen en el anzuelo él y todos sus indios. Nunca griego ni romano ni de otra nación, después que hay reyes, hizo cosa igual que Fernando Cortés en prender a Moteczuma, rey poderosísimo, en su propia casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo sino cuatrocientos y cincuenta compañeros.

CAPÍTULO LXXXIV
LA CASA DE MOTECZUMA

No sólo tenía Moteczuma toda la libertad que digo, estando así preso en casa y poder de los españoles, mas también le dejaba Cortés salir siempre a caza o al templo, que era hombre devotísimo y cazador. Cuando salía a cazar, iba en andas a hombros de hombres; llevaba ocho o diez españoles en guarda de la persona, y tres mil mexicanos entre señores, caballeros, criados y cazadores, de que tenían grandísimo número; unos para montear, otros para ojeos, otros para altanería. Los monteros esperaban liebres, conejos y guanas; tiraban a venados, corzos, lobos, zorros y otros animales, así como coyutles, con arcos, de que diestros son y certeros, especial si eran teuchichimecas, que tienen pena errando el tiro de ochenta pasos abajo. Cuando mandaba cazar a ojeo, era maravilla de ver la gente que se juntaba para ello, y la caza y matanza que a manos, palos, redes y arcos hacían de animales mansos, bravos y espantosos, como leones, tigres, y unas como onzas, que semejan gatos. Mucho es tomar un león, así por ser peligrosa presa y tener pocas armas y defensa los que lo hacen, aunque más vale maña que fuerza; empero mucho más es tomar las aves que van volando por el aire, a ojeo, como hacen los cazadores de Moteczuma; los cuales tienen tal arte y destreza, que toman cualquiera ave, por brava y voladora que sea, en el aire, si el señor lo manda, según aconteció un día de estos, que estando con Moteczuma los españoles que lo guardaban, en un corredor, vieron un

gavilán, y dijo uno de ellos: "¡Oh qué buen gavilán! ¡Quién lo tuviese!". Entonces llamó ciertos criados, que decían ser cazadores mayores, y mandoles que siguiesen aquel gavilán y se lo trajesen. Ellos fueron, y pusieron tanta diligencia y maña, que se lo trujeron, y él lo dio a los españoles; cosa que sobra de crédito, mas certificada de muchos por palabras y escrituras. Locura fuera de un tal rey como era Moteczuma, mandar tal cosa, y necedad de los otros obedecerle, si no lo pudieran o supieran hacer; si ya no decimos que lo hizo por demostración de grandeza y vanagloria, y los cazadores mostrasen otro gavilán bravo, y jurasen ser aquel mismo que tomarles mandara. Si ello es verdad, como afirman, antes loaría yo a quien lo tomó que no al que lo mandó.

El mayor pasatiempo de estas salidas era la caza de altanería, que hacían de garzas, milanos, cuervos, picazas y otras aves, recias y flojas, grandes y chicas, con águilas, buitres y otras aves de rapiña, suyas y nuestras, que volaban a las nubes, y algunas que mataban liebres y lobos, y como dicen, ciervos. Otros andaban a volatería con redes, losas, lazos, señuelos y otros ingenios, y Moteczuma tiraba bien con arco a fieras, y con cerbatana, de que era muy gran tirador y certero, a pájaros.

Las casas a do iba eran de placer, y los bosques que dije, y fuera de la ciudad dos leguas por lo menos; y aunque algunas veces hacía fiesta y banquete allá a los españoles y señores que con él iban, nunca dejaba de tornar la noche a dormir a casa de Cortés, ni de dar algo a los españoles que le habían acompañado aquel día; y como Cortés viese con cuánta franqueza y alegría hacía mercedes, díjole que los españoles eran traviesos, y habían escudriñado la casa, y tomado cierto oro y otras cosas que hallaron en unas cámaras; que viese lo que mandaba hacer de ello; y era lo que él descubrió. Él dijo liberalmente: "Eso es de los dioses de la ciudad; mas dejad las plumas y cosas que no son de oro ni plata, y lo otro tomadlo para vos y para ellos; y si más queréis, más os daré".

CAPÍTULO LXXXV
CÓMO CORTÉS COMENZÓ A DERROCAR LOS ÍDOLOS DE MÉXICO

Cuando Moteczuma iba al templo, era las más veces a pie, arrimado a uno, o entre dos, que lo llevaban de los brazos, y un señor delante con tres varas en la mano, delgadas y altas, como que mostraban ir allí la persona del rey, o en señal de justicia y castigo. Si iba en andas, tomaba una de aquellas varas en su mano en bajando de ellas; y si a pie, creo que la llevaba siempre, como cetro. Era muy ceremonioso en todas sus cosas y servicio; pero lo más sustancial ya está dicho desde que Cortés entró en México hasta aquí. Los primeros días que los españoles llegaron, y siempre que Moteczuma iba al templo, mataban hombres en sacrificio, y porque no hiciesen tal crueldad y pecado en presencia de españoles que tenían de ir allá con él, avisó Cortés a Moteczuma que mandase a los sacerdotes no sacrificasen cuerpo humano, si quería que no le asolase el templo y la ciudad; y aun le previno cómo quería derribar los ídolos delante de él y de todo el pueblo. Mas él le dijo que no curase de ello; que se alborotarían y tomarían armas en defensa y guarda de su antigua religión y dioses buenos, que les daban agua, pan, salud y claridad, y todo lo necesario.

Fueron pues Cortés y los españoles con Moteczuma la primera vez que después de preso salió al templo; y él por una parte y ellos por otra, comenzaron en entrando a derrocar los ídolos de las sillas y altares en que estaban, por las capillas y cámaras. Moteczuma se turbó reciamente, y se azoraron los suyos muy mucho, con ánimo de tomar armas y matarlos allí. Mas empero Moteczuma les mandó estar quedos, y rogó a Cortés que se dejase de aquel atrevimiento. Él lo dejó, porque le pareció que aún no era sazón ni tenía el aparejo necesario para salir con lo intentado; pero díjoles así con los intérpretes.

CAPÍTULO LXXXVI
LA PLÁTICA QUE HIZO CORTÉS A LOS DE MÉXICO SOBRE LOS ÍDOLOS

"Todos los hombres del mundo, muy soberano rey, y nobles caballeros y religiosos, ora vosotros aquí, ora nosotros allá en España, ora en cualquier parte, que vivan de él, tienen un mismo principio y fin de vida, y traen su comienzo y linaje de Dios, casi con el mismo Dios. Todos somos hechos de una manera de cuerpo, de una igualdad de ánima y de sentidos; y así, todos somos, no sólo semejantes en el cuerpo y alma, más aún también parientes en sangre; empero acontece, por la providencia de aquel mismo Dios, que unos nazcan hermosos y otros feos; unos sean sabios y discretos, otros necios, sin entendimiento, sin juicio ni virtud; por donde es justo, santo y muy conforme a razón y a voluntad de Dios, que los prudentes y virtuosos enseñen y doctrinen a los ignorantes, y guíen a los ciegos y que andan errados, y los metan en el camino de salvación por la vereda de la verdadera religión. Yo pues, y mis compañeros, vos deseamos y procuramos también tanto bien y mejoría, cuanto más el parentesco, amistad y el ser vuestros huéspedes; cosas que a quien quiera y donde quiera, obligan, nos fuerzan y constriñen. En tres cosas, como ya sabréis, consiste el hombre y su vida: en cuerpo, alma y bienes. De vuestra hacienda, que es lo menos, ni queremos nada, ni hemos tomado sino lo que nos habéis dado. A vuestras personas ni a las de vuestros hijos ni mujeres, no habemos tocado, ni aun queremos; el alma solamente buscamos para su salvación; a la cual ahora pretendemos aquí mostrar y dar noticia entera del verdadero Dios. Ninguno que natural juicio tenga, negará que hay Dios; mas empero por ignorancia dirá que hay muchos dioses, o no atinará al que verdaderamente es Dios. Mas yo digo y certifico que no hay otro Dios sino el nuestro de cristianos; el cual es uno, eterno, sin principio, sin fin, criador y gobernador de lo criado. Él solo hizo el cielo, el Sol, la Luna y estrellas, que vosotros adoráis; él mismo crió la mar con los peces, y la tierra con los animales, aves, plantas, piedras, metales, y cosas semejantes, que ciegamente vosotros tenéis por dioses. Él asimismo, con sus propias manos, ya después de todas las cosas criadas, formó un hombre y una mujer; y formado, le puso

el alma con el soplo, y le entregó el mundo, y le mostró el paraíso, la gloria y a sí mismo. De aquel hombre pues y de aquella mujer venimos todos, como al principio dije; y así, somos parientes, y hechura de Dios; y aun hijos; y si queremos tornar al Padre, es menester que seamos buenos, humanos, piadosos, inocentes y corregibles; lo que no podéis vosotros ser si adoráis estatuas y matáis hombres. ¿Hay hombres de vosotros que querría le matasen? No por cierto. Pues ¿por qué matáis a otros tan cruelmente? Donde no podéis meter alma, ¿para qué la sacáis? Nadie hay de vosotros que pueda hacer ánimas ni sepa forjar cuerpos de carne y hueso; que si pudiese, no estaría ninguno sin hijos, y todos tendrían cuantos quisiesen y como los quisiesen, grandes, hermosos, buenos y virtuosos; empero, como los da este nuestro Dios del cielo que digo, dalos como quiere y a quien quiere; que por eso es Dios, y por eso le habéis de tomar, tener y adorar por tal, y porque llueve, serena y hace sol, con que la tierra produzca pan, fruta, yerbas, aves y animales para vuestro mantenimiento. No os dan estas cosas, no las duras piedras, no los maderos secos, ni los fríos metales ni las menudas semillas de que vuestros mozos y esclavos hacen con sus manos sucias estas imágenes y estatuas feas y espantosas, que vanamente adoráis. ¡Oh qué gentiles dioses, y qué donosos religiosos! Adoráis lo que hacen manos que no comeréis lo que guisan o tocan. ¿Creéis que son dioses lo que se pudre, carcome, envejece y sentido ninguno tiene? ¿Lo que ni sana ni mata? Así que no hay para qué tener más aquí estos ídolos, ni se hagan más muertes ni oraciones delante de ellos, que son sordos, mudos y ciegos. ¿Queréis conocer quién es Dios, y saber dónde está? Alzad los ojos al cielo, y luego entenderéis que está allá arriba alguna deidad que mueve el cielo, que rige el curso del sol, que gobierna la tierra, que bastece la mar, que provee al hombre y aun a los animales de agua y pan. A este Dios pues, que ahora imagináis allá dentro en vuestros corazones, a ése servid y adorad, no con muerte de hombres ni con sangre de sacrificios abominables, sino con sola devoción y palabras, como los cristianos hacemos; y sabed que para enseñaros esto venimos acá”.

Con este razonamiento aplacó Cortés la ira de los sacerdotes y ciudadanos; y con haber ya derribado los ídolos, antuviándose, acabó con ellos; otorgando a Moteczuma que no tornasen a los poner, y que barriesen y lim-

piasen la sangre hedionda de las capillas, y que no sacrificasen más hombres, y que le consintiesen poner un crucifijo y una imagen de Santa María en los altares de la capilla mayor, adonde suben por las ciento y catorce gradas que dije. Moteczuma y los suyos prometieron de no matar a nadie en sacrificio, y de tener la cruz e imagen de nuestra Señora, si les dejaban los ídolos de sus dioses que aún estaban en pie; y así lo hizo él, y lo cumplieron ellos, porque nunca después sacrificaron hombre, a lo menos en público ni de manera que españoles lo supiesen; y pusieron cruces e imágenes de nuestra Señora y de otros sus santos entre sus ídolos. Pero quedoles un odio y rencor mortal con ellos por esto, que no pudieron disimular mucho tiempo. Más honra y prez ganó Cortés con esta hazaña cristiana que si los venciera en batalla.

CAPÍTULO LXXXVII
QUEMA DEL SEÑOR CUALPOPOCA Y DE OTROS CABALLEROS

Veinte días andados después que Moteczuma fue preso, volvieron aquellos sus criados que habían ido con su mandado y sello, y trajeron a Cualpopoca y a un hijo suyo, y otras quince principales personas, que, según hallaron por pesquisa, eran culpados y participantes en consejo y muerte de los españoles. Entró Cualpopoca en México acompañado como gran señor que era, y en unas ricas andas que traían a hombros criados y vasallos suyos; y luego que habló a Moteczuma, fue entregado a Cortés con el hijo y los quince caballeros. Él los apartó y examinó estando con prisiones, y ellos confesaron que habían muerto los españoles en batalla. Preguntado Cualpopoca si era vasallo de Moteczuma, respondió: "¿Pues hay otro señor de quien poderlo ser?" casi diciendo que no. Cortés le dijo: "Muy mayor es el rey de los españoles que vos matasteis sobre seguro y a traición; y aquí lo pagaréis".

Examináronse otra vez con más rigor, y entonces todos a una voz confesaron cómo ellos habían muerto dos españoles, tanto por aviso e inducimiento del gran señor Moteczuma, como por su motivo; y a los otros en la guerra que le fueron a dar en su casa y tierra, donde lícitamente les pudie-

ron matar. Cortés, por la confesión que de la culpa hicieron con su propia boca, los sentenció y condenó a quemar; y así, se quemaron públicamente en la plaza Mayor, delante todo el pueblo, sin haber ningún escándalo, sino todo silencio y espanto de la nueva manera de justicia que veían ejecutar en señor tan principal y en reino de Moteczuma, a hombres extranjeros y huéspedes.

CAPÍTULO LXXXVIII
LA CAUSA DE QUEMAR A CUALPOPOCA

Mandó Cortés a Pedro de Hircio que procurase de poblar donde ahora es Almería, porque Francisco de Garay no entrase allí, pues ya lo habían echado una vez de aquella costa. Hircio requirió los indios a su amistad, para que se diesen al emperador. Cualpopoca, señor de Nahutlán, o cinco villas que ahora llaman Almería, envió a decir a Pedro de Hircio cómo él no iba a darle obediencia por tener enemigos en el camino; mas que iría si le enviase algún español para le asegurar el camino, pues nadie osaría enojarle. Envióle cuatro, creyendo ser verdad, y porque tenía gana de poblar allí. Entrando los cuatro españoles en tierra de Nahutlán, les salieron muchos hombres con armas al encuentro, y mataron los dos, haciendo grande alegría; los otros dos escaparon heridos a dar la nueva en la Veracruz.

Pedro de Hircio, creyendo haberlo hecho Cualpopoca, fue contra él con cincuenta españoles y con diez mil de Cempoallan, y llevó dos caballos que tenía y dos tirillos. Cualpopoca, desde que lo supo, salió con gran ejército a echarlos de su tierra. Peleó con ellos tan bien, que mató siete españoles y muchos cempoallaneses; mas al cabo fue vencido, su tierra talada, su pueblo saqueado, y muchos suyos muertos y cautivos. Estos dijeron cómo por mandado del gran señor Moteczuma había hecho todo aquello Cualpopoca. Pudo ser, que también lo confesaron al tiempo de la muerte; mas otros dijeron que por excusarse echaban la culpa a los de México. Esto escribió Pedro de Hircio a Cortés a Chololla, y por estas cartas entró Cortés para prender a Moteczuma, según ya se dijo.

CAPÍTULO LXXXIX
CÓMO CORTÉS ECHÓ GRILLOS A MOTECZUMA

Antes que los llevasen a la hoguera, dijo Cortés a Moteczuma cómo Cualpopoca y los otros habían dicho y jurado que por su aviso y mandado mataron los dos españoles; y que lo había hecho muy mal, siéndole tan amigos y sus huéspedes; y que si no tuviera respeto al amor que le tenía, que de otra suerte pasara el negocio; y echole unos grillos, diciendo: "Quien mata, merece que muera, según ley de Dios". Esto hizo por ocuparle el pensamiento en sus duelos y dejase los ajenos. Moteczuma se puso como muerto, y recibió grandísimo espanto y alteración con los grillos, cosa nueva para rey, y dijo que no tenía culpa ni sabía nada de aquello. Y así, luego aquel día mismo, ya que la quema fue hecha, le quitó Cortés los grillos, y le acometió con libertad para que se fuese a palacio. Él quedó muy gozoso en verse sin prisiones, y agradeció el comedimiento, y no quiso irse, o porque le pareció, como ello debía ser, todo palabras y cumplimiento, o porque no osaba, de miedo que los suyos no le matasen en viéndole fuera de españoles, por haberse dejado prender y tener así; y decía que si se iba de allí le harían rebelar, y matar a él y a sus españoles. Hombre sin corazón y de poco debía ser Moteczuma, pues se dejó prender, y preso, nunca procuró soltura, convidándole con ello Cortés y rogándoselo los suyos; y siendo tal, era tan obedecido, que nadie osaba en México enojar a los españoles por no enojarle; y que Cualpopoca vino de setenta leguas con sólo decirle que el señor le llamaba, y con mostrarle la figura de su sello, y que muchas leguas aparte hacían todos todo lo que quería y mandaba.

CAPÍTULO XC
DE CÓMO ENVIÓ CORTÉS A BUSCAR ORO EN MUCHAS PARTES

Tenía Cortés mucha gana de saber cuán lejos llegaba el señorío y mando de Moteczuma, y cómo se habían con él los reyes y señores comarcanos, y allegar alguna buena suma de oro para enviar a España del quinto al Emperador, con entera relación de la tierra y gente y cosas hechas; y por tanto, rogó

a Moteczuma le dijese y mostrase las minas de donde él y los suyos habían el oro y plata. Él dijo que le placía, y luego nombró ocho indios, los cuatro plateros y conocedores del minero, y los cuatro que sabían la tierra a do los quería enviar; y mandoles que de dos en dos fuesen a cuatro provincias, que son Zuzolla, Malinaltepec, Tenich, Tututepec, con otros ocho españoles que Cortés dio, a saber los ríos y mineros de oro y traer muestra de ello.

Partiéronse aquellos ocho españoles y ocho indios con señas de Moteczuma. A los que fueron a Zuzolla que está ochenta leguas de México y son vasallos suyos, les mostraron tres ríos con oro, y de todos les dieron muestra de ello, mas poca, porque sacan poco, a falta de aparejos e industria o codicia. Éstos, para ir y volver, pasaron por tres provincias muy pobladas, y de buenos edificios y tierra fértil; y la gente de la una, que se llama Tlamacolapán, es de mucha razón y más bien vestida que la mexicana. Los que fueron a Malinaltepec, setenta leguas lejos, trajeron también muestra de oro que los naturales sacan de un gran río que atraviesa por aquella provincia. A los que fueron a Tenich, que está el río arriba de Malinaltepec, y es de otro diferente lenguaje, no dejaba entrar ni tomar razón de lo que buscaban, el señor de ella, que dicen Coatelicamatl, porque ni reconoce a Moteczuma ni es su amigo, y pensaba que iban por espías. Mas como le informaron quién eran los españoles, dijo que se fuesen los mexicanos fuera de su tierra, y los españoles que hiciesen el mando a que venían, para que llevasen recado a su capitán. Como esto vieron los de México, pusieron mal corazón a los españoles, diciendo que era malo aquel señor y cruel, y que los mataría. Algo dudaron los nuestros de hablar a Coatelicamatl, aunque ya tenían licencia, con lo que sus compañeros decían, y porque andaban los de la tierra armados y con unas lanzas de veinticinco palmos, y aun algunos con de a treinta. Mas al cabo entraron, porque fuera cobardía no lo hacer y dar que sospechar de sí, y que los mataran. Coatelicamatl los recibió muy bien, hízoles mostrar luego siete u ocho ríos, de los cuales sacaron oro en su presencia y les dieron la muestra para traer, y envió embajadores a Cortés ofreciéndole su tierra y persona, y ciertas mantas y algunas joyas de oro.

Cortés se holgó más de la embajada que del presente, por ver que los contrarios de Moteczuma deseaban su amistad. A Moteczuma y los suyos no les placía mucho, porque Coatelicamatl, aunque no es gran señor, tiene

gente guerrera y tierra áspera de sierras. Los otros que fueron a Tututepec, que está cerca del mar y doce leguas de Malinaltepec, volvieron con la muestra del oro de dos ríos que anduvieron, y con nuevas de ser aquella tierra aparejada para hacer en ella estancias y sacarlo; por lo cual rogó Cortés a Moteczuma que le hiciese allí una a nombre del Emperador. El mandó luego ir allá oficiales y trabajadores, y dentro de dos meses estaba hecha una casa grande, con otras tres chicas alrededor, para servicio, y en ella un estanque de peces con quinientos patos para pluma, que pelan muchas veces por año para mantas; mil y quinientos gallipavos, y tanto ajuar y aderezos de entre casa en todas ellas, que valía veinte mil castellanos. Había asimismo sesenta fanegas de *centli* sembradas, diez de frijoles, y dos mil pies de *cacauatl* o cacao, que nace por allí muy bien. Comenzóse esta granjería, mas no se acabó, con la venida de Pánfilo de Narváez y con la revuelta de México, que siguieron luego.

Rogole también que le dijese si en la costa de su tierra, que está a esta mar, había algún buen puerto en que las naves de España pudiesen estar seguras. Dijo que no lo sabía, mas que lo preguntaría o lo enviaría a saber. Y así, hizo luego pintar en lienzo de algodón toda aquella costa, con cuantos ríos, bahías, ancones y cabos había en lo que suyo era; y en todo lo pintado y trazado no parecía puerto ni cala, ni cosa segura, sino un grande ancón que está entre las sierras que ahora llaman de San Martín y San Antón, en la provincia de Coazacoalco, y aun los pilotos españoles pensaron que era estrecho para ir a los Malucos y Especiería. Mas empero estaban muy engañados, y creían lo que deseaban. Cortés nombró diez españoles, todos pilotos y gente de mar, que fuesen, con los que Moteczuma daba, pues hacía tan bien la costa del camino. Partiéronse pues los diez españoles con los criados de Moteczuma, y fueron a dar a Chalchicoeca, donde habían desembarcado, que ahora se dice San Juan de Ulúa. Anduvieron setenta leguas de costa sin hallar ancón ni río, aunque toparon muchos, que fuese hondable y bueno para naos.

Llegaron a Coazacoalco y el señor de aquel río y provincia, llamado Tuchintlec, aunque enemigo de Moteczuma, recibió los españoles porque ya sabía de ellos desde cuando estuvieron en Potonchán, y dioles barcas para mirar y sondar el río. Ellos lo midieron, y hallaron seis brazas donde

más hondo. Subieron por él arriba doce leguas. Es la ribera de él de grandes poblaciones, y fértil a lo que parecía. Sin esto, Tuchintlec envió a Cortés con aquellos españoles algunas cosas de oro, piedras, ropas de algodón, de pluma, de cuero, y tigres, y a decir que quería ser su amigo y tributario del emperador de un tanto cada año, con tal que los de Culúa no entrasen en su tierra.

Mucho placer tuvo Cortés con esta mensajería y de que se hubiese hallado aquel río; porque decían marineros que del río de Grijalva hasta el de Pánuco no había río bueno; mas creo que también se engañaron. Tornó a enviar allá de aquellos españoles con cosas de España para el Tuchintlec, y a que supiesen mejor su voluntad, y la comodidad de la tierra y del puerto bien por entero. Fueron y volvieron muy contentos y ciertos de todo; y así, despachó luego Cortés allá a Juan Velázquez de León por capitán de ciento cincuenta españoles, para que poblase e hiciese una fortaleza.

CAPÍTULO XCI
LA PRISIÓN DE CACAMA, REY DE TEZCUCO

La poquedad de Moteczuma, o amor que a Cortés y a los otros españoles tenía, causaba que los suyos no solamente murmurasen, pero que tramasen novedades y rebelión, especialmente su sobrino Cacamacín, señor de Tezcuco, mancebo feroz, de ánimo y honra; el cual sintió mucho la prisión del tío, y como vio que iba muy a la larga, rogole que se soltase y fuese señor y no esclavo. Y viendo que no quería, amotinose, amenazando de muerte a los españoles; unos decían que por vengar la deshonra del rey su tío; otros que por hacerse él señor de México, otros que por matar los españoles; sea por lo uno o sea por lo otro, o por todo, él se puso luego en armas, juntó mucha gente suya y de amigos, que no le faltaban entonces, con estar Moteczuma preso, y para contra españoles, y publica que quiere ir a sacar de cautiverio a Moteczuma y a echar de la tierra los españoles, o matarlos y comérselos.

Terrible nueva para los nuestros; pero ni aun por aquellas bravuras no se acobardó Cortés; antes le quiso hacer luego guerra y cercarlo en su propia casa y pueblo, sino que Moteczuma se lo estorbó, diciendo que Tezcuco

era lugar muy fuerte y dentro en agua, y que Cacama era orgulloso, bullicioso, y tenía todos los de Culúa, como señor de Culuacán y Otumpa, que eran muy fuertes fuerzas, y que le parecía mejor llevarlo por otra vía; y así, guió Cortés el negocio todo a consejo de Moteczuma, y envió a decir a Cacama que le rogaba mucho se acordase de la amistad que había entre los dos desde que lo salió a recibir y meter en México, y que siempre era mejor paz que guerra para hombre que tiene vasallos; y dejase las armas, que al tomar eran sabrosas al que no las ha probado, porque en esto haría gran placer y servicio al rey de España. Respondió Cacama que no tenía él amistad con quien le quitaba la honra y reino, y que la guerra que hacer quería era en provecho de sus vasallos y defensa de sus tierras y religión; y primero que dejase las armas, vengaría a su tío y a sus dioses; y que él no sabía quién era el rey de los españoles, ni lo quería oír, cuanto más saber.

Cortés tornó a le amonestar y requerir otras muchas veces; y como escuchar no le quisiese, hizo con Moteczuma que le mandase lo que él le rogaba. Moteczuma le envió a decir que se llegase a México para dar un corte a las diferencias y enojos entre él y los españoles, y a ser amigo de Cortés. Cacama le respondió muy agriamente, diciendo que si él tuviera sangre en el ojo, ni estaría preso ni cautivo de cuatro extranjeros, que con sus buenas palabras le tenían hechizado y usurpado el reino; ni la religión mexicana y dioses de Culúa abatidos y hollados de pies de salteadores y embaidores, ni la gloria y fama de sus antepasados infamada y perdida por su cobardía y apocamiento; y que para reparar la religión, restituir los dioses, guardar el reino, cobrar la fama y libertar a él y a México, iría de muy buena gana; mas no las manos en el seno, sino en la espada, para matar los españoles, que tanta mengua y afrenta habían hecho a la nación de Culúa.

En grandísimo peligro estaban los nuestros, así de perder a México como las vidas, si no se atajara esta guerra y motín, porque Cacama era animoso, grosero, porfiado, y tenía mucha y muy buena gente de guerra; y porque también andaban en México ganosos de revuelta para cobrar a Moteczuma, y matar los españoles o echarlos de la ciudad. Mas remediolo muy bien Moteczuma, que conociendo cómo no aprovechaba guerra ni fuerza, y que al cabo se había de ensolver todo en él, trató con ciertos capitanes y señores que estaban en Tezcuco con Cacama, que le prendiesen y se lo en-

tregasen. Ello, o por ser Moteczuma su rey y estar aún vivo, o porque le habían siempre servido en las guerras, o por dádivas y promesas, prendieron al Cacama un día estando con él ellos y otros muchos en consejo para consultar las cosas de la guerra; y en *acalles* que para ello tenían a punto y armadas, le metieron, y trajeron a México, sin otras muertes ni escándalos, aunque fue dentro de su propia casa y palacio, que toca en la laguna; y antes que le diesen a Moteczuma, le pusieron en unas ricas andas, como acostumbran los reyes de Tezcuco, que son los mayores y principales señores de toda esta tierra, después de México.

Moteczuma no le quiso ver, y entregolo a Cortés, que luego le echó grillos y esposas, y puso a recado y guarda. Y a voluntad y consejo de Moteczuma hizo señor de Tezcuco y Culuacán a Cucuzca, su hermano menor, que estaba en México con el tío y huido del hermano. Moteczuma le intituló e hizo las ceremonias que suelen a los nuevos señores, como en otra parte diremos; y en Tezcuco le obedecieron luego por mandado suyo, y porque era más bienquisto que no Cacama, que era recio y cabezudo. De esta manera se remedió aquel peligro; mas si hubiera muchos Cacamas no sé cómo fuera; y Cortés hacía reyes y mandaba con tanta autoridad como si ya hubiera ganado el imperio mexicano. Y a la verdad, siempre tuvo esto desde que entró en la tierra; porque luego se le encajó que había de ganar a México y señorear el estado de Moteczuma.

CAPÍTULO XCII
LA ORACIÓN QUE MOTECZUMA HIZO A SUS CABALLEROS DÁNDOSE AL REY DE CASTILLA

Tras la prisión de Cacamacín hizo Moteczuma llamamiento y cortes, a las cuales vinieron todos los señores comarcanos que fuera estaban de México. Y de su albedrío, o por el de Cortés, les hizo delante los españoles el infrascrito razonamiento:

"Parientes, amigos y criados míos: bien sabéis que ha diez y ocho años que soy vuestro rey, como lo fueron mis padres y abuelos, y que siempre os he sido buen señor, y vosotros a mí buenos vasallos y obedientes; y así confío que lo seréis ahora y todo el tiempo de mi vida. Memoria debéis tener,

que a vos lo dijeron vuestros padres, o lo habréis oído a nuestros sabios adivinos y sacerdotes, como ni somos naturales de esta tierra, ni nuestro reino es duradero; porque nuestros antepasados vinieron de lejos tierras, y su rey o caudillo que traían se volvió a su naturaleza, diciendo que enviaría quien lo rigiese y mandase si él no viniese. Creed por cierto que el rey que esperamos tantos años ha, es el que ahora envía estos españoles que aquí veis, pues dicen que somos parientes, y tienen de gran tiempo noticia de nos. Demos gracias a los dioses, que han venido en nuestros días los que tanto deseábamos. Hareisme placer que os deis a este capitán por vasallos del emperador y rey de España, nuestro señor, pues ya yo me he dado por su servidor y amigo; y ruégoos mucho que desde en adelante le obedezcáis bien y así como hasta aquí habéis hecho a mí, y le deis y paguéis los tributos, pechos y servicios que me soléis dar, que no me podéis dar mayor contentamiento".

No les pudo más hablar, de lágrimas y sollozos. Lloraba tanto toda la gente, que por una buena pieza no le pudo responder. Dieron grandes suspiros, dijeron muchas lástimas, que aun a los nuestros enternecieron el corazón. En fin, respondieron que harían lo que les mandaba.

Y Moteczuma primero, y luego tras él todos, se dieron por vasallos del rey de Castilla y prometieron lealtad; y así, se tomó por testimonio con escribano y testigos, y cada cual se fue a su casa con el corazón que Dios sabe y vosotros podéis pensar. Fue cosa harto de ver llorar Moteczuma y tantos señores y caballeros, y ver cómo se mataba cada uno por lo que pasaba. Mas no pudieron otra cosa hacer, así porque Moteczuma lo quería y mandaba, como porque tenían pronósticos y señales, según que los sacerdotes publicaban, de la venida de gente extranjera, blanca, barbuda y oriental, a señorear a aquella tierra; y también porque entre ellos se platicaba que en Moteczuma se acababa, no solamente el linaje de los Culúa, mas también el señorío; y por eso decían algunos no fuera él ni se llamara Moteczuma, que significa enojado, por su desdicha.

Dicen también que el mismo Moteczuma tenía del oráculo de sus dioses respuesta muchas veces que se acabarían en él los emperadores mexicanos, y que no le sucedería en el reino hijo ninguno suyo, y que perdería la silla a los ocho años de su reinado, y que por esto nunca quiso hacer guerra

a los españoles, creyendo que le habían ellos de suceder; bien que por otro cabo lo tenía por burla, pues había más de diez y siete años que era rey. Fuese pues por esto, o por la voluntad de Dios, que da y quita los reinos, Moteczuma hizo aquello, y amaba mucho a Cortés y españoles, y no sabía enojarlos. Cortés dio a Moteczuma las gracias cuan más cumplidamente pudo, de parte del emperador y suya, y consololo, que quedó triste de la plática, y prometió que siempre sería rey y señor, y mandaría como hasta allí y mejor; y no sólo en sus reinos, más aún también en los que él ganase y atrajese al servicio del emperador.

CAPÍTULO XCIII
EL ORO Y JOYAS QUE MOTECZUMA DIO A CORTÉS

Pasados algunos días después que Moteczuma y los suyos dieron la obediencia, le dijo Cortés los muchos gastos que el emperador tenía en guerras y obras que hacía, y que sería bien contribuyesen todos y comenzasen a servir en algo; por ende que convenía enviar por todos sus reinos a cobrar los tributos en oro, y a ver qué hacían y daban los nuevos vasallos, que diese también él algo si tenía.

Moteczuma dijo que le placía, y que fuesen algunos españoles con unos criados suyos a la casa de las aves. Fueron allá muchos, vieron asaz oro en planchas, tejuelos, joyas y piezas labradas, que estaban en una sala y dos cámaras que les abrieron; y espantados de tanta riqueza no quisieron o no osaron tocarla sin que primero Cortés la viese; y así, lo llamaron, y él fue allá, tomolo y llevolo todo a su aposento. Dio asimismo, sin esto, muchas y ricas ropas de algodón y pluma, tejidas a maravilla; no tenían par en colores y figuras, y nunca los españoles tan buenas las habían visto; dio más doce cerbatanas de fusta y plata con que solía él tirar; las unas pintadas y matizadas de aves, animales, rosas, flores y árboles; y todo tan perfecta y menudamente, que bien tenían qué mirar los ojos y qué notar el ingenio. Las otras eran vaciadas y cinceladas con más primor y sutileza que la pintura. La red para bodoques y turquesas eran de oro, y algunas de plata.

Envió también criados de dos en dos y de cinco en cinco, con un español por compañía a sus provincias, y a tierras de señores, ochenta y cien le-

guas de México, a coger oro por los tributos acostumbrados, o por nuevo servicio para el emperador. Cada señor y provincia dio la medida y cantidad que Moteczuma señaló y pidió, en hojas de oro y plata, en tejuelos y joyas, y en piedras y perlas.

Vinieron todos los mensajeros, aunque tardaron hartos días, y recogió Cortés y los tesoreros todo lo que trajeron; fundiéronlo, y sacaron de oro fino y puro ciento sesenta mil pesos, y aún más, y de plata más de quinientos marcos; repartiose por cabezas entre los españoles; no se dio todo, sino señalose a cada uno según era. Al de caballo, doblado que al peón, y a los oficiales y personas de cargo o cuenta se dio ventaja; y pagósele a Cortés de montón lo que le prometieron en la Veracruz; cupo al rey de su quinto más de treinta y dos mil pesos de oro, y cien marcos de plata; de la cual se labraron platos, tazas, jarros, salserillas y otras piezas, a la manera que indios usan, para enviar al emperador.

Valía allende de esto cien mil ducados lo que Cortés apartó de toda la gruesa, antes de la fundición, para enviar por presente con el quinto, en perlas, piedras, ropa, pluma, oro y pluma, piedras y pluma, pluma y plata, y otras muchas joyas, como las cerbatanas, que, fuera del valor, eran extrañas y lindas, porque eran peces, aves, sierpes, animales, árboles y cosas así, contrahechas muy al natural de oro o plata, o piedras con pluma, que no tenían par; mas no se envió, y todo o lo más se perdió, con lo de todos, cuando el desbarate de México, según que después muy por entero diremos.

CAPÍTULO XCIV
CÓMO ROGÓ MOTECZUMA A CORTÉS QUE SE FUESE DE MÉXICO

En tres cosas empleaba Cortés el pensamiento, como se veía rico y pujante. Una era enviar a Santo Domingo y otras islas, dineros y nuevas de la tierra y su prosperidad, para traer gente, armas y caballos; que los suyos eran pocos para tan gran reino. La otra era tomar todo el estado de Moteczuma, pues lo tenía a él preso, y tenía a su devoción a los de Tlaxcallán, a Coatelicamatlh y Tuchintlec, y sabía que los de Pánuco y Tecoantepec y los de Mechuacán eran enemicísimos de mexicanos, y le ayudarían si menester los hubiese.

Era la tercera hacer cristianos todos aquellos indios, lo cual comenzó luego, como mejor y más principal. Que dado que no asoló los ídolos por las ya dichas causas, vedó matar hombres sacrificándolos, puso cruces e imágenes de nuestra Señora y de otros santos por los templos, y hacía a los clérigos y frailes que dijesen misa cada día, y bautizasen; aunque pocos se bautizaron, o porque los indios tenían recio en su envejecida religión, o porque los nuestros atendían a otras cosas, esperando tiempo para esto que mejor fuese. Él oía misa todos los días, y mandaba que todos los españoles la oyesen también, pues siempre se celebraba en casa.

Mas regaláronsele por entonces estos sus pensamientos, porque Moteczuma volvía la hoja, o a lo menos quiso, y porque vino Pánfilo Narváez contra él, y porque tras esto le echaron los indios de México. Todas estas tres cosas, que son muy notables, contaremos por su orden. La vuelta de Moteczuma, como algunos quieren, fue decir a Cortés que se fuese de su tierra, si quería que no le matasen con los demás españoles. Tres razones o causas le movieron a ello, de las cuales las dos eran públicas. Una fue el combate grande y continuo que los suyos siempre le daban a que saliese de prisión, y echase de allí los españoles o los matase, diciendo cómo era grande afrenta y mengua suya y de todos ellos, estar así preso y abatido y que los mandasen a coces aquellos poquitos extranjeros, que les quitaban la honra y robaban la hacienda, cohechando todo el oro y riqueza de los pueblos y señores para sí y para su rey, que debía ser pobre; y que si él quería, bien; si no, aunque no quisiese; que pues no quería ser su señor, tampoco ellos sus vasallos; y que no esperase mejor fin que Cualpopoca y Cacama, su sobrino, aunque mejores palabras y halagos le hiciesen.

Otra fue que el diablo, como se le aparecía, puso muchas veces en [el] corazón a Moteczuma que matase los españoles o los echase de allí, diciendo que si no lo hacía, se iría, y no le hablaría más, por cuanto le atormentaban y daban enojo las misas, el evangelio, la cruz y el bautismo de los cristianos. Él le decía que no era bueno matarlos siendo sus amigos y hombres de bien; pero que les rogaría que se fuesen, y cuando no quisiesen, que entonces los mataría. A esto replicó el diablo que lo hiciese así, y que le haría grandísimo placer, que o se tenía de ir él o los españoles, pues sembraban

la fe cristiana, muy contraria religión a la suya, que no se compadecían juntas entrambas.

La tercera razón, y que no se publicaba, era, según sospecha de muchos, que como son los hombres mudables y nunca permanecen en un ser y voluntad, así Moteczuma se arrepintió de lo que había hecho, y le pesaba de la prisión de Cacamacín, que algún tiempo quiso mucho, y que a falta de sus hijos, le había de heredar, y porque conocía ser como le decían los suyos, y porque le dijo el diablo que no podía hacer mayor servicio, ni sacrificio más aceptado a los dioses, que matar y echar de su tierra los cristianos; y echándolos, que ni se acabaría en él la casta de los reyes de Culúa, antes se alargaría, ni dejarían de reinar sus hijos tras él; y que no creyese en agüeros, pues era ya pasado el octavo año, y andaba en el dieciocheno de su reinado.

Por estas causas pues, o por ventura por otras que no sabemos, Moteczuma apercibió cien mil hombres tan secretamente que Cortés no lo supo, para que si los españoles no se fuesen, diciéndoselo, los prendiesen y matasen. Así que, con esto, determinó hablar a Cortés. Y un día saliose disimuladamente al patio con muchos de sus caballeros, a quien debía dar parte, y envió llamar a Cortés. Cortés dijo: "No me agrada esta novedad; alega a Dios sea por bien". Tomó doce españoles, que más a mano halló, y fue a ver qué le quería o para qué le llamaba, que no lo solía hacer. Moteczuma se levantó a él, tomolo de la mano, metiolo en una sala, mandó traer asientos para entrambos, y díjole: "Ruégoos que os vayáis de esta mi ciudad y tierra, que mis dioses están de mí mal enojados porque os tengo aquí; pedidme lo que quisiereis, y dároslo he, porque mucho os amo; y no penséis que os digo esto burlando, sino muy de veras. Por ende que así se haga en todo caso". Cortés cayó luego en la cuenta, que no le pareció que le recibía con el talante que otras veces, puesto que usó con él todas aquellas ceremonias y buena crianza; y antes que el faraute acabase de declararle la voluntad de Moteczuma, dijo a un español que los doce que fuesen a avisar a los compañeros que se aparejasen, por cuanto se trataba con él de sus vidas. Entonces se acordaron los nuestros de lo que les habían dicho en Tlaxcallan, y todos vieron que era menester gracia de Dios y buen corazón para salir de aquella afrenta.

Como acabó el intérprete, respondió Cortés: "Entendido he lo que decís, y agradézcoslo mucho; ved cuándo mandáis que nos vayamos, y así se

hará”. Replicó Moteczuma: “No quiero que os vayáis sino cuando quisiereis, y tomad el término que os parezca; que para entonces os daré a vos dos cargas de oro, y una a cada uno de los vuestros”. Entonces le dijo Cortés: “Ya, Señor, sabéis cómo eché al través mis naos luego que a vuestra tierra llegamos: y así, tenemos ahora necesidad de otras para nos volver a la nuestra; por tanto, querría que llamaseis vuestros carpinteros para cortar y labrar madera; que yo tengo quien haga naos; y hechas, nos iremos si nos dais lo que prometido habéis, y decidlo así a vuestros dioses y a vuestros vasallos”. Contentamiento grande mostró de esto Moteczuma, y dijo: “Sea así”. Y luego hizo llamar muchos carpinteros. Cortés proveyó de maestros a ciertos españoles y marineros; fueron a unos pinares, cortaron muchos y grandes árboles, y comenzaron a labrarlos.

Moteczuma, que no debía ser muy malicioso, creyolo; empero Cortés habló con sus españoles, y dijo a los que enviaba: “Moteczuma quiere que nos vayamos de aquí porque sus vasallos y el diablo le andan al oído; cumple que se hagan navíos; id con estos indios por vuestra fe, y córtese madera harta; que entre tanto Dios nuestro Señor, cuyo negocio tratamos, proveerá de gente y socorro y remedio, que no perdamos esta buena tierra; y conviene mucho que pongáis toda dilación, pareciendo que hacéis algo, no sospechen ésos mal, para que los engañemos así, y hagamos acá lo que nos cumple. Vais con Dios, y avisadme siempre cómo estáis allá, y qué hacen o dicen ésos”.

CAPÍTULO XCV
EL MIEDO DE SER SACRIFICADOS QUE TUVIERON CORTÉS Y LOS SUYOS

Ocho días después que fueron a cortar madera, llegaron a la costa de Chalchicoeca quince navíos. Las personas que por allí estaban en gobernación y atalaya avisaron a Moteczuma de ello con mensajeros, que en cuatro días caminaron ochenta leguas. Temió Moteczuma, de que lo supo, y llamó a Cortés, que no temía menos, recelándose siempre de algún furor del pueblo y antojo del rey. Cuando le dijeron a Cortés que Moteczuma salía al patio, creyó, si daba en los españoles, que todos eran perdidos, y díjoles: “Señores

y amigos, Moteczuma me llama; no es buena señal, habiendo pasado lo del otro día; yo voy a ver qué quiere; estad alerta, y la barba en la cebadera, por si algo intentaren estos indios; encomendaos mucho a Dios, acordaos quién sois, y quién son estos infieles hombres, aborrecidos de Dios, amigos de diablo, con pocas armas y no buen uso de guerra; si hubiéramos de pelear, las manos de cada uno de nosotros han de mostrar con obra y por la propia espada el valor de su ánimo; y así, aunque muramos quedaremos vencedores, pues habremos cumplido con el oficio que traemos, y con lo que debemos al servicio de Dios como cristianos, y al de nuestro rey como españoles, y en honra de nuestra España y defensa de nuestras vidas".

Respondiéronle: "Haremos nuestro deber hasta morir, sin que temor ni peligro lo estorben, que menos estimamos la muerte que nuestro honor". Con esto se fue Cortés a Moteczuma, el cual le dijo: "Señor capitán, sabed que ya tenéis naves en que poderos ir; por eso, de aquí adelante cuando mandareis". Respondiole Cortés: "Señor muy poderoso, en teniéndolos hechos yo me iré". "Once navíos, dice Moteczuma, están en la playa a par de Cempoallan, y presto tendré aviso si los que en ellos vienen han salido a tierra, y entonces sabremos qué gente es y cuánta". "¡Bendito sea Jesucristo, dijo Cortés, y doy muchas gracias a Dios por las mercedes que nos hace a mí y a todos estos hidalgos de mi compañía!".

Un español saltó a decirlo a los compañeros, y todos ellos cobraron esfuerzo. Alabaron a Dios, y abrazáronse unos a otros con muy gran placer de aquella nueva. Estando así Cortés y Moteczuma, llegó otro correo de a pie, y dijo cómo estaban ya en tierra ochenta de caballo y ochocientos infantes y doce tiros de fuego; de todo lo cual mostró la figura, en que venían pintados hombres, caballos, tiros y naos. Levantose Moteczuma entonces, abrazó a Cortés, y díjole; "Ahora os amo más que nunca, y quiérome ir a comer con vos". Cortés le dio las gracias por lo uno y por lo otro. Tomáronse por las manos, y fuéronse al aposento de Cortés, el cual dijo a los españoles no mostrasen alteración, sino que todos estuviesen juntos y sobre aviso, y diesen gracias al Señor con tales nuevas.

Moteczuma y Cortés comieron solos, con gran regocijo de todos; unos pensando quedar y sojuzgar el reino y gente, otros creyendo que se irían los que no podían ver en su tierra. A Moteczuma le pesaba, según dicen,

aunque no lo mostraba; y un su capitán, viendo esto, le aconsejaba que matase los españoles de Cortés, pues eran pocos, y así tendría menos que matar en los que venían, y no dejase juntar unos con otros; y porque aquellos no osarían llegar, muertos éstos. Con esto llamó Moteczuma a consejo muchos señores y capitanes; propuso el caso, y el parecer de aquel capitán. Diversos votos hubo en ello; pero al cabo concluyose que dejasen llegar a los españoles que venían, pensando que cuantos más moros más ganancia, y que así matarían más y a todos juntos, diciendo que si mataban los que estaban en la ciudad, se tornarían los otros a las naos, y no podrían hacer el sacrificio de ellos que sus dioses querían. Con esta determinación pasaba Moteczuma cada día con quinientos caballeros y señores a ver a Cortés, y mandaba servir y regalar a los españoles mejor que hasta entonces, pues habían de durar poco.

CAPÍTULO XCVI
DE CÓMO DIEGO VELÁZQUEZ ENVIÓ CONTRA CORTÉS A PÁNFILO DE NARVÁEZ CON MUCHA GENTE

Estaba Diego Velázquez muy enojado de Fernando Cortés, no tanto por el gasto, que poco o ninguno había hecho, cuando por el interés de lo presente y por la honra, formando muy recias quejas de él porque no le había dado cuenta ni parte, como a teniente de gobernador de Cuba, de lo que había hecho y descubierto, sino enviádola a España al rey, como si aquello fuera mal hecho o traición; y donde primero mostró la saña, fue en sabiendo que Cortés enviaba el quinto y presente, y las relaciones de lo que tenía descubierto y hecho, al rey y a su consejo, con Francisco de Montejo y con Alonso Fernández Portocarrero en una nao; que luego armó una o dos carabelas, y las despachó corriendo a tomar la de Cortés y lo que llevaba; y en una de ellas fue Gonzalo de Guzmán, que después fue teniente de gobernador en Cuba por su muerte; mas como se detuvieron mucho en aprestarla, ni la tomaron ni vieron, y después, como cuanto más prósperas nuevas y hazañas oyese de Cortés, tanto más le crecía la saña y mal querencia, no hacía sino pensar cómo deshacer y destruirle.

Estando pues en este pensamiento, avino que llegó a Santiago de Cuba Benito Martín, su capellán, que le trajo cartas del emperador y el título de adelantado, y cédula de la gobernación de todo lo que hubiese descubierto, poblado y conquistado en tierra y costa de Yucatán, con lo cual se holgó mucho, y tanto por echar de México a Cortés, cuanto por el dictado y favores que el rey le daba; y así, trazó luego esta armada, que fue de once naos y siete bergantines, y de novecientos españoles, con ochenta caballos, y se concertó con Pánfilo de Narváez que viniese capitán general de ella y su teniente de gobernador; y porque más presto partiese, anduvo él mismo por la isla, y llegó a Guaniguanico, que es lo postrero de ella al poniente, donde estando ya para partirse Diego Velázquez a Santiago y Pánfilo de Narváez a México, llegó el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de Santo Domingo, en nombre de aquella chancillería y de los frailes jerónimos que gobernaban, y del licenciado Rodrigo de Figueroa, juez de residencia y visitador de la audiencia, a requerir, so graves penas, a Diego Velázquez que no enviase, y Pánfilo que no fuese contra Cortés, porque sería causa de muertes, guerras civiles, y otros muchos males entre españoles, y se perdería México, con todo lo demás que estaba ganado y pacífico para el rey.

Díjoles que si enojo tenía con él y diferencia sobre hacienda o sobre puntos de honra, que al emperador pertenecía conocer y sentenciar la causa, y no que él mismo hiciese justicia en su propio pleito, haciendo fuerza al contrario. Rogoles, si querían servir al rey y a Dios primeramente, y ganar honra y provecho, que fuesen a conquistar nuevas tierras, pues había hartas descubiertas sin la de Cortés, y tenían tan buena gente y armada.

No bastó este requerimiento ni la autoridad y persona del licenciado Ayllón, para que Diego Velázquez y Narváez dejasen de proseguir su viaje contra Cortés. Viendo pues tanta obstinación en ellos y tan poca reverencia a la justicia, acordó irse con Narváez en la nao que vino desde Santo Domingo, para estorbar daños, pensando que lo acabaría mejor allá con él solo que no estando presente Diego Velázquez, y también por tratar entre Cortés y Narváez si rompiesen. Embarcose con tanto Pánfilo en Guaniguanico, y fue a surgir con su flota acerca de la Veracruz, y como supo que estaban allí ciento y cincuenta españoles de los de Cortés, envió allá a un clérigo, a Juan Ruiz de Guevara y Alonso de Vergara a los requerir que le tuviesen por ca-

pitán y gobernador; pero no quisieron escucharle los de dentro, antes los prendieron y los enviaron a México a Cortés para que se informase de ellos. Sacó luego a tierra la gente, caballos, armas y artillería, y fuese a Cempoallan. Los indios comarcanos, así amigos de Cortés como vasallos de Moteczuma, le dieron oro, mantas y comida, pensando que era Cortés.

CAPÍTULO XCVII
LO QUE CORTÉS ESCRIBIÓ A NARVÁEZ

Más que nadie piensa dio qué pensar esta nueva y grande armada a Cortés, antes que supiese cuya era. Por una parte holgaba que viniesen españoles, por otra le pesaba de tantos. Si venían a le ayudar, tenía por ganada la tierra; si contra él, por perdida. Si venían de España, creía que le traían buen despacho; si de Cuba, temía guerra civil con ellos. Parecíale que de España no podían venir tanta gente, y sospechaba que era de las islas, y que debía de venir allí Diego Velázquez, y después de sabido, tuvo otro tanto que pensar, porque le cortaban el hilo de su prosperidad y le atajaban los pasos que traía en calar los secretos de la tierra, las minas, la riqueza, las fuerzas, los que eran amigos de Moteczuma o enemigos; estorbábanle de poblar los lugares que comenzado tenía, de ganar amigos, de cristianar los indios, que era y debía ser lo principal, y cesaban otras muchas cosas tocantes al servicio de Dios y del rey y a provecho de nuestra nación.

Temía que por desviar un inconveniente se le podían seguir muchos; si dejaba llegar a México a Pánfilo de Narváez, capitán que venía de aquella flota por Diego Velázquez, estaba cierta su perdición; si salía contra él, la revuelta de la ciudad y la libertad de Moteczuma, y ponía en condición su vida, su honra, sus trabajos, y por no venir a estos extremos, arrimose a los medios. Lo primero que hizo fue despachar dos hombres, uno a Juan Velázquez de León, que iba a poblar a Coazacoalco, para que luego, en viendo su carta, se tornase a México, y diole noticia de la venida de Narváez, y de la necesidad que había de él y de los ciento y cincuenta españoles que consigo llevaba; el otro a la Veracruz, a traerle razón enteramente y cierta de la llegada de Pánfilo, y qué buscaba y qué decía. El Juan Velázquez hizo lo que Cortés le escribió, y no lo que Narváez, que como a cuñado suyo, y deudo

de Diego Velázquez, le rogaba se pasase a él, por lo cual Cortés lo honró mucho de allí adelante.

De la Veracruz fueron a México veinte españoles con aviso de lo que Narváez publicaba, y llevaron presos un clérigo y a Alonso de Vergara y a Juan Ruiz de Guevara, que habían ido a la villa por amotinar la gente de Cortés, so color que iban a requerirla con cédula del rey. Lo segundo fue, que envió a fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, con otros dos españoles, a ofrecer su amistad a Narváez, y si no la quería, a requerirle de parte del rey, y en nombre suyo, como justicia mayor de aquella tierra y de la de los alcaldes y regidores de la Veracruz, que estaban en México, que entrase callado si traía provisiones del rey o su consejo, y sin hacer daño en la tierra; no escandalizase ni causase males, ni estorbase la buena ventura que allí tenían los españoles, ni el servicio del emperador, ni la conversión de los indios; y si no las traía, que se tornase y dejase en paz la tierra y la gente. Mas poco aprovechó este requerimiento ni las cartas de Cortés y regimiento. Soltó al clérigo que trajeron preso los de la Veracruz, y enviole luego tras el fraile a Narváez con ciertos collares de oro muy ricos y otras joyas, y una carta que en suma contenía cómo se holgaba mucho que viniese él en aquella flota antes que otro ninguno, por el conocimiento viejo que entre ellos había, y que se viesen solos si mandaba, para dar orden cómo no hubiese guerra ni muertes ni enojo entre españoles y hermanos, porque si traía provisiones del rey y se las mostraba a él o al cabildo de la Veracruz, que se obedecerían, como era justo, y si no, que tomarían otro buen asiento. Narváez, como venía tan pujante, nada o muy poco curaba de aquellas cartas ni ofertas ni requerimientos de Cortés, y porque Diego Velázquez, que le enviaba, estaba mal enojado e indignado.

CAPÍTULO XCVIII
LO QUE PÁNFILO DE NARVÁEZ DIJO A LOS INDIOS Y RESPONDIÓ A CORTÉS

Pánfilo de Narváez dijo a los indios que estaban engañados, por cuanto él era el capitán y señor; que Cortés no, sino un malo, y los que con él estaban en México, que eran sus mozos, y que él venía a cortarle la cabeza y a casti-

garlos y echarlos de la tierra, y luego irse y dejársela libre. Ellos se lo creyeron con verle con tantos barbudos y caballos, creo que de ligeros o medrosos; con esto le servían y acompañaban, y dejaban a los de la Veracruz. También se congració con Moteczuma, diciéndole que Cortés estaba allí contra la voluntad de su rey; que era hombre bandolero y codicioso, que le robaba su tierra y le quería matar para alzarse con el reino, y que él iba a soltarle y a le restituir cuanto aquellos malos le habían tomado; y porque a otros no hiciesen semejantes daños y mal tratamiento, que los prendería y mataría o echaría en prisión; por eso, que estuviese alegre, pues presto se verían, y no había de hacer más de restituirle en su reino y tornarse a su tierra.

Eran estos tratos tan malos y tan feos, e injuriosas las palabras y cosas que Pánfilo decía públicamente de Cortés y los españoles de su compañía, que parecían muy mal a los de su ejército; y muchos no las pudieron sufrir sin afeárselas, especial Bernaldino de Santa Clara, que viendo la tierra tan pacífica y tan bien contenta de Cortés, le dio una buena reprensión, y asimismo le hizo uno y muchos requerimientos el licenciado Ayllón, y le mandó, so gravísimas penas de muerte y perdimiento de bienes, que no dijese aquello ni fuese a México; que sería grandísimo escándalo para los indios y desasosiego para los españoles, de servicio del emperador y estorbo del bautismo. Enojado de ello Pánfilo, prendió al licenciado Ayllón, oidor del rey, y a un secretario de la audiencia y a un alguacil. Metiolos en otra nao, y enviolos a Diego Velázquez; mas él se supo dar tan buena maña, que, o sobornando los marineros o atemorizándolos con la justicia del rey, se volvió libremente a su chancillería, donde contó cuanto le aviniera con Narváez, a sus compañeros y gobernadores, que no poco dañó los negocios de Diego Velázquez y mejoró los de Cortés.

Como prendió Narváez al licenciado, luego pregonó guerra a fuego, como dicen, y a sangre, contra Cortés; prometió ciertos marcos de oro al que prendiese o matase a Cortés y a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval, y a otras principales personas de su compañía, y repartió los dineros y ropa a los suyos, haciendo mercedes de lo ajeno. Tres cosas fueron estas harto livianas y fanfarronas. Muchos españoles de Narváez se amotinaban por los mandamientos del licenciado Ayllón, o por la fama de la riqueza y franqueza de Cortés; y así, Pedro de Villalobos y un portugués y otros seis o

siete se pasaron al Cortés, y otros le escribieron, a lo que algunos dicen, ofreciéndosele si venía para ellos; y que Cortés leyó las cartas, callando la firma y nombre de cuyas eran, a los suyos; en las cuales los llamaba sus mozos, traidores, salteadores, y los amenazaba de muerte y a quitarles la hacienda y tierra.

Unos cuentan que ellos se amotinaron, y otros que Cortés los sobornó con cartas, ofertas y una carga de collares y tejuelos de oro que envió de secreto al real de Pánfilo de Narváez con su criado, y que publicaba tener en Cempoallan doscientos españoles. Todo pudo ser, que el uno era tibio y descuidado y el otro era cuidadoso y ardid en los negocios. Narváez respondió a Cortés con el fraile de la Merced, y lo sustancial de la carta era, que fuese luego, vista la presente, adonde él estaba, que traía y le quería mostrar unas provisiones del emperador para tomar y tener aquella tierra por Diego Velázquez, y que ya tenía hecha una villa de hombres solamente con alcaldes y regidores. Tras esta carta envió a Bernaldino de Quesada y a Alonso de Mata a le requerir que saliese de la tierra, so pena de muerte, y notificarle las provisiones; mas no se las notificaron, o porque no las llevaban, que fuera poco sabio si de nadie las confiara, o porque no les dieron lugar; antes Cortés hizo prender al Pedro de Mata porque se llamaba escribano del rey no siéndolo o no mostrando el título.

CAPÍTULO XCIX
LO QUE DIJO CORTÉS A LOS SUYOS

Viendo pues Cortés que hacían poco fruto las cartas y mensajeros, aunque cada día iban y venían de Narváez a él y de él a Narváez, y que nunca se habían visto ni mostrado las provisiones del rey, acordó verse con él, que barba a barba, como dicen, honra se cata, y por llevar el negocio por bien y buenos medios, si posible fuese; y para esto despachó a Rodrigo Álvarez Chico, veedor, y a Juan Velázquez y Juan del Río, que tratasen con Narváez muchas cosas. Pero tres fueron las principales: que se viesen solos o tantos a tantos; que Narváez dejase a Cortés en México, y él se fuese con los que traía, a conquistar a Pánuco, que estaba en paz, con personas de allá muy principales que tenía, o a otros reinos; y Cortés, que pagaría los gastos y so-

correría los españoles que traía, o que se estuviese Narváez en México, y diese a Cortés cuatrocientos españoles de la armada, para que con ellos y con los suyos él se pasase adelante a conquistar otras tierras. La otra era que le mostrase las provisiones que del rey traía, y que las obedecería.

Narváez no vino a ningún partido, sino tan solamente al concierto de que se viesen con cada diez hidalgos sobre seguro y con juramento, y firmáronlo de sus nombres; mas no se efectuó, porque Rodrigo Álvarez Chico avisó a Cortés de la trama que Narváez urdía para le prender o matar en las vistas. Como entendía en el negocio, entendió la maña y engaño, o quizá se lo dijo alguno que no quería mal a Cortés.

Deshechos los conciertos, determina Cortés ir a él con decir: "Algo será". Primero que se fuese habló con sus españoles, trayéndoles a la memoria cuánto él por ellos y ellos por él habían hecho desde que comenzó aquella jornada hasta entonces; dijo cómo Diego Velázquez, en lugar de les dar las gracias, los enviaba a destruir y matar con Pánfilo de Narváez, que era hombre recio y cabezudo, por lo que habían hecho en servicio de Dios y del emperador, y porque acudieron al rey como buenos vasallos, y no a él, no siendo obligados, y que Narváez les tenía ya confiscados sus bienes, y hechas mercedes de ellos a otros, y los cuerpos condenados a la horca y las famas puestas al tablero, no sin muchas injurias y befas que de todos hacía; cosas ciertamente no de cristiano, ni que ellos, siendo tales y tan buenos, querrían disimular y dejar sin el castigo que merecían, y aun que la venganza él y ellos la debían dejar a Dios, que da el pago a los soberbios y envidiosos, que le parecía no dejasen a lo menos gozar de sus trabajos y sudores a otros, que con sus manos lavadas venían a comer la sangre del prójimo, y que descaradamente iban contra otros españoles, levantando los indios que les servían como amigos, y urdiendo guerras muy peores que las civiles de Mario y Sila, ni que las de César y Pompeyo, que turbaron el imperio romano; y que él determinaba salirle al camino y no dejarle llegar a México, pues era mejor Dios os salve que no quién está allá; y que si eran muchos, que valía más a quien Dios ayuda que no quien mucho madruga, y que buen corazón quebranta mala ventura, como el suyo de ellos, que estaba pasado por el crisol, después que con él seguían las armas y guerra; asimismo que de los de Narváez había muchos que se pasarían a él, por eso que les daba

cuenta de lo que pensaba y hacía, para que los que quisieren ir con él, que se apercibiesen, y los que no, que quedasen mucho en buen hora a guardar a México y a Moteczuma, que tanto montaba. Hízoles también muchos ofrecimientos si con victoria tornaba. Los españoles dijeron que como él ordenase así lo harían. Mucho les indignó con esta plática, y a la verdad temían la soberbia y ceguedad de Pánfilo de Narváez, y por otra parte a los indios, que ya tomaban alas con ver disensión entre españoles, y que los de la costa estaban con los otros.

CAPÍTULO C
RUEGOS DE CORTÉS A MOTECZUMA

Tras esto, como los halló amigos y ganosos de lo que él mismo deseaba, habló a Moteczuma, por ir sin menos cuidado y por saber lo que había en él, y díjole semejantes razones que estas:

"Señor, conocido tenéis el amor que os tengo y el deseo de serviros, y la esperanza de que a mí y a mis compañeros haréis, cuando nos vamos, muy crecidas mercedes. Pues ahora os suplico me las hagáis en estaros siempre aquí, y miréis por estos españoles que con vos dejo, y que os encomiendo, con el oro y joyas que les queda y que vos nos disteis; porque yo me parto a decir a aquellos que poco ha llegaron en la flota, cómo vuestra alteza manda que yo me vaya, y que no hagan daño ni enojo a vuestros súbditos y vasallos, ni entren en vuestras tierras, sino que se estén en la costa hasta que nosotros estemos para poder embarcar y nos ir, como es la vuestra voluntad y merced; y si entre tanto que voy y vuelvo, algún vuestro, de mal criado o necio o atrevido, quisiere enojar a los míos que en vuestra guarda quedan, mandareisles que estén quedos".

Moteczuma prometió de hacerlo así; y le dijo que si aquellos eran malos y no hacían lo que les mandase, que se lo avisase, y él le enviaría gente de guerra para que los castigase y echase fuera de su tierra; y si quería, le daría guías que le llevasen hasta la mar siempre por sus tierras, y mandaría que le sirviesen por el camino y mantuviesen. Cortés le besó las manos por ello. Agradecióselo mucho, y dio un vestido de España y ciertas joyas a un hijo suyo, y muchas cosas de rescate a otros señores que estaban allí a la plática.

Mas no conoció de lo que entendía, o porque aún no le habían dicho nada de parte de Narváez, o porque disimuló gentilmente, holgando que unos cristianos a otros se matasen, y creyendo que por allí tenía más cierta su libertad, y se aplacarían sus dioses.

CAPÍTULO CI
LA PRISIÓN DE PÁNFILO DE NARVÁEZ

Estaba tan bienquisto de aquellos sus españoles Cortés, que todos querían ir con él; y así, pudo escoger a los que quiso llevar, que fueron doscientos y cincuenta, con los que tomó el camino a Juan Velázquez de León. Dejó a los demás, que serían otros doscientos, en guarda de Moteczuma y de la ciudad; dioles por capitán a Pedro de Alvarado. Dejoles la artillería y cuatro fustas que había hecho para señorear la laguna, y rogoles que atendiesen solamente a que Moteczuma no se les fuese a Narváez, y a no salir del real y casa fuerte.

Partiose pues con aquellos pocos españoles y con ocho o nueve caballos que tenía, y muchos indios de servicio. Pasando por Chololla y Tlaxcallan fue bien recibido y hospedado. Quince leguas, o poco menos, antes de llegar a Cempoallan, donde Narváez estaba, topó dos clérigos y a Andrés de Duero, su conocido y amigo, a quien debía dineros, que le prestó para acabar de fornir la flota, que venían a decirle fuese a obedecer al general y teniente de gobernador Pánfilo de Narváez, y entregarle la tierra y fuerzas de ella; donde no, que procedería contra él como contra enemigo y rebelde, hasta ejecución de muerte; y si lo hacía, que le daría sus naos para irse, y le dejaría ir libre y seguramente con las personas que quisiese. A esto respondió Cortés que antes moriría que dejarle la tierra que había él ganado y pacificado por sus puños e industria, sin mandamiento del emperador; y si a gran tuerto le quería hacer guerra, que se sabría defender; y si vencía, como esperaba en Dios y en su razón, que no había menester sus naves, y si moría, mucho menos. Por eso, que le mostrase las provisiones y recaudo que del rey traía; porque, hasta primero verlas y leerlas no aceptaría partido ninguno; y pues no se las había mostrado ni mostraba, que era señal como no las traía ni tenía; y siendo así, que le rogaba, requería y mandaba se tornase con

Dios a Cuba, si no, que le prendería y enviaría a España con grillos, al emperador, que lo castigase como merecían sus alborotos; y así, con esto despidió al Andrés de Duero, y envió un escribano y otros muchos con poderes y mandamiento suyo, a requerirle que se embarcase y no escandalizase más los hombres y tierra, que a más andar se levantaban, y se fuese antes que más muertes o males se recreciesen; donde no, que para el día de pascua de Espíritu Santo, que era de allí a tres días, sería con él.

Pánfilo hizo burla de aquel mandamiento, prendió al que llevaba el poder, y mofó reciamente de Cortés, que con tan poca gente venía haciendo fieros. Hizo alarde de su gente delante de Juan Velázquez de León, y Juan del Río y los otros de Cortés que andaban y estaban con él en los tratos y conciertos. Halló ochenta escopeteros, ciento y veinte ballesteros, seiscientos infantes, ochenta de caballo; y aun díjoles: "¿Cómo os defenderéis de nosotros, si no hacéis lo que queremos?". Prometió dineros a quien le trajese preso o muerto a Cortés, y lo mismo hizo Cortés contra Pánfilo. Hizo un caracol con los infantes, escaramuzó con los caballos, y jugó la artillería, para atemorizar los indios; por el cual temor el gobernador que allí cerca tenía Moteczuma le dio un presente de mantas y joyas de oro, en nombre del gran señor, y se le ofreció mucho. Narváez envió, como dicen, de nuevo otro mensaje a Moteczuma y a los caballeros de México, con los indios que llevaban el alarde pintado; y porque le decían que Cortés venía cerca, salía a correr el campo, y el día de Pascua sacó todos sus ochenta caballos y quinientos peones, y fue una legua de donde ya Cortés llegaba. Mas, como no lo halló, pensó que las lenguas que por espía traía, le burlaban, y tornose a su real casi ya de noche, y durmiose. Mas, por si los enemigos viniesen, puso por centinelas en el camino, casi una legua de Cempoallan, a Gonzalo de Carrasco y Alonso Hurtado.

Cortés anduvo el día de Pascua más de diez leguas a gran trabajo de los suyos. Poco antes de llegar dio su mandamiento por escrito a Gonzalo de Sandoval, su alguacil mayor, para que prendiese a Narváez, o lo matase si se defendiese, y a los alcaldes y regidores, y diole ochenta españoles de compañía con que lo hiciese. Los corredores de Cortés, que iban siempre buen rato delante, dieron en las escuchas de Narváez. Tomaron al Gonzalo de Carrasco, que les dijo cómo tenía repartido Pánfilo de Narváez el aposento,

gente y artillería. El Alonso Hurtado escapóseles, y fue a más correr, y entró por el patio del aposento de Narváez, diciendo a voces: "Arma, arma, que viene Cortés". A este ruido despertaron los dormidos, y muchos no lo creían. Cortés dejó los caballos en el monte, hizo algunas picas que faltaban para que todos los suyos llevasen sendas, y entró él delantero en la ciudad y en el real de los contrarios a media noche, que, por descuidarlos y no ser visto, aguardó aquella hora.

Mas por bien que caminó, ya se sabía su venida por la centinela, que llegó media hora primero, y estaban ya todos los caballos ensillados, y muchos enfrenados, y todos los hombres armados. Entró tan sin ruido, que primero dijo, "Cierra y a ellos", que fuese visto, aunque tocaban al arma. Andaban muchos cocuyos, y pensaron que eran mechas de arcabuz. Si un tiro soltaran, huyeran. Dijeron a Narváez, estando poniéndose una cota: "Catad, señor, que entra Cortés". Respondió: "Dejadle venir; que me viene a ver". Tenía Narváez su gente en cuatro torrecillas con sus salas y aposentos, y él estaba en la una con hasta cien españoles, y a la puerta trece tiros, o según otros dicen, diecisiete, todos de fruslera. Hizo Cortés subir arriba a Gonzalo de Sandoval con cuarenta o cincuenta compañeros, y él quedose a la puerta para defender la entrada con veinte; los demás cercaron las torres; y así no se pudieron socorrer los unos a los otros. Narváez, como sintió el ruido cabe sí, quiso pelear, por más que le fue requerido y rogado; y al salir de su cámara le dieron un picazo los de Cortés, que le sacaron un ojo. Echáronle luego mano, y arrastrando le llevaron las escaleras abajo. Cuando se vio delante de Cortés dijo:

"Señor Cortés, tened en mucho la ventura de tener mi persona presa". Él le respondió: "Lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido". Luego le hizo aprisionar y llevar a la Villarrica, y le tuvo algunos años preso. Duró el combate asaz poco, que dentro de una hora estaba preso Pánfilo y los más principales de su hueste, y quitadas las armas a los demás. Murieron diez y seis de la parte de Narváez, y de la de Cortés dos solamente, que mató un tiro. No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego a la artillería, con la priesa que Cortés les dio, si no fue un tiro, con que mataron aquellos dos. Teníanlos atapados con cera por la mucha agua. De aquí tomaron ocasión los vencidos para decir que Cortés tenía sobornado el artillero y a otros.

Mucha templanza tuvo aquí Cortés, que aun de palabra no injurió a ninguno de los presos y rendidos, ni a Narváez, que tanto mal había dicho de él, estando muchos de los suyos con gana de vengarse; y Pedro de Malvenda, criado de Diego Velázquez, que venía por mayordomo de Narváez, recogió y guardó los navíos y toda la ropa y hacienda de entrambos, sin que Cortés se lo impidiese. ¿Cuánta ventaja hace un hombre a otro? ¿Qué hizo, dijo, pensó cada capitán de estos dos? Pocas veces, o nunca por ventura, tan pocos vencieron a tantos de una misma nación; especial estando los muchos en lugar fuerte, descansados y bien armados.

CAPÍTULO CII
MORTANDAD POR VIRUELAS

Costó esta guerra muchos dineros a Diego Velázquez, la honra y un ojo a Pánfilo de Narváez, y muchas vidas de indios que murieron, no a hierro, sino de dolencia; y fue que, como la gente de Narváez salió a tierra, salió también un negro con viruelas; el cual las pegó en la casa que lo tenían en Cempoallan, y luego un indio a otro; y como eran muchos, y dormían y comían juntos, cundieron tanto en breve que por toda aquella tierra anduvieron matando. En las más casas morían todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos, y acostumbraban bañarse a todos males, bañábanse con ellas, y tullíanse; y aun tienen por costumbre o vicio entrar en baños fríos saliendo de calientes, y por maravilla escapaba hombre que las tuviese; y los que vivos quedaron, quedaban de tal suerte, por haberse rascado, que espantaban a los otros con los muchos y grandes hoyos que se les hicieron en las caras, manos y cuerpo.

Sobrevínoles hambre, y no tanto de pan como de harina; porque, como ni tienen molinos ni tahonas, no hacen otro las mujeres sino moler su grano de *centli* entre dos piedras, y cocer. Cayeron pues malas de las viruelas, y faltó el pan, y perecían muchos de hambre. Hedían tanto los cuerpos muertos, que nadie los quería enterrar, y con esto estaban llenas las calles; y porque no los echasen en ellas, diz que derribaba la justicia las casas sobre los muertos. Llamaron los indios a este mal *huizautl*, que suena la gran lepra. De la cual, como de cosa muy señalada, contaban después ellos sus años. Paré-

ceme que pagaron aquí las bubas que pegaron a los nuestros, según en otro capítulo tengo dicho.

CAPÍTULO CIII
REBELIÓN DE MÉXICO CONTRA LOS ESPAÑOLES

Conocía Cortés casi a todos aquellos que venían con Narváez. Habloles cortésmente. Rogoles que olvidasen lo pasado, que así haría él, y que tuviesen por bien de ser sus amigos, e irse con él a México, que era el más rico pueblo de indios. Volvioles sus armas, que las habían perdido muchos, y a muy pocos dejó presos con Narváez. Los de caballo se salieron al campo con ánimo de pelear, mas luego se dieron por lo que les dijo y prometió. En fin, todos ellos, que no venían sino a gozar la tierra, holgaron de ello, y lo siguieron y sirvieron. Rehízo la guarnición de la Veracruz, y envió allí los navíos de la flota. Despachó doscientos españoles al río de Garay, y tornó a enviar a Juan Velázquez de León con otros doscientos a poblar en Coazacoalco.

Envió delante un español con la nueva de la victoria, y él partiose luego a México, no sin cuidado de los suyos que allá estaban, a causa de los mensajeros de Narváez a Moteczuma. El español que fue con las nuevas, en lugar de albricias, hubo heridas que le dieron los indios alzados. Mas, aunque llagado, tornó a decir a Cortés cómo los de México estaban rebelados y con armas, y que habían quemado las cuatro fustas, combatido la casa y fuerte de los españoles, derribado una pared, minado otra, puesto fuego a las municiones, quitádoles las vituallas, y llegado a tanto aprieto, que mataran o prendieran los españoles si Moteczuma no les mandara dejar el combate, y aun con todo eso, no dejaron las armas ni el cerco; solamente aflojaron por complacer a su señor.

Estas nuevas fueron muy tristes para Cortés, que le volvieron su gozo en cuidado, y le hicieron apresurar el camino para socorrer a sus amigos y compañeros; y si un poco más tardara, no los hallara vivos, sino muertos o para sacrificar. La mayor esperanza que tuvo de no perderlos y perderse, fue no haberse ido Moteczuma. Hizo reseña en Tlaxcallan de los españoles que llevaba, y eran mil peones y ciento de caballo, porque llamó a los que enviara a poblar. No paró hasta Tezcuco, donde no vio los caballeros que

conocía, ni le recibieron como otras veces, ni por el camino tampoco; antes halló la tierra despoblada o alborotada. A Tezcuco le vino un español que Alvarado le enviaba a le llamar y certificar de lo arriba dicho, y que entrase presto, porque con su ida aflojaría la ira. Vino asimismo con el español un indio de parte de Moteczuma, que le dijo cómo de lo pasado él estaba sin culpa, y que si traía enojo de él, que lo perdiese, y se fuese al aposento do primero, donde él se estaba, y los españoles también vivos y sanos, como se los dejó. Con esto descansaron él y los demás españoles aquella noche, y otro día, que fue San Juan Bautista, entró por México a hora de comer, con ciento de caballo y mil españoles, y muchedumbre de los amigos de Tlaxcallan, Huexocinco y Chololla. Vio poca gente por las calles, no recibimiento, algunos puentes desbaratados y otras ruines señales. Llegó a su aposento, y los que no cupieron en el, fuéronse al templo mayor.

Moteczuma salió al patio a recibirle, penado, a lo que mostraba, de lo que los suyos habían hecho. Disculpose, y entrose cada uno en su cámara. Pedro de Alvarado y los otros españoles no se veían de placer con su llegada y la de tantos, que les daban las vidas, que tenían medio perdidas. Saludáronse unos a otros, y preguntáronse cómo estaban y venían, y cuanto los unos contaban de bueno, tanto los otros de malo.

CAPÍTULO CIV
LAS CAUSAS DE LA REBELIÓN

Cortés quiso por entero saber la causa del levantamiento de los indios mexicanos. Preguntolo a todos juntos. Unos decían que por lo que Narváez les enviara a decir, otros que por echarlos de México para que se fuesen, como estaba concertado, en teniendo navíos, pues peleando les voceaban: "Íos, íos de aquí"; otros que por libertar a Moteczuma, que en los combates decían: "Soltad nuestro dios y rey si no queréis ser muertos"; quién decía que por robarles el oro, plata y joyas que tenían, y que valían más de setecientos mil ducados; pues oían a los que llegaban cerca: "Aquí dejaréis el oro que nos habéis tomado"; quién por no ver allí a los tlaxcaltecas y otros que sus enemigos mortales eran; muchos, en fin, creían que por haberles derribado los ídolos de sus dioses, y por decírselo el diablo.

Cada cual de estas causas era bastante a que se rebelasen, cuanto más todas juntas. Pero la principal fue porque pocos días después de ido Cortés a Narváez, vino cierta fiesta solemne que los mexicanos celebraban, y quiséronla celebrar como solían, y para ello pidieron licencia a Pedro de Alvarado, que quedó alcaide y teniente por Cortés, porque no pensase, a lo que ellos decían, que se juntaban para matar los españoles. Alvarado se la dio, con tal que en el sacrificio no interviniese muerte de hombres ni llevasen armas. Juntáronse más de seiscientos caballeros y principales personas, y aun algunos señores, en el templo mayor; otros dicen más de mil. Hicieron grandísimo ruido aquella noche con atabales, caracoles, cornetas, huesos hendidos, con que silban muy recio. Hicieron su fiesta, y desnudos, empero cubiertos de piedra y perlas, collares, cintas, brazaletes y otras muchas joyas de oro, plata y aljófar, y con muy richos penachos en las cabezas, bailaron el baile que llaman *mazeualiztli*, que quiere decir merecimiento con trabajo, y así dicen *mazeuali* por labrador. Este baile es como el *netoteliztli*, que dije, porque ponen esteras en los patios de los templos, y encima de ellas los atabales. Danzan en coro, trabados de las manos y por renglera; bailan al son de los que cantan, y responden bailando. Los cantares son santos, y no profanos, en alabanza del dios cuya es la fiesta, porque les dé agua o grano, salud, victoria, o porque les dio paz, hijos, sanidad y otras cosas así, y dicen los prácticos de esta lengua y ritos ceremoniales, que cuando bailan así en los templos, que hacen otras muy diferentes mudanzas que al *netoteliztli*, así con la voz como con meneos del cuerpo, cabeza, brazos y pies, en que manifestaban sus conceptos, malos o buenos, sucios o loables. A este baile llaman los españoles *areito*, que es vocablo de las islas de Cuba y Santo Domingo.

Estando pues bailando aquellos caballeros mexicanos en el patio del templo de Uitcilopuchtli, fue allá Pedro de Alvarado. Si fue de su cabeza o por acuerdo de todos no lo sabría decir; más de que unos dicen que fue avisado que aquellos indios, como principales de la ciudad, se habían juntado allí a concertar el motín y rebelión que después hicieron; otros, que al principio fueron a verlos bailar baile tan loado y famoso, y viéndolos tan ricos, que se acodiciaron al oro que traían a cuestas, y así tomó las puertas con cada diez o doce españoles, y entró él dentro con más de cincuenta, y sin

duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima. Cortés, aunque le debió pesar, disimuló por no enojar a los que lo hicieron; que estaba en tiempo que los había menester, o para contra los indios o porque no hubiese novedad entre los suyos.

CAPÍTULO CV
LAS AMENAZAS QUE HACÍAN LOS DE MÉXICO A LOS ESPAÑOLES

Sabida la causa de la rebelión, preguntoles Cortés cómo peleaban los enemigos. Ellos dijeron que luego como tomaron armas cargaron con furia muy grande, pelearon y combatieron la casa diez días arreo, en las cuales habían hecho los daños que ya sabía, y que por no dar lugar que Moteczuma se saliese y se fuese a Narváez, como algunos decían, no habían ellos osado salir de casa a pelear por las calles, sino defenderse solamente y guardar a Moteczuma, como se lo dejara encargado; y que como eran pocos, y los indios muchos, y que de credo a credo se remudaban, que no sólo se cansaban, mas que desmayaban, y si a los primeros rebatos no subía Moteczuma a una azotea y mandaba a los suyos que estuviesen quedos, si lo querían vivo, ya estuvieran todos muertos, que luego en viéndole cesaban. Dijeron también que como vino la nueva de la victoria contra Pánfilo, Moteczuma les mandó, y ellos quisieron aflojar y no pelear; no, según era fama, de miedo, sino porque llegado él, los matasen a todos juntos; mas empero que arrepentidos, tendrían más que hacer, volvieron a las armas y batería como de primero, y aun con más gana y denuedo; de donde coligieron algunos que no era con voluntad de Moteczuma.

Contaron asimismo muchos milagros: que como les faltase agua de beber, cavaron en el patio de su aposento hasta la rodilla o poco más, y salió agua dulce, siendo el suelo salobral; que muchas veces se ensayaron los indios a quitar la imagen de Nuestra Señora gloriosísima del altar donde Cortés la puso, y en tocándola se les pegaba la mano a lo que tocaban, y en buen rato no se les despegaba, y despegada, quedaba con señal; y así, la dejaron estar; que cargaron un día de recio combate con el mayor tiro, y cuando le pusieron fuego para arredrar los enemigos no quiso salir; los cuales, como

vieron esto, arremetieron muy denodadamente con terrible grita, con palos, flechas, lanzas y piedras, que cubrían la casa y calle, diciendo: ahora redimiremos nuestro rey, libertaremos nuestras casas y nos vengaremos; mas al mejor hervor del combate soltó el tiro, sin lo cebar más ni ponerle de nuevo fuego, con espantoso sonido; y como era grande y tenía perdigones con la pelota, escupió muy recio, mató muchos y asombrolos a todos; y así, atónitos se retiraron; que andaban peleando por los españoles Santa María y Santiago en un caballo blanco, y decían los indios que el caballo hería y mataba tantos con la boca y con los pies y manos como el caballero con la espada, y que la mujer del altar les echaba polvo por las caras y los cegaba; y así, no viendo a pelear, se iban a sus casas pensando estar ciegos, y allá se hallaron buenos; y cuando volvían a combatir la casa, decían: "Si no tuviésemos miedo a una mujer y al del caballo blanco, ya estaría derribada vuestra casa, vosotros cocidos, aunque no comidos, porque no sois buenos de comer; que el otro día lo probamos y amargáis; mas echaros hemos a las águilas, leones, tigres y culebras, que os traguen por nosotros; pero con todo esto, si no soltáis a Moteczumacín y os vais luego, presto seréis muertos santamente, cocidos con *chilmolli* y comidos de brutos animales, pues no sois buenos para estómagos de hombres; porque siendo Moteczumacín nuestro señor y el dios que nos da mantenimiento, le osasteis prender y tocar con vuestras robadoras manos, y a vosotros, que tomáis lo ajeno, ¿cómo os sufre la tierra, que no os traga vivos? Pero andar; que nuestros dioses, cuya religión profanasteis, os darán vuestro merecido; y si no lo hacen presto, nosotros vos mataremos y despojaremos luego, y a esos hi de ruines y apocados de Tlaxcallan, vuestros esclavos, que no se irán sin castigo ni alabando que toman las mujeres de sus señores y piden tributo a quien pechaban".

Estas y tales cosas braveaban y baladreaban aquellos mexicanos; y los nuestros, que de puro miedo estaban ciscados, los reprendían de semejantes boberías que se dejaban decir cerca de Moteczuma, diciéndoles que era hombre mortal, y no mejor ni diferente de ellos; que sus dioses eran vanos y su religión falsa, y la nuestra cierta y buena; nuestro Dios justo, verdadero criador de todas las cosas, y la mujer que peleaba era madre de Cristo, dios de los cristianos, y el del caballo blanco era apóstol del mismo Cristo, venido del cielo a defender aquellos poquitos españoles y a matar tantos indios.

CAPÍTULO CVI
EL ESTRECHO EN QUE LOS MEXICANOS PUSIERON A LOS ESPAÑOLES

En oír esto, en mirar la casa y proveer lo necesario se pasó aquella noche, y luego por la mañana, para saber de qué intención estaban los indios con su llegada, dijo Cortés que hiciesen mercado, como solían, de todas las cosas, y ellos estar quedos. Entonces le dijo Alvarado que hiciese del enojado con él, y como que le quería prender y castigar por lo que hizo, porque le remordía la conciencia, pensando que así Moteczuma y los suyos se aplacarían y aun rogarían por él.

Cortés no curó de aquello, antes muy enojado, dijo, a lo que dicen, que eran unos perros, y que con ellos no había necesidad de cumplimiento, y mandó luego a un principal caballero mexicano que allí estaba que en todas maneras hiciesen mercado. El indio conoció que hablaban mal de ellos, teniéndolos en poco más que bestias, y enojose también él, y desdeñado, fue como que a cumplir lo que Cortés mandaba, y no fue sino a pedir libertad y a publicar las palabras injuriosas que oyera, y en poco tiempo revolvió la feria, porque unos quebraban las puentes, otros llamaban los vecinos, y todos a una dieron sobre los españoles y cercáronles la casa con tanta grita, que no se oían. Tiraban tantas piedras, que parecía pedrisco; tantas flechas y dardos, que henchían paredes y patio a no poder andar por él.

Salió Cortés por una parte y otro capitán por otra, con cada doscientos españoles, y pelearon con ellos los indios reciamente, y les mataron cuatro españoles, hirieron a otros muchos de los nuestros, y no murieron de ellos sino pocos, por tener la guarida cerca o en las casas, o tras las puentes y albarradas. Si arremetían los nuestros por las calles, luego les atajaban las puentes; si a las casas, recibían mucho daño de las azoteas, con los cantos y piedras que de ellas arrojaban. Al retirar los persiguieron terriblemente. Pusieron fuego a la casa por muchas partes, y por una se quemó un buen pedazo sin poderlo amatar, hasta derribar sobre él unas cámaras y paredes, por donde entraran a escala vista ni no fuera por la artillería, ballestas y escopetas que se pusieron allí. Duró la pelea y combate todo el día, hasta ser de noche, y aun entonces no los dejaban, con grita y rebates. No durmieron

mucho aquella noche, sino reparar los portillos de lo quemado y flaco, curar los heridos, que eran más de ochenta, concertar las estancias, ordenar la gente para pelear otro día, si menester fuese.

Como fue día, fueron sobre ellos más indios y más recio que el día antes; tanto, que los artilleros sin asestar jugaban con los tiros. Ninguna mella hacían en ellos ballestas ni escopetas, ni trece falconetes que siempre disparaban, porque aunque llevaba el tiro diez y quince y aun veinte indios, luego cerraban por allí, que parecía no haber hecho daño. Salió Cortés con otros tantos, como el día de atrás; ganó algunas puentes, quemó algunas casas, y mató en ellas muchos que dentro se defendían; mas eran tantos los indios, que ni se descubría el daño ni se sentía; y eran pocos los nuestros, que con pelear todas las horas del día, no bastaban a defenderse, cuanto más a ofender. No fue muerto español ninguno; mas quedaron heridos sesenta, de piedra o saeta, que tuvieron que curar aquella noche. Para remediar que de las casas y azoteas no recibiesen daño ni heridas, como hasta allí, hicieron tres ingenios de madera, cuadrados, cubiertos y con sus ruedas, para llevarlos mejor. Cabía en cada uno veinte hombres con picas, escopetas y ballestas, y un tiro. Detrás de ellos habían de ir azadoneros para derrocar casas y albarradas, o para regir y ayudar a ir el ingenio.

CAPÍTULO CVII
LA MUERTE DE MOTECZUMA

Entre tanto que se hacían estos ingenios no salían los nuestros a pelear, ocupados en la obra; solamente resistían; mas los enemigos, pensando que todos estaban muy mal heridos, combatíanlos a más no poder, y aun les decían denuestos y palabras injuriosas, y amenazábanlos que si no les daban a Moteczuma, que les darían la más cruda muerte, que jamás hombres llevaron. Cargaban tanto y porfiaban a entrar la casa, que rogó Cortés a Moteczuma se subiese a un azotea alta y mandase a los suyos cesar e irse. Subió, púsose al pretil para hablarles, y en comenzando, tiraron tantas piedras de abajo y de las casas fronteras, que de una que le acertó en las sienes le derribaron y mataron sus propios vasallos. Y no lo quisieran hacer más que sacarse los ojos; ni lo vieron, como le tenía un español cubierto y amparado

con una rodela, no le diese en la cara alguna pedrada, que tiraban muchas; ni creyeron que estaba allí, por más señas y voces que les daban.

Luego Cortés publicó la herida y peligro de Moteczuma; mas unos lo creían, y otros no; empero todos peleaban a porfía. Tres días estuvo Moteczuma con dolor de cabeza, y al cabo muriose. Cortés, porque los indios viesen que moría de la pedrada que ellos le habían dado, y no de mal que él le hubiese hecho, lo hizo sacar a cuestas a dos caballeros mexicanos y presos, que dijeron la verdad a los ciudadanos, los cuales a la sazón estaban combatiendo la casa; mas ni por eso dejaron el combate ni la guerra, como muchos de los nuestros pensaban; antes la hicieron mayor y sin ningún respeto. Al retirar hicieron muy gran llanto para enterrar al rey en Chapultepec. De esta manera murió Moteczumacín, que de los indios era por dios tenido, y que tan gran rey como dicho es era. Pidió el bautismo, según dicen, por Carnestolendas; y no se lo dieron entonces por dárselo la Pascua con la solemnidad que requería tan alto sacramento y tan poderoso príncipe, aunque mejor fuera no alargarlo; mas como vino primero Pánfilo de Narváez, no se pudo hacer, y después de herido olvidose, con la priesa del pelear. Afirman que nunca Moteczuma, aunque de muchos fue requerido, consintió en muerte de español ni en daño de Cortés, a quien mucho amaba. También hay quien lo contrario diga. Todos dan buenas razones; mas empero no pudieron saber la verdad nuestros españoles, porque ni entonces entendían el lenguaje, ni después hallaron vivo a ninguno con quien Moteczuma hubiese comunicado esta puridad. Una cosa sé decir, que nunca dijo mal de españoles, que no poco enojo y descontento era para los suyos.

Dicen los indios que fue el mejor de su linaje y el mayor rey de México. Y es gran cosa que cuando los reinos más florecen y más encumbrados están, entonces se caen y pierden o truecan señor, según historias cuentan, y como la habernos visto en este Moteczuma y en Atabaliba. Más perdieron nuestros españoles con la muerte de Moteczuma que los indios, si bien consideraseis las muertes y destrozo que luego se siguió a los unos, y el contentamiento y descanso de los otros; porque muerto él, se quedaron en sus casas y tomaron nuevo rey.

Fue Moteczuma reglado en el comer; no vicioso, como otros indios, aunque tenía muchas mujeres. Fue dadivoso y muy franco con los espa-

ñoles, y creo que también con los suyos; porque si fuera por arte, y no por natura, fácilmente se le conociera al dar en el semblante; que los que dan de mala gana, mucho descubren el corazón. Cuentan que fue sabio: a mi parecer, o fue muy sabio, pues pasaba por las cosas así, o muy necio, que no las sentía. Fue tan religioso como belicoso, aunque tuvo muchas guerras, en que se halló presente. Dicen que venció nueve batallas y otros nueve campos en desafío, uno a uno. Reinó diecisiete años y algunos meses.

CAPÍTULO CVIII
LOS COMBATES QUE UNOS A OTROS SE DABAN

Muerto que fue Moteczuma, envió a decir Cortés a sus sobrinos y a los otros señores y capitanes que sustentaban la guerra, que les quería hablar. Vinieron y él les dijo desde aquella misma azotea que le mataran, que pues era muerto Moteczuma, dejasen las armas y atendiesen a elegir otro rey y enterrar el difunto; que se quería hallar a las honras como amigo. Y que supiesen cómo por amor de Moteczuma, que se lo rogaba, no les había ya derribado y asolado la ciudad, como rebelde y obstinada. Mas pues ya no tenía a quien tener respeto, les quemaría las casas y los castigaría si no cesaba la guerra y eran sus amigos. Ellos respondieron que no dejarían las armas hasta verse libres y vengados; y que sin su consejo sabrían tomar el rey que por derecho les venía, pues los dioses les habían llevado a su querido Moteczuma. Que del cuerpo harían lo que de otros reyes muertos. Y si él quería ir a morar con los dioses y tener compañía a su amigo, que saliese, y lo matarían. Y que más querían guerra que paz, si había de estar en la ciudad. Y si se enojaba, que tendría dos males; porque ellos no eran como otros, que se rendían a palabras. Que también ellos, pues muriera su señor, por cuya reverencia no les tenían quemadas las casas y a ellos asados y comidos, le matarían si no se iba. Y una vez por una que saliese fuera, y que después tratarían de amistad.

Cortés, como los halló duros, conoció que iba malo su partido, y que le decían que se fuese para tomarlo entre puentes. Tanto les rogaba por el daño que recibía como por el que hacía. Así que, viendo cómo las vidas y el mandar consistían en los puños y tener buen corazón, salió una mañana

con los tres ingenios, con cuatro tiros, con más de quinientos españoles y con tres mil tlaxcaltecas, a pelear con los enemigos, a derribar y quemar las casas. Arrimaron los ingenios a unas grandes casas que cabe una puente estaban. Echaron escalas para subir a las azoteas, que estaban llenas de gente, y comenzaron a combatirlas; mas presto se tornaron al fuerte sin hacer cosa que dañase mucho los contrarios, y con un español muerto y otros muchos heridos, y con los ingenios quebrados. Fueron tantos los indios que al ruido cargaron, y apretaron en tanta manera a los nuestros, que no les dieron lugar ni vagar de soltar los tiros. Y los de aquella casa tiraron tantas piedras y tan grandes de las azoteas, que desbarataron los ingenios y los ingenieros. Y los hicieron volver más de a paso en poco tiempo.

Como los hubieron encerrado, cobraron todas las casas y calles perdidas y el templo mayor, en cuya torre se encastillaron quinientos principales hombres. Metieron muchos bastimentos, muchas piedras, muchas lanzas largas y con hierros de pedernal, anchos y agudos. Y a la verdad con ninguna arma hacían tanto daño como con piedras, ni tan a su salvo. Era fuerte aquella torre y alta, según ya dije, y estaba tan cerca del fuerte de los nuestros, que les hacía muy gran daño. Cortés, aunque con harta tristeza, animaba siempre a los suyos, y siempre iba delante a las afrentas y peligros. Y por no estar acorralado, que no lo sufría su corazón, toma trescientos españoles, y va a combatir aquella torre. Acometiola tres o cuatro veces y otros tantos días; mas nunca la pudo subir, como era alta y había muchos defensores con buenas piedras y armas, con que por detrás le fatigaban mucho. Antes siempre venían rodando las gradas abajo heridos y huyendo, de que orgullosos los indios, seguían los nuestros hasta las puertas del real. Y los españoles iban de cada hora desmayando más, y muchos murmurando. Estaba su corazón con estas cosas cual pensar podéis.

Y porque los indios, con tener la torre y victorias, andaban más bravos que nunca, así por obras como de palabras, determina Cortés salir, y no tornar sin ganarla. Atose la rodela al brazo que tenía herido; fue, cercó y combatió la torre con muchos españoles, tlaxcaltecas y amigos; y aunque los de arriba la defendieron recio y mucho, y derribaron tres o cuatro españoles por las escaleras, y vinieron muchos a socorrerla, la subió y ganó. Pelearon allá arriba con los indios hasta que los hicieron saltar a unos pretiles o ande-

nes que tenía la torre alrededor, un paso anchos o más; los cuales eran tres, y uno más alto que otro dos estados, o conforme a los sobrados de las capillas. Algunos indios cayeron al suelo por saltar de uno en otro, que allende del golpe llevaban muchas estocadas de los nuestros, que abajo quedaron. Españoles hubo que, abrazados con los enemigos, se arrojaban a los pretiles y aun de uno en otro, por matarlos o echar al suelo; y así, no dejaron a ninguno vivo. Pelearon tres horas allá arriba; que como eran muchos indios, ni los podían vencer ni acabar de matar. En fin, murieron todos quinientos indios como valientes hombres. Y si tuvieran armas iguales, más mataran que murieran, según el lugar y corazón tenían. No se halló la imagen de nuestra Señora, que al principio de la rebelión no podían quitar; y Cortés puso fuego a las capillas y otras tres torres, en que se quemaron muchos ídolos. No perdieron coraje aunque perdieron la torre; con lo cual, y por quema de sus dioses, que al alma les llegó, hacían muchas arremetidas a la casa fuerte de los nuestros.

CAPÍTULO CIX
REHÚSAN LOS DE MÉXICO LAS TREGUAS QUE CORTÉS PIDIÓ

Cortés, considerando la multitud de los enemigos, el ánimo, la porfía y que ya los suyos estaban hartos de pelear, y aun ganosos de irse, si los indios los dejaran, tornó a requerir con la paz y a rogar a los mexicanos por treguas, diciéndoles que morían muchos y no mataban ninguno, y que las demandaba para que conociesen su daño y mal consejo. Ellos, más endurecidos que nunca, le respondieron que no querían paz con quien tanto mal les había hecho, matándoles sus hombres y quemándoles sus dioses, ni menos querían treguas, pues no tenían agua ni pan ni salud; y que si morían, que también mataban y herían; que no eran dioses ni hombres inmortales, para no morir como ellos; y que mirase cuánta gente parecía por las azoteas, torres y calles, sin otra tanta que estaba en las casas, y hallaría que más presto se acabarían sus españoles muriendo uno a uno, que los vecinos de mil a mil ni de diez en diez mil; porque, acabados aquellos que veía, vendrían luego otros tantos, y tras aquellos, otros y otros; mas, acabado él y los suyos,

que no vendrían más españoles, y ya que ellos no los matasen con armas, se morirían de heridas y de sed y de hambre; y aunque ya quisiesen irse, no podrían, por estar deshechas las puentes, rompidas las calzadas, no teniendo barcas para ir por agua.

En estas razones, que le dieron bien qué pensar y temer, les tomó la noche; y cierto la hambre sola, el trabajo y cuidado, los consumía, y consumiera sin otra guerra. Aquella noche se armaron los medios españoles, y muy tarde salieron, y como los contrarios no peleaban a tales horas, quemaron fácilmente trescientas casas en una calle. Entraron en algunas, y mataron los que dentro hallaron: quemáronse entre ellas tres azoteas cerca del fuerte, que les hacían daño. Los otros medio españoles adobaban los ingenios y reparaban la casa. Como les sucedió bien la salida, tornaron en amaneciendo a la calle y puente, do les desbarataron los ingenios; y aunque hallaron muy gran resistencia, como les iba la vida, que de la honra ya no hacían tanto caudal, ganaron muchas casas con azoteas y torres, que quemaron; ganando asimismo, de ocho puentes que tiene, las cuatro, aunque estaban tan fuertes con albarradas de lodo y adobes, que apenas los tiros derribarlas podían. Cegáronlas con los mismos adobes y con la tierra, piedras y madera de lo derrocado; quedó guarda en lo ganado, y volviéronse al real con hartas heridas, cansancio y tristeza, porque más sangre y ánimo perdían que tierra ganaban.

Luego otro día, por tener paso a tierra, salieron, ganaron y cegaron las otras cuatro puentes de aquella misma calle, y fueron veinte de caballo corriendo hasta tierra firme, tras los enemigos que huían; y estando Cortés cegando y allanando las puentes y malos pasos para los caballos, llegaron a le decir cómo estaban esperando muchos señores y capitanes que querían paz; por eso que fuese allá; y llevase un *tlamacazque*, que era de los sacerdotes principales, y estaba preso, para entender en los conciertos de ella. Cortés fue y lo llevó; tratose de la paz, y el *tlamacazque* fue a que dejasen las armas y el cerco del real; empero no tornó. Todo era fingido y por ver qué ánimo tenían los nuestros, o por cobrar el religioso, o por descuidarlos. Con tanto, se fueron todos a comer, que era ya hora; mas no fue bien sentado Cortés a la mesa, cuando entraron ciertos de Tlaxcallan dando voces que los enemigos andaban con armas por la calle, y habían cobrado las

puentes perdidas, y muerto los más españoles que las guardaban. Salió luego a la hora con los de a caballo que más a punto estaban, y algunos de a pie; rompió el cuerpo de los adversarios, que muchos eran, y siguiolos hasta tierra. A la vuelta, como los españoles de pie estaban heridos y cansados de pelear y guardar la calle, no pudieron sostener el ímpetu y el golpe de los muchos contrarios que sobre ellos cargaron, y que hincheron tanto la calle, que aína no pudieron tornar a su aposento; y no sólo estaba llena la calle de gente, mas aun había por agua muchas canoas, y los unos y otros apedrearon y agarrocharon los nuestros bravísimamente, e hirieron a Cortés muy mal en la rodilla, de dos pedradas, y luego anduvo la fama por toda la ciudad que le habían muerto, que no poco entristeció a los nuestros y alegró a los indios; mas él, aunque herido, animaba a los suyos y daba en los enemigos. A la postrera puente cayeron dos caballos, y el uno se soltó, y embarazaron el paso a los que venían detrás. Revolvió Cortés sobre los indios, e hizo algún tanto de lugar; y así, pasaron todos los de caballo, y el que fue postrero hubo de saltar con su caballo a muy gran trabajo y peligro, y fue maravilla que no le prendieran; diéronle con todo de pedradas; con que se recogió al real ya bien tarde. En cenando, envió algunos españoles a guardar la calle y ciertos puentes de ella, porque no las recobrasen los indios ni le fatigasen en casa la noche, que quedaban muy ufanos con el buen suceso del día; aunque no acostumbran ellos, según de antes dije, pelear de noche.

CAPÍTULO CX
CÓMO HUYÓ CORTÉS DE MÉXICO

Cortés, viendo perdido el negocio, habló a los españoles para que se fuesen, y todos ellos holgaron mucho de oírlo; que no había casi ninguno que herido no fuese. Tenían miedo de morir, aunque ánimo para morir; porque eran tantos indios, que aunque no hicieran sino degollarlos como a carneros, no bastaban. No tenían tanto pan, que se osasen hartar; no tenían pólvora ni pelotas ni almacén ninguno; estaba aportillada la casa, que no pocos se ocupaban en la guardar. Todas eran bastantes estas causas para desamparar a México y amparar sus vidas; aunque, por otra parte, les parecía mal

caso volver la cara al enemigo; que las piedras se levantan contra el que huye. Especialmente temían el pasar los ojos de la calzada por do entraron, que tenían quitadas las puentes; así que por un cabo los cercaban duelos y por otro quebrantos.

Acordose pues entre todos que se fuesen, y luego, aquella noche, que era la de Botello; el cual presumía de astrólogo, o, como lo llamaban, de nigromántico, y que dijera muchos días antes que si se salían de México a cierta hora señalada de noche, que era ésta, se salvarían, y si no, que no. Ora lo creyesen, ora no, todos, en fin, acordaron de irse aquella noche; y para pasar los ojos de la calzada hicieron una puente de madera, que pusiesen y quitasen. Esto es muy de creer, que todos se concertasen, y no lo que algunos dicen, que Cortés se partió los cencerros atapados, y que se quedaron más de doscientos españoles en el mismo patio y real, sin saber de la partida; a quien después mataron, sacrificaron y comieron los de México; pues de la ciudad no se pudieron salir, cuánto más de una misma casa. Cortés dice que se lo requirieron.

Llamó Cortés a Juan de Guzmán, su camarero, que abriese una sala do tenía el oro, plata, joyas, piedras, plumas y mantas ricas, para que delante los alcaldes y regidores tomasen el quinto del rey sus tesoreros y oficiales, y dioles una yegua suya y hombres que lo llevasen y guardasen; dijo asimismo que cada uno tomase lo que quisiese o pudiese del tesoro, que él se lo daba. Los de Narváez, hambrientos de aquello, cargaron de cuanto pudieron; mas caro les costó, porque a la salida, con la carga, no podían pelear ni andar; y así, los indios mataron muchos de ellos, arrastraron y comieron. También los de caballo tomaron de ello a las ancas; y en fin, todos llevaron algo, que más había de setecientos mil ducados; sino que, como estaban en joyas y piezas grandes, hacían gran volumen. El que menos tomó, libró mejor, porque fue sin embarazo y salvose, y aunque algunos digan que se quedó allí mucha cantidad de oro y cosas, creo que no, porque los tlaxcaltecas y los otros indios dieron saco y se lo tomaron todo.

Dio cargo Cortés a ciertos españoles que llevasen a recado a un hijo y dos hijas de Moteczuma, a Cacama y otro su hermano y a otros muchos señores grandes que tenía presos. Mandó a otros cuarenta que llevasen el pontón, y a los indios amigos la artillería y un poco de *centli* que había.

Puso delante a Gonzalo de Sandoval y Antonio de Quiñones; dio la rezaga a Pedro de Alvarado, y él acudía a todas partes hasta con cien españoles; y así, con esta orden salieron de casa a media noche en punto, y con gran niebla, y muy callandito, por no ser sentidos, y encomendándose a Dios que los sacase con vida de aquel peligro y de la ciudad. Echó Cortés por la calzada de Tlacopan, que habían entrado, y todos le siguieron; pasaron el primer ojo con la puente que llevaban echiza. Las centinelas de los enemigos y las guardas del templo y ciudad sonaron luego sus caracoles, y dieron voces que se iban los cristianos; y en un salto, como no tienen armas ni vestidos que echar encima y los impidan, salió toda la gente tras ellos a los mayores gritos del mundo, diciendo: "¡Mueran los malos, muera quien tanto mal nos ha hecho!". Y así, cuando Cortés llegó a echar el pontón sobre el ojo segundo de la calzada, llegaron muchos indios que se lo defendían peleando; pero, en fin, hizo tanto, que los echó y pasó con cinco de caballo y cien peones españoles, y con ellos aguijó hasta la tierra, pasando a nado los canales y quebradas de la calzada, que su puente de madera ya era perdida. Dejó los peones en tierra con Juan Jaramillo, y tornó con los cinco de caballo a llevar a los demás, y a darles prisa que caminasen; pero cuando llegó a ellos, aunque algunos peleaban reciamente, halló muchos muertos. Perdió el oro, el fardaje, los tiros, los prisioneros; y en fin, no halló hombre con hombre ni cosa con cosa de como lo dejó y sacó del real. Recogió los que pudo, echolos delante, y siguió tras ellos, y dejó a Pedro de Alvarado a esforzar y recoger los que quedaban; mas Alvarado no pudiendo resistir ni sufrir la carga que los enemigos daban, y mirando la mortandad de sus compañeros, vio que no podía él escapar si atendía, y siguió tras Cortés con la lanza en la mano, pasando sobre españoles muertos y caídos, y oyendo muchas lástimas. Llegó a la puente cabera, y saltó de la otra parte sobre la lanza; de este salto quedaron los indios espantados y aun españoles, que era grandísimo y que otros no pudieron hacer, aunque lo probaron, y se ahogaron.

Cortés a esto se paró, y aun se sentó, y no a descansar, sino a hacer duelo sobre los muertos y que vivos quedaban, y pensar y decir el baque que la fortuna le daba con perder tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino; y no solamente lloraba la desventura presente, mas

temía la venidera, por estar todos heridos, por no saber a dónde ir, y por no tener cierta la guarida y amistad de Tlaxcallan; y ¿quién no llorara viendo la muerte y estrago de aquellos que con tanto triunfo, pompa y regocijo entrado habían? Empero, porque no acabasen de perecer allí los que quedaban, caminando y peleando llegó a Tlacopan, que está en tierra, fuera ya de la calzada. Murieron en el desbarate de esta triste noche, que fue a 10 de julio del año de 20 sobre 1.500, cuatrocientos y cincuenta españoles, cuatro mil indios amigos, cuarenta y seis caballos, y creo que todos los prisioneros. Quién dice más, quién menos; pero esto es lo más cierto.

Si esta cosa fuera de día, por ventura no murieran tantos ni hubiera tanto ruido; mas, como pasó de noche oscura y con niebla, fue de muchos gritos, llantos, alaridos y espanto, que los indios, como vencedores, voceaban victoria, invocaban sus dioses, ultrajaban los caídos y mataban los que en pie se defendían. Los nuestros, como vencidos, maldecían su desastrada suerte, la hora y quién allí los trajo. Unos llamaban a Dios, otros a Santa María, otros decían: "Ayuda, ayuda; que me ahogo". No sabría decir si murieron tantos en agua como en tierra, por querer echarse a nado o saltar las quebradas y ojos de la calzada, y porque los arrojaban a ella los indios, no pudiendo apear con ellos de otra manera; y dicen que en cayendo el español en agua, era con él el indio, y como nadan bien, los llevaban a las barcas y donde querían, o lo desbarrigaban. También andaban muchas *acalles* a raíz de la calzada, peleando; que, como tiraban a bulto, daban a todos, aunque algo divisaban el vestido de los suyos, que parecía encamisada, y eran tantos los de la calzada, que se derribaban unos a otros en agua y a tierra; y así, ellos se hicieron a sí mismos más daño que los nuestros, y si no se detuvieran en despojar los españoles caídos, pocos o ninguno dejaran vivos. De los nuestros tanto más morían, cuanto más cargados iban de ropa y de oro y joyas, porque no se salvaron sino los que menos oro llevaban y los que fueron delante o sin miedo; por manera que los mató el oro y murieron ricos.

Acabada que fue de pasar la calzada, no siguieron los indios nuestros españoles, o porque se contentaron con lo hecho, o porque no osaron pelear en lugar anchuroso, o por se poner a llorar los hijos de Moteczuma, que aún hasta entonces nunca los habían conocido ni sabido que fuesen muer-

tos. Grandes llantos y plañidos hicieron sobre ellos, mesándose las cabezas por los haber ellos muerto.

CAPÍTULO CXI
LA BATALLA DE OTUMPAN

No sabían en Tlacopan, cuando los españoles llegaron, cuán rotos y huyendo iban, y los nuestros se remolinaron en la plaza por no saber qué hacer ni adonde ir. Cortés, que venía detrás para llevar todos los suyos delante, les dio prisa que saliesen al campo a lo llano, antes que los del pueblo se armasen y juntasen con más de cuarenta mil mexicanos que, acabado el llanto, venían ya picándole. Tomó la delantera, echó delante los indios amigos que le quedaron, y caminó por unas labradas. Peleó hasta llegar a un cerro alto, donde estaba una torre y templo, que ahora llaman por eso Nuestra Señora de los Remedios. Matáronle algunos españoles rezagados y muchos indios primero que arriba subiese; perdió mucho oro de lo que había quedado, y fue harto librarse de la muchedumbre de enemigos, porque ni los veinticuatro caballos que le quedaron podían correr, de cansados y hambrientos, ni los españoles alzar los brazos ni pies del suelo, de sed, hambre, cansancio y pelear, que en todo el día y la noche no habían parado ni comido.

En aquel templo, que tenía razonable aposento, se fortaleció. Bebieron, pero no cenaron nada o muy poco, y estuvieron a ver qué harían tantos indios que por alrededor estaban como en cerco, gritando y arremetiendo, y porque no tenían de comer; guerra peor que la de los enemigos. Hicieron muchos fuegos de la leña del sacrificio, y hacia la media noche, que sentidos no fuesen, se partieron. Mas como no sabían el camino, iban a tiento, sino que un tlaxcalteca los guió y dijo que llevaría a su tierra si no lo impedían los de México; y con tanto comenzaron a caminar. Cortés ordenó su gente, puso los heridos y ropa que había, en medio; los sanos y caballos repartió en vanguardia y retaguardia. No pudieron ir tan quedos, que no los sintieran los escuchas que cerca estaban; los cuales apellidaron luego y vino mucha gente, que los siguió solamente hasta el día. Cinco de caballo, que iban delante a descubrir, dieron con ciertos escuadrones de indios que los aguardaban para robar, y que en viéndolos cuidaron venir

allí todos los españoles, y huyeron. Mas reconociendo el poco número, pararon y juntáronse con los que atrás venían, y peleando los siguieron tres leguas, hasta que tomaron los nuestros una cuesta en que estaba otro templo con una buena torre y aposento, do se pudieron albergar aquella noche, mas no cenar. Al alba les dieron los indios un mal rebato; empero fue más el temor que el daño.

Partieron de allí y fueron a un pueblo grande por fragoso camino, por el cual hicieron poco mal los caballos en los enemigos, y ellos no mucho en los nuestros. Los del lugar huyeron a otro, de miedo; y así, pudieron estar allí aquella noche y otra siguiente, descansar y curar los hombres y bestias; mataron la hambre, y llevaron provisión, aunque no mucha, que no había quién. Partidos de allí, los persiguieron infinidad de contrarios, que los acometían recio y fatigaban. Y como el indio de Tlaxcallan que guiaba no sabía bien el camino, iban fuera de él. Al cabo llegaron a una aldea de pocas casas, donde aquella noche durmieron. A la mañana prosiguieron su camino, y tras ellos siempre los enemigos, que los fatigaron todo el día. Hirieron a Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza, o porque no le curaron bien sacándole cascos, o por el demasiado trabajo que pasó. Entrose a curar en un lugar yermo, y luego, porque no le cercasen, sacó de él su gente; y caminando, cargó tanta muchedumbre sobre él, y peleó tan recio, que hirieron cinco españoles y cuatro caballos, uno de los cuales murió, y le comieron sin dejar, como dicen, pelo ni hueso. Tuviéronla por buena cena, aunque no tuvieron harto para entre tantos. No había español que de hambre no pereciese. Dejo aparte el trabajo y heridas; cosas que cada una bastaba para los acabar; empero la nación nuestra española sufre más hambre que otra ninguna, y estos de Cortés más que todos, que tiempo aún no tenían para coger yerbas de que comer basto.

Luego otro día con la mañana se partieron de aquellas casas; y porque tenía temor de la mucha gente que parecía, mandó Cortés que los de caballo tomasen a las ancas los más dolientes y heridos, y los no tanto, que de las colas y estribos se asiesen, o hiciesen muletas y otros remedios para ayudarse y poder andar si no querían quedarse a dar buena cena a los enemigos. Valió mucho este aviso para lo que les avino, y aun tal español hubo que llevó a otro a cuestas, y lo salvó así.

A una legua andada, en un llano salieron tantos indios a ellos, que cubrían el campo y que los cercaron a la redonda. Acosaron reciamente, y pelearon de tal suerte, que creyeron los nuestros ser aquel día el último de su vida; porque muchos indios hubo que osaron tomarse con los españoles brazo a brazo y pie con pie; y aunque gentilmente se los llevaban arrastrando, ora fuese por sobra de ánimo suyo, ora por falta en los nuestros, con los muchos trabajos, hambre y heridas, lástima era muy grande ver de aquella manera llevar a los españoles y oír las cosas que iban diciendo. Cortés, que andaba a una y otra parte confortando los suyos, y que muy bien veía lo que pasaba, encomendose a Dios, llamó a San Pedro, su abogado, arremetió con su caballo por medio los enemigos, rompiolos, llegó al que traía el estandarte real de México, que era capitán general, y diole dos lanzadas, de que cayó y murió. En cayendo el hombre y pendón, abatieron las banderas en tierra, y no quedó indio con indio, sino que luego se derramaron cada uno por do mejor pudo, y huyeron, que tal costumbre en guerra tienen, muerto su general y abatido el pendón. Cobraron los nuestros coraje, siguiéronlos a caballo, y mataron infinitos de ellos; tantos dicen, que no los oso contar. Los indios eran doscientos mil, según afirman, y en el campo do esta batalla fue se dice de Otumpan. No ha habido más notable hazaña ni victoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear este día a Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él, ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró a todos.

CAPÍTULO CXII
EL ACOGIMIENTO QUE HALLARON LOS ESPAÑOLES EN TLAXCALLAN

Habida la victoria, y cansados de matar indios, se fueron Cortés y sus españoles a dormir a una casa puesta en llano, de la cual se parecían ciertas sierras de Tlaxcallan, que no poco los alegraron, aunque por parte les puso en cuidado si les serían amigos en tal tiempo hombres tan guerreros como los de allí; porque el desdichado, el vencido que huye, ninguna cosa halla en su favor; todo le sale mal o al revés lo que piensa y ha menester. Cortés aquella

noche fue atalaya de los suyos; y no tanto por estar más sano o descansado que los compañeros, sino porque siempre quería que fuese igual el trabajo a todos, como era común el daño y pérdida. Siendo de día caminaron por tierra llana derecho a las sierras y provincia de Tlaxcallan.

Pasaron por una fuente muy buena, do se refrescaron, que según los indios amigos dijeron, partía términos entre mexicanos y tlaxcaltecas. Fueron a Huacilipan, lugar de Tlaxcallan y de cuatro mil vecinos, donde muy bien recibidos fueron, y proveídos tres días que en él estuvieron descansando y curándose. Algunos del pueblo no quisieron darles nada sin que se lo pagasen; empero los más muy bien lo hicieron con ellos. Aquí vinieron Maxixca, Xicotencatl, Acxotecatl, y otros muchos señores de Tlaxcallan y Huexoxinco, con cincuenta mil hombres de guerra, los cuales iban a México a socorrer los españoles, sabiendo las revueltas, y no la salida, daño y pérdida que llevaban. Otros dicen que sabiendo cómo venían destrozados y huyendo, los salieron a consolar y a convidar a su pueblo, de parte de la república. En fin, ellos mostraron pena de verlos así, y placer por hallarlos allí. Lloraban y decían: "Bien os lo dijimos y avisamos, que mexicanos eran malos y traidores, y no lo creisteis; pésanos de vuestro mal y desastre. Si queréis, vamos allá, y venguemos esta injuria y las pasadas, y las muertes de vuestros cristianos y de nuestros ciudadanos; y si no, idos con nosotros, que en nuestras casas os curaremos". Cortés se alegró grandemente de hallar aquel amparo y amistad en tan buenos hombres de guerra: lo que venía dudando.

Agradecioles, como era razón, su venida y voluntad; dioles de las joyas que quedaron, algunas; díjoles que tiempo habría para emplearlos contra los de México, y que al presente era necesario curar los enfermos. Aquellos señores le rogaron que, pues no quería tornar a México, les dejase salir a combatirse con los de Culúa, que aún andaban muchos por allí, dicen que más por robar que por otra cosa. Él les dio algunos españoles que sanos o poco heridos estaban; con que fueron, pelearon, y mataron muchos de ellos, y de ahí adelante no parecieron más los enemigos. Luego se partieron muy alegres y victoriosos a su ciudad, y tras ellos los nuestros.

Sacáronles al camino de comer, a lo que dicen, veinte mil hombres y mujeres, pienso que los más salieron por verlos; tanto era el amor y afición que les tenían; o por saber de los suyos que habían ido a México, mas pocos

tornaban. En Tlaxcallan fueron bien recibidos y tratados, que Maxixca dio su casa y cama a Cortés, y a los demás españoles hospedaron los caballeros y principales personas de la ciudad, y les hicieron mil regalos; de los cuales tanto más gozaron, cuanto más destrozados venían; y creo que no habían dormido en camas quince días atrás. Mucho se debe a los de Tlaxcallan por su lealtad y ayuda, especialmente a Maxixca, que arrojó por las gradas abajo del templo mayor a Xicotencatl, porque aconsejó al pueblo que matasen los españoles para reconciliarse con los mexicanos; e hizo dos oraciones, una a los hombres y otra a las mujeres, diciendo que no habían comido sal ni vestido algodón en muchos años, sino después que ellos eran sus amigos. También se preciaban mucho ellos mismos de aquesto, y de la resistencia y batalla que dieron a Cortés de Teoacacinco; y así, cuando hacen fiestas o reciben algún virrey, salen al campo sesenta o setenta mil de ellos a escaramuzar, y pelean como pelearon con él.

CAPÍTULO CXIII
EL REQUERIMIENTO QUE LOS SOLDADOS HICIERON A CORTÉS

Había Cortés dejado allí en Tlaxcallan, al tiempo que se partió a México a verse con Moteczuma, veinte mil pesos de oro, y aun más que, después de sacado y enviado el quinto al rey con Montejo y Portocarrero, se quedaron sin repartir, con las cortesías que hubo entre él y los compañeros. Dejó también las mantas y cosas de pluma, por no llevar aquel embarazo y carga adonde no era menester, y dejolo allí por ver cuán amigos y buenos hombres eran aquéllos; y a efecto que, si en México no le faltasen dineros, de enviarlos a la Veracruz a repartir entre los españoles que allí quedaban por guarda y pobladores, pues era razón darles parte de lo que hubiesen. Cuando después tornó con la victoria de Narváez, escribió al capitán que enviase por aquella ropa y oro, y la repartiese entre sus vecinos, a cada uno como merecía. El capitán envió por ello cincuenta españoles con cinco caballos, los cuales a la vuelta fueron presos con todo el oro y ropa, y muertos a manos de gente de Culúa, que con la venida y palabras del Pánfilo anduvieron levantados y robando muchos días.

Mucho sintió Cortés, cuando lo supo, tanta pérdida de españoles y de oro. Y temiendo no les hubiese entrevenido algún semejante mal o guerra a los españoles de Veracruz, envió luego allá un mensajero, el cual, como volvió, dijo que todos estaban sanos y buenos, y los comarcanos seguros y pacíficos; de que muy gran contentamiento tuvo Cortés, y aun los demás, que deseaban ir allá, y él no les dejaba; por lo cual todos bramaban y murmuraban de él diciendo: "¿Qué piensa Cortés? ¿Qué quiere hacer de nosotros? ¿Por qué nos quiere tener aquí, donde muramos mala muerte? ¿Qué le merecemos para que nos deje ir? Estamos descalabrados, tenemos los cuerpos llenos de heridas, podridos, con llagas, sin sangre, sin fuerza, sin vestidos; vémonos en tierra ajena, pobres, flacos, enfermos, cercados de enemigos, y sin esperanza ninguna de subir donde caímos. Harto locos sandios seríamos si nos dejásemos meter en otro semejante peligro como el pasado. No queremos morir locamente como él, que en la insaciable sed de gloria y mando tiene, no estima su muerte, cuanto más la nuestra, y no mira que le faltan hombres, artillería, armas y caballos, que hacen la guerra en esta tierra, y que le faltará la comida, que es lo principal. Yerra, y de verdad mucho lo yerra, en confiarse de estos de Tlaxcallan, gente, como todos los indios son, liviana, mudable, de novedades amiga, y que querrá más a los de Culúa que a los de España; y que si bien ahora disimulan y temporizan con él, en viendo ejército de mexicanos sobre sí, nos entregarán vivos a que nos coman y sacrifiquen, que cierto es que nunca pega bien ni dura amistad entre personas de diferente religión, traje y lenguaje".

Tras estas quejas, hicieron un requerimiento a Cortés en forma, de parte del rey y en nombre de todos, que sin poner excusa ni dilación saliese luego de allí, y se fuese a la Veracruz antes que los enemigos atajasen los caminos, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y se quedasen ellos allí aislados y vendidos; pues que muy mejor aparejo podía tener allá para rehacerse si quería tornar sobre México, o para embarcarse si necesario fuese. Algo turbado y confuso se halló Cortés con este requerimiento, y con la determinación que tenían conoció que todo era por sacarlo de allí, y después hacer de él lo que quisiesen; y como iba muy fuera de su propósito, respondioles así.

CAPÍTULO CXIV
ORACIÓN DE CORTÉS EN RESPUESTA DEL REQUERIMIENTO

"Yo, señores, haría lo que me rogáis y mandáis, si os cumpliese, porque no hay ninguno de vosotros, cuanto más todos juntos, por quien no ponga mi hacienda y vida si lo ha menester, pues a ello me obligan cosas que, si no soy ingrato, jamás las olvidaré. Y no penséis que no haciendo esto que ahincadamente pedís, disminuyo o desprecio vuestra autoridad, pues muy cierto es que con hacer al contrario la engrandezco y le doy mayor reputación; porque yéndonos se acabaría, y quedando, no sólo se conserva, mas se acrecienta. ¿Qué nación de las que mandaron el mundo no fue vencida alguna vez? ¿Qué capitán, de los famosos digo, se volvió a su casa porque perdiese una batalla o le echasen de algún lugar? Ninguno ciertamente; que si no perseverara, no saliera vencedor ni triunfara. El que se retira, huyendo parece que va, y todos le chiflan y persiguen; al que hace rostro, muestra ánimo y está quedo, todos le favorecen o temen. Si nos salimos de aquí pensarán estos nuestros amigos que de cobardes lo hacemos, y no querrán más nuestra amistad; y nuestros enemigos, que de medrosos; y así, no nos temerán, que sería harto menoscabo de nuestra estimación. ¿Hay alguno de nosotros que no tuviese por afrenta si le dijesen que huyó? Pues cuantos más somos tanta mayor vergüenza sería. Maravíllome de la grandeza de vuestro invencible corazón en batallar, que soléis ser codiciosos de guerra cuando no la tenéis, y bulliciosos teniéndola; y ahora que se os ofrece tal y tan justa y tan loable, la rehusáis y teméis; cosa muy ajena de españoles y muy fuera de vuestra condición. ¿Por ventura la dejáis porque a ella os llama y convida quien mucho blasona del arnés y nunca se le viste? Nunca hasta aquí se vio en estas Indias y Nuevo-Mundo, que españoles atrás un pie tornasen por miedo, ni aun por hambre ni heridas que tuviesen, y ¿queréis que digan: 'Cortés y los suyos se tornaron estando seguros, hartos y sin peligro?'. Nunca Dios tal permita. Las guerras mucho consisten en la fama; pues ¿qué mayor que estar aquí en Tlaxcallan, a despecho de vuestros enemigos, y publicando guerra contra ellos, y que no osen venir a enojaros? Por donde podéis conocer

cómo estás aquí más seguros y fuertes que fuera de aquí. Por manera que en Tlaxcallan tenéis seguridad, fortaleza y honra; y sin esto, todo buen aparejo de medicinas necesarias y convenientes a vuestra cura y salud, y otros muchos regalos con que cada día vais de mejoría, que callo, y que donde nacisteis no los tendríais tales. Yo llamaré a los de Coazacoalco y Almería, y así seremos muchos españoles; y aunque no viniesen, somos hartos; que menos éramos cuando por esta tierra entramos, y ningún amigo teníamos; y como bien sabéis, no pelea el número, sino el ánimo; no vencen los muchos, sino los valientes. Y yo he visto que uno de esta compañía ha desbaratado un ejército entero como hizo Jonatás, y muchos, que cada uno por sí ha vencido mil y diez mil indios, según David contra los filisteos. Caballos presto me vendrán de las islas; armas y artillería luego traeremos de la Veracruz, que hay harta y está cerca. De las vituallas perded temor y cuidado, que yo proveeré abundantísimamente; cuanto más que siempre siguen ellas al vencedor y que señorea el campo, como haremos nosotros con los caballos. Por los de esta ciudad, yo soy fiador que os sean leales, buenos y perpetuos amigos, que así me lo prometen y juran. Y si otra cosa quisiesen, ¿cuándo mejor tiempo tendrán que han tenido estos días, que yacíamos dolientes en sus camas y propias casas, solos, mancos y, como decís, podridos; los cuales no solamente os ayudarán como amigos, empero también os servirán como criados, que más quieren ser vuestros esclavos que súbditos de mexicanos: tanto odio les tienen, y a vosotros tanto amor? Y porque veáis ser esto y todo lo que dicho tengo, así quiero probarlos y probaros contra los de Tepeacac, que mataron los otros días doce españoles; y si mal nos sucediere la ida, haré lo que pedís; y si bien, haréis lo que os ruego".

Con esta plática y respuesta perdieron el antojo que de irse de Tlaxcallan a la Veracruz tenían, y dijeron que harían cuanto mandase. La causa de ello debió ser aquella esperanza que les puso para después de la guerra de Tepeacac; o mejor diciendo, porque nunca el español dice a la guerra de no, que lo tiene por deshonra y caso de menos valer.

CAPÍTULO CXV
LA GUERRA DE TEPEACAC

Quedó Cortés muy descansado con esto, y libre de aquel cuidado que tanto le fatigaba; y verdaderamente, si él hiciera lo que los compañeros querían, nunca recobrara a México, y ellos fueran muertos por el camino, que tenían malos pasos de pasar, y ya que pasaran, tampoco repararan en la Veracruz, sino fuéranse, como tenían la intención, a las islas; y así México se perdiera de veras, y Cortés quedara destruido y con poca reputación. Mas él, que muy bien lo entendió, tuvo el esfuerzo y cordura que contado habernos. Cortés curó de sus heridas y los compañeros también de las suyas. Algunos españoles murieron por no haber curado a los principios las llagas, dejándolas sucias o sin atar, y de flaqueza y trabajo, según cirujanos decían. Otros quedaron cojos, otros mancos, que no chica lástima y pérdida era. Los más, en fin, guarecieron y sanaron muy bien; y así, pasados veinte días que allí llegaron, ordenó Cortés de hacer guerra a los de Tepeaca o Tepeacac, pueblo grande y no lejos, porque habían muerto doce españoles que venían de la Veracruz a México, y porque siendo de la liga de Culúa, les ayudaban mexicanos y hacían daño en tierra de Tlaxcallan, como decía Xicotencatl.

Rogó a Maxixca y a otros señores de aquellos, que se fuesen con él. Ellos lo comunicaron con la república, y a consejo y voluntad de todos, les dieron más de cuarenta mil hombres de pelea, y muchos *tamemes* para cargar, y con bastimentos y otras provisiones. Fue pues con aquel ejército y con los caballos y españoles que pudieron caminar. Requirióles que, en satisfacción de los doce españoles, fuesen sus amigos, obedeciesen al emperador, y no acogiesen más en sus casas y tierra mexicano ninguno ni hombre de Culúa. Ellos respondieron que si mataron españoles fue con justa razón, pues en tiempo de guerra quisieron pasar por su tierra por fuerza y sin demandar licencia, y que los de Culúa y México eran sus amigos y señores, y no dejarían de tenerlos en sus casas siempre que a ellas venir quisiesen, y que no querían su amistad ni obedecer a quien no conocían; por tanto, que se tornase luego a Tlaxcallan si no deseaba la muerte.

Cortés les convidó con la paz otras muchas veces, y como no la quisieron, dioles guerra muy de veras. Los de Tepeacac, con los de Culúa, que te-

nían en su favor, estaban muy bravos. Tomaron los pasos fuertes y defendieron la entrada, y como eran muchos, y entre ellos había valientes hombres, pelearon muy bien y muchas veces. Mas al cabo fueron vencidos y muertos sin matar español, aunque mataron muchos tlaxcaltecas.

Los señores y república de Tepeacac, viendo que sus fuerzas ni las de mexicanos no bastaban a resistir los españoles, se dieron a Cortés por vasallos del emperador, a partido que echarían de toda su tierra a los de Culúa, y le dejarían castigar como quisiese a los que mataron [a] los españoles; por lo cual Cortés, y porque estuvieron muy rebeldes, hizo esclavos a los pueblos que se hallaron en la muerte de aquellos doce españoles, y de ellos sacó el quinto para el rey. Otros dicen que sin partido los tomó a todos, y castigó así aquellos en venganza, y por no haber obedecido sus requerimientos, por putos, por idólatras, porque comen carne humana, por rebeldía que tuvieron, porque temiesen otros, y porque eran muchos, y porque, si así no los tratara, luego se rebelaran. Como quiera que ello fue, él los tomó por esclavos, y a poco más de veinte días que la guerra duró, domó y pacificó aquella provincia, que es muy grande. Echó de ella a los de Culúa, derribó los ídolos, obedeciéronle los señores, y por mayor seguridad fundó una villa, que llamó Segura de la Frontera, y nombró cabildo que la guardase, para que, pues el camino de la Veracruz a México es por allí, fuesen y viniesen seguros los españoles e indios. Ayudaron en esta guerra como amigos verdaderos los de Tlaxcallan, Huexocinco y Chololla, y dijeron que así harían contra México, y aun mejor. Con esta victoria cobraron ánimo los españoles y muy gran fama por toda aquella comarca, que los tenía por muertos.

CAPÍTULO CXVI
CÓMO SE DIERON A CORTÉS LOS DE HUACACHOLLA, MATANDO A LOS DE CULÚA

Estando Cortés en Segura, le vinieron unos mensajeros del señor de Huacacholla secretamente a decirle que se le daría con todos sus vasallos si los libraba de la servidumbre de los de Culúa, que no sólo les comían sus haciendas, mas les tomaban sus mujeres y les hacían otras fuerzas y demasías;

y que en la ciudad estaban aposentados los capitanes con muchos otros soldados, y por las aldeas y comarca. Y en Mexinca, que cerca era, había otros treinta mil para defenderle la entrada a tierra de México, y si mandaba que fuese o enviase españoles, que podría con su ayuda tomar a manos aquellos capitanes.

Muy mucho se alegró Cortés con tal mensajería; y cierto, era cosa de alegrar, porque comenzaban a ganar tierra y reputación más de lo que pensaban poco antes los suyos. Loó al Señor, honró los mensajeros, dioles más de trescientos españoles, trece de caballo, treinta mil tlaxcaltecas y de los otros indios amigos que tenía en su ejército, y enviolos. Ellos fueron a Chololla, que está ocho leguas de Segura, y luego, caminando por tierra de Huexocinco, dijo uno de allí a los españoles que iban vendidos, porque era trato doble entre Huacacholla y Huexocinco, llevarlos así para matarlos allá en su lugar, que era fuerte, por contentar a los de Culúa, con quien estaban recién confederados y amigos. Andrés de Tapia, Diego de Ordaz y Cristóbal de Olid, que eran los capitanes, o por miedo, o por mejor entender el caso, prendieron los mensajeros de Huacacholla y los capitanes y personas principales de Huexocinco que iban con él, y volviéronse a Chololla, y de allí enviaron los presos a Cortés con Domingo García de Albuquerque, y una carta en que le avisaban del negocio, de cuán atemorizados quedaban todos.

Cortés, como leyó la carta, habló y examinó los prisioneros, y averiguó que sus capitanes habían mal entendido; porque, como era de concierto que aquellos mensajeros tenían de meter los nuestros sin ser sentidos en Huacacholla y matar a los de Culúa, entendieron que querían matar a los españoles, o los engañó quien se los dijo. Soltó y satisfizo los capitanes y mensajeros que estaban quejosos, y fuese con ellos, porque no aconteciese algún desastre en sus compañeros, y porque se lo rogaron. El primer día fue a Chololla y el segundo a Huexocinco. Allí concertó con los mensajeros el cómo y el por dónde había de entrar en Huacacholla, y que los de la ciudad cerrasen las puertas del aposento de los capitanes, para que mejor y más presto los prendiesen o matasen. Ellos se partieron aquella noche, e hicieron lo prometido, que engañaron las centinelas, cercaron a los capitanes y pelearon con los demás. Cortés se partió una hora primero que amaneciese,

y a las diez del día ya estaba sobre los enemigos, y poco antes de entrar en la ciudad salieron a él muchos vecinos con más de cuarenta prisioneros de Culúa, en señal que habían cumplido su palabra, y lleváronlo a una gran casa donde estaban encerrados los capitanes, y peleando con tres mil del pueblo que los tenían cercados y en aprieto. Con su llegada cargaron unos y otros sobre ellos con tanta furia y muchedumbre, que ni él ni los españoles estorbar pudieron que no los matasen casi todos. De los otros murieron muchos antes que Cortés llegase, y llegado, huyeron hacia los otros de su guarnición, que ya venían treinta mil de ellos a socorrer sus capitanes; los cuales llegaron a poner fuego a la ciudad al tiempo que los vecinos estaban ocupados y embebecidos en combatir y matar enemigos. Como Cortés lo supo, salió a ellos con los españoles. Rompiolos con los caballos, y retrájolos a una bien alta y grande cuesta; en la cual, cuando de subir acabaron, ni ellos ni los nuestros se podían rodear; y así, estancaron dos caballos, y el uno murió, y muchos de los enemigos cayeron en el suelo de puro cansados y sin herida ninguna, y se ahogaron de calor; y como luego sobrevinieron nuestros amigos, y comenzaron de refresco a pelear, en chico rato estaba el campo vacío de vivos y lleno de muertos.

Tras esta matanza, los de Culúa desampararon sus estancias, y los nuestros fueron allá y las quemaron y saquearon. Fue de ver el aparato y vituallas que en ellas tenían, y cuán aderezados ellos andaban de oro, plata y plumajes. Traían lanzas mayores que picas, pensando con ellas matar los caballos; y a la verdad, si lo supieran hacer, bien pudieran. Tuvo Cortés este día en campo más de cien mil hombres con armas, y tanto era de maravillar la brevedad con que se juntaron, cuanto la muchedumbre.

Huacacholla es lugar de cinco mil y más vecinos. Está en llano y entre dos ríos, que, con las muchas y hondas barrancas que tienen, hacen pocas entradas al lugar, y aquellas tan malas, que apenas se puede subir a caballo. La cerca es de cal y canto, ancha, alta cuatro estados, con su pretil para pelear, y con solas cuatro puertas estrechas, largas y de tres vueltas de pared. Muchas piedras por todo para tirar; así que con poca defensa la guardaran los de Culúa si aviso tuvieran. A la una parte tiene muchos cerros harto ásperos, y a la otra gran llanura y labranza. En el término y jurisdicción hará otra tanta vecindad. Tres días estuvo Cortés en Huacacholla y allí le envia-

ron ciertos mensajeros de Ocopaxuin, que está a cuatro leguas y junto al volcán que llaman Popocatepec, a dársele, y a decir cómo su señor se había ido con los de Culúa, y le rogaban que tuviese por bien lo fuese un su hermano que le era muy aficionado, y amigo de españoles. Él los recibió en nombre del emperador, y les dejó tomar al que pedían por señor, y partiose.

CAPÍTULO CXVII
LA TOMA DE IZCUZAN

Estando en Huacacholla Cortés, le dijeron cómo en Izcuzan, cuatro leguas de allí, había gente de Culúa que lo amenazaba y que hacía daño a sus amigos; fue allá, entró por fuerza, lanzó fuera los enemigos, unos por las puertas, otros saltando por los adarves. Siguiolos legua y media; prendió muchos, y en fin, de seis mil que eran los que guardaban el pueblo, pocos escaparon de sus manos y de un río que cerca de la ciudad pasa, en el cual se ahogaren muchos, por haberle cortado la puente para su seguridad y fortaleza. De los nuestros, los de caballo pasaron presto, mas los otros mucho se detuvieron. Ya Cortés entonces tenía ciento y veinte mil combatientes y más, que con la fama y victoria concurrían a su ejército de muchas ciudades y provincias.

Izcuzan es lugar de trato, especial de fruta y algodón. Tiene tres mil casas, buenas calles, cien templos con cien torres, y una fortaleza en un cerrillo; lo demás está en llano. Pasa por allí un río que la cerca de grandes barrancos; en los cuales, y alrededor, hay una pared de piedra con su pretil, en que tenían muchos ruejos. Está cerca un valle, redondo, fértil y que se riega con acequias hechas a mano. El pueblo quedó desierto de gente y ropa, que pensando defenderlo, se habían ido todos a lo alto y espeso de la sierra que junto está. Los indios amigos de Cortés tomaron lo que hallaron, y él quemó los ídolos y aun las torres.

Soltó dos presos que fuesen a llamar al señor y vecino, dándoles su fe de no les hacer mal. Por este seguro y porque todos deseaban volver a sus casas, pues españoles no hacían enojo a quien se les daba, vinieron al tercer día ciertos principales del pueblo a darse y a pedir perdón por todo. Cortés los perdonó y recibió; y así, dentro de dos días estaba Izcuzan tan poblada

como antes, y los presos sueltos; salvo que el señor no quiso venir, de temor o por ser pariente del señor de México; y a esta causa hubo debate entre los de Izcuzan y de Huacacholla sobre quién sería señor, que los de Izcuzan querían que lo fuese un hijo bastardo de un señor que Moteczuma matara. Los otros decían que fuese un nieto del ausentado, porque era hijo del señor de Huacacholla. En fin, Cortés interpuso su autoridad, y acordaron que fuese éste, y no el bastardo, por ser legítimo y pariente muy cercano de Moteczuma por vía de mujer; que, como en otro lugar se dirá, es de costumbre en esta tierra que hereden al padre los hijos que tiene en parientas de los reyes de México, aunque tenga otros mayores; y como era un niño de diez años, mandó Cortés que lo tuviesen y criasen y gobernasen dos caballeros de Izcuzan y uno de Huacacholla.

Estando apaciguando esta diferencia y tierra, vinieron embajadores de ocho pueblos de la provincia de Claoxtomacan, que está lejos de allí cuarenta leguas, a ofrecer gente a Cortés y a dársele, diciendo que no habían muerto español ninguno, ni tomado armas contra él. Era tanta su nombradía, que corría por muchas tierras, y todos lo tenían por más que hombre; y así, le venían a porfía de muchas partidas embajadas; mas, porque no fueron de tan aparte como ésta, no se cuentan.

CAPÍTULO CXVIII
LA MUCHA AUTORIDAD QUE CORTÉS TENÍA ENTRE LOS INDIOS

Hechas todas estas cosas, se tornó Cortés a Segura, y cada indio a su casa, sino los que sacó de Tlaxcallan; y de allí, por no perder tiempo para la guerra de México ni ocasión en las demás, pues le sucedían tan prósperamente, despachó un criado suyo a la Veracruz, que con cuatro navíos que allí estaban de la flota de Pánfilo, fuese a Santo Domingo por gente, caballos, espadas, ballestas, artillería, pólvora y munición; por paño, lienzo, zapatos y otras muchas cosas. Escribió al licenciado Rodrigo de Figueroa sobre ello y a la Audiencia, dándole cuenta de sí y de lo que había hecho después que echado fue de México, y pidiéndole favor y ayuda para que aquel su criado trajese buen recado y presto.

Envió asimismo veinte de caballo y doscientos españoles y mucha gente de amigos a Zacatami y Xalacinco, tierras sujetas a mexicanos, y en camino para venir de la Veracruz, que estaban días había en armas, y habían muerto ciertos españoles pasando por allí. Ellos fueron allá, hicieron sus protestas y amonestaciones, pelearon, y aunque se templaron, hubo muertes, fuego y saco. Algunos señores y muchos principales hombres de aquellos pueblos vinieron a Cortés, tanto por fuerza como por ruegos, a dársele, pidiendo perdón, y prometiendo de no tomar otra vez armas contra españoles. Él los perdonó y envió amigos; y así, se volvió el ejército. Cortés, por tener la Navidad, que era de ahí a doce días, en Tlaxcallan, dejó un capitán con sesenta españoles en aquella nueva villa de Segura de la Frontera, a guardar el paso. Y por amedrentar los pueblos comarcanos envió delante todo su ejército, y él fuese con veinte de caballo a dormir a Colunán, ciudad amiga y que tenía deseo de verlo y hacer con su autoridad muchos señores y capitanes en lugar de los que habían muerto de viruelas. Estuvo en ella tres días, en los cuales se declararon los nuevos señores, que después le fueron muy amigos. Al otro día llegó a Tlaxcallan, que hay seis leguas, donde fue triunfalmente recibido.

Y cierto él hizo entonces una jornada dignísima de triunfo. Era ya fallecido su gran amigo Maxixca con las viruelas del negro de Pánfilo de Narváez, de que hizo sentimiento con luto, a fuer de España. Dejó hijos, y al mayor, que sería de doce años, nombró por señor del estado del padre, a ruego también de la república, que dijo pertenecerle. No pequeña gloria es suya dar y quitar señoríos, y que tanto respeto le tuviesen o temor, que nadie osase sin su licencia y voluntad aceptar la herencia y estado de los padres. Entendió Cortés en que las armas de todos se aderezasen muy bien. Dio prisa en hacer bergantines, que ya la madera estaba cortada de antes que fuese a Tepeacac. Envió a la Veracruz por velas, jarcia, clavazón, sogas y las otras cosas necesarias que allá había de los navíos que echó al través. Y porque faltaba pez, y en aquella tierra ni la conocen ni usan, mandó a ciertos españoles marineros que la hiciesen en una sierra que cerca de la ciudad está.

CAPÍTULO CXIX
LOS BERGANTINES QUE HIZO LABRAR CORTÉS, Y LOS ESPAÑOLES QUE JUNTÓ CONTRA MÉXICO

Era tanta la fama de la prosperidad y riqueza de Cortés al tiempo que tenía en su poder a Moteczuma, y con la victoria de Pánfilo de Narváez, que todos los españoles de Cuba, Santo Domingo y las otras islas se iban a él de veinte en veinte y como podían, aunque muchos fueron que les costó la vida, que en el camino mataron hombres de Tepeacac y Xalacinco, según dicho queda, y otros, que por verlos venir en pequeñas cuadrillas y estar Cortés lanzado de México, se les atrevían. Todavía llegaron a Tlaxcallan tantos, que se rehízo mucho su ejército, y que le dieron ánimos de apresurar la guerra.

No podía Cortés tener espías en México, que luego conocían allá a los tlaxcaltecas en los bezos y orejas y en otras señales; y tenían mucha guarda y pesquisa sobre ello; y así no sabía las cosas de aquella ciudad tan por entero como deseaba para proveerse de lo necesario. Solamente le había dicho un capitán de Culúa, que fue preso en Huacachola, cómo por muerte de Moteczuma, era señor de México su sobrino Cuetlauac, señor de Iztacpalapan, hombre astuto y valiente, y el que le había hecho la guerra y echado de México; el cual se fortalecía con cavas y albarradas y de muchas maneras de armas, especial de lanzas muy largas como las que se hallaron en los ranchos de la guarnición de Culúa, que estaba en lo de Huacacholla y Tepeacac, para ofensa de los caballos; y que soltaba los tributos y todo pecho por un año, y por más el tiempo que la guerra durase, a todos los señores y pueblos a él sujetos, si matasen los españoles o los echasen de sus tierras; cosa con que ganó mucho crédito entre sus vasallos, y que les puso ánimo de resistir y aun ofender a los españoles. Y no fue mal aviso el de las lanzas, si los que las habían de traer en la guerra tuvieran destreza para esperar y herir con ellas a los caballos.

Todo era verdad lo que el cautivo dijo, sino que Cuetlauac era ya fallecido de viruelas, y reinaba Cuahutimoccín, sobrino, y no hermano, como algunos dicen, de Moteczuma; hombre muy valiente y guerrero, según después diremos, y que envió sus mensajeros por toda la tierra, unos a quitar

los tributos a sus vasallos, y otros a dar y prometer grandes cosas a los que no lo eran, diciendo cuán más justo era seguir y favorecer a él que no a Cortés, ayudar a los naturales que a los extranjeros, y defender su antigua religión que acoger la de los cristianos, hombres que se querían hacer señores de lo ajeno; y tales, que si no les defendían luego la tierra, no se contentarían con la ganar toda, mas que tomarían la gente por esclavos, y la matarían; que así le estaba certificado. Mucho animó Cuahutimoccín los indios contra españoles con estas mensajerías; y así, unos le enviaron ayuda, y otros se pusieron en armas; empero muchos de ellos no curaron de aquello; y o acostaban a los nuestros y a Tlaxcallan, o estaban quedos, por miedo o por fama de Cortés, o por odio que a mexicanos tenían.

Viendo pues esto, acuerda Cortés de comenzar luego la guerra y camino de México, antes que se resfriasen los indios que le seguían, o los españoles, que con el buen suceso en las guerras pasadas de Tepeacac y las otras provincias no se acordaban de las islas: tanto puede una bienandanza. Hizo alarde de los suyos segundo día de Navidad. Halló cuarenta de caballo y quinientos y cuarenta de a pie, los ochenta con ballestas o escopetas, y nueve tiros con no mucha pólvora. De los caballos hizo cuatro escuadras, a diez cada una, y de los peones nueve cuadrillas, a sesenta compañeros por una. Nombró capitanes y oficiales del ejército, y a todos juntos les habló así.

CAPÍTULO CXX
CORTÉS A LOS SUYOS

"Muchas gracias doy a Jesucristo, hermanos míos, que os veo ya sanos de vuestras heridas y libres de enfermedad. Pláceme mucho de veros así armados y ganosos de revolver sobre México a vengar la muerte de nuestros compañeros y a cobrar aquella gran ciudad; lo cual espero en Dios haréis en breve tiempo, por ser de nuestra parte Tlaxcallan y otras muchas provincias, por ser vosotros quien sois, y los enemigos los que suelen, y por la fe cristiana que hemos a publicar. Los de Tlaxcallan y los otros que nos han siempre seguido están prestos y armados para esta guerra, y con tanta gana de vencer y sujetar a los mexicanos como nosotros, que en ello no sólo les va la honra, mas la libertad y aun la vida también; porque si no venciésemos,

ellos quedaban perdidos y esclavos; que los de Culúa peor los quieren que a nosotros, por nos haber recogido en su tierra, a cuya causa jamás nos desampararán, y con tino procurarán de servirnos y proveernos, y aun de atraer sus vecinos a nuestro favor. Y ciertamente lo hacen tan bien y cumplido como al principio me lo prometieron y yo os lo certifiqué; porque tienen a punto de guerra cien mil hombres para enviar con nosotros, y gran número de *tamemes*, que nos lleven de comer, la artillería y fardaje. Vosotros pues los mismos sois que siempre fuisteis; y que siendo yo vuestro capitán, habéis vencido muchas batallas, peleando con ciento y con doscientos mil enemigos, ganado por fuerza muchas y fuertes ciudades, y sujetado grandes provincias, no siendo tantos como ahora estáis. Y aun cuando en esta tierra entramos no éramos más, ni al presente somos más menester por los muchos amigos que tenemos, y ya que no los tuviésemos, sois tales, que sin ellos conquistaríais toda esta tierra, dándoos Dios salud; que los españoles al mayor temor osan, pelear tienen por gloria y vencer por costumbre. Vuestros enemigos ni son más ni mejores que hasta aquí, según lo mostraron en Tepeacac y Huacacholla, Izcuzan y Xalacinco, aunque tienen otro señor y capitán; el cual, por más que ha hecho, no ha podido quitarnos la parte y pueblos de esta tierra que le tenemos; antes allá en México, donde está, teme nuestra ida y nuestra ventura; que, como todos los suyos piensan, hemos de ser señores de aquella gran ciudad de Tenuchtitlan. Y mal contada nos sería la muerte de nuestro amigo Moteczuma si Cuahutimoc quedase con el reino. Y poco nos haría al caso, para lo que pretendemos, todo lo demás si a México no ganamos; y nuestras victorias serían tristes si no vengamos a nuestros compañeros y amigos. La causa principal a que venimos a estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco. Derrocamos los ídolos, estorbamos que no sacrificasen ni comiesen hombres, y comenzamos a convertir indios aquellos pocos días que estuvimos en México. No es razón que dejemos tanto bien comenzado, sino que vamos a do nos llaman la fe y los pecados de nuestros enemigos, que merecen un gran azote y castigo; que si bien os acordáis, los de aquella ciudad, no contentos de matar infinidad de hombres, mujeres y niños delante las estatuas en sus sacrificios por honra de sus dioses, y mejor hablando,

diablos, se los comen sacrificados; cosa inhumana y que mucho Dios aborrece y castiga, y que todos los hombres de bien, especialmente cristianos, abominan, defienden y castigan. Allende de esto, cometen sin pena ni vergüenza el maldito pecado por que fueron quemadas y asoladas aquellas cinco ciudades con Sodoma. Pues ¿qué mayor ni mejor premio desearía nadie acá en el suelo que arrancar estos males y plantar entre estos crueles hombres la fe, publicando el santo Evangelio? Que, pues vamos ya, sirvamos a Dios, honremos nuestra nación, engrandezcamos nuestro rey, y enriquezcamos nosotros; que para todo es la empresa de México. Mañana, Dios mediante, comenzaremos".

Todos los españoles respondieron a una con muy grande alegría que fuese mucho en buen hora; que ellos no le faltarían. Y tanto hervor tenían, que luego se quisieran partir, o porque son españoles de tal condición, o arregostados al mando y riquezas de aquella ciudad, de que gozaron ocho meses.

Hizo luego tras esto pregonar ciertas ordenanzas de guerra, tocantes a la buena gobernación y orden del ejército, que tenía escritas, entre las cuales eran éstas:

Que ninguno blasfemase el santo nombre de Dios.

Que no riñese un español con otro.

Que no jugasen armas ni caballo.

Que no forzasen mujeres.

Que nadie tomase ropa ni cautivase indios, ni hiciese correrías, ni saquease sin licencia suya y acuerdo del cabildo.

Que no injuriasen a los indios de guerra, amigos, ni diesen a los de carga.

Puso, sin esto, tasa en el herraje y vestidos, por los excesivos precios en que estaban.

CAPÍTULO CXXI
CORTÉS A LOS DE TLAXCALLAN

Otro día siguiente llamó Cortés a todos los señores, capitanes y personas principales de Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Chalco y de otros pueblos que allí estaban, y por sus farautes les dijo:

"Señores y amigos míos, ya sabéis la jornada y camino que hago. Mañana, placiendo a Dios, me tengo de partir a la guerra y cerco de México, y entrar por tierra de mis enemigos y vuestros. Lo que os ruego delante todos es que estéis ciertos y constantes en la amistad y concierto que entre nosotros está hecho, como hasta aquí habéis estado, y como de vosotros publico y confío; y porque no podría yo acabar tan presto esta guerra, según mis deseños ni según vuestro deseo, sin tener estos bergantines que aquí se están haciendo, puestos sobre la laguna de México, os pido por merced que tratéis a los españoles que dejo labrándolos con el amor que soléis, dándoles todo lo que para sí y para la obra pidieren; que yo prometo quitar de sobre vuestras cervices el yugo de servidumbre que vos tienen puesto los de Culúa, y hacer con el emperador que os haga muchas y muy crecidas mercedes".

Todos los indios que presentes estaban hicieron semblante y señas que les placía, y en pocas palabras respondieron los señores que no sólo harían lo que les rogaba, pero que acabados los bergantines, los llevarían a México y se irían todos con él a la guerra.

CAPÍTULO CXXII
CÓMO SE APODERÓ DE TEZCUCO CORTÉS

Día de los Inocentes partió Cortés de Tlaxcallan con sus españoles muy en orden. Fue la salida muy de ver, porque salieron con él más de ochenta mil hombres, y los más de ellos con armas y plumajes que daban gran lustre al ejército; pero no quiso llevarlos consigo todos, sino que esperasen hasta ser hechos los bergantines y estar cercado México, y aun también por amor de las vituallas; que tenía por dificultoso mantener tanta muchedumbre de gente por camino y en tierra de enemigos. Todavía llevó veinte mil de ellos, y más de los que fueron menester para tirar la artillería y para llevar la comida y fardaje, y aquella noche fue a dormir a Tezmoluca, que está seis leguas, y es lugar de Huexocinco, donde los señores de aquella provincia le acogieron muy bien. Otro día durmió a cuatro leguas de allí en tierra de México, y en una sierra que, si no fuera por la mucha leña, perecerían de frío los indios; y aun con ella, pasaron trabajo ellos y los españoles. En siendo de día

comenzó a subir el puerto, y envió delante cuatro peones y cuatro de caballo a descubrir; los cuales hallaron el camino lleno de árboles recién cortados y atravesados. Mas pensando que adelante no estaría así, y por traer buena relación, anduvieron hasta que no pudieron pasar, y volvieron a decir cómo estaba el camino atajado con muchos y gruesos pinos, cipreses y otros árboles, y que en ninguna manera podrían pasar los caballos por él. Cortés les preguntó si habían visto gente, y como dijeron que no, adelantose con todos los de caballo y con algunos españoles de pie, y mandó a los demás que con todo el ejército y artillería caminasen apriesa, y que le siguiesen mil indios, con los cuales comenzó a quitar los árboles del camino; y como iban viniendo los otros, iban apartando las ramas y troncos; y así limpiaron y desembarazaron el camino, y pasó la artillería y caballos sin peligro ni daño, aunque con trabajo de todos, y cierto si los enemigos estuvieran allí no pasaran, y si pasaran, fuera con mucha pérdida de gente y caballos, por ser aquello fragoso y de muy espeso monte. Mas ellos, pensando que no iría por aquella parte nuestro ejército, contentáronse con cegar el camino y pusiéronse en otros pasos más llanos; que tres caminos hay para ir de Tlaxcallan a México, y Cortés escogió el más áspero, pensando lo que fue, o porque alguno le avisó que los enemigos no estaban en él.

En pasando aquel mal paso, descubrieron las lagunas; dieron gracias a Dios, prometieron de no tornar atrás sin ganar primero a México o perder las vidas. Repararon un rato para que todos fuesen juntos al bajar a lo llano y raso, porque ya los enemigos hacían muchas ahumadas, y comenzaban a darles grita y apellidar toda la tierra, y habían llamado a los que guardaban los otros caminos, y querían tomarlos entre unas puentes que por allí hay; y así, se puso en ellas un buen escuadrón; mas Cortés les echó veinte de caballo, que los alancearon y rompieron. Llegaron luego los demás españoles, y mataron algunos, desocuparon el camino, y sin recibir daño llegaron a Cuahutepec, que es jurisdicción de Tezcuco, do aquella noche durmieron. En el lugar no había persona, pero cerca de él estaban más de cien mil hombres de guerra, y aún más, de los de Culúa, que enviaban los señores de México y Tezcuco contra los nuestros, por lo cual Cortés hizo ronda y vela de prima con diez de caballo. Apercibió su gente y estuvo alerta; pero los contrarios estuvieron quedos.

Otro día por la mañana salió de allí para Tezcuco, que está a tres leguas, y no anduvo mucho, cuando vinieron a él cuatro indios del pueblo, hombres principales, con una banderilla en una barra de oro de hasta cuatro marcos, que es señal de paz, y le dijeron cómo Coacnacoyocín, su señor, los enviaba a rogarle que no hiciese daño en su tierra, y a ofrecérsele, a que se fuese con todo su ejército a aposentarse a la ciudad; que allá sería muy bien hospedado. Cortés holgó con la embajada, aunque le pareció fingida. Saludó al uno de ellos, que lo conocía, y respondioles que no venía para hacer mal, sino bien, y que él recibiría y tendría por amigo al señor y a todos ellos con tal que le volviesen lo que habían tomado a cuarenta y cinco españoles y trescientos tlaxcaltecas que mataran días había, y que las muertes, pues no tenían remedio, les perdonaba. Ellos dijeron que Moteczuma los mandara matar, y se había tomado el despojo, y que la ciudad no era culpante de aquello; y con esto se tornaron.

Cortés se fue a Cuahutichán y Huaxuta, que son como arrabales de Tezcuco, donde fueron él y todos los suyos bien proveídos. Derribó los ídolos; fuese luego a la ciudad, y posó en unas grandes casas, en que cupieron todos los españoles y muchos de sus amigos; y porque al entrar no había visto mujeres ni muchachos, sospechose de traición. Apercibiose, y mandó pregonar que nadie, so pena de la vida, saliese fuera. Comenzaron los españoles a repartir y aderezar sus aposentos, y a la tarde subieron ciertos de ellos a las azoteas a mirar la ciudad, que es tan grande como México, y vieron cómo la desamparaban los vecinos y se iban con sus hatos, unos caminos de los montes, y otros por agua, que era cosa harto de ver el bullicio de veinte mil o más barquillas que andaban sacando gente y ropa. Quiso Cortés remediarlo; pero sobrevino la noche y no pudo, y aun quisiera prender al señor; mas él fue el primero que se salió a México. Cortés entonces llamó a muchos de Tezcuco, y díjoles cómo don Fernando era hijo de Nezaualpilcintli, su amado señor, y que le hacía su rey, pues Coacnacoyocín estaba con los enemigos, y había muerto malamente a Cucuzca, su hermano y señor, por codicia de reinar y a persuasión de Cuahutimoccín, enemigo mortal de españoles. Los de Tezcuco comenzaron de venir a ver su nuevo señor y a poblar la ciudad, y en breve estuvo tan poblada como antes; y como no recibían daño de los españoles, servían en cuanto les era mandado, y el don Fer-

nando fue siempre amigo de españoles. Aprendió nuestra lengua; tomó aquel nombre por Cortés, que fue su padrino de pila.

De allí a pocos días, vinieron los de Cuahutichán, Huaxuta y Autenco a darse, pidiendo perdón si en algo habían errado. Cortés los recibió, perdonó, y acabó con ellos que se tornasen a sus casas con hijos, mujeres y haciendas; que también ellos se eran idos a la sierra y a México. Cuahutimoc, Coanacoyo y los otros señores de Culúa enviaron a reñir y reprender a estos tres pueblos porque se habían dado a los cristianos. Ellos prendieron y trajeron los mensajeros a Cortés, y él se informó de ellos de las cosas de México, y los envió a rogar a sus señores con la paz y amistad; mas poco le aprovechó, porque estaban muy determinados en la guerra.

Anduvieron entonces ciertos amigos de Diego Velázquez por amotinar la gente para volverse a Cuba y deshacer a Cortés. Él lo supo, y los prendió y tomó sus dichos. Por la confesión que hicieron condenó a muerte a Antonio de Villasaña, natural de Zamora, por amotinador, y ejecutó la sentencia. Con lo cual cesó el castigo y el motín.

CAPÍTULO CXXIII
EL COMBATE DE IZTACPALAPAN

Ocho días estuvo Cortés sin salir de Tezcuco, fortaleciendo la casa en que posaba, que toda la ciudad, por ser grandísima, no podía, y basteciéndose por si le cercasen los enemigos; y después, como no lo acometían, tomó quince de caballo, doscientos españoles, en que había diez escopetas y treinta ballestas, y hasta cinco mil amigos, y fuese la orilla adelante de la laguna de Iztacpalapan derecho, que está cinco leguas de allí. Los de la ciudad fueron avisados por los de la guarnición de Culúa, con humos que hicieron de las atalayas, cómo iban sobre ellos españoles, y metieron su ropa y las mujeres y niños en las casas que están dentro en la agua; enviaron gran flota de *acalles*, y salieron al camino, dos leguas, muchos y a su manera bien armados y hechos escuadrones. No pelearon a hecho, sino tornáronse al pueblo escaramuzado, con pensamiento de meter y matar allá los enemigos. Los españoles se metieron a revueltas dentro, que era lo que querían, y pelearon reciamente hasta echar los vecinos a la agua, donde muchos de ellos

se ahogaron; mas como son nadadores, y no les daba sino a los pechos, y tenían muchas barcas que los recogían, no murieron tantos como se pensaba. Todavía mataron los de Tlaxcallan más de seis mil, y si la noche no los despartiera, mataran hartos más.

Los españoles hubieron algún despojo, pusieron fuego a muchas casas y comenzáronse de aposentar; mas Cortés les mandó salir fuera a más andar, aunque era muy noche, porque no se ahogasen, que los de la ciudad habían abierto la calzada y entraba tanta agua que lo cubría todo; y cierto si aquella noche se quedaran allí, no escapaba hombre de su compañía, y aun con toda la priesa que se dio, eran las nueve de la noche cuando acabaron de salir. Pasaron el agua a volapié, perdiose todo el despojo y ahogáronse algunos de Tlaxcallan. Tras este peligro tuvieron muy mala noche de frío, como estaban mojados, y de comida, como no pudieron sacarla. Los de México, que todo esto sabían, dieron sobre ellos a la mañana, y fueles forzado irse a Tezcuco, peleando con los enemigos que los apretaban recio por tierra, y con otros que salían del agua; y ni podían dañar a éstos, que se acogían luego a sus barquillos, ni osaban meterse entre los otros, que eran muchos; y así, llegaron a Tezcuco con grandísimo trabajo y hambre. Murieron muchos indios de nuestros amigos y un español, que creo fue el primero que murió peleando en el campo.

Cortés estuvo triste aquella noche, pensando que con la jornada pasada dejaba mucho ánimo a los enemigos, y miedo a otros, que no se le diesen; mas luego a la mañana vinieron mensajeros de Otompan, donde fue la nombrada batalla que Cortés venció, según atrás se dijo, y de otras cuatro ciudades, que están cinco o seis leguas de Tezcuco, a pedir perdón por las guerras pasadas y ofrecerse a su servicio, y a rogarle los amparase de los de Culúa, que los amenazaban y maltrataban, como hacían a todos los que se le daban. Cortés, aunque les loó y agradeció aquello, dijo que si no le traían a todos los mensajeros de México, ni los perdonaría ni los recibiría. Tras éstos de Otompan, avisaron a Cortés cómo querían los de la provincia de Chalco ser sus amigos, y venir a dársele, sino que no les dejaba la guarnición de Culúa, que estaba allí en su tierra. Él despachó luego a Gonzalo de Sandoval con veinte caballos y doscientos peones españoles, que fuese a tomar a los de Chalco y echar a los de Culúa.

Envió también a la Veracruz cartas, que había mucho que no sabía de los españoles que allá estaban, por tener los enemigos atajado el camino. Fue pues Sandoval con su compañía. Lo primero procuró de poner en salvo las cartas y mensajeros de Cortés, y encaminar a muchos tlaxcaltecas que fuesen seguros a sus casas con la ropa que llevaban ganada, y luego juntarse con los de Chalco; mas como de ellos se apartó, los acometieron enemigos, mataron algunos y robáronles buena parte del despojo. Tuvo aviso de ello Sandoval, acudió presto allá, y remedió mucho daño, desbaratando y siguiendo los contrarios, y así pudieron ir a Tlaxcallan y a la Veracruz.

Juntose luego con los de Chalco que, sabiendo su venida, estaban en armas y aguardándole. Dieron todos juntos sobre los de Culúa, que pelearon mucho y muy bien; mas al cabo fueron vencidos, y muchos de ellos muertos. Quemáronles los ranchos y saqueáronselos. Volviose con tanto Sandoval a Tezcuco; vinieron con él unos hijos del señor de Chalco; trajeron a Cortés hasta cuatrocientos pesos de oro en piezas, y llorando se disculparon, y dijeron cómo su padre cuando murió les mandó que se diesen a él. Cortés los consoló, agradecioles su deseo, confirmoles el estado, y dioles al mismo Sandoval que los acompañase hasta su casa.

CAPÍTULO CXXIV
LOS ESPAÑOLES QUE SACRIFICARON EN TEZCUCO

Iba Cortés ganando de cada día fuerzas y reputación, y acudían a él todos los que no eran de la parcialidad de Culúa y muchos que lo eran; y así, a dos días de como hizo señor de Tezcuco a don Fernando, vinieron los señores de Huaxuta y Cuahutichan, que ya eran amigos, a decirle que venía sobre ellos todo el poder de los mexicanos; que si llevarían sus hijos y hacienda a la sierra, o los traerían a do él estaba: tanto era su temor. Él los esforzó, y rogó que se estuviesen quedos en sus casas, y no tuviesen miedo, sino apercibimiento y espías; que de que los enemigos viniesen holgaba él; por eso, que le avisasen, y verían cómo los castigaba.

Los enemigos no fueron a Huaxuta, como se pensaba, sino a los *tamemes* de Tlaxcallan, que andaban proveyendo a los españoles. Salió a ellos Cortés con dos tiros, con doce de caballo y doscientos infantes y muchos

tlaxcaltecas. Peleó y mató pocos, porque se acogían a la agua; quemó algunos pueblos do se recogían los de México, y tornose a Tezcuco. Al otro día vinieron tres pueblos de los más principales de aquella comarca a le pedir perdón, y a rogarle no los destruyese, y que no acogerían más a hombre de Culúa. Por esta embajada hicieron castigo en ellos los de México, y muchos parecieron después descalabrados delante de Cortés para que los vengase. También enviaron los de Chalco por socorro, que los destruían mexicanos; mas él, como querían enviar por los bergantines, no se los podía dar de españoles, sino remitirlos a los de Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Huacacholla y a otros amigos, y darles esperanza que presto iría él. No estaban ellos nada contentos con la ayuda de aquellas provincias, sin españoles; pero todavía pidieron cartas para que lo hiciesen. Estando en esto, llegaron hombres de Tlaxcallan a decir a Cortés cómo estaban acabados los bergantines, y si había menester gente, porque de poco acá habían visto más ahumadas y señales de guerra que nunca. Él entonces los puso con los de Chalco, y les rogó dijesen de su parte a los señores y capitanes que olvidasen lo pasado y fuesen sus amigos, y les ayudasen contra los mexicanos, que en ello le harían muy gran placer; y de allí adelante fueron muy buenos amigos, y se ayudaron unos a otros.

Vino asimismo de la Veracruz un español con nueva que habían desembarcado treinta españoles, sin los marineros de la nao, y ocho caballos, y que traían mucha pólvora y ballestas y escopetas. Por lo cual hicieron alegrías los nuestros, y luego envió Cortés a Tlaxcallan por los bergantines a Sandoval con doscientos españoles y con quince de caballo. Mandole que de camino destruyese el lugar que prendió trescientos tlaxcaltecas y cuarenta y cinco españoles con cinco caballos, cuando estaba México cercado; el cual lugar es de Tezcuco y alinda con tierra de Tlaxcallan. Bien quisiera castigar sobre el mismo caso a los de Tezcuco, sino que no estaba en tiempo ni convenía por entonces, que mayor pena merecían que los otros porque los sacrificaron y comieron, y derramaron la sangre por las paredes, haciendo señales con ella misma cómo era de españoles. Desollaron también los caballos, curtieron los cueros con sus pelos, y colgáronlos con las herraduras que tenían, en el templo mayor, y cabe ellos los vestidos de España por memoria.

Sandoval fue allá determinado de combatir y asolar aquel lugar, así porque se lo mandó Cortés, como porque halló antes un poco de llegar a él, escrito de carbón en una casa: "Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Juste"; que era un hidalgo de los cinco de caballo. Los de aquel lugar, aunque eran muchos, lo dejaron, y huyeron en viendo españoles sobre sí. Ellos les fueron detrás siguiendo; mataron y prendieron muchos, especial niños y mujeres, que no podían andar, y que se daban por esclavos y a misericordia. Viendo pues tan poca resistencia, y que lloraban las mujeres por sus maridos, y los hijos por sus padres, hubieron compasión los españoles, y ni mataron la gente ni destruyeron el pueblo; antes llamaron los hombres y perdonáronlos, con juramento que hicieron de servirlos y serles leales; y así se vengó la muerte de aquellos cuarenta y cinco españoles. Preguntados cómo tomaron tantos cristianos sin que se defendiesen ni escapase hombre de todos ellos, dijeron que se habían puesto en celada muchos delante un mal paso una cuesta arriba, que tenía estrecho el camino, donde por detrás los acometieron; y como iban uno a uno y los caballos del diestro, y no se podían rodear ni aprovechar de las espadas, los prendieron ligeramente a todos, y los enviaron a Tezcuco, donde, como arriba dije, fueron sacrificados en venganza de la prisión de Cacama.

CAPÍTULO CXXV
CÓMO TRAJERON LOS BERGANTINES A TEZCUCO LOS DE TLAXCALLAN

Reducidos y castigados los que prendieron a los españoles, caminó Sandoval para Tlaxcallan, y a la raya de aquella provincia topó con los bergantines; la tablazón y clavazón de los cuales traían ocho mil hombres a cuestas. Venían en su guarda veinte mil soldados, y otros dos mil con vituallas y para servicio de todos. Como Sandoval llegó, dijeron los carpinteros españoles que pues entraban ya en tierra de enemigos, y no sabían lo que les podría acontecer, que fuese delante la ligazón y atrás la tablazón, por ser cosa de más peso y embarazo. Todos dijeron que era bien, y que se hiciese así, salvo es Chichimecatetl, señor muy principal, hombre esforzado, y capitán de diez mil que llevaban la delantera y cargo de la tablazón; el cual tenía por afrenta que le

echasen atrás, yendo él delantero. Sobre esto dijo buenas cosas; mas en fin se hubo de mudar y quedar en retaguardia. Teutipil y Teutecatl y los otros capitanes, señores también principales, tomaron la vanguardia con otros diez mil. Pusiéronse en medio los *tamemes* y los que llevaban la fusta y aparejo de los bergantines. Delante de estos dos capitanes iban cien españoles y ocho de caballo, y tras de toda la gente Sandoval con los otros españoles y siete caballos; y si Chichimecatetl estuvo recio de primero, más lo estuvo porque no quedasen con él los españoles, diciendo que o no le tenían por valiente o por leal. Concertados pues los escuadrones de la manera que oísteis, caminaron para Tezcuco a las mayores voces, chiflos y relinchos del mundo, y gritando: "¡Cristianos, cristianos, Tlaxcallan, Tlaxcallan y España!". Al cuarto día entraron en Tezcuco por ordenanza al son de muchos atabales, caracoles y otros tales instrumentos de música. Pusiéronse para entrar penachos y mantas limpias, y ciertamente fue gentil entrada; que como era lucida gente, pareció bien, y como eran muchos, tardaron seis horas a entrar, sin quebrar el hilo; tomaban dos leguas de camino. Cortés les salió a recibir, dio las gracias a los señores y aposentó toda la gente muy bien.

CAPÍTULO CXXVI
LA VISITA QUE DIO CORTÉS A MÉXICO

Reposaron cuatro días, y luego mandó Cortés a los maestros que armasen y clavasen los bergantines apriesa, y que se hiciese una zanja entre tanto para los echar por ella a la laguna sin peligro de quebrarse primero; y porque traían gran gana de toparse con los de México, salió con ellos y con veinticinco caballos y trescientos españoles, en que había cincuenta escopeteros y ballesteros: llevó también seis tiros. A cuatro leguas de allí topó con un gran escuadrón de enemigos, en el cual rompieron los de caballo; acudieron luego los de pie y desbaratáronlo; fueron en el alcance los tlaxcaltecas y mataron cuantos pudieron. Los españoles, como era tarde, no fueron sino asentaron su real en el campo, y durmieron aquella noche con cuidado y aviso, porque había por allí muchos de Culúa. Como fue de día echaron camino de Xaltoca; y Cortés no dijo dónde iba, que se recelaba de muchos de Tezcuco que venían con él, no avisasen a los enemigos.

Llegaron a Xaltoca, lugar puesto en la laguna, y que por la tierra tiene muchas acequias anchas, hondas y llenas de agua, a no poder pasar los caballos. Los del pueblo les daban grita, y se burlaban de verlos andar por aquellos arroyos; tirábanles flechas y piedras. Los españoles de pie, saltando y como mejor pudieron, pasaron las acequias, combatieron el lugar, entraron, aunque con mucho trabajo, echaron fuera los vecinos a cuchilladas, y quemaron buena parte de las casas. No pararon allí, sino fuéronse a dormir una legua adelante: tiene Xaltoca por armas un sapo. Otra noche durmieron en Huatullán lugar grande, mas despoblado, de miedo. Pasaron otro día por Tenanioacan y Azcapulzalco sin resistencia, y llegaron a Tlacopan, que estaba fuerte de gente y de fosos con agua; mas, aunque algo se defendió, entraron dentro, mataron muchos y lanzaron fuera a todos; y como sobrevino la noche, recogiéronse con tiempo a una muy gran casa, y en amaneciendo se saqueó el lugar y se quemó casi todo, en pago del daño y muerte de algunos españoles que hicieron cuando salían huyendo de México. Seis días estuvieron los nuestros allí, que ninguno pasó sin escaramuzar con los enemigos, y muchos con gran rebato, y con tanta grita, según lo han de costumbre, que espantaba oírlos.

Los de Tlaxcallan, que se querían mejor con los de Culúa, hacían maravillas peleando, y como los contrarios eran valientes, había que ver; especial cuando se desafiaban uno a uno o tantos a tantos. Pasaban entre ellos grandes razones, amenazas e injurias, que quien los entendía moría de risa. Salían de México por la calzada a pelear, y por coger en ella los españoles, fingían huir. Otras veces los convidaban a la ciudad, diciendo: “Entrad, hombres a holgaros”. Unos decían: “Aquí moriréis como antaño”; otros, “Íos a vuestra tierra; que no hay otro Moteczuma que haga a vuestro sabor”. Llegose Cortés un día entre semejantes pláticas a una puente que estaba alzada; hizo señas de habla, y dijo: “Si está ahí el señor, quiérole hablar”. Respondieron: “Todos los que veis son señores; decid lo que queréis”; y como no estaba, calló, y ellos lo deshonraron. Tras esto, les dijo un español que los tenían cercados y se morirían de hambre; que se diesen. Replicaron que no tenían falta de pan; pero que cuando la tuviesen, comerían de los españoles y tlaxcaltecas que matasen; y arrojaron luego ciertas tortas de *centli*, diciendo: “Comed vosotros si tenéis hambre; que nosotros ninguna,

gracias a nuestros dioses; y tiraos de ahí, si no moriréis"; y luego comenzaron a gritar y a pelear.

Cortés, como no pudo hablar con Guahutimoccín, y porque todos los lugares estaban sin gente, tornose para Tezcuco casi por el camino que vino. Los enemigos, que le vieron volver así, creyeron que de miedo, y juntáronse infinitos de ellos a darle carga, y diéronsela bien cumplidamente. Él quiso un día castigar su locura, y envió delante todo el ejército y la infantería española, con cinco de caballo; hizo a otros seis de a caballo ponerse en celada al un lado del camino y cinco al otro, y tres en otra parte, y él escondiose con los demás entre unos árboles. Los enemigos, como no vieron caballos, arremeten desmandados a nuestro escuadrón. Salió Cortés, y en pasando y diciendo: "Santiago y a ellos, San Pedro y a ellos"; que era la señal para los de a caballo, y como los tomaron de través y por las espaldas, alanceáronlos a placer. Desbaratáronlos a los primeros golpes, siguiéronlos dos leguas por un buen llano, y mataron muy muchos; y con tal victoria entraron y durmieron en Alcolman, dos leguas de Tezcuno. Los enemigos quedaron tan hostigados de aquella emboscada, que no parecieron en hartos días; y aquellos señores de Tlaxcallan tomaron licencia para tornarse, y fuéronse muy ufanos y victoriosos, y los suyos ricos, cargados de sal y ropa que habían habido en la vuelta de la laguna.

CAPÍTULO CXXVII
LA GUERRA DE ACCAPICHTLAN

Viendo los mexicanos que les iba mal con los españoles, habíanlas con los de Chalco, que era tierra muy importante y en el camino para Tlaxcallan y a la Veracruz. Los de Chalco llamaron a los de Huexocinco y Huacacholla que les ayudasen; y pidieron a Cortés españoles. Él les envió trescientos peones y quince caballos, con Gonzalo de Sandoval; el cual fue, y en llegando concertó de ir a Huaztepec, donde estaba la guarnición de Culúa, que hacía el mal. Antes que allá llegasen les salieron al encuentro aquellos de la guarnición, y pelearon. Mas no pudiendo resistir la furia de los caballos ni las cuchilladas, se metieron en el lugar, y los nuestros tras ellos; los cuales mataron allá dentro muchos, y a los demás vecinos echaron fuera, que

como no tenían allí mujeres ni hacienda que defender, no reparaban. Los españoles comieron, y dieron de comer a los caballos, y los amigos buscaban ropa por las casas. Estando así oyeron el ruido y grita que traían los contrarios por las calles y plaza del pueblo. Salieron a ellos, pelearon y a puras lanzadas los echaron otra vez fuera y los siguieron una gran legua, donde hicieron gran matanza.

Dos días estuvieron allí los nuestros, y luego fueron a Accapichtlan, do también había gente de México. Requiriéronles con la paz; mas ellos, como estaban en lugar alto y fuerte, y malo para caballos, no escucharon; antes tiraban piedras y saetas, amenazando a los de Chalco. Los indios nuestros amigos, aunque eran muchos, no osaban acometer. Los españoles arremetieron llamando Santiago, y subieron al lugar y tomáronlo, por más fuerte y defendido que fue. Es verdad que quedaron muchos de ellos heridos de piedras y varas. Entraron tras ellos los de Chalco y sus aliados, e hicieron grandísima carnicería de los de Culúa y vecinos. Otros muchos se despeñaron a un río que por allí pasa. En fin, pocos escaparon de la muerte; y así, fue señalada victoria esta de Accapichtlan. Los nuestros padecieron este día muy gran sed, así del calor y trabajo del pelear, como porque aquel río estuvo tinto en sangre; y no pudieron beber de él por un buen espacio de tiempo, y no había otra agua.

Sandoval se volvió a Tezcuco, y los otros cada uno a su casa. Mucho sintieron en México la pérdida de tantos hombres y tan fuerte lugar, y tornaron a enviar sobre Chalco nuevo ejército, mandándole diese batalla antes que españoles lo supiesen. Aquel ejército se dio tanta prisa en hacer lo que Cuahutimoccín le mandara, que no dio lugar a sus enemigos de esperar socorro de Cortés, como lo pedían y esperaban. Mas los de Chalco se juntaron todos, aguardaron la batalla, y gentilmente la vencieron con ayuda de vecinos. Mataron muchos mexicanos, y prendieron cuarenta, entre los cuales fue un capitán, y lanzaron de su tierra los enemigos. Tanto por mayor se tuvo esta victoria, cuanto menos se pensaba. Gonzalo de Sandoval tornó con los mismos españoles que primero a Chalco. Diose prisa por llegar antes que la batalla se diese; mas cuando llegó, ya era dada y vencida; y así se volvió luego con los cuarenta prisioneros. Con estas victorias de Chalco quedó libre y seguro el camino de México a la Veracruz, y luego vinieron a

Tezcuco los españoles y caballos que arriba dije; y trajeron muchas ballestas, pólvora y pelotas, y otras cosas de España, de que nuestro ejército recibió tanto placer cuanta necesidad tenía; y dijeron cómo habían llegado otras tres naos con alguna gente y caballos.

CAPÍTULO CXXVIII
EL PELIGRO QUE LOS NUESTROS PASARON EN TOMAR DOS PEÑOLES

Cortés se informó de aquellos cuarenta presos que trajo Sandoval, de las cosas de México y de Cuahutimoc, y entendió de ellos la determinación que tenían para defenderse y no ser amigos de cristianos; y pareciéndole larga y dificultosa guerra, quisiera con ellos antes paz que enemistad; y por descansar, y no andar cada día en peligro, rogoles que fuesen a México a tratar paces con Cuahutimoc, pues él no los quería matar ni destruir, pudiéndolo hacer. Ellos no osaban ir con tal mensaje, sabiendo la enemiga que su señor le tenía. Mas tanto les dijo, que acabó con dos que fuesen; los cuales le pidieron cartas, no porque allá las habían de entender, sino para crédito y seguro. Él se las dio, y cinco de caballo que los pusieron en salvo. Mas poco aprovechó, que nunca tuvo respuesta; antes cuanto él más pedía paz, más la rehusaban ellos, pensando que de flaqueza lo hacía; y por tomarle las espaldas fueron más de cincuenta mil a Chalco.

Los de aquella provincia avisaron de ello a Cortés pidiéndole socorro de españoles, y enviáronle un paño de algodón pintado de los pueblos y gente que sobre ellos venía, y los caminos que traían. Él les dijo que iría en persona de allí a diez días; que antes no podía, por ser Viernes Santo y luego la Pascua de su Dios. De esta respuesta quedaron tristes, pero aguardaron. Al tercero día de Pascua vinieron otros mensajeros a dar prisa por socorro, que entraban ya por su tierra los enemigos. En este medio tiempo se dieron los pueblos de Accapán, Mixcalcinco, Nautla y otros sus vecinos. Dijeron que nunca habían muerto español, y trajeron por presente ropa de algodón. Cortés los recibió, trató y despidió alegremente y en breve, porque estaba de partida para Chalco, y luego se partió con treinta de caballo y trescientos compañeros, de que hizo capitán a Gonzalo Sando-

val. Llevó asimismo veinte mil amigos de Tlaxcallan y Tezcuco. Fue a dormir a Tlalmanalco, donde, por ser frontera de México, tenían su guarnición los de Chalco.

Al otro día se le juntaron más de otros cuarenta mil, y al siguiente supo cómo los enemigos le esperaban en el campo. Oyó misa, fue para ellos, y dos horas después de mediodía llegó a un peñol muy alto y agro, en cuya cumbre estaban infinitas mujeres y niños, y a las haldas mucha gente de guerra, que en descubriendo el ejército de españoles, hicieron de lo alto ahumadas, y dieron tantos alaridos las mujeres, que fue cosa maravillosa, y los hombres, que más bajo estaban, comenzaron a tirar varas, piedras y flechas, con que luego hicieron daño en los que cerca llegaron, y descalabrados, se hicieron atrás. Combatir tan fuerte cosa era locura, retirarse parecía cobardía; y por no mostrar poco ánimo, y por ver si de miedo o hambre se darían, acometieron el peñol por tres partes.

Cristóbal del Corral, alférez de setenta españoles de la guarda de Cortés, subió por lo más agro; Juan Rodríguez de Villafuerte con cincuenta, por otra, y Francisco Verdugo con otros cincuenta por otra. Todos éstos llevaban espadas y ballestas o escopetas. De allí a un rato hizo señal una trompeta, y siguieron a los primeros Andrés de Monjaraz y Martín de Hircio, con cada cuarenta españoles, de que también eran capitanes, y Cortés con los demás. Ganaron dos vueltas del peñón, y bajáronse hechos pedazos, que no se podían tener con las manos y pies, cuanto más pelear y subir, tanto era de áspera la subida. Murieron dos españoles y quedaron heridos más de veinte; y todo fue con piedras y pedazos de los cantos que de arriba arrojaban y se quebraban; y aun si los indios tuvieran algún ingenio, no dejaran español sano.

Cuando los nuestros dejaron el peñol y se remolinaron para hacerse fuertes, habían venido tantos indios en socorro de los cercados que cubrían el campo, y tenían semblante de pelear; por lo cual Cortés y los de caballo, que estaban a pie, cabalgaron y arremetieron a ellos en lo llano, y a lanzadas los echaron de él. Mataron allí y en el alcance, que duró hora y media, muchos. Los de caballo, que más los siguieron, vieron otro peñol no tan fuerte ni con tanta gente, aunque con muchos lugares alrededor. Cortés se fue con todos los suyos a dormir allá aquella noche, pensando

cobrar la reputación que al día perdió, y por beber; que no habían hallado agua aquella jornada. Los del peñol hicieron la noche muy gran ruido con bocinas, atabales y gritería.

A la mañana miraron los españoles lo flaco y fuerte del peñol, y era todo él harto recio de combatir y tomar; pero tenía dos padrastros cerca, en que estaban hombres con armas. Cortés dijo que le siguiesen todos, que quería tentar los padrastros; y comenzó a subir la sierra. Los que los guardaban los dejaron, y se fueron al peñol, pensando que los españoles iban a combatirlo, por socorrerlo; y como él vio el desconcierto, mandó a un capitán que fuese con cincuenta compañeros y tomasen el más agro y cercano padrastro; y él con los demás arremetió al peñol; ganole una vuelta, y subió bien alto; y un capitán puso su bandera en lo más alto del cerro y disparó las ballestas y escopetas que llevaba, con que hizo más miedo que daño, porque los indios se maravillaron, y soltaron luego las armas en el suelo, que es señal de rendirse, y diéronse. Cortés les mostró alegre rostro, y mandó que no se les hiciese mal ni enojo. Ellos, viendo tanta humanidad, enviaron a decir a los del otro peñol que se diesen a los españoles, que eran buenos, y tenían alas para subir donde querían. Por estas razones, o por la falta que de agua tenían, o por irse seguros a sus casas, vinieron luego a darse a Cortés y a pedir perdón por los dos españoles que mataran. Él los perdonó de grado, y holgó mucho que se le diesen aquellos que con victoria estaban, porque era ganar mucha fama con los de aquella tierra.

CAPÍTULO CXXIX
LA BATALLA DE XOCHIMILCO

Estuvo allí dos días, envió los heridos a Tezcuco, y partiose para Huaxtepec, que tenía mucha gente de Culúa en guarnición. Durmió con todo su ejército en una casa de placer y huerta que tiene una legua, y está de piedra muy bien cercada, que la atraviesa por medio un gentil río. Los del lugar huyeron como fue día, y los nuestros corrieron tras ellos hasta Xilotepec, que estaba descuidado de aquel sobresalto. Entraron, mataron algunos y tomaron muchas mujeres, muchachos y viejos que huir no pudieron. Esperó Cortés dos días a ver si venía el señor; y como no vino, puso fuego al lu-

gar; estando allí se le dieron los de Yautepec; de Xilotepec fue a Coahunauac, lugar fuerte y grande, cercado de barrancas hondas; no tiene entrada para caballos sino por dos partes, y aquellas con puentes levadizos; por el camino que los nuestros fueron, no podían entrar a caballo sin rodear legua y media, que era muy gran trabajo y peligro.

Estaban tan cerca, que hablaban con los del lugar, y tirábanse unos a otros piedras y saetas. Cortés les requirió de paz; ellos respondieron de guerra. Entre estas pláticas pasó el barranco un tlaxcalteca sin ser visto, por un paso muy peligroso, pero muy secreto; pasaron tras él cuatro españoles, y luego otros muchos, siguiendo todos las pisadas del primero; entraron en el lugar, llegaron adonde estaban los vecinos peleando con Cortés, y a cuchilladas los hicieron huir. Atónitos de ver que les habían entrado, que lo tenían por imposible, huyeron con esto a la sierra, y ya cuando el ejército entró estaba quemado lo más del lugar. A la tarde vino el señor con algunos principales a darse, ofreciendo su persona y hacienda contra mexicanos.

De Coahunauac fue Cortés a dormir, siete leguas, a unas estancias por tierra despoblada y sin agua. Pasó mal día el ejército, de sed y trabajo; al otro día llegó a Xochimilco, ciudad muy gentil y sobre la laguna dulce; los vecinos y otra mucha gente de México alzaron los puentes, rompieron las acequias, y pusiéronse a defenderla, creyendo que podrían, por ser ellos muchos y el lugar fuerte. Cortés ordenó su hueste, hizo apear los de caballo, llegó con ciertos compañeros a probar si ganaría la primera albarrada; y tanta priesa dio a los enemigos con escopetas y ballestas, que aunque muchos eran, la desampararon y se fueron mal heridos. Como ellos la dejaron, se arrojaron españoles al agua; pasaron, y en media hora que pelearon, habían ganado la principal y más fuerte puente de la ciudad. Los que la defendían se recogieron al agua en barcas, y pelearon hasta la noche, unos demandando paz, otros guerra, y todo era ardid para entre tanto alzar su ropilla y que les viniese socorro de México, que no estaba de allí a más de cuatro leguas, y quebrar la calzada por do los nuestros entraron. Cortés no podía pensar al principio por qué unos pedían paz y otros no, pero luego cayó en la cuenta; y con los caballos dio en los que rompían la calzada, desbaratándolos, huyeron, salió tras ellos al campo, y alanceó muchos.

Eran tan valientes, que pusieron en aprieto a los nuestros; porque muchos de ellos esperaban un caballo con sola espada y rodela, y peleaban con el caballero; y si no [fuese] por un tlaxcalteca, prendían aquel día a Cortés, que cayó su caballo, de cansado, como había gran pieza que peleaba. Llegó en esto la infantería española, y huyeron los enemigos. En la ciudad mataron dos españoles que se desmandaron solos a robar. No siguieron el alcance, sino tornáronse luego al lugar a descansar y cerrar lo roto de la calzada con piedras y adobes.

Como en México se supo esto, envió Cuahutimoc un gran batallón de gente por tierra, y dos mil barcas por agua, con doce mil hombres dentro, pensando tomar los españoles a manos en Xochimilco. Cortés se subió a una torre para ver la gente, y con qué orden venía, y por dónde combatirían la ciudad; maravillose de tanto barco y gente, que cubrían agua y tierra. Repartió los españoles a la guarda y defensa del pueblo y calzada, y él salió a los enemigos con la caballería y con seiscientos tlaxcaltecas, que partió en tres partes, a los cuales mandó que, rompido el escuadrón de los contrarios, se recogiesen a un cerro que les mostró, media legua lejos. Venían los capitanes de México delante con espadas de hierro, esgrimiendo por el aire, y diciendo: "Aquí os mataremos, españoles, con vuestras propias armas". Otros decían: "Ya murió Moteczuma; no tenemos a quién temer para no comeros vivos". Otros amenazaban a los de Tlaxcallan; y en fin, todos decían muchas injurias a los nuestros, y apellidando, "México, México, Tenuchtitlan, Tenuchtitlan", andaban apriesa. Cortés arremetió a ellos con sus caballos, y cada cuadrilla de los de Tlaxcallan por su parte, y a puras lanzadas los desbarató; mas luego se ordenaron. Como vio su concierto y ánimo, y que eran muchos, rompió por ellos otra vez, mató algunos, y recogiose hacia el cerro que concertó; mas porque lo tenían ya tomado los contrarios, mandó a parte de los suyos que subiesen por detrás, y él rodeó lo llano. Los que arriba estaban huyeron de los que subían, y dieron en los caballos, a cuyos pies murieron en poco rato quinientos de ellos.

Descansó Cortés allí un poco, envió por cien españoles, y como vinieron, peleó con otro gran escuadrón de mexicanos que venía detrás; desbaratolo también, y metiose en el lugar, porque lo combatían por tierra y

agua reciamente, y con su llegada se retiraron. Los españoles que lo defendían mataron muchos contrarios, y tomaron dos espadas de las nuestras; viéronse en peligro, porque los apretaron mucho aquellos capitanes mexicanos, y porque se les acabaron las saetas y almacén. Apenas se habían ido, cuando entraron otros por la calzada con los mayores gritos del mundo. Fueron a ellos los nuestros, y como hallaron muchos indios y mucho miedo, entraron por medio de ellos con los caballos, y echaron infinitos al agua, y a los demás fuera de la calzada, y así se pasó aquel día. Cortés hizo quemar la ciudad, excepto donde posaban los suyos; estuvo allí tres días que ninguno dejó de pelear; partiose al cuarto, y fue a Culuacán, que está a dos leguas; saliéronle al camino los de Xochimilco, mas él los castigó. Estaba Culuacán despoblada, como otros muchos lugares de la laguna; y porque pensaba poner por allí cerco a México, que hay legua y media de calzada, estuvo dos días derrocando ídolos, y mirando el sitio para el real, y dónde poner los bergantines, que tuviesen buena guarida; dio vista a México con doscientos españoles y cinco de a caballo; combatió una albarrada, y aunque se la defendieron reciamente, la ganó; mas hiriéronle muchos españoles. Tornose, con tanto, para Tezcuco, porque ya había dado vuelta a la laguna y visto la disposición de la tierra. Otros encuentros tuvo con los de Culúa, donde murieron muchos indios de una y de otra parte; pero lo dicho es lo principal.

CAPÍTULO CXXX
DE LA ZANJA QUE CORTÉS HIZO PARA ECHAR LOS BERGANTINES AL AGUA

Cuando Cortés a Tezcuco llegó, halló muchos españoles nuevamente venidos a seguirle en aquella guerra, que con grandísima fama comenzaba; los cuales habían traído muchas armas y caballos, y decían cómo todos los otros que en las islas estaban, morían por venir a servirle, mas que Diego Velázquez lo impedía a muchos. Cortés les hacía todo placer, y les daba de lo que tenía. Venían asimismo de muchos pueblos a ofrecerse, unos por miedo de no ser destruidos, otros por odio que a mexicanos tenían; y de esta manera tenía Cortés buen número de españoles y grandísima abundancia

de indios. El capitán de Segura de la Frontera envió a Cortés una carta que había recibido de un español; la cual en suma contenía:

"Nobles señores, dos o tres veces os he escrito, y no he habido respuesta; creo ni de esta la tendré. Los de Culúa andan por esta tierra haciendo guerra y mal; hannos acometido, hémoslos vencido; esta provincia desea ver a Cortés y dársela; tiene necesidad de españoles; enviadle treinta".

No le envió Cortés los treinta españoles que pedía, porque luego quería poner cerco a México; mas respondió dándole gracias y esperanza que presto se verían. Era aquel español uno de los que Cortés enviara a Chinanta desde México un año había, a calar los secretos de la tierra, y a descubrir oro y hacer granjerías; a quien el señor de aquella provincia hiciera capitán contra los de Culúa, sus enemigos, que le daban guerra por tener españoles consigo, desde que Moteczuma murió; empero él quedaba siempre vencedor por industria y esfuerzo de este español; el cual, como supo que había españoles en Tepeacac, escribió las veces que la carta dice, mas ninguna se dio sino ésta. Mucho se alegraron los nuestros por estar vivos aquellos españoles, y Chinanta de su parte, y alababan a Dios de las mercedes que les hacía; no hablaban sino en cómo habían escapado estos españoles, pues cuando fueron echados de México por fuerza, habían matado los indios a todos los otros que en granjerías y minas estaban.

Apresuraba Cortés el cerco, forneciéndose de lo necesario para él, haciendo pertrechos para escalar y combatir, y acarreando vituallas; dio muy gran priesa en clavar y acabar los bergantines, y una zanja para los echar a la laguna. Era la zanja larga cuanto media legua, ancha doce pies y más, y dos estados honda donde menos; que tanto fondo era menester para igualar con el peso del agua de la laguna, y tanto ancho para caber los bergantines. Iba toda ella chapada de estacas, y encima su valladar. Guiose por una acequia de regadío que los indios tenían; tardose en hacer cincuenta días; hiciéronla cuatrocientos mil hombres, que cada día de estos cincuenta, trabajaban en ella ocho mil indios de Tezcuco y su tierra; obra digna de memoria. Los bergantines se calafatearon con estopa y algodón, y a falta de sebo y aceite, que pez ya dije cómo la hicieron, los brearon, según algunos, con saín de hombre; no que para esto los matasen, sino de los que en tiempo de guerra mataran; inhumana cosa y ajena de españoles. Indios, que

acostumbrados de sus sacrificios, son crueles, abrían el cuerpo muerto y le sacaban el saín.

Como los bergantines estuvieran en agua, hizo Cortés alarde, y halló novecientos españoles, los ochenta y seis con caballos, los ciento diez y ocho con ballestas y escopetas, y los demás con picas y rodelas o alabardas, sin las espadas y puñales que cada uno traía. También llevaban algunos coseletes, y muchos corazas y jacos. Halló asimismo tres tiros gruesos de hierro colado, y quince pequeños de bronce, con diez quintales de pólvora y muchas pelotas. Tanta fue la gente, armas y munición de España con que Cortés cercó a México, el más grande y fuerte lugar de las Indias y Nuevo-Mundo. Puso en cada bergantín un tirillo, y los otros fueron para el ejército. Hizo pregonar de nuevo las ordenanzas de guerra, rogando a todos que las guardasen y cumpliesen, y díjoles, mostrando con el dedo los bergantines que estaban en la zanja metidos:

"Hermanos y compañeros míos, ya veis acabados y puestos a punto aquellos bergantines, y bien sabéis cuánto trabajo nos cuesta, y cuánta costa y sudor a nuestros amigos hasta haberlos puesto allí; muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve a México está en ellos; porque con ellos, o quemaremos presto todas las barcas de la ciudad, o las acorralaremos allá dentro en las calles, con lo cual haremos tanto daño a los enemigos cuanto con el ejército de tierra, que menos pueden vivir sin ellas que sin comer; cien mil amigos tengo para sitiar a México, que son, según ya conocéis, los más diestros y valientes hombres de estas partes; para que no os falte la comida está proveído cumplidísimamente. Lo que a vosotros toca es pelear como soléis, y rogar a Dios por salud y victoria, pues es suya la guerra".

CAPÍTULO CXXXI
EL EJÉRCITO DE CORTÉS PARA CERCAR A MÉXICO

Hizo luego al siguiente día mensajeros a las provincias de Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Chalco y otros pueblos, para que todos viniesen dentro de diez días a Tezcuco con sus armas y los otros aparejos necesarios al cerco de México, pues los bergantines eran acabados ya, y estaba todo lo

demás a punto, y los españoles tan ganosos de verse sobre aquella ciudad, que no esperarían una hora más de aquel tiempo que de plazo les daba. Ellos, porque no se pusiese el cerco en su ausencia, vinieron luego como les fue mandado, y entraron por ordenanza más de sesenta mil hombres, la más lucida y armada gente que podía ser, según el uso de aquellas partes. Cortés les salió a ver y recibir, y los aposentó muy bien.

El segundo día de pascua del Espíritu Santo salieron todos los españoles a la plaza, y Cortés hizo tres capitanes como maestres de campo, entre los cuales repartió todo el ejército. A Pedro de Alvarado, que fue uno, dio treinta de caballo, ciento y setenta peones, dos tiros de artillería y más de treinta mil indios, con los cuales pusiese real en Tlacopan. Dio a Cristóbal de Olid, que era el otro capitán, treinta y tres españoles a caballo, ciento y ochenta peones, dos tiros y cerca de treinta mil indios, con que estuviese en Culuacán. A Gonzalo de Sandoval, que fue el otro maestre de campo, dio veintitrés caballos, ciento y sesenta peones, dos tiros y más de cuarenta mil hombres de Chalco, Chololla, Huexocinco y otras partes, con que fuese a Iztacpalapan, y luego a tomar asiento do mejor le pareciese para real.

En cada bergantín puso un tiro, seis escopetas o ballestas, y veintitrés españoles, hombres casi los más diestros en mar. Nombró capitanes y veedores de ellos y él quiso ser el general de la flota, de lo cual algunos principales de su compañía que iban por tierra murmuraron, pensando que corrían ellos mayor peligro; y así, le requirieron que se fuese con el ejército y no en la armada. No curó Cortés de tal requerimiento; porque, allende de ser más peligroso pelear por agua, convenía poner mayor cuidado en los bergantines y batalla naval, que no habían visto, que en la de tierra, pues se habían hallado en muchas.

Y así, se partieron Alvarado y Cristóbal de Olid a 10 de mayo, y fueron a dormir a Acolman, donde tuvieron entrambos gran diferencia sobre el aposento; y si Cortés no enviara luego aquella noche una persona que los apaciguó, hubiera mucho escándalo y aun muertes. Durmieron el otro día en Xilotepec, que estaba desploblada. Al tercero entraron bien temprano en Tlacopan, que también estaba, como todos los pueblos de la costa de la laguna, desierto. Aposentáronse en las casas del señor, y los de Tlaxcallan

dieron vista a México por la calzada, y pelearon con los enemigos hasta que la noche los despartió.

Otro día, que se contaron 13 de mayo, fue Cristóbal de Olid a Chapultepec, quebró los caños de la fuente y quitó el agua a México, como Cortés se lo mandara, a pesar de los contrarios que reciamente se lo defendían peleando por agua y tierra. Muy gran daño recibieron en quitarles esta fuente, que, como en otro lugar dije, abastecía la ciudad. Pedro de Alvarado entendió en adobar los malos pasos para caballos, aderezando puentes y tapando acequias; y como había mucho que hacer en esto, gastaron allí tres días, y como peleaban con muchos, quedaron heridos algunos españoles y muertos hartos indios amigos, aunque ganaron ciertos puentes y albarradas. Quedose Alvarado en Tlacopan con su guarnición y Cristóbal de Olid fuese a Culuacán con la suya, conforme a la instrucción que de Cortés llevaban. Hiciéronse fuertes en las casas de los señores de aquellas ciudades, y cada día, o escaramuzaban con los enemigos, o se juntaban a correr el campo y a traer a sus reales *centli*, fruta y otras provisiones de los pueblos de la sierra, y en esto pasaron toda una semana.

CAPÍTULO CXXXII
LA BATALLA Y VICTORIA DE LOS BERGANTINES CONTRA LOS ACALLES

El rey Cuahutimoc, luego que supo cómo Cortés tenía ya sus bergantines en agua y tan gran ejército para sitiarle a México, juntó a los señores y capitanes de su reino a tratar del remedio. Unos le incitaban a la guerra, confiados en la mucha gente y fortaleza de la ciudad; otros, que deseaban la salud y bien público, y que fueron de parecer que no sacrificasen los españoles cautivos, sino que los guardasen para hacer las amistades, aconsejaban la paz. Otros dijeron que preguntasen a los dioses lo que querían. El rey, que se inclinaba más a la paz que a la guerra, dijo que habría su acuerdo y plática con sus ídolos, y les avisaría de lo que consultase con ellos; y a la verdad él quisiera tomar algún buen asiento con Cortés, temiendo lo que después le vino; empero, como vio los suyos tan determinados, sacrificó cuatro españoles que aún tenían vivos y enjaulados a los dioses de la guerra, y cuatro mil

personas, según dicen algunos: yo bien creo que fueron muchas, mas no tantas. Habló con el diablo en figura de Uitcilopuchtli; el cual le dijo que no temiese a los españoles, pues eran pocos, ni a los otros que con ellos venían, por cuanto no perseverarían en el cerco; y que saliese a ellos y los esperase sin miedo alguno, que él ayudaría y mataría sus enemigos.

Con esta palabra que el diablo tuvo, mandó Cuahutimoccín quitar luego los puentes, hacer baluartes, velar la ciudad y armar cinco mil barcas, y con esta determinación y aparejo estaba, cuando llegaron Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado a combatir los puentes y a quitar el agua a México; y no los temía mucho, antes los amenazaban de la ciudad, diciendo que contentarían los dioses con su sacrificio, y hartarían con la sangre las culebras, y con la carne los tigres, que ya estaban cebados con cristianos. Decían también a los de Tlaxcallan: "Ah cornudos, esclavos, traidores a vuestros dioses y rey: no os queréis arrepentir de lo que hacéis contra vuestros señores; pues aquí moriréis mala muerte; porque os matará el hambre o nuestros cuchillos, o os prenderemos y comeremos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamás en esta tierra se hizo; en señal y voto de lo cual os arrojamos allá esos brazos y piernas de hombres propios vuestros, que por alcanzar victoria sacrificamos; y después iremos a vuestra tierra, asolaremos vuestras casas, y no dejaremos casta de vuestro linaje!".

Los tlaxcaltecas burlaban mucho de tales fieros, y respondían que les valdría más darse que resistir a Cortés, pelear que bravear, callar que injuriar a otros mejores; y si querían algo que saliesen al campo; y que tuviesen por muy cierto ser llegado el fin de sus bellaquerías y señorío, y aun de sus vidas. Era mucho de ver éstas y semejantes hablas y desafíos que pasaban entre los unos indios y los otros. Cortés, que tenía aviso de esto y de lo que cada día pasaba, envió delante a Gonzalo de Sandoval a tomar a Iztacpalapan, y él embarcose para ir también allá. Sandoval comenzó a combatir aquel lugar por una parte, y los vecinos, con temor o por meterse en México, a salirse por otra y a recogerse a las barcas. Entraron los nuestros y pusiéronle fuego.

Llegó Cortés a la sazón a un peñol grande, fuerte, metido en agua, y con mucha gente de Culúa, que en viendo venir los bergantines a la vela hizo ahumadas; y en teniéndolos cerca les dio grita y les tiró muchas flechas y pie-

dras. Saltó Cortés en él con hasta ciento y cincuenta compañeros; combatiolo, ganole las albarradas, que para mejor defensa tenían hechas. Subió a lo alto, pero con mucha dificultad, y peleó arriba de tal suerte, que no dejó hombre a vida, excepto mujeres y niños. Fue una muy hermosa victoria, aunque fueron heridos veinticinco españoles, por la matanza que hubo, por el espanto que a los enemigos puso y por la fortaleza del lugar. Ya en esto había tantos humos y fuegos alrededor de la laguna y por la sierra, que parecía arderse todo. Y los de México, entendiendo que los bergantines venían, salieron en sus barcas, y ciertos caballeros tomaron quinientas de las mejores y adelantáronse para pelear con ellos, pensando vencer, y si no, tentar a lo menos qué cosa eran navíos de tanta fama.

Cortés se embarcó con el despojo, y mandó a los suyos estar quedos y juntos, por mejor resistir, y porque los contrarios pensasen que de miedo, para que sin orden ni concierto acometiesen y se perdiesen. Los de las quinientas barcas caminaron a mucha priesa; mas repararon a tiro de arcabuz de los bergantines a esperar la flota; que les pareció no dar batalla con tan pocas y cansadas. Llegáronse poco a poco tantas canoas, que henchían la laguna. Daban tantas voces, hacían tanto ruido con atabales, caracoles y otras bocinas, que no se entendían unos a otros; y decían tantas villanías y amenazas, como dicho habían a los otros españoles y tlaxcaltecas. Estando pues así, las dos armadas con semblante de pelear, sobrevino un viento terral por popa de los bergantines, tan favorable y a tiempo, que pareció milagro. Cortés entonces, alabando a Dios, dijo a los capitanes que arremetiesen juntos y a una, y no parasen hasta encerrar los enemigos en México, pues era nuestro Señor servido darles aquel viento para haber victoria, y que mirasen cuánto les iba en que la primera vez ganasen la batalla, y las barcas cobrasen miedo a los bergantines del primer encuentro. En diciendo esto embistieron en las canoas, que con el tiempo contrario ya comenzaban a huir. Con el ímpetu que llevaban, a unas quebraban, a otras echaban a fondo; y a los que alzaban y se defendían, mataban. No hallaron tanta resistencia como al principio pensaban; y así, las desbarataron presto. Siguiéronlas dos leguas, y acorraláronlas dentro de la ciudad. Prendieron algunos señores, muchos caballeros y otra gente. No se pudo saber cuántos fueron los muertos, más de que la laguna parecía de sangre.

Fue señalada victoria y estuvo en ella la llave de aquella guerra, porque los nuestros quedaron señores de la laguna, y los enemigos con gran miedo y pérdida. No se perdieran así, sino por ser tantas, que se estorbaban unas o otras; ni tan presto, sino por el tiempo. Alvarado y Cristóbal de Olid, como vieron la rota, estrago y alcance que Cortés hacía con los bergantines en las barcas, entraron por la calzada con sus haces. Combatieron y tomaron ciertos puentes y albarradas, por más recio que se defendían; y con el favor de los bergantines que les llegó corrieron los enemigos una legua, haciéndolos saltar en la laguna a la otra parte, que no había fustas. Tornáronse con esto, mas Cortés pasó adelante; y como no parecían canoas saltó en la calzada, que va a Iztacpalapan, con treinta españoles, combatió dos torres pequeñas de ídolos con sus cercas bajas de cal y canto, a do le recibió Moteczuma. Ganolas, aunque con harto peligro y trabajo, porque los que dentro estaban eran muchos y las defendían bien. Hizo luego sacar tres tiros para ojear los enemigos, que cubrían la calzada y estaban muy reacios y recios de echar. Tiraron una vez e hicieron mucho daño, mas como se quemó la pólvora por descuido del artillero, y por ser ya la puesta del Sol, cesaron de pelear los unos y los otros. Cortés, aunque otra cosa tenía pensada y acordada con sus capitanes, se quedó allí aquella noche. Envió luego por pólvora al real de Gonzalo de Sandoval, y por cincuenta peones de su guarda y por la mitad de la gente de Culuacán.

CAPÍTULO CXXXIII
CÓMO PUSO CORTÉS CERCO A MÉXICO

Estuvo Cortés aquella noche a tan gran peligro como temor, porque no tenía más de cien compañeros, que los otros en los bergantines eran menester, y porque hacia la media noche cargaron sobre él mucha cantidad de enemigos en barcas y por la calzada, con terrible grita y flechería; pero más fue el ruido que las nueces, aunque fue novedad, porque no acostumbraban pelear a tal hora. Dicen algunos que por el daño que recibían con los tiros de los bergantines se volvieron; a la que amanecía llegaron a Cortés ocho de caballo, y hasta ochenta peones de los de Cristóbal de Olid, y los de México comenzaron luego a combatir las torres por agua y tierra, con tan-

tos gritos y alaridos como suelen; salió Cortés a ellos, corriolos la calzada adelante, y ganoles un puente con su baluarte, e hízoles tanto daño con los tiros y caballos, que los encerró y siguió hasta las primeras casas de la ciudad; y porque recibía daño y le herían muchos desde las canoas, rompió un pedazo de la calzada por junto a su real para que pasasen cuatro bergantines de la otra parte; los cuales, a pocas arremetidas, acorralaron las canoas a las casas, y así quedó señor de ambas lagunas.

Otro día partió Gonzalo de Sandoval de Iztacpalapan para Culuacán, y de camino tomó y destruyó una pequeña ciudad que está en la laguna, porque salieron a pelear con él. Cortés le envió dos bergantines para que por ellos, como puente, pasase el ojo de la calzada, que habían rompido los enemigos; dejó Sandoval su gente con Cristóbal de Olid, y fuese para Cortés con diez de caballo; hallole revuelto con los de México, apeose a pelear, y atravesáronle un pie con una vara. Otros muchos españoles quedaron aquel día heridos, mas bien se lo pagaron sus enemigos, que de tal manera los trataron, que de allí adelante mostraban más miedo y menos orgullo que solían.

Con lo que hasta aquí había hecho, pudo Cortés muy a su placer asentar y ordenar su gente y real en los lugares que mejor le pareció, y proveerse de pan y de otras muchas cosas necesarias; tardó en ello seis días, que ninguno pasó sin escaramuza, y los bergantines hallaron canales para navegar alrededor de la ciudad, que fue cosa muy provechosa; entraron muy adentro de México, y quemaron muchas casas por los arrabales. Cercose México por cuatro partes, aunque al principio se determinó por tres; Cortés estuvo entre dos torres de la calzada que ataja las lagunas. Pedro de Alvarado en Tlacopan, Cristóbal de Olid en Culuacán, y Gonzalo de Sandoval creo que en Xaltoca, porque Alvarado y otros dijeron que por aquel cabo se saldrían los de México viéndose en aprieto, si no guardaban una calzadilla que iba por allí. No le pesara a Cortés dejar salir al enemigo, en especial de lugar tan fuerte, sino porque no se aprovechase de la tierra, metiendo por allí pan, armas y gente; porque pensaba él aprovecharse mejor de los contrarios en tierra que en agua, y en cualquiera otro pueblo que no en aquel, y porque dicen: "A tu enemigo, si huye, hazle la puente de plata".

CAPÍTULO CXXXIV
LA PRIMERA ESCARAMUZA DENTRO EN MÉXICO

Quiso Cortés un día entrar en México por la calzada y ganar cuanto pudiese de la ciudad, y ver qué ánimo ponían los vecinos; mandó decir a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval que cada uno acometiese por su estancia, y a Cristóbal de Olid que le enviase ciertos peones y algunos de caballo, y que con los demás guardase la entrada de la calzada, de Culuacán de los de Xochimilco, Culuacán, Iztacpalapan, Uitcilopuchtli, Mexicalcinco, Cuitlauac, y otras ciudades allí alrededor, aliadas y sujetas; no le entrasen por detrás; mandó asimismo que los bergantines fuesen a raíz de la calzada, haciéndole espaldas por entrambos lados. Salió pues de su real muy de mañana con más de doscientos españoles y hasta ochenta mil amigos, y a poco trecho halló los enemigos bien armados y puestos en defensa de lo que tenían quebrado de la calzada, que sería cuanto una lanza en largo y otra en hondo. Peleó con ellos, y defendiéronse muy gran pieza detrás de un baluarte; al fin les ganó aquello y los siguió hasta la entrada de la ciudad, donde había una torre, y al pie de ella una puente muy grande alzada, con muy buena albarrada; por debajo de la cual corría gran cantidad de agua. Era tan fuerte de combatir y tan temeroso de pasar, que la vista sola espantaba, y tiraban tantas piedras y flechas, que no dejaban llegar a los nuestros; todavía lo combatió, y como hizo llegar junto los bergantines por la una parte y por la otra, lo ganó con menor trabajo y peligro que pensaba; lo cual fuera imposible sin ayuda de ellos. Como los contrarios comenzaron a dejar la albarrada, saltaron en tierra los de los bergantines, y luego pasó por ellos y a nado el ejército. Los de Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla y Tezcuco cegaron con piedra y adobes aquella puente.

Los españoles pasaron adelante y ganaron otra albarrada que estaba en la principal y más ancha calle de la ciudad; y como no tenía agua, pasaron fácilmente; siguieron los enemigos hasta otra puente, la cual estaba alzada y no tenía más de una sola viga; los contrarios, no pudiendo pasar todos por ella, pasaron por el agua a más andar, por ponerse en salvo. Quitaron la viga y pusiéronse a la defensa; llegaron los nuestros y estancaron, como no podían pasar sin echarse al agua, lo cual era muy peligroso

sin tener bergantines; y como desde la calle, baluarte y azoteas peleaban con mucho corazón y les hacían daño, hizo Cortés asestar dos tiros a la calle, que tirasen a menudo las ballestas y escopetas. Recibían con esto mucho daño los de la ciudad, y aflojaban algo de la valentía que al principio tenían; los nuestros lo conocieron, y arrojáronse ciertos españoles al agua, y pasáronla; como los enemigos vieron que pasaban, desampararon las azoteas y albarrada que habían defendido dos horas, y huyeron. Pasó el ejército, y luego hizo Cortés a sus indios cegar aquella puente con los materiales de la albarrada y con otras cosas; los españoles con algunos amigos prosiguieron el alcance, y a dos tiros de ballesta hallaron otra puente, pero sin albarrada, que estaba junto a una de las principales plazas de la ciudad; asentaron allí un tiro con que hacían mucho mal a los de la plaza; no osaban entrar dentro, por los muchos que en ella había; mas al cabo, como no tenían agua que pasar, determinaron de entrar. Viendo los enemigos la determinación puesta en obra, vuelven las espaldas, y cada uno echó por su parte, aunque los más fueron al templo mayor; los españoles y sus amigos corrieron en pos de ellos. Entraron dentro, y a pocas vueltas los lanzaron fuera, que con el miedo no sabían de sí. Subieron a las torres, derribaron muchos ídolos y anduvieron un rato por el patio.

Cuahutimoc reprendió mucho a los suyos porque así huyeron; ellos tornaron en sí, reconocieron su cobardía; y como no había caballos, revolvieron sobre los españoles, y por fuerza los echaron de las torres y de todo el circuito del templo, y les hicieron huir gentilmente. Cortés y otros capitanes los detuvieron y les hicieron hacer rostro debajo los portales del patio, diciendo cuánta vergüenza les era huir. Mas en fin, no pudieron esperar viendo el peligro y aprieto en que estaban, porque los aquejaban reciamente. Retirose a la plaza, donde quisieron rehacerse: mas también fueron echados de allí; desampararon el tiro que poco antes dije, no pudiendo sufrir la furia y fuerza del enemigo. Llegaron a esta sazón tres de caballo, y entraron por la plaza alanceando indios; como los vecinos viesen caballos, comenzaron a huir y los nuestros a cobrar ánimo, y a revolver sobre ellos con tanto ímpetu que les tornaron a ganar el templo grande, y cinco españoles subieron las gradas y entraron en las capillas, mataron diez o doce mexicanos que se hacían fuertes allí, y tornáronse a salir.

Vinieron luego otros seis de caballo, juntáronse con los tres, y ordenaron todos una celada, en que mataron más de treinta mexicanos. Cortés entonces, como era tarde y estaban los suyos cansados, hizo señal de recoger. Cargó tanta multitud de contrarios a la retirada, que si por los caballos no fuera, peligraran hartos españoles, porque arremetían como perros rabiosos sin temor ninguno, y los caballos no aprovecharan si Cortés no tuviera aviso de allanar los malos pasos de la calle y calzada. Todos huyeron y pelearon muy bien; que la guerra lo lleva. Los nuestros quemaron algunas casas de aquella calle, porque cuando otra vez entrasen no recibiesen tanto daño con piedras que de las azoteas les tiraban. Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado pelearon muy bien por sus cuarteles.

CAPÍTULO CXXXV
EL DAÑO Y FUEGO DE CASAS

Andaba en este tiempo don Fernando de Tezcuco por su tierra visitando y atrayendo sus vasallos al servicio y amistad de Cortés, que para esto se quedó; y con su maña, o porque a los españoles les iba prósperamente, atrajo casi toda la provincia de Culuacán, que señorea Tezcuco, y seis o siete hermanos suyos, que más no pudo, aunque tenía más de ciento según después se dirá; y a uno de ellos que llamaban Iztlixuchilh, mancebo esforzado y de hasta veinticuatro años, hizo capitán, y envíole al cerco con obra de cincuenta mil combatientes muy bien aderezados y armados. Cortés lo recibió alegremente, agradeciéndole su voluntad y obra. Tomó para su real treinta mil de ellos, y repartió los otros por las guarniciones. Mucho sintieron en México este socorro y favor que don Fernando enviaba a Cortés, porque lo quitaba a ellos, y porque venían allí parientes y hermanos, y aun padres de muchos que dentro de la ciudad estaban con Cuahutimoccín.

Dos días después que Iztlixuchilh llegó, vinieron los de Xochimilco y ciertos serranos de la lengua que llaman *otomitlh*, a darse a Cortés, rogando que les perdonase la tardanza, y ofreciendo gente y vitualla para el cerco. Él holgó mucho con su venida y ofrecimiento, porque siendo aquellos sus amigos, estaban seguros los del real de Culuacán. Trató muy bien los embajadores, díjoles cómo de allí a tres días quería combatir la ciudad; por

tanto, que todos viniesen para entonces con armas, y que en aquello conocería si eran sus amigos; y así los despidió. Ellos prometieron de venir y cumpliéronlo. Envió tras esto tres bergantines a Sandoval y otros tres a Pedro de Alvarado, para estorbar que los de México no se aprovechasen de la tierra, metiendo en canoas agua, frutas, *centli* y otras vituallas por aquella parte, y para hacer espaldas y socorrer a los españoles todas las veces que entrasen por la calzada a combatir la ciudad, que él tenía muy bien conocido de cuánto provecho eran aquellos navíos estando cerca de los puentes. Los capitanes de ellos corrían noche y día toda la costa y pueblos de la laguna por allí; hacían grandes saltos, tomaban muchas barcas a los enemigos, cargadas de gente y mantenimiento, y no dejaban a ninguna entrar ni salir.

El día que aplazó los enemigos al combate oyó Cortés misa, informó los capitanes de lo que habían de hacer, y salió de su real con veinte caballos y trescientos españoles, y gran muchedumbre de amigos, y dos o tres piezas de artillería. Encontró luego con los enemigos, que como en tres o cuatro días atrás no habían tenido combates, habían abierto muy a su placer lo que los nuestros cegaron, y hecho mejores baluartes que primero, y estaban esperando con los alaridos acostumbrados. Mas como vieron bergantines por la una parte y por la otra de la calzada, aflojaron la defensa. Conocieron luego los nuestros el daño que hacían: saltan de los bergantines en tierra y ganan el albarrada y puente; pasó luego el ejército, y dio en pos de los enemigos, los cuales a poco trecho se guarnecieron en otra puente. Mas presto, aunque con harto trabajo, se la ganaron los nuestros, y los siguieron hasta otra; y así, peleando de puente en puente, los echaron de la calzada y de la calle, y aun de la plaza.

Cortés anduvo con hasta diez mil indios, cegando con adobes, piedra y madera todos los caños de agua, y allanando los malos pasos; y fue tanto de hacer, que se ocuparon en sólo ello todos aquellos diez mil indios hasta hora de vísperas. Los españoles y amigos escaramuzaron todo este tiempo con los de la ciudad, de los cuales mataron muchos en las celadas que les echaron. También anduvieron un rato por las calles que no tenían agua ni puentes los de a caballo alanceando ciudadanos, y de esta manera los tuvieron cerrados en las casas y templos.

Era cosa notable lo que nuestros indios hacían y decían aquel día a los de la ciudad: unas veces los desafiaban, otras los convidaban a cena, mostrándoles piernas y brazos y otros pedazos de hombres, y decían: "Esta carne es de la vuestra, y esta noche la cenaremos y mañana la almorzaremos, y después vendremos por más: por eso no huyáis, que sois valientes, y más os vale morir peleando que de hambre"; y luego tras esto apellidaron cada uno su ciudad y ponían fuego a las casas. Mucho pesar tomaban mexicanos de verse así afligidos por los españoles; empero más les pesaba en verse ultrajar de sus vasallos, y en oír a sus puertas, victoria, victoria, Tlaxcallan, Chalco, Tezcuco, Xochimilco y otros pueblos así, que del comer carne no hacían caso, porque también ellos se comían los que mataban.

Cortés viendo los de México tan endurecidos y porfiados en defenderse o morir, coligió dos cosas: una, que habría poca o ninguna de las riquezas que en vida de Moteczuma vio y tuvo; otra, que le daban ocasión y le forzaban a los destruir totalmente. De entrambas le pesaba, pero más de la postrera, y pensaba qué forma tendría por atemorizarlos y hacerles venir en conocimiento de su yerro y del mal que podían recibir; y por eso derribó muchas torres y quemó los ídolos; quemó asimismo las casas grandes en que la otra vez posó, y la casa de las aves, que cerca estaba. No había español, mayormente de los que antes las vieron, que no sintiese pena de ver arder tan magníficos edificios; mas porque a los ciudadanos les pesaba mucho, los dejaron quemar. Y nunca mexicanos ni hombre de aquella tierra pensó que fuerza humana, cuanto más de aquellos pocos españoles, bastara entrar en México a su pesar, y poner fuego a lo principal de la ciudad. Entre tanto que ardía el fuego recogió Cortés su gente y volvióse para su real.

Los enemigos quisieran remediar aquella quema, mas no pudieron; y como vieron ir a los contrarios, diéronles grandísima carga y grita, y mataron algunos contrarios que, de cargados con el despojo, iban rezagados. Los de caballo, que podían muy bien correr por la calle y calzada, los detenían a lanzadas; y así, antes que anocheciese estaban los nuestros en su fuerte y los enemigos en sus casas, los unos tristes y los otros cansados. Mucha fue la matanza de este día, pero más fue la quema que de casas se hizo; porque sin las ya dichas, quemaron otras muchas los bergantines por las calles

donde entraron. También entraron por su parte los otros capitanes; mas como era solamente para divertir a los enemigos, no hay mucho que contar.

CAPÍTULO CXXXVI
LA DILIGENCIA DE CUAHUTIMOC Y DE CORTÉS

Otro día siguiente muy de mañana, y después de haber oído misa, tornó Cortés a la ciudad con la misma gente y orden, porque los contrarios no tuviesen lugar de limpiar las puentes ni hacer baluartes. Mas por bien que madrugó, fue tarde, que no se durmieron en la ciudad; sino luego que tuvieron fuera al enemigo tomaron palas y picos y abrieron lo cegado, y con lo que sacaban hacían albarradas; y así se fortificaron como estaban primero. Muchos desmayaban, y hartos perecían en la obra, del sueño y hambre que sobre cansados pasaban. Mas no podían otra cosa hacer, porque Cuahutimoc andaba presente. Cortés combatió dos puentes con sus albarradas; y aunque fueron recias de tomar, las ganó. Duró el combate de ellas de las ocho a la una después de mediodía; y como había grandísimo calor y mucho trabajo, padecieron infinito. Gastose toda la pólvora y pelotas de las escopetas, y todas las saetas y almacén que los ballesteros llevaban. Harto tuvieron que hacer en ganar y cegar estas dos puentes aquel día.

Al retirar recibieron algún daño, porque cargaron los enemigos como si los nuestros fueran huyendo. Venían tan ciegos y engolosinados, que no advertían las celadas que les ponían los de caballo, en las cuales morían muchos, y los delanteros, que debían ser los más esforzados, y aun con todo este daño no cesaban hasta verlos fuera de la ciudad. Pedro de Alvarado ganó también este día dos puentes de su calzada, y quemó algunas casas con ayuda de los tres bergantines, y mató hartos enemigos.

Algunos españoles culpaban a Cortés porque no iba mudando su real como iba ganando tierra; y las causas que para ello había eran grandes, porque cada día tenía un mismo trabajo, y aun siempre mayor, en ganar de nuevo y cegar otra vez los puentes y caños de agua. El peligro que pasaban en ello era grande y notorio, porque les era forzado echarse a nado todas las veces que ganaban puentes, y unos no sabían nadar, otros no osaban y otros no querían, porque los enemigos no les dejaban salir, a cuchilladas y botes

de lanza; y así, se tornaban heridos o se ahogaban. Otros decían que ya que no pasaba el real adelante, debía sostener las puentes, poniendo en ellas gente que las guardase. Mas él, aunque muy bien conocía esto, no lo quería hacer por mejor; que cierto estaba, si pasara el real a la plaza, que les podían cercar los contrarios, por ser grande la ciudad y muchos los vecinos; y así el cercador quedara cercado, y cada hora del día y de la noche tuviera rebates y fuera reciamente combatido, y ni pudiera resistir ni tuviera qué comer si la calzada perdía; pues sustentar las puentes era imposible, a lo menos dudoso, por dos razones: la una, porque eran pocos españoles, y quedando cansados el día no podían pelear la noche; la otra, que si las encomendaba a indios era incierta la defensa y cierta la pérdida o desbarate, de que se podría seguir gran mal. Así que por esto, como porque se confiaba en el buen corazón de los españoles, que cayendo o levantando habían de hacer como él, seguía su parecer y no el ajeno.

CAPÍTULO CXXXVII
CÓMO TUVO CORTÉS DOSCIENTOS MIL HOMBRES SOBRE MÉXICO

Eran los de Chalco tan leales amigos de españoles, o tan enemigos de mexicanos, que convocaron muchos pueblos y hicieron guerra a los de Iztacpalapan, Mexicalcinco, Cluitlauac, Uitcilopuchtli, Culacan y otros lugares de la laguna dulce, que no estaban declarados por amigos de Cortés, aunque nunca después que sitió a México le habían enojado. A esta causa, y por ver que [los] españoles llevaban de vencida a los mexicanos, vinieron embajadores de todos aquellos pueblos a encomendarse a Cortés, y a rogarle los perdonase de lo pasado, y que mandase a los de Chalco no les hiciesen más daño. Él los recibió en su amparo, y les dijo que no les sería hecho más mal; y que nunca de ellos tuvo enojo, sino de los de México y que por ver si era cierta o fingida su embajada, les hacía saber cómo no levantaría el cerco hasta tomar aquella ciudad de paz o de guerra. Por eso, que les rogaba le ayudasen con *acalles*, pues tenían muchos, y con la más gente que pudiesen armar en ellos, y le diesen algunos hombres que hiciesen casas a los españoles que no las tenían, y era tiempo de recias aguas.

Ellos prometieron de lo cumplir; y así, vinieron muchos hombres de aquellos lugares, y hicieron tantas casillas en la calzada, de torre a torre, donde era el real, que muy a placer cabían en ellas los españoles y otros dos mil indios que los servían; que los demás en Culuacán dormían siempre, que no estaba más de una legua y media. También proveyeron estos el real de algún pan y pescado y de infinitas cerezas; de las cuales hay tantas por allí, que pueden bastecer doblada gente que entonces había en toda aquella tierra. Duran seis meses del año y son algo diferentes de las nuestras. No quedaba ya pueblo que algo montase en toda aquella comarca por darse a Cortés, y entraban y salían libremente entre españoles. Veníanse todos a sus reales, unos por ayudar, otros por comer, otros por robar, y muchos por mirar; y así, pienso que había sobre México doscientos mil hombres; y aunque es mucho ser capitán de tan grande ejército, fue mucho más la destreza y gracia de Cortés en tratar y regirlo tanto tiempo sin motín ni riña.

Deseaba Cortés ganar y allanar la calle y calzada que va de Tlacopan, que es muy principal y tiene siete puentes, para que libremente se comunicase con Pedro de Alvarado, que con esto pensaba tener hecho todo lo más; y para hacerlo llamó la gente y barcos de Iztacpalapan y de los otros pueblos de la laguna dulce, y luego vinieron tres mil; y mil y quinientos de los cuales echó con cuatro bergantines en la una laguna, y los otros mil y quinientos en la otra con los tres bergantines, para que corriesen la ciudad, quemasen casas, e hiciesen todo el más daño que pudiesen. Mandó a cada guarnición que entrase por su cuartel y calle matando, prendiendo y destruyendo lo posible, y él metiose por la calle de Tlacopan con ochenta mil hombres. Ganó tres puentes de ella, y cegolas; las otras dejó para otro día, y volviose a su puesto. Tornó luego al siguiente día por la misma calle con la gente y orden pasada. Ganó muy gran parte de la ciudad, y nunca Cuahutimoc dio señal de paz; de que mucho se maravillaba Cortés, y aun le pesaba, así por el mal que recibía como por el que hacía.

CAPÍTULO CXXXVIII
LO QUE HIZO PEDRO DE ALVARADO POR AVENTAJARSE

Quiso Pedro de Alvarado pasar su real a la plaza de Tlatelulco, porque pasaba trabajo y peligro en sustentar las puentes que ganaba con españoles a pie y a caballo, teniendo su fuerte lejos de ellos tres cuartos de legua, y por aventajarse tanto como su capitán, y porque le importunaban los de su compañía diciendo que les sería afrenta si Cortés ni otro alguno ganase aquella plaza antes que ellos, pues la tenían más cerca que ninguno; y así, determinó ganar las puentes de su calzada que le faltaban y pasarse a la plaza. Fue pues con toda la gente de su guarnición, llegó a una puente quebrada, que tenía de largo sesenta pasos, que porque los nuestros no pasasen la habían alargado y ahondado dos estados en agua.

Combatiolo, y con ayuda de los tres bergantines pasó el agua y la ganó. Dejó dicho a unos que la cegasen, y siguió el alcance con hasta cincuenta españoles. Como los de la ciudad no vieron más de aquellos pocos, que no podían pasar los de caballo, revolvieron sobre él tan de súbito y con tanto denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse al agua, sin ver cómo. Mataron muchos de nuestros indios y prendieron cuatro españoles, que luego allí, para que todos los viesen, los sacrificaron y comieron. Alvarado cayó de su locura por no creer a Cortés, que siempre le decía no pasase adelante sin dejar primero el camino llano. Los que le aconsejaron pagaron con las vidas, y Cortés sintió la pena; y otro tanto le pudiera entrevenir a él si creyera a los que decían que se pasase al mismo mercado; mas él lo consideraba mejor, porque cada casa estaba ya hecha isla, las calzadas por muchas partes rompidas, y las azoteas llenas de cantos; que de estos y otros tales ardides muchos tuvo Cuahutimoc. Cortés fue a ver dónde había mudado su real Pedro de Alvarado, y a le reprender por lo sucedido, y avisarle de lo que tenía que hacer. Y como le halló tan metido dentro la ciudad, y consideró los muchos y malos pasos que había ganado, no sólo no le culpó, mas loole. Platicó con él muchas cosas tocantes a la conclusión del cerco, y volviose a su real.

CAPÍTULO CXXXIX
LAS ALEGRÍAS Y SACRIFICIOS QUE HACÍAN LOS MEXICANOS POR UNA VICTORIA

Dilataba Cortés de poner su real en la plaza, aunque cada día entraba o mandaba entrar a la ciudad a pelear con los vecinos, por las razones poco antes dichas, y por ver si Cuahutimoc se daría, y aun también porque no podía ser la entrada sin mucho peligro y daño, por cuanto los enemigos estaban muy juntos y fuertes. Todos los españoles, juntamente con el tesorero del rey, viendo su determinación y el daño pasado, le rogaron y requirieron que se metiese en la plaza. Él les dijo que hablaban como valientes, pero convenía primero mirarlo muy bien, porque los enemigos estaban fuertes y determinadísimos de morir defendiéndose. Tanto replicaron, que al cabo otorgó lo que pedían, y publicó la entrada para el día siguiente. Escribió con dos criados suyos a Gonzalo de Sandoval y a Pedro de Alvarado la instrucción de lo que hacer debían; la cual en suma era que Sandoval hiciese alzar todo el fardaje de su guarnición, como que levantaba real, y que pusiese diez de caballo en la calzada, tras unas casas, porque si de la ciudad saliesen creyendo que huían, los alanceasen, y que él se viniese adonde Pedro de Alvarado estaba, con diez a caballo y cien peones y con los bergantines; y dejando allí la gente, tomase los otros tres bergantines, y fuese a ganar el paso do fueron desbaratados los de Alvarado; y si lo ganaba, que lo cegase muy bien antes de ir adelante; y que si fuese, no se alejase, ni ganase paso que no lo dejase ciego y bien aderezado; y Alvarado, que entrase cuanto pudiese a la ciudad, y que le enviasen ochenta españoles.

Ordenó asimismo que los otros siete bergantines guiasen las tres mil barcas, como la otra vez por entrambas lagunas. Repartió la gente de su real en tres compañías, porque para ir a la plaza había tres calles. Por la una entraron el tesorero y contador con setenta españoles, veinte mil indios, ocho caballos, doce azadoneros y muchos gastadores para cegar los caños de agua, allanar las puentes y derribar casas. Por la otra calle envió a Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia con ochenta españoles y más de diez mil indios. Quedaron a la boca de esta calle dos tiros y ocho de caballo. Cortés fue por la otra con gran número de amigos y cien españoles a pie, de los cuales eran

veinticinco ballesteros y escopeteros. Mandó a ocho de caballo que llevaba, quedarse, y que no fuesen tras él sin se los enviar a decir.

De esta manera entraron todos a un tiempo y cada cuadrilla por su cabo, e hicieron maravillas, derrocando hombres y albarradas y ganando puentes. Llegaron cerca del *tianquiztli*; cargaron tantos indios de nuestros amigos, que entraron por las casas a escala vista y las robaron; y según iba la cosa, parecía que todo se ganaba aquel día. Cortés les decía que no se pasasen más adelante, que bastaba lo hecho, no recibiesen algún revés, y que mirasen si dejaban bien cegadas las puentes ganadas, en que estaba todo el peligro o victoria. Los que iban con el tesorero siguiendo victoria y alcance dejaron una quebrada falsamente ciega, que sería doce pasos en anchura y dos estados en hondura. Fue allá Cortés, como se lo dijeron, a remediar aquel mal recado; mas tan presto como llegó vio venir huyendo los suyos y arrojarse al agua por miedo de los muchos y asecutivos enemigos que venían detrás, los cuales se echaban tras ellos por matarlos. Venían también por agua barcas, que tomaban vivos muchos de nuestros amigos y aun españoles. No sirvió entonces Cortés y otros quince que allí estaban sino de dar las manos a los caídos; unos salían heridos, otros medio ahogados, y muchos sin armas. Cargó tanta gente enemiga, que los cercó. Cortés y sus quince compañeros, embebecidos en socorrer a los del agua, y ocupados con los socorridos, no se dieron cata del peligro en que estaban; y así, echaron mano de él ciertos mexicanos, y lleváranselo sino por Francisco de Olea, criado suyo, que cortó las manos al que le tenía asido, de una cuchillada; al cual mataron luego allí los contrarios; y así, murió por dar la vida a su amo.

Llegó en esto Antonio de Quiñones, capitán de la guarda; trabó del brazo a Cortés, sacole por fuerza de entre los enemigos, con quien fuertemente peleaba. Ya entonces, a la fama que Cortés era preso, acudían españoles a la brega, y uno de caballo hizo algún tanto de lugar; mas luego le dieron una lanzada por la garganta, que le hicieron dar la vuelta. Estancó un poco la pelea, y Cortés cabalgó en un caballo que le trajeron; y porque no se podía pelear allí bien a caballo, recogió los españoles, dejó aquel mal paso, y saliose a la calle de Tlacopan, que es ancha y buena. Murió allí Guzmán, camarero de Cortés, por querer darle un caballo; cuya muerte dio mucha tris-

teza a todos, porque era honrado y valiente. Anduvo tan revuelta la cosa que cayeron al agua dos yeguas; la una se remedió, la otra mataron indios, como hicieron al caballo de Guzmán.

Estando combatiendo una albarrada el tesorero y sus compañeros, les echaron de una casa tres cabezas de españoles, diciendo que otro tanto harían de ellos si no alzaban el cerco. Viendo esto y entendiendo el estrago que digo, se retrajeron poco a poco. Los sacerdotes se subieron a unas torres del Tlatelulco, encendieron braseros, pusieron sahumerios de *coupalli* en señal de victoria; desnudaron los españoles cautivos, que serían hasta cuarenta, abriéronlos por el pecho, sacáronles los corazones para ofrecer a sus ídolos y rociaron el aire con la sangre. Quisieran los nuestros ir allá y vengar aquella crueldad, ya que estorbar no la podían; más bien tuvieron qué hacer en ponerse en cobro, según la carga y priesa que les dieron los enemigos, no temiendo a caballos ni a espadas.

Fueron este día cuarenta españoles presos y sacrificados. Quedó herido Cortés en una pierna, y más de otros treinta. Perdiose un tiro y tres o cuatro caballos. Murieron cerca de dos mil indios amigos nuestros. Muchas de nuestras canoas se perdieron, y los bergantines estuvieron para ello. El capitán y maestre de uno de ellos salieron heridos, y el capitán murió de la herida de allí a ocho días. También murieron peleando este mismo día cuatro españoles del real de Alvarado.

Fue aciago el día, y la noche triste y llorosa para nuestros españoles y amigos. Regocijaron aquella tarde y noche los de México con grandes fuegos, con muchas bocinas y atabales, con bailes, banquetes y borracheras. Abrieron las calles y puentes como antes las tenían. Pusieron velas en las torres, y centinelas cerca de los reales; y luego por la mañana envió el rey dos cabezas de cristianos y otras dos de caballos por toda la comarca, en señal de la victoria habida, rogándoles que dejasen la amistad de españoles, y prometiendo que presto acabaría los que quedaban, y libraría toda la tierra de guerra; lo cual fue causa que algunas provincias tomasen ánimo y armas contra los amigos y aliados de Cortés, como hicieron Malinalco y Cuixco contra Coahunauac. Sonose luego esto por muchas partes, y temían los nuestros rebelión en los pueblos amigos y motín en el ejército; mas quiso

Dios que no lo hubiese. Cortés salió con su gente otro día a pelear, por no mostrar flaqueza, y tornose de la primera puente.

CAPÍTULO CXL
LA CONQUISTA DE MALINALCO Y MATALCINCO Y OTROS PUEBLOS

A dos días del desbarato vinieron al real de Cortés los de Coahunauac, que ya de muchos días eran sus amigos, a decirle cómo los de Malinalco y Cuixco les daban guerra y les destruían los panes y frutas, y le amenazaban a él para después que los hubiese a ellos vencido; por tanto, que les diese alguna ayuda de españoles. Cortés, aunque tenía más necesidad de ser socorrido que de socorrer, les prometió españoles, tanto por no perder crédito, cuanto por la instancia con que los pedían; lo cual contradijeron algunos españoles, que no les parecía bien sacar gente del ejército.

Dioles ochenta peones españoles y diez de caballo, y por capitán a Andrés de Tapia, a quien encargó mucho la guerra y la brevedad. Diole diez días de plazo para ir y venir. Andrés de Tapia fue allá, juntose con los de Coahunauac, halló los enemigos en una aldea cerca de Malinalco, peleó con ellos en campo raso, desbaratolos y siguió hasta la ciudad, que es un pueblo grande, abundante de agua y asentado en un cerro muy alto, donde los caballos no podían subir. Taló lo llano, y tornose. Hizo tanto fruto esta salida, que libró los amigos y atemorizó los enemigos, que tomaban alas pensando que iban muy de caída los españoles.

Al segundo día que Andrés de Tapia llegó de Coahunauac vinieron diez y seis mensajeros de lengua *otomilh*, quejándose de los señores de la provincia de Matalcinco, sus vecinos, que les hacían cruda guerra y que les habían destruido la tierra, quemado un lugar y llevado la gente; y que venían hacia México con propósito de pelear con los españoles, para que saliesen entonces de la ciudad y los matasen o echasen del cerco; y que proveyese presto de remedio, porque no estaban de allí más de doce leguas, y eran muchos. Cortés creyó ser así, porque los días atrás, cuando andaban peleando, le amenazaban mexicanos con Matalcinco. Envió allá a Gonzalo de Sandoval con diez y ocho caballos y cien peones y con muchos de aque-

lla serranía que estaban días había en el cerco. Tanto hizo Cortés esto por no mostrar flaqueza a los amigos y enemigos, como por socorrer aquéllos; que bien sabía en cuánto peligro andaban los que iban y los que quedaban, y que se quejaban los suyos. Sandoval se partió, durmió dos noches en tierra de Otomitlh, que estaba destruida; llegó después a un río que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran presa de un lugar que acababan de quemar; y como vieron españoles y hombres a caballo, huyeron, dejando buena parte del despojo. Pasaron otro río y repararon en un llano. Sandoval los siguió. Halló en el camino fardeles de ropa, cargas de *centli* y niños asados. Arremetió a ellos con los caballos. Llegaron luego los de a pie, y desbaratolos. Huyeron; siguiolos hasta cerrarlos en Matalcinco, que estaba a tres leguas. Murieron en el alcance dos mil. La ciudad se puso en defensa para que entre tanto se fuesen mujeres y muchachos, y llevasen la ropa a un cerro muy alto, do había una como fortaleza. Acabaron en esto de llegar nuestros amigos, que serían hasta setenta mil. Entraron dentro, echaron fuera los vecinos, saquearon el pueblo y luego quemáronlo, y en esto se pasó la noche. Los vencidos se recogieron al cerro que digo. Tuvieron grandes llantos y alaridos y un estruendo increíble de atabales y bocinas hasta media noche; que después todos se fueron de allí. Sandoval sacó todo su ejército luego por la mañana. Fue al cerro, y no halló nadie ni rastro de los enemigos. Dio sobre un lugar que estaba de guerra; mas el señor dejó las armas, abrió las puertas, diose y prometió de traer de paz a los de Matalcinco, Malinalco y Cuixco. Y cumpliolo, porque luego les habló y los llevó a Cortés. Él los perdonó, y ellos le sirvieron muy bien en el cerco, de que mucho pesó al rey Cuahutimoc.

CAPÍTULO CXLI
DETERMINACIÓN DE CORTÉS DE ASOLAR A MÉXICO

Chichimecatl, señor tlaxcalteca, que trajo la tablazón de los bergantines, y que estaba con Pedro de Alvarado del principio de la guerra, viendo que ya no peleaban los españoles como solían, entró con solos los de su provincia, cosa que no se había hecho, a combatir la ciudad. Acometió una puente con mucha grita, y apellidando su linaje y ciudad, la ganó. Dejó allí cuatro-

cientos flecheros, y siguió los enemigos, que de industria para cogerle a la vuelta huían. Revolvieron sobre él, y trabose una muy gentil escaramuza, porque unos y otros pelearon reciamente y a la igual. Pasaron grandes razones. Hubo muchos heridos y muertos de una y otra parte, con que todos cenaron muy bien. Diéronle carga, y pensaron asirle al paso del agua; mas él lo pasó seguramente con el favor de los cuatrocientos flecheros, que detuvieron los contrarios y les hicieron perder la soberbia.

Quedaron los de México corridos de aquella entrada y espantados de la osadía de tlaxcaltecas, y aun los españoles se maravillaron del ardid y destreza. Como no combatían los nuestros según solían, pensaban en México que de cobardes o enfermos, o por ventura de hambrientos; y un día al cuarto del alba dieron en el real de Alvarado un buen rebato. Sintiéronlo las velas, tocaron al arma, salieron los de dentro a pie y a caballo, y a lanzadas les hicieron huir. Muchos de ellos se ahogaron, muchos fueron heridos y todos escarmentaron. Dijeron tras esto los de México que querían hablar a Cortés. Él se llegó a una puente alzada a ver qué decían. Ellos una vez pedían treguas y otra paz, y siempre ahincaban que los españoles se fuesen de toda su tierra. Era esto para descubrir qué corazón tenían los nuestros y para tomar algunos días de treguas a fin de abastecer; que su voluntad siempre fue de morir defendiendo su patria y religión. Cortés les respondió que las treguas ni a él ni a ellos convenían; mas que la paz, pues en todo tiempo era buena, no se perdería por él, aunque era el cercador y tenía mucho qué comer. Que mirasen ellos cómo la querían, antes que se les acabase el pan; no se muriesen de hambre. Estando así platicando con el faraute, se puso en el baluarte un viejo anciano, y a vista de todos sacó muy de su espacio de una mochila pan y otras cosas, que comió, dando a entender que no tenían necesidad; y con tanto se feneció la plática.

Muy largo se le hacía a Cortés el cerco, porque en cerca de cincuenta días no había podido ganar a México; y maravillábase que los enemigos durasen tanto tiempo en las escaramuzas y combates, y de que no quisiesen paz ni concordia, sabiendo cuántos millares de ellos eran muertos a manos de los contrarios, y cuántos de hambre y dolencia. Rogábales fuesen sus amigos; si no, que los mataría a todos y los tendría cercados por agua y tierra, para que no les entrasen fruta ni pan ni agua, y se comiesen unos a

otros. Ellos decían que primero se morirían los españoles; y cuanto más miedo les ponían, más esfuerzo mostraban, y más reparos y ardides hacían, que hincheron la plaza y muchas calles de piedras grandes, para que no pudiesen correr los caballos; y atajaron otras calles a piedra seca, para que no entrasen los españoles.

Cortés, aunque no quisiera destruir tan hermosa ciudad, determinó derribar por el suelo todas las casas de las calles que ganase, y con ellas cegar muy bien las canales de agua. Comunicolo con sus capitanes, y a todos les pareció bueno, aunque trabajoso y largo. Díjolo también a los señores del ejército, los cuales se holgaron con aquella nueva, y luego hicieron venir muchos labradores con *huictles* de palo, que sirven de pala y azada. En esto se pasaron cuatro días. Cortés, como tuvo gastadores, apercibió su gente y comenzó a combatir la calle que va a la plaza mayor. Los de la ciudad demandaron paz fingidamente. Cortés se detuvo y preguntó por el rey. Respondieron que le habían ido a llamar. Esperó una hora, y al cabo tiráronle muchas piedras, flechas y varas, deshonrándole. Arremetieron entonces los españoles, ganaron una gran albarrada y entraron en la plaza. Quitaron las piedras que daban estorbo a los caballos, cegaron el agua de aquella calle de tal manera, que nunca más se abrió; derrocaron todas las casas, y dejando la entrada llana y abierta, se volvieron al real.

Seis días a la continua hicieron los nuestros otro tanto como aquel, sin recibir mucho daño, salvo que al postrero les hirieron dos caballos. Cortés les hizo luego al siguiente día una emboscada. Llamó a Gonzalo de Sandoval que viniese con treinta caballos suyos y de Alvarado para juntar con otros veinticinco que él tenía. Envió los bergantines delante y toda la gente, y él metiose con treinta caballos en unas casas grandes de la plaza. Pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y retiráronse. Al pasar de aquella casa soltaron una escopeta, que era la señal de salir la celada. Venían con tanto hervor y grita los contrarios ejecutando el alcance, que pasaron bien adelante de la zalagarda. Salió Cortés con sus treinta caballeros, diciendo: “San Pedro y a ellos, Santiago y a ellos”; e hizo gran estrago, matando a unos, derrocando a otros, y atajando a muchos, que luego allí prendían los indios amigos. En esta celada, sin los de los combates, murieron quinientos mexicanos y quedaron presos otros muchos. Tuvieron bien qué cenar

aquella noche los indios nuestros amigos. No se les podía quitar el comer carne de hombres.

Ciertos españoles subieron a una torre de ídolos, abrieron una sepultura, y hallaron hasta mil y quinientos castellanos en cosas de oro.

De esta hecha cobraron en México tanto temor, que ni gritaban ni amenazaban como antes, ni osaron de allí adelante esperar en la plaza vez que los nuestros se retirasen, por miedo de otra. Y en fin, esto fue causa para más presto ganarse México.

CAPÍTULO CXLII
HAMBRE Y DOLENCIAS QUE LOS MEXICANOS PASABAN CON GRANDE ÁNIMO

Dos mexicanos, hombres de poca manera, se salieron de noche, de puro hambrientos, y se vinieron al real de Cortés, los cuales dijeron cómo sus vecinos estaban muy amedrentados, muertos de hambre y dolencias, y que amontonaban los muertos en las casas por encubrirlos, y que salían las noches a pescar entre las casas y adonde no los tomasen los bergantines, y a buscar leña y coger yerbas y raíces que comer. Cortés quiso saber aquello más por entero. Hizo que los bergantines rodeasen la ciudad, y él con hasta quince de caballo y cien peones españoles, y muchos otros amigos, fue antes que amaneciese, metiose tras unas casas, y puso espías que le avisasen con cierta señal cuando hubiese gente. Como fue día, comenzó de salir mucha gente a buscar de comer. Salió Cortés, por la seña que tuvo, e hizo gran matanza en ellos, como los más eran mujeres y muchachos, y los hombres iban casi desarmados. Murieron allí ochocientos. Los bergantines tomaron también muchos hombres y barcos pescando. Sintieron el ruido las velas de la ciudad; mas los vecinos, espantados de ver andar por allí españoles a hora desacostumbrada, temiéronse de otra zalagarda, y no pelearon.

El día siguiente, que fue víspera de Santiago, patrón de España, entró Cortés a combatir como solía la ciudad. Acabó de ganar la calle de Tlacopan, y quemó las casas de Cuahutimoc, que eran grandes y fuertes y cercadas de agua. Ya con esto estaban, de cuatro partes de México, ganadas las tres, y se podía ir seguramente del real de Cortés al de Alvarado. Como se

derribaban o quemaban todas las casas de lo ganado, decían aquellos mexicanos a los de Tlaxcallan y de los otros pueblos: "Así, así, daos prisa; quemad y asolad bien esas casas; que vosotros las tornaréis a hacer, mal que os pese, a vuestra costa y trabajo; porque si somos vencedores, hareislas para nosotros, y si vencidos, para españoles".

De allí a cuatro días entró Cortés por su parte y Alvarado por la suya; el cual trabajó lo posible por ganar dos torres del Tlatelulco, para estrechar los enemigos por su estancia, como hacía su capitán; hizo, en fin, tanto, que las ganó, aunque perdió tres caballos. Al otro día se paseaban los de caballo por la plaza, y los enemigos mirando de las azoteas. Andando por la ciudad hallaron montones de cuerpos por las casas y calles y en agua, y muchas cortezas y raíces de árboles roídos, y los hombres tan flacos y amarillos que hicieron lástima a nuestros españoles. Cortés les movió partido. Ellos, aunque flacos de cuerpo, estaban recios de corazón, y respondiéronle que no hablase de amistad ni esperase despojo ninguno de ellos, porque habían de quemar todo lo que tenían, o echarlo al agua, do nunca pareciese, y que uno solo que de ellos quedase, había de morir peleando.

Faltaba ya la pólvora, bien que sobraban las saetas y picas; como se hacían cada día; y para dañar, o a lo menos espantar los enemigos, se hizo un trabuco y se puso en el teatro de la plaza, con el cual nuestros indios amenazaban mucho a los de la ciudad. No lo acertaron [a] hacer los carpinteros, y así no aprovechó; los españoles disimularon con que no querían hacer más daño de lo hecho. Como habían estado cuatro días ocupados en hacer el trabuco, no habían entrado a combatir la ciudad, y cuando después entraron, hallaron llenas las calles de mujeres, niños, viejos y otros hombres mezquinos que se traspasaban de hambre y enfermedad. Mandó Cortés a los suyos no hiciesen mal a personas tan miserables. La gente principal y sana estaba en las azoteas sin armas y con mantas, cosa nueva y que puso admiración. Creo que guardaban fiesta. Requirioles con la paz; respondieron con disimulación.

Otro día dijo Cortés a Pedro de Alvarado que combatiese un barrio de hasta mil casas, que estaba por ganar, y que él le ayudaría por la otra parte. Los vecinos se defendieron muy bien un gran rato; mas al cabo huyeron, no pudiendo sufrir la furia y priesa de los contrarios. Los nuestros ganaron

todo aquel barrio, y mataron doce mil ciudadanos. Hubo tanta mortandad porque anduvieron tan crueles y encarnizados los indios nuestros amigos, que a ningún mexicano daban vida, por más reprehendidos que fueron. Quedaron tan arrinconados en perdiendo este barrio, que apenas cabían de pies en las casas que tenían, y estaban las calles tan llenas de muertos y enfermos, que no podían pisar sino en cuerpos. Cortés quiso ver lo que tenía por ganar de la ciudad; subiose a una torre, miró, y pareciole que una parte de ocho. Otro día siguiente tornó a combatir lo que quedaba. Mandó a todos los suyos que no matasen sino al que se defendiese.

Los de México, llorando su desventura, rogaban a los españoles que los acabasen de matar, y ciertos caballeros llamaron a Cortés a mucha priesa. Él fue corriendo allá, con pensar que era para tratar algún concierto. Púsose orilla de una puente, y dijéronle: "¡Ah capitán Cortés! pues eres hijo del Sol, ¿por qué no acabas con él que nos acabe? ¡Oh Sol! que puedes dar vuelta al mundo en tan breve espacio de tiempo como es un día con su noche, mátanos ya, y sácanos de tanto y tan largo penar; que deseamos la muerte por ir a descansar con Quetzalcouatlh, que nos está esperando". Tras esto lloraban y llamaban sus dioses a grandes voces. Cortés les respondió lo que le pareció, mas no pudo convencerlos. Gran compasión les tenían nuestros españoles.

CAPÍTULO CXLIII
LA PRISIÓN DE CUAHUTIMOC

Cortés, que los vio en tan estrecho y males, quiso probar si se darían. Habló con un tío de don Fernando de Tezcuco, que tres días antes había tomado preso, y aún estaba herido, y rogole que fuese a tratar de paz con su rey. El caballero rehusó al principio, sabiendo la determinación de Cuahutimoc; pero al fin dijo que iría, por ser cosa de honra y bondad. Así que Cortés entró otro día con su gente y envió aquel caballero delante con ciertos españoles; los que guardaban la calle lo recibieron y saludaron con el acatamiento que tal persona merecía; fue luego al rey, y díjole su embajada. Cuahutimoc se enojó y le mandó sacrificar. La respuesta que dio fueron flechazos, pedradas, lanzadas y alaridos, y que querían morir, y no paz. Pelearon recio

aquel día; hirieron y mataron muchos hombres, y un caballo con un dalle que traía un mexicano hecho de una espada española; pero si muchos mataron, muchos murieron.

Otro día entró también Cortés, mas no peleó, esperando que se rendirían. Empero ellos no tenían tal pensamiento. Llegose a una albarrada, habló a caballo con ciertos señores que conocía, diciendo que los podía muy bien acabar en chico rato, mas que de lástima lo dejaba y porque los quería mucho; que hiciesen con el señor se diesen, y serían bien recibidos y tratados, y tendrían qué comer. Con estas y otras razones semejantes les hizo llorar. Respondieron que bien conocían su error y sentían su daño y perdición; pero que habían de obedecer a su rey y a sus dioses, que así lo querían; mas que se esperase allí, que iban a decirlo a su señor Cuahutimoccín. Fueron, y de allí a un rato volvieron, diciendo cómo por ser ya tarde no venía el señor, mas que luego al otro día vendría sin duda ninguna, a hora de comer, a le hablar en la plaza.

Con tanto, se tornó Cortés a su real muy alegre, pensando que en las vistas se concertarían. Mandó aderezar el teatro de la plaza con estrado, a la usanza de los señores mexicanos, y de comer para otro día. Fue con muchos españoles muy apercibidos. No vino el rey, sino envió cinco señores muy principales que tratasen en conciertos, y que le disculpasen por enfermo. Pesó a Cortés que el rey no viniese; empero holgose mucho con aquellos señores, creyendo por su medio acabar la paz. Comieron y bebieron como hombres que tenían necesidad; llevaron algún refresco, y prometieron de tornar, porque Cortés se los rogó, y les dijo que sin la presencia del rey no se podía dar ni tomar asiento ninguno. Volvieron de allí a dos horas; trajeron de presente unas mantas de algodón muy buenas, y dijeron cómo en ninguna manera el rey vendría, que tenía vergüenza y miedo; fuéronse, que ya era noche. Volvieron otro día aquellos mismos a decir a Cortés que se fuese al mercado, que le quería hablar Cuahutimoc. Fue, y esperó más de cuatro horas, y nunca el rey vino.

Viendo la burla, envió Cortés a Sandoval con los bergantines por una parte, y él por otra combatió las calles y albarradas en que estaban fuertes los enemigos; y como halló poca resistencia, que no tenían piedras ni flechas, entró e hizo lo que quiso. Pasaron de cuarenta mil personas las que

fueron aquel día muertas y presas, y más tuvieron que hacer los españoles en no estorbar que sus amigos no matasen, que en pelear. El saco no se lo estorbaron. Era tanto el llanto de las mujeres y niños, que quebraba los corazones a los españoles; y tan grande la hediondez de los cuerpos que ya estaban muertos, que se retiraron luego. Propusieron aquella noche, Cortés de acabar otro día la guerra y Cuahutimoc de huir, que para eso se metió en una canoa de veinte remos. Luego pues por la mañana tomó Cortés su gente y cuatro tiros, y fuese al rincón do los enemigos estaban acorralados. Dijo a Pedro de Alvarado que se estuviese quedo hasta oír una escopeta, y a Sandoval que entrase con los bergantines a un lago de entre las casas, donde estaban recogidas todas las barcas de México, y que mirase por el rey y no le matasen. Mandó a los demás que echasen al enemigo hacia los bergantines; subiose a una torre, y preguntó por el rey. Vino *Xihuacoa*, gobernador y capitán general, hablole y no pudo acabar con él que se diesen. Todavía se salieron muchos, y los más eran viejos y muchachos y mujeres; y como eran tantos y traían prisa, unos a otros se rempujaban y se echaban al agua y se ahogaban.

Rogó Cortés a los señores indios que mandasen a los suyos no matasen aquella mezquina gente, pues se daba. Empero no pudieron tanto, que no matasen y sacrificasen más de quince mil de ellos. Tras esto hubo grandísimo rumor entre la gente menuda de la ciudad, porque el señor quería huir, y ellos ni tenían ni sabían adonde ir; y así, procuraron todos de meterse en barcas, y como no cabían, caían al agua y ahogábanse. Muchos hubo que se escaparon nadando. La gente de guerra se estaba arrimada a las paredes de las azoteas, disimulando su perdición. La nobleza mexicana y otros muchos estaban en canoas con el rey. Cortés hizo soltar la escopeta para que Pedro de Alvarado acometiese por su parte, y luego se tiró la artillería al rincón, donde estaban los enemigos. Diéronles tanta prisa, que en chico rato lo ganaron, sin dejar cosa por tomar. Los bergantines rompieron la flota de las barcas, sin que ninguna se defendiese. Antes echaron todas a huir por do mejor pudieron, y abatieron el estandarte real.

Garcí Holguín, que era capitán de un bergantín, dio tras una canoa grande de veinte remos y muy cargada de gente. Díjole un prisionero que llevaba consigo cómo eran aquéllos del rey, y que podía ser ir él allí. Diole

entonces caza, y alcanzola. No quiso embestir con ella, sino encarole tres ballestas que tenía. Cuahutimoc se puso en pie en la popa de su canoa para pelear; mas como vio ballestas armadas, espadas desnudas y mucha ventaja en el navío, hizo señal que iba allí el señor, y rindiose. Garcí Holguín, muy alegre con tal presa, lo llevó a Cortés, el cual le recibió como a un rey, hízole buen semblante, y llegole a sí. Cuahutimoc entonces echó mano al puñal de Cortés, y díjole: "Ya yo he hecho todo mi poder para me defender a mí y a los míos, y lo que obligado era para no venir a tal estado y lugar como estoy; y pues vos podéis agora hacer de mí lo que quisiéredes, matadme, que es lo mejor". Cortés lo consoló y le dio buenas palabras y esperanza de vida y señorío. Subiole a una azotea y rogó mandase a los suyos que se diesen; él lo hizo, y ellos, que serían obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.

CAPÍTULO CXLIV
DE LA TOMA DE MÉXICO

De la manera que dicho queda ganó Fernando Cortés a México Tenuchtitlan, martes a 13 de agosto, día de San Hipólito, año de 1521. En remembranza de tan gran hecho y victoria hacen cada año, semejante día, los de la ciudad fiesta y procesión, en que llevan el pendón con que se ganó.

Duró el cerco tres meses. Tuvo en él doscientos mil hombres, novecientos españoles, ochenta caballos, diez y siete tiros de artillería, y trece bergantines y seis mil barcas. Murieron de su parte hasta cincuenta españoles y seis caballos, y no muchos indios. Murieron de los enemigos cien mil, y a lo que otros dicen, muy muchos más; pero yo no cuento los que mató la hambre y pestilencia. Estaban a la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales; y así, murieron muchos nobles. Eran muchos, comían poco, bebían agua salada, dormían entre los muertos y estaban en perpetua hedentina; por estas cosas enfermaron y les vino la pestilencia, en que murieron infinitos; de las cuales también se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito, porque llegando a extremo de comer ramas y cortezas, y a beber agua salobre, jamás quisieron paz.

Ellos bien la quisieran a la postre; mas Cuahutimoc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque murién-

dose todos no dieran señal de flaqueza, se tenían los muertos en casa porque sus enemigos no los viesen. De aquí también se conoce cómo los mexicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos piensan; que si la comieran, no murieran ansí de hambre. Alaban mucho las mujeres mexicanas, y no porque se estuvieron con sus maridos y padres, sino por lo mucho que trabajaron en servir los enfermos, en curar los heridos, en hacer hondas y labrar piedras para tirar, y aun en pelear desde las azoteas; que tan buena pedrada daban ellas como ellos.

Diose México a saco, y españoles tomaron el oro, plata, pluma, y los indios la otra ropa y despojo. Cortés hizo hacer muchos y grandes fuegos en las calles, por alegrías y por quitar el mal hedor que los encalabriaba. Enterró los muertos como mejor pudo. Herró muchos hombres y mujeres por esclavos con el hierro del rey; los demás dejó libres. Varó los bergantines en tierra; dejó en guarda de ellos a Villafuerte con ochenta españoles, porque no los quemasen los indios. Estuvo en esto cuatro días, y luego pasó el real a Culuacán, donde dio las gracias a los señores y pueblos amigos que le habían ayudado. Prometioles de se los gratificar, y dijo que se fuesen con Dios los que quisiesen, pues al presente no tenía más guerra, y que los llamaría si la hubiese. Con tanto, se fueron casi todos ricos, y muy contentos en haber destruido a México, y por ir amigos de españoles y en gracia de Cortés.

CAPÍTULO CXLV
SEÑALES Y PRONÓSTICOS DE LA DESTRUCCIÓN DE MÉXICO

Poco antes que Fernando Cortés llegase a la Nueva-España, apareció muchas noches un gran resplandor sobre la mar por do entró; el cual parecía dos horas antes del día, subía en alto y deshacíase luego. Los de México vieron entonces llamas de fuego hacia oriente, que es la Veracruz, y un humo grande y espeso que parecía llegar al cielo, y que mucho los espantó. Vieron eso mismo pelear por el aire gentes armadas, unas con otras; cosa nueva y maravillosa para ellos, y que les dio qué pensar y qué temer, por cuanto se platicaba entre ellos cómo había de ir gente blanca y barbuda a señorear la tierra en tiempo de Moteczuma. Entonces se alteraron mucho los señores

de Tezcuco y Tlacopan, diciendo que la espada que Moteczuma tenía era las armas de aquellas gentes del aire, y los vestidos el traje; y tuvo él harto que aplacarlos, fingiendo que aquellas ropas y armas fueron de sus antepasados, y porque lo creyesen hizo que probasen a quebrar la espada; y como no pudieron o no supieron, quedaron maravillados y pacíficos.

Parece ser que ciertos hombres de la costa habían poco antes llevado a Moteczuma una caja de vestidos con aquella espada y ciertos anillos de oro y otras cosas de las nuestras, que hallaron a orillas del agua, traídas con tormenta. Otros dicen que fue la alteración de aquellos señores cuando vieron los vestidos y el espada que Cortés envió a Moteczuma con Teudilli, mirando cómo se parecía al vestido y armas de los que peleaban en el aire. Como quiera que fuese, ellos cayeron en que se habían de perder entrando en su tierra los hombres de aquellas armas y vestidos.

El mismo año que Cortés entró en México apareció una visión a un *malli* o cautivo de guerra para sacrificar, que lloraba mucho su desventura y muerte de sacrificio, llamando a Dios del cielo; la cual le dijo que no temiese tanto la muerte, y que Dios, a quien se encomendaba, habría merced de él; y que dijese a los sacerdotes y ministros de los ídolos que muy presto cesaría el sacrificio y derramamiento de sangre humana, por cuanto ya venían cerca los que lo habían de vedar, y mandar la tierra. Sacrificáronlo en medio del Tlatelulco, donde ahora está la horca de México. Notaron mucho sus palabras y la visión, que llamaban aire del cielo, y que cuando después vieron ángeles pintados con alas y diademas, decían parecer al que habló con el *malli*.

También reventó la tierra el año de 20 cerca de México, y salían grandes peces con el agua, que lo miraron por novedad. Contaban mexicanos cómo viniendo Moteczuma con la victoria de Zochnuxco muy ufano, dijo al señor de Culuacán que quedaba México seguro y fuerte, pues había vencido aquella y otras provincias, y que ya no habría quien contra él pudiese. "No confíes tanto, buen rey, respondió aquel señor; que una fuerza fuerza otra". De la cual respuesta mucho se enojó Moteczuma, y lo miraba de mal ojo. Mas después, cuando Cortés los prendió a entrambos, se acordó muchas veces de aquellas pláticas, que fueron profecía.

CAPÍTULO CXLVI
CÓMO DIERON TORMENTO A CUAHUTIMOC PARA SABER DEL TESORO

No se halló todo el oro en México que primero tuvieron los nuestros; ni rastro del tesoro de Moteczuma, que tenía gran fama; de que mucho se dolían los españoles, que pensaban, cuando acabaron de ganar a México, hallar un gran tesoro, a lo menos que hallaran cuanto perdieran al huir de México. Cortés se maravillaba cómo ningún indio le descubría oro ni plata. Los soldados aquejaban a los vecinos por sacarles dineros. Los oficiales del rey querían descubrir el oro, plata, perlas, piedras y joyas, para juntar mucho quinto; empero nunca pudieron con mexicano ninguno que dijese nada, aunque todos decían cómo era grande el tesoro de los dioses y de los reyes; así que acordaron dar tormento a Cuahutimoc y a otro caballero y su privado. El caballero tuvo tanto sufrimiento, que, aunque murió en el tormento de fuego, no confesó cosa de cuantas le preguntaron sobre tal caso, o porque no lo sabía, o porque guardan el secreto que su señor les confía constantísimamente. Cuando lo quemaban miraba mucho al rey, para que, habiendo compasión de él, le diese licencia, como dicen, de manifestar lo que sabía, o lo dijese él. Cuahutimoc le miró con ira y lo trató vilísimamente, como flaco y de poco, diciendo: "¿estoy yo en algún deleite o baño?". Cortés quitó del tormento a Cuahutimoc, pareciéndole afrenta y crueldad, o porque dijo cómo echara en la laguna, diez días antes de su prisión, las piezas de artillería, el oro y plata, las piedras, perlas y ricas joyas que tenía, por haberle dicho el diablo que sería vencido.

Acusaron esta muerte a Cortés en su residencia como cosa fea e indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel; mas él se defendía con que se hizo a pedimento de Julián de Alderete, tesorero del rey, y porque pareciese la verdad, que decían todos que se tenía él toda la riqueza de Moteczuma, y no quería atormentarle porque no se supiese. Muchos buscaron este tesoro en la laguna y en tierra, por lo que dijo Cuahutimoc, mas nunca se halló; y es cosa notable haber escondido tanta cantidad de oro y plata y no decirlo.

CAPÍTULO CXLVII
EL SERVICIO Y QUINTO PARA EL REY, DE LOS DESPOJOS DE MÉXICO

Hicieron fundición de los despojos de México. Hubo ciento y treinta mil castellanos, que se repartieron según el servicio y méritos de cada uno. Cupo al quinto del rey veintiséis mil castellanos. Cupiéronle también muchos esclavos, plumajes, ventalles, mantas de algodón y mantas de pluma; rodelas de mimbre aforradas en pieles de tigres y cubiertas de pluma, con la copa y cerco de oro; muchas perlas, algunas como avellanas, pero algo negras las más, de como queman las conchas para sacarlas y aun para comer la carne. Sirvieron al emperador con muchas piedras, y entre ellas, con una esmeralda fina, como la palma, pero cuadrada, y que se remataba en punta como pirámide, y con una gran vajilla de oro y plata, en tazas, jarros, platos, escudillas, ollas y otras piezas de vaciadizo, unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores; y todas tan al vivo, que había mucho de ver. Diéronle asimismo muchas manillas, zarcillos, sortijas, bezotes y otras joyas de hombres y de mujeres, y algunos ídolos y cerbatanas de oro y de plata; todo lo cual valía ciento y cincuenta mil ducados, aunque otros dicen dos tanto.

Enviáronle, sin esto, muchas máscaras mosaicas de piedrecitas finas, con las orejas de oro y con los colmillos de hueso fuera de los labios. Muchas ropas de sacerdote, frontales, palios y otros ornamentos de templos; lo cual era de pluma, algodón y pelos de conejo. Enviaron también algunos huesos de gigantes que se hallaron allí en Culuacán, y tres tigres, uno de los cuales se soltó en la nao, y arañó seis o siete hombres, y aun mató dos, y echose a la mar; mataron la otra porque no hiciese otro tanto mal. Otras cosas enviaron, pero esto es lo sustancial; y muchos enviaron dineros a sus parientes, y Cortés envió cuatro mil ducados a sus padres con Juan de Ribera, su secretario. Trujeron esta riqueza Alonso de Ávila y Antonio de Quiñones, procuradores de México, en tres carabelas. Pero tomó las dos carabelas que traían el oro Florin, corsario francés, más acá de las Azores, y aun también tomó entonces otra nao que venía de las islas, con setenta y dos mil ducados, seiscientos marcos de aljófar y perlas, y dos mil arrobas de azúcar.

Escribió el cabildo al emperador en alabanza de Cortés, y él suplicaba por los conquistadores, para que les confirmase los repartimientos, y que enviase una persona docta y curiosa a ver la mucha y maravillosa tierra que había conquistado, y que tuviese por bien que se llamase Nueva-España. Que enviase obispos, clérigos y frailes para entender en la conversión de los indios; y labradores con ganados, plantas y simientes, y que no permitiese pasar allá tornadizos, médicos ni letrados.

CAPÍTULO CXLVIII
CÓMO CAZONCÍN, REY DE MICHUACAN, SE DIO A CORTÉS

Puso muy gran miedo y admiración en todos la destrucción de México, que era la mayor y más fuerte ciudad de todas aquellas partes, y más poderosa en reino y riqueza. Por lo cual no solamente se dieron a Cortés los súbditos de mexicanos, pero los enemigos también, por desechar de sí la guerra, no les aconteciese como a Cuahutimoc; y así, venían a Culuacán embajadores de grandes y diversas provincias y de muy lejos que, según cuentan, eran algunos de más de trescientas leguas de allí. El rey de Michuacan, por nombre dicho Cazón, antiguo y natural enemigo de los reyes mexicanos y muy gran señor, envió sus embajadores a Cortés, alegrándose de la victoria y dándosele por amigo. Él los recibió muy bien, túvolos consigo cuatro días. Hizo escaramuzar delante de ellos a los de caballo para que lo contasen en su tierra. Dioles algunas cosillas y dos españoles que fuesen a ver aquel reino y tomar lengua de la Mar del Sur, y despidiolos.

Tantas cosas dijeron de los españoles aquellos embajadores a su rey, que estuvo por venir a verlos; mas estorbáronselo sus consejeros; y así, envió allí un hermano suyo con mil personas de servicio y muchos caballeros. Cortés lo recibió y trató conforme a la persona que era. Llevole a ver los bergantines, el asiento y destrucción de México. Anduvieron los españoles el caracol en ordenanza, y soltaron las escopetas y ballestas. Jugó la artillería al blanco, que se puso en una torre. Corrieron los de caballo, y escaramuzaron con lanzas. Quedó maravillado aquel caballero de estas cosas y de

las barbas y trajes. Fuese de allí a cuatro días que llegó y tuvo bien qué contar al rey su hermano.

Viendo Cortés la voluntad del rey Cazoncín, envió a poblar a Chincicila de Michuacan a Cristóbal de Olid con cuarenta de caballo y cien infantes españoles, y Cazoncín holgó que poblasen, y les dio mucha ropa de pluma y algodón, cinco mil pesos de oro sin ley, por tener mucha mezcla de plata, y mil marcos de plata revuelta con cobre; todo esto en piezas de aparador y joyas de cuerpo, y ofreció su persona y reino al rey de Castilla, como se lo rogaba Cortés.

La cabeza principal y ciudad de Michuacan llaman Chincicila, y está de México poco más de cuarenta leguas, y en una ladera de sierras, sobre una laguna dulce, tan grande como la de México y de muchos y buenos peces. Sin esta laguna hay en aquel reino otros muchos lagos, en que hay grandes pesquerías; a cuya causa se llama Michuacan, que quiere decir tierra de pescado. Hay también muchas fuentes, y algunas tan calientes, que no las sufre la mano, las cuales sirven de baños. Es tierra muy templada, de buenos aires, y tan sana, que muchos enfermos de otras partes se van a sanar a ella. Es fértil de pan, fruta y verdura. Es abundante de caza, tiene mucha cera y algodón. Son los hombres más hermosos que sus vecinos, recios y para mucho trabajo. Grandes tiradores de arco y muy certeros, en especial los que llaman teuchichimecas, que están debajo o cerca de aquel señorío; a los cuales, si yerran la caza, les ponen una vestidura de mujer, que dicen *cueitl*, por afrenta. Son guerreros y diestros hombres, y siempre tenían guerra con los de México, y nunca o por maravilla perdían batalla.

Hay en este reino muchas minas de plata y oro bajo, y el año de 1525 se descubrió en él la más rica mina de plata que se había visto en la Nueva-España; y por ser tal, la tomaron para el rey sus oficiales, no sin agravio de quien la halló. Mas quiso Dios que luego se perdiese o acabase; y así, la perdió su dueño, el rey su quinto y ellos la fama. Hay buenas salinas, mucha piedra negra, de que hacen sus navajas, y finísimo azabache. Críase grana de la buena. Los españoles han puesto morales para seda; sembrado trigo y criado ganados, y todo se da muy bien, que Francisco de Terrazas cogió seiscientas fanegas de trigo, de cuatro que sembró.

CAPÍTULO CXLIX
LA CONQUISTA DE TOCHTEPEC Y COAZACOALCO, QUE HIZO GONZALO DE SANDOVAL

Al tiempo que México se rebeló y echó fuera los españoles, se rebelaron también todos los pueblos de su bando, y mataron los españoles que andaban por la tierra descubriendo minas y otros secretos. Mas la guerra de México no había dado lugar al castigo; y porque los más culpantes eran Huatuxco, Tochtepech y otros lugares de la costa, envió allá desde Culuacán, por fin de octubre del año de 21, a Gonzalo de Sandoval con doscientos españoles a pie, con treinta y cinco de caballo y con razonable ejército de amigos, en que iban algunos señores mexicanos. En llegando a Huatuxco se le rindió toda aquella tierra. Pobló en Tochtepec, que está de México ciento y veinte leguas, y llamole Medellín por mandado de Cortés y en gracia, que así se llama donde nació. De Tochtepec fue después Sandoval a poblar en Coazacoalco, pensando que los de aquel río estaban amigos de Cortés, como lo habían prometido a Diego de Ordaz cuando fue allá en vida de Moteczuma.

No halló en ellos buen acogimiento ni aun voluntad de su amistad. Díjoles que los iba a visitar de parte de Cortés, y a saber si habían menester algo. Ellos le respondieron que no tenían necesidad de su gente ni amistad; que se volviese con Dios. Él les pidió la palabra, y les rogó con la paz y religión cristiana, mas no la quisieron; antes se armaron, amenazándole con la muerte. Sandoval no quisiera guerra; pero, como no podía otra cosa hacer, salteó de noche un lugar, donde prendió una señora, que fue parte para que llegasen los nuestros al río sin contraste, y se apoderasen de Coazacoalco y sus riberas.

A cuatro leguas de la mar pobló Sandoval la villa del Espíritu Santo; porque no se halló antes buen asiento. Atrajo a su amistad a Quechoallan, Ciuatlan, Quezaltepec, Tabasco, que luego se rebelaron, y otros muchos pueblos, que se encomendaron a los pobladores del Espíritu Santo por cédula de Cortés. En este mismo tiempo se conquistó Huaxacac, con mucha parte de la provincia de Mixtecapan, porque daban guerra a los de Te-

peacac y a sus aliados. Hubo tres encuentros, en que murió mucha gente, primero que se diesen y consintiesen a los nuestros poblar en su tierra.

CAPÍTULO CL
LA CONQUISTA DE TUTUTEPEC

Deseaba Cortés tener tierra y puertos en la Mar del Sur para descubrir por allí la costa de la Nueva-España, y algunas islas ricas de oro, piedras, perlas, especia y otras cosas y secretos admirables, y aun traer por allí la especiería de las Molucas a menos trabajo y peligro; y como tenía noticia de aquella mar de tiempo de Moteczuma, y entonces se le ofrecían a ello los de Mechuacán, envió allá cuatro españoles por dos caminos con buenas guías; los cuales fueron a Tecoantepec, Zacatollan y otros pueblos. Tomaron posesión de aquel mar y tierra, poniendo cruces. Dijeron a los naturales su embajada; pidieron oro, perlas y hombres para la vuelta y para mostrar a su capitán, y tornáronse a México. Cortés trató muy bien aquellos indios; dioles algunas cosas, y muchas encomiendas y ofrecimientos para su rey, con que se fueron alegres.

Envió luego el señor de Tecoantepec un presente de oro, algodón, pluma y armas, ofreciendo su persona y estado al emperador; y no mucho después pidió españoles y caballos contra los de Tututepec, que les hacían guerra por haberse dado a cristianos, mostrándoles la mar. Cortés le envió a Pedro de Alvarado, el año de 22, y no 23, con doscientos españoles y cuarenta de caballo y dos tirillos de campo. Alvarado fue por Huaxacac, que ya estaba pacífica; tardó un mes en llegar a Tututepec; halló en algunos pueblos resistencia, mas no perseverancia. Recibiole bien el señor de aquella provincia, y quiso aposentarle dentro de Tututepec, que es gran ciudad, en unas casas suyas muy buenas, aunque cubiertas de paja, con pensamiento de quemar los españoles aquella noche; mas Alvarado, que lo sospechó o le avisaron, no quiso quedar allí, diciendo que no era bueno para sus caballos, y aposentose en lo bajo de la ciudad, y detuvo al señor y a un su hijo; los cuales se rescataron en veinticinco mil castellanos de oro; que la tierra es rica de minas y ferias y en algunas perlas. Pobló Alvarado en Tututepec; llamola Segura. Pasó allá los vecinos de la otra Segura de la Frontera, que ya no te-

nían enemigos, y encomendoles las provincias de Coaztlauac, Tachquianco y otras, con cédulas de Cortés.

Vino Alvarado a negociar cosas del nuevo pueblo con Cortés; y los vecinos en su ausencia dejaron el lugar, por las pasiones que hubieron, y metiéronse en Huaxacac; por lo cual envió Cortés allá a Diego de Ocampo, su alcalde mayor, no pesquisidor, que condenó a uno a muerte; mas Cortés se la mudó en destierro, en grado de apelación. Murió en esto el señor de Tututepec; tras cuya muerte se rebelaron algunos pueblos de la comarca. Tornó allá Pedro de Alvarado; peleó, y aunque le mataron ciertos españoles y otros amigos, los redujo como antes estaban, pero no se pobló más Segura.

CAPÍTULO CLI
LA GUERRA DE COLIMAN

Como tuvo Cortés entrada y amistad en la costa de la Mar del Sur, envió cuarenta españoles carpinteros y marineros a labrar en Zacatullan, o Zacatula, como dicen ya, dos bergantines para descubrir aquella costa y el estrecho que pensaban entonces, y otras dos carabelas para buscar islas que tuviesen especies y piedras, e ir a las Molucas; y tras ellos envió hierro, áncoras, velas, maromas y otras muchas jarcias y aparejos de naos que tenía en la Veracruz, con muchos hombres y mujeres; que fue un gasto y camino muy grande. Mandó Cortés ir después allá a Cristóbal de Olid a ver los navíos, y costear aquella tierra en siendo acabados.

Cristóbal de Olid caminó luego para Zacatullan desde Chincicila, con más de cien españoles y cuarenta de caballo, y mechuacaneses. Supo en el camino cómo los pueblos de Coliman andaban en armas, y que eran ricos. Fue a ellos, peleó muchos días; al cabo quedó vencido y corrido, por haberle muerto aquellos de Coliman tres españoles y gran número de sus amigos. Despachó Cortés luego a Gonzalo de Sandoval con veinticinco de caballo y sesenta peones y muchos indios amigos de guerra y carga, que fuese a vengar esto, y a castigar los de Impilcinco, que hacían guerra a sus vecinos por ser amigos de cristianos. Sandoval fue a Impilcinco, peleó con los de allí algunas veces, y no los pudo conquistar, por ser tierra áspera para los caballos. Fue de allí a Zacatullan, miró los navíos, tomó más españoles, pasó a

Coliman, que estaba sesenta leguas, y pacificó de camino algunos lugares. Salieron a él los de Coliman al mismo paso que desbarataran a Olid, pensando desbaratarlo también a él. Pelearon reciamente los unos y los otros; mas vencieron los nuestros, aunque con muchas heridas, pero con ningún muerto, sino indios; quedaron heridos muchos caballos.

Hago siempre mención de los caballos muertos o heridos, porque importaban muy mucho en aquellas guerras, que por ellos se alcanzaba victoria las más veces, y porque valían muchos dineros.

Recibieron tanto daño los impilcincos con esta batalla, que, sin aguardar otra, se dieron por vasallos del emperador, y hicieron darse a Colimantlec, Ciuatlan y otros pueblos. Poblaron en Coliman veinticinco de caballo y ciento veinte peones, a los cuales repartió Cortés aquella tierra. Trajeron entendido Sandoval y sus compañeros que a diez soles de allí había una isla de amazonas, tierra rica; mas nunca se han hallado tales mujeres; creo nació aquel error del nombre de Ciuatlan, que quiere decir lugar de mujeres.

CAPÍTULO CLII
DE CRISTÓBAL DE TAPIA, QUE FUE POR GOBERNADOR A MÉXICO

Poco después que México se ganó, fue Cristóbal de Tapia, veedor de Santo Domingo, por gobernador de la Nueva-España. Entró en la Veracruz, presentó las provisiones que llevaba, pensando hallar valedores por amor del obispo de Burgos, que lo enviaba, y amigos de Diego Velázquez que le favoreciesen. Respondiéronle que las obedecían; mas, cuanto al cumplimiento, que vendrían los vecinos y regidores de aquella villa, que andaban en la reedificación de México y conquistas de la tierra, y harían lo que más conviniese al servicio del emperador y rey, su señor. Él tuvo enojo y desconfianza de aquella respuesta; escribió a Cortés y partiose de allí a poco para México.

Cortés le respondió que holgaba de su venida, por la buena conversación y amistad que habían tenido en tiempos pasados, y que enviaba a fray Pedro Melgarejo de Urrea, comisario de la Cruzada, para informarle del estado en que la tierra y españoles estaban, como persona que se había ha-

llado en el cerco de México, y le acompañase. Informó al fraile de lo que había de hacer, y dio orden cómo Tapia fuese bien proveído por el camino; mas, porque no llegase a México, determinó salirse al camino, dejando el de Pánuco, que tenía a punto. Los capitanes y procuradores de todas las villas que allí estaban, no le dejaron ir; por lo cual envió poderes a Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Diego de Soto, Diego de Valdenebro y a fray Pedro Melgarejo, que ya estaban en la Veracruz, para negociar con Tapia; y todos ellos juntos le hicieron volver a Cempoallan, y allí, presentando sus provisiones otra vez, suplicaron de ellas para el emperador, diciendo que así cumplía a su real servicio, al bien de los conquistadores y paz de la tierra, y aun le dijeron que las provisiones eran favorables y falsas, y él incapaz e indigno de tan grande gobernación.

Viendo pues Cristóbal de Tapia tanta contradicción y otras amenazas, se volvió por donde fue, con grande afrenta, no sé si con moneda; y aun en Santo Domingo le quisieron quitar el oficio la audiencia y gobernador, porque fuera a revolver la Nueva-España, habiéndole mandado que no fuese so graves penas. También fue luego Juan Bono de Quexo, que había ido con Narváez por maestro de nave, con despachos del obispo de Burgos para Cristóbal de Tapia. Llevaba cien cartas de un tenor, y otras en blanco, firmadas del mismo obispo y llenas de ofrecimientos para los que recibiesen por gobernador a Tapia, diciendo cómo el emperador era deservido de Cortés; y una para el mismo Cortés con muchas mercedes si dejaba la tierra a Cristóbal de Tapia, y si no, que le sería contrario.

Muchos se alteraron con estas cartas, que eran ricas; y si Tapia no fuera ido, hubiera novedades; y algunos dijeron que no era mucho haber comunidad en México, pues la había en Toledo; mas Cortés lo atajó sabia y cuerdamente con amor. Los indios asimismo se trocaron con esto, y se rebelaron los cuixtecas y los de Coazacoalco y Tabasco y otros, que les costó caro.

CAPÍTULO CLIII
LA GUERRA DE PÁNUCO

Antes que Moteczuma muriese, y luego que México fue destruido, se había ofrecido el señor de Pánuco al servicio del emperador y amistad de cris-

tianos; por lo cual quería ir Cortés a poblar en aquel río cuando llegó Cristóbal de Tapia, y aun porque le decían ser bueno, para navíos, y tener oro y plata. Movíale también deseo de vengar los españoles de Francisco de Garay que allí mataran, y anticiparse a poblar y conquistar aquel río y costa primero que llegase el mismo Garay, porque era fama cómo procuraba la gobernación de Pánuco, y que armaba para ir allá. Así que, habiendo escrito mucho antes a Castilla por la jurisdicción de Pánuco, y pidiéndole ahora gente algunos de allí para contra sus enemigos, disculpándose de las muertes de ciertos soldados de Garay y de otros que yendo a la Veracruz dieron allí al través, fue con trescientos españoles de pie y ciento cincuenta de caballo y cuarenta mil mexicanos.

Peleó con los enemigos de Ayotuxtlallan; y como era campo raso y llano, donde se aprovechó muy bien de los caballos, concluyó presto la batalla y la victoria, haciendo gran matanza en ellos. Murieron muchos mexicanos y quedaron heridos cincuenta españoles y algunos caballos. Estuvo allí Cortés cuatro días por los heridos; en los cuales vinieron a darle obediencia y dones muchos lugares de aquella liga. Fue a Chila, cinco leguas de la mar, donde fue desbaratado Francisco Garay. Envió desde allí mensajeros por toda la comarca allende el río, rogándoles con la paz y predicación. Ellos, o por ser muchos y estar fuertes en sus lagunas, o pensando matar y comer los de Cortés, como habían hecho a los de Garay, no curaron de tales ruegos ni requerimientos ni amistades; antes mataron algunos mensajeros, amenazando a quien los enviaba.

Cortés esperó quince días, por atraerlos por bien. Después dioles guerra; pero, como no les podía dañar por tierra, que se estaban en sus lagunas, mudó la guerra, buscó barcas, y en ellas pasó de noche, por no ser sentido, a la otra parte del río con cien peones y cuarenta de caballo. Fue luego visto con el día, cargaron sobre él tantos y tan recio, que nunca los españoles vieron en aquellas partes acometer en campo tan denodadamente a indios algunos. Mataron dos caballos e hirieron diez muy mal; pero con todo eso, fueron desbaratados y seguidos una legua, y muertos en gran cantidad.

Los nuestros durmieron aquella noche en un lugar sin gente; en cuyos templos hallaron colgados los vestidos y armas de los españoles de Garay, y las caras con sus barbas, desolladas, curtidas y pegadas por las paredes. Al-

gunas conocieron y lloraron, que ciertamente ponía gran lástima; y bien parecía ser los de Pánuco tan bravos y crueles como los mexicanos decían; que como tenían guerra ordinaria con ellos, habían probado semejantes crueldades. Fue Cortés de allí a un hermoso lugar donde muchos estaban con armas, como en celada, para tomarle a manos en las casas. Los de caballo que iban delante los descubrieron. Ellos, como fueron vistos, salieron, y pelearon tan fuertemente, que mataron un caballo e hirieron otros veinte, y muchos españoles. Tuvieron gran tesón, por el cual duró buen rato la pelea. Fueron vencidos tres o cuatro veces, y tantas se rehicieron con gentil concierto. Hacíanse muelas, hincaban las rodillas en el suelo, tiraban sus varas, flechas y piedras sin hablar palabra; cosa que pocos indios acostumbraban; y ya que todos estaban cansados, echáronse a un río que por allí pasa, y poco a poco lo pasaron; de lo cual no pesó a Cortés. Repararon a la orilla, y estuviéronse allí con grande ánimo hasta que cerró la noche.

Los nuestros se tornaron al lugar, cenaron el caballo muerto, y durmieron con buena guarda. Otro día siguiente fueron corriendo el campo a cuatro pueblos despoblados, donde hallaron muchas tinajas del vino que usan, puestas en bodegas por gentil orden. Durmieron en unos maizales por causa de los caballos. Anduvieron otros dos días; y como no hallaban gente, volvieron a Chila, do estaba el real.

No venía hombre a ver los españoles de cuantos estaban allende el río, ni les hacían guerra. Tenía Cortés pena de lo uno y de lo otro, y por traerlos a una de las dos cosas, echó de la otra parte del río los caballos y españoles y amigos, que salteasen un gran pueblo, orilla de una laguna. Acometiéronlo de noche por agua y tierra e hicieron gran estrago. Espantáronse los indios de ver que de noche y en agua los acometían, y comenzaron luego a rendirse, y en veinticinco días se dieron todos los de aquella comarca y vecinos del río.

Fundó Cortés a Santisteban del Puerto, junto a Chila. Puso en él cien infantes y treinta de caballo. Repartioles aquellas provincias. Nombró alcaldes, regidores y los otros oficiales de concejo, y dejó por su teniente a Pedro de Vallejo. Asoló a Pánuco y Chila y otros grandes lugares, por su rebeldía y por la crueldad que tuvieron con los de Garay; y dio la vuelta para México, que se edificaba. Costoles setenta mil pesos esta ida, porque no hubo despojo. Vendíanse las herraduras a peso de oro o por doblada plata.

Dio al través un navío entonces, que venía con bastimento y munición para el ejército desde la Veracruz, que no se salvó sino tres españoles en una islica, cinco leguas de tierra; los cuales se mantuvieron muchos días con lobos marinos, que salían a dormir en tierra, y con unos como higos.

Rebelose a esta sazón Tututepec del norte con otros muchos pueblos que están a raya de Pánuco; cuyos señores quemaron y destruyeron más de veinte lugares amigos de cristianos. Fue a ellos Cortés, y conquistolos guerreando. Matáronle muchos indios rezagados, y reventaron doce caballos por aquellas sierras, que hicieron gran falta. Fueron ahorcados el señor de Tututepec y el capitán general de aquella guerra, que se prendieron en batalla, porque habiéndose dado por amigos, y rebelado y perdonado otra vez, no guardaron su palabra y juramento. Vendiéronse por esclavos en almoneda doscientos hombres de aquellos, para rehacer la pérdida de los caballos. Con este castigo y con darles por señor otro hermano del muerto, estuvieron quedos y sujetos.

CAPÍTULO CLIV
CÓMO FUE FRANCISCO DE GARAY A PÁNUCO CON GRANDE ARMADA

Francisco de Garay fue a Pánuco el año de 18, y los de Chila lo desbarataron y se comieron los españoles que mataron, y aun pusieron los cuerpos en sus templos por memoria o voto, según ya está dicho. Tornó allá con más gente al otro año siguiente, a lo que algunos dicen, y también lo echaron por fuerza de aquel río. Él entonces, por la reputación, y por haber la riqueza de Pánuco, procuró el gobierno de allí. Envió a Castilla a Juan López de Torralba con información del gasto y descubrimiento que había hecho; el cual le hubo el adelantamiento y gobernación de Pánuco.

Armó en virtud de ello, el año 23, nueve naves y dos bergantines, en que metió ciento y cuarenta y cuatro caballos y ochocientos y cincuenta españoles, y algunos isleños de Jamaica, donde forneció la flota; muchos tiros, doscientas escopetas y trescientas ballestas; y como era rico, basteció la armada muy bien de carne y pan y mercería. Hizo un pueblo en aire que llamó Garay; nombró dos alcaldes, a Alonso de Mendoza y Fernando de Figueroa;

por regidores a Gonzalo de Ovalle, Diego de Cifuentes y un Villagrán. Puso alguacil, escribano, fiel, procurador y todos los otros oficios que tiene una villa en Castilla. Tomoles juramento, y también a los capitanes del ejército, que no lo dejarían ni serían contra él. Y con tanto, se partió de Jamaica por San Juan. Fue a Xagua, puerto de Cuba muy bueno, donde supo que Cortés tenía poblado a Pánuco y conquistada aquella tierra; cosa que mucho le pesó y temió; y porque no le aconteciese como a Pánfilo de Narváez, pensó de tratar de concierto con Fernando Cortés. Escribió a Diego Velázquez y al licenciado Alonso Zuazo sobre ello, rogando al Zuazo que fuese a México a entender por él con Cortés.

Zuazo holgó de ello, vino a Xagua, habló con Garay, y partiéronse cada uno a su negocio. Zuazo corrió fortuna y pasó grandes trabajos antes de llegar a la Nueva-España. Garay tuvo también recio temporal, y llegó al río de Palmas día de Santiago. Surgió allí con todos sus navíos, que no pudo otra cosa hacer. Envió el río arriba a Gonzalo de Ocampo, su pariente, con un bergantín, a mirar la disposición, gente y lugares de aquella ribera. Ocampo subió quince leguas, vio cómo entraban muchos ríos en aquel, y volvió al cuarto día, diciendo que la tierra era ruin y desierta. Fue creído, aunque no supo lo que dijo. Sacó Garay con esto a tierra cuatrocientos compañeros y los caballos. Mandó que los navíos fuesen costa a costa con Juan de Grijalva, y él caminó ribera del mar a Pánuco, en orden de guerra. Anduvo tres días por despoblado y por unas malas ciénagas; pasó un río que llamó Montalto, por correr de grandes sierras, a nado y en balsas; entró en un gran lugar vacío de gente, mas lleno de maíz y de guayabos; rodeó una gran laguna, y luego hizo mensajeros con unos de Chila que prendiera, y sabían castellano, a un pueblo para que lo recibiesen de paz. Allí hospedaron y bastecieron a Garay de pan, fruta y aves, que toman en las lagunas. Los soldados se medio amotinaron porque no les dejaba saquear. Pasaron otro río crecido, donde se ahogaron ocho caballos. Metiéronse luego por unos lagunajos, que no cuidaron salir; y si hubiera por allí gente de guerra, no escapara hombre de ellos. Aportaron, en fin, a buena tierra, después de haber sufrido mucha hambre y trabajo, muchos mosquitos, chinches y murciélagos, que se los comían vivos; y llegaron a Pánuco, que tanto deseaban. Mas no hallaron qué comer, a causa de las

guerras pasadas que tuvo allí Cortés, o como ellos pensaban, por haber alzado las vituallas los contrarios, que estaban de la otra parte del río.

Por lo cual, y como no parecían los navíos que traían los bastimentos, se derramaron los soldados a buscar de comer y ropa; y Garay envió a Gonzalo de Ocampo a saber qué voluntad le tenían los de Cortés que estaban en Santisteban del Puerto. El cual volvió diciendo que buena, y que podía ir allá; mas empero él se acercó a los contrarios más de lo que debiera; y decía a los indios, porque le favoreciesen, cómo venía a castigar aquellos soldados de Cortés que les habían hecho enojo y daño. Salieron los de Santisteban a escondidas, que sabían la tierra, y dieron en los de caballo de Garay, que estaban en Nachapalán, pueblo muy grande, y prendieron al capitán Alvarado con otros cuarenta, por usurpadores de la tierra y ropa ajena. De lo cual recibió Garay mucho daño y enojo; y como se le perdieron cuatro naos, aunque las otras surgieron a la boca de Pánuco, comenzó a temer la fortuna de Cortés. Envió a decir a Pedro de Vallejo, teniente de Cortés, que venía a poblar con poderes y licencia del emperador, que le volviese sus hombres y caballos. Vallejo le respondió que le mostrase las provisiones para creerlo, y requirió a los maestros de las naos que entrasen al puerto; no recibiesen el daño que las otras veces pasadas, viniendo tormenta; y si no lo hacían, que los tendría por corsarios. Mas él y ellos replicaron que no lo querían hacer por decirlo él, y que harían lo que les conviniese.

CAPÍTULO CLV
LA MUERTE DEL ADELANTADO FRANCISCO DE GARAY

Pedro de Vallejo avisó a Cortés de la ida y armada de Garay en viéndola, y luego de lo que con él había pasado, para que proveyese con tiempo de más compañeros, municiones y consejo. Cortés, como lo supo, dejó las armadas que hacía para Higueras, Chiapa y Quahutemallan, y aderezose para ir a Pánuco, aunque malo de un brazo. Y ya que partir quería, llegaron a México Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz, con cartas del emperador y con las provisiones de la gobernación de la Nueva-España y todo lo que hubiese conquistado, y nombradamente a Pánuco. Por las cuales no fue; mas envió

a Diego de Ocampo, su alcalde mayor, con aquella provisión, y a Pedro de Alvarado con mucha gente.

Anduvieron en demandas y respuestas Garay y Ovando: uno decía que la tierra era suya, pues el rey se la daba; otro que no, pues el rey mandaba que no entrase en ella teniéndola poblada Cortés, y tal era la costumbre en Indias; de suerte que la gente de Garay padecía entre tanto, y deseaba la riqueza y abundancia de los contrarios, y aun perecía a manos de indios, y los navíos se comían de broma y estaban a peligro de fortuna; por lo cual, o por negociación, Martín de San Juan, guipuzcoano, y un Castromocho, maestres de naos, llamaron a Pedro de Vallejo secretamente, y le dieron las suyas; él, como las tuvo, requirió a Grijalva que surgiese dentro el puerto, según usanza de marineros, o se fuese de allí; Grijalva respondió con tiros de artillería; mas como tornó Vicente López, escribano, a requerirle otra vez, y vio que las otras naves se entraban por el río, surgió en el puerto con la capitana; prendiolo Vallejo, mas luego lo soltó Ovando, y se apoderó de los navíos; que fue desarmar y deshacer a Garay; el cual pidió sus navíos y gente, mostrando su provisión real, y requiriendo con ella, y diciendo que se quería ir a poblar en el río de Palmas, y se quejaba de Gonzalo de Ocampo, que le dijo mal del río de Palmas, y de los capitanes del ejército y oficiales de concejo, que no le dejaron poblar allí en desembarcando, como él quería, por no trabar más pasión con Cortés, que estaba próspero y bienquisto. Diego de Ocampo, Pedro de Vallejo y Pedro de Alvarado le persuadieron que escribiese a Cortés en concierto, o se fuese a poblar en el río de las Palmas, pues era tan buena tierra como la de Pánuco, que ellos le volverían los navíos y hombres, y le bastecerían de vituallas y armas.

Garay escribió y aceptó aquel partido; y así, se pregonó luego que todos se embarcasen en los navíos que fueron, so pena de azotes al peón y a todos los otros de las armas y caballo, y que los que habían comprado armas, se las volviesen. Los soldados, como esto vieron, comenzaron a murmurar y a rehusar, unos se metieron la tierra adentro, que los mataron indios, otros se escondieron, y así se disminuyó mucho aquel ejército; los otros echaron por achaque que los navíos estaban podridos y abromados, y dijeron que no eran obligados a seguirle más de hasta llegar a Pánuco, ni querían ir a morir de hambre, como habían hecho algunos de la compañía. Garay les rogaba

no le desamparasen, prometíales grandes cosas, acusábales el juramento. Ellos hacerse sordos; anochecían y no amanecían, y tal noche hubo que se le fueron cincuenta. Garay, desesperado con esto, envió a Pedro Cano y a Juan Ochoa con cartas a Cortés, en que le recomendaba su vida, su honra y remedio, y en teniendo respuesta se fue a México. Cortés mandó que le proveyesen por el camino, y le hospedó muy bien. Capitularon después de haber dado y tomado muchas quejas y disculpas, que casase el hijo mayor de Garay con doña Catalina Pizarro, hija de Cortés, niña y bastarda; que Garay poblase en las Palmas, y Cortés le proveyese y ayudase; y reconciliáronse en grande amistad. Fueron ambos a maitines noche de Navidad del año de 1523; almorzaron tras la misa con mucho regocijo. Garay sintió luego dolor de costado con el aire que le dio saliendo de la iglesia; hizo testamento, dejó por albacea a Cortés, y murió quince días después; otros dicen que cuatro. No faltó quien dijese que le habían ayudado a morir, porque posaba con Alonso de Villanueva; pero fue falso, porque murió de mal de costado y así lo juraron el doctor Ojeda y el licenciado Pedro López, médicos que lo curaron. Así acabó el adelantado Francisco de Garay, pobre, descontento, en casa ajena, en tierra de su adversario, pudiendo si se contentara, morir rico, alegre, en su casa, a par de sus hijos y mujer.

CAPÍTULO CLVI
LA PACIFICACIÓN DE PÁNUCO

Como Francisco de Garay se fue a México, hizo Diego de Ovando salir de Santisteban con público pregón los capitanes y hombres principales del ejército de Garay, porque no revolviesen la tierra y la gente, que muchos de ellos eran grandes amigos de Diego Velázquez, como decir Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina, Juan de Ávila, Antonio de la Cerda, Taborda y otros muchos; por lo cual, y por verse sin cabeza, bien que estaba allí un hijo de Garay, comenzó la hueste a desmandarse sin rienda ninguna; íbanse a los lugares, tomaban la ropa y mujeres que podían; en fin, andaban sin orden ni concierto.

Enojados los indios de ello, se concertaron de matarlos, y en breve tiempo mataron y comieron cuatrocientos españoles; en solo Tamiquitl de-

gollaron los ciento; de lo cual tanto enojo tomó Garay, que apresuró su muerte, y los indios tanta osadía, que combatieron a Santisteban, y la pusieron en punto de perderse; mas como los de dentro tuvieron lugar de salir al campo, los desbarataron, después de haber peleado muchas veces. En Tucecuto quemaron una noche cuarenta españoles y quince caballos de Fernando Cortés; el cual, como lo supo, envió luego allá a Gonzalo de Sandoval con cuatro tiros, cincuenta de caballo, cien infantes españoles, y dos señores mexicanos con cada quince mil indios e indias. Nombró indias, porque siempre que Cortés o sus capitanes iban a la guerra, llevaban en el ejército muchas mujeres para panaderas y para otros servicios, y muchos indios no querían ir sin sus mujeres o amigas.

Caminó Sandoval a grandes jornadas, peleó dos veces con los de aquella provincia de Pánuco; rompiolos, y entró en Santisteban, do ya no había más de veintidós caballos y cien españoles, y si un poco tardara no los hallara vivos, tanto por no tener qué comer como por ser muy combatidos. Hizo luego Sandoval tres compañías de los españoles, que entrasen por tres partes la tierra adelante, matando, robando y quemando cuanto hallasen. En poco tiempo se hizo mucho daño, porque se abrasaron muchos lugares, y se mataron infinitas personas; prendieron sesenta señores de vasallos y cuatrocientos hombres ricos y principales, sin otra mucha gente baja. Hízose proceso contra todos ellos, por el cual, y por sus propias confesiones, los condenó a muerte de fuego. Consultolo con Cortés, soltó la gente menuda, quemó los cuatrocientos cautivos y los sesenta señores; llamó a sus hijos y herederos que lo viesen para que escarmentasen, y luego diole los señoríos en nombre del emperador, con palabra que dieron de siempre ser amigos de cristianos y españoles, aunque ellos poco la guardan, tanto son de mudables y bulliciosos; pero en fin, se allanó Pánuco.

CAPÍTULO CLVII
LOS TRABAJOS DEL LICENCIADO ALONSO ZUAZO

Partiendo el licenciado Zuazo del cabo de San Antón, en Cuba, para la Nueva-España, le dio temporal que desatinó al piloto de la carabela, y se perdió en las Víboras, donde algunos fueron comidos de tiburones y lobos

marinos, y el licenciado y otros de su compañía se mantuvieron de tortugas, peces como adargas, y que se llevaba una seis hombres sobre la concha andando, y que ponen en tierra quinientos huevos pequeños; pero comíanlo todo crudo a falta de lumbre. En otra isleta estuvo muchos días, que se mantuvo de aves crudas, y de la sangre por bebida, donde con la sed y calor grandísimo presto pereciera, mas sacó lumbre por palos, según indios sacan, que le aprovechó mucho. En otra isleta sacó agua con grandísimo trabajo, y quemó leña cubierta de piedra, cosa nueva; hizo una barquilla de la madera de la carabela quebrada, en la cual envió aviso de su desventura a Cortés con Francisco Ballester, Juan de Arenas, Gonzalo Gómez, que prometieran castidad perpetua en la tormenta, y un indio que agotase la barquilla; los cuales fueron a dar cerca de Quiahuistlán, y luego a la Veracruz, y después a Medellín, donde aparejó Diego de Ocampo un navío y se los dio, para ir por Zuazo, y lo mismo mandó Cortés en sabiéndolo, y que si allí viniese Zuazo le proveyesen muy bien; y tras esto envió un criado a esperarle en Medellín; que cuando llegó Zuazo le dio diez mil castellanos, vestidos y cabalgaduras, con que se fuese a México; y fue bien recibido y aposentado de Fernando Cortés, de manera que su desdicha paró en alegría.

CAPÍTULO CLVIII
LA CONQUISTA DE UTLATLAN QUE HIZO PEDRO DE ALVARADO

Habíanse dado por amigos, tras la destrucción de México, los de Quahutemallan, Utlatlan, Chiapa, Xochnuxco y otros pueblos a la costa del sur, enviando y aceptando presentes y embajadores; mas como son mudables, no perseveraron en la amistad, antes hicieron guerra a otros porque perseveraban; por lo cual, y pensando hallar por allí ricas tierras y extrañas gentes, envió Cortés contra ellos a Pedro de Alvarado; diole trescientos españoles con cien escopetas, ciento y setenta caballos, cuatro tiros y ciertos señores de México con alguna gente de guerra y de servicio, por ser el camino largo. Partió pues Alvarado de México a 6 días del mes de diciembre, año de 1523. Fue por Tecoantepec a Xochnuxco, por allanar ciertos pueblos que se habían rebelado. Castigó muchos rebeldes, dándolos por es-

clavos, después de haberlos muy bien requerido y aconsejado; peleó muchos días con los de Zapatullan, que es muy grande y fuerte pueblo, donde fueron heridos muchos españoles y algunos caballos, y muertos infinitos indios de entrambas partes. De Zapatullan fue a Quezaltenanco en tres días; el primero pasó dos ríos con mucho trabajo; el segundo un puerto muy agro y alto, que duró cinco leguas; en un reventón del cual halló una mujer y un perro sacrificados, que según los intérpretes y guías dijeron, era desafío. Peleó en una barranca con hasta cuatro mil enemigos, y más adelante en llano con treinta mil, y a todos los desbarató. No paraba hombre con hombre en viendo cabe sí algún caballo, animal que jamás habían visto. Tornaron luego a pelear con él junto a unas fuentes, y tornolos a romper. Rehiciéronse a la falda de una sierra, y revolvieron sobre los españoles con gran grita, ánimo y osadía, que muchos de ellos hubo que esperaban a uno y aun a dos caballos, y otros que por herir al caballero se asían a la cola del caballo; mas en fin, hicieron tal estrago en ellos los caballos y escopetas, que huyeron lindamente. Alvarado los siguió gran rato, y mató muchos en el alcance. Murió un señor, de cuatro que son en Utlatlan, que venía por capitán general de aquel ejército. Murieron algunos españoles, y quedaron heridos muchos, y muchos caballos.

Otro día entró en Quezaltenanco, y no halló persona dentro; refrescose allí, y corrió la tierra; al sexto vino un gran ejército de quezaltenancos, muy en concierto, a pelear con los españoles. Alvarado salió a ellos con noventa de caballo y con doscientos de pie, y un buen escuadrón de amigos; púsose en un llano muy grande a tiro de arcabuz del real, por si fuese menester socorro. Ordenó cada capitán su gente, según la disposición del lugar, y luego arremetieron entrambas haces, y la nuestra venció a la otra. Los de caballo siguieron el alcance más de dos leguas, y los peones hicieron una increíble matanza al pasar un arroyo. Los señores y capitanes y otras muchas personas señaladas se recogieron a un cerro peleando, y allí fueron presos y muertos.

De que los señores de Utlatlan y Quezaltenanco vieron la destrucción, convocaron sus vecinos y amigos, y dieron parias a sus enemigos porque les ayudasen, y así tornaron a juntar otro muy grueso campo; enviaron a decir a Pedro de Alvarado que querían ser sus amigos y dar de nuevo obe-

diencia al emperador, y que se fuese a Utlatlan. Todo era cautela para tomar dentro los españoles, y quemarlos una noche porque la ciudad es fuerte a demasía, las calles angostas, las casas espesas, y no tiene sino dos puertas; la una con treinta escalones de subida, y la otra con una calzada, que ya tenían cortada por muchas partes, para que los caballos no pudiesen correr ni servir. Alvarado creyó, y fue allá; mas como vio deshecha la calzada y la gran fortaleza del lugar, y no mujeres, sospechó la ruindad, y saliose fuera; pero no tan presto que no recibiese mucho daño. Disimuló el engaño, trató con los señores, y fue, como dicen, a un traidor dos alevosos, que por buenas palabras y con dádivas los aseguró y prendió; pero no por eso cesaba la guerra, antes andaba más recia, porque tenían a los españoles como cercados, que no podían ir por yerba ni leña sin escaramuzar, y mataban cada día indios y aun españoles.

Los nuestros no podían correr la tierra para quemar y talar los panes y huertas, por las muchas y hondas barrancas que alrededor de su fuerte había; así que Alvarado, pareciéndole más corta vía para ganar la tierra, quemó los señores que tenía presos, y publicó que quemaría la ciudad; y para esto y para saber qué voluntad le tenían los de Quahutemallan, les envió a pedir ayuda, y ellos se la dieron de cuatro mil hombres, con los cuales, y con los demás que él se tenía, dio tal priesa a los enemigos que los lanzó de su propia tierra. Vinieron luego los principales de la ciudad y común a pedir perdón y a darse; echaron la culpa de la guerra a los señores quemados; la cual ellos habían también confesado antes que los quemasen. Alvarado los recibió con juramento que hicieron de lealtad; soltó dos hijos de los señores muertos, que tenían presos, y dioles el estado y mando de los padres, y así se sujetó aquella tierra, y se pobló Utlatlan como primero estaba. Otros muchos prisioneros se herraron y se vendieron por esclavos, y de ellos se dio el quinto al rey, y lo cobró el tesorero de aquel viaje, Baltasar de Mendoza.

Es aquella tierra rica, de mucha gente, de grandes pueblos, abundante de mantenimientos; hay sierras de alumbre y de un licor que parece aceite, y de azufre tan excelente, que sin refinar ni otra mezcla hicieron nuestros arcabuceros muy buena pólvora. Esta guerra de Utlatlan se acabó a principio de abril del año de 1524. Vendiose en ella la docena de herraduras en ciento y cincuenta castellanos.

CAPÍTULO CLIX
LA CONQUISTA DE QUAHUTEMALLAN

De Utlatlan fue Alvarado a Quahutemallan, donde fue recibido muy bien y hospedado. Estaba siete leguas de allí una ciudad muy grande, y orilla de una laguna, que hacía guerra a Quahutemallan y Utlatlan y a otros pueblos. Alvarado envió allá dos hombres de Quahutemallan a rogarles que no hiciesen mal a sus vecinos, que los tenía por amigos, y a requerirles con su amistad y paz. Ellos, confiados en la fuerza del agua y multitud de canoas que tenían, mataron los mensajeros sin temor ni vergüenza. Él entonces fue allá con ciento cincuenta españoles y otros sesenta de caballo y muchos indios de Quahutemallan, y ni le quisieron recibir ni aun hablar. Caminó cuanto pudo con treinta caballos la orilla de la laguna hacia un peñol, poblado dentro en agua. Vio luego un escuadrón de hombres armados; acometiolo, rompiolo y siguiolo por una estrecha calzada, donde no se podía ir a caballo. Apeáronse todos, y a vueltas de los contrarios entraron en el peñol; llegó luego la otra gente, y en breve tiempo lo ganaron y mataron mucha gente. Los otros se echaron al agua, y a nado pasaron a una isleta. Saquearon las casas y saliéronse a un llano lleno de maizales, donde asentaron real y durmieron aquella noche.

Otro día entraron en la ciudad, que estaba sin gente. Maravilláronse cómo la habían desamparado siendo tan fuerte, y fue la causa de perder el peñol, que era su fortaleza, y ver que do quiera entraban los españoles. Corrió Alvarado la tierra, prendió ciertos hombres de ella, y envió tres de ellos a los señores a rogarles que viniesen de paz, y serían bien tratados; donde no, que los perseguiría y les talaría sus huertas y labranzas. Respondieron que jamás su tierra había sido hasta entonces sujetada de nadie por fuerza de armas; pero que pues él lo había hecho tan de valiente, ellos querían ser sus amigos; y así, vinieron y le tocaron las manos, y quedaron pacíficos y servidores de españoles.

Alvarado se tornó a Quahutemallan, y de allí a tres días vinieron a él todos los pueblos de aquella laguna con presentes y a ofrecerle sus personas y haciendas, diciendo que por amor suyo, y por quitarse de guerra y enojos con sus vecinos, querían paz con todos. Vinieron asimismo otros muchos

pueblos de la costa del sur a darse, porque les favoreciese; y dijéronle cómo los de la provincia de Izcuintepec no dejaban pasar a nadie por su tierra, que fuese amigo de cristianos. Alvarado fue a ellos con toda su gente; durmió tres noches en despoblado, y luego entró en el término de aquella ciudad; y como ninguno tiene contratación con ella, no había camino abierto mayor que senda de ganados, y aquél todo cerrado de espesas arboledas. Llegó al lugar sin ser visto, tomolos en las casas, que por la gran agua que caía no andaba ninguno por las calles; mató y prendió algunos; los vecinos no se pudieron juntar ni armar, como fueron salteados así. Huyeron los más; los otros, que esperaron y se hicieron fuertes en ciertas casas, mataron muchos de nuestros indios e hirieron algunos españoles. Quemó el pueblo, avisó al señor que haría otro tanto a los panes, y aun a ellos, si no daban obediencia. El señor y todos vinieron luego y diéronsele. En esto se detuvo allí ocho días, y acudieron a él todos los pueblos de la redonda, ofreciéndole su amistad y servicio.

De Izcuintepec fue Alvarado a Cactipar, que es de lengua diferente, y de allí a Tazixco, y luego a Necendelan. Mataron en este camino muchos de nuestros indios rezagados; tomaron mucho fardaje y todo el herraje y filado para las ballestas; que no fue chica pérdida. Envió tras ellos a Jorge de Alvarado, su hermano, con cuarenta de caballo; mas no lo pudo cobrar, por más que corrió. Todos estos de Necendelan traían sendas campanillas en las manos peleando. Estuvo en aquel pueblo más de ocho días, que no pudo atraer los moradores a su amistad, y fuese a Pazuco, que le rogaban, pero con traición, para matarle seguro. Topó en el camino muchas flechas hincadas por el suelo, y a la entrada del lugar ciertos hombres que hacían cuartos un perro; y lo uno y lo otro era señal de guerra y enemistad. Vio luego gente armada, peleó con ella hasta sacarla del pueblo; siguiola, mató mucha. Fue a Mopicalanco, y de allí a Acayucatl, donde bate la Mar del Sur; y antes de entrar dentro, halló el campo lleno de hombres armados, que sabiendo su venida, le atendían para pelear con gentil semblante. Pasó por cerca de ellos; y aunque llevaba doscientos y cincuenta españoles a pie y ciento de caballo, y seis mil indios, no se atrevió a romper en ellos, porque los vio fuertes y bien ordenados. Mas ellos, en pasando él, arremetieron hasta trabar de los estribos y colas de los caballos. Revolvieron los de caballo, y luego todo

el cuerpo de ejército, y casi no dejaron ninguno de ellos vivo, así porque pelearon bravamente sin tornar un paso atrás, como por llevar pesadas armas, porque cayendo no se podían levantar, y huir con ellas era por demás. Eran aquellas armas unos sacos con mangas hasta en pies, de algodón torcido, duro, y tres dedos gordo. Parecían bien con los sacos, como eran blancos y de colores, con muy buenos penachos que llevaban en las cabezas. Traían grandes flechas, y lanzas de treinta palmos.

Este día quedaron muchos españoles heridos, y Pedro de Alvarado cojo, que de un flechazo que le dieron en la pierna le quedó más corta que la otra cuatro dedos. Peleó después con otro ejército mayor y peor, porque traían larguísimas lanzas y enherboladas; mas también lo venció y destruyó. Fue a Mahuatlan, y de allí a Athlechuan, donde vinieron a dársele de Cuitlachan; pero con mentiras, por descuidarle, que su intención era matar los españoles; porque, como eran tan pocos, pensaban todos poderlos fácilmente sacrificar. Alvarado supo su mal propósito, y rogoles con la paz. Ellos se ausentaron de la ciudad, y estuvieron muy rebeldes haciéndole guerra; en la cual le mataron once caballos, que se pagaron con los cautivos que se vendieron por esclavos. Estuvo allí cerca de veinte días sin los poder atraer, y tornose a Quahutemallan.

Anduvo Pedro de Alvarado de este viaje cuatrocientas leguas de trecho, y casi no hubo despojo ninguno; pero pacificó y redujo a su amistad muchas provincias. Padeció mucha hambre, pasó grandes trabajos, y ríos tan calientes, que no se dejaban vadear. Pareciole tan bien a Pedro de Alvarado la disposición de aquella tierra de Quahutemallan y la manera de la gente, que acordó quedarse allí y poblar, según la orden e instrucción que de Cortés llevaba. Así que fundó una ciudad y llamola Santiago de Quahutemallan. Eligió dos alcaldes, cuatro regidores, y todos oficios necesarios a la buena gobernación de un pueblo. Hizo una iglesia del mismo nombre, do ahora está la silla del obispado de Quahutemallan. Encomendó muchos pueblos a los vecinos y conquistadores, y dio cuenta a Cortés de todo su viaje y pensamiento; y él le envió otros doscientos españoles y confirmó los repartimientos, y le ayudó a pedir aquella gobernación.

CAPÍTULO CLX
LA GUERRA DE CHAMOLLA

A 8 de diciembre del año de 23 envió Fernando Cortés a Diego de Godoy con treinta de caballo y cien españoles a pie, dos tiros y mucha gente de amigos, a la villa del Espíritu Santo, contra ciertas provincias de allí cerca que estaban rebeladas. No le dio más gente por estar aquella tierra entre Chiapa y Quahutemallan, donde iba Pedro de Alvarado, y entre Higueras, a do luego había de partir Cristóbal de Olid.

Diego de Godoy fue e hizo su camino muy bien, y con el teniente de aquella nueva villa hizo algunas entradas y correrías. Llegó a Chamolla, que es un buen pueblo, cabecera de provincia, fuerte y puesto en un cerro, donde los caballos no podían, y tiene una cerca de tres estados en alto, la media de tierra y piedra y la media de tablones. Combatiola dos días arreo a muy gran peligro y trabajo de sus compañeros; tomola en fin, porque los vecinos alzaron su ropa y huyeron, viendo que no podían resistir. Al principio que fueron combatidos echaron un pedazo de oro por encima el adarve a los españoles, burlando de su codicia y locura; y dijeron que entrasen por de aquello, que tenían mucho. Para irse arrimaron muchas lanzas a la cerca, porque los de fuera pensasen que no se iban; pero ni aun con todo esto lo pudieron hacer sin que primero lo supiesen los nuestros; los cuales entraron, mataron y prendieron muchos de ellos, especial mujeres y muchachos. No fue grande el despojo, pero fue mucho el bastimento que allí se tomó. La principal arma eran lanzas, y unos paveses rodados de algodón hilado, con que se cubrían todo el cuerpo, y que para caminar arrollan y para pelear extienden.

Chiapa, Huehueiztlan y otras provincias y ciudades se visitaron y hollaron en esta jornada de Godoy; pero no hubo cosas notables.

CAPÍTULO CLXI
LA ARMADA QUE CORTÉS ENVIÓ A HIGUERAS CON CRISTÓBAL DE OLID

Cortés deseaba poblar a Higueras y Honduras, que tenían fama de mucho oro y buena tierra, aunque eran lejos de México; mas como tenía de ir la gente por mar, era fácil la jornada, quiso enviar allá antes que Francisco de Garay llegase a Pánuco; pero no pudo, por no perder aquel río y tierra que tenía poblada. Como se vio libre de tan poderoso competidor, y tuvo cartas del emperador, dadas en Valladolid a 6 de junio del año de 23, en que le mandaba buscar por ambas costas de mar el estrecho que decían, armó de propósito. Dio siete mil castellanos de oro a Alonso de Contreras para que fuese a comprar en Cuba caballos, armas y bastimentos, y hacer gente; y despachó luego a Cristóbal de Olid con cinco naves y un bergantín, bien artilladas y pertrechadas, y con cuatrocientos españoles y treinta caballos.

Mandole ir a la Habana a tomar los hombres, caballos y vituallas que Contreras tuviese, y que poblase en el cabo de Higueras y enviase a Diego Hurtado de Mendoza, su primo, a costear desde allí al Darién, para descubrir el estrecho que todos decían, como el emperador mandaba. Diole, sin esto, instrucción de lo que más hacer debía; y con tanto, se partió Cristóbal de Olid de Chalchicoeca a 11 de enero, año de 24, según unos; y Cortés envió dos navíos a buscar estrecho de Pánuco a la Florida, y mandó que también fuesen los bergantines de Zacatullan hasta Panamá, buscando muy bien el estrecho por aquella costa; mas habíanse quemado cuando el mandado llegó y así cesó aquella demanda.

CAPÍTULO CLXII
LA CONQUISTA DE ZAPOTECAS

Los zapotecas y mixtecas, que son grandes provincias y guerreras, se apartaron de la obediencia que dieron a Cortés como fue México destruido, y atrajeron otros muchos pueblos contra los españoles, de que se les siguieron muertes y daños. Cortés envió allá a Rodrigo Rangel, el cual, por no llevar caballos, y por las aguas o por ser aquellas gentes valientes, no las pudo

domar; antes perdió en la jornada algunos españoles, y les dejó mayor ánimo que antes tenían, por el cual talaron y robaron muchos pueblos amigos y sujetos de Cortés, que se le quejaron mucho pidiendo remedio y castigo. Cortés tornó a enviar contra ellos al mismo Rangel con ciento y cincuenta españoles, que caballos no los sufre aquella tierra para pelear, y con muchos de Tlaxcallan y México. Fue pues Rodrigo Rangel a 5 de febrero, año de 24, y llevó cuatro tirillos. Hízoles muchos requerimientos, y, como no escuchaban, mucha guerra, en que mató y cautivó gran número de ellos, y los herró y vendió por esclavos. Halloles mucha ropa y oro, que trajo a México; dejolos tan castigados y llanos que nunca más se rebelaron. Otras entradas y conquistas hizo Cortés por sí y por capitanes; empero éstas que contado habemos fueron las principales, y que sujetaron todo el imperio mexicano, y otros muchos y grandes reinos que se incluyen en lo que llaman Nueva-España, Guatemala, Pánuco, Xalisco y Honduras, que son gobernaciones por sí.

CAPÍTULO CLXIII
LA REEDIFICACIÓN DE MÉXICO

Quiso Cortés reedificar a México, no tanto por el sitio y majestad del pueblo cuanto por el nombre y fama, y por hacer lo que deshizo; y así, trabajó que fuese mayor y mejor y más poblado. Nombró alcaldes, regidores, almotacenes, procurador, escribanos, alguaciles y los demás oficios que ha menester un concejo. Trazó el lugar, repartió los solares entre los conquistadores, habiendo señalado suelo para iglesias, plazas, atarazanas y otros edificios públicos y comunes. Mandó que el barrio de españoles fuese apartado del barrio de los indios, y así los ataja el agua.

Procuró traer muchos indios para edificar a menos costa; lo cual tuvo al principio dificultad por andar muchos señores, parientes de Cuahutimoc y de otros prisioneros, amotinados y procurando de matarle con todos los capitanes, por librar a su rey. Buscó manera cómo prender y castigarlos; los demás holgaron de ir con el tiempo. Hizo señor de Tezcuco a don Carlos Iztlixúchil con voluntad y pedimento de la ciudad, por muerte de don Hernando su hermano, y mandole traer en la obra los más de sus

vasallos, por ser carpinteros, canteros y obreros de casas. Dio y prometió solares y heredamientos, franquezas y otras mercedes a los naturales de México, y a todos cuantos viniesen a poblar y morar allí, que convidó muchos a venir.

Soltó a Xihuacoa, capitán general; diole cargo de la gente y edificio, y el señorío de un barrio. Dio también otro barrio a don Pedro Moteczuma, por ganar las voluntades a los mexicanos, que era hijo del rey Moteczuma. Hizo señores a otros caballeros de islas y calles para que las poblasen, y así les repartió el sitio; y ellos se repartieron los solares y tierras a su placer, y comenzaron a edificar con gran diligencia y alegría. Cargó tanta gente a la fama que México Tenuchtitlan se rehacía, y que habían de ser francos los vecinos, que no cabían de pies en una legua a la redonda. Trabajaban mucho, comían poco y enfermaron; sobrevínoles pestilencia y murieron infinitos. El trabajo fue grande, porque traían a cuestas o arrastrando la piedra, la tierra, la madera, cal, ladrillos y todos los materiales. Pero era mucho de ver los cantares y música que tenían, el apellidar su pueblo y señor, y el motejarse unos a otros. De la falta de comer fue causa el cerco y guerra pasada, que no sembraron como solían; aunque la muchedumbre causaba hambre, y causó pestilencia y mortandad. Todavía, y poco a poco, rehicieron a México de cien mil casas mejores que las de antes, y los españoles labraron muchas y buenas casas a nuestra costumbre; y Cortés una, en otra de Moteczuma, que renta cuatro mil ducados o más, y que es un lugar. Pánfilo de Narváez lo acusó por ella, diciendo que taló para hacerla los montes, y que le puso siete mil vigas de cedro. Acá parece mucho más; allí que los montes son de cedro, no es nada. Huerto hay en Tezcuco que tiene mil cedros por tapias y cerca. No es de callar que una viga de cedro tenga ciento y veinte pies de largo y doce de gordo de cabo a rabo, y no redonda, sino cuadrada; la cual estaba en Tezcuco en casa de Cacama.

Labráronse unas muy buenas atarazanas para seguridad de los bergantines y fortaleza de los hombres, parte en tierra y parte en agua, y de tres naves, donde por memoria están hoy día los trece bergantines. No abrieron las calles de agua, como antes eran, sino edificaron en suelo seco; y en esto no es México el que solía, y aun la laguna va decreciendo del año 24 acá, y algunas veces hay hedor; pero en lo demás sanísima vivienda es, templada por las

sierras que tiene alrededor y abastecida por la fertilidad de la tierra y comodidad de la laguna; y así, es aquello lo más poblado que se sabe, y México la mayor ciudad del mundo y la más ennoblecida de las Indias, así en armas como en policía, porque hay dos mil vecinos españoles, que tienen tantos caballos en caballerizas, con ricos jaeces y armas, y porque hay mucho trato y oficiales de seda y paño, vidrio, molde y moneda, y estudio, que llevó el virrey don Antonio de Mendoza. Por lo cual tienen razón de preciarse los vecinos de México, aunque hay gran diferencia de ser vecino conquistador a ser vecino solamente. Pues como fue México hecho, aunque no acabado, se pasó Cortés a morar en él desde Culuacán, o como dicen otros, Coyoacán, y los que vecinos eran y los soldados también. Corrió la fama de Cortés y grandeza de México, y en poco tiempo hubo tantos indios como dicho habemos, y tantos españoles, que pudieron conquistar cuatrocientas y más leguas de tierra, y cuantas provincias nombramos, gobernándolo todo desde allí Fernando Cortés.

CAPÍTULO CLXIV
DE CÓMO ATENDIÓ CORTÉS A ENRIQUECER LA NUEVA-ESPAÑA

No le parecía a Cortés que la gloria y fama de haber conquistado la Nueva-España con los otros reinos fuese cumplida si no la pulía y fortificaba, para lo cual llevó a México a doña Catalina Xuárez con gran fausto y compañía, que se había estado en Santiago de Cuba todo el tiempo de las guerras. Hizo enviar por [sus] mujeres a muchos vecinos de México y de las otras villas que poblara. Dio dineros para llevar de España doncellas, hijasdalgo y cristianas viejas; y así, fueron muchos hombres casados con sus hijas a costa de él, como fue el comendador Leonel de Cervantes, que llevó siete hijas y se casaron rica y honradamente. Envió por vacas, puercas, ovejas, cabras, asnas y yeguas a las islas de Cuba, Santo Domingo, San Juan del Borinquen y Jamaica, para casta; entonces, y aun antes, vedaron la saca de caballos en aquellas islas; especial en Cuba, por venderlos más caros, sabiendo la riqueza, necesidad y deseo de Cortés; para carne, leche, lana y colambre, y para carga, guerra y labor. Envió por cañas de azúcar, moreras para seda, sar-

mientos y otras plantas a las mismas islas, y a España por armas, hierro, artillería, pólvora, herramientas y fraguas, para sacar hierro, y por cuescos, pepitas y simientes, que salen vanas en las islas.

Labró cinco piezas de artillería, que las dos eran culebrinas, a mucha costa, por haber poco estaño y muy caro. Compró los platos de ello a peso de plata, y lo sacó con gran trabajo en Tachco, veintiséis leguas de México, donde había unas piececitas de ello como de moneda, y aun sacándolo se halló vena de hierro que le plugo mucho. Con estas cinco y con las que comprara en la almoneda de Juan Ponce de León y de Pánfilo de Narváez, tuvo treinta y cinco tiros de bronce y setenta de hierro colado, con que fortaleció a México, y después le fueron más de España, con arcabuces y coseletes. Hizo asimismo buscar oro y plata por todo lo conquistado, y halláronse muchas y ricas minas, que hincheron aquella tierra y ésta, aunque costó las vidas de muchos indios que trajeron en las minas por fuerza y como esclavos. Pasó el puerto y descargadero que hacían las naos en la Veracruz, a dos leguas de San Juan de Ulúa, en un estero que tiene una ría para barcas y es más seguro, y mudó allí a Medellín, donde ahora se hace un gran muelle por seguro de los navíos, y puso casa de contratación; y allanó el camino de allí a México para la recua que lleva y trae las mercaderías.

CAPÍTULO CLXV
CÓMO FUE RECUSADO EL OBISPO DE BURGOS EN LAS COSAS DE CORTÉS

Tenía el obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, que gobernaba las Indias, tanta enemiga y odio a Fernando Cortés, o tanto amor y amistad a Diego Velázquez, que desfavorecía y encubría sus hechos y servicios; por donde fue Cortés disfamado cuando merecía más fama, y no pudieron Martín Cortés, su padre, ni Francisco de Montejo, ni el licenciado Francisco Núñez, su primo, y otros sus pyrocuradores, haber respuesta ni despacho ninguno del obispo para lo que cumplía a la conquista de la Nueva-España y contentamiento de los conquistadores. Colgaban del obispo todos los negocios de las Indias; estaba el rey en Alemania como emperador, y no tenían remedio ni aun esperanza de bien negociar. Así que acordaron de recusarle,

aunque más recio y feo pareciese. Hablaron al papa Adriano, que gobernaba estos reinos antes que a Italia pasase, y al emperador luego que fue venido. El Papa quiso entender aquel negocio muy de raíz, por ser el obispo tan principalísima persona, a suplicación de Mr. de Lasao, que era de la cámara del emperador, y había venido a darle el parabién del pontificado; el cual favorecía a Cortés por la fama; y oídas las partes y vistas las relaciones, mandó al obispo, estando en Zaragoza, que no entendiese más en negocios de Cortés ni de Indias, a lo que pareció, y el emperador mandó lo mismo, siguiendo la declaración del Papa.

Las causas que dieron y probaron fueron el odio que tuvo siempre a Cortés y a sus cosas, llamándole públicamente traidor; que encubría sus relaciones y torcía sus servicios porque no lo supiese el rey; que mandaba a Juan López de Recalde, contador de la casa de contratación de Sevilla, que no dejase pasar a Nueva-España hombres, ni armas, ni vestidos, ni hierro, ni otras cosas; que proveía los oficios y cargos a hombres que no lo merecían, como fue Cristóbal de Tapia; que se apasionó por Diego Velázquez, por casarle con doña Petronila de Fonseca, su sobrina; que consentía y aprobaba las falsas relaciones de Diego Velázquez, que ordenaron Andrés de Duero, Manuel de Rojas y otros contra las de Cortés, y esto fue lo que le dañó y afrentó, porque sonó muy mal condenar las relaciones verdaderas y aprobar las falsas. Esta recusación fue causa para que el obispo se saliese de la corte descontento y enojado, y Diego Velázquez fuese condenado y aun removido de la gobernación de Cuba, sino que se murió luego, y Cortés se declarase por gobernador de la Nueva-España con grande honra.

Entendió en las cosas de las Indias Juan Rodríguez de Fonseca cerca de treinta años, y mandolas mucho absolutamente. Comenzó siendo deán de Sevilla y acabó obispo de Burgos, arzobispo de Rosano y comisario general de la Cruzada, y fuera arzobispo de Toledo si tuviera ánimo; mas como era riquísimo clérigo y había servido tanto tiempo, y le favorecía su hermano Antonio de Fonseca, confiose mucho; y hurtole, como dicen, la bendición don Alonso de Fonseca, sobrino suyo, arzobispo de Santiago, que prestó dineros para lo de Fuenterrabía, por lo cual no se hablaban.

CAPÍTULO CLXVI
CÓMO FUE CORTÉS HECHO GOBERNADOR

Después que fue habido por recusado el obispo de Burgos, mandó el emperador que viesen y determinasen las diferencias y pleito de Fernando Cortés y Diego Velázquez, Mercurino Gatinara, gran canciller, que era italiano; Mr. de Lasao, y el doctor de la Rocha, flamenco; Fernando de Vega, señor de Grajales y comendador mayor de Castilla; el doctor Lorenzo Galíndez de Caravajal y el licenciado Francisco de Vargas, tesorero general de Castilla; los cuales se juntaron muchos días en las casas de Alonso de Argüello, donde posaba el gran Canciller. Oyeron a Martín Cortés, Francisco de Montejo, Francisco Núñez y otros procuradores de Cortés, y a Manuel de Rojas, Andrés de Duero y otros procuradores de Diego Velázquez. Leyeron lo procesado, y después sentenciaron en favor de Cortés, más por derecho y rigor de justicia que por admiración de virtud; loando sus hazañas y servicios y aprobando su fidelidad. Pusieron silencio a Diego Velázquez en la gobernación de la Nueva-España, dejándole su derecho a salvo, si algo le debía Cortés, y aun pienso que le quitaron el gobierno de Cuba porque envió con armada a Pánfilo de Narváez. Los descargos, razón y justicia que tuvo Cortés para librarlo de aquel pleito y darle la gobernación de la Nueva-España y tierras que había conquistado, la historia las cuenta. Los cargos de la acusación y culpa eran que había ido con dineros y poder de Diego Velázquez a descubrir, rescatar y conquistar; que no le acudió con la ganancia y obediencia; que sacó un ojo a Narváez; que no recibió a Cristóbal de Tapia; que no obedecía las provisiones reales; que no pagaba el quinto real; que tiranizaba los españoles y maltrataba los indios.

Por la sentencia que dieron estos señores, y porque se lo aconsejaron así, hizo el emperador a Fernando Cortés adelantado, repartidor y gobernador de la Nueva-España y cuantas tierras ganase, loando y confirmando todo lo que había hecho en servicio de Dios y suyo. Firmó las provisiones en Valladolid, a 22 de octubre, año de 1522. Señalolas el licenciado don García de Padilla, y refrendolas el secretario Francisco de los Cobos. Diole también cédulas para echar de la Nueva-España los tornadizos y letrados; éstos porque hubiese menos pleitos, y aquéllos porque no estragasen la

conversión. Escribiole también el emperador, agradeciéndole los trabajos que había pasado en aquella conquista, y el servicio de Dios en quitar los ídolos. Prometiole grandes mercedes, animándole a semejantes empresas. Dijo que le enviaría obispos, clérigos y frailes para la conversión, como los pedía, y haría llevar todas las otras cosas que demandaba para fortalecer, cultivar y ennoblecer la tierra. Caminaron luego con estos buenos despachos de su majestad Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz. Notificaron la sentencia y provisión a Diego Velázquez con público pregón, en Santiago de Baracoa de Cuba, el mayo adelante de 23 años. De lo cual sintió tanto pesar Diego Velázquez, que vino a morir de ello. Murió triste y pobre, habiendo sido riquísimo, y nunca después de muerto pidieron nada a Cortés sus herederos.

CAPÍTULO CLXVII
DE LOS CONQUISTADORES

Repartía siempre Cortés la tierra entre los que la conquistaban, según la costumbre de las Indias, y por confianza que tuvo de ser repartidor general en lo que conquistase, o por hacer bien a sus amigos, que los tuvo grandes; y como tuvo cédula del emperador de poder encomendar y repartir la Nueva-España a los conquistadores y pobladores de ella, hizo grandes y muchos repartimientos, mandando a los encomenderos tener un clérigo o fraile en cada pueblo o cabecera de pueblos, para enseñar la doctrina cristiana a los indios encomendados, y entender en la conversión, porque muchos de ellos pedían el bautismo. No dio a todos repartimiento, que fuera imposible y demasiado, ni tal como ellos deseaban y pretendían, por lo cual algunos se corrieron y otros se quejaron. Ninguna cosa indigna y mueve más a los conquistadores que los repartimientos, y por ninguna otra cosa han caído tanto en odio y enemistades los capitanes y gobernadores cuanto por ésta; de suerte que, siendo el más necesario y honrado cargo, es el más dañoso y envidioso.

Todos los reyes y repúblicas que señorearon muchas tierras, las repartieron entre sus capitanes y soldados o ciudadanos, haciendo pueblos para conservación y perpetuidad de su estado, y para galardonar los trabajos y servi-

cios de los suyos, y en España se ha siempre usado y guardado después que hay reyes, y así lo hicieron los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, y aun el emperador, hasta que le aconsejaron al revés; que en Madrid el año de 45 mandó dar los repartimientos perpetuos, que es mucho más, sobre acuerdo y parecer de su Consejo de Indias, y de muchos frailes dominicos y franciscanos, y otros letrados que para ello juntaron, según muchos afirman. Trabajan y gastan mucho los que van a conquistas, y por eso los honran y enriquecen; y así, quedan nobles y afamados, y es buen privilegio ser caballero de conquista. Si la historia lo sufriese, todos los conquistadores se habían de nombrar; mas, pues no puede ser, hágalo cada uno en su casa.

CAPÍTULO CLXVIII
DE CÓMO TRATÓ CORTÉS LA CONVERSIÓN DE LOS INDIOS

Siempre que Cortés entraba en algún pueblo, derrocaba los ídolos y vedaba el sacrificio de hombres, por quitar la ofensa de Dios e injuria del prójimo, y con las primeras cartas y dineros que envió al emperador después que ganó a México, pidió obispos, clérigos y frailes para predicar y convertir los indios a su majestad y Consejo de Indias. Después escribió a fray Francisco de los Ángeles, del linaje de Quiñones, general de los franciscanos, que le enviase frailes para la conversión, y que les haría dar los diezmos de aquella tierra; y él le envió doce frailes con fray Martín de Valencia de Don Juan, provincial de San Gabriel, varón muy santo y que hizo milagros. Escribió lo mismo a fray García de Loaisa, general de los dominicos; el cual no se los envió hasta el año de 26, que fue fray Tomás Ortiz con doce compañeros. Tardaban a ir obispos, e iban pocos clérigos; por lo cual, y porque le parecía más expediente, tornó a suplicar al emperador le enviase muchos frailes, que hiciesen monasterios y atendiesen a la conversión y llevasen los diezmos; empero su majestad no quiso, siendo mejor aconsejado, pedirlo al Papa, que ni lo hiciera ni convenía hacerlo.

Llegó a México en el año 24 fray Martín de Valencia con doce compañeros, por vicario del Papa. Hízoles Cortés grandes regalos, servicios y acatamiento. No les hablaba vez sino con la gorra en la mano y la rodilla en el

suelo, y besábales el hábito, por dar ejemplo a los indios que se habían de volver cristianos, y porque de suyo les era devoto y humilde. Maravilláronse muchos los indios de que se humillase tanto el que adoraban ellos; y así, les tuvieron siempre en gran reverencia. Dijo a los españoles que honrase mucho a los frailes, especialmente los que tenían indios de cristianar, lo cual hicieron con grandes limosnas, para redimir sus pecados; bien que algunos le dijeron cómo hacía por quien los destruyese cuando se viesen en su reino; palabras que después se le acordaron hartas veces.

Llegados pues que fueron aquellos frailes, se avivó la conversión, derribando los ídolos; y como había muchos clérigos y otros frailes en los pueblos encomendados, según que Cortés mandara, hacíase grandísimo fruto en predicar, bautizar y casar. Hubo dificultad en saber con cuál de las muchas mujeres que cada uno tenía se debían de velar los que, bautizados, se casaban a puertas de iglesia, según ha de costumbre la madre santa Iglesia; porque o no lo sabían ellos decir, o los nuestros entender, y así, juntó Cortés aquel mismo año de 24 una sínodo, que fue la primera de Indias, a tratar de aquel y otros casos. Hubo en ella treinta hombres; los seis eran letrados, mas legos, y entre ellos Cortés; los cinco clérigos, y los diez y nueve frailes. Presidió fray Martín, como vicario del Papa. Declararon que por entonces casasen con la que quisiesen, pues no se sabían los ritos de sus matrimonios.

CAPÍTULO CLXIX
DEL TIRO DE PLATA QUE CORTÉS ENVIÓ AL EMPERADOR

Escribió tras esto Cortés al emperador, besando los pies de su majestad por las mercedes y favor que le había hecho, desde México a 15 de octubre del año de 24. Suplicole por los conquistadores; pidió franquezas y privilegios para las villas que él tenía pobladas, y para Tlaxcallan, Tezcuco y los otros pueblos que le habían ayudado y servido en las guerras. Enviole setenta mil castellanos de oro con Diego de Soto, y una culebrina de plata, que valía veinticuatro mil pesos de oro; pieza hermosa, y más de ver que de valor. Pesaba mucho, pero era de la plata de Mechuacán. Tenía de relieve un ave fénix, con una letra al emperador, que decía:

Aquesta nació sin par;
yo en serviros sin segundo;
vos sin igual en el mundo.

No quiero contar las cosas de pluma, pelo y algodón que envió entonces, pues las deshacía el tiro; ni las perlas, ni los tigres, ni las otras cosas buenas de aquella tierra, y extrañas acá en España. Mas contaré que este tiro le causó envidia y malquerencia con algunos de corte por amor del letrero; aunque el vulgo lo ponían en las nubes, y creo que jamás se hizo tiro de plata sino éste de Cortés. La copla él mismo se la hizo, que cuando quería no trovaba mal. Muchos probaron sus ingenios y vena de coplear, pero no acertaron. Por lo cual dijo Andrés de Tapia:

Aqueste tiro a mi ver
muchos necios ha de hacer.

Y quizá porque costó de hacer más de tres mil castellanos. Envió veinticinco mil castellanos en oro y mil y quinientos y cincuenta marcos de plata a Martín Cortés, su padre, para llevarle su mujer, y para que le enviase armas, artillería, hierro, naos con muchas velas, sogas, áncoras, vestidos, plantas, legumbres y semejantes cosas para mejorar la buena tierra que conquistara; pero tomolo todo el rey con lo demás que vino entonces de las Indias.

Con estos dineros que Cortés envió al emperador, quedaba la tesorería del rey vacía y él sin blanca, por lo mucho que había gastado en los ejércitos y armadas que, como la historia vos ha contado, había hecho. Llegaron al mismo tiempo a México muchos criados y oficiales del rey, de Ciudad Real, Alonso de Estrada por tesorero; Gonzalo de Salazar, de Granada, por factor; Rodrigo de Albornoz, de Paradinas, por contador, y Peralmíndez Cherino por veedor; que fueron los primeros de la Nueva-España, y aun muchos conquistadores que pretendían aquellos cargos, se agraviaron, quejándose de Cortés. Entraron en cuentas con Julián de Alderete y con los otros que Cortés y el cabildo tenían puestos para cobrar y tener el quinto, rentas y hacienda del rey, y no les pasaban ciertas partidas que habían dado a Cortés, que serían sesenta mil castellanos; mas, como él mostró haberlos gastado en

servicio del emperador, y pedía más de otros cincuenta mil que tenía puestos de suyo, se feneció la cuenta.

Todavía quedaron aquellos oficiales en que Cortés tenía grandes tesoros, así por lo que en España oyeran sobre ello, y porque Juan de Ribera ofreció en su nombre al emperador doscientos mil ducados, como porque no faltaba quien les decía al oído que cada día le traían los indios oro, plata, cacao, perlas, plumajes y otras cosas ricas; y que tenía escondido el tesoro de Moteczuma, y robado el del emperador y conquistadores, con indios que de secreto lo sacaban de noche por el postigo de su casa; y así, no considerando lo que había enviado a Castilla y gastado en las guerras, escribieron a España, especial Rodrigo de Albornoz (que llevó cifras para avisar secretamente de lo que le pareciese), muchas cosas contra él acerca de su avaricia y tiranía; que, como no lo conocían y venían mal informados, y hallaban allí personas que no le querían bien, porque no les daba los repartimientos, o tantos repartimientos como ellos pedían, creían cuanto oían.

CAPÍTULO CLXX
DEL ESTRECHO QUE MUCHOS BUSCARON EN LAS INDIAS

Deseaban en Castilla hallar estrecho en las Indias para ir a las Molucas, por quitarse de pleito con Portugal sobre la Especería; y así, mandó el emperador que lo buscasen, desde Veragua a Yucatán, a Pedrarias de Ávila, a Cortés, a Gil González de Ávila y otros, porque era opinión que lo había, desde que Cristóbal de Colón descubrió tierra firme; y más de cuando Vasco Núñez de Balboa halló la otra mar, viendo cuán poco trecho de tierra hay del Nombre de Dios a Panamá.

Así que lo buscaron, y acertaron a buscarle casi a un mismo tiempo; aunque Pedrarias más envió a Francisco Hernández a conquistar y poblar que a buscar estrecho. El cual Francisco Hernández pobló a Nicaragua y llegó a Honduras. Fernando Cortés envió a Cristóbal de Olid, según ya contamos. Gil González fue muy de propósito el año de 23. Pobló a San Gil de Buena-Vista, destruyó a Francisco Hernández, y comenzó a conquistar aquella tierra.

CAPÍTULO CLXXI
DE CÓMO SE ALZÓ CRISTÓBAL DE OLID CONTRA FERNANDO CORTÉS

Fue Cristóbal de Olid a Cuba, según Cortés le mandara, y tomó en La Habana los caballos y vituallas que Contreras tenía compradas, que costaron bien caras. Costaba entonces la fanega de maíz dos pesos de oro, la de frijoles cuatro, la de garbanzos nueve, una arroba de aceite tres pesos, otra de vinagre cuatro, otra de candelas de sebo nueve, y la de jabón otros nueve, un quintal de estopa cuatro pesos, otro de hierro seis, dos pesos una riestra de ajos, una lazada un peso, un puñal tres, una espada ocho, una ballesta veinte, y el ovillo uno, una escopeta ciento, un par de zapatos otro peso de oro, un cuero de vaca doce. Ganaban un maestre de nao ochocientos pesos cada mes; y con esta carestía hizo Cortés esta y otras armadas, y en aquesta gastó treinta mil castellanos.

Entre tanto que se cargaban y proveían las naos de estos bastimentos y de agua y leña, se escribió y concertó con Diego Velázquez para alzarse contra Cortés, con aquella gente armada y tierra que a cargo llevaba. Entrevinieron al concierto Juan Ruano, Andrés de Duero, el bachiller Parada, el provisor Moreno, y otros que, después de muertos Velázquez y Olid, se descubrieron. Tomó pues lo que Contreras y Diego Velázquez le dieron, y fuese a desembarcar quince leguas antes del puerto de Caballos, habiendo corrido mal tiempo y peligro; y porque llegó a 3 de mayo, llamó al pueblo que trazó Triunfo de la Cruz. Nombró por alcaldes, regidores y oficiales a los que Cortés señalara en México, tomó la posesión, e hizo otros autos en nombre del emperador y de Fernando Cortés, cuyo poder llevaba. Todo esto era, a lo que después pareció, para asegurar los parientes y criados de Cortés, y para fortalecerse muy bien y para reconocer aquella tierra; mas luego mostró odio y enemiga a Cortés y a sus cosas, y amenazaba con la horca al que algo le contradecía o murmuraba.

Prometió oficios, obispados y audiencias a muchos; y así, no había hombre que le fuese a la mano. Dejó de enviar a descubrir el estrecho, y púsose a echar de aquella tierra y costa a Gil González de Ávila, que, como poco antes dije, estaba en ella, y tenía poblado a San Gil de Buena-Vista.

Mató muchos españoles por hacerlo, y entre ellos a Gil de Ávila, su sobrino, y prendió al mismo Gil González de Ávila con otros muchos, por quedarse solo en aquella tierra, que no era pobre.

Cortés, como supo lo que Cristóbal de Olid había hecho, envió a gran priesa a Francisco de las Casas con nuevos poderes y mandamientos de prenderle, en dos naves muy buenas, y bien acompañado. Cristóbal de Olid, cuando vio aquellas naos, sospechó lo que traían; metiose en dos carabelas que tenía con mucha gente para no dejarles tomar tierra, y tirábales. Francisco de las Casas alzó una bandera de paz; mas no fue creído. Echó a la mar los bateles con muchos hombres armados para pelear y tomar tierra si hallasen entrada, y comenzó a jugar su artillería; y como en no escucharle se manifestaba la malicia y rebelión que se decía, diose tal maña, que echó a fondo una carabela del contrario. No se ahogó la gente ni él osó arribar al puerto, sino estúvose con sus naos sobre las anclas, esperando lo que acordaba hacer Cristóbal de Olid, que luego movió partido, y era por esperar una compañía de su gente que había ido contra los de Gil González. Entre tanto sobrevino un recio tiempo y viento, que dio con los navíos de Francisco de las Casas al través en parte que muy presto fueron presos los que venían en ellos, sin derramamiento de sangre. Estuvieron tres días sin comer y con muchas aguas y fríos; murieron cerca de cuarenta españoles.

Hízoles Cristóbal de Olid jurar sobre los Evangelios, como a los de Gil González, que le obedecerían en todo y por todo; que nunca serían contra él ni seguirían más a Cortés; y con tanto, los soltó a todos, excepto al Francisco de las Casas, que llevó consigo a Naco, buen pueblo que destruyeron Albítez y Cereceda. De la manera susodicha prendió Cristóbal de Olid a Francisco de las Casas, y antes, o como dicen otros, después, a Gil González de Ávila. Como quiera que fuese, está cierto que los tuvo presos a entrambos a un mismo tiempo y en su propia casa, y que estaba muy ufano con tan buenos prisioneros, así por la reputación y fama como pensando haber por ellos aquella tierra libremente, y que se concertaría con Fernando Cortés. Mas avínole muy al contrario; porque Francisco de las Casas le rogó muchas veces delante todos los españoles que le soltase para ir a dar razón de sí a Cortés, pues su persona y prisión le hacía poco al caso; y como

siempre que le respondía que no lo haría, díjole que le tuviese a recaudo, porque de otra manera le mataría; palabra muy recia y atrevida para hombre preso. Cristóbal de Olid, que presumía de valiente, y que le tenía sin armas y entre sus criados, no hizo caudal de aquellas amenazas.

Concertáronse ambos prisioneros de matarle; y cenando todos tres a una mesa, otros dicen que paseándose por la sala, tomaron sendos cuchillos de servicio o de escribanías; echole mano por la barba Francisco de las Casas, y sin que se pudiese rebullir, le dieron muchas heridas, diciendo: "No es tiempo de sufrir más este tirano". Escapóseles al fin, y fuese al campo a esconder en unas chozas de indios, con pensamiento de que, venidos los suyos de cenar, que entonces solo estaba, matarían al Francisco de las Casas y al Gil González; pero ellos dijeron luego: "Aquí los de Cortés"; y de allí a poco tuvieron sin sangre ni mucha contradicción las armas y personas de todos los españoles a su mandado, y presos algunos favorecedores de Cristóbal de Olid. Pregonáronlo, y súpose dónde estaba; prendieron e hiciéronle proceso, y por sentencia que entrambos a dos dieron, fue degollado públicamente en Naco, dentro de pocos días que preso estuvo; y así feneció su vida por tener en poco a su contrario y no tomar el consejo de su enemigo.

Tras la muerte de Cristóbal de Olid gobernó la gente y tierra Francisco de las Casas y Gil González, sin apartarse ninguno con la suya; y el Francisco de las Casas pobló la villa de Trujillo a 18 de mayo, año de 25; ordenó muchas cosas cumplideras a Cortés, y volviose a México por tierra, llevando consigo a Gil González de Ávila. Tenía la Audiencia de Santo Domingo autoridad del emperador para castigar al que se descomediese y moviese guerra entre españoles en aquella tierra de las Higueras, y envió allá lo más presto que pudo al bachiller Pedro Moreno, su fiscal, con cartas y poder; mas ya cuando llegó era muerto Cristóbal de Olid, y los matadores idos a México, y no pudo ni supo hacer nada; antes dicen que fue mejor mercader que juez.

CAPÍTULO CLXXII
DE CÓMO SALIÓ CORTÉS DE MÉXICO CONTRA CRISTÓBAL DE OLID

No descansaba Cortés ni cesaba de mostrar con palabras el enojo que dentro el pecho tenía de Cristóbal de Olid, por haberse alzado siendo su hechura y amigo, ni se confiaba de la diligencia de Francisco de las Casas, porque Olid tenía muchos amigos; así que determinó ir allá. Apercibe sus amigos, adereza su partida y publica su determinación. Los oficiales del rey le rogaron que dejase aquel viaje, pues importaba más la seguridad de México que la de Higueras, y no diese ocasión que con su ausencia se rebelasen los indios, y matasen los pocos españoles que quedaban; porque según entendían, no estaban muy fuera de ello, porque siempre andaban llorando la muerte de sus padres, la prisión de sus señores y su cautiverio, y que perdiéndose México, se perdía toda la tierra; y que más le temían y acataban a él solo que a todos juntos; y que a Cristóbal de Olid, o el tiempo o Francisco de las Casas o el emperador lo castigaría. Allende de esto, le dijeron que era un camino muy largo, trabajoso y sin provecho, y que ir era mover guerra civil entre españoles.

Cortés respondía que dejar sin castigo aquél era dar a otros ruines causa de hacer otro tanto; lo cual él temía mucho, por haber muchos capitanes por la Nueva-España derramados, que por ventura se le desacatarían, tomando ejemplo de Cristóbal de Olid, y que harían excesos en la tierra, por do se rebelase toda, y no bastase después él ni ellos ni nadie a cobrarla. Ellos entonces le requirieron de parte del emperador que no fuese, y él prometió que no iría sino a Coazacoalco y otras provincias por allí rebeladas; y con tanto, se eximió de los ruegos y requerimientos, y aprestó su partida, aunque con mucho seso; porque como de él colgaban todos los negocios y el bien o mal de la tierra, tuvo bien qué pensar y qué proveer. Ordenó muchas cosas tocantes a su gobernación; mandó que la conversión de los indios se continuase con todo el calor posible y necesario; escribió a los concejos y encomenderos que derribasen todos los ídolos; dio repartimientos a los oficiales del rey y a otros muchos, por no dejar a nadie descontento; dejó por sus tenientes de gobernadores a Alonso de Estrada, tesorero, y al contador

Rodrigo de Albornoz, que le parecieron hombres para ello; y al licenciado Alonso Zuazo para en las cosas de justicia; y porque Gonzalo de Salazar y Peralmíndez Chirino no se sintiesen de aquello, llevolos consigo. Dejó a Francisco de Solís por capitán de la artillería y alcaide de las atarazanas, y muy bien proveídos los bergantines, y muchas armas y munición, por si algo aconteciese.

Acordó llevar con él todos los señores y principales de México y Culúa que podían alterar la tierra y causar algún bullicio en su ausencia, y entre ellos fueron el rey Cauhutimoc, Couanacochcín, señor que fue de Tezcuco; Tetepanquezatl, señor de Tlacopán; Oquici, señor de Azcapuzalco, Xihuacoa, Tlacatlec, Mexicalcinco, hombres muy poderosos para cualquiera revolución estando presentes. Ordenado pues todo esto, se partió Cortés de México por octubre de 1524 años, pensando que todo se haría bien; pero todo se hizo mal, sino fue la conversión de indios, que fue grandísima y bien hecha, según después largamente diremos.

CAPÍTULO CLXXIII
DE CÓMO SE ALZARON CONTRA CORTÉS EN MÉXICO SUS TENIENTES

Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz comenzaron luego en saliendo Cortés de la ciudad, a tener puntillos y resabios sobre la precedencia y mando; y un día, estando en ayuntamiento, llegaron a echar mano a las espadas sobre poner un alguacil, y poco a poco vinieron a no hacer como debían su oficio. El cabildo lo escribió a Cortés por dos o tres veces; y como las cartas le tomaban por el camino, no proveía de remedio, mas de escribirles reprendiéndoles su yerro y desatino, y apercibiéndolos que si no se enmendaban y conformaban que les quitaría el cargo y los castigaría. Ellos ni aun por eso no perdían sus pasiones, antes crecían las rencillas y el odio; porque Estrada, que presumía de hijo de rey, despreciaba al Albornoz, y Albornoz, como era, presumía de tan honrado, no se dejaba hollar. Perseverando pues ellos en su discordia, y avisando a Cortés la ciudad muy aprisa para que tornase a poner remedio en aquello y a apaciguar a los vecinos, así indios como españoles, que con el alboroto de aquellos dos estaban desasosegados,

acordó, por no dejar su camino y empresa, de dar al factor Gonzalo de Salazar y al veedor Peralmíndez Chirino de Ubeda igual poder que los otros tenían, para que, no afrentando a ninguno, gobernasen todos cuatro. Dioles asimismo otro poder secreto para que ellos dos solos, juntamente con el licenciado Zuazo, fuesen gobernadores, revocando y suspendiendo al Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, si les parecía que convenía, y los castigasen si tenían culpa.

De este poder secreto que Cortés les dio a buen fin, resultó gran odio y revueltas entre los oficiales del rey, y nació una guerra civil en que murieron hartos españoles y estuvo México para perderse. Salazar y Chirino tomaron los poderes y ciertas instrucciones; despidiéronse de Cortés en la villa del Espíritu Santo, aunque no en la gracia, y volviéronse a México. No curaron de gobernar juntamente con los otros, sino solos; hicieron su pesquisa e información contra ellos y prendiéronlos. Enviaron preso al licenciado Alonso Zuazo, encima de una acémila y con grillos y cadena a la Veracruz, para que allí le metiesen en una nao y le llevasen a Cuba a dar cuenta de cierta residencia; y tras esto, hicieron otras cosas peores con Estrada y Albornoz; y como si no hubiera rey, así se habían con todos los que no andaban a su sabor; y pensando que Cortés no volviera jamás a México, y por demasiada codicia, aunque publicaban ellos ser para servicio del emperador, prendieron a Rodrigo de Paz, primo y mayordomo mayor de Cortés, y alguacil mayor de México. Diéronle tormento cruelísimamente para que dijese del tesoro, y como no confesaba, que no sabía de él ni lo había, ahorcáronle, y tomáronse las casas de Cortés, con la artillería, armas, ropa y todas las otras cosas que dentro estaban: cosa que pareció muy mal a toda la ciudad. Por lo cual fueron después condenados a muerte, aunque no ejecutados, de los oidores y licenciados Juan de Salmerón, Quiroga, Ceínos y Maldonado, estando por presidente Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, y por el Consejo de Indias en España; y mucho después los condenó la misma Audiencia de México, siendo virrey don Antonio de Mendoza, a pagar la artillería y todo lo demás que tomaron de casa de Cortés.

Quedaron los buenos gobernadores con esto tan disolutos como absolutos; y estando las cosas así, se rebelaron los de Huaxacac y Zoatlán, y ma-

taron cincuenta españoles y ocho o diez mil esclavos que cavaban en las minas. Fue allá Peralmíndez con doscientos españoles y ciento a caballo; y por la guerra que les dio, se acogieron en cinco o seis peñoles, y al cabo se recogieron a uno muy fuerte y grande, con toda su ropa y oro. Chirino los cercó, y estuvo sobre ellos cuarenta días; porque los del peñol tenían una gran sierpe de oro, muchas rodelas, collares, moscadores, piedras y otras ricas joyas; mas ellos una noche, sin que él los sintiese, se fueron con todo su tesoro. Gonzalo de Salazar se hizo pregonar en México públicamente y con trompetas por gobernador y capitán general de aquellas tierras de la Nueva-España. Andando la cosa tal, avisaron a Cortés para que viniese, con el capitán Francisco de Medina, al cual mataron los de Xicalanco cruelísimamente, que le hincaron muchas rajuelas de tea por el cuerpo, y lo quemaron poco a poco, haciéndole andar alrededor de un hoyo, que es ceremonia de hombre sacrificado; y mataron con él otros españoles e indios que le guiaban y servían.

Fue tras Medina Diego de Ordaz con gran priesa, por Cortés, y como supo la muerte que le dieron, volviose; y porque no le tuviesen por cobarde, o pensando que fuese muerto también a manos de indios, dijo que Cortés era muerto; que causó gran parte del mal. Con lo cual, y por malas nuevas que venían de los muchos trabajos y peligros en que Cortés y los de su compañía andaban, lo creía casi toda la ciudad; y así muchas mujeres hicieron obsequios a sus maridos, y al mismo Cortés le hicieron también ciertos parientes, amigos y criados suyos, las honras como a muerto. Juana de Mansilla, mujer de Juan Valiente, dijo que Cortés era vivo: vino a oídos de Gonzalo de Salazar, y mandola azotar por las calles públicas y acostumbradas de la ciudad; dislate de tirano. Mas Cortés cuando vino restituyó a esta mujer en su honra, llevándola a las ancas por México y llamándola doña Juana; y en unas coplas que después hicieron, a imitación de las del Provincial, dijeron por allá que le habían sacado el don de las espaldas, como narices del brazo. Estaban a la sazón seis o siete naos de mercaderes en Medellín, que, a fama de las riquezas de México, eran idas a vender sus mercaderías. Gonzalo de Salazar y todos los otros oficiales del rey querían enviar en ellas dineros al emperador, que era el toque de su negocio, y escribir al Consejo y a Cobos en derecho de su deudo; pero no faltó quien se

lo contradijese, diciendo que no era bien aquello sin voluntad y cartas del gobernador Fernando Cortés.

Llegó en esto Francisco de las Casas con Gil González de Ávila; y como era caballero, hombre altivo, animoso, y cuñado de Cortés, opúsose muy recio contra ellos, y aun atropellolos un día, maltratando a Rodrigo de Albornoz, y envió luego a quitar las áncoras y velas a las naos que estaban en Medellín, porque no tuviesen en qué enviar a España relaciones, como él decía, falsas, mentirosas y perjudiciales; pero el factor Salazar, que era mañoso, lo prendió, juntamente con Gil González; procedió contra ellos por la muerte de Cristóbal de Olid, por la inobediencia y desacato que le tuvo por lo de las naos, y porque era gran contraste para sus pensamientos. Condenolos a muerte, y si no fuera por buenos rogadores los degollara, aunque habían apelado para el emperador. Todavía los envió presos a España, con el proceso y sentencia, en una nao de Juan Bono de Quexo. Envió asimismo doce mil castellanos en barras y joyas de oro con Juan de la Peña, criado suyo; pero quiso la fortuna que se hundiese aquella carabela en la isla del Fayal, que es de las Azores una; y así se perdieron las cartas, procesos y escrituras, y se salvaron los hombres y el oro.

CAPÍTULO CLXXIV
LA PRISIÓN DEL FACTOR Y VEEDOR

Estando pues Gonzalo de Salazar triunfando de esta manera en México, y Peralmíndez Chirino sobre el peñol que dije de Zoatlán, llegó a la ciudad Martín Dorantes, mozo de espuelas de Cortés, con muchas cartas y con poderes del gobernador, para que gobernasen Francisco de las Casas y Pedro de Alvarado, y removiesen del cargo y castigasen al factor y veedor. Entrose en San Francisco, sin ser de nadie visto; y como supo de los frailes que Francisco de las Casas era llevado preso a España, llamó secretamente a Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y dioles las cartas de Cortés. Ellos, en leyéndolas, llamaron a todos los de la parcialidad de Cortés, los cuales eligieron luego al Alonso de Estrada por lugarteniente de Cortés, en nombre del emperador, por no estar allí tampoco Pedro de Alvarado ni Francisco de las Casas, a quien los poderes venían.

Divulgose luego por toda la ciudad que Cortés era vivo, y hubo grande alegría; y todos salían de sus casas por ver y hablar al Dorantes. Con el regocijo de tan buenas nuevas parecía México otro del que hasta allí. Gonzalo de Salazar temió valientemente el furor del pueblo. Habló a muchos, según la necesidad que tenía, para que no le desamparasen. Asestó la artillería a la puerta de las casas de Cortés, donde residía, después que ahorcó a Rodrigo de Paz, e hízose fuerte con hasta doscientos españoles. Alonso de Estrada con todo su bando fue a combatirle la casa. Como aquellos doscientos españoles vieron venir a toda la ciudad sobre sí, y que era mejor acostarse a la parte de Cortés, pues era vivo, que no tener con el factor, y por no morir, comenzaron a dejarle y descolgarse por las ventanas a unos corredores de la casa; y de los primeros que se descolgaron fue don Luis de Guzmán; y no le quedaron sino doce o quince, que debían ser sus criados. El factor no por eso perdió el ánimo; antes, de que vio que todos se le iban, esforzó a los que le quedaban, y púsose a resistir, y él mismo pegó fuego con un tizón a un tiro; pero no hizo mal, porque los contrarios se abrieron al pasar de la pelota. Arremetió tras esto Estrada y su gente, y entraron y prendieron al factor en una cámara, donde se retiró. Echáronle una cadena, lleváronlo por la plaza y otras calles, no sin vituperio e injuria, para que todos lo viesen; metiéronlo en una red, con muy buena guarda, y después se pasaron a la misma casa el Estrada y Albornoz.

Estrada derechamente le fue contrario, mas Albornoz anduvo doblado, porque afirman que se salió de San Francisco y habló al factor, prometiéndole que ni sería contra él ni con él, sino en poner paz. Y a la vuelta topó al Estrada, que venía a combatir la casa, e hizo que le apeasen de la mula y le diesen caballo y armas para sí y para sus criados, porque pareciese fuerza si el factor vencía. Peralmíndez Chirino dejó la guerra que hacía, de que supo cómo Cortés era vivo, y revocado su poder de gobernador; y caminó para México cuanto más pudo para ayudar con su gente a su amigo Gonzalo de Salazar; mas antes que llegase supo cómo ya estaba preso y enjaulado, y fuese a Tlaxcallan, y metiose en San Francisco, monasterio de frailes, pensando guarecer allí y escapar de las manos de Alonso de Estrada y bando de Cortés; empero luego que se supo en México enviaron por él, y le trajeron y metieron en otra jaula cabe su compañero, sin que le valiese la iglesia.

Con la prisión de estos dos cesó todo el escándalo, y gobernaban Estrada y Albornoz en nombre del rey y del pueblo muy en paz, aunque aconteció que ciertos amigos y criados de Gonzalo de Salazar y Peralmíndez se hermanaron y concertaron de matar un día señalado a Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y que las guardas soltasen los presos. Mas como tenían las llaves los mismos gobernadores, no se podía efectuar su concierto sin hacer otras; porque romper las jaulas, que eran de vigas muy gruesas, era imposible sin ser sentidos y presos. Así que dan parte del secreto, prometiéndole grandes cosas, a un Guzmán, hijo de un cerrajero de Sevilla que hacía vergas de ballesta. El Guzmán, que era buen hombre y allegado de Cortés, se informó muy bien quiénes y cuántos eran los conjurados, para denunciarlos y ser creído. Prometioles llaves, limas y ganzúas para cuando las pedían, y rogoles que cada día le viesen y avisasen de lo que pasaba, porque se quería hallar en librar los presos, no los matasen. Aquellos se lo creyeron, de necios y poco recatados, e iban y venían a su tienda muchas veces. El Guzmán descubrió el negocio a los gobernadores, declarando por nombre a los concertados, los cuales luego pusieron espías, y hallaron ser verdad. Dieron mandamiento para prender los de monipodio. Presos confesaron ser verdad que querían soltar a sus amos y matar a ellos; y así, fueron sentenciados. Ahorcaron a un Escobar y a otros, que era la cabeza. A unos cortaron las manos, a otros los pies, a otros azotaron, a muchos desterraron y, en fin, todos fueron bien castigados; y con tanto, no hubo de allí adelante quien revolviese la ciudad ni perturbase la gobernación de Alonso de Estrada.

Así como digo pasó esta guerra civil de México entre españoles, estando ausente Fernando Cortés; y levantáronla oficiales del rey, que son más de culpar. Y nunca Cortés salió fuera que soldado suyo saliese de su mandado y comisión, ni hubiese la menor alteración de las pasadas. Fue maravilla no alzarse los indios entonces, que tenían aparejo para ello, y aun armas, bien que dieron muestra de hacerlo; mas esperaban que Cuahutimoc se lo enviase a decir cuando él hubiese muerto a Cortés, como lo trataba por el camino, según después se dirá.

CAPÍTULO CLXXV
LA GENTE QUE CORTÉS LLEVÓ A LAS HIGUERAS

Luego que Cortés despachó a Gonzalo de Salazar y a Paralmíndez desde la villa del Espíritu Santo con poderes para gobernar en México, hizo saber a los señores de Tabasco y Xicalanco cómo estaba allí y quería ir cierto camino; que le enviasen algunos hombres prácticos de la costa y de la tierra. Luego aquellos señores le enviaron diez personas de las más honradas de sus pueblos, y mercaderes, con el crédito que de costumbre tienen; los cuales, después de haber muy bien entendido el intento de Cortés, le dieron un dibujo de algodón tejido, en que pintaron todo el camino que hay de Xicalanco hasta Naco y Nito, donde estaban españoles, y aun hasta Nicaragua, que es a la Mar del Sur, y hasta donde residía Pedrarias, gobernador de Tierra Firme; cosa bien de mirar, porque tenía todos los ríos y sierras que se pasan y todos los grandes lugares y las ventas a do hacen jornada cuando van a las ferias; y le dijeron cómo, por haber quemado muchos pueblos los españoles que andaban por aquella tierra, se habían huido los naturales a los montes; y así, no se hacían las ferias como solían en aquellas ciudades.

Cortés se lo agradeció, y les dio algunas cosillas por el trabajo y por las nuevas de lo que buscaba, y se maravilló de la noticia que tenían de tierras tan lejos. Teniendo pues guía y lengua, hizo alarde, y halló ciento y cincuenta caballos y otros tantos españoles a pie, muy en orden de guerra, para servicio de los cuales iban tres mil indios y mujeres. Llevó una piara de puercos, animales para mucho camino y trabajo y que multiplican en gran manera. Metió en tres carabelas cuatro piezas de artillería que sacó de México, mucho maíz, frijoles, pescados y otros mantenimientos, muchas armas y pertrechos y todo el vino, aceite, vinagre y cecinas que tenía traídas de la Veracruz y de Medellín. Envió los navíos que fuesen costa a costa hasta el río de Tabasco, y él tomó el camino por tierra, con pensamiento de no desviarse mucho de la mar. A nueve leguas de la villa del Espíritu Santo pasó un gran río en barcas, y entró en Tonalán; y otras tantas leguas más adelante pasó otro río, que llaman Aquiualco, y los caballos a nado. Topó después otro tan ancho, que porque no se le ahogasen los caballos hizo una puente de madera, no media legua de la mar, que tuvo

nuevecientos y treinta y cuatro pasos. Fue obra que maravilló a los indios, y aun que los cansó.

Llegó a Copilco, cabeza de la provincia; y en treinta y cinco leguas que anduvo atravesó cincuenta ríos y desaguaderos de ciénagas y otras casi tantas puentes que hizo, que no pudiera pasar de otra manera la gente. Es aquella tierra muy poblada, aunque muy baja y de muchas ciénagas y lagunajos, a causa de ser muy alta la costa y ribera; y así, tienen muchas canoas. Es rica de cacao, abundante de pan, fruta y pesca. Sirvió muy bien este camino, y quedó amiga y depositada a los españoles, vecinos de la villa del Espíritu Santo. De Anaxaxuca, que es el postrer lugar de Copilco para ir a Ciuatlán, atravesó unas muy cerradas montañas y un río, dicho Quezatlapan, bien grande, el cual entra en el de Tabasco, que llaman Grijalva; y por él se proveyó de comida de los carabelones con veinte barquillas de Tabasco, que trajeron doscientos hombres de aquella ciudad; con las cuales pasó el río. Ahogósele un negro, y perdiose hasta cuatro arrobas de herraje, que hicieron harta falta. Creo que aquí se casó Juan Jaramillo con Marina, estando borracho; culparon a Cortés, que lo consintió teniendo hijos en ella. Huyeron; y en veinte días que estuvo allí Cortés ni vinieron ni halló quien le mostrase camino, sino fueron dos hombres y unas mujeres que le dijeron cómo el señor y todos estaban por los montes y esteros, y que ellos no sabían andar sino en barcas. Preguntados si sabían a Chilapan, que estaba en el dibujo, señalaron con el dedo una sierra hasta diez leguas de allí. Cortés hizo una puente de trescientos pasos, en que entraron muchas vigas de treinta y de cuarenta pies, y pasó una gran ciénaga; que sin pasar agua no se podía salir de aquel pueblo. Durmió en el campo alto y enjuto, y otro día entró en Chilapan, gran lugar y bien asentado; mas estaba quemado y destruido. No halló en él más de dos hombres, que lo guiaron a Tamaztepec, que por otro nombre llaman Tecpetlicán. Antes de llegar allá pasó un río, dicho por nombre Chilapan, como el lugar atrás. Ahogose allí otro esclavo, y perdiose mucho fardaje. Tardó dos días en andar seis leguas, y casi siempre fueron los caballos por agua y cieno hasta las rodillas, y aun hasta la barriga por muchas partes. El trabajo y peligro que pasaron los hombres fue excesivo, y aína se ahogaron tres españoles. Tamaztepec estaba sin gente y desolado.

Todavía reposaron en él los nuestros seis días. Hallaron fruta, maíz verde en lo labrado y maíz en grano en silos, que fue harto remedio y refrigerio, según iban hombres y caballos; y aun cómo pudieron llegar los puercos fue maravilla. De allí fue a Iztapan en dos jornadas por ciénagas y tremedales espantosos, donde se hundían los caballos hasta la cincha. Los de aquel pueblo, como vieron hombres a caballo, huyeron, y también porque les había dicho el señor de Ciuatlán que los españoles mataban cuantos topaban; y aun pusieron fuego a muchas casas. Llevaron su ropilla y mujeres de la otra parte del río que pasa por el pueblo, y muchos de ellos por pasar apriesa se ahogaron. Prendiéronse algunos, que dijeron cómo por el miedo que les había metido el señor de Ciuatlán habían hecho aquello. Cortés entonces llamó los que traía de Ciuatlán, Chilapan y Tamaztepec, para que le dijesen el buen tratamiento que se les hacía; y dioles luego en presencia de aquel preso algunas cosillas, y licencia que se tornasen a sus casas, y cartas para que mostrasen a los cristianos que por sus pueblos viniesen, porque con ellas estarían seguros. Con esto se alegraron y aseguraron los de Iztapan, y llamaron al señor, el cual vino con cuarenta hombres, y diose por vasallo del emperador; y dio largamente de comer a nuestro ejército aquellos ocho días que allí estuvo. Pidió veinte mujeres, que fueron presas en el río, y luego se las dieron. Acaeció estando allí que un mexicano se comió una pierna de otro indio de aquel pueblo, que fue muerto a cuchilladas. Súpolo Cortés, y mandolo luego quemar en presencia del señor; el cual quiso entender la causa, y fuele dicha, y aun le hizo Cortés un largo razonamiento y sermón, por intérprete, dándole a entender cómo era venido en aquellas partes en nombre del más bueno y poderoso príncipe del mundo, a quien toda la tierra reconocía como a monarca, y que así debía hacer él; y que también venía a castigar los malos que comían carne de otros hombres, como hacía aquel de México, y a enseñar la ley de Cristo, que mandaba creer y adorar un solo Dios, y no tantos ídolos; y notificar a los hombres el engaño que les hacía el diablo para llevarlos al infierno, donde los atormentasen con terrible y perdurable fuego. Declarole asimismo muchos misterios de nuestra santa fe católica. Cebole con el paraíso, y dejole muy contento y maravillado de las cosas que le dijo. Este señor dio a Cortés tres canoas para enviar a Tabasco por el río abajo con tres españoles

y la instrucción de lo que habían de hacer los carabelones, y de cómo tenían de ir a esperarle a la bahía de la Ascensión, y para llevar con ellas y con otras carne y pan de los navíos a Acalán por un estero. Diole asimismo otras tres canoas y hombres, que fueron con unos españoles el río arriba a apaciguar y allanar la tierra y camino, que no fue poca amistad. De aquí comenzaron a ir ruines nuevas a México, y que nunca más volvería Cortés, por lo cual mostraron luego sus dañadas intenciones Gonzalo de Salazar y Peralmíndez.

CAPÍTULO CLXXVI
DE LOS SACERDOTES DE TATAHUITLAPAN

De Iztapan fue Cortés a Tatahuitlapan, donde no halló gente ninguna, salvo veinte hombres que debían ser sacerdotes, en un templo de la otra parte del río, muy grande y bien adornado, los cuales dijeron haberse quedado allí para morir con sus dioses, que les decían que los mataban aquellos barbudos, y era que Cortés quebraba siempre los ídolos y ponía cruces; y como vieron a los indios de México con unos aderezos de los ídolos, dijeron llorando que ya no querían vivir, pues sus dioses eran muertos. Cortés entonces y los dos frailes franciscanos les hablaron con las lenguas que llevaban, otro tanto como al señor de Iztapan, y que dejasen aquella su loca y mala creencia. Ellos respondieron que querían morir en la ley que sus padres y abuelos. Uno de aquellos veinte, que era el principal, mostró do estaba Huatipan, que venía figurado en el paño, diciendo que no sabía andar por tierra. Simpleza harto grande; pero con ella vivían contentos y descansados.

Poco después de salido el ejército de allí, pasó una ciénaga de media legua, y luego un estero hondo, donde fue necesario hacer puente, y más adelante otra ciénaga de una legua; pero como era algo tiesta debajo, pasaron los caballos con menos fatiga, aunque les daba a las chinchas, y donde menos, encima de la rodilla. Entraron en una montaña tan espesa, que no veían sino el cielo y lo que pisaban, y los árboles tan altos, que no se podía subir en ellos, para atalayar la tierra. Anduvieron dos días por ella desatinados; repararon orilla de una balsa que tenía yerba, porque paciesen los caballos; dur-

mieron y comieron aquella noche poco, y algunos pensaban que antes de acertar a poblado habían de morir. Cortés tomó una aguja y carta de marear que llevaba para semejantes necesidades, y acordándose del paraje que le habían señalado en Tahuitlapan, miró, y halló que corriendo al nordeste iban a salir a Guatecpán o muy cerca. Abrieron pues el camino a brazos, siguiendo aquel rumbo, y quiso Dios que fueron derechos a dar en el mismo lugar, después de muy trabajados; mas refrescáronse luego en él con frutas y otra mucha comida, y ni más ni menos los caballos con maíz verde y con yerba de la ribera, que es muy hermosa.

Estaba el lugar despoblado, y no podía Cortés saber rastro de las tres barcas y españoles que había enviado el río arriba, y andando por el pueblo, vio una saeta de ballesta hincada en el suelo, por la cual conoció que eran pasados adelante, si ya no los habían muerto los de allí. Pasaron el río algunos españoles en unas barquillas; anduvieron buscando gente por las huertas y labranzas y al cabo vieron una gran laguna, donde todos los de aquel pueblo estaba metidos en barcas e isletas; muchos de los cuales salieron luego a ellos con mucha risa y alegría, y vinieron al lugar hasta cuarenta, que dijeron a Cortés cómo por el señor de Ciuatlán habían dejado el pueblo, y cómo eran pasados ciertos barbudos el río adelante con hombres de Iztapan, que les dijeron certenidad del buen tratamiento que los extranjeros hacían a los naturales, y cómo se había ido con ellos un hermano de su señor en cuatro canoas de gente armada, para que no les hiciesen mal en el otro pueblo más arriba.

Cortés envió por los españoles, y vinieron luego al otro día con muchas canoas cargadas de miel, maíz, cacao y un poco de oro, que alegró el ojo a todos. También vinieron de otros cuatro o cinco lugares a traer a los españoles bastimento, y a verlos, por lo mucho que de ellos se decía, y en señal de amistad les dieron un poquito de oro, y todos quisieran que fuera más. Cortés les hizo mucha cortesía, y rogó que fuesen amigos de cristianos. Todos ellos se lo prometieron. Tornáronse a sus casas, quemaron muchos de sus ídolos por lo que les fue predicado, y el señor dio del oro que tenía.

CAPÍTULO CLXXVII
DE LA PUENTE QUE HIZO CORTÉS

De Huatecpan tomó Cortés el camino para la provincia de Acalán, por una senda que llevan mercaderes; que otras personas poco andan de un pueblo a otro, según ellos decían. Pasó el río con barcas; ahogose un caballo, y perdiéronse algunos fardajes. Anduvo tres días por unas montañas muy ásperas con gran fatiga del ejército, y luego dio sobre un estero de quinientos pasos ancho, el cual puso en gran estrecho los nuestros, por no tener barcas ni hallar fondo. De manera que con lágrimas pedían a Dios misericordia, porque si no era volando parecía imposible pasarlo, y tornar atrás, como todos los más querían, era perecer; porque como había llovido mucho, se habían llevado las crecientes todas las puentes que hicieron. Cortés se metió en una barquilla con dos españoles hombres de mar, los cuales sondaron todo el ancón y estero, y por do quiera hallaban cuatro brazas de agua. Tentaron con picas, atadas una a otra, el suelo, y estaba otras dos brazadas de lama y cieno; de suerte que eran seis brazas de hondura, y quitaban la esperanza de fabricar puente.

Todavía quiso él probar de hacerla. Rogó a los señores mexicanos que consigo llevaba hiciesen con los indios que cortasen árboles, labrasen y trajesen vigas grandes, para hacer allí una puente por do escapasen de aquel peligro. Ellos lo hicieron, y los españoles iban hincando aquellas maderas por el cieno, puestos sobre balsas, y con tres canoas, que más no tenían; pero érales tanto trabajo y mohína, que renegaban de la puente y aun del capitán, y murmuraban terriblemente de él por haberlos metido locamente a donde no los podría sacar, con toda su agudeza y saber, y decían que la puente no se acabaría, y cuando se acabase serían ellos acabados; por tanto, que diesen vuelta antes de acabar las vituallas que tenían, pues así como así se había de volver sin llegar a Higueras. Nunca Cortés se vio tan confuso; mas por no enojarlos, no les quiso contradecir, y rogoles que se holgasen y esperasen cinco días solamente, y si en ellos no tuviese hecha la puente, que les prometía de volverse. Ellos a esto respondieron que esperarían aquel tiempo aunque comiesen cantos. Cortés entonces habló a los indios que mirasen en cuánta necesidad estaban todos, pues forzado habían de pasar o perecer. Animolos al trabajo, diciendo que luego en pasando aquel estero

estaba Acalán, tierra abundantísima y de amigos, y donde estaban los navíos con muchos bastimentos y refrescos. Prometioles grandes cosas para en volviendo a México si hacían aquella puente.

Todos ellos, y los señores principalmente, respondieron que les placía, y luego se repartieron por cuadrillas. Unos para coger raíces, yerbas y frutas de monte que comer, otros para cortar árboles, otros para labrarlos, otros para traerlos y otros para hincarlos en el estero. Cortés era el maestro mayor de la obra, el cual puso tanta diligencia y ellos tanto trabajo, que dentro de seis días fue hecha la puente, y al séptimo pasaron por encima de ella todo el ejército y caballos; cosa que pareció no sin ayuda de Dios obrada, y los españoles se maravillaron muy mucho y aun trabajaron su parte, que aunque hablan mal obran bien. La hechura era común, mas la maña que los indios tuvieron fue extraña. Entraron en ella mil vigas de ocho brazas en largo y cinco y seis palmos de gordor y otras muchas maderas menores y menudas para cubierta. La atadura fue de bejucos, que clavazón no hubo, sino de clavos de ferrar y clavijas de palo por algunos barrenos. No duró la alegría que todos llevaban por haber pasado a salvo aquel estero, que luego toparon una ciénaga muy espantosa, aunque no muy ancha, donde los caballos, quitadas las sillas, se sumían hasta las orejas, y cuanto más forcejaban más se hundían, de manera que allí se perdió del todo la esperanza de escapar caballo ninguno. Todavía les metían debajo los pechos y barrigas haces de rama y de yerba en que se sostuviesen, lo cual aunque aprovechaba algo, no bastaba. Estando así, abriose por medio un callejón por do acanaló la agua, y por allí salieron a nado los caballos, pero tan fatigados, que no se podían tener en pies. Dieron gracias a nuestro Señor por tan grandes mercedes como les había hecho; que sin caballos quedaban perdidos.

Estando en esto llegaron cuatro españoles que habían ido delante, con ochenta indios de aquella provincia de Acalán, cargados de aves, fruta y pan, con que Dios sabe cuánto se holgaron todos, mayormente cuando dijeron que Apoxpalón, señor de aquella provincia y toda la demás gente quedaba esperando el ejército de paz, y con muy buena voluntad de verle y aposentarlo en sus casas; y ciertos de aquellos indios dieron a Cortés cosillas de oro de parte del señor, y dijeron cómo tenían gran contentamiento de su venida por aquella tierra, que muchos años había que tenía noticia de

él por los mercaderes de Xicalanco y Tabasco. Cortés les agradeció tan buena voluntad; dioles ciertas cosillas de España para el señor; hízolos ir a ver la puente, y tornolos a enviar con los mismos españoles. Fueron admirados del edificio de la puente, así porque no los hay por allí como por ser tan grande, y porque pensaban que ninguna cosa era imposible a los españoles. Otro día llegaron a Tizapetl, donde los vecinos tenían mucha comida aderezada para los hombres, y mucho grano y hierba y rosas para los caballos.

Reposaron allí seis días, satisfaciendo al trabajo y hambre pasada. Vino a ver a Cortés un mancebo de buena disposición y muy bien acompañado, que dijo ser hijo de Apoxpalón. Trájole muchas gallinas y cierto oro; ofreciole su persona y tierra, fingiendo que su padre era muerto. Él lo consoló y mostró tener tristeza, aunque barruntaba no decir verdad, porque cuatro días antes estaba vivo y le había enviado un presente. Diole un collar de cuentas de Flandes, que traía al cuello, y que fue muy estimado del mancebo, y rogole que no se fuese tan presto.

CAPÍTULO CLXXVIII
DE APOXPALÓN, SEÑOR DE IZANCANAC

De Tizapetl fueron a Teuticaccac, que estaba seis leguas, donde el señor les hizo muy buen tratamiento. Aposentáronse en dos templos, que los hay muchos y muy hermosos, uno de los cuales era el mayor y dedicado a una diosa a quien sacrificaban doncellas vírgenes y hermosas, que si no eran, diz que se enojaba mucho con ellos, y a esta causa las buscaban desde niñas y las criaban regaladamente. Sobre esto les dijo Cortés como mejor pudo lo que convenía a cristiano y lo que el rey mandaba, y derribó los ídolos; de que no mostraron mucha pena los del pueblo. Aquel señor de Teuticaccac trabó grandes pláticas y conversación con españoles, y tomó mucha amistad y amor con Cortés. Diole más entera razón de los españoles que iba buscando y del camino que había de llevar. Díjole en muy gran puridad cómo Apoxpalón era vivo, y que le quería guiar por un rodeo, aunque no mal camino, porque no viese sus pueblos y riqueza. Rogole que tuviese secreto si le quería ver vivo y con su hacienda y estado. Cortés se lo agradeció mucho, y no solamente le prometió secreto, pero buenas obras de amigo. Llamó

luego al mancebo que dije, y examinole; el cual, como no pudo negar la verdad, dijo cómo su padre era vivo, y a ruego de Cortés le fue a llamar y le trajo luego al segundo día.

Apoxpalón se excusó con mucha vergüenza, diciendo que de miedo de tan extraños hombres y animales lo hacía, hasta ver si eran buenos, porque no le destruyesen sus pueblos; pero que ahora, pues veía cómo no hacían mal a nadie, le rogaba se fuese con él a Izancanac, ciudad populosa donde él residía. Cortés se partió otro día, y dio un caballo a Apoxpalón en que fuese, de lo cual mostró gran placer, aunque al principio pensó caer. Entraron con gran recibimiento en aquella ciudad. Cortés y Apoxpalón posaron en una casa donde cupieron los españoles con sus caballos. A los de México repartieron por casas. Aquel señor dio largamente de comer a todos el tiempo que allí estuvieron, y a Cortés cierto oro y veinte mujeres. Diole una canoa y hombres que llevasen por el río abajo hasta la mar, a do estaban los carabelones, a un español que poco antes llegara de Santisteban de Pánuco con letras, y cuatro indios que habían traído cartas de Medellín, de la villa del Espíritu Santo y de México, hechas antes que Gonzalo de Salazar y Peralmíndez llegasen; con las cuales respondía que iba bueno, aunque con muchos trabajos, y también escribió a los españoles que estaban en los carabelones lo que habían de hacer y adonde tenían de ir a esperarle.

Acostumbraban, a lo que dicen en aquella tierra de Acalán, hacer señor al más caudaloso mercader, y por eso lo era Apoxpalón, que tenía grandísimo trato por tierra de algodón, cacao, esclavos, sal, oro, aunque poco y mezclado con cobre y con otras cosas; de caracoles colorados, con que atavían sus personas y sus ídolos; de resina y otros sahumerios para los templos, de teda [tea] para alumbrarse, de colores y tintas con que se pintan para las guerras y fiestas, y se tiñen para defensa del calor y frío, y de otras muchas mercaderías que ellos estiman y han menester; así, tenía en muchos pueblos de ferias, como era Nito, factor y barrio por sí, poblado de sus vasallos y criados tratantes. Mostrose Apoxpalón muy amigo de españoles, hizo una puente para que pasasen una ciénaga, tuvo canoas para pasar un estero; envió muchas guías con ellos, prácticas del camino, y por todo esto no pidió sino una carta de Cortés para si algunos españoles viniesen por allí, que supiesen era su amigo. Acalán es muy poblada y rica. Izancanac grande ciudad.

CAPÍTULO CLXXIX
LA MUERTE DE CUAHUTIMOC

Llevaba Cortés consigo a Cuahutimoc y otros muchos señores mexicanos, porque no revolviesen la ciudad y tierra, y tres mil indios de servicio y carga. Cuahutimoc, afligido de tener guarda, y como tenía alientos de rey, y veía los españoles alejados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabían, pensó matarlos por vengarse, especial a Cortés, y volverse a México apellidando libertad, y alzarse por rey, como solía ser. Dio parte a los otros señores, y avisó a los de México, para que en un mismo día matasen también ellos a los españoles que allí había, pues no eran sino doscientos y no tenían más de cincuenta caballos, y estaban reñidos y en bandos; y si lo supiera hacer como pensar, no pensara mal; porque Cortés llevaba pocos, y pocos eran los de México, y aquellos mal avenidos. Había tan pocos entonces por haber ido con Alvarado a Quahutemallan, con Casas a Higueras y a las minas de Michuacán. Los de México se concertaron para en viendo descuidados o asidos los españoles, y para el segundo mandamiento de Cuahutimoc, hacían de noche gran ruido con atabales, huesos, caracoles y bocinas; y como era más y más ordinario que antes, tomaron sospecha los españoles y preguntaron la causa. Recatáronse de ellos, no sé si por indicios o por certificación, y salían siempre armados, y aun en las procesiones que hacían por Cortés llevaban los caballos a par de sí, ensillados y enfrenados.

Mexicalcinco, que después se llamó Cristóbal, descubrió a Cortés la conjuración y trato de Cuahutimoc, mostrándole un papel con las figuras y nombres de los señores que le urdían la muerte. Cortés loó mucho a Mexicalcinco, prometiole grandes mercedes, y prendió diez de aquellos que estaban pintados en el papel sin que uno supiese de otro: preguntoles cuántos eran en aquella liga, diciendo al que examinaba cómo se lo habían dicho ya otros. Era tan cierto, según Cortés, que no podían negarlo; y así, confesaron todos que Cuahutimoc, Couanacochcín y Tetepanquezatl habían movido aquella plática; que los demás, aunque holgaban de ello, no habían consentido de veras ni se habían hallado en la consulta, y que obedecer a su señor y desear cada uno su libertad y señorío no era mal hecho ni pecado, y que les parecía que nunca podrían tener mejor tiempo ni lugar que allí para matar-

le, por tener pocos compañeros y ningún amigo, y que no temían mucho los españoles que estaban en México, por ser nuevos en la tierra y no usados a las armas, y muy metidos en bandos y guerra, de que Cortés tomó mala espina; mas empero, pues los dioses no lo querían, que los matase.

Tras esta confesión les hizo proceso, y dentro de breve tiempo se ahorcaron por justicia Cuahutimoc, Tlacatlec y Tetepanquezatl. Para castigo de los otros bastó el miedo y espanto; que ciertamente pensaron todos ser muertos y quemados, pues ahorcaron los reyes, y creían que la aguja y carta de marear se lo habían dicho, y no hombre ninguno; y tenían por muy cierto que no se le podían esconder los pensamientos, pues había acertado aquello y el camino de Huatepán; y así vinieron muchos a decirle que mirase en el espejo, que así llaman ellos a la aguja, y vería cómo le tenían muy buena voluntad y ningunas intenciones malas. Él y todos los españoles les hacían encreyente ser así verdad porque temiesen. Hízose esta justicia por Carnestolendas del año 1525 en Izancanac.

Fue Cuahutimoc valiente hombre, según de la historia se colige, y en todas sus adversidades tuvo ánimo y corazón real, tanto al principio de la guerra para la paz, cuanto en la perseverancia del cerco, y así cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron, y como cuando porque dijese del tesoro de Moteczuma, le dieron tormento, el cual fue untándole muchas veces los pies con aceite y poniéndoselos luego al fuego; pero más infamia sacaron que no oro, y Cortés debiera guardarlo vivo como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias. Mas no quiso tener que guardar en tierra y tiempo tan trabajoso; es verdad que se preciaba mucho de él, que los indios le honraban mucho por su amor y respeto y le hacían aquella misma reverencia y ceremonias que a Moteczuma, y creo que por eso le llevaba siempre consigo por la ciudad a caballo, si cabalgaba, y si no a pie como él iba.

Apoxpalón quedó espantado de aquel castigo de tan grandísimo rey; y de temor, o por lo que Cortés le había dicho acerca de los muchos dioses, quemó infinitos ídolos en presencia de los españoles, prometiéndoles de no honrar más las estatuas de allí en adelante, y de ser su amigo y vasallo del rey.

CAPÍTULO CLXXX
DE CÓMO CANEC QUEMÓ LOS ÍDOLOS

De Izancanac, que es cabecera de Acalán, habían de ir nuestros españoles a Mazatlán, pueblo que también se llama de otra manera en otro lenguaje, mas no sé cómo se tiene de escribir; y aunque he procurado mucho informarme muy bien de los propios vocablos y nombres de los lugares que nuestro ejército pasó este viaje de las Higueras, no estoy satisfecho del todo. Por tanto, si algunos no se pronuncian como deben, nadie se maraville, pues aquel camino no se huella. Cortés, porque no le faltase provisión, hizo mochila para seis días, aunque no había de estar en el camino sino tres, o cuando mucho cuatro, escarmentado de la necesidad pasada. Envió delante cuatro españoles con dos guías que le dio Apoxpalón. Pasó la ciénaga y estero con la puente y canoas que aderezó aquel señor, y a cinco leguas que anduvo, volvieron los cuatro españoles diciendo que había buen camino y mucho pasto y labranzas; que fue buena nueva para todos, que iban hostigados de los malos caminos pasados.

Envió otros corredores más sueltos a tomar algunos de la tierra para saber cómo tomaban la ida de españoles; los cuales trajeron presos dos hombres de Acalán, mercaderes según iban cargados de ropa para vender, y ellos dijeron cómo en Mazatlán no había memoria de tales hombres, y que el lugar estaba lleno de gente. Cortés dejó volver a los que traía de Izancanac, y llevó por guía aquellos dos mercaderes. Durmió aquella noche, como la pasada en un monte. Otro día los españoles que descubrían toparon cuatro hombres de Mazatlán, que estaban por escuchas, y tenían arcos y flechas, y que, como los vieron, desembarazaron sus arcos, hirieron un indio nuestro y acogiéronse a un monte. Corrieron tras ellos los españoles, y no pudieron tomar sino al uno. Entregáronlo a los indios, y prosiguieron el camino por ver si había más. Aquellos tres que se metieron en el monte, como vieron idos los españoles, dieron sobre nuestros indios, que eran otros tantos, y por fuerza les quitaron el preso. Ellos corridos del afrenta, corrieron tras los otros, tornaron a pelear, hirieron a uno de Mazatlán en un brazo, de una gran cuchillada, y prendiéronle; los demás huyeron porque llegaba cerca el ejército. Este herido dijo que no sabían nada en su lugar de

aquella gente barbada, y que estaban allí por velas, como es su costumbre, para que sus enemigos, que tenían muchos por la comarca, no llegasen sin ser sentidos a saltear al pueblo ni labranzas, y que no estaba lejos el lugar.

Cortés aguijó por llegar allá aquella noche, mas no pudo. Durmió cerca de una ciénaga en una cabañuela sin tener agua que beber. En amaneciendo se aderezó la ciénaga con rama y mucha broza, y pasaron los caballos de diestro no con mucho trabajo, y a tres leguas andadas llegaron a un lugar puesto sobre un peñol en mucha ordenanza, pensando hallar resistencia, mas no la hubo, porque los moradores habían huido de miedo. Hallaron muchos gallipavos, miel, frijoles, maíz y otros bastimentos en gran cantidad. Aquel lugar es fuerte por estar en gran risco; no tiene más de una puerta, pero llana la entrada; está rodeado por una parte de una laguna y por la otra de un arroyo muy hondo que también entra en la laguna; tiene un foso bien hondo, y luego un pretil de madera hasta los pechos, y después una cerca de tablones y vigas, dos estados en alto, por lo cual hay muchas troneras para flechar, y a trechos garitas que sobrepujan la cerca otro estado y medio, con muchas piedras y saetas, y aun las casas son fuertes y tienen sus travesías y saeteras para tirar, que responden a las calles. Todo, en fin, era recio y bien ordenado para las armas que usan en aquella tierra, y tanto más se holgaron los nuestros, cuanto más fuerte era el lugar, porque lo desampararon, mayormente que era frontera y tenían guarnición de soldados. Cortés envió uno de aquellos de Acalán a llamar al señor y a la gente.

Vino el gobernador; dijo que el señor era niño y tenía mucho miedo, y fuese con él hasta Tiac, que está seis leguas de allí; pero ya cuando llegaron eran idos los vecinos al monte, huyendo de temor. Era Tiac mayor pueblo, mas no tan fuerte por estar en llano. Tiene tres barrios cercados cada uno por sí, y otra cerca que los cerca a todos juntos. No pudo Cortés acabar con los de allí que viniesen estando dentro su ejército, aunque le dieron vituallas y alguna ropa y un hombre que lo guiase, el cual dijo que había visto otros hombres barbados y otros ciervos; así llaman por allá a los caballos. Como tuvo Cortés tan buena guía, dio licencia y paga a los de Acalán, que se fuesen a su tierra, y muchas encomiendas para Apoxpalón. De Tiac fue a dormir a Xuncahuitl, que también era lugar fuerte y cercado como los otros, y estaba yermo de gente, pero lleno de mantenimiento. Allí se prove-

yó el ejército para cinco días que había de camino y despoblado hasta Taica, según la nueva guía.

Cuatro noches hicieron en sierras; pasaron un mal puerto que se llamó de Alabastro, por ser todas las peñas y piedras de ello. Al quinto día llegaron a una muy gran laguna, en una isleta en la cual estaba un gran pueblo, que según la guía dijo, era cabecera de aquella provincia de Taica, y no se podía entrar en él sino por barca. Los corredores tomaron un hombre de aquel lugar en una canoa, y aun no le tomaron ellos sino un perro de ayuda que llevaban; el cual dijo cómo en la ciudad no se sabía nada de semejantes hombres, y que si querían entrar allá, que fuesen a unas labranzas que estaban cerca de un brazo de la laguna, y podrían tomar muchas barcas de los labradores. Cortés tomó doce ballesteros, y a pie siguió por do le llevaba aquel hombre. Pasó un gran rato de aguacero hasta la rodilla y más arriba. Como tardó mucho en el camino, y no podía ir encubierto, viéronle los labradores y metiéronse en sus canoas por la laguna adelante. Asentó su real entre aquellos panes, y fortificose lo mejor que pudo, porque le dijo la guía cómo los de aquella ciudad eran muy ejercitados en la guerra, y hombres a quien toda la comarca temía; y si quería, que él iría en aquella su canoíta a la isleta, y entraría en el lugar y hablaría con Canec, señor de Taica, que ya de otras veces le conocía, y le diría su intención y venida. Cortés le dejó ir y llevar al dueño de la barquilla.

Fue pues, y volvió a media noche; que como hay dos leguas de trecho de la costa al pueblo y malos remos, no pudo antes. Trajo dos personas, a lo que mostraban honradas, las cuales dijeron venir de parte de Canec, su señor, a visitar al capitán de aquel ejército y a saber lo que quería. Cortés les habló alegremente; dioles un español que quedase en rehenes, porque viniese Canec al real. Ellos holgaron infinito de mirar los caballos, el traje y barbas de nuestros españoles, y fuéronse. Otro día de mañana vino el señor con treinta personas en seis canoas; trajo consigo el español, y ninguna demostración de miedo ni de guerra. Cortés lo recibió con mucho placer, y por hacerle fiesta y mostrarle cómo honraban los cristianos a su Dios, hizo cantar la misa con solemnidad, y tañer los menestriles, sacabuches y chirimías que llevaba. Canec oyó la música y canto con mucha atención, y miró muy bien en las ceremonias y servicio del altar, y a lo que mostraba holgó mucho y loó grandemente aquella música, cosa que nunca oyera. Los clérigos y frailes en

acabando el oficio divino se llegaron a él; hiciéronle acatamiento, y luego con el faraute le predicaron. Respondió que de grado desharía sus ídolos y que quisiera mucho saber y tener la manera cómo debía honrar y servir al Dios que le declaraban. Pidió una cruz para poner en su pueblo; replicaron que la cruz luego se la darían, como hacían en cada parte que llegaban, y que presto le enviarían religiosos que lo adoctrinasen en la ley de Cristo, pues por entonces no podía ser. Cortés, tras este sermón, le hizo otra breve plática sobre la grandeza del emperador, y rogándole que fuese su vasallo, como lo eran los de México Tenuchtitlan. Él dijo que desde allí se daba por tal, y que había algunos años que los de Tabasco, como pasan por su tierra a las ferias, le habían dicho que llegaron a su pueblo ciertos extranjeros como ellos, y que peleaban mucho porque los habían vencido en tres batallas. Cortés entonces le dijo cómo era él mismo el capitán de aquellos hombres que los de Tabasco decían, y porque creyesen ser así verdad, que se informase de los de allí.

Con tanto se acabaron las pláticas y se sentaron a comer. Canec hizo sacar de las canoas aves, peces, tortas, miel, fruta y oro, aunque poca cantidad, y unos sartales de caracoles coloradillos que precian mucho. Cortés le dio una camisa, una gorra de terciopelo negro, y otras cosillas de hierro, como decir tijeras y cuchillos; y preguntole si sabía algo de ciertos españoles suyos que habían de estar no muy aparte de allí, en la costa de mar. El dijo que tenía mucha noticia de ellos, porque bien cerca de donde andaban estaban unos vasallos suyos, y si quería, que le daría persona que lo llevase allí sin errar el camino, pero que era áspero y malo de pasar, por las grandes montañas, y que se iba por mar, que no sería tan trabajo. Cortés le agradeció las nuevas y guía, y le dijo que no eran buenas aquellas barquillas para llevar caballos ni líos ni tanta gente, y por esto le era forzado ir por tierra; que le diese manera cómo pasar aquella laguna. Canec dijo que a tres leguas de allí la desecharía, y entre tanto que el ejército la andaba, se fuese con él a la ciudad a ver su casa, y vería quemar los ídolos. Cortés se fue con él muy contra la voluntad de los compañeros, y llevó consigo veinte ballesteros. Osadía fue demasiada. Estuvo en aquel lugar con muy gran regocijo de los vecinos, hasta la tarde; vio arder muchos ídolos; tomó guía, encomendó que curasen un caballo que dejaba en el real, cojo de una estaca que se metió por el pie, y saliose a dormir con el campo, que ya había bojado la laguna.

CAPÍTULO CLXXXI
UN TRABAJOSO CAMINO QUE LOS NUESTROS PASARON

Otro día que partió de allí caminó por buena tierra llana, donde alancearon los de caballo diez y ocho gamos: tantos había. Murieron dos caballos, que como iban flacos, no pudieron sufrir la caza. Tomaron cuatro cazadores que traían muerto un león, de que se maravillaron los nuestros, porque les pareció gran cosa matar a un león cuatro hombrecillos con solas flechas. Llegaron a un estero de agua, grande y hondo, a vista del cual estaba el lugar do pensaban ir; no tenían en qué pasar; capearon a los del pueblo, que andaban muy revueltos por coger su ropilla y meterse al monte. Vinieron dos hombres en una canoa, con hasta una docena de gallipavos; mas no quisieron juntarse a tierra, aunque hablaban, por más que se lo rogaba, y era por entretener allí el ejército, hasta que los suyos acabasen de alzar el hato y esconderse. Estando pues así, puso un español las piernas a su caballo, metiose por el agua, y a nado fue tras los indios; ellos, de miedo, turbáronse, y no supieron remar. Acudieron luego otros españoles buenos nadadores, y tomaron la canoa. Aquellos dos indios guiaron el campo por rodeo de obra de una legua, con el cual se desechó el estero, y ansí llegaron al lugar bien cansados, porque habían caminado ocho leguas; no hallaron gente, mas hallaron bien qué comer.

Llámase aquel lugar Tleccán, y el señor, Aimohan. Estuvo allí nuestro campo cuatro días esperando si venía el señor o los vecinos; como no vinieron, basteciose para seis días, que, según las guías decían, tantos tenían de caminar por despoblado. Partiose, y llegó a dormir seis leguas de allí a una venta grande, que era de Aimohan, donde hacían jornada los mercaderes. Allí reposaron un día, por ser fiesta de la Madre de Dios; pescaron en el río, atajaron una gran cantidad de sabogas y tomáronlas todas, que allende de ser provechosa fue hermosa pesquería. Otro día anduvieron nueve leguas; en lo llano mataron siete venados; en el puerto, que fue malo y duró dos leguas de subida y bajada, se desherraron los caballos, y para herrarlos fue necesario estar allí un día entero. La otra jornada que hicieron fue a una casería de Canec, que se llamaba Axuncapuin, donde estuvieron dos días; de Axunca-

puin fueron a dormir a Taxaitetl, que es otra casería de Aimohan; allí hallaron mucha fruta y maíz verde, y hombres que los encaminaron. A dos leguas que al otro día tenían andadas de buen camino, comenzaron a subir una asperísima sierra, que duró ocho leguas, y tardaron en andarlas ocho días, y murieron sesenta y ocho caballos despeñados y dejarretados, y los que escaparon no tornaron en sí aquellos tres meses: tan lastimados quedaron.

No cesó de llover noche ni día de todo aquel tiempo; fue maravilla la sed que pasaron, lloviendo tanto. Quebrose la pierna un sobrino de Cortés por tres o cuatro partes, de una caída que dio; fue harto dificultoso sacarlo de aquellas montañas. No se acabaron aquí los duelos, que luego dieron en un río muy grande, y con las lluvias pasadas muy crecido y recio, tanto, que desmayaban los españoles porque no había barcas, y ya que las hubiera no aprovecharan; hacer puente era imposible, tornar atrás era la muerte. Cortés envió unos españoles el río arriba a mirar si se estrechaba o se podría vadear, los cuales volvieron muy alegres por haber hallado paso. No vos podría contar cuántas lágrimas echaron nuestros españoles, de placer con tan buena nueva, abrazándose unos a otros; dieron muchas gracias a Dios nuestro Señor, que los socorría a tal angustia, y cantaron el *Te Deum laudamus* y *Letanía*; y como era Semana Santa, todos se confesaron.

Era aquel paso una losa o peña llana, lisa y larga cuanto el río ancho, con más de veinte grietas por do caía la agua sin cubrilla; cosa que parece fábula o encantamiento como los de *Amadís de Gaula*, pero es certísima. Otros lo cuentan por milagro, mas ello es obra de natura, que dejó aquellas pasaderas para el agua, o la misma agua con su continuo curso comió la peña de aquella manera. Cortaron pues madera, que bien cerca había muchos árboles, y trajeron más de doscientas vigas y muchos bejucos, que como en otro lugar tengo dicho, sirven de sogas, y nadie entonces haraganeaba; atravesaban las canales con aquellas vigas, atábanlas con bejucos, y así hicieron puente; tardaron en hacerla y en pasar dos días; hacía tanto ruido la agua entre aquellos ojos de la peña, que ensordecía los hombres; los caballos y puercos pasaron a nado por bajo de aquel lugar, que con la profundidad iba la agua mansa.

Fueron a dormir aquella noche a Teucix, una legua de allí, que son unas buenas caserías y granja, donde se tomaron veinte personas o más;

pero no se halló comida que bastase para todos, que fue harto desconsuelo, porque iban muy hambrientos, como no habían comido en ocho días sino palmitos y sus dátiles magrillos, y hierbas cocidas sin sal. Aquellos hombres de Teucix dijeron que a una jornada el río arriba estaba un pueblo de la provincia de Tauican, que tenía muchas gallinas, cacao, maíz y otros mantenimientos; pero que era menester tornar a pasar el río y ellos no sabían cómo, por venir tan crecido y furioso. Cortés les dijo que bien se podía pasar, que le diesen una guía, y envió treinta españoles y mil indios; los cuales fueron y vinieron muchas veces, y proveyeron el campo, aunque con mucho trabajo. Estando allí en Teucix, envió Cortés ciertos españoles con un natural por guía, a descubrir el camino que habían de llevar para Azuzulín, cuyo señor se llamaba Aquiahuilquín; los cuales, a diez leguas, tomaron siete hombres y una mujer en una casilla, que debía ser venta, y volviéronse diciendo que era muy buen camino en comparación del pasado.

Entre aquellos siete venía uno de Acalán, mercader, y que había morado mucho tiempo en Nito, donde estaban españoles, y que dijo cómo había un año que entraron en aquella ciudad muchos barbudos a pie y a caballo, y que la saquearon, maltratando los vecinos y mercaderes, y que entonces se salió un hermano de Apoxpalón que tenía la factoría, y todos los tratantes; muchos de los cuales pidieron licencia a Aquiahuilquín para poblar y contratar en su tierra, y así estaba él contratando; pero que ya las ferias se habían perdido, y los mercaderes destruido, después que aquellos extranjeros vinieron. Cortés le rogó le guiase allá, y que lo gratificaría muy bien; y como le prometió, de sí soltó los presos y pagó las otras guías que traía, y enviolos con Dios; despachó luego cuatro de aquellos siete con dos de Teucix, que fuesen a rogar Aquiahuilquín que no se ausentase, porque deseaba hablarle y no hacerle mal. Cuando otro día amaneció era ido el acalanés y los otros tres; y así, quedó sin guías. Partiose en fin, y fue a dormir a un monte cinco leguas de allí. Dejarretose un caballo en un mal paso del camino; otro día anduvo el ejército seis leguas; pasáronse dos ríos, y el uno con canoas, en el cual se ahogaron dos yeguas. Aquella noche tuvieron en una aldea de hasta veinte casas todas nuevas, que era de los mercaderes de Acalán, mas habíanse ido ellos; de allí fueron a Azuzulín que estaba desierta y sin ninguna cosa de comer; que fue doblar la pena.

Estuvieron buscando por aquella tierra hombres de qué tomar lengua para ir a Nito, y en ocho días no hallaron sino unas mujercillas, que hicieron poco al propósito; antes dañaron, porque una de ellas dijo que los llevaría a un pueblo dos jornadas lejos, donde les darían nuevas de lo que buscaban; fueron con ella ciertos españoles, mas no hallaron a nadie en el lugar; y así, se volvieron muy tristes, y Cortés estaba desesperado, que no podía atinar por do tenía de ir, por más que miraba en la aguja: tan altas montañas había delante y tan sin rastro de hombres.

Acaso atravesó un muchacho por aquellos montes, y fue tomado: el cual los guió a unas estancias de tierra de Tuniha, que era una provincia de las que por memoria llevaban en el dibujo. Llegó en dos días a ellas, y después los guió un viejecito, que no pudo huir, otras dos jornadas hasta un pueblo, donde se tomaron cuatro hombres, que los demás habían huido de miedo, y éstos dijeron cómo a dos soles de allí estaba Nito y los españoles; y porque mejor los creyesen, fue uno y trujo dos mujeres naturales de Nito, las cuales nombraron los españoles a quien habían servido, que fue harto descanso para quien lo oía, según iban, porque cuidaron perecer de hambre en aquella tierra de Tuniha, como no comían sino palmitos verdes o cocidos con puerco fresco, sin sal, y aun de aquellos no se hartaban, y tardaban un día dos hombres a cortar una palma y media hora a comerse el palmito o pimpollo que tenía encima. Juan de Avalos, primo de Cortés, rodó con su caballo por una sierra abajo, las postreras jornadas, y se quebró un brazo.

CAPÍTULO CLXXXII
LO QUE HIZO CORTÉS EN NITO

Cortés despachó luego que supo cuán cerca estaba de Nito, quince españoles con uno de aquellos cuatro hombres, que fuesen a buscar si toparían algún español o indio del pueblo que más particularmente le declarasen cuyos y cuántos eran. Los quince españoles anduvieron hasta llegar a un río grande; tomaron una canoa de indios mercaderes, esperaron allí dos días y al cabo salió una barca con cuatro españoles que pescaban, y tomáronlos sin ser sentidos del pueblo; los cuales dijeron cómo estaban allí sesenta españoles y veinte mujeres, y los más enfermos, y que eran de Gil González y

tenían por capitán a Diego Nieto, y que Cristóbal de Olid era muerto, y Francisco de las Casas y Gil González, que le mataron, idos a México por tierra y gobernación de Pedro de Alvarado. Dios sabe cuánto Cortés de tales nuevas se holgó; escribió a Diego Nieto cómo estaba allí y quería ir a verle, que tuviese algunas barcas para pasar el río, y luego partiose. Tardó en llegar tres días, y en pasar el río con todo su ejército cinco, porque no tenían más de un esquife y una o dos canoas.

Muy gran consolación fue para todos llegar allí Cortés, porque los que iban no podían más andar, y los que estaban no tenían ni salud ni qué comer. Érale pues forzado a Cortés proveer de comida para tanta gente. Envió por muchas partes a buscarla; pero de ninguna la trajeron, sino las cabezas rotas. Tornó a enviar otra vez, y tampoco trajeron sino a un principal mercader con cuatro esclavos, que tomaron en la mar en unas canoas. Así que, pues eran tantos los comedores y tan poca la vianda que había, que perecían de hambre, y verdaderamente perecieran sino por unos pocos puercos que aún duraban, y por las yerbas y raíces que cogían los mexicanos; mas quiso Dios, que a nadie olvida, que aportase allí a tal tiempo un navío que traía treinta españoles, sin los marineros, trece caballos, setenta y cinco puercos, doce botas de carne salada y muchas cargas de maíz. Dieron todos muchas gracias a Jesucristo, y comenzaron a sacar el vientre del malo año.

Cortés compró aquel navío con todo el bastimento; que los caballos dueños traían; adobó luego una carabela que aquellos españoles tenían casi perdida, y labró un bergantín de la madera de otros navíos quebrados, y así tuvo presto aparejo para navegar si le conviniese. Espanta la diligencia que en todas sus cosas Cortés ponía, y cuán vivo estaba siempre.

Salían desde Nito a correr la tierra después que Cortés allí llegó, que antes ni osaban ni podían, y andando por unas partes y otras se halló una vereda entre unas muy ásperas sierras, que iba a dar a Lequela, buen lugar y abastado; pero como estaba diez y ocho leguas, y casi todas de mal camino, era imposible proveerse de allí. Vista por Cortés la ruin disposición y manera de poblar allí, y por tener otro la posesión, apareja sus tres navíos para irse a la bahía de San Andrés; envía a Gonzalo de Sandoval con casi toda su gente y caballos, sino fueron dos, a Naco, que estaba a veinte leguas, para apaciguar los españoles, que con las revueltas pasadas estaban algo albo-

rotados. No quiso embarcarse sin llevar más copia de bastimentos, por si se detenía mucho en navegar; tomó cuarenta españoles y cincuenta indios, metiose con ellos en el bergantín y en dos barcas y cuatro canoas; entró por el río, topó un golfo o estero hasta doce leguas de circuito, sin población ninguna, por ser las orillas anegadas. De aquel fue a otro golfo que boja más de treinta leguas, y que por estar en asperísimas sierras era notable cosa. Saltó en tierra con obra de treinta españoles y otros tantos indios; fue a un pueblo, donde ni halló gente ni pan; tornose a las barcas con el maíz y ají que pudo coger y llevar; atravesó el golfo, hubo tormenta, perdiose una canoa y ahogose un indio.

Otro día entró por un riatillo, dejó allí las barcas y el bergantín, con algunos españoles en guarda, y él con todos los demás metiose a la tierra. A media legua topó un pueblo yermo y caído, que muchos estaban ansí con la buena vecindad de los españoles; anduvo aquel día cinco leguas por unos montes, casi siempre a gatas; salió a unas hazas, halló tres mujeres en una casilla, y un hombre, cuya debía ser aquella labranza, el cual lo guió a otra, donde se tomaron otras dos mujeres.

Llegó a una aldea de cuarenta casillas ruines, aunque nuevas; había en ellas gallinas sueltas, muchas palomas, perdices y faisanes en jaulas; maíz seco, ni sal, que era lo que buscaban, no lo había, ni hombres tampoco; mas vinieron a la sazón dos vecinos, muy descuidados de hallar tales huéspedes en sus casas, y fueron presos; los cuales llevaron a Cortés por otro camino peor que el pasado; porque, demás de ser tan espeso y cerrado, se pasaron en espacio de siete leguas cuarenta y cinco ríos, sin otros muchos arroyos que no contaron, que todos iban a vaciar en el estero. A puesta del sol sintieron los nuestros gran ruido, y temieron; preguntó Marina qué era, y respondieron que fiesta y bailes. No osó Cortés entrar en el lugar; estuvo con mucha guarda y cuidado; que dormir era imposible, según picaban los mosquitos, y por la mucha agua, truenos y relámpagos que aquella noche hacía. En amaneciendo entraron en el pueblo, tomaron durmiendo los vecinos, y si no fuera por español que de miedo, o maravillado de ver tantos hombres juntos en una casa y armados, comenzó a decir a grandes voces: “Santiago, Santiago”, se hiciera una hermosa cabalgada; y quizá sin sangre. Todavía se prendieron quince hombres y veinte mujeres, y se mataron otros

tantos, y entre ellos el señor; estaban echados debajo un gran tejado sin paredes, donde como a casa de concejo se juntan a danzar.

Tampoco se halló allí grano de maíz; y dos días después que llegaron se partieron para otro lugar más grande, que decían los presos ser muy proveído de todo género de bastimentos; anduvieron ocho leguas, tomaron ciertos leñadores y ocho cazadores; pasaron un río hasta los pechos; iba tan recio, que si no se asieran de las manos unos a otros peligraran muchos. Durmieron en el campo; mas porque hubo una recia alarma, entraron peleando de noche en el pueblo; remolináronse en la plaza, y los vecinos huyeron. En la mañana miraron las casas, y hallaron mucho algodón hilado y por hilar, mantas y otra ropa, mucho maíz seco y en grano, mucha sal, que era lo que andaban buscando, porque muchos días había que no la comían. Hallaron mucho cacao, ají, frijoles fruta y otras cosas de comer; gallipavos y muchos faisanes y perdices en jaulas, y perros en caponera. Si estuvieran cerca las barcas, bien las cargaran, y aun las naos; pero como estaban veinte leguas, y ellos muy cansados, no podían llevar casi nada.

Este pueblo tiene los templos a la manera de México, y es lenguaje muy diferente; pasa por él un río que cae en el golfo, y por eso envió Cortés dos españoles con uno de aquellos ocho cazadores por guía, a traer el bergantín y barcas por el mismo río, para las cargar de vituallas; y entre tanto hizo él cuatro balsas grandes, que cogían a cincuenta cargas de grano, con diez hombres. Volvieron los dos españoles, dejando las barcas muy abajo, por la gran corriente del río; cargáronse las balsas, envió Cortés la gente por tierra y él fuese por agua. Harto peligro corrieron hasta llegar al bergantín, y mucha grita y flechas desde la orilla; pero aunque Cortés y otros muchos fueron heridos, no murió ninguno. De los que venían por tierra, murió un español casi súbitamente, de ciertas yerbas que comió por el camino. Vino con ellos un indio de la Mar del Sur, que dijo cómo no había más de sesenta leguas de Nito hasta su tierra, donde estaba Pedro de Alvarado, que fue alegre nueva. Estaba aquella ribera de una parte y otra llena de árboles de cacao y otros muchos frutales; tenía muy gentiles huertas y heredamientos; y en fin, era de las mejores cosas que hay en aquellas partes. En un día y una noche anduvieron las balsas veinte leguas: tan corriente va el río; y no solamente hubo Cortés este maíz y vituallas que arriba digo, sino que aún tomó

mucho más de otros pueblos, con que basteció medianamente sus navíos. Tardó a tornar a Nito treinta y cinco días.

CAPÍTULO CLXXXIII
CÓMO LLEGÓ CORTÉS A NACO

Embarcó Cortés luego que fue llegado cuantos españoles allí estaban, así suyos como de Gil González, y fuese a la había de San Andrés, donde ya le esperaban los suyos que enviara a Naco. Estuvo allí veinte días, y por ser buen puerto, y hallarse alguna muestra de oro en aquella comarca y ríos, pobló un lugar con cincuenta españoles, entre los cuales había veinte de caballo. Llamole Natividad de Nuestra Señora. Hizo cabildo e iglesia; dejó clérigo y aparejo para decir misa, y unos tirillos de artillería, y fuese a puerto de Honduras, que por otro lado se dice Trujillo, en sus naos; y envió por tierra, que había buen camino, aunque algunos ríos de pasar, veinte de caballo y diez ballesteros. Estuvo nueve días en la mar, por algunos contrastes de tiempo que tuvo. Llegó en fin allá, y en peso le sacaron del batel los españoles de allí, que se metieron en agua mostrando mucha alegría. Fue luego a la iglesia a dar gracias a Dios, que le había traído adonde deseaba, y dentro en ella le dieron muy larga cuenta de todas las cosas que habían pasado Gil González de Ávila y Francisco Hernández, Cristóbal de Olid, Francisco de las Casas y el bachiller Moreno, según ya tengo relatado. Pidiéronle perdón por haber seguido algún tiempo a Cristóbal de Olid, no pudiendo hacer más, y rogáronle los remediase, que estaban perdidos. Él los perdonó, y restituyó los oficios a los que primero los tenían, y nombró de nuevo los otros, y comenzó a edificar casas; y a dos días que llegó, envió un español de aquellos, que entendía la lengua, y dos mexicanos, a unos pueblos siete leguas de allí, que se llaman Chapaxina y Papaica, y que son cabezas de provincias, a decirles cómo el capitán Cortés, que estaba en México Tenuchtitlan, era venido allí.

Oyeron aquellos pueblos la embajada con atención, y enviaron ciertos hombres con el español, a saber más por entero si era así verdad. Cortés los recibió muy bien, y les dio cosillas de rescate. Habloles con Marina, rogándoles mucho que viniesen sus señores a verle, porque lo deseaba en gran

manera; y que no iba allá, porque no huyesen. Aquellos mensajeros holgaron mucho de hablar con Marina, porque su lengua y la mexicana no difieren mucho, excepto en el pronunciar; y prometieron a Cortés de hacer su posibilidad y fuéronse. De allí a cinco días vinieron dos personas principales. Trajeron aves, frutas, maíz y otras cosas de comer; y dijeron al capitán que tomase aquello de parte de sus señores, y les dijese lo que quería de ellos, o buscaba por aquella tierra, y que no venían ellos a verle, porque tenían temor de que los llevasen en los navíos, como habían hecho a otros poco tiempo antes, que, según se supo, era el bachiller Moreno y Juan Ruano. Cortés respondió que no era su venida para mal, sino para mucho bien y provecho de la tierra y de la gente, si le escuchaban y creían; y a castigar los que hurtaban hombres y que él trabajaría de cobrar aquellos sus vecinos y restituirlos; y que no tuviesen miedo de venir ante él los señores, y sabrían muy por entero lo que buscaba; porque no se lo sabrían decir ellos, aunque lo oyesen; y que solamente les dijesen cómo venía para la conservación de sus personas y haciendas, y para salvación de sus ánimas. Con tanto, los despidió, y rogó le trajesen gastadores para talar un monte. No tardaron a venir muchos hombres de más de quince pueblos, señoríos por sí, con bastimentos, y a trabajar donde les mandase.

En este tiempo despachó Cortés cuatro navíos; tres que él traía, y otro carabelón de los que arriba nombramos. Con uno envió a la Nueva-España los dolientes, escribió a México y a todos los concejos su viaje, y cómo cumplía al servicio del emperador detenerse por aquellas partes algunos días. Encargoles mucho el gobierno y quietud de todos. Mandó a Juan de Avalos, su primo, que iba por capitán de aquel navío, que tomase de camino sesenta españoles que estaban en Acuzamil, que dejó allí aislados un Valenzuela, cuando robó el Triunfo de la Cruz, que fundó Cristóbal de Olid. Este navío tomó los españoles de Acuzamil, y dio al través en Cuba, en la punta que llaman de San Antón. Ahogáronse Juan de Avalos, dos frailes franciscanos y más de otras treinta personas. De los que escaparon la fortuna y se metieron la tierra adentro, no quedaron vivos sino quince, que aportaron a Guaniguanigo, y aquellos con comer yerba. De suerte que murieron ochenta españoles, sin algunos indios, en este viaje. Al bergantín envió a la isla Española con cartas para los oidores, sobre su venida allí y sobre lo de Cristóbal de

Olid, y para que mandase al bachiller Moreno volver los indios que llevó por esclavos de Papaica y Chapaxina. Los otros envió a Jamaica y a la Trinidad de Cuba por carne y ropa y pan; pero tampoco hubieron buen viaje, aunque no se perdieron.

CAPÍTULO CLXXXIV
LO QUE HIZO CORTÉS CUANDO SUPO LAS REVUELTAS DE MÉXICO

Los oidores de Santo Domingo, teniendo cada día nueva sorda que Cortés era muerto, enviaron a saber si era cierto, en un navío que venía a la Nueva-España, de mercaderes, con treinta y dos caballos, muchos aderezos de la jineta y otras muchas cosas para vender. El cual navío, sabiendo que era vivo y estaba en Honduras, que así se lo dijeran los del bergantín en la Trinidad de Cuba, dejó la derrota de Medellín, y vínose a Trujillo, creyendo vender mejor su mercadería.

Con este navío escribió el licenciado Alonso Zuazo a Cortés cómo en México había muy grandes males, y bandos y guerra entre los mismos españoles y oficiales del rey que dejó por sus tenientes, y cómo Gonzalo de Salazar y Peralmíndez se habían hecho pregonar por gobernadores, y echado fama que él era muerto; y otros le habían hecho las honras por tal. Que habían prendido al tesorero Alonso de Estrada y al contador Rodrigo de Albornoz, ahorcado a Rodrigo de Paz y habían puesto otros alcaldes y alguaciles; y que le enviaban preso a Cuba, a tener residencia del tiempo que allí fue juez, y que los indios estaban para levantarse; en fin, le relató cuanto en aquella ciudad pasaba. Cuando estas cartas leía Cortés, reventaba de pesar y dolor, y dijo: "Al ruin ponedle en mando, y veréis quién es; yo me lo merezco, que hice honra a desconocidos, y no a los míos, que me siguieron toda su vida".

Retrájose a su cámara a pensar, y aun a llorar aquel triste caso y no se determinaba si era mejor ir o enviar, por no dejar perder aquella buena tierra. Hizo hacer tres días procesión y decir misas del Espíritu Santo, para que le encaminase lo mejor y que más servicio de Dios fuese. Al fin pospuso todo lo otro por ir a México a remediar aquel mal tan grande que muy eno-

jado estaba de los que lo habían revuelto. Dejó allí en Trujillo a Hernando de Saavedra, primo suyo, con cincuenta peones españoles y treinta y cinco de caballo. Envió a decir a Gonzalo de Sandoval que se fuese de Naco a México por tierra, con los de su compañía, por el camino que llevó Francisco de las Casas, que era, yendo a la Mar del Sur, a Quahutemallan, camino hecho, llano y seguro; y embarcose él en aquel navío que le trajo tan tristes nuevas, para ir a Medellín.

Estando sobre un ancla no más, muy a pique de partir, nos hizo tiempo. Volvió al pueblo por apaciguar cierta revolución entre los vecinos. Allanólos con castigar los revoltosos, y pasados dos días, tornose a la nao. Alzó áncoras y velas, y navegando con buen tiempo, quebrose la entena mayor, no dos leguas del puerto; fuele forzado tornar donde partió. Estuvo tres días en adobarla, y salió del puerto con viento muy próspero. Anduvo cincuenta leguas en dos noches y un día; recreció un norte tan recio y contrario, que rompió el mástil del trinquete por los tamboretes. Convínole, aunque pasó trabajo y peligro, volver al mismo puerto. Tornó a decir misas y hacer procesiones, y asentósele que Dios no quería que dejase aquella tierra ni que fuese a México, pues tantas veces, saliendo con buen tiempo, se había vuelto al puerto. Así que determinó de quedarse, y enviar a Martín Dorantes, su lacayo, en aquel mismo navío, que había de ir a Pánuco con cartas para los que le pareció, y muy bastantes poderes para Francisco de las Casas, con revocación de todos cuantos poderes hasta allí había dado y hecho de la gobernación. Envió asimismo algunos caballeros y otras personas principales de México, para crédito que no era muerto, como publicaban. El Martín Dorantes, como en otro lugar dije, llegó a México, aunque por muchos peligros, y a tiempo que Francisco de las Casas era ido preso a España; pero bastó su llegada a que los de la ciudad creyesen que Cortés estaba vivo.

CAPÍTULO CLXXXV
LA GUERRA DE PAPAICA

Despachado y partido aquel navío, mandó Cortés a Hernando de Saavedra que entrase por la tierra a ver qué cosa era, con treinta compañeros a pie y otros tantos a caballo. El cual fue, y anduvo hasta treinta y cinco leguas por

un valle de muy buena tierra y pueblos abundosos de toda cosa de comer y pastos; y sin reñir con nadie atrajo muchos lugares a la amistad de cristianos, y vinieron veinte señores ante Cortés a ofrecérsele por amigos, y cada día traían a Trujillo mantenimientos, dados y trocados. Los señores de Papaica y Chapaxina estaban rebelados, aunque enviaban algunos de sus pueblos. Cortés los requirió muchas veces, asegurándoles las vidas y haciendas. No quisieron escuchar. Hubo a las manos por buenas maneras que tuvo, tres señores de Chapaxina; echoles grillos. Dioles cierto término, dentro del cual poblasen sus pueblos, con apercibimiento que no lo haciendo serían bien castigados. Ellos mandaron luego venir toda la gente y ropa, y él los soltó. Llamábanse Chicueilt, Potlo y Mendereto.

Los de Papaica ni sus señores no quisieron venir ni obedecer. Envió allá una compañía de españoles a pie y a caballo, y muchos indios, que saltearon una noche a Pizacura, uno de los dos señores de aquella ciudad y prendiéronle; el cual, preguntado por qué había sido malo e inobediente, dijo que ya se hubiera él venido a dar, sino que Mazatl era más parte con la comunidad, y no consentía en la paz ni amistad de cristianos; pero que lo soltasen, y lo espiaría para que le prendiesen y ahorcasen; y que si lo hacían luego, la tierra estaría pacificada y poblada; mas no fue así, aunque le soltaron y se prendió a Mazatl; a quien fue dicho lo que Pizacura decía, y mandado que dentro de un cierto plazo hiciese venir de la sierra sus vasallos a poblar a Papaica, y como no se pudiese acabar con él, trajéronlo a Trujillo. Procesaron contra él y sentenciose a muerte, la cual se ejecutó en su propia persona, que fue gran miedo para los otros señores y pueblos; porque luego dejaron los montes, y se vinieron a sus casas con sus hijos, mujeres y haciendas, sino fue Papaica, que jamás quiso asegurarse después que Pizacura estuvo suelto; contra el cual se hizo proceso, porque estorbaba la paz, y contra ellos porque no volvían a su ciudad; y así, se les hizo guerra, habiéndolos primero requerido con paz y protestado justicia. Prendieron en ella obra de cien personas, que fueron dados por esclavos. Prendiose Pizacura, y aunque estaba condenado a muerte, no le mataron, sino tuviéronle preso con otros dos señorcetes y con un mancebo que, según pareció, era el señor verdadero, y no Mazatl ni Pizacura, que, con nombre de curadores, eran usurpadores.

A esta sazón vinieron a Trujillo veinte españoles de Naco, de los de Gonzalo de Sandoval y de Francisco Hernández, y dijeron cómo había llegado allí un capitán con cuarenta compañeros, de parte del Francisco Hernández, teniente de Pedrarias, y que venía al puerto o bahía de San Andrés, do estaba la villa de la Natividad de Nuestra Señora, en busca del bachiller Moreno, que escribiera a Francisco Hernández que tuviese la gente, tierra y gobierno por la chancillería, y no por Pedrarias; y a esta causa hubo motines entre aquellos españoles, y pensaban que Francisco Hernández se alzaba contra el gobernador Pedrarias; aunque todo pudo ser, que muy originario es en Indias los tenientes quedarse por propios. Cortés escribió a Francisco Hernández rogándole tuviese aquella tierra y gente que le fue encomendada, por Pedrarias, y no por otro; con tanto, que tuviese por el rey, y enviole cuatro acémilas cargadas de herraje, y algunas herramientas para trabajar en minas; lo cual fue una de las causas porque Pedrarias degolló después al Francisco Hernández.

Idos éstos, vinieron unos de la provincia de Huictlato, que es sesenta y cinco leguas de Trujillo, a quejarse a Cortés de que ciertos españoles les tomaban sus mujeres, hacienda y hombres de trabajo, y les hacían otras muchas demasías; por tanto, que le suplicaban los remediase, pues remediaba a todos en semejantes males. Cortés, que ya de esto tenía aviso de Hernando de Saavedra, que estaba pacificando la provincia de Papaica, despachó un alguacil y dos indios de aquellos querellantes a Gabriel de Rojas, que así se llamaba el capitán de Francisco Hernández, con mandamiento y cartas que dejase aquella tierra de Huictlato en paz, y volviese las personas que había tomado. El Rojas, o porque estaba cerca Fernando Cortés, o porque le llamaba Francisco Hernández, se volvió luego adonde vino; que, según pareció, Francisco Hernández estaba en aprieto con un motín que hacían contra él los capitanes Sosa y Andrés Garabito, porque se quería quitar de Pedrarias. Considerando pues estas disensiones y bullicios entre españoles, y que aquella provincia de Nicaragua era muy rica y estaba cerca, quería ir allá Fernando Cortés, y comenzó de aderezarse y aderezar el camino por una sierra muy áspera.

CAPÍTULO CLXXXVI
LO QUE AVINO A CORTÉS VOLVIENDO A LA NUEVA-ESPAÑA

Estando en esto llegó fray Diego de Altamirano, primo de Cortés, fraile franciscano, hombre de negocios y honra; el cual dijo a Cortés cómo venía a llevarle a México para remediar el fuego que andaba entre españoles; por tanto, que luego a la hora se partiese. Contole la muerte de Rodrigo de Paz, la prisión de Francisco de las Casas, los azotes de Juana de Mansilla, el saco de su casa, la nigromancia del factor Salazar, la ida de Juan de la Peña a España con dineros para el rey y cartas para Cobos; y en fin, le dijo todo lo que pasaba, y le hizo llamar señoría, y poner estrado, dosel y salva, que hasta allí no lo había hecho, diciendo que por no tratarse como gobernador, sino llanamente, le tenían muchos en poco. Cortés recibió grandísima pena y tristeza con aquellas nuevas tan ciertas; pero descansaba platicando con fray Diego, que lo quería mucho y era cuerdo y aun animoso. Y como tenía muchos indios trabajadores para aderezar el camino de Nicaragua, hizo que fuesen con algunos españoles a adobar el de Quahutemallan, proponiendo de ir por allí la vía que hizo Francisco de las Casas. Envió mensajeros por todas las ciudades que están en el camino, haciéndoles saber cómo iba, y rogándoles tuviesen qué comer y abiertos los caminos. Todas ellas se holgaron mucho que por su tierra pasase Malinxe, que así le llamaban, porque le tenían en grandísima estimación por haber ganado a México Tenuchtitlan; y así, aderezaron los caminos hasta el valle de Ulancho y las sierras de Chindón, que son muy fragosas, y todos los caciques estaban aparejados y proveídos para hospedarle y festejar en sus pueblos y tierras.

Mas empero a importunación de fray Diego Altamirano dejó aquel largo viaje, y aun por estar escarmentado del que hizo desde la villa del Espíritu Santo hasta la villa de Trujillo, donde estaba, y acordó de ir por mar a la Nueva-España. Y luego comenzó a bastecer dos navíos, y a proveer lo que convenía a los nuevos pueblos de Trujillo y de la Natividad. En este medio tiempo llegaron allí ciertos hombres de Huitila y otras islas, que llaman Guanajos, y que están entre puerto de Caballos y puerto de Honduras, aunque bien desviadas de la costa, a dar las gracias a Cortés de una buena obra

que les había hecho, y a pedirle un español para cada isla, diciendo que así estarían seguros. Él les dio sendas cartas de amparo; y porque no podía detenerse, ni tenía los españoles que demandaban, encargó a Hernando de Saavedra, que dejaba por su teniente en Trujillo, que se los enviase cuando hubiese acabado la guerra de Papaica. La causa de esto fue que en Cuba y Jamaica armaron y fueron a cautivar de aquellos isleños para trabajar en minas, azúcar y labranza, y para pastores. Cortés lo supo, y envió allá una carabela con mucha gente, por si fuesen menester las manos, a rogar al capitán de aquella nao, que se llamaba Rodrigo de Merlo, no hiciese presa de aquellos mezquinos; y si la hubiese hecho, que la dejase. Rodrigo de Merlo, por lo que Cortés le prometió, se vino a Trujillo a vivir, y los indios fueron restituidos a sus islas.

Tornando pues a Cortés digo que, como tuvo los navíos a punto, metió en ellos veinte españoles y otros tantos caballos, muchos mexicanos, y a Pizacura con los otros señores sus comarcanos, porque viesen a México y la obediencia que tenían a los españoles, para que vueltos, hiciesen ellos así; mas el Pizacura se murió antes de volver. Partió Cortés del puerto de Trujillo a 25 de abril de 1526. Trajo buen tiempo hasta casi doblar toda la punta de Yucatán y pasar los Alacranes. Diole luego un muy recio vendaval, amainó por no tornar atrás; pero reforzaba cada hora, como suele hacer; tanto, que deshacía los navíos; y así, le fue forzado ir a la Habana de Cuba, donde estuvo diez días holgándose con los del pueblo, que eran sus conocidos del tiempo que él moró en aquella isla, y recorriendo las naves, que traían alguna necesidad.

Allí supo, de unos navíos que venían de la Nueva-España, cómo México estaba más en paz después de la prisión del actor Salazar y de Peralmíndez, que no fue para él poco contentamiento. Partido de la Habana, llegó en ocho días a Chalchicoeca con muy buen viento que tuvo. No pudo entrar en el puerto a causa de mudarse el tiempo, o por correr mucho viento terral. Surgió dos leguas en la mar; salió luego a tierra en los bateles; fue a pie a Medellín, que estaba cinco leguas; entrose en la iglesia a hacer oración, dando gracias a Dios, que le había tornado vivo a la Nueva-España. Luego lo supieron los de la villa, que estaban durmiendo; levantáronse por verle, a gran prisa y placer, que no lo creían, y muchos lo desconocieron, como iba enfermo de

calenturas y maltratado de la mar; y a la verdad él había trabajado y padecido mucho, así en el cuerpo como en el espíritu. Caminó sin camino más de quinientas leguas, aunque no hay sino cuatrocientas de Trujillo a México por Quahutemallan y Tecoantepec, que es el derecho y usado camino. Comió muchos meses hierbas solas cocidas sin sal, bebió malas aguas; y así, murieron muchos españoles, y aun indios, entre los cuales fue Couanacochcín. Podrá ser que a muchos no placerá la lectura de este viaje de Cortés, porque no tiene novedades que deleiten, sino trabajos que espanten.

CAPÍTULO CLXXXVII
LAS ALEGRÍAS QUE HICIERON EN MÉXICO POR CORTÉS

Luego que Cortés llegó a Medellín, despachó mensajeros a todos los pueblos, y a México principalmente, haciéndoles saber su llegada; y en todos, cuando se supo, hicieron alegrías. Los indios de aquella costa y comarca vinieron luego a verle cargados de gallipavos, frutas y cacao, que comiese, y le traían plumajes, mantas, plata y oro, ofreciéndole su ayuda si quería matar los que le habían enojado. Él les agradecía los presentes y amor, y les decía que no había de matar a nadie, porque el emperador los castigaría. Estuvo en Medellín once o doce días, y tardó en llegar a México quince, en Cempoallan le recibieron muy bien. A do quiera que llegaba, aunque era despoblado lo más, hallaba bien qué comer y beber. Saliéronle al camino indios de más de ochenta leguas lejos, con presentes, ofrecimientos, y aun quejas, mostrando grandísimo contento que fuese venido, y limpiábanle el camino, echando flores tan querido era; y muchos le lloraban los males que les habían hecho en su ausencia, como fueron los de Huaxacac, pidiendo venganza.

Rodrigo de Albornoz, que estaba en Tezcuco, fue una jornada a recibirle con muchos españoles, y en aquella ciudad fue alegrísimamente recibido. Entró en México con el mayor regocijo y alegría que podía ser, porque al recibimiento salieron todos los españoles con Alonso de Estrada fuera de la ciudad, en ordenanza de guerra; y todos los indios, como si él fuera Moteczuma, salieron a verle. No cabían por las calles. Hicieron alegrías grandísi-

mas y muchas danzas y bailes; tañían atabales, bocinas de caracol, trompetas y muchas flautas, y no cesaron aquel día ni la noche de andar por el pueblo y hacer hogueras y iluminarias. Cortés no cabía de placer viendo el contento de los indios, el triunfo que le hacían, y el sosiego y paz de la ciudad. Fuese derecho a San Francisco a posar y a dar gracias a Dios, que de tantos trabajos y peligros lo había traído a tanto descanso y seguridad.

CAPÍTULO CLXXXVIII
DE CÓMO ENVIÓ EL EMPERADOR A TOMAR RESIDENCIA A CORTÉS

Era Cortés el más nombrado entonces de nuestra nación; pero infamábanle muchos, en especial Pánfilo de Narváez, que andaba en corte acusándole; y como había mucho que no tenían los del Consejo cartas suyas, sospechaban, y aun creían cualquier mal; y así, proveyeron de gobernador de México al almirante don Diego Colón, que pleiteaba con el rey, y pretendía aquel gobierno y otros muchos, con que llevase o enviase mil hombres a su costa para prender a Cortés. Proveyeron asimismo por gobernador de Pánuco a Nuño de Guzmán, y de Honduras a Simón de Alcazaba, portugués. Ayudó mucho a esto Juan de Ribera, secretario y procurador de Cortés, que como riñó con Martín Cortés sobre los cuatro mil ducados que le trajo, y no se los daba, decía mil males de su amo, y era muy creído. Mas comió una noche un torrezno de Cadahalso, y murió de ello andando en aquellos tratos.

No pudieron ser hechas tan secretas las provisiones, ni los proveídos supieron guardar el secreto cual convenía, que no se rugiese por la corte, que a la sazón estaba en Toledo; y a muchos que sentían bien de Cortés les parecía mal. Y el comendador Pedro de Piña lo dijo al licenciado Núñez, y fray Pedro Melgarejo lo descubrió también posando en casa de Gonzalo Hurtado, a la Trinidad; así que luego reclamaron de las provisiones, suplicando que aguardasen algunos días a ver qué vendría de México. El duque de Béjar, don Álvaro de Zúñiga, favoreció mucho el partido de Fernando Cortés, porque ya le tenía casado con doña Juana de Zúñiga, su sobrina. Abonole, fiole y aplacó al emperador. Llegó a Sevilla, estando en esto, Diego de Soto con setenta mil castellanos, y con el tiro de plata que, como cosa

nueva y rica, hinchió toda España y otros reinos de fama. Este oro fue, para decir verdad, quien hizo que no le quitasen la gobernación, sino que le enviasen un juez de residencia. Llegado, como digo, aquel presente tan rico, y acordado de enviar juez que tomase residencia a Cortés, buscaron una persona de letras y linaje, que supiese hacer el mandado y que le tuviesen respeto, porque soldados son atrevidos; y como estaban en Toledo, tuvieron noticia y crédito del licenciado Luis Ponce de León, teniente y pariente de don Martín de Córdoba, conde de Alcaudete y corregidor de aquella ciudad; el cual, aunque mancebo, tenía muy buena fama, y enviáronle a la Nueva-España con bastantes poderes y confianza.

Él, por no errar, y acertarlo todo mejor, llevó consigo al bachiller Marcos de Aguilar, que había estado algunos años en la isla de Santo Domingo, alcalde mayor por el almirante don Diego. Partiose pues el licenciado Luis Ponce, y con buena navegación que tuvo, llegó a la Villarrica poco después que Cortés partiera de Medellín. Simón de Cuenca, teniente de aquella villa, avisó luego a Cortés de cómo eran llegados allí ciertos pesquisidores y jueces del rey a tomarle residencia; y fue con tan buena diligencia, que llegaron las cartas a México en dos días, por postas que había puestas de hombres. Cortés estaba en San Francisco confesado y comulgado cuando recibió este despacho, y ya había hecho otros alcaldes, y prendido a Gonzalo de Ocampo y a otros bandoleros y valedores del factor, y hacía pesquisa secretamente de todo lo pasado. Dos o tres días después, que fue San Juan, estando corriendo toros en México, le llegó otro mensajero con cartas del licenciado Luis Ponce, y con una del emperador, por las cuales supo a qué venía. Despachó luego con respuesta, y para saber por cuál camino quería ir a México, por el poblado o por el otro, que era más corto.

El licenciado no replicó, y quería pasar allí algunos días, que venía muy fatigado de la mar, como hombre que hasta entonces no la había pasado. Mas porque le dieron a entender que Cortés haría justicia del factor Salazar y de Peralmíndez y de los otros presos que había, si se tardaba, y que no lo recibiría, sino que saldría a le prender en el camino, que para eso quería saber por dónde había de ir, tomó la posta con algunos de los caballeros y frailes que con él iban, y el camino de los pueblos, aunque era más largo, porque no le hiciesen alguna fuerza o afrenta: tanto pueden las chismerías.

Anduvo tan bien, que llegó en cinco días a Iztacpalapan, y que no dio lugar a los criados de Cortés, que habían ido por entrambos caminos, que le tuviesen buen recaudo y aparejo de mesa y posada.

En Iztacpalapan se le hizo un banquete con gran fiesta y alegrías. Tras la comida revesó el licenciado y casi todos los que con él iban, cuanto tenía en el cuerpo; y juntamente con el vómito tuvieron cámaras. Pensaron que fuesen hierbas, y así lo decía fray Tomás Ortiz, de la orden de Santo Domingo, afirmando que las hierbas iban en unas natas, y que el licenciado le daba el plato de ellas; y Andrés de Tapia, que servía de mestresala, dijo: "Otras traerán para vuestra reverencia"; y respondió el fraile: "Ni de esas ni de otras". También se tocó esta malicia en las coplas del Provincial, de que ya hice mención, y se acusó en residencia; pero ello fue mentira, según después diremos; porque el comendador Proaño, que iba por alguacil mayor, comió de cuanto comió el licenciado, y en el mismo plato de las natas o requesones, y ni revesó ni le hizo mal. Creo que como venían calorosos, cansados y hambrientos, que comieron demasiado y bebieron asaz frío, que les revolvió el estómago y les causó aquellas cámaras y vómito. Daban allí al licenciado Ponce un buen presente de ricas cosas por parte de Cortés; mas él no quiso tomar.

Salió Cortés a recibirle con Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Estrada, Rodrigo de Albornoz, y con todo el regimiento y caballería de México. Tomole a la mano derecha hasta San Francisco, donde oyeron misa, que fue la entrada de mañana. Díjole que presentase las provisiones que llevaba, y como respondió que otro día, llevole a su casa y aposentole muy bien. Otro día siguiente se juntaron en la iglesia mayor el cabildo y todos los vecinos, y por auto de escribano presentó Luis Ponce las provisiones, tomó las varas a los alcaldes y alguaciles, y luego se las tornó a todos; y dijo con mucha crianza: "Ésta del señor gobernador quiero yo para mí". Cortés y todos los del cabildo besaron las letras del emperador, pusiéronlas sobre sus cabezas, y dijeron que cumplirían lo en ellas contenido, como mandamiento de su rey y señor, y tomáronlo por testimonio. Luego tras esto se pregonó la residencia de Cortés, para que viniese querellando quien estuviese agraviado y quejoso de él. Entonces viérades el bullir y negociar de todos y de cada uno por sí, unos temiendo, otros esperando, y otros cizañando.

CAPÍTULO CLXXXIX
LA MUERTE DE LUIS PONCE

Fue un día el licenciado Ponce a oír misa a San Francisco, y volvió a la posada con una gran calentura, que realmente fue modorra. Echose en la cama, estuvo tres días fuera de seso, y siempre le crecía el calor y el sueño. Murió al séptimo; recibió los sacramentos, hizo testamento, y dejó por sustituto al bachiller Marcos de Aguilar. Cortés hizo tan gran llanto como si fuera su padre. Enterrole en San Francisco con mucha pompa, luto y cera. Los que no querían bien a Cortés publicaban que murió de ponzoña. Mas el licenciado Pedro López y el doctor Ojeda, que lo curaron, llevaron los términos y cura de la modorra; y así, juraron que había muerto de ella, y trajeron por consecuencia cómo la tarde antes que muriese hizo que le tañesen una baja; y él así, echado como estaba en la cama, la anduvo con los pies señalando los compases y contrapases, cosa que muchos la vieron; y que luego perdió la habla; y aquella noche espiró antes del alba. Pocos mueren bailando como este letrado.

De cien personas que embarcaron con el licenciado Luis Ponce de León, las más murieron en la mar y en el camino, y a muy pocos días que llegaron a la tierra; y de doce frailes dominicos, los dos. Sospecha se tuvo que fuese pestilencia, que pegaron el mal a otros que allí estaban; del cual murieron. Fueron con él muchos hidalgos y caballeros, y con cargo del rey, Proaño, que arriba nombré, y el capitán Salazar de la Pedrada por alcaide de México. Pasó fray Tomás Ortiz con doce frailes dominicos por provincial, que había estado en la Boca del Drago siete años; el cual para religioso era escandaloso, porque dijo dos cosas harto malas: la una fue afirmar que Cortés dio hierbas al licenciado Ponce, y la otra decir que Luis Ponce llevaba mandamiento expreso del emperador para cortar a Cortés la cabeza en tomándole la vara; y de esto avisó al mismo Cortés antes de llegar a México con Juan Xuárez, con Francisco de Orduña y con Alonso Valiente; y llegado, se lo dijo en San Francisco en presencia de fray Martín de Valencia y fray Toribio y otros religiosos; pero Cortés fue muy cuerdo en no lo creer. Quería el fraile con esto ganar con el uno gracias y con el otro blancas. Mas Ponce se murió y Cortés no le dio nada.

CAPÍTULO CXC
CÓMO ALONSO DE ESTRADA DESTERRÓ DE MÉXICO A CORTÉS

Muerto que fue Luis Ponce de León, comenzó el bachiller Marcos de Aguilar a gobernar y proceder en la residencia de Cortés; unos holgaban de ello, otros no; aquellos por destruir a Cortés, éstos por conservarle, diciendo que no valían nada los poderes, y por consiguiente lo que hiciese, pues que Luis Ponce no los pudo dar; y así, el cabildo de México y los procuradores de las otras villas que allí estaban, apelaron y contradijeron aquella gobernación, y requirieron a Cortés en forma de derecho, ante escribano, que tomase el gobierno y justicia como antes lo tenía, hasta que su majestad otra cosa mandase. Mas él no lo quiso hacer, confiado en su limpieza, y porque el emperador entendiese de veras sus servicios y lealtad, antes defendía y sostuvo al Marcos de Aguilar en el cargo; y le requirió procediese la residencia contra él. Pero el bachiller, aunque hacía justicia, llevaba las cosas del gobernador al amor del agua. El cabildo, ya que más no pudo, le dio por acompañado a Gonzalo de Sandoval, porque mirase las cosas de Cortés, que era su muy gran amigo. Mas Sandoval no quiso serlo, con acuerdo del mismo Cortés.

Gobernó Marcos de Aguilar con muchos trabajos y pesadumbre, no sé si fue por sus dolencias, o malicias de otros, o por hallarse engolfado en muy alta mar de negocios. Púsose muy flaco, sobrevínole calentura, y como tenía las bubas, mal suyo viejo, murió dos meses después, o poco más que Luis Ponce de León; y dos antes que no él, murió también un hijo suyo, que llegó malo del camino. Nombró y sustituyó por gobernador y justicia mayor al tesorero Alonso de Estrada; que Albornoz era ido a España, y los otros dos oficiales del rey presos estaban; ya entonces el cabildo y casi todos reprobaron la sustitución, que les parecía juego de entre compadres; y diéronle por acompañado a Gonzalo de Sandoval, y que Cortés tuviese cargo de los indios y de las guerras. Duró esto algunos meses.

El emperador, con parecer de su Consejo de Indias, y por relación de Rodrigo de Albornoz, que partió de México, muerto Luis Ponce y enfermo Marcos de Aguilar, mandó y proveyó que gobernase quien hubiese nom-

brado el bachiller Aguilar, hasta que su voluntad otra fuese; y así, gobernando solo Alonso de Estrada, no tuvo aquel respeto que se debía a la persona de Cortés por haber ganado aquella ciudad y conquistado tantas tierras, ni el que él le debía por haberle hecho gobernador al principio, porque pensaba que por ser regidor de México, tesorero del rey, y tener aquel oficio, aunque de prestado, era su igual y le podía preceder y mandar, administrando justicia derechamente; y así, usaba con él muchos descomedimientos, palabras y cosas que ni al uno ni al otro estaban bien. De manera pues, que hubo entre ellos muchas cosquillas, y se enconaron a que hubiera de ser peor que la pasada. El Alonso de Estrada, conociendo que si se tomaba con Cortés había de poder menos, hízose amigo de Gonzalo de Salazar y de Peralmíndez, dándoles esperanza de soltarlos; y con estos era más parte que primero, aunque con bandos, que no convienen al buen juez, y con fealdad de la persona, que tanto se preciaba, del Rey Católico.

Sucedió que ciertos criados de Cortés acuchillaron un capitán sobre palabras. Prendiose uno de ellos, y luego aquel mismo día le hizo Estrada cortar la mano derecha, y tornar a la cárcel a purgar las costas, y por hacer aquella befa de Cortés, su amo. Desterró asimismo a Cortés porque no le quitase el preso; cosa escandalosa, y que estuvo México para ensangrentarse aquel día, y aun perderse. Mas Cortés lo remedió todo con salir de la ciudad a cumplir su destierro; y si tuviera ánimo de tirano, como le achacaban, ¿qué mejor ocasión ni tiempo quería para serlo que entonces, pues casi todos los españoles y todos los indios tomaban armas en su favor y defensa? Y no digo aquella vez, mas otras muchas pudiera alzarse con la tierra; empero ni quiso, ni creo que lo pensó, según por obra lo mostró; y cierto se puede preciar de muy leal a su rey, que si no lo fuera, castigáranlo. Puesto caso que sus muchos y grandes émulos le acusaban siempre de desleal, y por otras más infames palabras, de tirano y de traidor, para indignar al emperador contra él; y pensaban ser creídos, con tener favor en corte y aun en Consejo, según en otros lugares he dicho, y con que cada día perdían muchos españoles de Indias la vergüenza a su rey. Empero Fernando Cortés siempre traía en la boca estos dos refranes viejos: "El rey sea mi gallo", y "Por tu ley y por tu rey morirás". El mismo día que cortaron la mano al español, llegó a Tezcuco fray Julián Garcés, de la orden dominica, que iba hecho obispo de

Tlaxcallan, cuya diócesis se dijo Carolense, por honra del emperador Carlos, nuestro señor y rey. Supo el fuego que se encendía entre españoles, metiose en una canoa con su compañero fray Diego de Loaisa, y en cuatro horas llegó a México; donde le salieron a recibir todos los clérigos y frailes de la ciudad, con muchas cruces, porque era el primer obispo que allí entraba.

Entrevino luego entre Cortés y Estrada, y con su autoridad y prudencia los hizo amigos, y así cesaron los bandos. Poco después vinieron cédulas del emperador para que soltasen al factor Salazar y al veedor Peralmíndez, y les volviesen sus oficios y hacienda; de que no poco se afligió Cortés, que quisiera alguna enmienda de la muerte de su primo Rodrigo de Paz, y que le restituyeran lo que le habían tomado de su casa. Pero quien a su enemigo popa, a sus manos muere, y no miró que perro muerto no muerde. Él pudiera, antes que llegara el licenciado Luis Ponce de León, degollarlos, como algunos se lo aconsejaron, que en su mano fue; mas dejolo por evitar el decir, por no ser juez en su propio caso, por ser hombre de ánimo, por estar clarísima la culpa que aquellos tenían de haber muerto a sin razón a Rodrigo de Paz; confiado que cualquiera juez o gobernador que viniese los castigaría de muerte, por la guerra civil que movieron e injusticias que hicieron, y aun porque tenían, como dicen, el alcalde por suegro; que eran criados del secretario Cobos, y no lo quería enojar porque no le dañase en otros sus negocios que le importaban mucho más.

CAPÍTULO CXCI
CÓMO ENVIÓ CORTÉS NAOS A BUSCAR LA ESPECIERÍA

Mandaba el emperador a Cortés por la carta hecha en Granada a 20 de junio de 1526, que enviase los navíos que tenía en Zacatula a buscar la nao Trinidad y a fray García de Loaisa, comendador de San Juan, que era ido al Maluco, y a Gaboto, y a descubrir camino para ir a las islas de la Especiería desde la Nueva-España por el Mar del Sur, según él se lo había prometido por sus cartas, diciendo que enviaría o iría, si su majestad fuese servido, con tal armada que compitiese con cualquiera potencia de príncipe, aunque fuese del rey de Portugal, que en aquellas islas hubiese, y que las ganaría, no sólo para

rescatar en ellas las especias y otras mercaderías ricas que tienen, mas aun para cogerlas y traerlas por propias, suyas; y que haría fortalezas y pueblos de cristianos que sojuzgasen todas aquellas islas y tierras que caen en su real conquista, conforme a la demarcación, como eran Gilolo, Borney, entrambas Javas, Zamotra, Malaca y toda la costa de la China; con tanto, que le concediese ciertos capítulos y mercedes. Así que, habiendo Cortés ofrecídose a esto, y queriéndolo el emperador, y no teniendo otra guerra ni cosa en que entender, determina enviar tres navíos a las Molucas, y hacer camino allá una vez para cumplir después su palabra, y también porque aportó a Ciuatlán Hortunio de Alango, de Portugalete, con una patache que fue con la armada del dicho Loaisa, estando malo Marcos de Aguilar, por sobra de muchos vientos, o por falta de no saber la navegación del Tidore.

Echó pues al agua tres navíos. En la nao capitana, dicha Florida, metió cincuenta españoles; en otra, que nombraron Santiago, cuarenta y cinco, con el capitán Luis de Cárdenas, de Córdoba; y en un bergantín, quince, con el capitán Pedro de Fuentes, de Jerez de la Frontera. Armolas de treinta tiros; basteciolas de provisión en abundancia, como para tan largo y no sabido viaje se requería, y de muchas cosas de rescate. Hizo capitán de ellas a Álvaro de Saavedra Cerón, su pariente, el cual se partió del puerto de Ciuatlanejo, día o víspera de Todos Santos del año de 1527. Anduvo dos mil leguas, según la cuenta de los pilotos, aunque por derecha navegación no hay mil y quinientas. Llegó con sola su nao capitana; que las otras el viento las desparció de la conserva, a unas muchas islas, que por ser tal día cuando llegaron, les dijeron de los Reyes; las cuales están poco más o menos a once grados a este cabo de la equinoccial.

Son los hombres crecidos de cuerpo, cariluengos, morenos, muy bien barbados. Traen cabellos largos, usan cañas por lanzas, hacen esteras muy primas de palma, que de lejos parecen oro, cobijan sus vergüenzas con bragas de aquello, en lo demás desnudos andan; tienen navíos grandes. De aquellas islas de los Reyes fue a Mindanao y Bizaya, otras islas que están a ocho grados, y que son ricas de oro, puercos, gallinas y pan de arroz. Las mujeres hermosas, ellos blancos. Andan todos en cabello largo. Tienen alfanjes de hierro, tiros de pólvora, flechas muy largas y cerbatanas, en que tiran con hierba; coseletes de algodón, corazas de escamas de peces. Son gue-

rreros, confirman la paz con beber sangre del nuevo amigo, y aun sacrifican hombres a su dios Anito. Traen los reyes coronas en la cabeza, como acá; y el que entonces allí reinaba se decía Catonao; el cual mató a don Jorge Manrique y a su hermano don Diego y a otros.

De allí se huyó a la nave de Álvaro de Saavedra, Sebastián del Puerto, portugués, casado en la Coruña, que fuera con Loaisa. Sirvió de faraute, y dijo cómo su amo le llevó a Cebú, donde supo cómo llevaron de allí ocho castellanos de Magallanes a vender a la China, y que aún había otros. En fin, contó todo aquel viaje. También rescató Saavedra otros dos españoles del mismo Loaisa, en otra isla que llaman Candia, por setenta castellanos en oro; en la cual hizo paces con el señor, bebiendo y dando a beber sangre del brazo, que tal es la costumbre de por allí, cual entre scitas. Pasó por Terrenate, donde los portugueses tenían una fortaleza, y llegó a Gilolo, do estaba Fernando de la Torre, natural de Burgos, por capitán de ciento y veinte españoles de Loaisa, y alcaide de un castillo. Allí aderezó Álvaro de Saavedra su nao, tomó vituallas y todo matalotaje, que le faltaba, y veinte quintales de clavo de lo del Emperador, que le dio Fernando de la Torre. Y partiose a 3 de junio de 1528.

Anduvo mucho tiempo de acá para allá. Tocó en las islas de los Ladrones, y en unas con gente negra y crespa, y otras con gente blanca, barbada y con los brazos pintados, en tan poca distancia de lugar, que mucho se maravilló. Fuele forzado volver a Tidore, donde estuvo muchos días. Partiose de allí para la Nueva-España a 8 días de mayo 1529, y murió navegando, 19 de octubre de aquel mismo año. Por cuya muerte, y por falta de hombres y aires, se tornó la nave a Tidore con solas diez y ocho personas, de cincuenta que sacó de Ciuatlanejo; y porque ya Fernando de la Torre había perdido su castillo, se fueron aquellos diez y ocho españoles a Malaca, donde los prendió don Jorge de Castro, y los tuvo presos dos años, y allí se murieron los diez; que así tratan los portugueses a los castellanos. De manera que no quedaron más de ocho. En esto paró la armada de Fernando Cortés que envió a la Especiería.

CAPÍTULO CXCII
CÓMO VINO CORTÉS A ESPAÑA

Como Alonso de Estrada gobernaba por la sustitución de Marcos de Aguilar, según el emperador mandó, pareciole a Cortés que no habría orden de tornar a él al cargo, pues su majestad aquello proveyó, si no iba él a negociarlo, y estaba muy afligido; y aunque pensaba estar sin culpa, no se le cocía el pan, porque tenía muchos adversarios en España, y de malas lenguas, y poco favor, que en ausencia era como nada. Así que acuerda de venir a Castilla a muchas cosas muy importantes a sí principalmente, y al emperador y a la Nueva-España. Ellas eran muchas, y diré algunas. A casarse por haber hijos y mucha edad; a parecer delante el rey su cara descubierta, y a darle cuenta y razón de la mucha tierra y gente que había conquistado y en parte convertido, e informarle a boca de la guerra y disensiones entre españoles de México, temiéndose que no le habrían dicho verdad; a que le hiciese mercedes conforme a sus servicios y méritos, y le diese algún título para que no se le igualasen todos; a dar ciertos capítulos al rey, que tenían pensados y escritos sobre la buena gobernación de aquella tierra, que eran muchos y provechosos.

Estando en este pensamiento le fue una carta de fray García de Loaisa, confesor del emperador y presidente de Indias, que después fue cardenal, en la cual le convidaba por muchos ruegos y consejos a venir a España a que le viese y conociese su majestad, prometiéndole su amistad e intercesión. Con esta carta apresuró la partida, y dejó de enviar a poblar el río de las Palmas, que está más allá de Pánuco, aunque tenía enhilado ya el camino, y despachó primero doscientos españoles y sesenta de caballo con muchos mexicanos a tierra de los chichimecas, para si era buena, como le decían, y rica de minas de plata, poblasen en ella; y si no los recibían de paz, hiciesen guerra y cautivasen para esclavos; que son gente bárbara.

Escribió a la Veracruz que le aprestasen dos buenas naos, y envió delante a ello a Pero Ruiz de Esquivel, un hidalgo de Sevilla; mas no llegó allá, que al cabo de un mes le hallaron enterrado en una isleja de la laguna, con una mano fuera de la tierra, comida de perros o aves; estaba en calzas y jubón, tenía una sola cuchillada en la frente; nunca pareció un negro que llevaba, ni dos barras de oro, ni la barca, ni los indios, ni se supo quién le mató ni por qué.

Hizo Cortés inventario de su hacienda mueble, que la valuaron en doscientos mil pesos de oro; dejó por gobernadores de su estado y mayordomos al licenciado Juan Altamirano, pariente suyo, a Diego de Ocampo, y a un Santa Cruz. Basteció muy bien dos navíos, dio pasaje y matalotaje franco a cuantos entonces pasaron; embarcó mil y quinientos marcos de plata, y veinte mil pesos de buen oro, y otros diez mil de oro sin ley, y muchas joyas riquísimas. Trajo consigo a Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia y otros conquistadores de los más principales y honrados. Trajo un hijo de Moteczuma, y otro de Maxixca, ya cristiano, y don Lorencio por nombre, y muchos caballeros y señores de México, Tlaxcallan y otras ciudades. Trajo ocho volteadores del palo, doce jugadores de pelota, y ciertos indios e indias muy blancos, y otros enanos, y otros contrahechos; en fin, venía como gran señor. Y sin todo esto, traía para ver, tigres, alcatraces, un *aiotochtli*, otro *tlacuaci*, animal que ensena o embolsa sus hijos para correr, cuya cola, según las indias, ayuda mucho a parir a las mujeres; y para dar, gran suma de mantas de pluma y pelo, ventalles, rodelas, plumajes, espejos de piedra, y cosas así. Llegó a España en fin del año de 1528, estando la corte de Toledo. Hinchó todo el reino de su nombre y llegada, y todos le querían ver.

CAPÍTULO CXCIII
LAS MERCEDES QUE HIZO EL EMPERADOR A FERNANDO CORTÉS

Hizo el emperador muy buen acogimiento a Fernando Cortés, y aun le fue a visitar a su posada, por más le honrar, estando enfermo y desahuciado de los médicos. Él dijo a su majestad cuanto traía pensado, y le dio los memoriales que tenía escritos, y le acompañó hasta Zaragoza, que se iba a embarcar para Italia por coronarse. El emperador, conociendo sus servicios y valor de persona, le hizo marqués del valle de Huaxacac, como se lo pidió, a 6 de julio de 1528 años, y capitán general de la Nueva-España, de las provincias y costa de la Mar del Sur, y descubridor y poblador de aquella misma costa e islas, con la docena parte de lo que conquistase, en juro de heredad para sí y para sus descendientes: dábale el hábito de Santiago, y no lo quiso

sin encomienda. Pidió la gobernación de México, y no se la dio, porque no piense ningún conquistador que se le debe; que así lo hizo el rey don Fernando con Cristóbal Colón, que descubrió las Indias, y con Gonzalo Hernández de Córdoba, Gran Capitán, que conquistó a Nápoles.

Mucho merecía Cortés, que tanta tierra ganó, y mucho le dio el emperador por le honrar y engrandecer, como gratísimo príncipe y que nunca quita lo que una vez da. Dábale todo el reino de Michuacán, que fue de Cazoncín, y él quiso más a Cuahunauac, Huaxacac, Tecoantepec, Coyoacán, Matalcinco, Atlacupaia, Toluca, Huaxtepec, Utlatepec, Etlan, Xalapan, Teuquilaiacoán, Calimaia, Autepec, Tepuztlán, Cuitlapán, Accapiztlán, Cuetlaxca, Tuztla, Tepecán, Atloxtán, Izcalpán con todas sus aldeas, términos, vecinos, jurisdicción civil y criminal, pechos, tributos y derechos. Todos estos son grandes pueblos y tierra gruesa. Otros favores y mercedes le hizo también; mas las nombradas fueron las mayores y mejores.

CAPÍTULO CXCIV
DE CÓMO SE CASÓ CORTÉS

Murió doña Catalina Xuárex sin hijos; y como en Castilla se supo, trataron muchos de casar a Cortés, que tenía mucha fama y hacienda. Don Álvaro de Zúñiga, duque de Béjar, trató con mucho calor de casarle; y así, le casó con doña Juana de Zúñiga, sobrina suya e hija del conde de Aguilar, don Carlos Arellano, por los poderes que tuvo Martín Cortés. Era doña Juana hermosa mujer, y el conde don Alonso y sus hermanos muy valerosos y favorecidos del emperador; por lo cual, que colmaba la nobleza y antigüedad de aquel linaje, se tuvo por bien casado y emparentado.

Traía Cortés cinco esmeraldas, entre otras que hubo de los indios, finísimas, y que las estimaron en cien mil ducados. La una era labrada como rosa, la otra como corneta, y otra un pece con los ojos de oro, obra de indios maravillosa; otra era como una campanilla, con una rica perla por badajo, y guarnecida de oro, con “Bendito quien te crió” por letra; la otra era una tacica con el pie de oro, y con cuatro cadenicas para tenerla, asidas en una perla larga por botón; tenía el bebedero de oro, y por letrero, *Inter natos mulierum non surrexit major*. Por esta sola pieza, que era la mejor, le

daban unos genoveses, en la Rábida, cuarenta mil ducados, para revender al Gran Turco; pero no las diera él entonces por ningún precio; aunque después las perdió en Argel cuando fue allá el emperador, según lo contamos en las guerras de mar de nuestro tiempo. Dijéronle cómo la emperatriz deseaba ver aquellas piezas, y que se las pediría y pagaría el emperador; por lo cual las envió a su esposa con otras muchas cosas, antes de entrar en la corte, y así se excusó cuando le preguntaron por ellas. Diolas a su esposa por joyas, que fueron las mejores que nunca en España tuvo mujer. Casose pues con doña Juana de Zúñiga, y volviose a México con ella y con título de marqués.

CAPÍTULO CXCV
DE CÓMO PUSO EL EMPERADOR AUDIENCIA EN MÉXICO

Estaba en España Pánfilo de Narváez, negociando la conquista del río de las Palmas y la Florida, donde al fin murió; y a vueltas no hacía otro que dar quejas de Cortés en corte, y aun al mismo emperador dio un memorial que contenía muchos capítulos, y entre ellos uno que afirmaba cómo Cortés tenía tantas barras de oro y plata como Vizcaya de hierro, y ofreciose a probarlo; y aunque no era cierto, era sospecha. Insistía en que le castigasen, diciendo que le sacó un ojo, y que mató con hierbas al licenciado Luis Ponce de León, como había hecho a Francisco de Garay; y por muchas peticiones se trataba de enviar a México a don Pedro de la Cueva, hombre feroz y severo, y que era mayordomo del rey, y después fue general de la artillería y comendador mayor de Alcántara, para que si aquello era verdad le cortase la cabeza. Pero como llegaron a la sazón cartas de Cortés, hechas en México a 3 de setiembre de 1526, y los testimonios del doctor Ojeda y licenciado Pedro López, médicos, que curaron a Luis Ponce, no se efectuó; y cuando Cortés vino a Castilla, se reía mucho con don Pedro de la Cueva sobre esto, diciendo: “A luengas vías luengas mentiras”.

El emperador y su Consejo de Indias hizo chancillería en México, adonde recurriesen con pleitos y negocios todos los de la Nueva-España; y por quitar y castigar los bandos entre españoles, y para tomar residencia a

Cortés, que se quería satisfacer de sus servicios y culpas, y también para visitar los oficiales y tesorería real, mandó a Nuño de Guzmán, gobernador de Pánuco, ir por presidente y gobernador, con cuatro licenciados por oidores. Nuño de Guzmán fue a México luego el año de 29. Comenzó luego a entender en negocios con el licenciado Juan Ortiz de Matienzo, y Delgadillo, que los otros murieron. E hizo una terrible residencia y condenación contra Cortés; y como estaba ausente, metíale la lanza hasta el regatón. Hicieron almoneda de todos sus bienes a menos precio, llamáronle por pregones, encartáronle, y si allí estuviera, corriera riesgo de la vida; aunque barba a barba honra se cata, y ordinario es embravecerse los jueces contra el ausente.

Pero aquellos creo que le fatigaran, porque persiguieron tanto a sus amigos, que aun andar por las calles no osaban; y así, prendieron a Pedro de Alvarado, recién llegado de España, solamente porque hablaba en favor de Cortés, y achacándole la rebelión de México cuando vino Narváez. Prendió también a Alonso de Estrada y a otros muchos, haciéndoles manifiestos agravios. En breve tiempo tuvo el emperador más quejas de Nuño de Guzmán y sus oidores que de todos los pasados; y así, le quitó el cargo, año de 30. Y no sólo se probó su injusticia y pasión en México, más aún en la corte, y en muchos lugares de España lo probó el licenciado Francisco Núñez con personas que de allá entonces vinieron. Y después pronunciaron los oidores y presidente que fueron tras ellos, por parciales y enemigos de Cortés al Nuño de Guzmán y licenciados Matienzo y Delgadillo, y los condenó la Audiencia a que le pagasen lo que le mal vendieron. Entendiendo Nuño de Guzmán que le quitaban de la presidencia, temió y fuese contra los teuchichimecas en demanda de Culuacán, que según algunos, es de donde vinieron los mexicanos.

Llevó quinientos españoles, los más de ellos a caballo. Unos presos, otros contra su voluntad; y los que iban de grado eran novicios en la tierra, y casi todos los que con él pasaron. En Mechuacán prendió al rey Cazoncín, amigo de Cortés, servidor de españoles y vasallo del emperador, y que estaba en paz. Y sacole, según fama, diez mil marcos de plata y mucho oro. Y después quemole con otros muchos caballeros y hombres principales de aquel reino, porque no se quejasen, que perro muerto no muerde. Tomó

seis mil indios para carga y servicio de su ejército. Comenzó la guerra, y conquistó a Xalixco, que llaman Nueva-Galicia, como en otro cabo dije. Estuvo Nuño de Guzmán en Xalixco hasta que el virrey don Antonio de Mendoza y la chancillería de México le hizo prender y traer a España a dar cuenta de sí; y nunca más le dejaron volver allá. Si Nuño de Guzmán fuera tan gobernador como caballero, habría tenido el mejor lugar de Indias; empero húbose mal con indios y con españoles.

El mismo año de 1530, que salió de México Nuño de Guzmán, fue allá por presidente y a visitar y reformar la Audiencia, ciudad y tierra, Sebastián Ramírez de Fuenleal, natural de Villaescusa, que era obispo y presidente de la isla de Santo Domingo. Diéronle por oidores a los licenciados Juan de Salmerón, de Madrid; Vasco Quiroga, de Madrigal; Francisco Ceinos, de Zamora, y Alonso Maldonado, de Salamanca; los cuales rigieron con justicia la tierra. Poblaron la ciudad de los Ángeles, que los indios llaman Cuetlaxcoapan, que quiere decir culebra en agua, y por otro nombre Uicilapan, que significa pájaro en agua. Y esto a causa de dos fuentes que tiene, una de agua mala y otra de buena. Está veinte leguas de México, y en el camino para la Veracruz.

El obispo comenzó a poner los indios en libertad, y por eso muchos españoles de los pobladores dejaban la tierra, y se iban a buscar las vidas a Xalixco, Honduras, Quahutemallan y otras partes que había guerras y entradas.

CAPÍTULO CXCVI
VUELTA DE CORTÉS A MÉXICO

En esto llegó Cortés a la Veracurz. De que se dijo su llegada, y que iba hecho marqués y llevaba su mujer, comenzaron a irle a ver muchedumbre de indios y casi todos los españoles de México, con achaque de salir a recibirle. En pocos días se le juntaron más de mil españoles, y se le quejaban que no tenían qué comer, y decían que los licenciados Matienzo y Delgadillo los habían destruido a ellos y a él, y que viese si quería que los matasen con los demás. Cortés, conociendo cuán feo caso era, reprehendiolos recio. Dioles esperanza de sacarlos presto de lacería con las armadas que había de hacer,

y porque no hiciesen algún motín o saco entreteníalos con regocijos. El presidente y oidores mandaron a todos los españoles que luego volviesen a México, y cada vecino a su pueblo, so pena de muerte, por quitarlos de Cortés; y estuvieron por enviar a prenderle y enviarle a España por alborotador de la tierra. Mas visto por él cuán de ligero se movían los letrados, se hizo pregonar públicamente en la Veracruz por capitán general de la Nueva-España, leyendo las provisiones, que hicieron torcer las narices a los de México. Tras esto partiose derecho allá con un gran escuadrón de españoles e indios, en que había gran copia de caballos.

Cuando llegó a Tezcuco mandáronle que no entrase en México, so pena de perdimiento de bienes, y la persona a merced del rey. Obedeció y cumplió con toda la prudencia que convenía al servicio del emperador y bien de aquella tierra, que con muchos trabajos él ganara. Estaba allí en Tezcuco muy acompañado, y con tanta corte y más que había en México. Escribía al presidente y oidores que mirasen mejor su buena intención, y no diesen asilla a los indios de rebelarse; que de los españoles seguros podían estar.

Los indios, viendo estas cosas, mataban cuantos españoles cogían en descampado; y no en muchos días faltaban más de doscientos, todos muertos a manos suyas, ansí en pueblos como en caminos, y ya estaban hablados, y concertaban de alzarse; pero vinieron algunos a decirlo al obispo, el cual tuvo miedo; y luego, con acuerdo y parecer de los oidores y de los demás vecinos que en la ciudad estaban, viendo que no tenían mejor remedio ni más cierta defensa que la persona, nombre, valor y autoridad de Cortés, le envió a llamar y rogar que entrase en México. Él fue luego, muy acompañado de gente de guerra, y de veras parecía capitán general. Salieron todos a recibirle, que entraba también la marquesa, y fue aquel un día de mucha alegría. Trataron la Audiencia y él cómo remediarían tanto mal. Tomó Cortés la mano, prendió a muchos indios, quemó algunos, aperreó otros, y castigó tantos que en muy breve allanó toda la tierra y aseguró los caminos, cosa que merecía galardón romano.

CAPÍTULO CXCVII
DE CÓMO ENVIÓ CORTÉS A DESCUBRIR LA COSTA DE LA NUEVA-ESPAÑA POR LA MAR DEL SUR

Como Cortés estuvo algo de reposo, le requirieron presidente y oidores que dentro de un año enviase armada a descubrir por la Mar del Sur, conforme a la instrucción y conveniencia que traía del emperador, hecha en Madrid a 27 de octubre y de 29, y firmada de la emperatriz doña Isabel; donde no, que su majestad contrataría con otra persona. Tanto hicieron esto por alejarlo de México, como porque cumpliese lo que había capitulado con el emperador; que bien sabía cómo tenía siempre muchos carpinteros y navíos en el astillero; pero querían que él mismo fuese allá. Cortés respondió que así lo haría. Dio pues muy gran prisa a dos naos que se estaban labrando en Acapulco.

Entre tanto anduvo un sarampión, que llamaron *zauatltepiton*, que quiere decir lepra chica, a respecto de las viruelas que les pegó el negro de Pánfilo de Narváez, según ya se dijo; y murieron con él muy muchos indios. Fue también enfermedad nueva y nunca vista en aquella tierra.

Como las naos se acabaron, las armó Cortés muy bien de gente y artillería; hincholas de vituallas, armas y rescates. Envió por capitán de ellas a Diego Hurtado de Mendoza, primo suyo. Llamábanse las naos, una de San Miguel y otra de San Marcos. Fueron, por tesorero Juan de Mazuela, por veedor Alonso de Molina, maestre de campo Miguel Marroquino, alguacil mayor Juan Ortiz de Cabex, y por piloto Melchor Fernández. Salió Diego Hurtado del puerto de Acapulco día de Corpus Christi, año de 1532. Siguió la costa hacia el poniente; que así era el concierto. Llegó al puerto de Xalixco, y quiso tomar agua, no por necesidad, sino por henchir las vasijas que hasta allí habían venido vacías. Nuño de Guzmán, que gobernaba aquella tierra, envió gente que les defendiese la entrada, por ser de Cortés, o porque nadie entrase en su jurisdicción sin su licencia. Diego Hurtado dejó el agua y pasó adelante bien doscientas leguas, costeando lo más y mejor que pudo. Amotináronsele muchos de su compañía; metiolos en el un navío, y enviolos a la Nueva-España por ir descansado y seguro. Con el otro navío prosi-

guió su derrota; pero no hizo cosa que de contar sea, que yo sepa, aunque navegó y estuvo mucho sin que de él supiese.

La nave de los amotinados tuvo a la vuelta tiempo contrario y falta de agua; y así, le fue forzado, aunque no quisieran los que dentro venían, surgir en una bahía que llaman de Banderas, donde los naturales estaban en armas por algunos tratamientos no buenos que los de Nuño de Guzmán les habían hecho. Tomaron los nuestros tierra, y sobre tomar agua riñeron. Los contrarios eran muchos y mataron todos los españoles de la nao, que no escaparon sino solos dos. Cortés de que lo supo fuese a Tecoantepec, villa suya, que está de México ciento y veinte leguas. Aderezó dos navíos que sus oficiales acababan de hacer, basteciolos muy complidamente, y envió por capitán de uno a Diego Becerra de Mendoza, natural de Mérida, y por piloto a Fortún Jiménez, vizcaíno; y del otro a Hernando de Grijalva, y piloto a un portugués que se decía Acosta: creo que partieron año y medio después que Diego Hurtado. Iban a tres efectos: a vengar los muertos, a buscar y socorrer los vivos, y a saber el secreto y cabo de aquella costa.

Estas dos naos se desrotaron una de otra la primera noche que se hicieron a la vela, y nunca más se vieron. Fortún Jiménez se concertó con muchos vizcaínos, así marineros como hombres de tierra, y mató a Diego Becerra estando durmiendo; debió ser que riñeron, e hirió malamente a otros algunos. Arribó con la nao a Motín, y echó en tierra a los heridos y a dos frailes franciscanos. Tomó agua, y fue de allí a dar en la bahía de Santa Cruz. Saltó a tierra, y matáronle los indios con otros veinte españoles. Con estas nuevas fueron dos marineros a Chiametlan de Xalixco, en el batel, y dijeron a Nuño de Guzmán cómo habían hallado mucha muestra de perlas. Él fue allá, aderezó aquella nao, y envió gente en ella a buscar las perlas.

Hernando de Grijalva anduvo trescientas leguas por el noroeste sin ver tierra; y por eso echó luego a la mar a ver si hallaría islas, y topó con una, que llamó Santo Tomás porque tal día la descubrió. Estaba, según él dijo, despoblada y sin agua por la parte que entró. Está en veinte grados. Tiene muy hermosas arboledas y frescuras, muchas palomas, perdices, halcones y otras aves. En esto pararon aquellas cuatro naos que Cortés envió a descubrir.

CAPÍTULO CXCVIII
LO QUE PADECIÓ CORTÉS CONTINUANDO EL DESCUBRIMIENTO DEL SUR

Cortés, entre tanto que todo esto pasaba, tuvo hechos otros tres navíos muy buenos, porque siempre labraba con diligencia y mucha gente naos en Tecoantepec, para cumplir lo capitulado con el emperador, y pensando descubrir riquísimas islas y tierra. Y como tuvo nueva de todo ello, quejose al presidente y oidores, de Nuño de Guzmán, y pidioles justicia para que le fuese vuelta su nave. Ellos le dieron provisión, y luego sobrecarta; mas poco aprovecharon. Él, entonces, que estaba amostazado con Nuño de Guzmán sobre la residencia que le hizo, y hacienda que le deshizo, despachó los tres navíos para Chiametlan, que se llamaban Santa Águeda, San Lázaro y Santo Tomás, y él fuese por tierra desde México muy bien acompañado. Cuando llegó allá halló la nao al través, y robado cuanto en ella iba, que con el casco del navío, valía todo quince mil ducados. Llegaron también los tres navíos, embarcose en ellos con la gente y caballos que cupieron; dejó con los que quedaban a Andrés de Tapia por capitán, porque tenía trescientos españoles y treinta y siete mujeres y ciento y treinta caballos.

Pasó a donde mataron a Fortún Jiménez. Tomó tierra primero día del año de 1536, y por ser tal día nombró aquella punta, que es alta, sierras de San Felipe, y a una isla que está tres leguas de allí llamó de Santiago. A tres días entró en un muy buen puerto, grande, seguro de todos aires, y llamole bahía de Santa Cruz. Allí mataron a Fortún Jiménez con los otros veinte españoles. Dioles después de embarcados un viento que los llevó hasta dos ríos que ahora llaman San Pedro y San Pablo. Salidos de allí, se tornaron a desrotar todos tres navíos. El menor vino a Santa Cruz, otro fue al Guayabal, y el que llamaban San Lázaro dio al través, o por mejor dicho, encalló cerca de Xalixco; la gente del cual se volvió a México. Cortés esperó muchos días sus naos, y como no venían, llegó a mucha necesidad, porque en ellas tenía los bastimentos; y en aquella tierra no cogen maíz, sino viven de frutas y hierbas, de caza y pesca, y aun diz que pescan con flechas y con varas de punta, andando por el agua en unas balsas de cinco maderas, hechas a

manera de la mano; y así, determinó ir con aquel navío a buscar los otros, y a traer qué comer si no los hallaba.

Embarcose pues con hasta setenta hombres, muchos de los cuales eran herreros y carpinteros. Llevó fragua y aparejos para labrar un bergantín, si fuese necesario. Atravesó la mar, que es como el Adriático; corrió la costa por cincuenta leguas, y una mañana hallose metido entre unos arrecifes o bajos, que ni sabía por dónde salir ni por dónde entrar. Andando con la sonda buscando salida, arrimose a la tierra y vio una nao surta dos leguas dentro un ancón. Quiso ir allá, y no hallaba entrada; que por todas las partes quebraba la mar sobre los bajos. Los de la nao vieron también al navío, y enviáronle su batel con Antón Cordero, piloto, sospechando que era él. Arribó al navío, saludó a Cortés, entrose dentro para guiarle. Dijo que había harta hondura por encima de una reventazón, que por ella pasó su nao. En diciendo esto, encalló a dos leguas de tierra, donde quedó el navío muerto y trastornado. Allí vierais llorar al más esforzado, y maldecir al piloto Cordero. Encomendábanse a Dios, y desnudábanse, pensando guarecer a nado o en tablas; y ya estaban para hacerlo cuando dos golpes de mar echaron la nao en la canal que decía el piloto, mas abierta por medio. Llegaron, en fin, al otro navío surto, vaciando el agua con la bomba y calderas. Salieron, y sacaron todo lo que dentro iba, y con los cabrestantes de ambas naos la tiraron fuera. Asentaron luego la fragua, hicieron carbón. Trabajaban de noche con hachas y velas de cera, que hay por allí mucha; y así, fue presto y remediada. Compró en San Miguel, diecisiete leguas de Guayabal, que cae en lo de Culuacán, mucho refresco y grano; costole cada ovillo treinta castellanos de buen oro, cada puerco diez, cada oveja y cada fanega de maíz cuatro. Salió de allí Cortés, y topó la nao San Lázaro en la barra con la patilla, y desgobernose el gobernalle. Fue menester haber otra vez carbón, y fraguar de nuevo los fierros.

Partiose Cortés en aquella nave mayor, y dejó a Hernando de Grijalva por capitán de la otra, que no pudo salir tan presto. A dos días que navegaba con buen tiempo se quebró la atadura de la antena de la mesana; que estaba con la vela cogida, y dado el chafardete. Cayó la antena, y mató al piloto Antón Cordero, que dormía al pie del árbol. Cortés hubo de guiar la navegación, que no había quien mejor lo hiciese. Llegó cerca de la isla de Santia-

go, que poco antes nombré, y allí le dio un noroeste muy recio, que no le dejó tomar la bahía de Santa Cruz. Corrió aquella costa al sudeste, llevando casi siempre el costado de la nao en tierra y sondando. Halló un placel de arena, donde dio fondo. Salió por agua, y como no la halló, hizo pozos por aquel arenal, en que cogió ocho pipas de agua. Cesó entre tanto el noroeste y navegó con buen tiempo hasta la isla de Perlas, que así creo la llamó Fortún Jiménez, que está junto a la de Santiago. Calmole el viento, pero luego tornó a refrescar; y así, entró en el puerto de Santa Cruz, aunque con peligro, por ser estrecha la canal y menguar mucho la mar.

Los españoles que allí había dejado estaban trashijados de hambre, y aun se habían muerto más de cinco, y no podían buscar marisco, de flacos, ni pescar, que era lo que los sostenía. Comían hierbas de las que hacen vidrio, sin sal, y frutas silvestres, y no cuantas querían. Cortés les dio la comida por mucha regla, porque mal no les hiciese, que tenían los estómagos muy debilitados; mas ellos, con la hambre, comieron tanto que se murieron otros muchos. Visto pues que se tardaba Hernando de Grijalva, y que era llegado a México don Antonio de Mendoza por virrey, según los de San Miguel le dijeran, acordó dejar allí en Santa Cruz a Francisco de Ulloa por capitán de aquella gente, e irse él a Teocantepec con aquella nave, para enviarle navíos y más hombres con que fuese a descubrir la costa, y para buscar de camino a Hernando de Grijalva.

Estando en esto llegó una carabela suya de la Nueva-España, que le venía a buscar, y que le dijo cómo venían atrás otras dos naos grandes con mucha gente, armas, artillería y bastimentos. Esperoles dos días, y no viniendo, fuese con el un navío, y topolas surtas en la costa de Xalixco, y llevolas al mismo puerto, donde halló la nao en que iba Hernando de Grijalva atollada en la arena, y los bastimentos dentro y podridos. Hízola limpiar y lavar. Los que sacaron la carne y anduvieron en aquello se hincharon las caras del hedor y bafo, y los ojos, que no podían ver. Levantó el navío, púsolo en hondura, y estaba sano y sin agujero ninguno; cortó antenas y mástiles, que cerca había buenos árboles, y aderezolo muy bien; y luego se fue con todos cuatro navíos a Santiago de Buena-Esperanza, que es en lo de Coliman; donde, antes que del puerto saliese, vinieron otras dos naves suyas, que como tardaba tanto, y la marquesa tenía grandísima

pena, iban a saber de él. Con aquellos seis navíos entró en Acapulco, tierra de la Nueva-España.

Muchas cosas cuentan de esta navegación de Cortés, que a unos parecerían milagro y a otros sueño. Yo no he dicho sino la verdad y lo creedero. Estando Cortés en Acapulco, a México de partida, le vino un mensajero de don Antonio de Mendoza, con aviso de su ida por virrey en aquellas tierras, y con el traslado de una carta de Francisco Pizarro, que había escrito a Pedro de Alvarado, adelantado y gobernador de Quahutemallan, que así había hecho a otros gobernadores, en que le hacía saber cómo estaba cercado en la ciudad de los reyes con muy gran gente, y puesto en tanta estrechura, que si no era por mar, no podía salir, y que le combatían cada día, y que si no le socorrían presto, se perdería.

Cortés dejó de enviar recaudo entonces a Francisco de Ulloa, y envió dos naos a Francisco Pizarro con Hernando de Grijalva, y en ellas muchas vituallas y armas, vestidos de seda para su persona, una ropa de martas, dos sitiales, almohadas de terciopelo, jaeces de caballos y algunos aderezos de entre casa, que él tenía para sí en aquella jornada, y ya que estaba en su tierra, no los había mucho menester. Hernando de Grijalva fue, y llegó a buen tiempo, y tornó a enviar la nave a Acapulco, y Cortés hizo en Cuaunauac sesenta hombres, y enviolos al Perú, juntamente con once piezas de artillería, diecisiete caballos, sesenta cotas de malla, muchas ballestas y arcabuces, mucho herraje y otras cosas, que nunca de ellas hubo recompensa, como mataron no mucho después al Francisco Pizarro, aunque Pizarro también envió muchas y ricas cosas a la marquesa doña Juana de Zúñiga; pero huyó con ellas de Grijalva.

CAPÍTULO CXCIX
DE LA MAR DE CORTÉS, QUE TAMBIÉN LLAMAN BERMEJO

Por el mes de mayo del mismo año de 1539 envió Cortés otros tres navíos muy bien armados y bastecidos, con Francisco de Ulloa, que ya era vuelto con todos los demás, para seguir la costa de Culuacán, que vuelve al norte. Llamáronse aquellos navíos Santa Águeda, la Trinidad y Santo Tomás.

Partieron de Acapulco; tocaron en Santiago de Buena-Esperanza por tomar ciertas vituallas; del Guayabal atravesaron a la California en busca de un navío, y de allí tornaron a pasar aquel Mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguieron la costa más de doscientas leguas hasta do fenece, que llamaron ancón de San Andrés, por llegar allí su día. Tomó Francisco de Ulloa posesión de aquella tierra por el rey de Castilla, en nombre de Fernando Cortés.

Está aquel ancón en treinta y dos grados de altura, y aun algo más; es allí la mar bermeja, crece y mengua muy por concierto. Hay por aquella costa muchos volcanejos, y están los cerros pelados; es tierra pobre. Hallose rastro de carneros, digo cuernos grandes, pesados y muy retuertos. Andan muchas ballenas por este mar; pescan en él con anzuelos de espinas de árboles y de huesos de tortugas, que las hay muchas y muy grandes. Andan los hombres desnudos y trasquilados, como los otomíes de la Nueva-España; traen a los pechos unas conchas relucientes como de nácar. Los vasos de tener agua son buches de lobos marinos, aunque también los tienen de barro muy bueno.

Del ancón de San Andrés, siguiendo la otra costa, llegaron a la California, doblaron la punta, metiéronse por entre la tierra y unas islas, y anduvieron hasta emparejar con el ancón de San Andrés. Nombraron aquella punta el cabo del Engaño, y dieron vuelta para la Nueva-España, por hallar vientos muy contrarios y acabárseles los bastimentos. Estuvieron en este viaje un año entero, y no trajeron nueva de ninguna tierra buena: más fue el ruido que las nueces.

Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva-España; pero no hizo más de lo que dicho tengo, tanta nao como armó, aunque fue allá él mismo. Créese que hay muy grandes islas y muy ricas entre la Nueva-España y la Especiería. Gastó doscientos mil ducados, a la cuenta que daba, en estos descubrimientos, que envió muchas más naos y gente de lo que al principio pensó y fueron causa, como después diremos, que hubiese de tornar a España, tomar enemistad con el virrey don Antonio, y tener pleito con el rey sobre sus vasallos; pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.

CAPÍTULO CC
DE LAS LETRAS DE MÉXICO

No se han hallado letras hasta hoy en las Indias, que no es pequeña consideración; solamente hay en la Nueva-España unas ciertas figuras que sirven por letras, con las cuales notan y entienden toda cualquier cosa, y conservan la memoria y antigüedades.

Semejan mucho a los jeroglíficos de Egipto, mas no encubren tanto el sentido, a lo que oigo; aunque ni debe ni puede ser menos. Estas figuras que usan los mexicanos por letras son grandes; y así, ocupan mucho; entállanlas en piedra y madera; píntanlas en paredes, en papel que hacen de algodón y hojas de *metl*. Los libros son grandes, cogidos como pieza de paño, y escritos por ambas haces; haylos también arrollados como pieza de jerga.

No pronuncian b, g, r, s; y así, usan mucho de p, c, l, x; esto es la lengua mexicana y náhuatl, que es la mejor, más copiosa y más extendida que hay en la Nueva-España, y que usa por figuras. También se hablan y entienden algunos de México por silbos, especialmente ladrones y enamorados: cosa que no alcanzan los nuestros, y que es muy notable.

CAPÍTULO CCI
LOS NOMBRES DE CONTAR

Ce.	Uno.
Ome.	Dos.
Ei.	Tres.
Naui.	Cuatro.
Macuil.	Cinco.
Chicoace.	Seis.
Chicome.	Siete.
Chicuei.	Ocho.
Chiconaui.	Nueve.
Matlac.	Diez.
Matlactlioce.	Once.
Matlactliome.	Doce.

Matlactliomei.	Trece.
Matlactlinaui.	Catorce.
Matlactlimacuil.	Quince.
Matlactlichicoace.	Dieciséis.
Matlactlichicome.	Diecisiete.
Matlactlichicuei.	Dieciocho.
Matlactlichiconaui.	Diecinueve.
Cempoalli.	Veinte.

Hasta seis cada número es simple y solo; después dicen seis uno, seis dos, seis tres.

Diez es número por sí; y luego dicen diez y uno, diez y dos, diez y tres, diez y cuatro, diez y cinco.

Dicen diez cinquiuno, y diez seis uno, diez seis dos, diez seis tres.

Veinte va por sí, y todos los números mayores.

CAPÍTULO CCII
DEL AÑO MEXICANO

El año de aquestos mexicanos es de trescientos y sesenta días, porque tienen dieciocho meses de a veinte días cada uno; los cuales hacen trescientos y sesenta. Tiene más otros cinco días que andan sueltos y por sí, a manera de intercalares, en que se celebran grandes fiestas de crueles sacrificios, pero con mucha devoción. No podían dejar de andar errados con esta cuenta, que no llegaba a igualar con el curso puntual del Sol, que aun el año de los cristianos, que tan astrólogos son, anda errado en muchos días; empero harto atinaban a lo cierto, y conformaban con las otras naciones.

CAPÍTULO CCIII
LOS NOMBRES DE LOS MESES

Tlacaxipeualiztli.
Tozçuztli.
Huei tozçuztli.

Toxcalt.	Tepupochuiliztli.
Eçalcoaliztli.	
Tecuil huicintli.	
Huei tecuilhuitl.	
Miccaihuicintli.	
Uei miccailhuitl.	
Uchpaniztli.	Tenauatiliztli.
Pachtli.	Heçoztli.
Huei pachtli.	Pachtli.
Quecholli.	
Panqueçaliztli.	
Hatemuztli.	
Tititlh.	
Izcalli.	
Couaitleuac.	Ciuaihuilt.

En algunos pueblos truecan los meses, y en otros los diferencian, según quedan señalados por sí; mas la orden que llevan es la común.

CAPÍTULO CCIV
NOMBRES DE LOS DÍAS

Cipactli.	Espadarte.
Hecatl.	Aire o viento.
Calli.	Casa.
Cuezpali.	Lagarto.
Coualt.	Culebra.
Miquiztli.	Muerte.
Maçatl.	Ciervo.
Tochtli.	Conejo.
Atl.	Agua.
Izcuyntli.	Perro.
Oçumatli.	Mona.
Malinalli.	Escoba.

Acatlh.	Caña.
Ocelotl.	Tigre.
Coautli.	Águila.
Cozcaquahutli.	Buharro.
Olin.	Temple.
Tecpatlh.	Cuchillo.
Quiauitl.	Lluvia.
Xuchitl.	Rosa.

Aunque estos veinte nombres sirven para todo el año, y no son más que días tiene cada mes, no empero cada mes comienza por *cipactli*, que es el primer nombre, sino como les viene. La causa de ello es los cinco días intercalares, que andan por sí, y también porque tienen semana de trece días, que remuda los nombres; la cual, pongo caso que comience de *ce cipactli*, no puede correr más de hasta *matlactliomei acatl*, que es trece; y luego comienza otra semana, y no dice *matlactlinaui ocelotl*, que es catorceno día, sino de *ce ocelotl*, que es uno, y tras él cuentan los otros seis nombres que quedan hasta los veinte; y como son acabados todos los veinte días, comienzan de nuevo a contar del primer nombre de aquellos veinte, mas no como de uno, sino como de ocho; y porque mejor se pueda entender, es de esta manera:

Ce cipactli.
Ome hecatl.
Ei calli.
Naui cuezpali.
Macuil couatl.
Chicoacen miquiztli.
Chicome maçatl.
Chicoey tochtli.
Chiconaui atl.
Matlactizcuintli.
Matlactlioce oçumatli.
Matlactliome malinalli.
Matlactliomei acatlh.

La semana siguiente tras ésta comienza sus días de uno; mas aquel uno es catorceno, nombre del mes y de los días, y dicen:

Ce ocelotl.
Ome coautli.
Ei cozcaquahutli.
Naui olin.
Macuil tecpatl.
Chicoacen quiauitl.
Chicome xuchitl.
Chicoei cipactli.

En esta segunda semana vino *cipactli* a ser octavo día, habiendo sido en la primera primero.

Ce maçatl.
Ome tochtli.
Ei atl.
Naui izcuintli.
Macuil oçumatli.

Así comienza la tercera semana, en la cual no entra este nombre *cipactli*; mas *maçatl* que fue séptimo día en la primera semana, y no tuvo lugar en la segunda, es el día primero de esta tercera semana. No es más oscura cuenta ésta que la nuestra que tenemos, por solas estas siete letras a, b, c, d, e, f, g; porque también ellas se mudan y andan de tal manera que la a, que fue primer día de un mes, viene a ser el quinto día del otro mes adelante, y al tercer mes es tercero día; y así hacen todas las otras seis letras.

CAPÍTULO CCV
CUENTA DE LOS AÑOS

Otra manera muy diversa de la dicha tienen para contar los años, la cual no pasa de cuatro; pero con uno, dos, tres y cuatro cuentan ciento, y quinientos y mil, y en fin, todo cuanto es menester y quieren. Las figuras y nombres son *tochtli*, *acatlh*, *tecpatli*, *calli*, que son conejo, caña, cuchillo, casa; y dicen:

Ce tochtli.	Es un año.
Ome acatlh.	Dos años.
Ei tecpatlh.	Tres años.
Naui calli.	Cuatro años.
Macuil tochtli.	Cinco años.
Chicoacen acatlh.	Seis años.
Chicome tecpatlh.	Siete años.
Chicuei calli.	Ocho años.
Chiconaui tochtli.	Nueve años.
Matlactli acatlh.	Diez años.
Matlactlioce tecpatlh.	Once años.
Matlactliome calli.	Doce años.
Matlactliomei tochtli.	Trece años.

Tampoco sube la cuenta más de a trece, que es semana de año, y acaba donde comenzó.

OTRA SEMANA

Ce acatlh.	Un año.
Ome tecpatlh.	Dos años.
Ei calli.	Tres años.
Naui tochtli.	Cuatro años.
Macuil acatlh.	Cinco años.
Chicoacen tecpatlh.	Seis años.
Chicome calli.	Siete años.
Chicuei tochtli.	Ocho años.
Chiconaui acatlh.	Nueve años.
Matlactli tecpatlh.	Diez años.
Matlactlioce calli.	Once años.
Matlactliome tochtli.	Doce años.
Matlactliomei acatlh.	Trece años.

LA TERCERA SEMANA DE AÑOS

Ce tecpatlh.	Un año.
Ome calli.	Dos años.

Ei tochtli.	Tres años.
Naui acatlh.	Cuatro años.
Macuil tecpatlh.	Cinco años.
Chicoacen calli.	Seis años.
Chicome tochtli.	Siete años.
Chicuei acatlh.	Ocho años.
Chiconaui tecpatlh.	Nueve años.
Matlactli calli.	Diez años.
Matlactlioce tochtli.	Once años.
Matlactliome acatlh.	Doce años.
Matlactliomei tecpatlh.	Trece años.

LA CUARTA SEMANA

Ce calli.	Un año.
Ome tochtli.	Dos años.
Ei acatlh.	Tres años.
Naui tecpatlh.	Cuatro años.
Macuil calli.	Cinco años.
Chicoacen tochtli.	Seis años.
Chicome acatlh.	Siete años.
Chicuei tecpatlh.	Ocho años.
Chiconaui calli.	Nueve años.
Matlactli tochtli.	Diez años.
Matlactlioce acatlh.	Once años.
Matlactliome tecpatlh.	Doce años.
Matlactliomei calli.	Trece años.

Cada semana de éstas, que los nuestros llaman indición, tiene trece años, y todas cuatro hacen cincuenta y dos años, que es número perfecto en la cuenta; y es como decir el jubileo, porque de cincuenta y dos en cincuenta y dos años tienen muy solemnes fiestas, con grandísimas ceremonias, según después trataremos. Contados estos cincuenta y dos años, tornan a contar de nuevo por la orden arriba puesta, otros tantos, comenzando de *ce tochtli*, y luego otros y otros; pero siempre comienzan del conejo. Así que

con esta manera de contar tienen memoria de ochocientos y cincuenta años, y saben muy bien cada cosa en qué año aconteció, qué rey murió y qué hijos tuvo, y todo lo otro que atañe a la historia.

CAPÍTULO CCVI
CINCO SOLES, QUE SON EDADES

Bien alcanzan estos de Culúa que los dioses criaron el mundo, mas no saben cómo; empero, según ellos fingen y creen por las figuras o fábulas que de ello tienen, afirman que han pasado después acá de la creación del mundo, cuatro soles, sin éste que ahora los alumbra. Dicen pues cómo el primer Sol se perdió por agua, con que se ahogaron todos los hombres y perecieron todas las cosas criadas; el segundo Sol pereció cayendo el cielo sobre la tierra, cuya caída mató la gente y toda cosa viva; y dicen que había entonces gigantes, y que son de ellos los huesos que nuestros españoles han hallado cavando minas y sepulturas, de cuya medida y proporción parece como eran aquellos hombres de veinte palmos en alto; estatura es grandísima, pero certísima; el Sol tercero faltó y se consumió por fuego; porque ardió muchos días todo el mundo, y murió abrasada toda la gente y animales; el cuarto Sol feneció con aire; fue tanto y tan recio el viento que hizo entonces, que derrocó todos los edificios y árboles, y aun deshizo las peñas; mas no perecieron los hombres, sino convirtiéronse en monas.

Del quinto Sol, que al presente tienen, no dicen de qué manera se ha de perder; pero cuentan cómo, acabado el cuarto Sol, se oscureció todo el mundo, y estuvieron en tinieblas veinticinco años continuos; y que a los quince años de aquella espantosa oscuridad los dioses formaron un hombre y una mujer, que luego tuvieron hijos, y de allí a diez años apareció el sol recién criado, y nacido en día de conejo; y por eso traen la cuenta de sus años desde aquel día y figura. Así que, contando de entonces hasta el año de 1552, ha su sol ochocientos cincuenta y ocho años; por manera que ha muchos años que usan de escritura pintada; y no solamente la tienen desde *ce tochtli*, que es comienzo del primer año, mes y día del quinto Sol, mas también la usaban en vida de los otros cuatro soles perdidos y pasados; pero dejábanlas olvidar, diciendo que, con el nuevo Sol, nuevas

debían ser todas las otras cosas. También cuentan que, tres días después que apareció este quinto Sol, se murieron los dioses; porque veáis cuáles eran; y que andando el tiempo nacieron los que al presente tienen y adoran; y por aquí los convencían los religiosos que los convertían a nuestra santa fe.

CAPÍTULO CCVII
CHICHIMECAS

Hay en esta tierra, que llaman Nueva-España, muchas y muy diversas generaciones; dicen que la más antigua es los chichimecas, y que vinieron de Aculuacán, que es más allá de Xalixco, cerca de los años de 720 que Cristo nació, reduciendo su cuenta a la nuestra; y que muchos de ellos poblaron alrededor de la laguna de Tenuchtitlan; pero que se acabaron o se perdió su nombre, mezclándose con otros.

No tenían rey cuando entraron aquí; no hacían lugar, ni aun casa; moraban en cuevas y por los montes, andaban desnudos, no sembraban, no comían maíz ni otras semillas, ni pan de ninguna suerte, manteníanse de raíces, hierbas y frutas del campo; y como eran muy diestros de tirar un arco, mataban muchos venados, liebres, conejos y otros animales y aves, y comían toda esta caza, no guisada, sino cruda y seca al sol; también comían culebras, lagartos y otras sabandijas así, sucias, asquerosas y bravas y aun hoy día hay muchos de ellos allá en su naturaleza que viven así.

Siendo, empero, tan bárbaros y viviendo vida tan bestial, eran hombres religiosos y devotos; adoraban al Sol, ofrecíanle culebras, lagartijas y semejantes animalejos; ofrecíanle asimismo todo género de aves, desde águilas hasta mariposas; no hacían sacrificio con sangre, no tenían ídolos, ni aun del Sol, a quien tenían por uno y solo dios; casaban con una sola mujer, y aquella no parienta en grado ninguno; eran feroces y belicosos, a cuya causa señoreaban la tierra.

CAPÍTULO CCVIII
ACULUAQUES

Setecientos y setenta o más años ha que vinieron a esta tierra de la laguna unas gentes muy guerreras, pero de mucha policía y razón, que se llamaron los de Aculúa. Estos comenzaron, luego en viniendo, a poblar lugares y sembrar maíz y otras legumbres, y usaban de figuras por letras. Era gente de lustre, y había entre ellos algunos señores. Fundaron sobre la laguna a Tullacinco, que fue su primera puebla; y porque venían de Tulla, poblaron luego a Tullán, y después a Tezcuco, y de allí a Couatlichan, de donde fueron a Culuacán, que otros dicen Coyacán, y en él asentaron y residieron muchos años.

Estando allí hicieron unas casillas y chozuelas en una isleta alta y enjuta de la laguna, alrededor de la cual había ciertas charcas y manantiales, que creo llamaban México; las cuales casas pajizas fueron el comienzo de la gran ciudad México Tenuchitlán. Había cerca de doscientos años que estaban allí estos de Aculúa, cuando comenzaron los chichimecas a desechar la rudez y bárbaras costumbres que tenían, y a comunicar con ellos por matrimonio y contrataciones; que antes o no habían querido o no osaban.

CAPÍTULO CCIX
MEXICANOS

En este medio tiempo llegaron a esta tierra los mexicanos, nación también extranjera y en aquellos reinos nueva, aunque algunos quieren sentir que son de los mismos de Aculúa, por cuanto la lengua de los unos y de los otros es toda una; y dicen que no trajeron señores, sino capitanes. Entraron también ellos por Tullán, y caminaron hacia la laguna; poblaron a Azcapuzalco, y luego a Tlacopan y Chapultepec, y de allí edificaron a México, cabecera de su señorío, por oráculo del diablo.

Crecieron tanto en hacienda y reputación, que en muy breve fueron mayores señores en la tierra que los de Aculúa ni que los chichimecas. Dieron guerra a sus vecinos, vencieron muchas batallas; tuvieron esto, que a los que se les daban, ponían ciertos tributos o parias, y a los que les resistían,

robaban y servíanse de ellos y de sus hijos y mujeres por esclavos. Comenzaron por vía de religión; añadiéronle luego las armas y fuerza; y después codicia, y así se quedaron señores de todo, y pusieron la silla de su imperio en México. Traían cuenta y razón con el tiempo por escrito de figuras, si ya no la tomaron de aquellos otros de Aculuacán después que trabaron con ellos amistad y parentesco.

Según los libros de esta gente, y común opinión de sus hombres sabios y leídos, salieron estos mexicanos de un pueblo llamado Chicomuztotlh, y todos nacieron de un padre, dicho por nombre Iztacmixcoatlh, el cual tuvo dos mujeres. En Ilancueitl, que fue la una, hubo seis hijos. El primero se llamó Xelhúa, el segundo Tenuch, el tercero Ulmecatlh, el cuarto Xicalancatlh, el quinto Mixtecatlh, el sexto Otomitlh. En Chimalmath, que fue la otra mujer, hubo a Quezalcoatlh.

Xelhúa, que era el primogénito y mayorazgo, fundó y pobló a Cuahuquechulan, Izcuzan, Epatlan, Teupantlan, Teouacan, Cuzcatlan, Teutitlan y otros muchos lugares.

Tenuch pobló a Tenuchtitlan, y de él se dijeron al principio Tenuchca, según algunos cuentan, y después se llamaron Mexica. De este Tenuch salieron muchas personas muy excelentes, y sus descendientes vinieron a mandar toda la tierra y a ser señores de todo su linaje, y de otras muchas gentes.

Ulmecatlh pobló también muchos lugares en aquella parte a do ahora está la ciudad de los Ángeles, y nombrolos Totomiuacan, Uicilapan, Cuetlaxcoapan, y otros así.

Xicalancatlh anduvo más tierra, llegó a la Mar del Norte, y en la costa hizo muchos pueblos; pero a los dos más principales llamó de su mismo nombre. El un Xicalanco está en la provincia de Maxcalcinco, que es cerca de la Veracruz, y el otro Xicalanco está cerca de Tabasco. Éste es un gran pueblo y de mucho trato, donde se hacen grandes ferias, a las cuales van muchos mercaderes de lejos tierras; y los de allí andan por toda la tierra contratando. Hay gran distancia del un pueblo de estos al otro.

Mixtecatlh echó por la otra parte y corrió hasta la Mar del Sur, donde pobló a Tututepec; edificó a Acatlán, que hay del uno al otro cerca de ochenta leguas; y todo aquel trecho de tierra se llama Mixtecapan. Es un gran reino, rico, abundante, de mucha gente y muy buenos pueblos.

Otomitlh subió a las montañas que están a la redonda de México. Pobló muchos lugares. Los mejores y el riñón de todos ellos es Xilotepec, Tullán y Otompan. Ésta es la mayor generación de toda la tierra de Anauac, la cual, allende de ser muy diferente en la habla, andan los hombres chamorros. También hay quien dice que los chichimecas vienen de este Otomitlh, por ser entrambas naciones de baja suerte y la más soez y servil gente que hay en toda esta tierra.

Quezalcoatlh edificó, o como dicen algunos, reedificó a Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla y otras ciudades. Fue aqueste Quezalcoatlh hombre honesto, templado, religioso, santo y, como ellos tienen, dios. No fue casado ni conoció mujer. Vivió castísimamente, haciendo muy áspera penitencia con ayunos y disciplinas. Predicó, según se dice, la ley natural, y enseñola con obra, dando ejemplo de buenas costumbres. Instituyó el ayuno, que antes no lo usaban, y fue el primero que en esta tierra hizo sacrificio de sangre; mas no como ahora lo usan estos indios con muerte de infinitos hombres, sino sacando sangre de las orejas y lenguas, por penitencia, por castigo y por remedio contra el vicio de mentir y del escuchar la mentira, que no son pequeños vicios entre esta gente. Creen que no murió, sino que se desapareció en la provincia de Coazacoalco, junto al mar. Tal lo pintan cual yo cuento, a Quezalcoatlh; y porque no saben o porque encubren su muerte, lo tienen por el dios del aire y lo adoran en toda esta tierra, principalmente en Tlaxcallan y Chololla y en los demás pueblos que fundó; y así le hacen en ellos extraños ritos y sacrificios.

Tanto como dicho es poblaron y anduvieron estos siete hermanos, o conquistaron; que también se cuenta de ellos haber sido hombres muy guerreros. Va todo ello muy en suma, así porque basta para declaración del linaje y tierra de estos mexicanos, como por acortar muchos cuentos que sobre esto tienen los indios, que presumen de sangre, y de leídos en sus antigüedades. Los españoles, aunque han procurado saber muy de raíz el origen de los reyes mexicanos, no se determinan a certificar las opiniones; solamente afirman que así como todos los de México y Tezcuco se precian de llamar Aculuaques, así los que son de aquel linaje y lenguaje son hombres de más cualidad y estofa que los otros; y así también, son más estimados y temidos, y su lengua, costumbres y religión es lo mejor y lo que más se usa.

CAPÍTULO CCX
POR QUÉ SE DICEN ACULUAQUES

Los señores de Tezcuco, que verdaderamente son señores de Aculuacán, y más antiguos que los mexicanos, se jactan de descender de un caballero que era más alto que ninguno de todos los de aquella tierra, de los hombros arriba, por lo cual le llamaron Aculli, como si dijésemos el hombrudo o el alto de hombros, que *aculli* es hombro, aunque también quiere decir el hueso que baja del hombro al codo. Allende que este Aculli fue hombre de gran estatura, fue asimismo grande en todas sus cosas, especialmente en las guerras, que venció de animoso y valiente.

Los señores de México, que son los mayores y los grandes, y en fin los reyes de los reyes, se precian de ser y de llamarse de Culúa, diciendo que descienden de un Chichimecatlh, caballero muy esforzado, el cual ató una correa al brazo de Quezalcoatlh por junto al hombro, cuando andaba y conversaba entre los hombres. Lo que tuvieron por un gran hecho, y decían: "Hombre que ató a un dios, atará a todos los mortales"; y así, de allí adelante le llamaron Aculhuatli, que como poco ha dije, *aculli* es el hueso del codo al hombro, y el mismo hombro. Valió, y pudo mucho después aquel Aculhuatli, y dio comienzo a sus hijos de tal manera, que vinieron sus descendientes a ser reyes de México en aquella grandeza que Moteczuma estaba cuando Fernando Cortés le prendió. Así que parece que vienen de Chichimecatlh, aunque por diversos efectos, y dicen que por diferenciarse tienen aquel cuento los de Tezcuco, y éste los de México.

CAPÍTULO CCXI
DE LOS REYES DE MÉXICO

Cuenta su historia que vinieron a esta tierra los chichimecas el año, según nuestra cuenta, de 721 después que Cristo nació. El primer señor y hombre principal que nombran y señalan en la orden y sucesión de su reino y linaje, es Totepeuch, y es de pensar que o se estuvieron sin rey, como ya en otra parte dije, o que no declaran el capitán que traían, o que Totepeuch vivió muy mucho tiempo; que pudo ser, pues murió más de cien años después

que entraron en esta tierra. Muerto que fue Totepeuch, se juntó toda la nación en Tullán, e hicieron señor a Topil, hijo de Totepeuch y de edad de veintidós años. Fue rey cincuenta años, o casi.

Estuvieron sin señor, después que Topil murió, más de ciento y diez años; pero no cuentan la causa, o quizá se olvidan el nombre del rey o reyes que fueron en aquel espacio de tiempo. Al cabo del cual, estando allí en Tullán, sobre ciertas diferencias y pasiones que los advenedizos tuvieron con los naturales, se hicieron dos señores. Piensan algunos que entre los mismos chichimecas hubo bandos sobre quién mandaría; que como de Topil no quedaban hijos, había muchos deseosos de mandar. Empero de cualquier manera que fue, se tiene por cierto que eligieron dos señores, y que cada uno de ellos echó por su camino con los de su parcialidad o linaje. Uemac fue un señor, y salió de Tullán por una parte. Nauhiocín, que fue el otro señor, y natural chichimeca, se salió también del pueblo, y se vino hacia la laguna con los de su valía; fue rey más de setenta años, y acaece vivir los hombres mucho tiempo.

Por muerte de Nauhiocín reinó Cuauhtexpetlatl.

Tras Cuauhtexpetlatl fue rey Uecín.

Nonoualcatl sucedió a Uecín.

Reinó después de él Achitometl.

Tras Achitometl heredó Cuauhtonal, y a los diez años de su reinado llegaron los mexicanos a Chapultepec. Esto es según la cuenta de algunos; por ende parece que no tienen mucha antigüedad.

Sucedió en el señorío a este Achitometl Mazazín.

A Mazazín heredó Queza.

Tras Queza fue rey Chalchiuhtona.

Por muerte de Chalchiuhtona vino a reinar Cuauhtlix.

A Cuauhtlix sucedió Johuallatonac.

Reinó tras Johuallatonac, Ciuhtetl.

Al tercer año que reinaba se metieron los mexicanos a do es ahora México.

Muerto Ciuhtetl, fue rey Xiuiltemoc.

Cuxcux sucedió a Xiuiltemoc.

Murió Cuxcux, y heredole Acamapichtli. Al sexto año de su reinado se

levantó Achitometl, hombre muy principal, y con deseo y ambición de reinar le mató, y tiranizó aquel señorío de Aculuacán cerca de doce años, y no solamente mató al rey, sino también a seis hijos y herederos. Illancueitl, que era la reina, o según algunos, ama, huyó con Acamapichcín, hijo o sobrino, pero heredero forzoso de Cauatlichán. Doce años después que Achitometl señoreaba, se fue a los montes desesperado, y por miedo no le matasen los suyos, que andaban muy revueltos. Con su ida, o con las crueldades, muertes, agravios y otros malos tratamientos que había hecho a los vecinos, se despobló aquella ciudad de Culuacán, y por falta del rey comenzaron a gobernar la tierra los señores de Azcapuzalco, Cuauhnauac, Chalco, Couatlichan y Huexocinco.

Después que Acamapich se crió algunos años en Couatlichan, le llevaron a México, donde le tuvieron en mucho, por ser de tan alto linaje y legítimo heredero y señor de la casa y estado de Culúa; y como había de ser tan gran príncipe, luego que fue de edad para casarse procuraron muchos caballeros de México darle sus hijas por mujeres. Acamapich tomó hasta veinte mujeres de aquellas más notables y principales, y de los hijos que tuvo en ellas vienen los más y mayores señores de toda esta tierra; y porque no se perdiese la memoria de Culuacán, poblola, y puso en ella por señor a su hijo Nauhiocín, que fue segundo de tal nombre. Y él asentó y residió en México; fue un excelente príncipe y un gran varón, y cuantas cosas quiso se le hicieron a su sabor, que, como ellos dicen, tenía la fortuna en la mano. Tornó a ser señor de Culuacán, como su padre lo fue; fue asimismo rey de México, y en él se comenzó a extender el imperio y nombre mexicano; y en cuarenta y seis años que reinó se ennobleció muy mucho aquella ciudad Mexicotenuchtitlan. Dejó Acamapich tres hijos, que todos tres reinaron tras él, uno en pos de otro.

Muerto Acamapich, sucedió en el señorío de México su hijo mayor Uiciliuitl, el cual casó con heredera del señorío de Cuauhnauac, y con ella señoreó aquel estado.

A Uiciliuitl sucedió su hermano Chimapopoca.

A Chimapopoca sucedió el otro su hermano, dicho Izcoua. Este Izcoua señoreó a Azcapuzalco, Cuauhnauac, Chalco, Couatlichan y Huexocinco. Mas tuvo por acompañados en el gobierno a Nezaualcoyocín, señor de

Tezcuco, y al señor de Tlacopan, y de aquí adelante mandaron y gobernaron estos tres señores cuantos reinos y pueblos obedecían y tributaban a los de Culúa; bien que el principal y el mayor de ellos era el rey de México, el segundo el de Tezcuco y el menor el de Tlacopan.

Por muerte de Izcoua reinó Moteczuma, hijo de Uiciliuitl, que tal costumbre tenían en las herencias, de no suceder en el señorío los hijos a los padres que tenían hermanos, hasta ser muertos los tíos; mas en muriendo, heredaban los hijos del hermano mayor, como hizo este Moteczuma.

Tras este Moteczuma vino a suceder en el reino una su hija, que no había otro heredero más cercano; la cual casó con un su pariente, y parió de él muchos hijos, de los cuales fueron reyes de México tres, uno tras otro, como habían sido los hijos de Acamapich.

Axayaca fue rey después de su madre, y dejó un hijo, que llamó Moteczuma por amor de su abuelo.

Por muerte de Axayaca reinó su hermano Tizocica.

A Tizocica sucedió Auhizo, que también era su hermano.

Como fue muerto Auhizo, entró a reinar Moteczuma, y comenzó el año de 1503. Este fue a quien prendió Cortés. Quedaron muchos hijos de este Moteczuma, a lo que dicen algunos. Cortés dice que dejó tres hijos varones con muchas hijas. El mayor de ellos murió entre muchos españoles al huir de México. De los otros dos, era uno loco y otro perlático. Don Pedro Moteczuma, que aún vive, es su hijo, y señor de un barrio de México; el cual, porque se da mucho al vino, no le han hecho mayor señor. De las hijas, una fue casada con Alonso de Grado y otra con Pedro Gallego, y después con Juan Cano, de Cáceres; y primero que con ellos, casó con Cuetlauac. Fue bautizada, y llamose doña Isabel. Parió de Pedro Gallego un hijo, que llamaron Juan Gallego Moteczuma, y de Juan Cano parió muchos. Otros dicen que no tuvo Moteczuma más de dos hijos legítimos: a Axayaca, varón, y a esta doña Isabel; aunque bien hay que averiguar cuáles hijos y cuáles mujeres de Moteczuma eran legítimos.

Muerto que fue Moteczuma, y echados de México los españoles, fue rey Cuetlauac, señor de Itazcpalapan, su sobrino, o como algunos quieren, hermano. No vivió más de sesenta días, aunque otros dicen mucho menos. Murió de las viruelas que pegó el negro de Narváez.

Por muerte de Cuetlauac reinó Cuahutimoc, sobrino de Moteczuma y sacerdote mayor; el cual, por reinar descansado, mató a Axayaca, a quien pertenecía el reino, y tomó por mujer a la doña Isabel que arriba dije. Este Cuahutimoc perdió a México, aunque la defendió esforzadamente.

CAPÍTULO CCXII
LA MANERA COMÚN DE HEREDAR

Muchas maneras hay de heredar entre los de la Nueva-España, y mucha diferencia entre nobles y villanos, por lo cual pondré aquí algo de ello. Es costumbre de pecheros que el hijo mayor herede al padre en toda la hacienda raíz y mueble, y que tenga y mantenga todos los hermanos y sobrinos, con tal que hagan ellos lo que él les mandare. A esta causa hay siempre en cada casa muchas personas. La razón por donde no parten la hacienda es por no disminuirla con la partición y particiones que una tras otra se harían; lo cual, aunque es muy bueno, trae grandes inconvenientes. El que así hereda paga al señor los tributos y pechos que su casa y heredad es obligada, y no más; y si está en lugar que pagan al señor por cabezas, da entonces aquel hermano mayor tantos cacaos por cada hermano y sobrino que tiene en casa, o tantas plumas o mantas o cargas de maíz, o las otras cosas que suelen pechar; y así, pecha mucho, y parece a quien no lo sabe que es un desaforado pecho. Y a la verdad, muchas veces no lo pueden pagar, y los venden o toman por esclavos.

Cuando no hay hermanos ni sobrinos que hereden forzosamente, vuelven las haciendas al señor o al pueblo, y entonces las da el señor o el pueblo a quien les place, con la carga de tributo y servicio que tiene, y no más; bien que siempre hay respeto a darlas a parientes de los que las tuvieron. Y aunque los pueblos hereden a los vecinos, no es para concejo la renta, sino para el señor, del cual tienen tomado a renta, o como decimos acá, a censo perpetuo, todo el término. Repártenlo por suertes, y contribuyen por rata.

En otros lugares heredan al padre todos los hijos, y reparten entre sí la hacienda, que parece más justo y más libertad. Algunos señoríos hay que, aunque hereda el hijo mayor, no entra en posesión sin decreto y voluntad del pueblo, o sin licencia del rey, a quien debe y reconoce vasallaje, a cuya causa

muchas veces venían a heredar los otros hijos; y de aquí debe ser que en semejantes estados los padres nombran cuál hijo les heredará; y dicen que en muchos lugares dejaba mandado el padre qué hijo tenía de sucederle en el señorío. En los pueblos de república, que se gobernaban en común, tenían diferentes maneras de heredar los estados, pero siempre se miraba el linaje.

La general costumbre entre reyes y grandes señores mexicanos es heredar primero los hermanos que los hijos, y luego los hijos del hermano mayor, y tras ellos los hijos del primer heredero; y si no había hijos ni nietos, heredaban los parientes más propincuos. Los reyes de México, Tezcuco y otros sacaban del Estado lugares para dar a hijos y para dotar las hijas; y aun como eran poderosos, querían que siempre los hijos de las mujeres mexicanas, hijas y sobrinas del rey heredasen el señorío de los padres, si bien no fuesen los mayores ni a los que pertenecía el Estado.

CAPÍTULO CCXIII
LA JURA Y CORONACIÓN DEL REY

Aunque heredaban unos hermanos a otros, y tras ellos el hijo del primer hermano, no usaban del mando ni creo que del nombre del rey hasta ser ungidos y coronados públicamente. Luego pues que el rey de México era muerto y sepultado, llamaban a cortes al señor de Tezcuco, y al de Tlacopán, que eran los mayores y mejores, y a todos los otros señores súbditos y sufragáneos al imperio mexicano, los cuales venían muy presto. Si había duda o diferencia quién debía de ser rey, averiguábase lo más presto que podían, y si no, poco tenían que hacer. En fin, llevaban al que pertenecía el reino, desnudo todo, excepto lo vergonzoso, al templo grande de Uitcilopuchtli. Iban todos muy callando y sin regocijo ninguno. Subíanlo de brazo las gradas arriba dos caballeros de la ciudad, que para esto nombraban, y delante de él iban los señores de Tezcuco y de Tlacopán, sin entremeterse nadie en medio; los cuales llevaban sobre sus mantas ciertas enseñas de sus dictados y oficios en la coronación y ungimiento. No subían a las capillas y altar sino pocos seglares, y aquellos para vestir al nuevo rey y para hacer algunas ceremonias; que todos los demás miraban de las gradas y del suelo, y aun de los tejados, y todo se henchía: tanta gente cargaba a la fiesta.

Llegaban pues con mucho acatamiento, hincábanse de rodillas al ídolo de Uitcilopuchtli, tocaban el dedo en tierra y besábanlo. Venía luego el gran sacerdote vestido de pontifical, con otros muchos revestidos también de las sobrepecilles que, según en otra parte dije, ellos usan; y sin hablarle palabra, le teñía todo el cuerpo con una tinta muy negra, hecha para aquel efecto; y tras esto, saludando o bendiciendo al ungido, rociábale cuatro veces de aquella agua bendita y a su modo consagrada, que dije guardaban en la consagración del dios de masa, con un hisopo de ramas y hojas de caña, cedro y sauz, que hacían por algún significado o propiedad. Poníale después sobre la cabeza una manta toda pintada y sembrada de huesos y calaveras de muerto, encima de la cual le vestía otra manta negra, y luego otra azul, y ambas estaban con cabezas y huesos de muerto, muy al natural pintados.

Echábale al cuello unas correas coloradas, largas y de muchos ramales, de cuyos cabos colgaban ciertas insignias de rey, como pinjantes; colgábale también a las espaldas una calabacita llena de ciertos polvos, en cuya virtud no le tocase pestilencia, ni le cayese dolor ni enfermedad ninguna, y para que no le aojasen viejas, ni encantasen hechiceros, ni engañasen malos hombres, y en fin, para que ninguna cosa mala le empeciese ni dañase. Poníale asimismo en el brazo izquierdo una taleguilla con el incienso que ellos usan, y dábale un braserico con ascuas de corteza de encina. El rey se levantaba entonces, echaba de aquel incienso en las brasas, y con gran mesura y reverencia sahumaba a Uitcilopuchtli, y sentábase. Llegaba luego el gran sacerdote, y tomábale juramento de palabra, y conjurábale que tendría la religión de sus dioses, que guardaría los fueros y leyes de sus antecesores, que mantendría justicia, que a ningún vasallo ni amigo agraviaría, que sería valiente en la guerra, que haría andar al Sol con su claridad, llover las nubes, correr los ríos, y producir la tierra todo género de mantenimientos. Éstas y otras cosas imposibles prometía y juraba el nuevo rey. Daba las gracias al gran sacerdote, encomendábase a los dioses y a los miradores, y con tanto le abajaban los mismos que lo subieron, por la orden que primero. Comenzaba luego la gente a decir a voces que fuese para bien su reinado, y que le gozase muchos años con salud de todo el pueblo. Entonces vierais bailar a unos, tañer a otros, y a todos que mostraban sus corazones con las muchas alegrías que hacían. Antes de bajar las gradas llegaban todos los señores que

estaban en las Cortes y en corte a darle obediencia. Y en señal del señorío que sobre ellos tenía, le presentaban plumajes, sartas de caracoles, collares y otras joyas de oro y plata, y mantas pintadas con la muerte. Acompañábanle hasta una gran sala, e íbanse.

El rey se asentaba en uno como estrado, que llaman *tlacatecco*. No salía del patio y templo en cuatro días, los cuales gastaba en oración, sacrificios y penitencia. No comía más de una vez al día, y aunque comía carne, sal, ají y todo manjar de señor, ayunaba. Bañábase una vez al día y otra la noche en una gran alberca, donde se sangraba de las orejas, e incensaba al dios del agua Tlaloc. También incensaba los otros ídolos del patio y templo, ofreciéndoles pan, fruta, flores, papeles y cañuelas tintas en sangre de su propia lengua, narices, manos y otras partes que se sacrificaba. Pasados aquellos cuatro días, venían todos los señores a llevarlo a palacio con grandísima fiesta y placer del pueblo; mas pocos le miraban a la cara después de la consagración. Con haber dicho estas ceremonias y solemnidad que México tenía en coronar su rey, no hay qué decir de los otros reyes, porque todos a los más siguen esta costumbre, salvo que no suben en alto, sino al pie de las gradas. Venían luego a México por la confirmación del estado, y vueltos a sus tierras, hacían grandes fiestas y convites, no sin borracheras ni sin carne humana.

CAPÍTULO CCXIV
LA CABALLERÍA DEL TECUITLI

Para ser *tecuitli*, que es el mayor dictado y dignidad tras los reyes, no se admiten sino hijos de señores. Tras años y más tiempo antes de recibir el hábito de esta caballería, convidaban a la fiesta a todos sus parientes y amigos, y a los señores y *tecuitles* de la comarca. Venían, y juntos miraban que el día de la fiesta fuese de buen signo, por no comenzarla con escrúpulo. Acompañaban al caballero novel todos los del pueblo hasta el templo grande del dios Camaxtle, que era el mayor ídolo de las repúblicas. Los señores, los amigos y parientes que convidados estaban, lo subían por las gradas al altar, hincábanse todos de rodillas delante el ídolo, y el caballero estaba muy devoto, humilde y paciente. Salía luego el sacerdote mayor, y con un aguza-

do hueso de tigre, o con una uña de águila, le horadaba las narices, entre cuero y ternillas, de pequeños agujeros, y metíale en ellos unas piedrezuelas de azabache negro, y no de otro color; hacíale tras esto un gran vejamen, injuriándole mucho de palabras y obras, hasta desnudarlo en carnes, salvo lo deshonesto. El caballero se iba entonces así desnudo a una sala del templo, y comenzaba a velar las armas, asentábase en el suelo, y allí se estaba rezando. Comían los convidados muy de regocijo; pero en acabando, se iban sin hablarle.

Como anochecía, le traían ciertos sacerdotes unas mantas groseras y viles que vistiese; una estera y un tajoncillo por almohada, en que se recostase, y otro por silla para sentarse; traíanle tinta con que se tiznase, púas de *metl* con que se punzase las orejas, brazos y piernas; un brasero y resina para incensar los ídolos; y si había gente con él, echábanla fuera, y no le dejaban más de tres hombres, soldados viejos y diestros en la guerra, que le industriasen y tuviesen en vela. No dormía en cuatro días sino algunos ratillos, y aquellos asentado; que los soldados le despertaban picándole con púas de *metl*. Cada media noche sahumaba los ídolos, y ofrecíales gotas de sangre que de su cuerpo sacaba. Andaba todo el patio y templo una vuelta alrededor, cavaba en cuatro partes iguales, y allí soterraba papel, *copalli*, y cañas con sangre de sus orejas, manos, pies y lengua. Tras esto comía; que hasta entonces no se desayunaba. Era la comida cuatro bollicos o buñuelos de maíz, y una copa de agua. Alguno de estos tales caballeros no comía bocado en cuatro días. Acabados estos cuatro días, pedía licencia a los sacerdotes para ir a cumplir su profesión a otros templos; que a su casa no podía, ni llegar a su mujer, aunque la tuviese, durante el tiempo de la penitencia.

Al cabo del año, y de allí adelante, cuando quería salir, aguardaba a un día de buen signo para que saliese en buen pie, como había entrado. El día que había de salir venían todos los que primero le honraron, y luego por la mañana le lavaban y limpiaban muy bien, y le tornaban al templo de Camaxtle con mucha música, danzas y regocijo. Subíanle a cerca del altar, desnudábanle las mantillas que traía, atábanle los cabellos con una tira de cuero colorado al colodrillo, de la cual colgaban algunas plumas, cubríanlo de una fina manta, y encima de ella le echaban otra manta riquísima, que era el hábito e insigna de *tecuitli*.

Poníanle en la mano izquierda un arco, y en la derecha unas flechas. Luego el sacerdote le hacía un razonamiento, del cual era la *summa* que mirase la orden de caballería que había tomado, y así como se diferenciaba en el hábito, traje y nombre, así se aventajase en condición, nobleza, liberalidad, y otras virtudes y obras buenas; que sustentase la religión, que defendiese la patria, que amparase los suyos, que destruyese los enemigos, que no fuese cobarde, y en la guerra que fuese como águila o tigre, pues por eso le agujereaba con sus uñas y huesos la nariz, que es lo más alto y señalado de la cara, donde está la vergüenza del hombre. Dábale tras esto otro nombre, y despedíale con bendición.

Los señores y convidados forasteros y naturales se sentaban a comer en el patio, y los ciudadanos tañían y cantaban conforme a la fiesta, y bailaban el *netoteliztli*. La comida era muy abastada de toda suerte de viandas, mucha caza y volatería, que de solos gallipavos se comían a yantar mil, y mil y quinientos. No hay número de las codornices que allí se gastaban, ni de los conejos, liebres, venados, perrillos capados y cebones. También servían culebras, víboras y otras serpientes guisadas con mucho ají; cosa que parece increíble, pero es cierta. No quiero decir las muchas frutas, las guirnaldas de flores, los mazos de rosas y cañutos de perfumes que ponían en las mesas; pero digo que gentilmente se embeodaban con aquellos sus vinos. En fin, en semejantes fiestas no había pariente pobre.

Daban a los señores *tecuitles* y principales convidados plumajes, mantas, tocas, zapatos, bezotes, y orejeras de oro o plata o piedras de precio. Esto era más o menos, según la riqueza y ánimo del nuevo *tecuitli*, y conforme a las personas que se daba. También hacía grandes ofrendas al templo y a los sacerdotes. El *tecuitli* se ponía en los agujeros de la nariz que le hizo el sacerdote, granillos de oro, perlezuelas, turquesas, esmeraldas y otras piedras preciosas, que en aquello se conocían y diferenciaban de los otros los tales caballeros. Atábanse los cabellos en la guerra a la coronilla. Era primero en los votos, en los asientos y presentes; era el principal en los banquetes y fiestas, en la guerra y en la paz, y podrían traer tras de sí un banquillo para sentarse do quiera que le pluguiese. Este dictado tenían Xicotencatl y Maxixca, que fue un gran amigo de Cortés, y por eso eran capitanes, y tan preeminentes personas en Tlaxcallan y su tierra.

CAPÍTULO CCXV
LO QUE SIENTEN DEL ÁNIMA

Bien pensaban estos mexicanos que las ánimas eran inmortales, y que penaban o gozaban según vivieron, y toda su religión a esto se encaminaba; pero donde más claramente lo mostraban, era en los mortuorios. Tenían que había nueve lugares en la tierra donde iban a morar los difuntos: uno junto al Sol, y que los hombres buenos, los muertos en batalla y sacrificados iban a la casa del Sol, y que los malos se quedaban acá en la tierra; y repartíanse de esta manera: los niños y mal paridos iban a un lugar, los que morían de vejez o enfermedad iban a otro, los que morían súbita y arrebatadamente iban a otro, los muertos de heridas y mal pegajoso iban a otro, los ahogados a otro; los justiciados por delitos, como eran hurto y adulterio, a otro; los que mataban a sus padres, hijos y mujeres, tenían casa por sí. También estaban por su cabo los que mataban al señor y a sacerdote alguno.

La gente menuda comúnmente se enterraba. Los señores y ricos hombres se quemaban, y quemados, los sepultaban. En las mortajas había gran diferencia, y más vestidos iban muertos que anduvieron vivos. Amortajaban las mujeres de otra manera que a los hombres, ni que a los niños. Al que moría por adúltero vestían como al dios de la lujuria, dicho Tlazolteutl; al ahogado, como a Tlaloc, dios del agua; al borracho, como a Ometochtli, dios del vino; al soldado, como a Uitcilopuchtli; y finalmente, a cada oficial daban el traje del ídolo de aquel oficio.

CAPÍTULO CCXVI
ENTERRAMIENTO DE LOS REYES

Cuando enferma el rey de México ponen máscaras a Tezcatlipuca o Uitcilopuchtli, o a otro ídolo, y no se la quitan hasta que o sana o muere. Cuando espiraba enviábanlo a decir a todos los pueblos de su reino para que llorasen, y a llamar los señores que le eran parientes y amigos, y que podían venir a las honras dentro de cuatro días; que los vasallos ya estaban allí.

Ponían el cuerpo sobre una estera, velábanle cuatro noches gimiendo y plañiendo. Lavábanlo, cortábanle una guedeja de cabellos de la coronilla, y

guardábanlos, diciendo que en ellos quedaba la memoria de su ánima. Metíanle en la boca una fina esmeralda; amortajábanle con diecisiete mantas muy ricas y muy labradas de colores, y sobre ellas iba la divisa de Uitcilopuchtli o Tezcatlipuca, o la de algún otro ídolo su devoto, o la del dios en cuyo templo se mandaba enterrar. Poníanle una máscara muy pintada de diablos, y muchas joyas, piedras y perlas. Mataban luego allí el esclavo lamparero, que tenía cargo de hacer lumbre y sahumerios a los dioses de palacio, y con tanto llevaban el cuerpo al templo. Unos iban llorando y otros cantando la muerte del rey; que tal era su costumbre. Los señores, los caballeros y criados del difunto llevaban rodelas, flechas, mazas, banderas, penachos y otras cosas así, para echar en la hoguera. Recibíalos el gran sacerdote con toda su clerecía a la puerta del patio, en tono triste; decía ciertas palabras, y hacíale echar en un gran fuego que para lo quemar estaba hecho, con todas las joyas que tenía. Echaban también a quemar todas las armas, plumajes y banderas con que le honraban, y un perro que lo guiase adonde había de ir, muerto primero con una flecha que le atravesase el pescuezo.

Entre tanto que ardía la hoguera, y quemaban al rey y el perro, sacrificaban los sacerdotes doscientas personas, aunque en esto no había tasa ni ordinario. Abríanlos por el pecho, sacábanles los corazones, y arrojábanlos en el fuego del señor, y luego echaban los cuerpos en un carnero. Estos, así muertos por honra y para servicio de su amo, como ellos dicen, en el otro siglo, eran por la mayor parte esclavos del muerto y de algunos señores que se los ofrecían; otros eran enanos, otros contrahechos, otros monstruosos, y algunas eran mujeres. Ponían al difunto en casa, y en el templo muchas rosas y flores, y muchas cosas de comer y de beber, y nadie las tocaba sino sacerdotes, que debía ser ofrenda.

Otro día cogían la ceniza del quemado, y los dientes, que nunca se queman, y la esmeralda que llevaba a la boca; todo lo cual metían en una arca pintada por dentro de figuras endiabladas, con la guedeja de cabellos, y con otros pocos cabellos que cuando nació le cortaron, y tenían guardados para esto. Cerrábanla muy bien, y ponían encima de ella una imagen de palo, hecha y ataviada al propio como al difunto. Duraban las obsequias cuatro días, en los cuales llevaban grandes ofrendas las hijas y mujeres del muerto, y otras personas, y poníanlas donde fue quemado y delante la arca y figura.

Al cuarto día mataban por su alma quince esclavos, o más o menos, según que les parecía; a los veinte días mataban cinco; a los sesenta, tres; a los ochenta, que era como cabo de año, nueve.

CAPÍTULO CCXVII
DE CÓMO QUEMAN PARA ENTERRAR LOS REYES DE MICHUACÁN

El rey de Michuacán, que era grandísimo señor, y que competía con el de México, cuando estaba muy a la muerte y desahuciado de los médicos, nombraba al hijo que quería por rey; el cual llamaba todos los señores del reino, gobernadores, capitanes y valientes soldados que tenían cargos de su padre, para enterrarle; al que no venía castigábale como a traidor. Todos venían, y le traían presentes, que era como aprobación del reinado. Si el rey estaba enfermo en artículo de muerte, cerraban las puertas de la sala porque ninguno entrase allá. Ponían la divisa, silla y armas reales en un portal del patio de palacio, para que allí se recogiesen los señores y los otros caballeros. En muriendo alzaban todos ellos y los demás un gran llanto, entraban do estaba su rey muerto, tocábanle con las manos, bañábanlo con agua olorosa, vestíanle una camisa muy delgada, calzábanle unos zapatos de venado, que es el calzado de aquellos reyes; atábanle cascabeles de oro a los tobillos, poníanle ajorcas de turquesas en las muñecas, en los brazos brazaletes de oro, en la garganta gargantillas de turquesas y otras piedras, en las orejas zarcillos de oro, en el bezo un bezote de turquesas, y a las espaldas un gran trenzado de muy linda pluma verde. Echábanle en unas anchas andas, que tenían una muy buena cama; poníanle al un lado un arco y un carcax de piel de tigre, con muchas flechas; y al otro un bulto tamaño como él, hecho de mantas finas, a manera de muñeca, que llevaba un grande plumaje de plumas verdes, largas y de precio. Llevaba su trenzado, zapatos, brazaletes y collar de oro.

Entre tanto que unos hacían esto, lavaban otros a las mujeres y hombres que habían de ser muertos para acompañar al rey al infierno. Dábanles muy bien de comer, y emborrachábanlos para que no sintiesen mucho la muerte. El nuevo señor señalaba las personas que habían de ir a servir al

rey su padre, porque muchos no holgaban de tanta honra y favor; aunque algunos había tan simples o engañados, que tenían por gloriosa muerte aquélla. Eran principalmente siete mujeres nobles y señoras: una para que llevase todos los bezotes, arracadas, manillas, collares y otras joyas así ricas, que solía ponerse el muerto; otra era para copera, otra que le sirviese aguamanos, otra que le diese el orinal, otra por cocinera, y la otra por lavandera. También mataban otras muchas esclavas, y mozas de servicio, que eran libres. No lleva cuenta los hombres esclavos y libres que mataban el día del enterramiento del rey, porque mataban uno y aun más de cada oficio. Limpios pues estos escogidos, hartos y beodos, se teñían los rostros de amarillo, y se ponían en las cabezas sendas guirnaldas de flores, e iban como en procesión delante del cuerpo muerto, unos tañendo caracoles, otros huesos, otros en conchas de tortugas, otros chiflando, y creo que todos llorando.

Los hijos del muerto y los señores principales tomaban en hombros las andas, y caminaban paso a paso al templo de su dios Curicaveri; los parientes rodeaban las andas y cantaban ciertos cantares tristes y revesados; los criados, los hombres valientes, y de cargos de justicia o guerra, llevaban ventalles, pendones y diversas armas. Salían de palacio a media noche con grandes tizones de tea y con grandísimo ruido de trompetas y atabales. Los vecinos de las calles por do pasaban, barrían y regaban muy bien el suelo. En llegando al templo daban cuatro vueltas a una hacina de leña de pino, que tenían hecha para quemar el cuerpo; echaban las andas encima del montón de leña, y poníanle fuego por debajo; y como era seco, presto ardía. Achocaban entre tanto los enguirnaldados con porras, y enterrábanlos de cuatro en cuatro con los vestidos y cosas que llevaban, detrás del templo, a raíz de las paredes.

En amaneciendo, que ya el fuego era muerto, cogían la ceniza, huesos, piedras y oro derretido en una rica manta, e iban con ello a la puerta del templo; salían los sacerdotes, bendecían las endemoniadas reliquias, envolvíanlas en aquella y en otras mantas, hacían una muñeca, vestíanla muy bien como hombre, poníanle máscara, plumaje, zarcillos, saltales, sortijas, bezotes y escabeles de oro; arco, flechas, y una rodela de oro y pluma a las espaldas, que parecía un ídolo muy compuesto. Abrían luego una sepultura al

pie de las gradas, ancha y cuadrada, y honda dos estados; emparamentábanla de esteras nuevas y buenas por todas cuatro paredes y el suelo; armaban dentro una cama, entraba cargado de la muñeca un religioso, cuyo oficio era tomar a cuestas los dioses, y tendíala en la cama con los ojos hacia levante. Colgaba muchas rodelas de oro y plata sobre las esteras, y muchos penachos, saetas y algún arco. Arrimaba tinajas, ollas, jarros y platos. En fin, él henchía la huesa de arcadas encoradas, con ropa y joyas, de comida y de armas. Salíanse, y cerraban el hoyo con vigas y tablas, y echábanle por encima un suelo de barro, con tanto se iban.

Lavábanse mucho todos aquellos señores y personas que habían llegado al sepultado, y hecho algo en el enterramiento, y luego comían en el patio de palacio, asentados, pero sin mesa. Limpiábanse con sendos copos de algodón. Tenían las cabezas bajas, estaban mustios, y no hablaban sino "Dame a beber". Esto les duraba cinco días, y en todos ellos no se encendía fuego en casa ninguna de aquella ciudad Chincicila, si no era en palacio y templos; ni se molía maíz sobre piedra, ni se hacía mercado, ni andaban por las calles; y en fin, hacían todo el sentimiento posible por la muerte de su señor.

CAPÍTULO CCXVIII
DE LOS NIÑOS

Es costumbre de esta tierra saludar al niño recién nacido, diciendo: "¡Oh criatura! ¡Ah chiquito! Venido eres al mundo a padecer; sufre, padece y calla". Pónenle luego un poco de cal viva en las rodillas, como quien dice: "Vivo eres, pero morir tienes, o por muchos trabajos has de ser tornado polvo como esta cal, que piedra era". Regocijan aquel día con bailes y cantares y colación.

Era general costumbre no dar leche las madres a sus hijos el primer día todo entero que nacían, porque con la hambre tomasen después la teta de mejor gana y apetito; pero mamaban ordinariamente cuatro años arreo, y tierras había que doce. Las cunas son de cañas o palillos muy livianos, por no hacer pesada la carga. También se los echan las madres y amas al cuello sobre las espaldas, con una mantilla que les toma todo el cuerpo,

y que se la atan ellas a los pechos por las puntas, y de aquella manera los llevan caminando, y les dan la teta por el hombro; huyen de empreñarse criando, y la viuda no se casa hasta destetar el hijo, que mal contado les era lo contrario.

En algunas partes zambullen los niños en albercas o fuentes o ríos o en tinajas el primer día que nacen, por les endurecer el cuero y carne, o quizás por lavarles la sangre, hedor y suciedad que sacan del vientre de las madres; la cual costumbre algunas naciones de por acá la tuvieron. Hecho esto, les ponen, si es varón, una saeta en la mano derecha, y si hembra, un huso o una lanzadera, denotando que se habían de valer, él por las armas, y ella por la rueca.

En otros pueblos bañaban las criaturas a los siete días, y en otros a los diez que nacieron; y allí ponían al hombre una rodela en la izquierda y una flecha en la derecha. A la mujer le ponían una escoba, para entender que el uno ha de mandar y el otro obedecer. En este lavatorio les ponían nombre, no como querían, sino el del mismo día en que nacieron; y desde a tres meses suyos, que son de los nuestros dos, los llevaban al templo, donde un sacerdote que tenía la cuenta y ciencia del calendario y signos, les daba otro sobrenombre, haciendo muchas ceremonias, y declaraba las gracias y virtudes del ídolo cuyo nombre les ponía, pronosticándoles buenos hados. Comían estos tales días muy bien, bebían mejor, y no era buen convidado el que no salía borracho. Sin estos nombres de los días siete y sesenta, tomaban algunos señores otros, como era de *Tecuitli* y *Pilli*; mas esto acontecía raras veces.

El castigo de los hijos toca a los padres, y el de las hijas a las madres. Azótanlos con hortigas, danles humo a narices, estando colgados de los pies; atan a las muchachas de los tobillos, porque no salgan fuera de casa; hiérenlas en el labio y pico de la lengua, por la mentira; son muy apasionados por mentir todos estos indios, y por enmienda y por quitarlos de este vicio ordenó Quezalcoatl el sacrificio de la lengua. Caro les costó a muchos el mentir al principio que nuestros españoles ganaron la tierra; porque preguntados dónde había oro y sepulturas ricas, decían que en tal y tal cabo; y como no se hallase por más que cavaban, descoyuntábanlos a tormentos y golpes, y aun los aperreaban.

Los pobres enseñaban a sus hijos sus oficios, no porque no tuviesen libertad para mostrarles otro, sino porque los aprendiesen sin gastar con ellos. Los ricos, en especial caballeros y señores, enviaban a los templos sus hijos como habían cinco años, y a esta causa había tantos hombres en cada templo, cuantos en otra parte dije. Allí había un maestro para doctrinarlos; tenía esta congregación de mancebos tierras propias en que coger pan y fruta; tenía sus estatutos, como decir, ayunar tantos días de cada mes, sangrarse las fiestas, rezar y no salir sin licencia.

CAPÍTULO CCXIX
ENCERRAMIENTO DE MUJERES

A las espaldas de los templos grandes de cada ciudad había una muy gran sala y aposento por sí, donde comían, dormían y hacían su vida muchas mujeres; y aunque las tales salas no tenían puerta, porque no las usan, están seguras. Bien que nuestros españoles hablaban lo que pensaban de aquella abertura y libertad, sabiendo que aun do hay puertas saltan los hombres paredes. Diversas intenciones y fines tenían las que dormían en casas de los dioses; pero ninguna de ellas entraba para estar allí toda su vida, aunque había entre ellas mujeres viejas. Unas entraban allí por enfermedades, otras por necesidad y otras por ser buenas. Algunas porque los dioses les diesen riquezas, muchas porque les diesen larga vida, y todas porque les diesen buenos maridos y muchos hijos. Prometían de servir y estar en el templo un año, y dos, y tres o más tiempo, y después casábanse.

Lo primero que hacían luego en entrando era trasquilarse, a diferencia de las otras, o porque los ministros del mismo templo traían cabellos. Su oficio era hilar algodón y pluma, y tejer mantas para sí y para los ídolos, barrer el patio y salas del templo; que las gradas y capillas altas los ministros las barrían. Tenían sus ciertas sangrías del cuerpo con que aplacer al diablo; iban las fiestas solemnes, o siendo menester, en procesión con los sacerdotes, ellos por una hilera y ellas por otra; pero no subían las gradas ni cantaban; vivían de por amor de Dios, que sus parientes, y los ricos y devotos, las sustentaban, y les daban carne cocida y pan caliente, que ofreciesen a los ídolos; que siempre se ofrecía así porque subiese el olor y vaho en alto, y

gustasen los dioses; comían en comunidad, y dormían juntas en una sala, como monjas, o por mejor hablar, como ovejas; no se desnudaban, dicen por honestidad y por levantarse más presto a servir los dioses y a trabajar; aunque no sé qué se habían de desnudar las que andaban casi en carnes; bailaban las fiestas ante los dioses, según el día.

La que hablaba o se reía con algún hombre seglar o religioso era reprehendida, y la que pecaba con alguno mataban, juntamente con el hombre; tenían que se les habían de podrir las carnes a las que perdían allí su virginidad, y por el miedo del castigo e infamia eran buenas mujeres estando allí; y las que hacían aquel mal recado de su persona, hacían grandísima penitencia y permanecían en la religión.

CAPÍTULO CCXX
DE LAS MUCHAS MUJERES

Casan especialmente los hombres ricos, y soldados, y los señores, con muchas mujeres; unos con cinco, otros con treinta, quién con ciento, quién con ciento cincuenta, y tal rey había que con muchas más. Por do no es de maravillar que haya en aquella tierra muchos hermanos, todos hijos de un mismo padre, pero no de madre, y así Nezaualpilcintli y su padre Nezaualcoyo, que fueron señores de Tezcuco, tuvieron cada cien hijos, y cada otras tantas hijas.

Algunas provincias y generaciones hay, como son chichimecas, mazatecas, otomías y pinoles, que no toman más de una sola mujer, y aquella no parienta, aunque también es verdad que los señores y caballeros toman cuantas quieren, a fuer de México. En unas partes compran las mujeres, en otras las roban, y generalmente las piden a los padres, y esto en dos maneras, o para mujeres, o por amigas. Cuatro causas dan para tener tantas mujeres: la primera es el vicio de la carne, en que mucho se deleitan; la segunda es por tener muchos hijos; la tercera por reputación y servicio; la cuarta es por granjería; y esta postrera usan más que otros los hombres de guerra, los de palacio, los holgazanes y tahúres; hácenlas trabajar como esclavas, hilando, tejiendo mantas para vender, con que se mantengan y jueguen. Casan ellos a los veinte años y aun antes, y ellas a diez.

No casan con su madre ni con su hija ni con su hermana; en lo demás poco parentesco guardan; aunque algunos se hallaron casados con sus propias hermanas, cuando venidos al santo bautismo, dejaban las muchas mujeres, y quedaban con sola una; casaban con cuñadas, con las madrastras en quien sus padres no tuvieron hijos; pero dicen que no era lícito. Nezaualcoyo, señor de Tezcuco, mató cuatro de sus hijos porque durmieron con sus madrastras. En Michuacán tomaban por mujer a la suegra, estando casados primero con la hija, y de esta manera tenían a hija y a madre.

Aunque toman muchas mujeres, a unas tienen por legítimas, a otras por amigas, y a otras por mancebas. Amiga llaman a la que después de casados demandaban, y manceba a la que ellos se tomaban.

Los hijos de las mujeres que traen dote heredan al padre, y entre grandes señores heredaban los hijos de las del linaje del rey de México, aunque tuviesen otros hijos mayores en mujeres dotadas.

CAPÍTULO CCXXI
LOS RITOS DEL MATRIMONIO

Siempre va la mujer a velarse a casa del marido, y ordinariamente va a pie, aunque en algunas partes traían la novia a cuestas, y si es señora, en andas sobre hombros. Sale a recibirla al umbral de la puerta el desposado, e inciénsala con un braserillo de ascuas y resina olorosa; danle a ella otro, y sahúmale también a él; tómala por la mano y métela al tálamo, y asiéntanse ambos a dos junto al fuego de una estera nueva; llegan entonces unos como padrinos, y átanle las mantas una con otra. Estando así atados, da el novio a la novia unos vestidos de mujer, y ella a él vestidos de hombre. Traen luego la comida, y el esposo da de comer a la esposa de su mano, y también la desposada da de comer al desposado.

Entre tanto que pasaban todas estas cosas y ritos de desposorio, bailaban y cantaban los convidados, y en alzando la mesa, hacíanles presentes porque los habían honrado, y no mucho después cenaban largamente, y con el regocijo y calor de las viandas, guisadas con mucho ají, bebían de tal suerte, que cuando venía la noche pocos faltaban de borrachos. Los novios solamente estaban en seso, por haber comido muy poco, que bien se mos-

traban en aquello novios, y casi no comen en los cuatro días primeros; que todo su hecho era rezar, y sangrarse para ofrecer la sangre al dios de las bodas. No consuman matrimonio en todo aquel tiempo, ni salen de la cámara sino para la necesidad natural que nadie puede excusar, o para el oratorio de casa, a sahumar los ídolos; creían que saliendo de otra manera fuera de la cámara, en especial ella, que había de ser mala de su cuerpo; sahuman la cama cuando quieren dormir, y entonces, y cuando visitaban los altares, se vestían de la divisa del dios de las bodas.

A la cuarta noche venían ciertos sacerdotes ancianos, y hacían la cama a los novios. Juntaban dos esteras nuevas flamantes, que nadie las hubiese estrenado; ponían en medio de ellas unas plumas, una piedra *chalchihuitl*, que es como esmeralda, y un pedazo de cuero de tigre; tendían luego encima de todo ello las mejores mantas de algodón que había en casa, ponían asimismo a las esquinas de la cama hojas de cañas y púas de *metl*, decían ciertas palabras, e íbanse. Los novios sahumaban la cama y acostábanse. Esta era la propia noche de novios. Otro día luego por la mañana llevaban la cama con cuantas cosas tenía, y la sangre que el novio había sacado a la novia, y la que entrambos se sangraron, sobre las hojas de caña, a ofrecer al templo; volvían los sacerdotes, y estándose bañando los novios sobre unas esteras verdes de espadañas, les echaba uno de ellos con la mano cuatro veces agua, a manera de bendición, en reverencia de Tlaloc, dios del agua, y otras cuatro a reverencia de Ometochtli, dios del vino. Empero si eran señores los novios, echábanles agua con un plumaje; vestían tras esto los novios de ropa nueva o limpia; daban al novio un incensario bendito con que sahumase los ídolos de su casa, y ponían a la novia pluma blanca sobre la cabeza, y en las manos y pies pluma colorada; y en estando así emplumada, cantaban y bailaban los convidados, y bebían mejor que la otra vez.

No hacían estas ceremonias los pobres ni esclavos; pero hacían algunas, y aquellas eran las que ligaban; ni tampoco guardaban estos ritos los que se casaban con sus mancebas; y dicen que si la madre o padre de la amancebada requerían al que la tenía se casase con ella, pues tenía hijos, que el tal hombre, o la tomaba por mujer, o nunca más a ella tornaba.

En Tlaxcallan y en otras muchas ciudades y repúblicas, por principal ceremonia y señal de casados se trasquilan los novios, por dejar los cabellos

y lozanía de mozos, y criar de allí adelante otra manera de cabello. La esencial ceremonia que tienen en Michuacán es mirarse mucho y en hito los novios al tiempo que los velan, que de otra manera no es matrimonio, pues parece que dicen no.

En Mixtecapán, que es una gran provincia, llevaban cierto trecho a cuestas al desposado cuando se casa, como quien dice: "Por fuerza te has de casar, aunque no quieres, para haber hijos". Danse las manos los novios en fe y señal que se han de ayudar el uno al otro. Átanles asimismo las mantas con un gran ñudo, para que sepan cómo no se han de apartar.

Los mazatecas no se acuestan juntos la noche que los casan, ni consuman matrimonio en aquellos veinte días; antes están todo aquel tiempo en ayuno y oración, y como ellos dicen, en penitencia, sacrificándose los cuerpos, y untando los hocicos de los ídolos con su propia sangre.

En Pánuco compran los hombres las mujeres por un arco y dos flechas y una red. No hablan los suegros con los yernos el primer año que se casan. No duermen con las mujeres después de paridas en dos años, porque no se tornen a empreñar antes de haber criado los hijos, aunque maman doce años; a esta causa tienen muchas mujeres. Nadie come de lo que tocan y guisan las que están con su camisa, sino son ellas mismas.

El divorcio no se hacía sin muy justas causas ni sin autoridad de justicia. Esto era en las mujeres legítimas, y públicamente casadas; que las otras con tanta facilidad se dejaban como se tomaban. En Michuacán se podían apartar jurando que no se miraban. En México probando que era mala, sucia y estéril; mas, empero, si las dejaban sin causa ni mandamiento de los jueces, chamuscábanles los cabellos en la plaza, por afrenta y señal que no tenía seso.

La pena del adulterio era muerte natural; moría también ella como él. Si el adúltero era hidalgo, emplúmanle, después de ahorcado, la cabeza. Pónenle un penacho verde, y quémanlo. Castigan tanto este delito, que no excusa la ley al borracho, ni a la mujer, aunque la perdonase su marido. Por evitar adulterios consienten cantoneras, pero no hay mancebías públicas.

CAPÍTULO CCXXII
COSTUMBRES DE LOS HOMBRES

Hablando de mexicanos, es hablar en general de toda la Nueva-España. Son los hombres de mediana estatura, mas rehechos, leonados en color, los ojos grandes, las frentes anchas, las narices muy abiertas, los cabellos gordos, negros, largos, mas con garceta. Hay muy pocos crespos ni bien barbados, porque se arrancan y untan los pelos para que no nazcan. Algunos blancos hay, que se tienen por maravilla. Píntanse mucho y feo en guerra y bailes. Cúbrense de pluma la cabeza, brazos y piernas, o con escamas de peces o pieles de tigres y otros animales. Hácense grandes agujeros en las orejas y narices, y aun en la barbilla, en que ponen piedras, oro y huesos. Unos se meten allí uñas o picos de águila, otros colmillos de animales, otros espinas de peces. Los señores, caballeros y ricos traían esto de oro o piedras finas, hecho al propio; con lo cual andan galanes y bravos, a su pensar. Calzan unos zapatos como alpargatas; pañicos por bragas; visten una manta cuadrada, añudada al hombro derecho como gitanas. Los ricos, o en fiestas, usan traer muchas mantas y de colores; en lo demás desnudos van.

Casan a los veinte años, aunque los de Pánuco primero habían cuarenta. Toman muchas mujeres con ritos de matrimonio y muchas sin él. Puédenlas dejar, mas no sin causa, mayormente las legítimas. Son celosísimos; y así, las aporrean mucho. No traen armas sino en la guerra, y allí averiguan sus pendencias por desafíos. Los chichimecas no admiten mercaderes de fuera, que los demás hombres mucho tratan; empero sin verdad ninguna, y por eso compran y venden a daca y toma. Son muy ladrones, mentirosos y holgazanes. La fertilidad de la tierra debe causar tanta pereza, o por no ser ellos codiciosos.

Tienen ingenio, habilidad y sufrimiento en lo que hacen; y así, han aprendido muy bien todos nuestros oficios, y los más sin maestros y con la vista solamente. Son mansos, lisonjeros y obedientes, especial con los señores y reyes. Religiosísimos sobremanera, aunque cruelmente, según luego diremos. Danse muy a mucho a la carnalidad, así con hombres como con mujeres, sin pena ni vergüenza. Agüeran mucho y a menudo; y así, tienen libros y doctores de los agüeros.

CAPÍTULO CCXXIII
COSTUMBRES DE LAS MUJERES

Son las mujeres del color y gesto que sus maridos. Van descalzas, traen camisas de medias mangas, lo demás descubierto anda. Crían largo el cabello, hácenlo negro con tierra por gentileza y porque les mate los piojos. Las casadas se lo rodean a la cabeza con ñudo a la frente; las vírgenes y por casar lo traen suelto y echado atrás y adelante. Pélanse y úntanse todas, para no tener pelo sino en la cabeza y cejas; y así, tienen por hermosura tener chica frente y llena de cabello, y no tener colodrillo. Casan de diez años, y son lujuriosísimas. Paren presto y mucho. Presumen de grandes y largas tetas; y así, dan leche a sus hijos por las espaldas. Entre otras cosas con que se adoban el rostro, es leche de las pepitas de *tezonzapotl* o mamey, aunque más lo hacen para no ser picadas de mosquitos, que huyen de aquella leche amarga. Cúranse unas a otras con yerbas, no sin hechicerías; y así, abortan muchas de secreto. Las parteras hacen que las criaturas no tengan colodrillo, y las madres las tienen echadas en cunas de tal suerte que no les crezca, porque se precian sin él. En lo demás, recias cabezas tienen, a causa de ir destocadas. Lávanse mucho, y entran en baños fríos saliendo de baños calientes, que parece dañoso. Son trabajadoras, de miedo, y obedientes. No bailan en público, aunque escancian y acompañan a sus maridos en las danzas, si no se lo manda el rey. Hilan teniendo el copo en una mano y el huso en la otra. Tuercen al revés que acá, estando el huso en una escudilla. No tiene hueca el huso, mas hilan apriesa y no mal.

CAPÍTULO CCXXIV
DE LA VIVIENDA

Viven muchos casados en una casa, o por estar juntos los hermanos y parientes, que no parten las heredades, o por la estrechura del pueblo, aunque son los pueblos grandes, y aun las casas. Pican, alisan y amoldan la piedra con piedra. La mejor y más fuerte piedra con que labran y cortan es pedernal verdinegro. También tienen hachas, barrenas y escoplos de cobre mezclado con oro o plata o estaño. Con palo sacan piedra de las canteras, y

con palo hacen navajas de azabache y de otra más dura piedra; que es cosa notable. Labran pues con estas herramientas tan bien y primo, que hay mucho que mirar. Pintan las paredes por alegría. Los señores y ricos usan paramentos de algodón con muchas figuras y colores de pluma, que es lo más rico y vistoso, y esteras de palma sutilísimas, que es lo común. No hay puertas ni ventanas que cerrar, todo es abierto; y por eso castigan tanto a los adúlteros y ladrones.

Alúmbranse con tea y otros palos, teniendo cera; pero no es poco de maravillar. Así estiman y loan mucho ellos ahora las candelas de cera y sebo, y los candiles que arden con aceite. Sacan aceites de chia y otras cosas, para pinturas y medicinas, y saín de aves, peces y animales; mas no saben alumbrarse con ello. Duermen en pajas o esteras, o cuando mucho, mantas y pluma. Arriman la cabeza a un palo o piedra, o cuando más a un tajoncillo de hoja de palmas, en que también se sientan. Tienen unas silletas bajas, con espaldas de hojas de palma, para sentarse, aunque comúnmente se sientan en tierra.

Comen en el suelo y suciamente, que se limpian a los vestidos, y aun ahora parten los huevos con un cabello, que se arrancan, diciendo que así hacían antes, y que les basta. Comen poca carne, creo que por tener poca, pues comen bien tocino y puerco fresco. No quieren carnero ni cabrón, porque les hiede; cosa de notar, comiendo cuantas cosas vivas hay, y aun sus mismos piojos, que es grandísimo asco. Unos dicen que los comen por sanidad, otros que por gula, otros que por limpieza, creyendo ser más limpio comerlos que matarlos entre las uñas. Comen toda hierba que mal no les huela; y así, saben mucho en ellas para medicinas, que sus curas simples son. Su principal mantenimiento es *centli* y *chilli*, su bebida ordinaria agua o *atulli*.

CAPÍTULO CCXXV
DE LOS VINOS Y BORRACHEZ

No tienen vino de uvas, aunque se hallaron vides en muchas partes, y es de maravillar que habiendo cepas con uvas, y siendo ellos tan amigos de beber más que agua, cómo no plantaban viñas y sacaban vino de ellas. La mejor,

más delicada y cara bebida que tienen, es de harina de cacao y agua. Algunas veces le mezclan miel y harina de otras legumbres; esto no emborracha, antes refresca mucho, y por eso lo beben con calor y sudando. Hacen vino de maíz, que es su trigo, con agua y miel. Llámase *atulli*, y es muy común brebaje en cada parte, y lo mismo es de todas las otras sus semillas; pero no emborracha si no lo cuecen o confeccionan con algunas hierbas o raíces.

En las comidas ordinarias conténtanse con ello, y aun con agua, que basta para sustentación de la vida; mas en partos, bodas y fiestas de sacrificios quieren bebida que los embeode y desatine; y entonces mezclan ciertas hierbas que, o con su mal zumo o con el olor pestífero que tienen, encalabrian y desatinan al hombre muy peor que vino puro de San Martín, y no hay quien les pueda sufrir el hedor que les sale de la boca, ni la gana que tienen de reñir, y matar al compañero. Cuando se quieren embriagar de veras, comen unas setillas crudas, que llaman *teunanacatlh*, o carne de Dios, y con el amargor que les ponen, beben mucha aguamiel o su común vino y en chico rato quedan fuera de sentido, que se les antoja ver culebras, tigres, caimanes y peces que los tragan, y otras muchas visiones que los espantan. Paréceles que se comen vivos de gusanos, y como rabiosos, buscan quien los mate, o ahórcanse. Cuecen también ajenjos con agua y harina de *chian*, que es como zaragatona, y hacen un vino amarguillo, que muchos lo beben sin que les amargue. Barrenan palmas y otros árboles, para beber lo que lloran. Beben el licor que destila un árbol, llamado *metl* cocido con *ocpatli*, que es una raíz a quien, por su bondad, llaman medicina del vino. Poco es saludable, mucho es dañoso y emborracha gentilmente. No hay perros muertos ni bomba que así hiedan como el aliento del borracho deste vino.

A los que se emborrachan fuera de las fiestas públicas y convites que hacían, con licencia del señor o jueces, trasquilan en medio de la plaza y le derriban la casa, porque quien pierde el seso por su culpa no merece tener morada entre hombres de razón. Bebían para enloquecer, y locos, matábanse o mataban a otros. Echábanse con sus hijas, madres y hermanas sin diferencia, y para tanto mal chica pena era. También se toman de vino después que son cristianos, que les saben mejor que los suyos; y para quitarles la embriaguez, a que tanto se dan, los hacían por justicia esclavos y los vendían a cuatro o cinco reales por un mes.

CAPÍTULO CCXXVI
DE LOS ESCLAVOS

Quiero contar la manera que [los] mexicanos tienen en hacer esclavos, porque es muy diferente de la nuestra. Los cautivos en guerra no servían de esclavos, sino de sacrificados, y no hacían más de comer para ser comidos. Los padres podían vender por esclavos a sus hijos, y cada hombre y mujer a sí mismo. Cuando alguno se vendía, había de pasar la venta delante a lo menos de cuatro testigos.

El que hurtaba maíz, ropa o gallinas era hecho esclavo, no teniendo de qué pagar, y entregado a la persona a quien primero hurtó. Si después de esclavo tornaba a hurtar, o lo ahorcaban o lo sacrificaban.

El hombre que vendía al libre por esclavo, era dado por esclavo a quien él quería vender; y esta ley se guardaba mucho, porque no vendiesen ni comiesen niños.

Tomaban por esclavos a los hijos, parientes y sabidores del traidor.

El hombre libre que dormía con esclava y la empreñaba, era esclavo del dueño de la tal esclava; aunque algunos contradicen esto, por cuanto muchas veces acontecía casarse los esclavos con sus amas, y las esclavas con sus señores; mas debía ser lícito en caso de casamiento, y no en deshonra del señor de la esclava.

Los hombres necesitados y haraganes se vendían, y los tahúres se jugaban; pero no iban a servir hasta ser pasado un año de cómo hicieron la venta.

Las malas mujeres de su cuerpo, que lo daban de balde si no las querían pagar, se vendían por esclavas por traerse bien, o cuando ninguno las quería, por viejas o feas o enfermas; que nadie pide por las puertas.

Los padres vendían o empeñaban un hijo que sirviese de esclavo; pero podían sacar aquél dando otro hijo, y aun había linajes encensados a sustentar un esclavo; pero era grande el precio que se daba por el tal esclavo.

Cuando uno moría con deudas, tomaba el acreedor, si no había hacienda, al hijo o a la mujer por esclavo; pero muchos dicen que no era así, y pudo ser que se obligasen con tal condición, pues era permitido que se pudiesen vender los hombres libres a sí mismos, y los padres a los hijos.

Ningún hijo del esclavo ni esclava, que es mucho más, quedaba hecho esclavo, ni aunque fuese hijo de padre y madre esclavos.

Nadie podía vender su esclavo sin echarle primero argolla, y no se la echaban sin tener causa y licencia de la justicia. Era la argolla una collera de palo delgada, como arzón, que ceñía la garganta y salía al colodrillo, con unas puntas tan largas que sobrepujaban la cabeza, a que no se las pudiese desatar el argollado. A estos esclavos de argolla podían sacrificar, y a los que compraban de otras naciones, y ellos ser libres si podían acogerse a palacio en ciertas fiestas del año, y aun dicen que no se lo podían estorbar sino los amos o sus hijos; que si los otros los detenían, tenían pena de ser esclavos, y el esclavo era todavía libre.

Cada esclavo podía tener mujer y pegujal, del cual muchas veces se redimían; aunque pocos se rescataban, como ellos no trabajaban mucho y los mantenían los amos.

CAPÍTULO CCXXVII
DE LOS JUECES Y LEYES

Los jueces eran doce, todos hombres ancianos y nobles; tienen renta y lugares, que son propios de la justicia; determinan las causas sentados. Las apelaciones iban a otros dos jueces mayores, que llaman *tecuitlato*, y que siempre solían ser parientes del señor, y están con él y llevan ración de su despensa y plato. Consultan con los señores cada mes una vez todos los negocios, y en cada ochenta días vienen los jueces de la provincia a comunicar con los de la ciudad y con el rey o señor los casos arduos y cosas corrientes, para que proveyese y mandase lo que más convenía. Había pintores, como escribanos, que notaban los puntos y términos del litigio; pero ningún pleito dicen que pasaba de ochenta días.

Los alguaciles eran otros doce, cuyo oficio era prender y llamar a juicio, y su traje mantas pintadas, que de lejos se conociesen.

Los recaudadores del pecho y tributos traían ventalles, y en algunas partes unas varas cortas y gordas.

Las cárceles eran bajas, húmedas y oscuras, para que temiesen entrar allí.

Juraban los testigos poniendo el dedo en tierra, y luego en la lengua, y este era el juramento de todos; y es como decir que dirán verdad con la lengua por la tierra que los mantiene; otros lo declaran así: “Si no dijéramos verdad, lleguemos a tal extremo que comamos tierra”. Algunas veces nombran, cuando así juran, el dios del crimen y cosa sobre que es el pleito o negocio de que se trata.

Trasquilan al juez que cohecha o toma presentes, y quítanle el cargo, que era grandísima mengua. Cuentan de Nezaualpilcintli que ahorcó en Tezcuco un juez por una injusta sentencia que dio, sabiendo lo contrario, e hizo ver a otros el pleito.

Matan al matador sin excepción ninguna.

La mujer preñada que lanzaba la criatura, moría por ello: era este un vicio muy común entre las mujeres que [cuando] sus hijos no habían de heredar.

La pena del adulterio era muerte.

El ladrón era esclavo por el primer hurto, y ahorcado por el segundo.

Muere por justicia con grandes tormentos el traidor al rey o república.

Matan la mujer que anda como hombre, y al hombre que anda como mujer.

El que desafía a otro, sino [es] estando en la guerra, tiene pena de muerte.

En Tezcuco, según algunos dicen, mataban a los putos. Debieron establecer esta pena Nezaualpilcintli y Nezaualcoyo, que fueron justicieros, y libres de aquel pecado; y tanto más son de loar, cuanto no se castiga en otros pueblos que lo usan públicamente, habiendo mancebía, como en Pánuco.

CAPÍTULO CCXXVIII
DE LAS GUERRAS

Los reyes de México tenían continua guerra con los de Tlaxcallan, Pánuco, Michuacán, Tecoantepec y otros para ejercitarse en las armas, y para, como ellos dicen, haber esclavos que sacrificar a los dioses y cebar a los soldados; pero la causa más cierta era porque ni les querían obedecer, ni recibir sus dioses, porque el estilo por do crecieron tanto los mexicanos en señorío fue

por dar a otros sus dioses y religión, y si no los recibían rogándoles con ellos, dábanles guerra hasta sujetarlos e introducir su religión y ritos.

Movían también guerra cuando les mataban sus embajadores y mercaderes; pero no la hacían sin primero dar parte al pueblo, y aun dicen que entraban en la consulta mujeres viejas, que, como vivían más que los hombres, se acordaban de cómo se habían hecho las guerras pasadas. Determinada pues la guerra, enviaba el rey mensajeros a los enemigos a pedir las cosas robadas, y tomar alguna satisfacción de los muertos, o requerir que pusiesen entre sus dioses al de México, y también porque no dijesen que los tomaban desapercibidos y a traición. Entonces los enemigos, que se sentían poderosos a resistir, respondían que aguardarían en el campo con las armas en la mano; y si no, allegaban muy buenos plumajes, tejuelos de oro y plata, piedras y otras cosas de precio, y enviábanselas, y demandaban perdón, y a Uitcilopuchtli, para lo poner y tener igual de sus dioses provinciales. Tomaban a los que hacían esto por amigos, y poníanles algunos tributos; a los que se defendían, si los vencían, tenían por esclavos, que llaman ellos, y éranles muy pecheros.

Al soldado que revelaba lo que su señor o capitán quería hacer, castigaban como a traidor y cruelísimamente, que le cortaban entrambos bezos, las narices, las orejas, las manos por junto al codo, y los pies por los tobillos; en fin, lo mataban y repartían por barrios, o por escuadrones si era en los ejércitos, para que viniese a noticia de todos; y hacían esclavos a los hijos y parientes, y a los que habían sido sabedores de la traición. No bebían vino que emborrachase los que andaban en guerra, sino el que hacían de cacao, maíz y semillas.

Emplazábanse los unos enemigos a los otros para la batalla, la cual siempre era campal, y se daba entre términos. Llaman *quiathlale* al espacio y lugar que dejan yermo entre raya y raya de cada provincia para pelear, y es como sagrado. Juntas las huestes, hacía señal el rey de México de arremeter al enemigo con un caracol que suena como corneta; el señor de Tezcuco con un atabalejo que llevaba echado al hombro, y otros señores con huesos de pescados que chiflan mucho como caramillos; al recoger hacían otro tanto. Si el estandarte real caía en tierra, todos huían. Los tlaxcaltecas tiraban una saeta; si sacaban sangre al enemigo, tenían por muy

cierto que vencerían la batalla, y si no, que les iría muy mal; aunque, como eran valientes, no dejaban de pelear. Tenían como por reliquias unas dos flechas que diz que fueron de los primeros pobladores de aquella ciudad, que habían sido hombres victoriosos. Llévanlas siempre a la guerra los capitanes generales, y tiraban con ellas o con la una a los enemigos para tomar agüero, o para encender los suyos a la batalla; unos dicen que las echaban con traílla, porque no se perdiese: otros que sin ella, para que su gente, en arremetiendo luego, no diese vagar a los contrarios que la tomasen y quebrasen.

Daban gritos, que los ponían en el cielo cuando acometían; otros aullaban, y otros silbaban de tal suerte, que ponían espanto a quien no estaba hecho a semejante vocería. Los de tierra de Teouacán, de una vez tiraban dos y tres y cuatro flechas; todos en general traían fiadas al brazo las espadas; huían para revolver de nuevo y con mayor ímpetu; antes querían cautivar que matar enemigos; jamás soltaban a ninguno, ni tampoco lo rescataban, aunque fuese capitán. El que prendía señor o capitán contrario, era muy galardonado y estimado; quien soltaba o daba a otro el cautivo que prendía en batalla, moría por justicia, por ser ley que cada uno sacrificase sus prisioneros; el que hurtaba o quitaba por fuerza algún preso en guerra, moría también, porque robaban cosa sagrada y la honra, y como ellos dicen, el esfuerzo ajeno.

Mataban a los que hurtaban las armas del señor y capitán general o los atavíos de guerra; porque lo tenían por señal de ser vencidos. No querían, o no podían, los hijos de señores, siendo mancebos, traer plumajes, vestidos ricos, ni ponerse collares ni joyas de oro, hasta haber hecho alguna valentía o hazaña en la guerra, muerto o prendido algún enemigo. Saludaban primero al cautivo que a quien le cautivó, y toda la tierra le daba el parabién al tal caballero, como si triunfara. De allí en adelante se ataviaba ricamente de oro, pluma y mantas de color o pintadas; poníase en la cabeza ricos y vistosos plumajes, atados a los cabellos de la coronilla con correas coloradas de tigre; que todo era señal de valiente.

CAPÍTULO CCXXIX
DE LOS SACERDOTES

A los sacerdotes de México y toda esta tierra llamaron nuestros españoles *papas*, y fue que, preguntados por qué traían así los cabellos, respondían *papa*, que es cabello; y así, les llamaban *papas*, que entre ellos *tlamacazque* se dicen los sacerdotes, o *tlenamacaque*, y el mayor de todos, que es su prelado, *achcauhtli*, y es grandísima dignidad. Aprenden y enseñan los misterios de su religión a boca y por figuras; mas no los comunican ni descubren a legos, so gravísima pena. Hay entre ellos muchos que no se casan, por la dignidad, y que son muy notados y castigados si llegan a mujer. Dejan crecer todos estos sacerdotes el cabello sin jamás cortarlo ni peinar ni lavar, a cuya causa tenían la cabeza sucia y llena de piojos y liendres; pero los que hacían esto eran santones; que los otros lavábanse las cabezas cuando se bañaban, y bañábanse muy a menudo; y así, aunque traían los cabellos muy largos, traíanlos muy limpios; bien que criar cabellos, de suyo es sucio.

El hábito de los sacerdotes es una ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una manta por capa, añudada al hombro derecho, con madejas de algodón hilado por orlas y rapacejos. Tiznábanse los días festivos, y cuando su regla mandaba, de negro las piernas, brazos, manos y cara, que parecían diablos.

Había en el templo de Uitcilopuchtli de México cinco mil personas al servicio de los ídolos y casa, según en otra parte dije; pero no todos llegaban a los altares. Las herramientas, vasos y cosas que tenían por hacer los sacrificios, eran los siguientes: muchos braseros grandes y pequeños, unos de oro, otros de plata, y los más de tierra; unos para incensar las estatuas, y otros en que tener lumbre; la cual nunca se había de matar, que era ruin señal morirse, y castigaban reciamente a los que tenían cargo de hacer y atizar el fuego. Gastábanse ordinariamente quinientas cargas de leña, que son mil arrobas de nuestro peso, y muchos días había de entre año, de quemar mil y quinientas arrobas. También incensaban con los braserillos a los señores; que así hicieron a Cortés y a los españoles cuando entró en el templo y derrocó los ídolos; incensaban asimismo a los novios, los consagrados, las ofrendas y otras mil cosas.

Perfuman los ídolos con hierbas, flores, polvos y resinas; pero el mejor humo y lo común es el que llaman *copalli*, el cual parece incienso, y es de dos maneras: uno era arrugado, que llaman *xolochcopalli*; en México está muy blando, en tierra fría estaría duro; quiere nacer en tierras calientes, y gastarse en frías. El otro es una goma de *copalquahuitl*, tan buena, que muchos españoles la tienen por mirra. Punzan el árbol, y sin punzarlo, sale y destila gota a gota un licor blanco que luego se cuaja; y de ello hacen unos panecillos como de jabón que se traslucen; éste era su perfecto olor en sacrificios, y preciada ofrenda de dioses. De esta goma, mezclada con aceite de olivas, se hace muy buena trementina, y los indios hacen de ella sus pelotas.

Tienen lancetas de azabache negro, y unas navajas de a jeme, hechas como puñal, más gordas en medio que a los filos, con que se sajan y sangran de la lengua, brazos, piernas y de lo que tienen en devoción o voto. Es aquella piedra dura en grandísima manera, y hay otras de la misma suerte y metal de piedra, pero de muchos colores. Cortan las navajas por entrambas partes, y cortan bien y dulcemente; y si aquella piedra no fuese tan vidriosa, es como hierro, pero luego salta y se mella. De estas navajas hay infinitas en el templo, y cada uno las tiene en su casa para sus sacrificios y para cortar otras cosas.

Tienen asimismo los sacerdotes púas de *metl*, con que se pican; y para tomar la sangre que sacan, tienen papel, hojas de caña y de *metl*; tienen pajuelas, cañas y sogas para tocar y pasar por las heridas y agujeros que se hacen en las orejas, lenguas, manos y otros miembros que no son para decir.

Hay en cada espacio de los templos que está de las gradas al altar, una piedra como tajón, hincada en el suelo y alta una vara de medir; sobre la cual recuestan a los que han de ser sacrificados. Tienen un cuchillo de pedernal, que llaman ellos *tecpatl*; con estos cuchillos abren los hombres que sacrifican, por las ternillas del pecho. Para coger la sangre tienen escudillas de calabazas, y para rociar con ella los ídolos unos hisopillos de pluma colorada; para barrer las capillas y placeta donde está el tajón tienen escobas de plumas, y el que barre nunca vuelve las nalgas a los dioses, sino va siempre barriendo cara atrás. Con tan pocos ornamentos y aparejo hacían la carnicería que después oiréis.

CAPÍTULO CCXXX
DE LOS DIOSES MEXICANOS

Ya puse la hechura y grandeza de los templos, cuando conté la magnificencia de México; aquí diré solamente que los tenían siempre muy limpios, blancos y bruñidos, y los altares muy adornados y ricos. Colgaban de las paredes cueros de hombres sacrificados, embutidos de algodón, en memoria de la ofrenda y cautiverio que de ellos había hecho el rey; más cuanto los templos eran limpios, tanto estaban sucios los ídolos, de la mucha sangre que continuamente les echaban y de la goma que les pegaban.

No había número de los ídolos de México, por haber muchos templos, y muchas capillas en las casas de cada vecino, aunque los nombres de los dioses no eran tantos; mas empero afirman pasar de dos mil dioses, que cada uno tenía su propio nombre, oficio y señal; como decir Ometochtli, dios del vino, que preside a los convites, o causa que haya vino; tiene sobre la cabeza uno como mortero, donde le echan vino cuando celebran su devota fiesta, y celébranla muy a menudo y como el santo lo manda. A la diosa del agua, que dicen Matlacuei, visten camisa azul, que es el color de agua. A Tezcatlipuca ponían anteojos, porque siendo la providencia, debía de mirarlo todo. En Acapulco había ídolos con gorras como las nuestras. Adoran el Sol, el fuego, la agua y la tierra, por el bien que les hacen; adoran los truenos, los relámpagos y rayos, por miedo; adoran a unos animales por mansos y a otros por bravos, aunque no sé para qué tenían ídolos de mariposas; adoraban la langosta porque no les comiese los panes; las pulgas y mosquitos porque no los picasen de noche, y las ranas porque les diesen peces. Y aconteció a unos españoles que iban a México, en un pueblo de la laguna, que pidiendo de comer otra cosa que pan, les dijeron que no tenían peces después que su capitán Cortés les llevó su dios del pescado; y era porque entre los ídolos que les derribó, como hacía en cada lugar, estaba el de la rana; a la cual tenían por diosa del pescado, que cantando los convidaba a ello. Si la respuesta fue de creerlo así, simples eran; mas si fue de maliciosos, gentilmente se excusaron de darles a comer. Quizá adoraban la rana porque, siendo todos los otros peces mudos, ella sola parece que habla.

CAPÍTULO CCXXXI
CÓMO EL DIABLO SE APARECE

Hablaba el diablo con los sacerdotes, con los señores y con otros, pero no a todos. Ofrecían cuanto tenían al que se le aparecía; aparecíaseles de mil maneras, y finalmente, conversaba con todos ellos muy a menudo y muy familiar, y los bobos tenían a mucho que los dioses conversasen con los hombres; y como no sabían que fuesen demonios, y oían de su boca muchas cosas antes que aconteciesen, creían cuanto les decían; y porque él se lo mandaba, le sacrificaban tantos hombres, y le traían pintado consigo de tal figura, cual se les mostró la primera vez; pintábanle a las puertas, en los bancos y en cada parte de la casa; y como se les aparecía de mil trajes y formas, así lo pintaban de infinitas maneras, y algunas tan feas y espantosas que se maravillaban nuestros españoles; pero ellos no lo tenían por feo. Creyendo pues estos indios al diablo, habían llegado a la cumbre de crueldad, so color de religiosos y devotos; y éranlo tanto, que antes de comenzar a comer, tomaban un poquillo, y lo ofrecían a la tierra o al Sol; de lo que bebían, derramaban alguna gota para dios, como quien hace salva; si cogían grano, fruta o rosas, quitábanle alguna hojuela antes de olerla, para ofrenda; el que no guardaba estas y semejantes cosillas, no tenía a dios en su corazón, y como ellos dicen, era mal criado con los dioses.

CAPÍTULO CCXXXII
DESOLLAMIENTO DE HOMBRES

De veinte en veinte días es fiesta festival y de guardar, que llaman *tonalli*, y siempre cae el día postrero de cada mes. Pero la mayor fiesta del año, y donde más hombres se matan y comen, es de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. Los de Tlaxcallan y otras repúblicas celebran estas fiestas, y otras muy solemnes, de cuatro en cuatro años.

El postrer día del mes primero, que llaman *tlacaxipeualiztli*, matan en sacrificio cien esclavos, los más cautivos de guerra, y se los comen. Juntábase todo el pueblo al templo. Los sacerdotes, después de haber hecho muchas ceremonias, ponían los sacrificados uno a uno, de espaldas sobre la

piedra, y vivos los abrían por los pechos con un cuchillo de pedernal; arrojaban el corazón al pie del altar como por ofrenda, y luego desollaban quince o veinte de ellos, o menos, según era el pueblo y los sacrificados; revestíanselos otros tantos hombres honrados, así sangrientos como estaban, que eran abiertos los cueros por las espaldas y hombros; cosíanselos que viniesen justos, y después bailaban con todos los que querían. En México se vestía el rey un cuero de estos, que fuese de principal cautivo, y regocijaba la fiesta bailando con los otros disfrazados. Toda la gente se andaba tras él por verle tan fiero, o como ellos dicen, tan devoto.

Los dueños de los esclavos se llevaban sus cuerpos sacrificados, con que hacían plato a todos sus amigos; quedaban las cabezas y corazones para los sacerdotes; embutían los cueros de algodón o paja, y o los colgaban en el templo, o en palacio, por memoria; mas esto era habiéndolo prendido el rey, o algún *tecuitli*; iban al sacrificadero los esclavos y cautivos de guerra con los vestidos o divisa del ídolo a quien se ofrecían; y sin esto, llevaban plumajes, guirnaldas y otras rosas, y las más veces los pintaban o emplumaban, o cubrían de flores y hierba. Muchos de ellos, que mueren alegres, andan bailando, y pidiendo limosna para su sacrificio por la ciudad; cogen mucho, y todo es de los sacerdotes.

Cuando ya los panes estaban un palmo altos, iban a un monte que para tal devoción tenían diputado, y sacrificaban un niño y una niña de cada tres años, a honra de Tlaloc, dios del agua, suplicándole devotamente por ella si les faltaba, o que no les faltase. Estos niños eran hijos de hombres libres y vecinos del pueblo; no les sacaban los corazones, sino degollábanlos. Envolvíanlos en mantas nuevas, y enterrábanlos en una caja de piedra.

La fiesta de *tozoztli*, que ya los maizales estaban crecidos hasta la rodilla, repartían cierto pecho entre los vecinos, de que compraban cuatro esclavitos, niños de cinco hasta siete años, y de otra nación. Sacrificábanlos a Tlaloc porque lloviese a menudo; cerrábanlos en una cueva que para esto tenían hecha, y no la abrían hasta otro año. Tuvo principio el sacrificio de estos cuatro muchachos, de cuando no llovió en cuatro años, ni aun cinco, a lo que algunos cuentan; en el cual tiempo se secaron los árboles y las fuentes, y se despobló mucha parte de esta tierra, y se fueron a Nicaragua.

El mes y fiesta *hueitozoztli*, estando ya los panes criados, cogía cada uno

un manojo de maíz y venían todos a los templos a ofrecerlo con mucha bebida, que llaman *atulli*, y que se hace del mismo maíz; y con mucho *copalli* para sahumar los dioses que crían el pan. Bailaban toda aquella noche, y ni sacrificaban hombres ni hacían borracheras.

Al principio del verano y de las aguas celebran una fiesta que llaman *tlaxuchimaco*, con todas las maneras de rosas y flores que pueden; ofrécenlas en el templo, enguirnaldando los ídolos con ellas. Gastan todo aquel día bailando.

Para celebrar la fiesta de *tecuilhuitlh* se juntaban todos los caballeros y principales personas de cada provincia, a la ciudad que era la cabeza; la vigilia en la noche vestían una mujer de la ropa e insignias de la diosa de la sal, y bailaban con ella todos. En la mañana sacrificábanla con las ceremonias y solemnidad acostumbrada, y estaban el día en mucha devoción, echando incienso en los braseros del templo.

Ofrecían y comían grandes comidas en el templo el día de *teutleco*, diciendo: "Ya viene nuestro dios, ya viene". Debía ser que llamaban al diablo a comer con ellos.

Los mercaderes, que tenían templo por sí, dedicado al dios de la ganancia, hacían su fiesta en *miccailhuitl*, matando muchos esclavos comprados; guardaban fiesta, comían carne sacrificada, y bailaban.

Solemnizaban la fiesta de *ezalcoaliztli*, que también era consagrada a los dioses del agua, con matar una esclava y un esclavo, no de guerra, sino de venta. Treinta días o más antes de la fiesta ponían dos esclavos, hombre y mujer, en una casa, que comiesen y durmiesen juntos como casados, y llegado el día festival, vestían a él las ropas y divisa de Tlaloc, y a ellas las de Matlalcuei, y hacíanles bailar todo el día, hasta la media noche, que los sacrificaban; no los comían como a otros, sino echábanlos en un hoyo que para esto tenía cada templo.

La fiesta *ochpaniztli* sacrificaban una mujer; desollábanla, y vestían el cuero a uno, el cual bailaba con todos los del pueblo dos días arreo; y ellos ataviábanse muy bien de mantas y plumajes.

Para la fiesta de *quecholli* salía el señor de cada pueblo con los sacerdotes y caballeros a caza, para ofrecer y matar todo lo que cazasen, en los templos del campo. Llevaba gran repuesto y cosas que dar a los que más fieras

tomasen, o más bravas fuesen, como decir leones, tigres, águilas, víboras y otras grandes sierpes; toman las culebras a manos, y mejor hablando a pies; porque se atan los cazadores la yerba *picietl* a los pies, con la cual adormecen las culebras; no son tan enconadas ni ponzoñosas como las nuestras, sino son las de Almería. Toman eso mismo las culebras de cascabel, que son grandes, tocándoles con cierto palo. Sacrificaban este día todas las aves que tomaban, desde águilas hasta mariposas; toda suerte de animalías, de león a ratón, y de las que andan arrastrando, de culebra hasta gusanos y arañas; bailaban, y volvíanse al pueblo.

El día de *atamuztli* guardaban la fiesta en México entrando en la laguna con muchas barcas, y anegando un niño y una niña metidos en un *acalli*, que nunca más pareciesen, sino que estuviesen en compañía de los dioses de la laguna. Comían en los templos, ofrecían muchos papeles pintados; untaban los carrillos a los ídolos con *ulli*, y tal estatua había que le quedaba la costra de dos dedos de aquella goma.

Cuando hacían la fiesta de *tititlh* bailaban todos los hombres y mujeres tres días con sus noches, y bebían hasta caer; mataban muchos cautivos de los presos en las guerras de lejos tierras.

CAPÍTULO CCXXXIII
SACRIFICIO DE HOMBRES

Por honra y servicio del ídolo del fuego regocijaban la fiesta que llaman *xocothueci*, quemando hombres vivos. En Tlacopan, Coyouacán, Azcapuzalco y otros muchos pueblos, levantaban la víspera de la fiesta un gran palo rollizo como mástil; hincábanlo en medio del patio o a la puerta del templo; hacían aquella noche un ídolo de toda suerte de semillas, envolvíanlo en mantas benditas, y liábanlo porque no se deshiciese, y a la mañana poníanlo encima del palo. Traían luego muchos esclavos de guerra o comprados, atados de pies y manos; echábanlos en una muy grande hoguera que para tal efecto tenían ardiendo; y medio asados, los sacaban del fuego, y los abrían, y sacaban los corazones, para hacer las otras solemnidades; bailaban tras esto el día todo alrededor del palo, y a la tarde derribaban el mástil con su dios en tierra; cargaba luego tanta gente por tomar algún gra-

nillo o migaja del ídolo, que muchos se ahogaban. Creían que comiendo de aquello los hacía valientes hombres.

En la fiesta de *izcalli* sacrificaban muy muchos hombres, y todos esclavos y cautivos, a reverencia del dios del fuego. La principal ceremonia era vestir a un prisionero los vestidos del dios del fuego, y bailar mucho con él, y cuando andaba cansado matábanlo también como a sus compañeros.

Donde más cruelmente solemnizan esta fiesta, es en Cuahutitlán; aunque no la celebran cada año, sino de cuatro en cuatro años. A las vísperas de esta fiesta hincaban seis árboles muy altos en el patio, que todos los viesen, y los sacerdotes degollaban dos mujeres esclavas delante los ídolos en lo alto de las gradas; desollábanlas enteras y con sus caras, hendíanles los muslos y sacábanles las canillas. Otro día luego de mañana tornaban todos al templo a los oficios; subían dos hombres principales del pueblo a lo alto, y vestíanse los cueros de aquellas desolladas; cubrían sus caras con las de ellas, como máscaras; tomaban sendas canillas en cada mano, y muy paso a paso bajaban las gradas, pero bramando. Estaba la gente como atónita de verlos bajar así, y todos a voz en grita decían: "Ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses, ya vienen". En llegando al suelo tañían los atabales, huesos y bocinas, y ataban a los enmascarados con sendas codornices sacrificadas, por unos agujeros que les hacían en los cueros del brazo de las muertas; y muchos pliegos de papel pintado, y pegados unos con otro a la fila, y prendidos de las espaldas. Iban estos dos hombres bailando por todo el pueblo, y a cada puerta y cantón les echaban codornices, como en ofrenda, sacrificándolas; cogían las codornices, que infinitas eran, cenábanselas los dos revestidos, y los sacerdotes y hombres principales del pueblo con el señor; la razón por que había tanta codorniz era porque venían a la fiesta con mucha devoción los de la comarca, y aun de diez y más leguas aparte.

Aspaban también el mismo día seis presos en guerra; empicotábanlos en lo más alto de los seis árboles que habían puesto el día antes; asaeteábanlos luego muchos flecheros, derribaban los árboles, y hacíanse mil pedazos los huesos, y así como estaban los sacrificaban, sacándoles el corazón y haciendo las otras ceremonias que suelen; arrastrábanlos después, y en fin los degollaban. De la manera que mataban éstos, mataban otros ochenta y aun ciento aquel mismo día, y todos de seis en seis; jamás se oyó semejante

crueldad. Dejaban a los sacerdotes las cabezas y corazones que comiesen o enterrasen, y llevábanse los cuerpos a casa de los señores, y otro día tenían banquete con ellos, y grandes borracheras. También sacrificaban más allá de Xalixco hombres a un ídolo como culebra enroscada, y quemándolos vivos, que es lo más cruel de todo, y se los comían medio asados.

CAPÍTULO CCXXXIV
OTROS SACRIFICIOS DE HOMBRES

La mayor solemnidad que hacían por año en México era al fin de su catorceno mes, a quien llaman *panquezaliztli*; y no sólo allí, pero en toda su tierra la celebraban pomposamente, porque estaba consagrada a Tezcatlipuca y a Uitcilopuchtli, los mayores y mejores dioses de todas aquellas partes; dentro del cual tiempo se sangran muchas veces de noche, y aun entre día, unos de la lengua, por donde metían pajuelas; otros de las orejas, otros de las pantorrillas, y finalmente, cada uno de donde quería y más en devoción tenía. Ofrecían la sangre y oraciones con mucho incienso a los ídolos, y después sahumábanlos. Eran obligados de ayunar todos los legos ocho días, y muchos entraban al patio como penitentes para ayunar todo un año entero y para sacrificarse de los miembros que más pecaban. Entraban asimismo algunas mujeres devotas a guisar de comer para los ayunadores.

Todos éstos tomaban su sangre en papeles, y con el dedo rociaban o pintaban los ídolos de Uitcilopuchtli y Tezcatlipuca y otros sus abogados. Antes que amaneciese el día de la fiesta venían al templo todos los religiosos de la ciudad y criados de dioses, el rey, los caballeros y otra infinita gente; en fin, pocos hombres sanos dejaban de ir. Salía del templo el gran *achcahutli* con una imagen pequeña de Uitcilopuchtli muy arreada y galana, poníanse todos en rengle, y caminaban en proceción. Los religiosos iban con las sobrepellices que usan, unos cantando, otros incensando; pasaban por el Tlatelulco; iban a una ermita de Acolman, donde sacrificaban cuatro cautivos. De allí entraban en Azcapuzalco, en Tlacopan, en Chapultepec y Uicilopuchco, y en un templo de aquel lugar, que estaba fuera en el camino, hacían oración, y mataban otros cuatro cautivos, con tantas ceremonias y devoción que lloraban todos. Volvíanse con tanto a México, después de haber anda-

do cinco leguas en ayunas, a comer. A la tarde sacrificaban cien esclavos y cautivos, y algunos años doscientos. Un año mataban menos, otro más, según la maña que se daban en las guerras a cautivar enemigos. Echaban a rodar los cuerpos de cautivos las gradas abajo. A los otros, que eran de esclavos, llevaban a cuestas. Comían los sacerdotes las cabezas de los esclavos y los corazones de los cautivos. Enterraban los corazones de los esclavos, y descarnaban los de los cautivos para poner en el osar. Daban con los corazones de éstos en el suelo, y echaban los de aquellos hacia el Sol, que también en esto los diferenciaban, o tirábanlos al ídolo cuya era la fiesta; y si le acertaban en la cara era buena señal. Por festejar la carne de hombres que comían, hacían grandes bailes y se emborrachaban.

Por el mes de noviembre, cuando ya habían cogido el maíz y las otras legumbres de que se mantienen, celebran una fiesta en honor de Tezcatlipuca, ídolo a quien más divinidad atribuyen. Hacían unos bollos de masa de maíz y simiente de ajenjos, aunque son de otra suerte que los de acá, y echábanlos a cocer en ellos con agua sola. Entre tanto que hervían y se cocían los bollos, tañían los muchachos un atabal, y cantaban sus ciertos cantares alrededor de las ollas; y en fin decían: "Estos bollos de pan ya se tornan carne de nuestro dios Tezcatlipuca"; y después comíanselos con gran devoción.

En los cinco días que no entran en ningún mes del año, sino que se andan por sí para igualar el tiempo con el curso del Sol, tenían muy gran fiesta, y regocijábanla con danzas y canciones y comidas y borracheras, con ofrendas y sacrificios que hacían de su propia sangre a las estatuas que tenían en los templos y tras cada rincón de sus casas; pero lo sustancial y principalísimo de ella era ofrecer hombres, matar hombres y comer hombres, que sin muerte no había alegría ni placer.

Los hombres que sacrificaban vivos al Sol y a la Luna porque no se muriesen, como habían hecho otras cuatro veces, eran infinitos, porque no les sacrificaban un día solamente, sino muchos entre año; y al lucero que tienen por la mejor estrella mataban un esclavo del rey el día que primero se les demostraba; y descúbrenlo en otoño, y venle doscientos sesenta días. Atribúyenle los hados; y así, agüeran por unos signos que pintan para cada día de aquellos doscientos sesenta. Creen que Topilcín, su rey primero, se convirtió

en aquella estrella. Otras cosas y poesías razonaban sobre este planeta; mas porque para la historia bastan las dichas, no las cuento; y no sólo matan un hombre al nacimiento de esta estrella, mas hacen otras ofrendas y sangrías, y los sacerdotes le adoran cada mañana de aquellas, y sahuman con inciensos y sangre propia, que sacan de diversas partes del cuerpo.

Cuando más se sangraban estos indios, antes cuando nadie quedaba sin sangrías ni lancetadas, era habiendo eclipse del Sol, que de luna no tanto, porque pensaban que se quería morir. Unos se punzaban la frente, otros las orejas, otros la lengua; quién se sajaba los brazos, quién las piernas, quién los pechos; porque tal era la devoción de cada uno, aunque también iban aquellas sangrías según usanza de cada villa; porque se picaban en el pecho y otros en el muslo, y los más en la cara; y entre los mismos vecinos de un pueblo era más devoto el que más señales tenía de haberse sangrado, y muchos andaban agujereadas las caras como harnero.

CAPÍTULO CCXXXV
DE UNA FIESTA GRANDÍSIMA

La fiesta que con más sacrificados solemnizaban en México era de cincuenta y dos en cincuenta y dos años; y como a día de grandísima santidad, venían a ella de diez y de veinte leguas aparte los que no la celebraban en sus pueblos. Mandaba el *achcahutli* mayor que matasen con agua todos los fuegos de los templos y casas, sin quedar una sola brizna, y también aquel gran brasero del dios de masa, que nunca se moría; que si moría, mataban al religioso que tenía cargo de atizarlo, sobre el mismo brasero. Este matar fuegos hacían la postrera tarde de los cincuenta y dos años. Iban muchos *tlamacazques* de Uitcilopuchtli a Iztacpalapan, dos leguas de México. Subían a un templo que está en el serrejón Uixachtla, a quien Moteczuma tuvo grandísima devoción; y después de media noche, ya que comenzaba día, año y tiempo nuevo, sacaban lumbre de *tlecuahuitl*, que es palo de fuego, y sacábanla con un palillo como jugadera, metido de punta por entre dos leños secos, atados juntos y echados en el suelo, y traído a la redonda muy apriesa como taladro. Aquel mucho mecer y frotar causa tanto calor, que se encienden los leños.

Sacada pues la nueva lumbre, y hechas todas las otras ceremonias que se requieren y usan, tornaban aquellos sacerdotes a México muy corriendo con los tizones o ascuas; poníanlas delante el altar de Uitcilopuchtli con mucha reverencia, hacían gran fuego, sacrificaban un cautivo en guerra, con cuya sangre rociaba el sacerdote mayor el nuevo fuego, a manera de bendición. Tras esto llegaban todos, y cada uno llevaba lumbre a su casa, y los forasteros a sus pueblos. Luego en siendo día sacrificaban en el lugar acostumbrado y con los ritos que suelen, cuatrocientos esclavos y cautivos, si los había de guerra, y comíanselos.

CAPÍTULO CCXXXVI
LA GRAN FIESTA DE TLAXCALLAN

Casi las mismas fiestas de México y ritos de sacrificar hombres tenían en Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Tepeacac, Zacatlán y otras ciudades y repúblicas, sino que variaban los nombres a los más días y dioses. Es verdad que mataban más niños por año para los dioses del agua Tlaloc, Matlalcuei y Xuchiquezatl, y que en una fiesta asaeteaban un hombre puesto en una cruz, y en otra acañavereaban otro en una cruz baja, y en otra desollaban dos mujeres muertas en sacrificio; vestíanse los cueros dos sacerdotes mozos y ligeros; corrían por el patio y por las calles de la ciudad tras los caballeros y bien vestidos; y al que alcanzaban quitábanle las mantas, plumajes y joyas que para honrar la fiesta se habían puesto.

Empero la gran fiesta suya era de cuatro en cuatro años, que llaman *teuxiuitl*, y que quiere decir año de dios, y que cae al principio de un mes correspondiente a marzo. Al dios en cuyo honor se hacía dicen Camaxtli, y por otro nombre Mixcouath. Trae la fiesta ciento y sesenta días de ayuno para los sacerdotes, y para los legos ochenta. Antes de comenzar el ayuno predicaba el *achcahutli* mayor a sus hermanos, esforzándolos al trabajo venidero, amonestándoles fuesen los criados de dios que debían, pues habían entrado allí a servirle; y en fin, les decía cómo era llegado el año de su dios para hacer penitencia; por tanto, el que se sintiese flaco o indevoto saliese del patio de dios dentro de cinco días, y no sería culpado ni amenguado por ello; mas que si después se salía, habiendo comenzado el ayuno y

penitencia, sería tenido por indigno del servicio de los dioses y de la compañía de sus siervos, y privado del oficio y honra clerical, y sus bienes confiscados. Pasado el quinto día de plazo, preguntábales si estaban todos, y si querían ir con él. Respondían que sí; y con tanto iban con el *achcahutli* doscientos y trescientos y más clérigos a una sierra, cuatro leguas de Tlaxcallan, muy áspera y alta.

Quedábanse todos los *tlenamacaques*, antes de acabarla de subir, orando, y el *achcahutli* subía solo. Entraba en un templo de Matlalcuei, y ofrecía al ídolo con grandísima reverencia esmeraldas, plumas verdes, incienso y papel. Tornábase a la ciudad. Ya para entonces estaban en el templo todos los servidores de ídolos que había en el pueblo, con muchos haces de palos. Comían todos muy bien y bebían no poco, que aun el ayuno estaba por entrar. Llamaban luego muchos carpinteros, que también hubiesen ayunado y rezado cinco días, para alisar y aguzar aquellos palos. Íbanse éstos después de haber hecho su oficio, y venían los navajeros, ayunos asimismo. Sacaban y afilaban muchas navajas y lancetas de azabache, y poníanlas sobre mantas limpias y nuevas. Si alguna de ellas se quebraba primero que se acabase, vituperaban al maestro, diciendo que no había ayunado. Los sacerdotes perfumaban aquellas nuevas navajas, y poníanlas al sol en las mismas mantas. Cantaban unos cantares regocijados al son de ciertos atabalejos. Callaban los atabales, y cantaban otro cantar triste, y luego lloraban muy recio. Iban entonces todos, unos tras otros, como quien toma ceniza, a un sacerdote que estaba en la más alta grada; el cual horadaba, como hombre diestro en el oficio, la lengua de cada uno por medio con su navaja, que para eso hacían tantas. Arrodillábanse a Camaxtli, y comenzaban a pasar palos por las lenguas. Cada uno pasaba según su estado, o tiempo que servía al ídolo; quién ciento, quién doscientos: pero el *achcahutli* y los viejos metían aquel día cada cuatrocientos y cinco palos de aquellos más gordos por el agujero de las lenguas.

Cuando acababan este sacrificio era más de media noche. Cantaba luego el *achcahutli*, y respondían los otros barbullando; que la sangre y dolor no les dejaba libre la voz. Ayunaban veinte días, comiendo muy poquito, y hacían de manera que no se les cerrase el agujero de la lengua, porque a los veinte días, y cuarenta, y a los sesenta, y a los ochenta habían de sacar por él

otras cada tantas varas cuantas el primero. Así que sacrificaban cinco veces de esta misma manera en ochenta días, y montaban las varas, que sólo el *achcahutli* ensangrentaba dos mil y veinte. Al cabo de los ochenta días ponían un ramo en el patio, que todos lo viesen, para que todos ayunasen los otros ochenta días que quedaban hasta la Pascua. Y no dejaba nadie de ayunar, como era su costumbre, comiendo poco y bebiendo agua. No podían comer *chili*, que es manjar caliente, ni bañarse, ni tocar a mujer, ni apagar fuego; y en casa de los señores, como Maxixcacín y Xicotencatl, si el fuego se moría, mataban al esclavo que lo atizaba, y derramaban la sangre en el hogar. Aquel mismo día que ponían el ramo hincaban ocho varales grandes en el patio, como virlos, y echaban en medio de ellos todas sus varas ensangrentadas para quemar después; pero primero las presentaban a Camaxtli como ofrenda.

En los segundos ochenta días se metían eso mismo, pajas, aquellos sacerdotes por las lenguas; mas no tantas como antes, ni tan gordas, sino como cañones. Cantaban siempre, y respondían con voz lastimera. Salían a pedir por las aldeas con ramos en las manos, y dábanles como en limosna mantas, plumas y cacao. Encalaban y lucían muy bien todas las paredes del templo, patio y salas; y tres días antes de la fiesta se pintaban los sacerdotes, unos de blanco, otros de negro, otros de verde, otros de azul, otros de colorado, otros de amarillo, y otros de otro color; en fin, ellos parecían extrañamente, porque allende de las muchas colores, se hacían mil figuras por el cuerpo, de diablos, sierpes, tigres, lagartos y semejantes cosas.

Bailaban todo el día de la víspera sin parar; venían algunos clérigos de Chololla con las vestiduras de Quezalcoatlh, vestían a Camaxtli y otro diosecillo a par de él. Camaxtli era tres estados alto, y el otro ídolo parecía niño; pero teníanle tanto respecto, que no le miraban a la cara. Ponían a Camaxtli muchas mantillas, y sobre ellas una *tecuxicoalli* grande, y abierta por delante, a manera de loba, con aberturas para los brazos, y con un ruedo muy bien labrado, de hilo de pelos de conejo, que llaman *tochomitl*, y luego una capa sin capilla, como allá usan. Una máscara que diz que trajeron de Puyahutla, veintiocho leguas de allí, los primeros pobladores; de donde fue natural el mismo Camaxtli. Poníanle un grandísimo penacho verde y colorado, una muy gentil rodela de oro y pluma en el brazo izquierdo, y en la mano derecha

una gran saeta con la punta de pedernal. Ofrecíanle muchas flores, rosas e incienso. Sacrificábanle muchos conejos, codornices, culebras, langostas, mariposas y otras cazas. A media noche se revestía un sacerdote, y sacaba lumbre nueva, y santificábala con la sangre de un cautivo principal, que degollaba, a quien decían hijo del Sol, por haber muerto en tan bendito día. Íbanse los sacerdotes cada uno a su templo con de aquella nueva lumbre, y allá sacrificaban hombres a sus ídolos. En el templo de Camaxtli, que está en el barrio de Ocotelulco, mataban cuatrocientos y cinco presos de guerra, que tantas varas se pasó por la lengua el gran *achcahutli*. En el barrio de Tepeticpac mataban ciento, y casi cada otros tantos en los barrios de Tizatlán y Quiahuyztlán; y no había pueblo, de veintiocho que tiene, donde no matasen algunos.

En fin, dicen que mataban y comían los de Tlaxcallan y su provincia aquel día y fiesta de Camaxtli, que celebran de cuatro en cuatro años, nuevecientos y aun mil hombres. Los sacerdotes se desayunaban con aquella bendita carne, y los legos hacían grandes banquetes y borracheras. Eran grandísimos carniceros estos de Tlaxcallan, y muy valientes en la guerra. Tenían por valentía y honra haber prendido y sacrificado muchos enemigos, como quien dice haber vencido muchos campos, o tener muchas heridas por la cara, recibidas en batalla. Tal tlaxcalteca había cuando Cortés entró allí, que tenía muertos en sacrificio cien hombres, presos con sus propias manos.

CAPÍTULO CCXXXVII
LA FIESTA DE QUEZALCOATL

Cholollа es el santuario de esta tierra, donde iban en romería de cincuenta y cien leguas; y dicen que tenía trescientos templos entre chicos y grandes, y aun para cada día del año el suyo. El templo que comenzaron para Quezalcoatl era el mayor de toda la Nueva-España, que, según cuentan, lo querían igualar con el serrejón que llaman ellos Popocatepec, y con otro que por tener siempre nieve, dicen Sierra-Blanca. Quería ponerle su altar y estatua en la región del aire, pues le adoraban por dios de aquel elemento; empero no lo acabaron, a causa, a lo que ellos mismos afirmaban, que edificando a la

mayor priesa vino grandísima tempestad de agua, truenos, relámpagos, y una piedra con figura de sapo. Parecioles que los otros dioses no consentían que aquél se aventajase en casa; y así, cesaron. Todavía quedó muy alto.

Tuvieron de allí adelante al sapo por dios, aunque lo comen: aquella piedra que dicen, tenían por rayo; porque muchas veces, después que son cristianos, han caído terribles rayos allí. Celebran la fiesta del año de Dios, que cae de cuatro en cuatro años, en nombre de Quezalcoatl; ayuna el gran *achcahutli* cuatro días, sin comer más de una vez al día, y aquella un poco de pan y un jarro de agua; gasta todo aquel tiempo en oraciones y sangrías. Tras aquellos cuatro días comienzan el ayuno de ochenta días arreo, antes de la fiesta. Enciérranse los *tlamacazques* en las salas del patio con sendos braseros de barro, mucho incienso, púas y hojas de *metl*, y tizne o tinta de bija. Siéntanse por orden de unas esteras a raíz de las paredes; no se levantan sino para hacer sus necesidades; no comen sal ni ají, ni ven mujeres; no duermen en los primeros sesenta días más de dos horas a prima noche y otras tantas a primo día. Su oficio era rezar, quemar incienso, sangrarse muchas veces al día de muchas partes de su cuerpo, y cada media noche bañarse y teñirse de negro. Los postreros veinte días, ni ayunaban tanto ni comían tan poco.

Ataviaban la imagen de Quezalcoatl riquísimamente con muchas joyas de oro, plata, piedras y plumas, y para esto venían algunos sacerdotes de Tlaxcallan, con las vestimentas de Camaxtli; ofrecíanle la noche postrera muchos sartales y guirnaldas de maíz y otras yerbas; mucho papel, muchas codornices y conejos. Para celebrar la fiesta vestíanse todos luego por la mañana muy galanes; no mataban muchos hombres, porque Quezalcoatl vedó el tal sacrificio, aunque todavía sacrificaban algunos.

CAPÍTULO CCXXXVIII
LOS AYUNOS DE TEOUACÁN

Otra manera de ayuno tenían en la provincia de Teouacán, muy grande y muy diversa de todas las dichas. De cuatro en cuatro años, que es, como dicen ellos, el año de dios, entraban cuatro mancebos a servir en el templo; no vestían más de una sola manta de algodón, y aquella de año en año, y unas

bragas; la cama era el suelo, la cabecera un canto. Comían a medio día sendas tortillas de pan y una escudilla de *atulli*, brebaje que hacen de maíz y miel. De veinte en veinte días, que comienza mes, y es fiesta ordinaria, podían comer y beber de todo. Una noche velaban los dos, y la otra los otros dos; pero no dormían en toda la noche de la vela, y sangrábanse cuatro veces para ofrecer la sangre con oraciones.

Cada veinte días se metían por un agujero que se hacían en lo alto de las orejas, cada setenta cañas largas. Al cabo de los cuatro años tenía cada uno cuatro mil y trescientas veinte cañas metidas por sus orejas. Montaban las de todos cuatro ayunadores diecisiete mil y doscientas y ochenta cañas. Quemábanlas en acabando su ayuno con mucho incienso, para que los dioses gustasen de aquella suavidad.

Si alguno de ellos moría durante los cuatro años, entraba otro en su lugar; pero tenían que sería mortandad de señores. Si participaba con mujer, matábanlo a palos de noche, y a furia de pueblo, y delante los ídolos; quemábanlo y esparcían los polvos por el aire para que no quedase memoria de tal hombre; pues no pudo pasar cuatro años sin llegar a mujer, habiendo pasado toda la vida Quezalcoatl, por cuya remembranza comenzó el ayuno. Con estos ayunadores se holgaba mucho Moteczuma, y los tenía por santos. Cuentan de ellos que conversaban siempre con el diablo, que adivinaban grandes cosas y que veían maravillosas visiones; pero la más continua era una cabeza con muy largos cabellos, por lo cual debían de criar cabello largo todos los sacerdotes de esta tierra, y también en figuras de hombres ya muertos.

No dejaré de contar otro sacrificio de ayunadores, aunque feo, por ser extrañísimo. Había muchos mancebos por casar en Teouacán, Teutitlán, Cuzcatlán y otras ciudades, que o por devotos o por animosos ayunaban muchos días, y después hendíanse con agudas navajas el miembro por entre cuero y carne cuanto podían, y por aquella abertura pasaban muchos bejucos, que como son sarmientos o mimbres, gordos y largos, según la devoción del penitente; unos diez brazas, otros quince, y algunos veinte; quemábanlos luego, ofreciendo el humo a los dioses. Si alguno desmayaba en aquel paso no le tenían por virgen ni por bueno, y quedaba por infamado y por fementido.

Tal cual veis era la religión mexicana. Nunca hubo, a lo que parece, gente más, ni aun tan idólatra como ésta; tan matahombres, tan comehombres; no les faltaba para llegar a la cumbre de la crueldad sino beber sangre humana, y no se sabe que la bebiesen.

CAPÍTULO CCXXXIX
DE LA CONVERSIÓN

¡Oh, cuántas gracias deben dar estos hombres a nuestro buen Dios, que tuvo por bien alumbrarlos para salir de tanta ceguedad y pecados, y darles gracia que conociendo y dejando su error y crueldades, se volviesen cristianos! ¡Oh, cuánto deben a Fernando Cortés, que los conquistó! ¡Oh, qué gloria de españoles, haber arrancado tamaños males, y plantado la fe de Cristo! ¡Dichosos los conquistadores y dichosísimos los predicadores; aquellos en allanar la tierra, éstos en cristianar la gente! ¡Felicidad grandísima de nuestros reyes en cuyo nombre tanto bien se hizo! ¡Qué fama, qué loa será la de Cortés! Él quitó los ídolos, él predicó, él vedó los sacrificios y tragazón de hombres.

Quiero callar, no me achaquen de afición o lisonja. Empero si yo no fuera español, loara los españoles, no cuanto ellos merecen, sino cuanto mi ruda lengua e ingenio supieran. Tantos en fin han convertido cuantos conquistado. Unos dicen que se han bautizado en la Nueva-España seis millones de personas, otros ocho, y algunos diez. Mejor acertarían diciendo cómo no hay por cristianar personas en cuatrocientas leguas de tierra, muy poblada de gente. ¡Loado nuestro Señor, en cuyo nombre se bautizan! Así que son españoles dignísimos de alabar, o mejor hablando, alaben ellos a Jesucristo, que los puso en ello. Comenzose la conversión con la conquista, pero convertíanse pocos, por atender los nuestros a la guerra y al despojo, y porque había pocos clérigos. El año de 24 se comenzó de veras con la ida de fray Martín de Valencia y sus compañeros; y el 27, que fueron allá fray Julián Garcés, dominico, por obispo de Tlaxcallan, y fray Juan de Zumárraga, francisco, por obispo de México, se llevó a hecho, que hubo muchos frailes y clérigos.

Fue trabajosa la conversión al principio por no entender ni ser entendidos; y así, procuraron de mostrar el castellano a los más nobles muchachos

de cada ciudad, y de aprender el mexicano para predicar. Tuvo eso mismo dificultad grandísima en quitar de todo los ídolos, porque muchos nos los querían dejar habiéndolos tenido por dioses tanto tiempo, y diciendo que bien bastaba poner con ellos la cruz y a María, que así llamaban entonces a todos los santos y aun a Dios; y que también podían tener ellos muchos ídolos, como los cristianos muchas imágenes; por lo cual los escondían y soterraban, y para encubrirlo ponían una cruz encima, y porque si los tomasen orando pareciese que adoraban la cruz; mas como eran por esto aperreados y perseguidos, y porque habiéndoles quebrado los ídolos y destruido los templos, les hacían ir a las iglesias, dejaron la idolatría. Sosteníalos mucho el diablo en aquello, diciéndoles que si le dejaban no llovería, y que se levantasen contra los cristianos, que les ayudaría él a matarlos. Algunos hubo que tomaron su consejo, y libraron mal.

Dejar las muchas mujeres fue lo que más sintieron, diciendo que tendrían pocos hijos en sendas, y así habría menos gente, y que hacían injuria a las que tenían, pues se amaban mucho, y que no querían atarse con una para siempre si fuese fea o estéril, y que les mandaban lo que ellos no hacían, pues cada cristiano tenía cuantas quería, y que fuese lo de las mujeres como lo de los ídolos, que ya que les quitaban unas imágenes, les daban otras. Hablaban finalmente como carnalísimos hombres; y así, dispensó con ellos el papa Pablo en tercer grado para siempre. Fácilmente, a lo que se alcanza, dejaron la sodomía, aunque fue con grandes amenazas y castigo. Dejaron asimismo de comer hombres, aunque pudiendo, no lo dejan, según dicen algunos; mas como anda sobre ellos la justicia con mucho rigor y cuidado, no cometen ya tales pecados, y Dios les alumbra y ayuda a vivir cristianamente.

Hay en esta tierra que Fernando Cortés conquistó, ocho obispados. México fue obispado veinte años, y el año de 47 lo hizo arzobispado Pablo, papa tercio; Cuahutemallan y Tlaxcallan tienen obispos; Huaxacac es obispado, y túvolo Juan López de Zárate; Michuacán, que posee el licenciado Vasco Quiroga; Xalixco, que tuvo Pero Gómez Malaber; Honduras, donde está el licenciado Pedraza; Chiapa, que resignó fray Bartolomé de las Casas con cierta pensión. Tienen los reyes de Castilla, por bula del Papa, el patronazgo de todos los obispados y beneficios de las Indias, que engrandece mucho el señorío; y así, los dan ellos y sus consejeros de Indias. Hay tam-

bién muchos monasterios de frailes mendicantes, mayormente franciscos, aunque no hay carmelitas; los cuales pueden en aquella tierra cuánto quieren, y quieren mucho. No hay lugar, a lo menos no puede estar, sin clérigo o fraile que administre los sacramentos, predique y convierta.

CAPÍTULO CCXL
LA PRISA QUE TUVIERON A BAUTIZARSE

Fue principal causa y medio para que los indios se convirtiesen, deshacer los ídolos y templos en cada lugar. Dicen que les dolía mucho la destrucción de sus templos grandes, perdiendo esperanza de poderlos rehacer, y como eran religiosísimos y oraban mucho en el templo, no se hallaban sin casa de oración y sacrificios; y así visitaban las iglesias a menudo. Oían de gana los predicadores, miraban las ceremonias de la misa, deseando saber sus misterios, como novedad grandísima; por manera que, con la gracia del Espíritu Santo, y con la solicitud de los predicadores, y con su mansedumbre, cargaban tantos a bautizarse, que ni cabían en las iglesias ni bastaban a bautizarlos; y así, bautizaron dos sacerdotes en Xochimilco quince mil personas en un día; y tal fraile francisco hubo, que bautizó él solo, aunque en muchos años, cuatrocientos mil hombres; y a la verdad, los frailes franciscos han bautizado, a lo que dicen ellos mismos, más que nadie. También aconteció en muchas ciudades velarse veinte mil novios en un solo día; prisa grandísima. Dicen que un Calixto, de Huexocinco, criado en la doctrina, fue el primero que se veló a puerta de iglesia.

La confesión como cosa espaciosa, tuvo más qué hacer. Todavía la procuraron muchos; y así, cuentan por cosa grande cómo hubo en Teouacán el año de 40, doce diferencias de naciones y lenguajes a oír los oficios de la Semana Santa y a confesarse, y algunos vinieron de sesenta leguas. Quien primero se comulgó fue Juan de Cuauhquecholla, caballero, y comulgáronle con gran recelo.

La disciplina y penitencia de azotes tomaron presto y mucho, con la costumbre que tenían de sangrarse a menudo por devoción, para ofrecer su sangre a los ídolos; y así, acontece ir en una procesión diez mil, y cincuenta mil disciplinantes. Todos en fin se disciplinan de buena gana, y mueren por

ello, como les come y crece la sangre cada año por aquel mismo tiempo que se suelen azotar en las espaldas, que natural cosa es; bien es que se disciplinen en remembranza de los muchos azotes que dieron a nuestro buen Jesús, pero no que parezca recaer en sus viejas sangrías, y por eso algunos se lo querrían quitar, a lo menos templar.

CAPÍTULO CCXLI
DE CÓMO ALGUNOS MURIERON POR QUEBRAR LOS ÍDOLOS

Metían en la doctrina cristiana los hijos de señores y principales hombres, para ejemplo a los demás. No contradecían sus padres, por amor de Cortés, aunque algunos los escondían hasta ver en qué paraba la nueva religión, o enviaban otros por ellos. Acxotencatl, señor principal en Tlaxcallan, tenía cuatro hijos y aun sesenta mujeres. Dio los tres a la doctrina, y retúvose al mayor, que sería de doce años o trece, mas al cabo lo dio, porque se supo; no le tuviesen por falso. Aprendió muy bien el muchacho la doctrina y el romance; bautizose, y llamáronle Cristóbal; derramaba el vino que tenía su padre, reprendiendo la borrachez; acusábale la multitud de mujeres, quebraba los ídolos de casa y pueblos que podía coger. Acxotencatl tenía enojo de ello, pero pasábalo por quererlo bien y ser su mayorazgo. Entró el diablo en él, y a persuasión de Xochipapaloacín, una de sus mujeres, lo apaleó, acuchilló y echó en el fuego, que se quemase; de lo cual murió al otro día siguiente. Enterrole secretamente en una su casa de Atlihuezán, pueblo suyo, dos leguas de Tlaxcallan. Hizo matar, porque no lo dijese, a Tlapalxilocín, madre del Cristóbal, y su mujer, en Quimichuca, que está cerca de la venta de Tecouac.

Esto fue año de 27, y estuvo mucho que no se supo. Maltrató después a un español porque hizo ciertas demasías pasando por unos pueblos suyos. Fue sobre ello Martín de Calahorra desde México por pesquisidor, y averiguó las muertes de Cristóbal y de Tlapalxilo, y ahorcolo.

También mataron otros de la doctrina que iban por ídolos a los lugares, hasta que la justicia puso remedio con grandes castigos. En Ezatlán, que andaban levantados, mataron el año de 41 a fray Juan Calero, que llamaban de Esperanza, fraile francisco, porque les hacía abatir un ídolo que habían

alzado y adoraban; y en Ameca mataron a fray Antonio de Cuéllar, francisco, porque les predicaba. En Quivira mataron a fray Juan de Padilla y a su compañero, que se quedaron a predicar. En la Florida mataron a fray Luis Cancel, dominico, que fue a convertir; en fin, matan a cuantos predicadores pueden coger, si no hay soldados que temer.

CAPÍTULO CCXLII
DE CÓMO CESARON LAS VISIONES DEL DIABLO

Aparecía y hablaba el diablo a estos indios muchas veces, según se ha contado, especialmente al principio de la conversión, sabiendo que se habían de convertir. Persuadíalos a sustentar los ídolos y sacrificios en aquella religiosa costumbre que tuvieron sus padres, abuelos y antepasados. Aconsejábales que no dejasen su buena conversación y amistad por quien nunca vieron. Amenazábales que no llovería, ni les daría sol ni salud ni hijos. Reprehendíales de cobardes, porque no mataban aquellos pocos españoles que predicaban. Ellos, engañados con las dulces palabras, o con las sabrosas comidas de carne humana, o con la costumbre, que como otra naturaleza los tiranizaba, deseaban complacerle y estarse en su religión antigua; así que mataron algunos por esto, y defendían los ídolos o los escondían, diciendo que Uitcilopuchtli ni los otros dioses no buscó oro.

Ponían cruces sobre los ídolos escondidos para engañar a los españoles, y el diablo huía de ellas; cosa de que los indios se maravillaban; y así, comenzaban a creer la virtud del Crucificado, que les predicaban. Pusieron los nuestros el Santísimo Sacramento en muchos lugares, que ahuyentó del todo al diablo, como él mismo lo confesó a los sacerdotes que le preguntaron la causa de su ausencia y esquiveza. De manera que no se llegaba el diablo, como solía, a los indios que, bautizados, tenían el Sacramento y cruces, y poco a poco se desapareció.

Aprovechaba mucho el agua bendita contra las visiones y superstición de la idolatría. Dieron a la marquesa doña Juana de Zúñiga en Teoacualco una pilica de buena piedra, en que solía haber ídolos, ceniza y otras hechicerías. Ella, por haber servido de aquello, mandó que bebiese allí un gatillo muy regalado, el cual nunca jamás quiso beber en la pilica hasta que le echa-

ron agua bendita; cosa notable, y que se publicó entre los indios para la devoción. Muchas veces ha faltado agua para los panes, y en haciendo rogarias y procesiones llovía. Llovía tanto el año de 28, que se perdían los panes y ganados, y aun las casas. Hicieron procesión y oraciones en México, Tezcuco y otros pueblos, y cesaron las lluvias; que fue gran confirmación de la fe. Llovía pues, y serenaba, y había salud, contra las amenazas del diablo, aunque se quebraban los ídolos y se derribaban los templos.

CAPÍTULO CCXLIII
QUE LIBRARON BIEN LOS INDIOS EN SER CONQUISTADOS

Por la historia se puede sacar cuán sujetos y despechados eran estos indios; y por tanto, no hay mucho que contar aquí; mas para cotejar aquel tiempo con este, replicaré algunas cosas. Los villanos pechaban, de tres que cogían, uno, y aun les tasaban a muchos la comida. Si no pagaban la renta y tributo que debían, quedaban por esclavos hasta pagar; y en fin, los sacrificaban cuando no se podían redimir. Tomábanles muchas veces los hijos para sacrificios y banquetes, que era lo tirano y lo cruel. Servíanse de ellos como de bestias en las cargas, caminos y edificios. No osaban vestir buena manta ni mirar a su señor. Los nobles y señores tributaban también al rey de México en hacienda y en persona. Las repúblicas no podían librarse de la servidumbre, por causa de la sal y otras mercaderías; por manera que vivían muy trabajados, y como lo merecían en la idolatría, y no había año que no muriesen veinte mil personas sacrificadas, y aun cincuenta mil, según la cuenta que otros hacen, en lo que Cortés conquistó; pero, que fuesen diez mil, era gran carnicería, y uno solo gran inhumanidad. Ahora, que por la misericordia de Dios son cristianos, no hay tal sacrificio ni comida de hombres. No hay ídolos ni borracheras que saquen de seso. No hay sodomía, pecado aborrecible, por todo lo cual deben mucho a los españoles que los conquistaron y convirtieron. Ahora son señores de lo que tienen con tanta libertad, que les daña. Pagan tan pocos tributos, que viven holgando, que el emperador se los tasa. Tienen hacienda propia, y granjerías de seda, ganados, azúcar, trigo y otras cosas. Saben oficios y venden bien y mucho las obras y las manos.

No les fuerza nadie, que no le castiguen, a llevar cargas ni trabajar; si algo hacen, son bien pagados. No hacen nada sin mandárselo el señor que tienen indio, aunque lo mande el señor español a quien están encomendados, ni aunque lo mande el virrey; y esta es grandísima exención. Todos los pueblos, aunque sean del rey, tienen señor indio que manda y veda, y muchos pueblos dos, y tres, y más señores; los cuales son del linaje que eran cuando fueron conquistados; y así, no se les ha quitado el señorío ni mando. Si faltan hombres de aquella casta, escogen ellos al que quieren, y confírmalo el rey. Obedécenlos en grandísima manera y como a Moteczuma; así que nadie piense que les quitan los señoríos, las haciendas y libertad, sino que Dios les hizo merced en ser de españoles, que los cristianaron, y que los tratan y que los tienen ni más ni menos que digo.

Diéronles bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan, no por necesidad, sino por honestidad, si quisieren, y de carne para que coman, que les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y tienen. Hanles enseñado latín y ciencias, que vale más que cuanta plata y oro les tomaron; porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechaban mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados, y mejor en ser cristianos.

CAPÍTULO CCXLIV
COSAS NOTABLES QUE LES FALTAN

No tenían peso, que yo sepa, los mexicanos; falta grandísima para la contratación. Quién dice que no lo usaban por excusar los engaños; quién, porque no lo habían menester; quién, por ignorancia, que es lo cierto. Por donde parece que no habían oído cómo hizo Dios todas las cosas en cuenta, peso y medida. Así que carecen de peso todos los indios; aunque se halló cierta manera de peso en la costa de Cartagena, y en Túmbez halló Francisco Pizarro una romana con que pesaban el oro, la cual tuvo en mucho.

No tenían moneda, teniendo mucha plata, oro y cobre, y sabiéndolo hundir y labrar, y contratando mucho en ferias y mercados. Su moneda usual y corriente es *cacauatl* o cacao, el cual es una manera de avellanas lar-

gas y melonadas; hacen de ellas vino, y es el mejor, y no emborracha. El árbol no fructifica sin compañero, como las palmas; pero en llevando fruta, se le puede quitar sin daño; echa la fruta en racimos como dátiles; requiere tierra caliente, pero no demasiado.

Carecían del uso de hierro, habiendo grandísimas minas de ello, y esto por rudeza.

No tenían otra candela para se alumbrar de noche que tizones; ignorancia y grosería grandísima, y tanto más grande cuanto más cera tenían, que aceite no alcanzaban; y así, cuando los nuestros les mostraron el uso y el provecho de la cera, confesaron su simpleza, teniéndolos por nuevos dioses.

No hacían navíos sino de una sola pieza, aunque buscaban grandes árboles: la causa era falta de hierro, pez e ingenios para calafatearlos.

Que no hiciesen vino teniendo vides y procurando beber otro que agua, es de maravillar: ya lo van haciendo los nuestros, y presto habrá mucho, mayormente si los indios se dan a plantar viñas.

Carecían de bestias de carga y leche; cosas tan provechosas como necesarias a la vida; y así, estimaron mucho el queso, maravillados que la leche se cuajase. De la lana no se maravillaron tanto, pareciéndoles algodón. Espantáronse de los caballos y toros; quieren mucho los puercos, por la carne; bendicen las bestias, porque los relievan de carga, y ciertamente les viene de ellas gran bien y descanso, porque antes ellos eran las bestias.

No tenían letras más de figuras, y aquellas pocas en respeto de todas las Indias; por ende algunos dicen no haber llegado en estas tierras hasta nuestro tiempo la predicación del santo Evangelio.

Otras muchas cosas les faltaban de las que son menester a la vivienda política del hombre, pero las dichas son las de gran falta, y que a muchos espantan; mas quien considerare que pueden vivir sin ellas los hombres, como ellos vivían, no se espantará, en especial si considera que, así como es nueva tierra para nosotros, así son diferentes todas las cosas que produce, de las nuestras, y que produce cuantas le bastan a mantener y aun a regalar a los hombres.

Muchas cosas les faltaban también de las que acá preciamos, que son más deleitosas que necesarias, como decir seda, azúcar, lienzo y cáñamo; hay ya tanta abundancia como en España.

No tenían pastel, y ahora sí; mas tenían linda grana y finos colores de flores, que no quemaban lo que teñían; y aun su pintura no la gasta ni daña el agua, si la untan con olio de chían.

CAPÍTULO CCXLV
DEL TRIGO Y DEL MOLINO

En la historia tratamos del pan de los indios que comen ordinaria y generalmente; en esta tierra multiplica mucho, y algún grano echa seiscientos; cómenlo verde, crudo, cocido y asado; en grano y amasado. Es ligero de criar, y sirve también de vino; y así, nunca lo dejarán, aunque más trigo haya. Del meollo de las cañas del *centli* o *tlaulli*, que otros dicen maíz, hacen imágenes, que siendo grandes, pesan poco. Un negro de Cortés, que se llamaba, según pienso, Juan Garrido, sembró en un huerto tres granos de trigo que halló en un saco de arroz; nacieron los dos, y uno de ellos tuvo ciento y ochenta granos. Tornaron luego a sembrar aquellos granos, y poco a poco hay infinito trigo: da uno ciento, y trescientos, y aun más lo de regadío y puesto a mano; siembra uno, siegan otro, y otro está verde, y todo a un mismo tiempo; y así, hay muchas cogidas por año. A un negro y esclavo se debe tanto bien. No se da, ni da tanto, la cebada, que yo sepa. Cuando en México hicieron molino de agua, que antes no lo había, tuvieron gran fiesta los españoles y aun los indios, especial mujeres, que les era principio de mucho descanso; mas empero un mexicano hizo mucha burla de tal ingenio, diciendo que haría holgazanes los hombres e iguales, pues no se sabría quién fuese amo ni quién mozo, y aun dijo que los necios nacían para servir; y los sabios para mandar y holgar.

CAPÍTULO CCXLVI
DEL PAJARITO UICICILÍN

La mejor ave para carne que hay en la Nueva-España son los gallipavos: quíselos llamar así por cuanto tienen mucho de pavón y mucho de gallo. Tienen grandes barbas o paperas, que se mudan de muchas colores; tómanse aunque los tengan en las manos; mansedumbre o apetito grande; todos

las conocen, no hay qué decir. No había de nuestras gallinas; hay ahora tantas, que traen a un solo mercado ocho mil de ellas a vender. El año de 39 les dio un mal que se murieron súbitamente casi todas; casa hubo donde murieron mil, sin doscientos capones.

El más extraño pájaro es *uicicilín*, el cual tiene más cuerpo que abejón, pico largo y delgado. Mantiénese del rocío, miel y licor de flores, sin sentarse sobre la rosa; la pluma es menuda, linda y entrecolores; précianla mucho para labrar con oro, especialmente la del pecho y pescuezo, muere o adormécese por octubre, asido de una ramita con los pies, en lugar abrigado; despierta o revive por abril, cuando hay muchas flores, y por eso lo llaman el resucitado, y por ser tan maravilloso hablo de él.

CAPÍTULO CCXLVII
DEL ÁRBOL METL

Árboles hay en las sierras de México muy olorosos, y que los nuestros pensaron, luego en viéndolos, tener especias; empero la corteza es bastardísima, y el grano flojo. Había cañafístulas, mas ruines y no estimadas; los españoles las crían muy buenas. Hay árboles que llevan hojas coloradas y verdes, que parecen bien; otros que llaman de los vasos, por la fruta; y otros cuyas espinas sirven de alfileres. *Elo* es grande árbol, y lleva las hojas como nogal, mas como el brazo de largo; no echa fruta, sino una flor blanca, verde y clara; tiene pena de muerte quien la trae si no es señor o si no ha licencia; la misma pena tiene el que trae la *iolo*, rosa de gran árbol, hechura de corazón, color blanquizca, olor de camuesa. Es buena con *cacauatl* para las calenturas, aunque sean de frío; conforta el corazón, según el nombre y hechura. Quien come la *iolo* que tiene las vetas moradas, enloquece.

De aquestos árboles y otros así eran los huertos de Moteczuma, que tenía para recreación. *Uacalxuchitl* es una rosa de muchos colores, que adoba el agua, y la encarnada se calienta las tardes; propiedad rarísima. *Ocozotles* es árbol grande y hermoso, las hojas como hiedra; cuyo licor, que llaman liquidámbar, cura heridas, y mezclado con polvos de su misma corteza, es gentil y perfume y olor suave. *Xilo* es otro árbol, de que sacaban indios el licor que los nuestros llaman bálsamo. Pero ¿qué voy contando, pues son

cosas naturales que piden más tiempo? Solamente quiero poner el *metl*, por ser provechosísimo. *Metl* es un árbol que unos llaman *maguey* y otros cardón; crece de altura más de dos estados, y en gordor cuanto un muslo de hombre. Es más ancho de bajo que de arriba, como ciprés. Tiene hasta cuarenta hojas, cuya hechura parece de teja, porque son anchas y acanaladas, gruesas al cimiento, y fenecen en punta. Tienen uno como espinazo, gordo en la comba, y van adelgazando la halda.

Hay tantos árboles de estos, que son allá como acá las viñas. Plántanlo, echa espiga, flor y simiente. Hacen lumbre, y muy buena ceniza para lejía. El tronco sirve de madera, y la hoja de tejas. Córtanlo antes que mucho crezca; y engorda mucho la cepa. Excávanla por de dentro, donde se recoge lo que llora y destila, y aquel licor es luego como arrope. Si lo cuecen algo, es miel; si lo purifican, es azúcar; si lo destemplan, es vinagre, y si le echan la *ocpatli*, es vino. De los cogollos y hojas tiernas hacen conserva. El zumo de las pencas, asadas, caliente, y exprimido sobre llaga o herida fresca, sana y encorece presto. El zumo de los cogollitos y raíces, revuelto con jugo de ajenjos de aquella tierra, guarece la picadura de víbora. De las hojas de este *metl* hacen papel, que corre por todas partes para sacrificios y pintores. Hacen asimismo alpargatas, esteras, mantas de vestir, cinchas, jáquimas, cabestros, y finalmente son cáñamo y se hilan. Las púas son tan recias, que las hincan en otra madera; y tan agudas, que cosen con ellas como con agujas cualquier cuero, y para coser sacan con la púa la veta, o hacen como con lezna o punzón. Con estas púas se punzan los que se sacrifican, según muchas veces tengo dicho, porque no se quiebran y despuntan en la carne, y porque, sin hacer gran agujero, entran cuanto es menester. ¡Buena planta, que de tantas cosas sirve y aprovecha al hombre!

CAPÍTULO CCXLVIII
DEL TEMPLE DE MÉXICO

Todo lo que conquistó Fernando Cortés está de doce hasta veinticinco grados de altura; y así, es más caliente que frío, aunque dura la nieve todo el año en algunas sierras, y se queman los árboles y maizales, como aconteció el año de 40. Está México en diez y nueve grados de la línea equinoccial y cien-

to de Canaria, por do echó Ptolomeo la raya meridional, a la cuenta de muchos; y así, hay ocho horas de diferencia en el sol de México a Toledo, según se prueba y conoce por los eclipses; lo cual es que sale antes el sol aquellas ocho horas en Toledo que en México. Pasa el sol a 8 de mayo por sobre México hacia el norte, y vuelve a 15 de julio. Echa las sombras todo aquel tiempo al mediodía. No angustia en él la ropa ni escuece la desnudez. Es sana vivienda y apacible, y hay mucho deporte en las sierras que lo rodean y laguna que lo baña.

CAPÍTULO CCXLIX
QUE HA VENIDO TANTA RIQUEZA DE LA NUEVA-ESPAÑA COMO DEL PERÚ

Muy poca plata y oro fue lo que Cortés y sus compañeros hallaron y hubieron en las conquistas de la Nueva-España, en comparación de lo que después acá se ha sacado de minas. Todo lo cual, o muy poco menos, se ha traído a España; y aunque las minas no han sido tan ricas, ni las partidas traídas tan gruesas como las del Perú, han sido continuas y grandes, y el tiempo doblado; y aun si sacan los años de las guerras civiles, que no vino nada, tres tanto. No se puede afirmar esto sin la Casa de la Contratación de Sevilla, pero es opinión de muchos. Sin oro y plata, se ha también traído muchísimo azúcar y grana, dos mercaderías bien ricas. La pluma y algodón y otras muchas cosas algo valen. Pocas naves van que no vuelvan cargadas, lo cual no es en el Perú, que aún no está lleno de semejantes granjerías y provechos; así que tan rica ha sido la Nueva-España para Castilla como el Perú, aunque tiene la fama él. Es verdad que no han venido tan ricos mexicanos como peruleros, pero así no han muerto tantos.

En la cristiandad y conservación de los naturales lleva grandísima ventaja la Nueva-España al Perú, y está más poblada y más llena de gentes. Lo mismo es en los ganados y granjerías; porque lleven de allí al Perú caballos, azúcar, carne y otras veinte cosas. Podrá ser que se hincha el Perú y enriquezca de nuestras cosas como la Nueva-España, que buena tierra es si lloviese para ello; mas el regadío es mucho. He dicho esto por la competencia de los unos conquistadores y de los otros.

CAPÍTULO CCL
DE LOS VIRREYES DE MÉXICO

La grandeza de la Nueva-España, la majestad de México y la calidad de los conquistadores requerían persona de sangre y valor para la gobernación; y así, envió allá el emperador a don Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, por virrey, y se vino Sebastián Ramírez, que gobernaba bien; el cual fue luego presidente de la chancillería de Valladolid y obispo de Cuenca. Fue proveído don Antonio de Mendoza el año, pienso, de 34. Llevó muchos maestros de oficios primos para ennoblecer su provincia, y a México principalmente; como decir, molde e imprenta de libros y letras; vidrio, que los indios no conocían; cuños de batir moneda. Engrandeció la granjería de seda, mandándola traer y labrar toda en México; y así, hay muchos telares e infinitos morales, aunque los indios la procuran mal y poco, diciendo que es trabajosa; y es por ser ellos perezosos con la mucha libertad y franqueza que tienen.

Juntó los obispos, clérigos, frailes y otros letrados, sobre cosas eclesiásticas y que tocaban a la enseñanza de los indios; donde se ordenó que no se le mostrase más de latín, el cual aprendían bien, y aun el español; mas no lo quieren hablar sino poco. La música toman bien, especial flautas. Tienen malas voces para cantar por punto. Podrían ser clérigos, más aún no los dejan. Pobló don Antonio algunos lugares a usanza de las colonias romanas, en honra del emperador, entallando su nombre y el año en mármol. Comenzó el muelle para el puerto en Medellín, cosa costosa y necesaria. Redujo los chichimecas a vida política, dándoles propio, que no lo tenían ni querían, ni creo lo habían menester. Gastó mucho en la entrada de Sibola, como ya contamos, sin haber provecho ninguno, y quedó enemigo de Cortés. Descubrió gran trecho de tierra en la costa del sur, por Xalisco; envió naos a la Especiería, que también se le perdieron. Húbose prudentemente con las ordenanzas de las Indias cuando se revolvió el Perú; por cuanto había muchos pobres y descontentos que deseaban revuelta y guerra.

Mandole ir el emperador al Perú con el mismo cargo de virrey, porque se vino el licenciado Gasca, entendiendo su buena gobernación, aunque algunas quejas le dieron de él a los de la Nueva-España. No quisiera dejar a

México, que lo conocía, ni a los indios, que se hallaba bien con ellos, y le habían sanado con baños de yerbas, estando tullido; ni a sus haciendas, ganados y otras granjerías ricas; ni deseaba conocer nuevos hombres y condiciones, sabiendo que los peruleros son recios; mas, en fin, hubo de ir, y fue por tierra desde México a Panamá, que hay más de quinientas leguas, el año de 1551. Fue aquel mismo año a México por virrey don Luis de Velasco, que era veedor general de las guardas y caballero de mucho gobierno. Es este virreinado muy gran cargo en honra, mando y provecho.

CAPÍTULO CCLI
MUERTE DE FERNANDO CORTÉS

Riñeron malamente Cortés y don Antonio de Mendoza sobre la entrada de Sibola, pretendiendo cada uno ser suya por merced del emperador; don Antonio como virrey, y Cortés como capitán general. Pasaron tales palabras entre los dos, que nunca tornaron en gracia, sobre haber sido muy grandes amigos; y así, dijeron y escribieron mil males el uno del otro; cosa que a entrambos dañó y desautorizó.

Tenía pleito Cortés sobre la cantidad de sus vasallos, con el licenciado Villalobos, fiscal de Indias, que le pusiera mala voz al privilegio; y el virrey comenzóselos a contar, que era mal hacerle, aunque con cédula del emperador; por lo cual hubo Cortés de venir a España el año de 40. Trajo a don Martín, el mayorazgo, que habría ocho años, y a don Luis para servir al príncipe. Vino rico y acompañado, mas no tanto como la otra vez. Trabó grande amistad con el cardenal Loaisa y con el secretario Cobos, que no le aprovechó nada para con el emperador, que había ido a Flandes sobre lo de Gante, por Francia.

Fue luego, el año de 41, el emperador sobre Argel, con grande armada y caballería. Pasó allá Cortés con sus hijos don Martín y don Luis, y con muchos criados y caballos para la guerra. Tomole la tormenta, con que se perdió la flota, en mar, y en la galera Esperanza, de don Enrique Enríquez. Por el miedo de no perder los dineros y joyas que llevaba, dando al través, se ciñó un paño con las riquísimas cinco esmeraldas que dije valer cien mil ducados; las cuales se le cayeron por descuido o necesidades, y se le perdieron

entre los grandes lodos y muchos hombres; así, le costó a él aquella guerra más que a ninguno, sacando a su majestad, aunque perdió Andrea de Oria once galeras. Mucho sintió Cortés la pérdida de sus joyas; empero más sintió que no le llamasen a consejo de guerra, metiendo en él otros de menos edad y saber; que dio que murmurar en el ejército. Como se determinó en consejo de guerra de levantar el cerco e irse, pesó mucho a muchos; y yo, que me hallé allí, me maravillé.

Cortés entonces se ofrecía a tomar a Argel con los soldados españoles que había, y con los medios tudescos e italianos, siendo de ello servido el emperador. Los hombres de guerra amaban aquello, y loábanle mucho. Los hombres de mar y otros no lo escuchaban; y así, pienso que no lo supo su majestad, y se vino.

Anduvo Cortés muchos años congojado en la corte tras el pleito de sus vasallos y privilegio, y aun fatigado con la residencia que le tomaron Nuño de Guzmán y los licenciados Matienzo y Delgadillo, y que se veía en Consejo de Indias; pero nunca se declaró; que fue gran contentamiento para él. Fue a Sevilla con voluntad de pasar a la Nueva-España y morir en México, y a recibir a doña María Cortés, su hija mayor, que la tenía prometida y concertada de casar con don Alvar Pérez Osorio, hijo heredero del marqués de Astorga don Perálvarez Osorio, con cien miel ducados y vestidos. Mas no se casaron por culpa de don Álvaro y de su padre. Iba malo de cámaras e indigestión, que le duraron mucho tiempo. Empeoró allá, y murió en Castilleja de la Cuesta, a 2 de diciembre del año de 1547, siendo de sesenta y tres años. Fue depositado su cuerpo con los duques de Medina Sidonia.

Dejó Cortés en doña Juana de Zúñiga un hijo y tres hijas: el hijo se llama don Martín Cortés, que heredó el estado, y casó con doña Ana de Arellano, prima suya, e hija del conde de Aguilar don Pedro Ramírez de Arellano, por concierto que dejó su padre. Las hijas se llaman doña María Cortés, doña Catalina, y doña Juana, que es la menor, prometida por el mismo concierto a don Felipe de Arellano, con setenta mil ducados de dote. Dejó también otro don Martín Cortés, que hubo de una india, y a don Luis Cortés, que tuvo en una española, y tres hijas, cada una de su madre, y todas indias.

Hizo Cortés un hospital en México, mandó hacer un colegio allí, y monasterio para mujeres en Coyoacán, donde mandó por testamento que lle-

vasen sus huesos a costa del mayorazgo. Situó cuatro mil ducados de renta, que valen sus casas de México cada año, para estas tres obras, y los dos mil son para los colegiales.

DON MARTÍN CORTÉS A LA SEPULTURA DE SU PADRE

Padre, cuya suerte impropiamente
aqueste bajo mundo poseía;
valor que nuestra edad enriquecía,
descansa agora en paz eternamente.

CAPÍTULO CCLII
CONDICIÓN DE CORTÉS

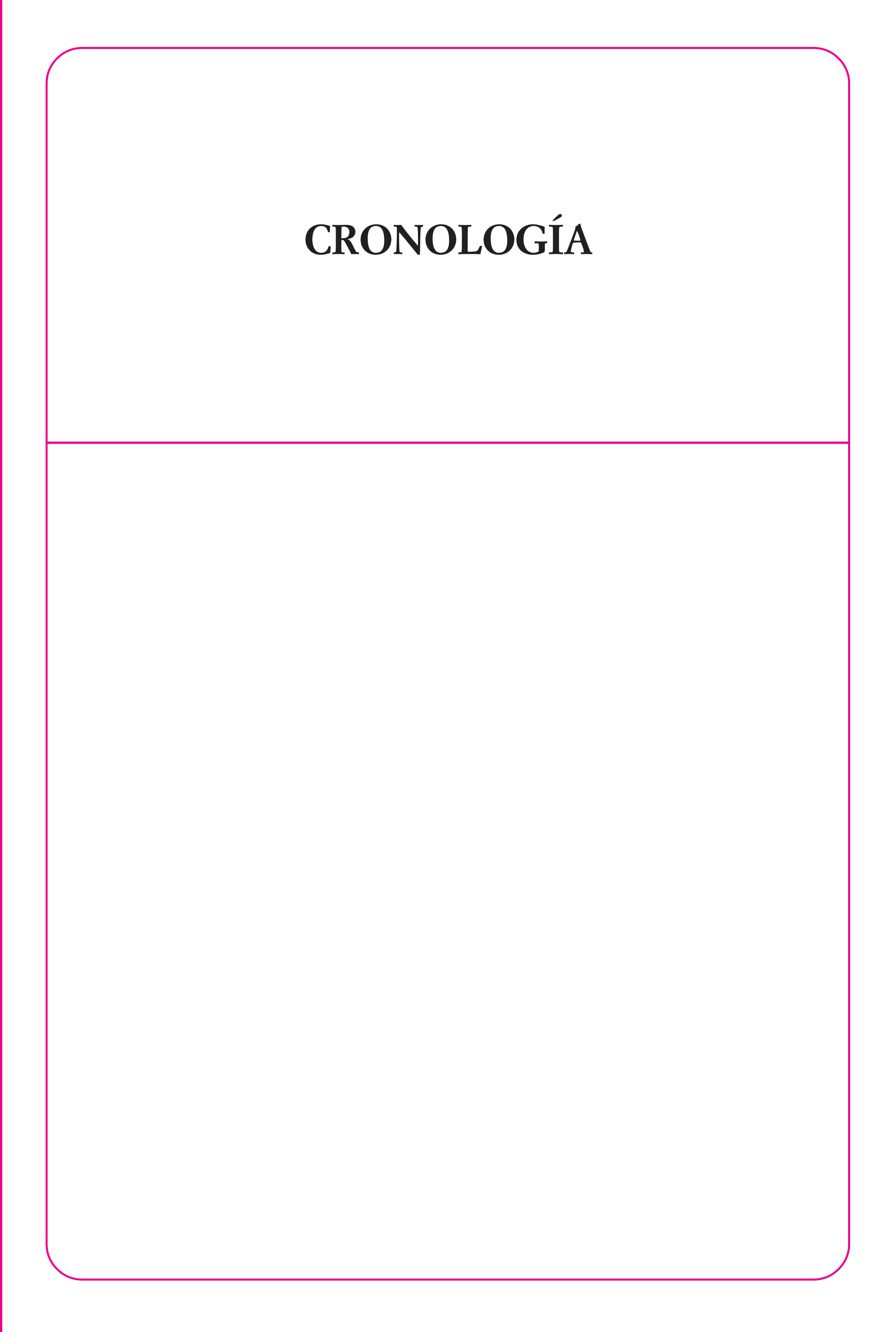
Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenía gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fue travieso cuando muchacho, y cuando hombre fue asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en la paz también. Fue alcalde de Santiago de Barucoa, que era y es la mayor honra de la ciudad entre vecinos. Allí cobró reputación para lo que después fue. Fue muy dado a mujeres, y diose siempre. Lo mismo hizo al juego, y jugaba a los dados a maravilla bien y alegremente. Fue muy gran comedor, y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufría mucho la hambre con necesidad, según lo mostró en el camino de Higueras y en la mar que llamó de su nombre. Era recio porfiando, y así tuvo más pleitos que convenía a su estado. Gastaba liberalísimamente en la guerra, en mujeres, por amigos y en antojos, mostrando escasez en algunas cosas, por donde le llamaban rico de avenida. Vestía más pulido que rico, y así era hombre limpísimo. Deleitábase de tener mucha casa y familia, mucha plata de servicio y de respeto. Tratábase como señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecía nuevo. Cuentan que le dijeron, siendo muchacho, cómo había de ganar muchas tierras y ser grandísimo señor. Era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; condición de putañeros. Era devoto, rezador, y sabía muchas oraciones y salmos de coro; grandísimo limos-

nero; y así, encargó mucho a su hijo, cuando se moría, la limosna. Daba cada un año mil ducados por Dios de ordinario; y algunas veces tomó a cambio dineros para limosna, diciendo que con aquel interés rescataba sus pecados. Puso en sus reposteros y armas: *Judicium Domini aprehendit eos, et fortitudo ejus corroboravit brachium meum*: letra muy a propósito de la conquista. Tal fue, como habéis oído, Cortés, conquistador de la Nueva-España; y por haber yo comenzado la conquista de México en su nacimiento, la fenezco en su muerte.









CRONOLOGÍA

CRONOLOGÍA
Vida y obra de Francisco López de Gómara

1511 Nace el 2 de febrero en Gómara, en las cercanías de Soria, Castilla la Vieja.

1512-1530 Vive en España.

1531-1540 Reside en Italia.

1541 Asiste al sitio de Argel.

1542 En Valladolid entra al servicio de Hernán Cortés como capellán, inicia la redacción de la *Historia general de las Indias y Conquista de México* y de la *Crónica de los Barbarroja*, esta última se imprimió por primera vez en 1851.

1543-1547 Continúa al servicio de Hernán Cortés hasta la muerte de éste en Castilleja de la Cuesta.

1548-1551 Reside en Valladolid.

1552 Aparece la primera edición de la *Historia general de las Indias y Conquista de México,* impresa en Zaragoza por Miguel Capila.

1553 Dos nuevas ediciones en Zaragoza por Miguel Capila y una en Medina del Campo por Guillermo de Mills. Real Cédula de Felipe II fechada en Valladolid el 17 de noviembre, prohíbe la impresión y venta de *Historia general de las Indias y Conquista de México*.

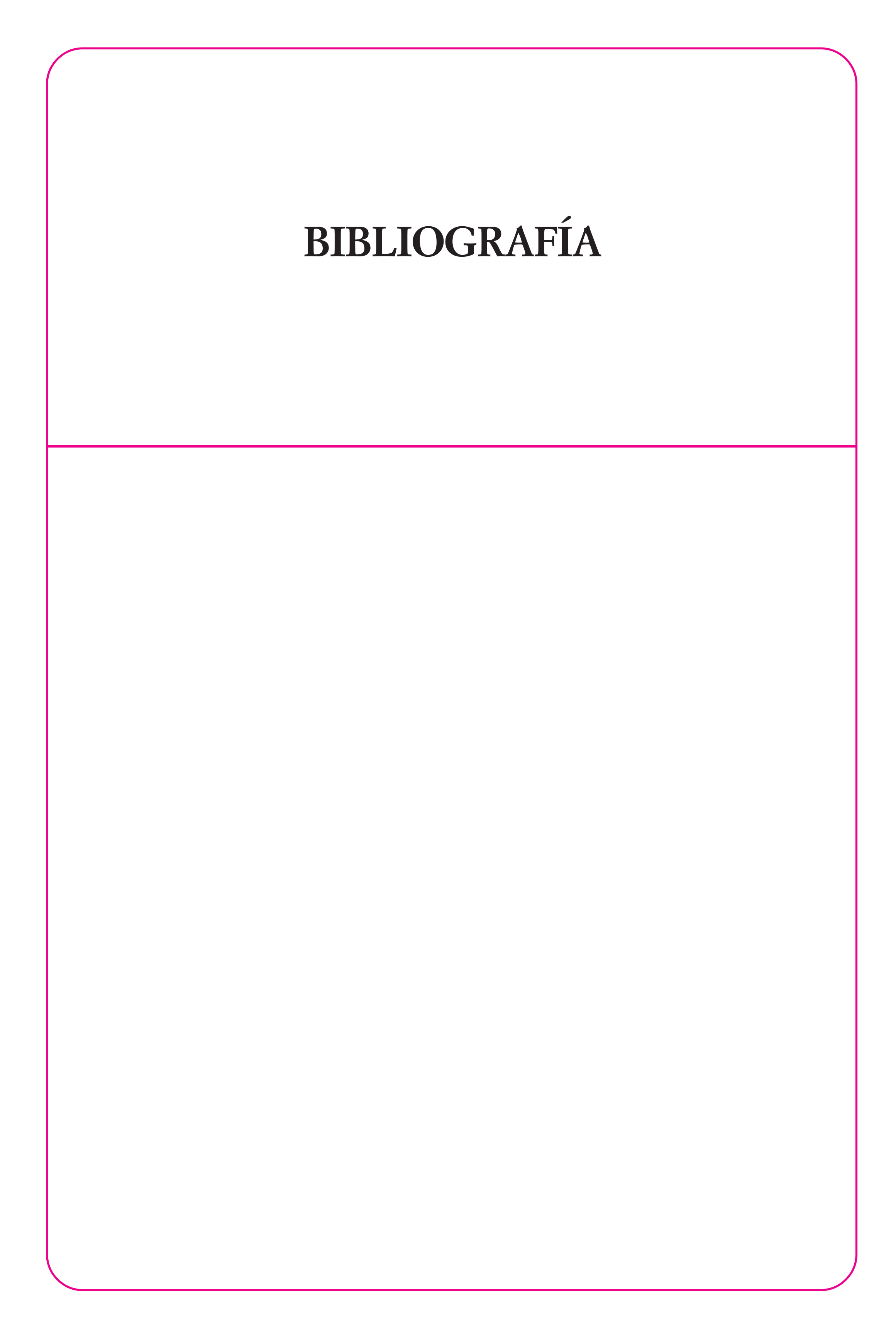
1554 A pesar de la prohibición se imprime nuevamente en Zaragoza por Pedro Bermuz y Agustín Millán. Dos ediciones más en Amberes por Juan Bellero y Martín Mucio.

1556 Primera edición italiana impresa en Roma por Valerio y Luigi Dorici.

1557 Nueva edición en Venecia por Arribarene y Giordano Ziletti. Escribe los *Anales del emperador Carlos V*, que no se imprimirán hasta 1912.

1558 Continúa residiendo en Valladolid. En 1560 la obra se imprimió nuevamen-
1563 te en Venecia por Francisco Lorenzini de Tutino.

1564 Otra edición en Venecia por Giovanni Bonadro. Debió morir en esta fecha pues para 1566 su sobrino Pedro Ruiz estaba en posesión de todos sus manuscritos.



BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

OBRA DIRECTA

Historia de las Indias y Conquista de México. Zaragoza: Agustín Millán, 1552 [Medina del Campo, 1553; Zaragoza, 1554; Amberes, 1554; Salamanca, 1568].

Historia general de las Indias. González Barcia, editor. Madrid: Colección de Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales, 1727 [Madrid, 1749].

Historia de la conquista de Hernán Cortés. "Notas y adiciones" de Carlos María de Bustamante. México: Ontiveros, 1826.

"Crónica de los Barbarrojas", *Memorial histórico español.* Madrid: Academia de la Historia, 1853, v. VI, pp. 331-439.

La conquista de México. Carlos María de Bustamante, editor. México: La Iberia (Biblioteca Histórica), 1870.

Hispania victrix. Primera y segunda partes de la Historia general de las Indias, con todo el descubrimiento, y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron hasta el año 1551, con la conquista de México y de la Nueva España. Madrid: Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, XXII), 1877.

Annals of the Emperor Charles V. Spanish text and english translation; edited with an introduction and notes by Roger Bigelow Merriman. Oxford: The Clarendon Press, 1912.

Historia general de las Indias. J. Dantín Cereceda, editor. Madrid: Espasa-Calpe (Col. Viajes Clásicos, 21-22), 1922 [2ª ed. Madrid, 1941].

Historia de la conquista de México. Joaquín Ramírez Cabañas, Int. y notas. México: Ed. Pedro Robredo, 1943, 2 t.

Historia general de las Indias. “Preliminares” de Enrique de Vedia. Madrid: Ediciones Atlas-Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneyra), 1946, 2 t.

Historia general de las Indias. Barcelona: Ed. Iberia, 1954, 2 t.

“Vida de Hernán Cortés”, Joaquín García Icazbalceta. *Colección de documentos para la Historia de México*. México: Porrúa, 1971.

Historia de las Indias y Conquista de México. “Breves noticias sobre el autor y su obra” de Edmundo O´Gorman. México: Condumex, 1978.

Historia general de las Indias. Notas prologales de Emiliano M. Aguilera. Barcelona: Ediciones Orbis (Col. Biblioteca de Historia, 12-13), 1985, 2 t.

La conquista de México. José Luis de Rojas, editor. Madrid: Historia 16, 1987.

Historia de la conquista de México. J. Miralles Ostos, editor. México: Porrúa (Col. Sepan Cuántos, 566), 1988.

OBRA INDIRECTA

BURCKHARD, Jacob. *La cultura del Renacimiento en Italia.* Buenos Aires: Losada, 1952.

BUSTAMANTE, Carlos María de. “Notas y adiciones”, Francisco López de Gómara. *Historia de las conquistas de Hernán Cortés.* México: Ontiveros, 1826.

Cartas de Indias. Madrid: Manuel G. Hernández, 1877.

CANTER, Juan. “Notas sobre la edición príncipe de la *Historia* de López de Gómara”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* (Buenos Aires), Nº 1 (1922), pp. 128-145.

CASAS, Fray Bartolomé de las. *Historia de las Indias*. México: Fondo de Cultura Económica, 1951.

COLLINGWOOD, R.G. *Idea de la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1952.

COPÉRNICO, Nicolás. *Sobre las revoluciones de los orbes celestes*. México: Secretaría de Educación Pública (Col. Sep-Setentas, 158), 1974.

CORTÉS, Hernán. *Cartas y documentos*. México: Porrúa, 1963.

CROCE, Benedetto. *Teoría e historia de la historiografía*. Buenos Aires: Editorial Escuela, 1955.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México: Robredo, 1944.

ESTEVE BARBA, Francisco. *Historiografía indiana*. Madrid: Gredos, 1964.
FUETER, Ed. *Historia de la historiografía moderna*. Buenos Aires: Nova, 1953.
GARCILASO DE LA VEGA, Inca. *Comentarios reales*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976.
GURRÍA LACROIX, Jorge. "Andrés de Tapia y la *Historia de la conquista de México*, escrita por Francisco López de Gómara", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* (México), t. XVIII, Nº 4 (octubre-diciembre de 1969).
________. *Fray Juan de Torquemada y la conquista de México*, México, Filosofía y Letras, 1975.
IGLESIA, Ramón. *Cronistas e historiadores de la conquista de México*. México: El Colegio de México, 1942.
JOS, Emiliano. "El cronista de Indias Francisco López de Gómara", *Revista de Occidente* (Madrid), Nº 53 (1927), pp. 274-278.
MOTOLINÍA O BENAVENTE, Fray Toribio de. *Memoriales*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.
MURIÁ, José María. "Francisco López de Gómara", *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*. México: Secretaría de Educación Pública (Col. Sep-Setentas, 76), 1973, pp. 53-58.
O'GORMAN, Edmundo. "Breves noticias sobre el autor y la obra", Francisco López de Gómara. *Historia de las Indias y conquista de México*. México: Condumex, 1978.
PEREYRA, Carlos. *López de Gómara y Montaigne*. Madrid: Escorial, 1940.
RAMÍREZ CABAÑAS, Joaquín. "Introducción", Francisco López de Gómara. *Historia de la conquista de México*. México: Robredo, 1943.
TAPIA, Andrés. "Relación", Joaquín García Icazbalceta. *Colección de documentos para la historia de México*. México: Porrúa, 1971.
TORQUEMADA, Fray Juan de. *Monarquía indiana*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975.
VEDIA, Enrique de. "Preliminares y noticia de la vida y escritos de Francisco López de Gómara". Biblioteca de Autores Españoles. *Historiadores primitivos de Indias*. Madrid: Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles), 1877, t. I.
WAGNER, Henry R. *The Spanish Southwest 1542-1794*. Albuquerque: The Quivira Society, 1937 [1ª ed. 1924].

ÍNDICE

TÍTULOS PUBLICADOS DE CRONISTAS DE INDIAS

64
FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA
Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología: Jorge Gurrìa Lacroix

65
FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA
Historia de la conquista de México
Prólogo y cronología: Jorge Gurrìa Lacroix

108-109-110
BARTOLOMÉ DE LAS CASAS
Historia de las Indias
Edición, prólogo, notas y cronología: André Saint-Lu

112
Letras de la Audiencia de Quito (Período jesuítico)
Selección, prólogo y cronología: Hernán Rodríguez Castelo

173-174
FRAY PEDRO SIMÓN
Noticias historiales de Venezuela
Prólogo: Guillermo Morón
Reconstrucción del texto y notas: Demetrio Ramos
Cronología y bibliografía: Roberto J. Lovera De-Sola

176
Historia real y fantástica del nuevo mundo
Introducción: José Ramón Medina
Prólogo, selección y bibliografía: Horacio Jorge Becco

185
La fundación de Brasil (Testimonios: 1500-1700)
Prólogo: Darcy Ribeiro
Selección de textos. Darcy Ribeiro y Carlos de Araujo Moreira Neto
Notas introductorias a los textos- testimonio: Carlos de Araujo Moreira Neto
Cronología: Gisela Jacon de A. Moreira
Traductores:Aldo Horacio Gamboa y Marcelo Luis Montenegro
Revisión de textos traducidos: Gisela Jacon de A. Moreira

Este volumen el LXV de la Fundación Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir en diciembre de 2007,
en los talleres de Fundación Imprenta Cultural, Caracas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva
de la familia tipográfica Simoncini Garamond, tamaños 9, 10, 11 y 12.
En su impresión se usó papel hamsamate 60 gr.
La edición consta de 2.750 ejemplares
(2.250 en rústica y 500 empastados).

JORGE GURRÍA LACROIX
(México, 1917-1979).
Abogado y doctor en Historia. Catedrático desde 1950, investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1951, director de la misma institución a partir de 1975, miembro de la Academia Mexicana de la Historia desde 1957.
Autor de numerosos estudios, entre ellos: *Las ideas monárquicas de don Lucas Alamán* (1951); *Monografías históricas sobre Tabasco* (1952); *Bibliografía mexicana de ferrocarriles* (1956); *Anastasio Zerecero. Estudios historiográficos de sus memorias* (1963); *Trabajos sobre historia mexicana* (1964); *Códice, entrada de los españoles en Tlaxcala* (1966); *Itinerario de Hernán Cortés* (1968); *Hernán Cortés y Diego Rivera* (1971); *La caída de Tenochtitlán* (1974); *Historiografía sobre la muerte de Cuauhtémoc* (1976); y *El desagüe del valle de México durante la época novohispana* (1978).



En la portada: Detalle de la lámina 25 del *Códice de Azcatitlán* (México). Documento pictográfico, siglo XVI. Colección Arcaya. Biblioteca Nacional de Venezuela.

Francisco López de Gómara

(1511-*ca*. 1564)

EL PLAN que se propuso López de Gómara para organizar la obra puede ser resumido en pocas palabras: consignar las hazañas de Cortés durante los años de enfrentamiento con las culturas originarias de México. Al hacerlo no se limita a mostrar a la persona objeto de su interés únicamente en los años de permanencia americana, sino que el relato se extiende desde el nacimiento del guerrero en 1485 hasta su muerte acaecida en 1547 a los sesenta y tres años.

Probablemente en Argel, donde lo conoció, o en su casa de habitación, donde vivió entre 1540 y 1547 como confesor de este adelantado, nació en él la idea de historiar las hazañas del conquistador. De manera que convivió con la persona a la que, sin lugar a dudas, convirtió en primera fuente de información porque sobre el autor pesaba el hecho de que nunca estuvo en América.

Pero no sólo se valió de las noticias que le procuró el extremeño, pues el memorialista compensa esa carencia con una amplia consulta de los escritos ya existentes para la época (los de Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Motolinía, Martín Fernández de Enciso y del mismo Hernán Cortés, entre otros), así como al ser fiel escucha de otros conocidos adelantados y conquistadores de España en ultramar.



República Bolivariana de Venezuela




ISBN: 978-980-276-459-4
9 789802 764594

Colección Clásica